

R.
Gumpert

DG
A

E136432

CB 1170153

ANALES
DE
ESPAÑA

DESDE SUS ORÍGENES HASTA EL TIEMPO PRESENTE,

POR ORTIZ DE LA VEGA.

TOMO V.

MADRID,
LIBRERÍAS DE D. JOSÉ CUESTA,
Y DE D. A. SAN MARTÍN,
Y EN LA DE LA PUBLICIDAD, PASAJE MATEU.

BARCELONA,
IMPRENTA DE CERVANTES,
CALLE DE FERNANDO,
NÚMERO 2, ESQUINA Á LA RAMBLA.

1858.



1858. 2

ANALES

DE

ESPAÑA

DESDE LOS ORÍGENES HASTA EL PRESENTE

POR ORTIZ DE LA VEGA

TOMO V.

BARCELONA

IMPRESA DE CERVANTES

CALLE DE TRAVASSER

NÚMERO 2. ENFRENTE A LA RANDELA

MADRID

LIBRERÍA DE D. JORDA GATA

CALLE DE A. DE MATEO

NÚMERO 11. ENFRENTE A LA RANDELA

BARCELONA: Imp. de CERVANTES, á cargo de Alejo Sierra, Aurora, 12. — 1838.



R. 102471

PRÓLOGO.

Si á tenor de las doctrinas de Vico, tomadas de Herodoto, hubiésemos de clasificar el período de la edad media que estamos recorriendo, no podríamos vacilar en denominarle reinado de los héroes, ó sea de la fuerza. Es una verdad que los señores feudales iberos se parecen mucho á los adalides de Homero, aunque los separen de ellos mas de veinte siglos. Cuando uno de esos potentados, dice Homero, *ILIA. I*, se irrita contra el débil, aunque disimule su enojo, le nutrirá en su pecho hasta que pueda darle libre campo. Cuando Ulises, *ib. II*, llama al combate á los fuertes, lo hace con palabras insinuantes; al vulgo empero le incita con voces duras y de desprecio, y con castigos. Los guerreros llevaban, *ib. III*, armaduras completas para cubrir sus cuerpos. Apelaban al duelo, cuerpo á cuerpo, *ib.*, para poner término á una guerra. Hacian imprecaciones tremendas contra los que faltasen á sus juramentos. Que su cérebro y el de sus hijos sea derramado por el suelo como este vino, dice un guerrero, *ib.* No temian á los hombres, ni á los mismos dioses, que tomaban parte en sus luchas, *ib. V*. En su furor, *ib. VI*, no perdonaban ni á los niños de leche, y hacian escarnio de las generaciones humanas, que se renuevan, dice el poeta, como las hojas de los árboles. Levantaban, *ib. VII*, altas torres y murallas, y las rodeaban de anchos y profundos fosos. Imploraban contra sus enemigos á las divinidades protectoras, *ib. VIII*, y avanzaban ó retrocedian segun eran los auxilios que de ellas recibian. Se reunian, *ib. IX*, en asambleas, y en ellas discutian con completa libertad é independencia. En vano los ancianos y los sabios, *ib.*, les decian que solo los hombres sin familia, sin hogar, sin lares, podian complacerse en las discordias civiles: estas eran su alimento. Odiaban de muerte á los que en el uso de la palabra aspiraban á disfrazar su pensamiento. Llamaban misericordiosos á sus dioses, *ib.*, y ellos eran inexorables en sus iras, por mas que se reconociesen impotentes para devolver

á la vida un cuerpo al que el alma hubiese abandonado. Para ellos la conquista de una poblacion era heroica, acompañada del Jégüello, iluminada por los palacios reducidos á pavesas, y seguida del cautiverio de los niños y de las mujeres: ib. Aceptaban dinero ib. como compensacion de la muerte de un hermano y aun de un hijo. Se injuriaban con denuestos groseros antes de combatirse, ib. XI y passim. Creian en los augurios, pero tambien decian que el mejor agüero era combatir por la patria, ib. XII. Preparaban emboscadas, ib. XHI, y decian que en ellas los héroes se crecian, y los cobardes temblaban. Opinaban, ib. que todo era posible que los saciasse, el sueño, el amor, la danza, pero en ningun tiempo las batallas. Una perfumada cabellera, un talle elegante, la sonrisa de una jóven, un velo transparente, unos pendientes admirables, una mirada tierna, una palabra, ib. XIV, los sojuzgaban. Creian en los dioses, pero en orgullo los aventajaban, ib. XV. Decian que los cobardes llevaban el alma en los piés, ib. Opinaban que no podia ser buen mensajero sino aquel de cuyos labios manase miel y de su corazon la justicia; que era mejor invitar á la juventud á los combates que á los juegos; que no habia nada mas glorioso que morir combatiendo por la propia tierra, por salvar sus mujeres y su posteridad, y por conservar intactos sus dominios; y que la muerte mas se ceba en los cobardes que en los valientes que temen la deshonra, ib. Sus peroraciones mas elocuentes eran cortas, como salidas del corazon: «Ved ahí, dice uno de ellos, la gran batalla por la que tanto suspirabais; adelantese contra el enemigo todo aquel que tenga un corazon noble.» ib. XVI. De los que en las asambleas, ib., no cumplian con su deber, decian que eran torturadores del derecho, enemigos de la justicia, y poco temerosos de las venganzas de los dioses, ib. Lidiaban por la posesion de un cadáver con no menor encarnizamiento que por la toma de una plaza, ib. Preferian algunos guerreros ardientes á toda una vana muchedumbre, ib. XVII. «Triunfar ó morir» esta era su ley de guerra, ib. Reconocian que no habia salvacion para los guerreros si no se prestaban un mútuo apoyo, ib. Confesaban que el hombre es el mas desgraciado de los seres que existen en la tierra, ib. Se entregaban á los extremos del sentimiento con toda la sencillez de la infancia, ib. XVIII. Tenian por máxima, ib. XIX, no hacer pelear á los guerreros en ayunas, la misma que practicó tambien Anibal. Decian que nadie era capaz de agotar el catálogo de las injurias, por poco que quisiese imitar á las mujeres, ib. XX. Eran crueles é implacables en las batallas, ib. XXI, tan sobresalientes en el valor como en la fiereza. Llevaban el pundonor hasta el extremo de sacrificar su existencia para acallar murmuraciones, ib. XXII. Miraban á los huérfanos como á los mas desgraciados de los seres, ib. Sus funerales eran tan suntuosos como sus juegos, magníficos en todo, en sus llantos como en sus placeres, ib. XXIII. Y por último era para ellos respetable la ancianidad, ib. XXIV, y la veneraban por temor de la indignacion de los dioses. Si comparamos esta reseña de las costumbres de los tiempos homéricos con las de los iberos de la edad media, cuanto mas profundicemos la historia mas nos parecerá ver en el hombre moderno la misma fisonomía, idénticas flaquezas y virtudes que en el hombre antiguo.



MEZQUITA DE CÓRDOBA.

ANNALES DE ESPAGNE.

ANNALES

DE

ESPAGNE.

CONTINUACION DEL LIBRO SÉPTIMO.

LA RECONQUISTA.

CAPÍTULO II.— Los almoravides en España; su jefe Juzef; sus guerras con los moros y los cristianos españoles. Los condes de Barcelona Ramon Berenguer II, y Berenguer Ramon II, el Fratricida. Sancho Ramirez y Pedro I, reyes de Aragon y Navarra. Alonso VI rey de Castilla y de Leon. Muerte del Cid.

AÑOS 1077 A 1100.

Si siguiendo las memorias de los árabes, dejamos al rey de Sevilla en alianza con Alfons, rey de Leon y de Castilla. Del contexto de las mismas aparece que el príncipe cristiano, á pesar de que no contaba con la cooperacion de Rodrigo de Vivar, consiguió grandes ventajas en dominios de Yahye ó Hiaya, rey moro de Toledo; que el de Badajoz no pudo ó no quiso acudir nuevamente al socorro del toledano; que este sucumbió, y la ciudad cayó en poder de los nazarenos, garantidas antes á sus moradores las vidas, haciendas, el ejercicio del culto, y la conservacion de las leyes y costumbres recibidas; que este desastroso fin del reino de Toledo le atribuyeron los árabes á las intrigas de Aben-Omar, pri-

vado del rey de Sevilla , y que este mandó prenderle ; que Omar huyó á Murcia y Valencia , buscó un asilo en la hospitalidad del castellano , excitó recelos , se pasó al servicio del rey de Zaragoza , y por último cayó en poder del sevillano quien le cortó con su propio alfanje la cabeza ; y que , viendo los moros andaluces la preponderancia que habia dado á los cristianos la conquista de Toledo , determinaron dar treguas á sus discordias , y solicitar socorros de Juzef , príncipe de los almoravides . En vano el gobernador de Málaga hizo observar que Juzef era un caudillo poderoso , jefe de un ejército aguerrido , y que los reyes moros de España serian sus primeras víctimas si se le permitia cruzar el Estrecho : la asamblea votó en favor de los almoravides , y fueron llamados para que hiciesen la guerra á los cristianos . Al ocuparnos de las memorias que estos nos han dejado relativas á estos tiempos , veremos que tambien algunos de ellos solicitaron á su vez la alianza de los almoravides , tal vez temerosos de que se les anticipasen los árabes : de suerte que todos los moradores de la península se prometian mejorar de condicion con la venida de Juzef y de su gente . No se hizo esperar mucho tiempo . La raza de los almoravides pretendia descender de los reyes del Yemen , en la Arabia , y se vanagloriaba de haber conservado pura su sangre , y de no haber permitido que ninguna de sus mujeres tuviese comercio con familias extrañas . Su primer jefe Abu-Bekir la sacó del desierto , en el que habia andado errante , y la hizo establecerse en la antigua Mauritania . No lidiaban solamente á caballo , sino que colocaban delante de la hueste , en órden de batalla , unos peones , armados de largas lanzas , las que enristraban contra el enemigo , habiendo jurado no volver la espalda , y antes morir que re-

troceder un solo paso. Un jeque muy sabio, llamado Abdala, se llenó de entusiasmo por ellos, viéndolos pelear tan bravamente, y los llamó Almoravides, ú HOMBRES DADOS Á DIOS; y supo enardecerlos de manera que les pareció que estaban predestinados por la Providencia para altos fines. De vecino en vecino, de tribu en tribu, y por último de comarca en comarca, se fueron adelantando y extendiendo hasta llenar de terror la patria de los antiguos numidas. Y á medida que progresaban por medio de las armas, se iba aumentando su número, ya con miembros de su propia tribu venidos del desierto, ya con aliados que acudían á formar bajo sus banderas. Por manera que muy presto tuvieron por necesidad que ensanchar los límites de su dominacion y señorío. Detuviéronse cierto dia en un llano en cuyo centro se levantaba una vasta selva poblada de fieras. Estaban en tierras llamadas de Eilana. Primero limpiaron la selva, destruyendo las panteras, tigres y leones que en ella moraban; despues derribaron árboles, que hacia siglos estaban en pié, abrieron calles, y plazas, y fundaron la ciudad de Marruecos. Á la sazón los restos de sus hermanos, que permanecian en el desierto, se vieron acometidos por los habitantes de una tribu vecina, y fué preciso que Abu-Bekir partiese á socorrerlos con las dos terceras partes de su gente, y encomendase la otra á su primo Juzef ben Taxfin. Era este un caudillo gallardo, y dotado, dicen los árabes, de una alma generosa; en las lides bravo, en los placeres moderado, en el trato austero aunque apacible, en el vestir descuidado aunque con aseo, en el gobierno prudente con los propios, emprendedor con los extraños, justo con todos. Levantó en la nueva ciudad una mezquita y un alcázar, aumentó su ejército hasta cuarenta mil hombres,

domó varias tribus berberiscas muy numerosas activas é independientes , compró muchos negros de Guinea , y los mandó á las costas de Andalucía para trocarlos por cristianos cautivos de quienes se formó una guardia escogida. Esta circunstancia , mencionada en las leyendas de los árabes , explica bien las relaciones que mediaban entre los iberos , moros ó cristianos , y los almoravides. Los moros españoles vendian á buen precio á Juzef sus esclavos cristianos. Las familias de estos , cuando no habian llegado á tiempo para obtener del moro ibero el rescate de los cautivos , acudian al almoravide. Este fué creciendo en poder y en preponderancia. En 1062 contaba ya con cien mil ginetes , y cayendo con ellos sobre algunas tribus que se le habian mostrado hostiles , las arrolló en campo llano , tomó por asalto la plaza de Mediona , entró en la ciudad de Fez espada en mano al cabo de un año de tenerla sitiada , y puso en ella quien la gobernase. Este gobernador le fué infiel , sostuvo una guerra sangrienta , murió peleando , dejó un sucesor no menos aguerrido , y hubo necesidad de que Juzef volviese allá con todas sus fuerzas , reconquistase la plaza y la pasase á saco y á cuchillo. Esto fué , segun parece , en 1070. Algunos dicen que tres años despues Juzef tuvo que lidiar contra su propio primo Abu-Bekir que volvió triunfante del desierto. Otros , mas autorizados , afirman que no medió tal guerra , sino que Abu-Bekir , visto que su primo Juzef habia aumentado su poder de una manera prodigiosa , y convencido de que seria imposible arrancarle por la fuerza las conquistas que habia hecho , tuvo con él una entrevista junto al desierto , en mitad de un bosque , y allí , sentados sobre el propio albornoz , le cedió todos los derechos que pudiese tener en la Mauritania , y se

volvió á su reino. Reconocido Juzef , le envió un rico presente , compuesto de rebaños , ambar , almizcle , alcanfor , algalia , muchas acémilas cargadas de trigo y cebada , palo aromático de Indias , trajes de escarlata , ropones , telas varias , lienzo finísimo , albornoces y turbantes preciosos , caballos encubertados con jaeces guarnecidos de oro , espadas con guarniciones de plata , y veinte y cinco mil escudos de oro. Y es fama que hasta el tiempo de la muerte de Abu-Bekir , acaecida pocos años despues , continuó Juzef mandándole todos los años un rico presente. Por este tiempo fué cuando el rey de Sevilla comenzó á instar al almoravide á que se trasladase á España y ayudase en ella á los musulimes que iban á declarar por santa la guerra sostenida contra el rey de Leon y de Castilla. La respuesta del almoravide fué cual convenia á su ambicion y á sus miras : dijo que primero le era forzoso asegurarse la retirada conquistando las plazas de Ceuta y Tánger. El sevillano convino en ello , y aun le ayudó en esta empresa. La ciudad de Tánger fué entrada , derrotados antes sus defensores que habian salido á presentar batalla al sitiador. La de Ceuta fué sitiada y conquistada al cabo de poco tiempo. Ya con esto los almoravides estuvieron á la puerta de nuestra península. Sea que Juzef hubiese recibido invitaciones solamente del sevillano , ó bien sea que al mismo tiempo el leonés le instase para lo mismo , es lo cierto que le pareció haber llegado ya la sazón oportuna de obrar con energía. Hízose rogar mientras preparaba los elementos necesarios para salir airoso de su empresa. Á las instancias del rey de Sevilla siguieron muy luego las súplicas de los reyes moros de Almería , Badajoz , Denia , Granada , Valencia , y las de casi todos los príncipes de los musulimes iberos. Uno solo , el walí de Málaga,

quiso oponerse al torrente de la opinion que clamaba por la venida de los almoravides ; pero en vano se esforzó en pintar la desolacion que reinaria en la península desde el momento que penetrase en ella aquella tribu ; en vano manifestó cuán de temer era que por huir del cristiano cayesen los musulimes en manos de una fiera: el impulso general estaba dado , y todos obedecian á él ciegamente. Juzef habia sido saludado con el título de rey de los musulimes. Sus mas ardientes partidarios habian querido aclamarle con el dictado de califa del occidente; pero se negó á admitirlo, y á encender, admitiéndole, una nueva tea de discordia entre los árabes. Á los enviados de los reyes moros de España los despidió contentos, prometiendo proteccion á unos, auxilios á otros, y dando esperanzas á todos. Al sevillano le dió á entender que le ayudaria á ponerle en posesion de toda la Andalucía , luego de domada la soberbia de los cristianos; al granadino le indicó que le pondria á cubierto de todas las asechanzas del sevillano ; y acaso al mismo Alfonso le hizo manifestar que él por una parte y los leoneses por otra se repartirian los dominios de los musulimes españoles. El rey de Algarbe fué quien envió mas repetidas instancias á Juzef para que no dejase de ampararle en el conflicto en que se hallaba. El leonés habia conquistado todo el reino de Toledo, y se preparaba en él para hacer entradas en tierras de los demás moros, nó para talar los campos meramente, allegar botin y cautivos , y dar la vuelta , sino para ir cimentando de una en otra tierra sus conquistas. Las memorias de los árabes trasladan una intimacion dirigida por el leonés al sevillano, en que mandaba á este que le hiciese entrega de algunas plazas y castillos , y le amenazaba con una guerra pronta y destructora sino accedia á ello desde

luego. Nada mas arrogante y altivo en el fondo y en la forma. Llamábase en ella emperador y señor de las dos leyes y naciones, jefe de los blandeadores de lanzas, autor del luto de las viudas y doncellas de los musulimes, y caudillo de los campeadores. Recordaba los estragos que habia causado en Toledo; amenazaba con reproducirlos en las ciudades del sevillano, y arrojarle de España; y por último le decia que le enviaba este atento aviso, y á un embajador con él, para que en su prudencia adoptase el partido mas conveniente. Lo que determinó el sevillano fué contestarle en términos no menos altaneros. Decíale que no se preciase de ser rey de reyes ni de dar la ley á dos naciones, pues el árabe era quien hablaba en tierras del cristiano y nó este en las del árabe; que Toledo antes habia sido perdida que recobrada; que á los árabes no les espantaba la presencia de los campeadores cristianos, antes la deseaban, sin tener horror al cruzamiento de las lanzas; que la guerra era el estado natural de su gente que preferia dormir sobre el albornoz en el duro suelo y hacer velas nocturnas y dar y recibir tajos y reveses, antes que perderse en el ocio; y por último que, aunque le habia prometido no hacerle la guerra mientras destruyese al toledano, ya se arrepentia de no haberse opuesto antes á sus intentos, é iba á hacer incursion en sus dominios á sangre y fuego. Y encendióse tanto en ira el sevillano que se negó á pagar al leonés lo que le debia de atrasos del tributo, hizo que la plebe insultase al embajador cristiano y á cuantos le acompañaban, y se afirma que mandó matar á puñaladas á un judío, tesorero del mismo embajador, que venia con encargo de cobrar dicho tributo. Quedaba, pues, declarada la guerra. Un hijo del rey de Sevilla se puso á la cabeza de sus tropas: «Llamemos al almoravi-

de en nuestro auxilio,» le escribió el padre; «no hagais tal, por Alá, padre mio, respondia el hijo, pues no hay gentes mas indómitas y temibles que los conquistadores de la Mauritania;» «ó ellos, ó los cristianos, repuso el padre, y no quiera Alá que entregue á estos la Andalucía, antes preferiré mil veces servir al rey de los almoravides;» «en tal caso, respondió el hijo, cúmplase la voluntad de Alá el Supremo.» Entónces el sevillano envió al jefe de los almoravides una embajada que fué decisiva. En ella Aben-Abed deseaba salud y prosperidad á Juzef, rey de los musulimes, amparo de los fieles, brazo del altísimo, y esperanza de los creyentes. Decíale que la desunion tenia perdidos á los árabes españoles; y que, para regenerarlos y encender una guerra santa, era necesario que Juzef, descendiente y representante de sus comunes predecesores, se trasladase á la península é infundiese alientos á los débiles, y esperanza á los decaídos. Algunos caudillos del ejército del rey de Sevilla escribieron á Juzef en términos no menos explícitos. La causa del islamismo, decian, estaba perdida si Juzef no acudia á su socorro; una gran calamidad iba á pesar sobre los creyentes y á destruirlos sin remedio si no aparecia un protector que los salvase; un enemigo sanguinario habia jurado su exterminio, y por desgracia contaba con elementos suficientes para cumplir su juramento; los infieles se ensoberbecian, y los creyentes se descorazonaban; aquellos formaban entre sí uniones y alianzas, mientras los musulimes, desunidos y discordes, se destruian mutuamente; un rey cristiano se atrevia ya á pedir que le abriesen las puertas de las ciudades y los castillos, y dejasen desocupadas las mezquitas; y por último le pintaban, si deseaba delicias y pensiles, una tierra sembrada de jardines: y si deseaba lides inacabables,

unos campos que parecian palenque abierto para que en él se ejercitasen los grandes campeadores. Cuando Juzef hubo leído estas cartas, se volvió á los jefes de su concejo, y les preguntó qué les parecia acerca de la respuesta que convenia dar á los árabes españoles. Acudir á su socorro, respondieron á una voz los hijos del desierto. Uno solo se opuso, segun las memorias árabes, y pintó á Juzef los peligros que habia en la empresa, la dificultad de salir de la península una vez hubiese entrado en ella, y la necesidad de ocupar antes una posicion amenazadora para los invadidos, conveniente para los invasores. Juzef se avino á pedir esta garantía, y al momento le fué otorgada. El gobernador de Algeciras recibió orden de entregar al almoravide la plaza; y el mismo rey de Sevilla no vaciló en embarcarse é ir en persona á hacer una visita á Juzef en tierras de Tánger. Recibióle el almoravide como á árbitro que era ya de sus destinos. «Seré vuestro jefe, le dijo, pasaré á España, y con el auxilio de Alá triunfaremos. Ese Alfonso de quien me hablais, que está poniendo sitio á la capital del rey de Zaragoza, verá humillada su soberbia. Vuélvete á tu tierra, Aben-Abed, rey de Sevilla, que muy pronto te seguiremos.» En efecto, el sevillano se volvió, casi pesaroso de haber llamado á quien tan imperioso se mostraba; y el almoravide pasó revista de su gente, preparó sus naves, y ordenó la traslacion de su ejército á la península.

El mar estaba tempestuoso, dicen las leyendas de los árabes, pero el rey de los musulimes dirigió una invocacion á Alá, pidiéndole que desatase completamente la borrasca si no convenia pasar á España, ó la sosegase si debia ser para provecho de los creyentes: y Alá tranquilizó las aguas. Añaden que esto pasó en 1086, y que el ejército que llevó

consigo el almoravide era innumerable. De suerte que mientras los príncipes de Europa hacían los aprestos de una formidable cruzada contra el Oriente, Juzef llevaba á cabo otra no menos numerosa, y mas temible, por cuanto reconocía un solo jefe, contra los iberos. La isla verde y la plaza de Algeciras, dicen las mismas memorias, fueron ocupadas, y puestas en buen estado de defensa, y Juzef se adelantó entónces hácia Sevilla. Su ejército iba bien ordenado, y no se permitía ningun desman, previsto todo por el sevillano para que nada le faltase. El primer efecto de esta entrada fué que el leonés abandonase el sitio que tenía puesto á la ciudad de Zaragoza, pidiese auxilio á los demás príncipes cristianos, allegase gente de todas sus comarcas, y saliese á campaña contra los almoravides. Iba triste y acongojado, dicen aquellas leyendas, por cuanto habia tenido en distintas noches un sueño extraño en que él iba montado sobre un elefante, tocando con grande esfuerzo un atambor enorme, y aunque los cristianos y los rabinos se lo habian interpretado como á indicio del triunfo, no habia faltado un fakir moro que habia visto en él una señal de derrota. Á pesar de esto, juntó un ejército cuya caballería la formaban ochenta mil hombres, los treinta mil árabes auxiliares, los cuarenta mil de caballería pesada, cubierta de hierro, y entró en tierras del rey de Badajoz y del de Algarbe. Los almoravides no se hicieron esperar mucho tiempo. Habian permanecido en Sevilla ocho dias, los necesarios para concentrar las huestes de que podian disponer los árabes españoles. Juzef no confundió su ejército con el de sus aliados: á vanguardia iban diez mil caballos almoravides, nó cubiertos de hierro como los de los cristianos, sino armados á la lijera; dispuestos siempre á acometer ó á re-

plegarse según lo exigiesen las circunstancias; en el centro seguían los musulimes peninsulares, varios gobernadores, los reyes de Badajoz, Granada, Sevilla y Valencia, faltando el de Almería por estar en guerra con los cristianos de sus fronteras; y á retaguardia venía todo el grueso del ejército de Juzef, de suerte que ocupase por la noche los lugares en que había acampado por la mañana el sevillano. Un río, al que dan los árabes el nombre de Nahar-Hagir, no muy lejos de Badajoz, separó muy luego á los almoravides y á los cristianos. En sus aguas apagaban la sed ambas huestes; y desde sus márgenes se contemplaban mutuamente. Los almoravides se maravillaban de que, teniendo fama de tan valientes los iberos, compareciesen los mas de ellos vestidos de hierro y casi incapacitados de moverse, perseguir, ni retirarse; y mostrábase mas asombrados aun de que la tierra fuese tan alegre y deleitosa, y sus guerreros tan amigos de lidiar escondiendo el cuerpo. Los cristianos miraban con asombro á aquella nueva raza en extremo tostada, salida del desierto, lijera como el viento que vaga en sus soledades, y mas dispuesta á hacer uso de las armas ofensivas que á buscar broqueles. Dicen que Juzef escribió al rey de los cristianos, dándole la eleccion entre hacerse moro, declararse tributario suyo, ó prepararse para la batalla; añaden que el leonés le respondió pidiéndole que en la lid se dejase ver poniéndose á su alcance; y afirman que el cristiano, bien para ganar tiempo, ó para hacerle perder á su enemigo, le propuso tres dias de descanso, el primero por ser viernes, fiesta entre los moros, el segundo por ser sábado, fiesta entre los judíos, y el tercero por ser domingo, fiesta entre los cristianos, y que señalasen para dia de batalla el lunes siguiente. El almoravide convino en

ello, y es probable que ni él ni el cristiano hubieran faltado á su palabra; pero de las relaciones de los árabes se desprende que el sevillano hizo cuanto estuvo en su mano para adelantar la jornada, tener en alarma al almoravide, y sorprender ó provocar al cristiano. Ello fué que el encuentro tuvo lugar en viernes. Los árabes le dan el nombre de batalla de Zalaca ó del resbaladero. Parece que los cristianos, si hemos de dar crédito á los árabes, contaban con cien mil infantes y ochenta mil caballos; y el ejército coligado ascendería á unos cien mil almoravides, y otros tantos musulimes peninsulares. Al principio quedaron rotas y destrozadas muchas huestes de los moros, y dijo el mismo Juzef que todos los príncipes, aliados suyos, huyeron, á excepcion del rey de Sevilla, y que este se vió en el mayor aprieto, reducido á sostener el choque de todo el grueso del ejército cristiano: pero Juzef acudió en el trance mas difícil, é hizo tomar nuevo aspecto á la lucha. No embistió de frente á los cristianos, sino que dando una vuelta penetró en su campo, ahuyentó á sus defensores, le entregó á las llamas, y luego acometió por la espalda á los leoneses. El cristiano tuvo que presentar dos frentes á sus contrarios; y aunque al primer golpe sostuvo con brio la acometida, tuvo por fin que ir cejando estrechado entre el almoravide y el sevillano. Allí murió la flor de sus campeones. El resto se desbandó llegada la noche, y su príncipe, dicen los árabes, pudo salvarse á duras penas á la cabeza de unos cuatrocientos caballos, de los cuales solo ciento entraron en Toledo. Las consecuencias de esta victoria fueron inmensas. Quedaba con ella desvanecido el nublado que tan alarmados traía á los moros: y la fama de los almoravides subía á mas alto punto que aquella de que gozaban antes de su derrota los

vencidos. Algunos autores árabes escriben que quedaron tendidos en el campo de batalla veinte y cuatro mil cristianos; otros afirman que Juzef envió cuarenta mil cabezas al África como muestra de su triunfo, y además diez mil á cada una de las ciudades de Córdoba, Murcia, Sevilla, Valencia y Zaragoza, y añaden que de la infantería de los cristianos apenas escaparon muy pocos. En Sevilla tuvieron noticia de la victoria por medio de una paloma que soltó el rey Aben-Abed en el mismo campo, la cual debajo las alas llevaba un parte lacónico de la jornada. Las preseas ganadas en ella, el botín recogido, las alhajas encontradas en los reales de los leoneses, los trajes magníficos quitados á los cadáveres, las armas de todas clases que quedaron como despojos, las prendas de oro y plata, se repartieron entre los vencedores, enriquecieron á muchos de ellos, y despertaron en otros el deseo de volver á sus lares. Juzef recibió, en medio de la alegría de este triunfo, la triste nueva de que un hijo suyo acababa de morir en Marruecos; por lo que le fué forzoso volverse al África, dejando encomendado su ejército al caudillo Sir-ben-Bekir. Unas tras de otras fueron recobrando los moros una multitud de plazas y castillos cuya conquista habia sido por parte de los cristianos la obra de algunos reinados, y cuya pérdida era el resultado de un solo contratiempo. Los vencedores formaron al parecer dos cuerpos de ejército, y cada uno obró con entera independencia del otro. Los almoravides no quisieron alejarse mucho de las costas septentrionales, y llevaron sus armas á tierras de Portugal y contra los gallegos. El rey de Sevilla por el contrario entró en tierras de Toledo, tomó posesion de algunas fortalezas, devastó la comarca, se apoderó de varias poblaciones como Uclés, Cuenca, y Consuegra,

y dió la vuelta por Murcia y Lorca. No fué tan afortunado en la vuelta como en la ida. Muchos cristianos le atajaron el paso, le esperaron en una posicion fuerte, le acometieron, y le desbandaron, de suerte que tuvo de buscar en Lorca un refugio. Á unas cuatro leguas de distancia de esta plaza, los cristianos se habian apoderado de un castillo desde el cual mantenian en alarma la tierra, hacian frecuentes incursiones, talaban el país, y se volvian á su guarida llenos de despojos. Á la sazón los moros aragoneses acababan de sufrir un quebranto considerable no muy lejos de Huesca, y se habian metido en esta plaza. El cristiano los acosó en ella, y estrechó el sitio hasta reducirlos al último aprieto. En vano los musulimes tuvieron la fortuna de dar muerte al rey de los sitiadores: pues este, moribundo, y casi exánime, habia hecho jurar á sus caballeros que antes consentirian en perder la vida que en abandonar el sitio. En vano asimismo los moros que gobernaban en Albarracin, Denia, Játiva, y algun otro punto, congregaron sus huestes, y acometieron con ímpetu á los sitiadores: estos resistieron con brio, arrollaron á los moros, y consiguieron que aquella plaza capitulase. Sabedor de estas novedades el rey de Sevilla, conoció que la batalla de Zalaca, aunque decisiva respecto á la suerte de Andalucía, no lo habia sido para dar otro sesgo á la fortuna de los moros en las comarcas orientales, ni aun en las centrales, y se volvió por Córdoba á Sevilla. Atormentábale en sus adentros una idea. Deseaba que Juzef pusiese bajo sus órdenes todas las tropas de los almoravides, con las cuales se prometia sujetar la mayor parte de la península. Escribió al efecto al rey de los musulimes, pintándole el estado de zozobra en que quedaban los ánimos, las ventajas que en Aragon habian conseguido los cristianos, los estragos que

en el reino de Valencia, aliándose hoy con los moros , mañana con los cristianos , estaba causando el mayor campeador que tenían los infieles, y la necesidad que habia de que se viesen para poner remedio á tal situacion y consumir la comenzada victoria. No bien Juzef habia tenido tiempo de recibir la carta del rey de Sevilla , cuando le avisaron que este venia en persona á visitarle. No obtuvo Aben-Abed lo que deseaba. Juzef prefirió volver á la península antes que confiar á un extraño el mando de sus tropas. Nuevamente las aguas de Algeciras se cubrieron de bajeles , y la isla Verde se llenó de almoravides que acudian á sostener lo que llamaban su guerra santa. Los reyes y gobernadores de la España árabe volvieron á allegar gente , y á ponerse con ella á las órdenes del rey de los creyentes. Almería, Badajoz, Baza, Córdoba, Granada, Jaen, Lorca, Murcia, Sevilla, todas las ciudades y provincias estuvieron representadas en el campo del temido almoravide. Intentaron apoderarse de la fortaleza de Alid, defendida á lo que se cree por los mejores ballesteros del leonés, y que parecia inexpugnable por naturaleza: mas no fueron afortunados. Habíanse encerrado dentro unos doce mil infantes y mil ginetes cristianos , y se defendieron con tanto esfuerzo que burlaron completamente las esperanzas é hicieron inútiles las acometidas del poderoso ejército que los sitiaba. La discordia entró en las filas de los coligados. El gobernador de Murcia injurió delante del mismo Juzef al rey de Sevilla , y como fuese preso por este desman, sus huestes se desbandaron, y en vez de hostilizar al cristiano , cortaron los víveres á los sitiadores y les obligaron á levantar el campo. Acudiendo entónces el leonés, nó solo salvó á los defensores de Alid, sino que compelió al rey de los musulimes á batirse en retirada y á re-

embarcarse en tierras de Almería. Es de creer que su escuadra iría costeano mientras el ejército se había adelantado siguiendo la orilla del Mediterráneo. Hay quien presume que esta segunda entrada de Juzef tuvo lugar por los años de 1089, aunque otros no andan conformes con esta fecha. Los reyes, gobernadores y jeques que formaban el formidable ejército moro se volvieron desbandados á sus tierras: por manera que esta segunda campaña fué sumamente desgraciada para los musulimes. Ni falta quien diga que les fué fatal la misma confianza con que procedieron á ciegas, como si no tuviesen ya enemigos á quienes hacer frente. Alguna cosa aprendió Juzef en ella; y fué conocer profundamente la parte débil de los que se llamaban aliados suyos, y lo mal que se habian portado casi todos ellos exponiéndole á perecer por falta de recursos. Desde este momento deseó tomar venganza, nó tanto de los cristianos como de los moros españoles. Vuelto á África, hizo el mayor llamamiento de gente que le fué dable; decia por lo alto que era necesario llevar á buen término la guerra sagrada, y por lo bajo meditaba la ruína de los musulimes peninsulares. Hizo entónces su tercer desembarco en España. Pocas veces ha visto Algeciras unas mas numerosas y lucidas huestes. Se hubiera dicho que el África era un criadero de soldados que de tiempo en tiempo tenia necesidad de enviar nubes de ellos á nuestra península para respirar con mas holgura. En esta tercera campaña, Juzef no pidió auxilios á los reyes moros, ni estos le mandaron ninguno. Mirábanse unos á otros de reojo, dispuestos á batallar, mas bien que á renovar alianzas. Juzef se internó en el país, penetró en tierras de Toledo, pasólo todo á sangre y fuego, y obligó al leonés á meterse en aquella plaza. Una vez sembrada la

alarma en los dominios del cristiano , revolvió contra los propios moros , entró por tratos segun unos , como amigo segun otros , en Granada , y puso preso al rey y le envió con grillos al África. Echado ya el guante , hizo correr la voz de que el granadino le habia cedido su reino por ciertas posesiones en la otra parte del Estrecho; y como viniesen á felicitarle por ello unos embajadores de los reyes del Algarbe y de Sevilla , negóse á recibirlos; y enviándole el rey de Almería su propio hijo para darle el parabien, le detuvo como en rehenes , y no sin mucho trabajo pudo escapar el mozo y volver á su patria. La vega de Granada le pareció deliciosa al almoravide, y jamás la hubiera abandonado de buen grado si los asuntos que dejaba pendientes en África, y el gobierno de su Mauritania, no le hubiesen obligado á cruzar nuevamente el Estrecho. Llevóse consigo al gobernador de Málaga, que al parecer era hermano del granadino, y encomendó el mando de los almoravides al mismo Sir-ben-Bekir que ya antes le habia ejercido. Aquel gobernador de Málaga era el walí que al tratarse de llamar á los almoravides para sostener en España la guerra sagrada, dijo que era preferible entregar la península á las fieras. El mismo sevillano , que tan ardiente partidario de Juzef se habia mostrado poco antes , tomaba ya sus precauciones , ponía en buen estado de defensa sus plazas, y allegaba huestes, nó ya para rechazar al cristiano, sino para hacer frente al que ayer era su aliado. Juzef iba reuniendo en Ceuta nuevas nubes de guerreros, activaba en persona su envio á España, y transmitía incesantemente á Sir-ben-Bekir órdenes reservadas.

Muy pronto se vió que las huestes almoravides se dividían en cuatro cuerpos de ejército , uno de los cuales al

mando de Carur entró en tierras de Ronda , otro á las órdenes de Abuzacaria hizo incursion en el reino de Almería, el tercero mandado por Abdala se encaminó contra Córdoba, y el cuarto penetró cautelosamente en los dominios del rey del Sevilla. Los jefes que tenian mando en Córdoba y en Ronda eran hijos del mismo monarca sevillano. Ambos se defendieron con brio hasta agotar el último esfuerzo , pero ambos perdieron las tierras cuyos gobiernos se les habia confiado , se vieron sitiados en sus capitales , obligados en ellas á rendirse , y despues fueron muertos alevosamente. Á su padre le intimó Sir-ben-Bekir que acudiese á rendir homenaje al rey de los musulimes , y como se denegase , le fué tomando las principales plazas de su reino. El rey de Sevilla , aunque descorazonado , viendo cumplirse al pié de la letra las palabras que en son de profecía le habia dirigido uno de sus hijos , procuró dar largas á la guerra , huyó de entrar en acciones decisivas , é hizo cuanto estuvo de su parte para ver de reanudar la alianza que firmó años antes con los leoneses. Ya solo le quedaba la plaza de Sevilla, pues las demás habian ido cayendo en manos de los almoravides , por fuerza de armas unas , por entrega otras. Dicen los árabes que el leonés envió al socorro del sevillano un ejército de sesenta mil hombres , los veinte mil de caballería ; pero que fueron vencidos los cristianos y obligados á replegarse lidiando contra diez mil almoravides. Sevilla estaba ya sitiada. Cuando Aben Abed supo que su última esperanza puesta en el leonés se habia frustrado , se entregó al almoravide , con la sola promesa de seguridad personal para sí , su familia , y los habitantes de Sevilla. La familia real , que unos sesenta años antes habia fundado la monarquía que dió el golpe de muerte á los califas de

Córdoba, fué metida en una nave de los almoravides, y trasladada al África, en donde murieron sus miembros sumidos en la miseria. Aben Abed no pudo despedirse sin llanto de aquel rio que era el ornamento de su corte, ni alejarse sin suspiros de aquellas torres y alcázares en que cimentó su orgullo. Algunos, que no estudiaron bien el carácter de los árabes, se maravillan de esa expansion que muchos de sus reyes, al tiempo de sucumbir, han dado al dolor y á la ternura. Los árabes á su vez se muestran asombrados al saber los extremos con que se entregan los europeos en ciertas ocasiones á la alegría. De suerte que unos no comprenden la risa, ni los otros el llanto de sus vecinos. Mis hermanos, dice un autor árabe, cuyas pupilas estarán secas sobre el cadáver de un hijo predilecto, lloran al recuerdo de un beso. No fueran digna expresion de mi propio dolor mis lágrimas, dice en Heródoto un rey de raza árabe, y lo son tratándose de la suerte de mis amigos. El destronado rey de Sevilla murió en 1095, cuatro años despues de haber llorado al despedirse de su hermosa Sevilla. Á poco de haber sucumbido el sevillano cayó en poder de los almoravides el reino de Almería, sin que le valiesen á su monarca los auxilios que habia prestado á Juzef, ni los socorros con que le habia asistido contra los de Alid, ni el cuidado con que favoreció la fuga del rey de los musulimes cuando tuvo que buscar un refugio en sus naves. Almoatesim hacia cuarenta años que reinaba en Almería, bien quisto de todos sus vecinos, y alabado por su honradez, su entereza y su prudencia. Á pesar de lo cual murió de congoja y contristado viendo que le era imposible dar otro rumbo á su destino. Su hijo Ahmed ó Abu Meruan, reinó un mes solamente, y se fugó al África en una nave en donde llevó consigo su fa-

milia , sus criados y esclavos , y sus tesoros. En 1091 los reinos de la Andalucía habian desaparecido , y quedaba cimentado sobre sus ruínas el imperio de los almoravides. El año siguiente quiso dar Juzef otro paso hácia las provincias orientales. La plaza de Denia fué ocupada , quedando anulados sus gobernadores que se daban el título de reyes. La de Játiva abrió sus puertas. Los reyes de Valencia y de Murviedro firmaron alianza con el mejor caudillo que en aquella comarca tenian los cristianos , y se aprestaron para la defensa. Ese caudillo , dicen los árabes , se llamaba Ruderik Cambitur , aunque algunos le daban el nombre de Tagi ó tirano , y otros , que le rendian parias , le llamaban Cid , ó señor y dueño. Era rey de Valencia cierto Yahye ó Hiaya , que salió á pelear contra los almoravides , y murió lidiando. Sucedióle Alcadir , y tambien murió defendiendo á palmos el terreno. La lucha fué sobremanera encarnizada. Los cristianos , visto que era imposible defender la plaza , la abandonaron , y al poco tiempo tomaron posesion de ella los afortunados almoravides. Ya solo les faltaba derribar la monarquía árabe de Zaragoza para renovar completamente el imperio de los Omeyas. Abu Giafar era á la sazón rey de aquella comarca ; y conociendo cuán precaria era su suerte , colocado entre los iberos independientes que cada dia iban adelantando algun paso , y los almoravides que aspiraban á conquistar la península entera , prefirió captarse la benevolencia de Juzef antes que provocar sus iras. Envióle una embajada con donativos de oro y plata , que mas bien parecian el anticipo de un tributo , y le escribió diciéndole que entre los almoravides y sus enemigos los cristianos solo existia un muro , que eran las tierras que él ocupaba , nó para regalarse en ellas , sino para combatir de

dia y de noche, mantenido en continua alarma: y concluyó pidiéndole su amistad y alianza. El almoravide le otorgó entrambas cosas, convencido de que por el pronto no podia pensar en destronarle sin entregar á los cristianos una comarca que les abriese vasto campo para nuevas conquistas. Los moros aragoneses y los almoravides lidiaron bajo unas mismas banderas para hacer frente á los orientales y á los montañeses que acababan de tomar por fuerza de armas las plazas de Fraga y de Barbastro, devastando antes el país y causando la muerte de mas de cuarenta mil musulimes. Tuvieron lugar varios encuentros; los cristianos fueron arrollados; Fraga fué recobrada; volvió Barbastro al poder de los moros, ganada por asalto; y mas de cinco mil doncellas cristianas entraron en Zaragoza cautivas para cebo de la liviandad de los vencedores. Dicen que esto pasó en 1093. El año siguiente es memorable porque en él sucumbió Almetuakil, último rey de Badajoz y del Algarbe. No le valieron los prodigios de valor que hizo para resistir á un contrario poderoso. Sus tierras fueron ocupadas, sus poblaciones ganadas á viva fuerza, y su capital se vió cercada y á punto de ser tomada por asalto. Entónces Almetuakil trató con los sitiadores. Sir-ben-Bekir le prometió paso libre para él, toda su familia y sus tesoros; pero, en el momento mismo en que el príncipe destronado acababa de ponerse en marcha, cargó sobre él una tropa de almoravides, le despojó de cuanto llevaba, y le dió muerte violenta, ni mas ni menos que á sus hijos. Este término tuvieron la mayor parte de los reyes moros de España á quienes la soberbia habia hecho trocar el baston de generales por un cetro, y que, débiles y divididos, no habian podido oponer mas que una sombra de débil resistencia á un cau-

dillo poderoso , cuya alianza habían solicitado ciegamente. Ya los musulimes tenían por mas implacable enemigo al almoravide que al cristiano. Los restos que de ellos quedaban esparcidos , se iban concentrando en torno de los que podian ofrecerles algun amparo. Y los nobles cristianos, que les daban auxilios contra los almoravides , mas bien los admitian como auxiliares , que no los socorrian como á aliados. Á la sazón , dicen los árabes , el caudillo cristiano que reunió bajo sus banderas mayor número de musulimes descontentos fué Ruderik el Cambitor ó el Tagi. Los jeques de Denia, Játiva y Murviedro, y los moros fugitivos de otras provincias devastadas por los almoravides , todos acudian á ampararse del Cambitor para hacer frente á aquel enemigo, para recobrar con su auxilio alguna parte de lo perdido , y sobre todo para vengarse. Mientras Sir-ben-Bekir destruia una monarquía en el Algarbe , los musulimes y los cristianos á una , acaudillados por dicho Ruderik , pusieron cerco á la ciudad de Valencia. Su gobernador , viendo que eran numerosas las fuerzas de los sitiadores , y que las huestes de los almoravides se hallaban demasiado distantes para poder darle socorro , entró en tratos , y entregó la plaza , fiado en la seguridad que le dió el Cambitor de que ni él , ni su familia, ni los moradores serian molestados. Pero el vencedor necesitaba oro. Tal vez los que habian contribuido á la conquista clamaban por la paga; ó quizás alguno delató al vencido diciendo que ocultaba los tesoros de los almoravides , que debian pertenecer á los conquistadores. Es lo cierto , dicen los árabes , que en la plaza mayor de Valencia se hacinaron materiales para encender una vasta hoguera, se pegó fuego á ellos , se condujo á este sitio , atadas las manos y los piés , al gobernador y á toda su familia , se

mandó abrir una hoya en la que fué metido el almoravide, indultados de la pena los miembros de su familia, y allí fué quemado vivo por orden del Tagi-Cambitor. De esta suerte, y en medio de tales escenas, la ciudad fué ocupada por los moros y cristianos coligados. En el entretanto Sirben-Bekir no habia perdido el tiempo, antes habia enviado su escuadra con tropas de desembarco á las Baleares, y en breves dias se habia hecho dueño de Ibiza, Mallorca y Menorca que hacia cincuenta años no reconocian mas señores que los reyes de Denia y de Valencia. En cuanto llegó á su noticia la pérdida de esta plaza, juntó lo mas escogido de sus huestes, y ordenó á su escuadra que se presentase para recobrarla á fuerza de armas. Pocos episodios de aquella época fueron mas fecundos en lances, encuentros, acometidas, salidas, escaramuzas y batallas sangrientas, que este en que los almoravides trataban de volver por su prestigio, y los moros y los cristianos se esforzaban en conservar una conquista que les habia dado renombre. Por último se recobró Valencia, y la estrella de los almoravides ganó en brillo, dice un autor árabe, y la de sus enemigos quedó eclipsada, muerto el Cambitor.

Las memorias del condado de Barcelona nos pintan á dos hijos de don Ramon Berenguer gobernando juntos. Llámase el uno Ramon Berenguer II, por otro nombre CAP DE ESTOPA, así conocido por su abundante cabellera; y el otro es Berenguer Ramon II á quien muchos no han dado otro nombre que el de FRATRICIDA. Desde la muerte de su padre acaecida en 1076 hasta el año 1082, que es decir por un período de tiempo que abraza seis años, los nombres de los dos hermanos aparecen juntos en las escrituras, donaciones, compras y ventas, en que debieron intervenir ó poner su

firma. El primero era bondadoso y afable; el segundo terco é irascible; y cuantas mas concesiones hacia aquel, mayores eran las pretensiones de este. Exigia la division del patrimonio, y unas seguridades tras otras, sin que por su parte quisiese dar ninguna. Una escritura del año 1080 habla ya de rencores y malas voluntades á que, dice, se ha de poner término entre los hermanos. Por último en 1082, el dia 6 de diciembre, entre las poblaciones de Hostalrich y San Celoni, en el collado de Astor, junto á una pequeña laguna, denominada desde entónces EL GORCH DEL CONDE, fué asesinado alevosamente Ramon Berenguer II. La opinion pública acusó desde luego al FRATRICIDA. Algun escritor ha pretendido borrar de su memoria esta afrenta, pero lo ha hecho sin tener á la vista unos documentos coetáneos que la comprueban, tales como una donacion firmada por el propio hijo del asesinado en la cual en 1098 acusa de aquel crimen al entónces ya difunto fraticida. Hay quien menciona como fecha del asesinato el dia cinco del mismo mes y año. Dicen que Ramon Berenguer se dedicaba al ejercicio de la caza cuando le sorprendió su hermano, rodeado de satélites, le mató, é hizo arrojar al lago su cadáver. El halcon que llevaba el desdichado conde dió márgen á que los criados del mismo, persiguiendo al ave, diesen con los restos de su amo. Habia casado este con doña Matilde, á quien otros llaman Mahalta, hija de un jefe normando de alguna nombradía, y en ella tuvo un hijo que acababa de nacer pocos meses antes de aquel fraticidio. Mas adelante conoceremos á este niño con el nombre de Ramon Berenguer III. Á la viuda se la llamó por algun tiempo condesa viuda; pero algunos años despues, hácia 1085, contrajo segundas nupcias con un vizconde de Narbona, de quien tuvo hijos,

y parece que vivía aun por los años de 1112. Ignórase que ningún noble exigiese de Berenguer Ramon II un juramento semejante al que Rodrigo de Vivar hizo prestar al monarca leonés, antes de entregarle el cetro de Castilla, por presunciones y sospechas menos vehementes. De este relato aparece cuán estragadas eran en aquellos tiempos las costumbres de los potentados, y cuán ocasionados á crímenes eran los conreïnados. Existe una circunstancia en la historia de este condado que casi equivale á la jura de Santa Gadea, como expresion de las sospechas que habian concebido los nobles de la época respecto al fratricidio. Hubo córtes dos años despues, y al pasar al nombramiento de tutor para el hijo del asesinado, no recayó la eleccion en el conde reinante, conforme correspondia á tenor de las costumbres y del testamento de don Ramon Berenguer I, sino que fueron nombrados para ejercer aquella tutela los condes de Cerdáña, á no ser que pudiesen obtener, decian, que se encargase de ella el mismo rey de Castilla. Es decir que se buscaban protectores al niño lejos de su propia casa, como si se intentase escudarle contra alguna amenaza no disipada. Pero este deseo de las córtes no fué cumplido. El fratricida habia asido con mano firme las riendas del gobierno, y no estaba dispuesto á abandonarlas; y aun es de suponer que impuso silencio á cuantos hubieran podido acusarle. Y sin embargo habia llegado á tal punto la conviccion del pueblo, si hemos de dar crédito á las crónicas, que uno de los que asistian á los funerales de Ramon Berenguer II, equivocó una frase del rezo fúnebre, y dijo en alta voz, «¿en dónde está Abel tu hermano?» Pero estas y otras manifestaciones aisladas sirvieron solamente para afirmar en los ánimos aquella creencia, nó para impedir que el fratricida gozase el fruto de su

crimen. Algunos nobles no pudieron soportar este violento estado. Ya habían manifestado su opinion de una manera explícita en las referidas cortes. La misma sostuvieron echando continuamente en cara al conde su crimen, acusándole siempre que se les presentaba coyuntura, y compeliéndole en fin á salir en defensa de su honor, á tenor de las costumbres de aquellos tiempos, en palenque, por ley de espada ó por la de justicia, hasta que por último le hicieron aceptar el reto, y le declararon fratricida, traidor y alevos, y como tal indigno de regir la gobernacion del estado. Pocas circunstancias eran mas dignas de consignarse que las de este famoso proceso entre los súbditos y su príncipe : y sin embargo se ignoran.

Los historiadores que han salido á la defensa de don Berenguer Ramon, y han pretendido borrar de su memoria la mancha del fratricidio, tampoco andan acordes en la explicacion de otras circunstancias de la existencia militar y política de este soberano. De la comparacion de sus relaciones con las de sus antagonistas se desprende que don Berenguer fué uno de los buenos capitanes de su tiempo; que arrojó del campo de Tarragona á los moros, restauró esta capital, y la restituyó su antigua sede metropolitana; y que sostuvo guerras encarnizadas contra don Rodrigo de Vivar, protector de los sarracenos. Algunos habian confundido en las leyendas y hasta en el poema del Cid al conde Ramon Berenguer con Berenguer Ramon; y como la cronología del primero no podia andar ajustada con las acciones de guerra en las que dicen tomó parte contra don Rodrigo, resultaba de ahí la necesidad de tener que relegar entre las fábulas muchos hechos atribuidos á aquel héroe castellano. Las investigaciones posteriores vinieron á demostrar que lo dicho de don

Ramon pertenecía á su hermano el fratricida. Unos códices antiguos cuentan el hecho de la manera siguiente. Por muerte del príncipe moro, reinante en Zaragoza, se habian repartido los dominios de la corona dos hijos suyos. Rodrigo de Vivar sirvió al mayor con todas sus fuerzas, y aun hay quien cree que hizo actos de vasallaje en favor del príncipe moro. El conde de Barcelona, y el rey de Aragon y de Navarra, se declararon en favor del hijo menor que no tuvo reparo en continuar rindiéndoles parias, cuando el mayor se las negaba. El menor, auxiliado de dichos poderosos soberanos, y del conde de Cerdaña y de los nobles del Ampurdan, Ausona, Carcasona y el Rosellon, puso sitio á la plaza de Almenara. Rodrigo de Vivar y su protegido se hallaron apurados. Prometieron cierta cantidad al conde de Barcelona y á sus aliados, y estos no quisieron transigir de ningun modo. Entónces don Rodrigo, hecha de la necesidad virtud, embistió á sus contrarios con tales bríos, que los derrotó, é hizo prisionero á don Berenguer Ramon. Arrebatóle el tesoro, le tuvo preso cinco dias, y le soltó mediante un rescate. Obtenida esta ventaja, don Rodrigo fué en realidad el verdadero rey de Zaragoza por espacio de algunos años, mientras permaneció sirviendo al sarraceno. Pero el caballero suspiraba por llevar á cabo nuevas empresas. Supo que el conde de Barcelona recorria la vega de Valencia persiguiendo á los moros, y acudió á socorrer á estos, mas bien para ahuyentar al barcelonés é impedirle hacer adelantos en la márgen meridional del Ebro, que para escudar la independenciam de los valencianos. Berenguer tuvo que batirse en retirada; pero algun tiempo despues volvió á tentar la suerte de las armas contra su infatigable adversario. Tambien esta vez fué vencido en Tobar del Pi-

nar , quedó por segunda vez prisionero , y tuvo que pagar su nuevo rescate para recobrar él y los suyos su libertad pérdida. Ochenta mil marcos de oro de Valencia le costó al barcelonés esta jornada. Y la leyenda añade que algunos de sus nobles , no pudiendo pagar la parte que les tocaba , volvieron á presentarse ante el vencedor , seguidos de sus familias , como para ponerse en sus manos , ya que les era imposible cumplir lo prometido. Don Rodrigo se enterneció á vista de semejante ejemplo de honradez , y los dejó libres sin condicion alguna. La última vez que el conde y el campeador se vieron fué en Burriana , en donde echaron los cimientos de una amistad duradera. Berenguer Ramon fué en el mes de diciembre de 1096 arrojado del solio segun unos , vencido en batalla ó en juicio , segun otros , ante la acusacion de fratricidio , ó compelido acaso á hacer dimision del mando y á emprender una peregrinacion á la Tierra Santa. Precisamente por este tiempo Godofredo de Buillon dirigia la primera cruzada , y hay quien cree que sirviéndole halló una muerte honrosa el conde de Barcelona , al cabo de pocos meses de haber dimitido. No faltan escritores muy autorizados que afirman haber tenido lugar en toda Cataluña grandes alteraciones y guerras civiles á consecuencia de la muerte alevosa dada á don Ramon Berenguer , pues muchos señores y vasallos tomaron las armas , y no las dejaron por espacio de quince años hasta haber arrojado de aquella tierra al fratricida. En tal caso don Berenguer Ramon fué hombre de grandes alientos , pues á un mismo tiempo , durante la menor edad de su sobrino , hizo frente á los moros , al Campeador , y á sus propios vasallos sublevados. Toda la comarca que media desde Villafranca del Panadés hasta Tarragona , y las sierras de Ciurana y Prades , habia caido

en su poder. Casi al mismo tiempo el conde de Urgel, llamado Armengol de Gerp, ganó á los árabes muchos lugares y castillos de las riberas del Segre, y obligó á los mismos moros de Lérida y de Zaragoza á pagarle parias, independientemente de las que satisfacian á otros príncipes cristianos para librarse de sus incursiones.

Las memorias de los navarros dan por sentado que al tiempo de la muerte de don Sancho García el Noble, el leonés se apoderó de una parte de los dominios de la casa de Navarra, y que el aragonés, sobre sus títulos de rey de Aragon, Sobrarbe y Ribagorza añadió el de rey de Pamplona, recobró las plazas de Sangüesa y Puente-la-Reina, y consiguió que no se desmembrase de la monarquía la provincia de Guipúzcoa ni aquella parte de la Vizcaya que desde Durango la sirve de lindero. Despues hizo armas contra los sarracenos, les tomó en 1080 las plazas de Coum y Pitilla, arrolló en batalla campal al zaragozano, ganó en el año 1082 la villa de Bolea, y conquistó el año siguiente el lugar y fuerte de Grados. Es sabido que don Rodrigo de Vivar, por cuenta propia ó por comision del leonés, auxiliaba al rey moro de Zaragoza, como si ya la marcha de los sucesos indicase que los futuros ribereños del Ebro debian ser los rivales ó bien los aliados íntimos de los iberos centrales. En Rueda, los moros, recibidos socorros de aquel príncipe cristiano, y de su mejor caudillo, triunfaron de los aragoneses, é hicieron en ellos grande estrago. Pero Sancho Ramirez, rey de Aragon y de Pamplona, no se dió por vencido. En 1084 vuelve á la lidia, gana los pueblos de Arguedas y Secastilla, y vence á los moros y á su auxiliar el de Vivar junto á Morella. Hay quien retarda de cuatro años la fecha de este último suceso, y le menciona

dos despues de la muerte de la reina doña Felicia, esposa del monarca aragonés, acaecida en 1086. Los aragoneses acusan al leonés de haber llamado por este tiempo de África á los almoravides para conquistar en union con ellos nuestra tierra y repartírsela. Ya hemos visto de qué manera cuentan los árabes la venida de esos nuevos conquistadores. Convienen unos y otros en que el almoravide hizo á un mismo tiempo la guerra con fortuna á los moros de España y á los iberos que los favorecian, uno de ellos Rodrigo de Vivar. Sancho Ramirez, por el contrario, procuró sacar el mejor partido posible en medio de aquellas azarozas circunstancias; adelantóse hasta las riberas del Cinca, entró en Monzon á fuerza de armas, dia 24 de junio de 1089, obligó al rey de Huesca á pagarle parias, auxilió segun dicen por el mismo tiempo al castellano que andaba muy acosado, pobló la ciudad de Estella en 1090, fundó el año siguiente y fortificó el pueblo de Castellar del Ebro, arrojó á los moros de las plazas de Almenara, Nabal, y Santa Olalla, dió principio al señorío de Luna radicándole en la familia de los Barchalla y de aquel Martin Gomez que habia lidiado con el Campeador, puso buenas defensas y presidios en los castillos Alquezar, Loharre y Marcuello, internóse en tierra de moros hasta Montaragon en donde fundó un monasterio, dió favor y ayuda al conde de Urgel contra los moros de Fraga, Lérida y Tortosa, contuvo al castellano que en 1093 envió fuerzas en auxilio del rey de Huesca, y por último en 1094 puso sitio á esta ciudad cuyos muros y torres eran sobremanera fuertes, y sus defensores muchos en número y animosos. Sentó los reales en un cerro poco distante, llamado, desde entónces, Pueyo de Sancho, desde donde podia ofender con vigor, y ser ofendido. Allí, levantado el brazo,

enseñaba á los suyos la parte mas flaca del muro cuando se sintió herido en el costado. Hízose superior al sufrimiento, y conociendo que los momentos que le quedaban eran contados y supremos, llamó en torno suyo á los ricos hombres y á los caballeros, les hizo jurar fidelidad á su hijo el príncipe don Pedro, les tomó palabra de honor de que no abandonarían el sitio, y mandando que le arrancasen la saeta que llevaba clavada en el costado, le sacaron con ella la vida á dia cuatro de junio. Su sucesor el príncipe don Pedro y los nobles que le rodeaban cumplieron la promesa hecha al moribundo. El cadáver de don Sancho Ramirez fué trasladado á Montaragon, y no se le dió sepultura hasta que Huesca fué tomada, seis meses despues en sentir de unos, dos años mas adelante en opinion de otros. Parece que los de Huesca echaron el resto en esfuerzo antes de rendirse y llamaron en su auxilio al zaragozano. Acudió este con mucha morisma, y con algunos caballeros castellanos, aunque esta vez no pudo auxiliarle Rodrigo de Vivar que habia emprendido la conquista de Valencia. Desde las riberas del Ebro hasta las del Gállego, estaba la comarca inundada de huestes que acudian á hacer levantar el sitio de Huesca. En un campo, por nombre Alcoraz, avistó don Pedro á sus enemigos. Confió la vanguardia de sus tropas al infante don Alonso, hermano suyo, y valeroso caballero, á quien rodeaban los Lizanas, los Barchalla, los Luna, los Atrosillo, y los Maza. La batalla duró un dia entero. Las crónicas aragonesas dicen que en ella murieron de treinta á cuarenta mil moros, y dos mil cristianos, en 25 de noviembre de 1096. Añaden, sin afirmarlo ni contradecirlo, que el vulgo la dió en decir que auxilió á los aragoneses San Jorge visiblemente, ni mas ni menos que en otras ocasiones habia

auxiliado Santiago á los leoneses y gallegos. Es lo cierto que en el mismo sitio se erigió una iglesia dedicada á San Jorge; y que don Pedro tomó por armas la cruz llamada de San Jorge, en campo de plata, y en cada uno de sus cuadros hizo trazar una cabeza roja de los principales reyes ó caudillos enemigos que en aquella jornada habian perecido. Ganada la victoria, y ahuyentados y perseguidos hasta Almudivar los contrarios, Huesca abrió las puertas á los vencedores, y sus mezquitas fueron consagradas y convertidas en templos de los cristianos. Algunos afirman que, conseguido este triunfo, el rey don Pedro y su hermano don Alonso, acudieron á dar socorro al Cid, aunque habia sido enemigo de su padre, y le ayudaron á ganar la ciudad de Valencia, mas no pudieron impedir que, muerto el Campeador, volviese á caer bajo el yugo de los sarracenos. Sin embargo don Pedro continuó guerreando con los moros con el objeto de redondear los dominios que tenia conquistados. La plaza de Barbastro, unas veces tomada, otras perdida, se hallaba ahora en poder de los moros que desde ella hacian correrías y talaban la tierra. Don Pedro quiso recobrarla á toda costa. Ayudáronle en esta empresa sus mejores caballeros, Dat, Galindez, Aznarez, Garcés, Aluces, Velazquez, Sanchez, y Panzons. Aquella ciudad fué combatida en 1100 segun unos, 1101 segun otros, y ganada en breve tiempo, lo mismo que los principales castillos y lugares de la comarca, y en ella se erigió un obispado. Don Pedro se titulaba rey de Aragon y de Pamplona, y es fama que las fronteras de sus dominios llegaban desde Pallás hasta Castilla y los confines de Navarra.

Los escritores leoneses y castellanos disienten de los árabes y aun de los aragoneses, en muchas circunstancias re-

lativas á la historia de esta época, aunque en algunas andan acordes. Don Alonso sexto, rey de Leon y de Castilla, continuó negando oídos á las pretensiones de Gregorio VII relativas al feudo temporal que debian los iberos , y para resistir mejor en este punto, se allanó á los deseos del pontífice respecto á la substitucion del rezo gótico por el romano. Dícese que se originaron de ahí serias alteraciones , de suerte que fué preciso acudir á la prueba del fuego , y aun á la del duelo. En el fuego quedó consumido el misal romano , y salió intacto el gótico ; y en el duelo triunfó el campeón del goticismo : pero don Alonso habia prometido ceder en esta parte, y cedió en efecto por los años de 1077 ó en el siguiente segun la opinion que parece mas fundada. En el de 1080 tuvo lugar uno de los divorcios tan comunes en aquellos tiempos con el nombre de anulaciones ó separaciones matrimoniales. Bien fuese por obedecer al mandato del papa, bien por el propio contentamiento apoyado en pretextos plausibles, hallóse que don Alonso y su esposa doña Inés no podian haber contraído matrimonio válido por cuanto esta señora era algo parienta de doña Águeda , primera esposa de aquel monarca, aunque este matrimonio no habia llegado á consumarse. Poco tardaron los dos príncipes en hacer uso de la libertad que tan inopinadamente les era devuelta. El rey contrajo enlace con doña Constanza , hija del duque de Borgoña ; y doña Inés entró gustosa en el tálamo de cierto conde , aunque á muchos les hubiera parecido mas natural y digno que se entrase en un monasterio. Dicen que esto tuvo lugar en 1080. Créese que en el siguiente año dió principio don Alonso á sus conquistas por la parte del reino de Toledo , de suerte que , paso á paso , de plaza en plaza , fué acercándose á la capital

de aquel reino que hacia tiempo deseaba poseer á toda costa.

Tal vez los lugares de Majorit, Olmos y Canales, segun el sentir de buenos escritores, fueron los primeros puntos ocupados; acaso despues lo fué Talavera, poblada antes y fortificada Escalona en 1082; sin duda en 1083 la plaza de Maqueda, y la de Santa Olalla fueron sitiadas y rendidas; y hay fundamento para creer que el año siguiente lo fueron las de Talamanca, Hita, Guadalajara y Uceda. Entónces fué cuando el rey de Zaragoza hizo en favor del toledano una diversion que por poco fué decisiva. Dispuso que uno de sus mejores caudillos hiciese como que levantaba una bandera de rebelion en Rueda y pedia auxilio á don Alonso. Acude este al momento esperando que la plaza de Rueda le sea entregada, y envia á tomar posesion de ella á muchos de sus principales capitanes, y en poco estuvo como no penetró él mismo en su recinto. Sus mensajeros hallaron en ella una muerte violenta. Ni el consuelo tuvo don Alfonso de poder vengar tal alevosía. En vano dió repetidos asaltos á la plaza. Rechazado y vencido tuvo que volverse habiendo rescatado á costa de mucho oro los cadáveres de sus compañeros que pensó recobrar con el hierro. Convenido de que por este medio se habia intentado alejarle de Toledo, volvió sobre esta plaza, reunidas antes cuantas hues-tes pudo. Parece que fué muy considerable el número de soldados que le ayudaron en esta empresa. De Asturias, Castilla, Galicia, Leon, Portugal y Vizcaya vinieron ginetes y peones dispuestos á vivir á costa de un país enemigo hasta haber consumado la obra que llevaban proyectada. La conquista de Toledo era la verdadera toma de posesion de la España Central; é iba á obtenerse precisamente cuando se acababa de rechazar de los templos el ritual gótico en

aquella ciudad nacido. Es preciso confesar que , despues de la toma de Barcelona que equivalió á la reconquista del Mediterráneo , pocos acontecimientos pueden compararse con la de Toledo que debia hacer triunfar las armas de los iberos independientes en el corazon de la Península , y con la de Huesca que puso en manos de los mismos la llave de las montañas. La conquista de Valencia por el Cid fué un hecho de armas sobremanera brillante , pero prematuro. Déjase presumir que los toledanos harian el mayor esfuerzo en defensa de sus lares ; pero sucumbieron ; y viendo que el rey de Sevilla auxiliaba al leonés , que el de Zaragoza no podia hacer en favor suyo mas que tentativas impotentes , y que el de Badajoz y el Algarbe bastante tenia que hacer en evitar las asechanzas del sevillano , determinaron rendirse. Antes estipularon con el sitiador que quedarian salvas las vidas y las haciendas , que los pleitos de los moros serian decididos y juzgados segun sus leyes y sus propios jueces , que conservarian abierta para el culto de Mahoma la mezquita mayor de la ciudad , que no se aumentarian los tributos actuales ni se añadirían otros , que no habria mas mudanza que la de la persona del rey , pasando á ser tal don Alonso , que al actual monarca Hiaya ó Yahye se le daria salvo conducto para retirarse á donde quisiese , y por último que todos los vecinos serian dueños de marcharse con completa seguridad si les convenia. De esta suerte cayó Toledo segun las crónicas de los cristianos á veinte y cinco de mayo de 1085. Dicen que el monarca desposeido trasladó su domicilio á Valencia en donde murió al cabo de pocos años. El vencedor procuró atraer á Toledo un buen número de familias cristianas que sirviesen de contrapeso á las muchas que en ella quedaban pertenecien-

tes á los moros y á los judíos. Los mozárabes , ó cristianos antiguos, cuyas familias permanecian en Toledo bajo la salvaguardia de las leyes , desde la conquista de España por los árabes , formaban una nó pequeña parte de la poblacion toledana. Entónces fué , á tenor de las memorias de los árabes , cuando alarmados los reyes de Sevilla , Badajoz y Granada , llamaron en su auxilio al almoravide , juntaron un ejército formidable , y vencieron completamente á don Alonso en la batalla de Zalaca , á la que los cristianos dan el nombre de jornada de Badajoz , y tambien de Zagalla y de Sacralias. Confiesan estos que, entre Mérida y Badajoz, fué derrotado el leonés con pérdida de casi todo su ejército , á dia 23 de octubre de 1086 ; pero presumen que el moro quedaria muy quebrantado cuando no pudo sacar todo el partido de su victoria. Retiróse don Alonso á Toledo, herido en una pierna segun dicen , y trató de reparar en lo posible su descalabro. Para ello , conociendo que no podia prometerse socorros del aragonés , del navarro , ni de los orientales á quienes habia hostilizado frecuentemente favoreciendo á los reyes de Huesca y Zaragoza , cometió la imprudencia de llamar en su auxilio á los nobles de Francia. Por fortuna la llave de la península no estaba en sus manos , y los que la tenian en su poder no consintieron en darla ni en abrir las puertas de la España á nuevas huestes extrañas. Las memorias de aquellos tiempos dicen que el rey don Alonso sentó paces con los reyes de Badajoz y Sevilla , y que los franceses no pasaron del Pirineo, habiendo penetrado en sus gargantas talando y saqueando, y habiéndose retirado muy luego. Esta narracion da á entender claramente que los franceses hallaron cerrado el paso , porque don Alonso no habia pedido ó no habia podido obtener vénia de

los navarros, de los aragoneses, ni de los catalanes. También se ha echado en cara al leonés la violacion del tratado hecho con los toledanos. Mientras él estuvo ausente de Toledo, la reina su esposa, y el metropolitano enviaron de noche alguna fuerza armada que se apoderó de la mezquita mayor de Toledo, arrojó de ella á los moros y la dedicó al culto cristiano; sabedor de ello Alonso dió á entender que lo tomaba á mal y que iba á castigar á los culpables; pero fueron tales las amenazas de que se echó mano para atemorizar á algunos moros, que ellos mismos, ó algunos que lo parecian, pidieron á don Alonso que lo dejase todo en el ser y estado presente: de suerte que, á despecho de la capitulacion real, la mezquita fué transformada en iglesia, allí mismo en donde los mozarabes, durante cerca de cuatro siglos, habian vivido con sus leyes y su culto á la sombra de otra capitulacion sagrada. No hallamos mencionado en 1088 ningun hecho de armas de Alonso; solo sí preparativos de defensa y reparticion de las tierras de Toledo y las cercanías entre sus nobles para que las defendiesen á manera de colonias militares. Una alteracion del clero de Toledo contra su metropolitano don Bernardo consignan las crónicas, promovida por el viaje que el prelado creyó deber hacer á Roma para impetrar del papa, á lo que pareció, la primacía sobre las demás iglesias del país á que el rey de Leon llamaba su España, y en realidad para traerse de Francia á la vuelta algunos clérigos que le ayudasen á reformar las costumbres de los de su tierra. Y en efecto volvió con la bula de primacía que deseaba, y sobre cuya importancia andan tan divididos los pareceres, removió á los clérigos que se le habian mostrado hostiles, y repartió prebendas y dignidades á los extranjeros que trajo consigo. El leonés deseaba tener

contento al sumo pontífice. El monarca había depuesto, por pasión ó con justicia, que es punto no muy bien aclarado, á Pelaez prelado de Santiago, y le tenía preso; mas ahora, al cabo de muchos años, á instigación de Ricardo, legado pontificio, acusó á Pelaez ante un concilio reunido en Husillos en 1089, le hizo deponer y darle un sucesor. Casi al mismo tiempo el metropolitano de Braga fué depuesto de órden del papa por el ya nombrado Bernardo, prelado de Toledo. Las memorias del año siguiente mencionan el casamiento de doña Urraca, hija de don Alonso, con el conde Ramon de Borgoña. Las de 1091 afirman que el papa no aprobó lo que había hecho su legado Ricardo en el concilio de Husillos, antes envió un nuevo legado quien, reunido en Leon, con asentimiento de don Alonso, un nuevo concilio, hizo dar por nulas las decisiones del de Husillos, mandó y recabó del monarca que pusiese en libertad á Pelaez, deponiéndole en otra forma y á nombre del pontífice, dió por nula la elección de prelado hecha en Husillos sin consentimiento de la sede romana, de suerte que hasta el año de 1094 no volvió á ser provista la sede, y por último mandó á lo que parece que se abandonasen en la escritura los caracteres, oficios, y solemnidades góticas, y se adoptasen enteramente las formas romanas. Á la sazón murió don García, hermano de don Alonso, preso en el castillo de Luna por haber querido defender el patrimonio que le había legado su padre. Aceleró su muerte la órden que dió don Alonso de que le trasladasen á Leon cuando ya había enfermado gravemente: y en el camino quedó cadáver. Los que creen que los archivos son el único manantial en donde deben leerse las verdades de los tiempos pasados, hallarán en ellos consignadas la órden que se dió para trasladar al enfermo bajo

pretexto de su cura, y los pormenores de las magníficas exequias que hizo celebrar don Alonso por el alma de su hermano, y creerán que el monarca profesó un tierno afecto á quien tanto honraba; pero los que están convencidos de que nada exige mas pulso que la lectura de las cláusulas convenidas y de las cortesanas, y los que saben que muchos monumentos dicen en el fondo lo contrario de sus formas, no buscarán las pruebas de amor fraternal de don Alonso en otra parte que en el sepulcro de don García, en donde mandó este desgraciado príncipe que fuesen metidos tambien los grillos que llevó en la cárcel. Á la muerte de don García sucedió, con el intervalo poco mas ó menos de un año, la de doña Constanza, su cuñada. Don Alonso contrajo entónces, y al cabo de muy pocos meses, cuartas nupcias con doña Berta, hermana segun se cree de don Ramon de Borgoña, yerno de aquel monarca. No falta quien afirma que en 1093 adelantó el leonés sus conquistas por la parte de la Lusitania, y entró en Sintria, Santaren y Lisboa. Otros añaden que el año siguiente, á peticion de don Rodrigo de Vivár, le envió don Alonso algunas huestes que le ayudasen á llevar adelante la conquista de Valencia. En el año 1095, y en dia 24 de enero, hallamos mencionada la muerte de doña Berta, cuarta esposa de don Alonso, y el casamiento de doña Teresa, hija natural del mismo monarca, con don Enrique, primo de don Ramon de Borgoña segun afirman unos, ó descendiente de los Lorenas segun opinan otros. Túvola don Alonso en doña Jimena Nuñez, una de sus damas, y la dió por testamento en dote, con el título de condado, feudatario de Leon en sentir de algunos, independiente en opinion de otros, las conquistas que llevaba hechas en la Lusitania. El año 1096 no le pintan muy

glorioso para don Alonso las crónicas de los cristianos. En él dicen que quiso dar auxilio al rey de Huesca cooperando al esfuerzo que hicieron para socorrerle los reyes moros de Zaragoza, Lérida, Tortosa y Denia. Ya sabemos que en los campos de Alcoraz alcanzaron los aragoneses y los navarros una victoria completa dejando tendidos en el teatro de la lucha cuarenta mil moros y dos mil cristianos. El conde don García de Nájera, jefe de las tropas auxiliares de don Alonso, cayó en manos de los aragoneses. Anduvo á la sazón muy solícito el leonés en preparar su quinto enlace, no ya con una princesa cristiana, sino con una hija de un rey moro. Zaida, hija del rey de Sevilla, dicen las crónicas, era admirable por su hermosura, y sin duda, añaden, deseaba ya en su corazón hacerse cristiana, cuando don Alonso puso en ella los ojos; no tardó el leonés en solicitar su mano, y le fué otorgada, dándola el sevillano en dote muchos lugares que ya no podía defender, como los de Alarcos, Caracuel, Cuenca, Huete, Masatrigo, Mora, Ocaña, y Uclés, y devolviendo, segun dicen, don Alonso al sevillano las poblaciones de Portugal recientemente ganadas. Hay quien opina que la hermosa Zaida fué otra de las damas del monarca leonés; mas otros vuelven por la honra de Zaida, afirman que recibió el bautismo, se desposó y tomó el nombre de María Isabel, y citan escrituras antiguas en que se la trata como á legítima consorte de aquel príncipe cristiano. De este enlace toman pié los que aseguran que don Alonso y el sevillano de comun acuerdo solicitaron la nueva venida de los almoravides para repartirse con ellos todo cuanto poseian en las costas del Mediterráneo algunos reyes moros; y añaden que estos reyes á su vez solicitaron el amparo de Juzef, jefe supremo de los almoravides, participándole que el se-

villano y el cristiano eran una misma cosa , se daban hijas en matrimonio , é iban encaminados á destruir la ley del profeta. Ya hemos visto por las memorias de los árabes de qué manera el almoravide supo burlar á todos cuantos confiaban en su brazo ; cómo fué que el sevillano perdió la libertad y el trono; y el cúmulo de varias circunstancias que favorecieron á Juzef hasta ponerle en posesion de las tierras que medio siglo antes se habian distribuido unos gobernadores llenos de ambicion y de codicia. Las crónicas de los cristianos no andan acordes en la fecha de la entrada de aquellos nuevos invasores, y su diversidad de pareceres nace de que unos hablan de la primera entrada , otros de la segunda, y los mas de ellos de la última, que fué la decisiva, y creen que no hubo mas que una: de suerte que , comparadas sus relaciones con las de los árabes, se desprende que todos ellos tienen razon , y que solo anduvieron errados en suponer que la irrupcion fué la única. Los leoneses confiesan que no muy lejos de Rueda, en la Mancha, se avistó su ejército con el de los almoravides , y que estos triunfaron. Iban mandados los cristianos por el conde don García de Cabra, y por don Rodrigo , dicen las crónicas; el caballero Ordoñez y sus parciales se pasaron al almoravide; y entónces fué cuando los campos que están entre Lezuza y San Clemente presenciaron una sangrienta jornada en la que quedó quebrantado el poder de los leoneses. Los valientes que no quedaron tendidos en el campo fueron reducidos á mísero cautiverio.

No se mostró descorazonado don Alonso , antes allegó nuevas huestes en 1098 , y se acercó al Guadalquivir con ánimo de tentar en persona nueva fortuna ; pero esta vez el almoravide no se avino á dar batalla , y don Alonso tuvo

que volverse camino de Portugal talada antes la tierra. Por entónces fué cuando los almoravides trasladaron á África muchas de las familias cristianas que moraban en los pueblos de Andalucía, y procuraron facilitar la emigracion á España de muchas tribus africanas. En 1099 ya no fué don Alonso quien se adelantó contra los almoravides, sino estos en gran número quienes salieron á su busca en campaña, y se atrevieron á poner sitio á la ciudad de Toledo; pero los cristianos los rechazaron. Entónces se corrieron los almoravides hácia la plaza de Consuegra, la entraron á viva fuerza, y dejaron en ella una guarnicion suficiente para mantener en alarma las cercanías. Casi al mismo tiempo doña Ximena participó á don Alonso la noticia de la muerte de don Rodrigo de Vivar su esposo, y la necesidad que tenia de auxilios si era conveniente que defendiese de los moros la ciudad de Valencia. Tambien de Roma participaron al monarca los pasos que daba don Diego Pelaez, obispo de puesto de Santiago, para conseguir que su deposicion fuese anulada, lo que tal vez hubiera conseguido á no habérsele estorbado la muerte del pontífice Urbano, y á no haber tomado la tiara Pascual II que declaró justamente depuesto á aquel prelado. En dicho año pasó á mejor vida la infanta doña Elvira, y en 1100 murió tambien la infanta doña Urraca, ambas hermanas de don Alonso, la segunda muy esforzada y de grandes brios, entrambas dotadas de toda la virtud de castidad que le faltaba á su hermano. Las dos murieron solteras, pues es una suposicion gratuita lo que se afirma de que la primera llegó á contraer enlace con el conde don Rodrigo. En este tiempo inútilmente procuró don Alonso enviar fuerzas que atajasen el paso á los almoravides: estos iban marchando contra la ciudad de Valencia, y

aunque en Malagon les salieron al encuentro los cristianos, quedaron vencidos estos, y se adelantaron aquellos á recobrar la plaza que el Cid les habia arrebatado.

Tócanos completar aquí el cuadro de la vida del Campeador á que dimos comienzo en el anterior capítulo. Y ante todo es forzoso consignar que las dudas suscitadas por el crítico Masdeu respecto á la existencia del códice que cita Risco en prueba de la exactitud y aclaracion de ciertas circunstancias de la existencia de aquel guerrero, á quien los árabes llamaron Ruderik el Cambitur, quedan desvanecidas desde el momento que el códice volvió á parecer tal como Risco le habia citado. El Cid era un verdadero tipo y principio de la caballería errante, sin rey, ni ley, ni Dios, solo con dama: y llevaba tan cubierto de hierro el espíritu como el cuerpo. Si quisiésemos formar juicio acerca de él por las reglas de conveniencia y de justicia dominantes en nuestros tiempos, su semblanza fuera sombría, y ciertos rasgos de ella nos parecerian odiosos. Y no obstante fué en plena edad media un dechado de nobleza, porque, aunque su brazo era de hierro, y su cabeza de bronce, su corazón era de cera, y bastaba acercarse á él la llama de la compasión, del ruego ó del cariño para derretirle. Es forzoso pues estudiar á este hombre en las tradiciones, en los códices, en los mismos cantares, y aun en las injurias que le prodigaron sus enemigos para obtener una fisonomía plástica del mas arrogante caballero de los tiempos feudales. Jimena es su único amor y toda su ternura. Si hay que nombrar campeones segun la antigua usanza para decidir ciertos pleitos por medio de las armas, el Cid es con preferencia el instado, rogado y elegido. El Cid admite, y el pleito queda ganado. Déjase suponer cuánta fama y popularidad no ganaria

con solo esto el verdadero rey de las lides. Si hay que reclamar parias del rey de Sevilla y Córdoba, el Cid es el enviado; da favor en campo llano y junto á Cabra al sevillano contra el granadino, y obtiene cuanto desea. Los demás caballeros de la corte de don Alonso debieron envidiar la gloria de quien era entre ellos el primero. Á la verdad el Campeador no esperaba las órdenes del rey, antes obraba segun su capricho, y es fama que cierta vez acometió al toledano, sin mediar provocacion, é hizo en sus tierras siete mil cautivos. Alfonso tuvo que desterrarle en 1076, dicen unos, mucho antes, dicen otros; y aquí principian las hazañas del paladin errante. Su hogar era la tierra que pisaba, su ley las armas, su Dios el brazo, sus amigos y aliados los que imploraban su auxilio, sus contrarios los que se negaban á hacer cuanto le pluguiese; para estos bandido, para aquellos príncipe invicto; y mientras su brazo conservó vigor fué la esperanza de los débiles, y el terror de los poderosos. Allí en donde puso el peso de su espada, allí se inclinó la balanza, fuesen jeques ó reyes los enemigos, muslimes ó cristianos. Unos y otros tuvieron motivos para prodigar al Cid maldiciones ó alabanzas. Sin embargo, mas se inclinó á dar amparo á los régulos moros que á los príncipes cristianos. El mas débil era su compañero predilecto; el huérfano hallaba en él un tutor seguro. Sirvió de padre á un hijo de don Sancho, difunto rey de Navarra, á quien á su entender tocaba el trono, é hizo una guerra constante al monarca de Aragon que se titulaba rey de Pamplona. Batalló encarnizadamente con Berenguer Ramon el fratricida, conde de Barcelona, y quizás fué de esta suerte uno de los protectores del tierno hijo de Ramon Berenguer II el asesinado. Si pudiésemos suponer que el leonés no desterró

de sus estados al Campeador sino que le envió con una misión secreta á las riberas del Ebro, nada nos parecería mas hábil que la política del castellano que oponía un dique al aragonés y al catalán, allí precisamente en donde podían conquistar mayores lauros. Pero la indignación de don Alonso se concibe naturalmente; y se explica también de qué manera el instinto de su propia conservación y su carácter guiaron al héroe castellano en sus empresas. Ya vimos al hablar de las cosas de Aragón cómo se declaró en favor de uno de los hijos de un rey de Zaragoza, y fué su brazo derecho, y le hizo triunfar apesar de los esfuerzos combinados de los aragoneses y de los catalanes. Parece que en 1088, cuando ya don Alonso era dueño de Toledo y habia sido batido por los andaluces y almoravides reunidos, pasó el Cid á Castilla, llamado por el rey, y fué muy bien recibido como hombre á quien se necesitaba; pero prefirió volverse á su libertad, y renovar sus correrías y algaras, habiendo antes allegado gente de su parcialidad hasta el número de siete mil hombres. Con ellos hizo que el conde de Barcelona, Berenguer, levantase el cerco que tenia puesto á la ciudad de Valencia. Cuando el mismo Juzef con sus mejores huestes puso sitio á la fortaleza de Alid, y esta fué socorrida del rey Alonso, el Cid faltó á un punto de reunión que le habia indicado este monarca. Es probable que no fué por mala voluntad, sino meramente por error ó por descuido: pero de ahí tomaron pié sus enemigos para enconar el desvío con que le miraba el príncipe. La esposa y los hijos del Cid fueron presos; el héroe retó en buena lid á sus acusadores, sin que nadie admitiese el duelo; y fué necesario que dejase transcurrir algun tiempo antes que le fuese devuelta su familia. Formábase una tempestad sobre su ca-

beza. Varios régulos moros le favorecian, pero el conde de Barcelona Berenguer habia allegado contra él una hueste formidable. El rey de Zaragoza dió aviso al Campeador de cuanto se proyectaba contra él, y pudo ponerse en guarda. Berenguer se daba ya aires de vencedor irresistible. « Confío en Dios, escribió al Cid, que me vengará de las injurias que de vos tengo recibidas, y que poniéndoos en nuestras manos os dará á conocer si somos ó nó mujeres. Bien sabemos que mas confiais en agüeros que en el Dios verdadero, y que vuestros dioses son las águilas, los gavilanes, los cuervos y cornejas, y en general ese monte que es vuestra esperanza. Bajad de él si no sois alevoso, y destructor y profanador de iglesias como os llamamos. » El Cid le respondió: « Yo, Rodrigo, te saludo á tí y á los tuyos. Oí leer tu carta, y confieso que aun ahora me burlo de tí como antes. Sé que me injuriaste ante el rey don Alonso, y esto me mueve á repetirte que tú y los tuyos no sois mas que mujeres. Con el moro Alfacib hiciste concierto prometiéndole por dinero que me sacarias de sus dominios. Ven pues á pelear conmigo, y si no lo cumples, diré que es por miedo que me tienes. Todos saben que te hice una vez prisionero, y que tengo en mi poder dinero tuyo y de tu gente. Me llamaste alevoso, y es falsedad. Quien ha cometido traiciones es el que tú y muchos cristianos y paganos conoceis. Pero dejemos tales disputas y vengamos á las armas y fuerzas. Ven y no tardes. » En estas líneas está retratado al vivo el paladin errante, independiente de reyes y señores, sin mas arrimo ni confianza que la propia espada. Las fuerzas del Cid eran inferiores á las del conde, por lo que acudió á la astucia, armó una celada, é hizo de nuevo prisionero á Berenguer. Tambien esta vez le soltó por rescate, y se mostró magnánimo con los

caballeros pobres hasta el punto de soltarlos sin condiciones. Esta hazaña volvió á abrirle las puertas de Castilla, á donde le llamó don Alonso para que le siguiese á campaña contra los almoravides. En las marchas iba el Cid á retaguardia, y al avistarse el enemigo se colocaba á vanguardia. Esto le fué imputado á insulto hecho á las tropas de su monarca, de suerte que á la vuelta de la expedicion, que fué infructuosa, en 1092, no pudo don Alonso contener su indignacion, y volvió á despedir al Campeador llenándole de vituperios. Vuelve don Rodrigo á su existencia errante, llena de correrías, de enemistades, alianzas, é inacabables aventuras. Favorece al zaragozano, y contiene á los aragoneses; entra en la Rioja y tala las tierras de su mortal enemigo el conde de Nájera García Ordoñez; apodérase de Alberite, Alfaro y Logroño; dirígese á Zaragoza, y sabedor de que los almoravides se han apoderado de Valencia y causado la ruína y la muerte de su amigo Hiaya ó Yahye, determina tentar el golpe de fortuna que mas fama ha dado á su nombre. Reune sus parciales, llama bajo sus banderas á todos sus aliados, y se dirige á Valencia. Los árabes llamaban á esta hermosa ciudad su paraíso. Una antigua elegía árabe pinta con los mas tristes colores el cúmulo de desgracias que iban á pesar sobre aquel pensil del mar Baleárico. «Estás en hora de morir, dice, y vienen sobre tí muchos quebrantos; fuiste la alegría y el solaz, el sabor y el placer de los mozos; tu soberbia te perdió; el muro que te circunda se estremece; tus torres se van desmoronando; tus blancas almenas perdieron ya su brillo; tu noble Guadalaviar ha salido de madre y llora sobre tí; tus acequias están turbias y llenas de cieno; tus placenteras huertas no dan fruto, roídas ya del lobo rabioso; tus prados, que daban tan lindas flores, están secos; tu

puerto ya no te honra; la llama cubre de cenizas las tierras de que te llamabas señora; tu enfermedad no tiene remedio: te lo digo, Valencia, con el corazón quebrantado.» En vano los almoravides hicieron grandes esfuerzos para salvarla: el contrario que el Cid apretaba entre sus brazos podía darse por perdido. Rindiósele el arrabal de Villanueva; penetró á degüello en el de Alcudia, puesto á la cabeza de sus más bravos campeones; concedió un respiro de dos meses á los de la ciudad para que se convenciesen de que los almoravides no podían socorrerlos; y por último, rechazado un amago que hicieron estos contra el campo de los sitiadores, la plaza se rindió obligada del hambre. Valencia, tan distante del centro de operaciones de los cristianos; Valencia que les abría camino para las Baleares; Valencia que por mar podía ser socorrida, y que por tierra podía recibir auxilios de muchos árabes poderosos: Valencia se rindió á un simple caballero. Las crónicas pintan al Cid digno de su fortuna. Dicen que trató á los vencidos con humanidad, con generosidad, con cortesía; que los rigió por sus propias leyes y costumbres; que no les exigió otros pechos fuera de los que venían satisfaciendo; que les permitió el uso de su culto, nó en la mezquita principal, sino en las secundarias; que por dos veces á la semana oía y fallaba en persona sus pleitos y les decía «ya veis que no soy dado al juego ni á las mujeres como vuestros señores, sino que os trato como amigo y compañero.» Los árabes por el contrario ponen el grito á las nubes, y le llaman cruel y tirano, por haber hecho quemar en medio de la plaza pública al jefe mismo que le había rendido la ciudad bajo la fé de un tratado. Cinco años poseyó el Cid su conquista; y los empleó en rechazar constantemente á los almoravides, y en acometer y rendir sucesivamente las

plazas de Almenara, Murviedro, Olocau, y Sierra. Solo él podía hacer este milagro, porque su nombre solo era la defensa de Valencia. Pero su muerte acaecida en 1099 mudó la faz de las cosas. Los almoravides volvieron á la carga, y ya no fué posible contenerlos. Lo mas que pudo hacer don Alonso, cuando la viuda de aquel guerrero reclamó su auxilio, fué acercarse á la ciudad, sacar de ella á los cristianos, y abandonarla entregada antes á las llamas. Tal nos pintan las leyendas al Cid. Sus restos fueron trasladados á Burgos. Un hijo suyo murió muy jóven combatiendo para imitar á su padre. Su hija mayor casó con el infante de Navarra, huérfano á quien el Cid sirvió de padre. Su hija menor, doña María, contrajo enlace con el conde de Barcelona Ramon Berenguer III el grande, hijo de Ramon Berenguer II el asesinado, y sobrino de aquel Berenguer, el fratricida, á quien el Cid habia hecho siempre una guerra á muerte. Tal es el Cid, repetimos, á quien los cantares, IV-VI ANON. hacen decir que «el vulgo sospechaba que por órden suya y de don Alonso habia muerto en Zamora don Sancho;» el mismo que dijo que á su lado mas traia á Tizona que á Jimena; el mismo de quien decia Alonso «cosas tenedes, el Cid, que farán hablar las piedras;» el mismo á quien los vates llamaban, honor de los reinos, ANON. IV-IX; el mismo que se atrevia á decir á su príncipe «dicen que robo y que mato, y que estoy atesorando, sin mirar que si algo tengo, todo lo he ganado, á trueco de sangre y fuerza, y nó viviendo en el ocio de ese real palacio donde se pasan los dias solo en deshorrar hidalgos IB. XI;» el mismo, en fin, de quien dijo el rey Alonso «gran lidiador es el Cid, fuerte y noble en gran manera, pero sí no es homildoso ¿de Dios y del rey qué espera?» Tipo de los caballeros, el mejor de los caste-

llanos que no pudo vivir en Castilla, con ningun mortal arrogante podía ser humilde : solo podía humillarse ante su dama, ó los desvalidos , ó los sumisos que imploraban su auxilio. Bandido para unos, héroe para otros, tuvo de todo, aunque parezca paradoja, al igual de los caballeros mas famosos de todos los siglos y naciones. Y en este sentido no hay nada mas profundo que aquel versículo de un profeta en que se llama grandes bandidos de las naciones á los mas poderosos conquistadores.

Mientras en nuestra península tenia lugar esta epopeya, y las de las tomas de Huesca y de Toledo, y la ruína de algunas monarquías de los musulimes, y el entronizamiento de la raza de los almoravides: la Europa entera tentaba por otro lado unas aventuras no menos temerarias que las de Rodrigo de Vivar. Imitando á los árabes en su manía de dar á los ejércitos una bandera sagrada; enardeciendo los sentimientos religiosos hasta el punto de convertir en enseña de guerra la que debia serlo de paz, de humildad, y de ternura; inflamando los ánimos de una generacion en masa para lanzarla en nombre del cielo á las batallas, á los asaltos, á los saqueos, y á la carnicería; dando en fin un baño de heroísmo á lo que eran los sueños vagos de unas cabezas calenturientas, ávidas de recobrar por la fuerza lo que por ella habian perdido: se dió al mundo un espectáculo tremendo. Los pueblos eran abandonados; y confundidos los nobles con los plebeyos se iban á una á morir acosados como fieras por los caminos, á ser víctimas del hambre y de la peste en climas mortíferos, ó á sucumbir á millares en emboscadas lejos de su patria, de sus esposas y de sus hijos. Nicea fué ganada; Edesa fué conquistada; Antioquía fué entrada á viva fuerza; la misma ciudad de Jerusalem

fué tomada en 1099 y sobre sus ruínas se fundó una monarquía. Los que volvieron de la expedición no habían mejorado de costumbres. Los grandes no se mostraron menos arrogantes y crueles con sus vasallos; los pequeños no aspiraron menos á tomar venganza de las demasías de los poderosos; los mares quedaron como antes infestados de piratas, y las tierras de foragidos; y mientras por una parte los cristianos enarbolaban la cruz en la Palestina, por otra los almoravides se apoderaban de la mitad de la España, y daban á entender que los triunfos de la fuerza, ora se llame Jerjes quien los dirija, ora Alejandro Magno, ora Pirro, ora Escipion el Africano, unas veces Alarico, otras Taric y Muza ó Almanzor, hoy Guillermo, mañana Godofredo: son en último resultado la verdadera expresión de la flaqueza humana que, conociéndose impotente guiada por la luz del alma, cree que la fuerza corpórea le dará con creces lo que el espíritu le niega. Entónces la ira es la árbitra soberana de los destinos de la tierra, y va sembrando en pos de sí escombros y sepulcros.

CAPÍTULO III. — Muerte de Juzef Ali; alteraciones entre los moros; los almohades y los almoravides; muerte de Ali; Abdelmumen; los almohades en España. Los condes de Barcelona Ramon Berenguer III el Grande y Ramon Berenguer IV el Santo. Alonso I el Batallador, Ramiro II y doña Petronila en Aragon. Garcia Ramirez en Navarra. Alonso VI, doña Urraca, y Alonso VII en Leon y Castilla.

AÑOS 1101 A 1158.

Afirman los autores árabes que Juzef volvió otra vez á España, nó ya para guerrear, sino para despedirse de aquella comarca deliciosa. Decía que la Iberia árabe era una águila cuyas alas eran Valencia á la derecha, Portugal á la izquierda, Jaen el pecho, Sevilla y Granada las garras, y

la cabeza Toledo. Recorrió en ella lo que eran ya sus dominios, y conociendo que los años se le venían encima y que las fuerzas le faltaban, convocó sus jeques é hizo que reconociesen y jurasen por sucesor suyo en el mando, nó á su hijo mayor Tair-Temin, sino al menor Alí en quien tenía puestas todas sus esperanzas. Á su paso por Lucena, en donde moraban muchos hebreos acaudalados, halló que los perseguían, porque sus antecesores habían prometido convertirse á la ley de Mahoma si dentro de cierto número de años no venía al mundo su Mesías, y les decían que el plazo quedaba ya cumplido: Juzef lo arregló de manera que, obtenida cierta cantidad de oro, dejase de molestar á los judíos por aquella promesa. Restituido á Marruecos le faltaron las fuerzas, y murió en 1107 á la edad de cien años, de los cuales durante sesenta había obedecido, y por espacio de unos cuarenta había mandado, según él mismo así lo decía. Hubo á su hijo predilecto, Alí, en una cristiana, por nombre Comaica. El hermano mayor de Alí, Temin, fué el primero que prestó obediencia al hijo de Comaica, le presentó á los jeques, y les dió ejemplo jurando vivir siempre sometido á su hermano. No hizo lo mismo un nieto de Juzef, que ejercía mando en la ciudad de Fez, antes movió alteraciones y quiso oponerse á la jura del nuevo príncipe. Alí conoció que un momento de indecision podía perderle, y se puso en marcha contra su sobrino. Esta sola manifestación fué bastante para arredrar al pretendiente y postrarle sumiso á los piés del nuevo monarca, que no quiso ensangrentar su triunfo, sino enaltecerle perdonando. Obtenida esta ventaja, visitó por dos veces la España, primero en el año 1107 para recibir el juramento de obediencia de manos de los jefes almoravides, y después en 1108 para activar

los preparativos de guerra contra los cristianos, y confiar el mando de sus huestes á Temin su hermano. Temin puso cerco á la plaza de Uclés, rindió la fortaleza, y puso en un duro conflicto á los moradores. Alfonso envió contra los almoravides un buen ejército mandado por su propio hijo don Sancho, habido en la hermosa Zaida, hija de Aben-Abed el desgraciado rey de Sevilla. Temin, inferior en fuerzas, queria abandonar la fortaleza y alejarse; pero sus soldados, gente escogida y resuelta, le animaron á la resistencia, y le empeñaron á presentar batalla. Los cristianos fueron derrotados. El infante don Sancho y veinte mil compañeros suyos perdieron allí la vida. La población de Uclés fué entrada á saco y á cuchillo. Al tener noticia de esta desgracia, dicen los árabes, don Alonso murió de pesadumbre. Los almoravides llevaron sus armas á las riberas del Ebro, con ánimo, dicen unos, de entrar en Zaragoza como auxiliares y afirmarse en ella como á dueños. Pero, trasladados á aquel teatro de una lucha incesante, conocieron que primero debian vencer antes de llamarse libertadores. Penetraron en Cataluña, se corrieron hasta las cercanías de Barcelona, talaron los campos, arrancaron los árboles, mieses y plantíos, entregaron algunas poblaciones á las llamas, y redujeron á cautiverio muchas familias. Pero á la vuelta, cuando la conservacion del botín los traia cuidadosos, de repente se vieron circuidos, puestos en confusion y derrotados. Este descalabro les obligó poco despues á volver por su honra buscando un desquite, y dicen que le hallaron lidiando á la vez contra los aragoneses y los catalanes: pero muchos centenares de almoravides que allí cayeron, dicen las memorias de los árabes, no han vuelto á levantarse. Allí conoció que de nuevo era necesaria su pre-

sencia en España. Los cristianos habian sabido sacar partido del odio que profesaban los árabes españoles á los almoravides ; y , protegiendo á aquellos , progresaban. Alí volvió en 1109 á nuestra península seguido de cien mil ginetes y de mayor número de peones. Este ejército en otras circunstancias hubiera vuelto á acorralar á los iberos en los montes mas inaccesibles ; pero en la ocasion presente no hizo otra cosa que dejar yermas y devastadas algunas llanuras. Los cristianos, y los mas de los árabes españoles , se encerraban en los fuertes , se defendian en ellos bravamente , y rechazaban al almoravide ó le hacian pagar cara su victoria. Toledo sostuvo sin rendirse un sitio famoso. Sus defensores hicieron una salida , batallaron de poder á poder con la hueste de Alí , y aunque fueron vencidos le convencieron de que no le seria posible entrar por fuerza de armas en la plaza. Las de Madrid , Guadalajara y Tavira sucumbieron con estrago , y su ruína dejó satisfecho al jefe de los almoravides , que dió la vuelta al África. En las riberas del Ebro, Giafar , rey de Zaragoza , vacilante entre la alianza de los cristianos y la de los almoravides , habia hecho una diversion en favor de estos , acudiendo á socorrer la plaza de Tudela ; pero fué desgraciado. Muerto en accion de guerra , Tudela, dicen los árabes, quedó perdida sin recurso ; y á Giafar Almosfain-Bila-Aben-hud le sucedió su hijo Abdelmelic Meruan Amad-dola , mas dado á las armas que á la gobernacion del estado. Tambien afirman los árabes que en esta campaña perdieron los cristianos la plaza de Badajoz, la de Lisboa y otras varias en la Lusitania , últimas hazañas debidas al almoravide Sir-ben-Bekir , que , ya anciano , murió muy luego. No eran menores que las de los acampamentos las contrariedades que hallaban los jefes almoravides en

el interior de sus propias poblaciones. Los árabes españoles los odiaban de muerte, y solamente por la fuerza les daban obediencia. Los judíos, á quienes tenian encargada la recaudacion de los tributos, los hacían intolerables. Á una voz los cristianos y los musulimes maldecian á los nuevos dominadores salidos del desierto para sembrar lutos en la Iberia. El almoravide Mezdeli habia vengado en las cercanías de Toledo la mala suerte de Alí, pasando á cuchillo todos los moradores de algunos pueblos, incluso los niños y las mujeres; y, aunque le persiguieron como á un lobo rabioso, pudo salir ileso de entre sus enemigos, á favor de las tinieblas de la noche, y poner á salvo el botin que habia recogido. Mezdeli era gobernador de Córdoba por Alí, y se deja entender que obraria á tenor de las órdenes de su jefe llevando la guerra á sangre y fuego. En una de esas algaras halló la muerte, y le reemplazó en el mando su hijo que murió asimismo lidiando con encarnizamiento. En 1115, dicen las memorias de los árabes, se vió obligado Alí á enviar su escuadra á las Baleares, de donde arrojó á los cristianos que en ella habian hecho desembarco. Otro Mezdeli, gobernador de Granada, pasó con numerosas huestes el año siguiente á las riberas del Ebro para obligar á los cristianos á levantar el sitio que tenian puesto á la ciudad de Zaragoza, y al mismo tiempo para compeler al zaragozano á que le rindiese homenaje. Consiguió alejar de la ciudad á los primeros, pero se enemistó con el segundo, quien desde entónces temió mas su proteccion que la saña de sus enemigos. Ello es que firmó un tratado de alianza con los cristianos é hizo en union con ellos á Mezdeli una guerra sangrienta. Al principio le fué adversa la fortuna, mas despues se le trocó en favorable, de tal suerte que Mezdeli fué der-

rotado y muerto. Pero este triunfo fué fatal para el zaragozano, pues sus aliados los cristianos tomaron con él tales brios que unas tras otras fueron apoderándose de muchas plazas fuertes, entre ellas la de Lérida. Allí se vió obligado á volver nuevamente á la península. Los intereses de los almoravides tomaban en ella un mal sesgo. No podían contar con el apoyo de las masas, ni con el auxilio de las familias poderosas de los antiguos musulimes, y veían debilitarse diariamente el prestigio que con las armas habían adquirido. En vano Temim, hermano de Alí, hizo una demostración vigorosa para arrojar de Lérida á los cristianos; estos salieron á su encuentro en campo llano, y en él, dicen los árabes, despues de un estrago horrendo, ni unos ni otros triunfaron, y los almoravides tuvieron que replegarse á la cabeza de diez mil hombres, la cuarta parte de su hueste. El cristiano creyó que en este campo de batalla había ganado la posesion de la ciudad de Zaragoza, y en tal concepto envió á pedir sus llaves al rey moro de la misma, aliado suyo. El zaragozano no le dió otra respuesta que la de aprestarse para la defensa. Mas aquellos vencedores cayeron sobre él con fuerzas numerosas, y pusieron cerco á aquella ciudad cuya posesion era el blanco de sus esperanzas. Lo que de este sitio dicen los árabes es muy digno de consignarse. Afirman que los cristianos llevaron consigo muchas máquinas de guerra y grandes torres de madera en carros tirados por bueyes, y que en lo alto de las torres colocaron truenos y otras máquinas. Añaden que esto pasó en 1118, y que los defensores, perdida toda esperanza, pues si no eran presa del cristiano lo serian luego del almoravide, se rindieron concertando con el sitiador que les dejaria salvas las vidas y haciendas, y completa la libertad de quedarse

en aquella tierra ó alejarse de ella. Y esto fué á tiempo en que acudían diez mil ginetes almoravides con intento de salvarla ó apoderarse de ella. Las altas riberas del Ebro, dice una leyenda árabe, quedaron perdidas para los creyentes; aquellas aguas que habían presenciado tantos combates y que habían sido enrojecidas no pocas veces con sangre de los cristianos, lo quedaron ahora con la de los musulimes; los descendientes de los guerreros que tantas victorias habían conseguido, huyeron desbandados hácia Valencia y Murcia; un esfuerzo que tentó Temim para contener á los infieles fué desgraciado y le costó veinte mil hombres; y para colmo de desgracias, poco despues, en 1120, la ciudad de Calatayud siguió la misma suerte que la de Zaragoza: de manera que no parecia sino que un huracan se hubiese desatado sobre las conquistas que habían sido la gloria de los Omeyas. De nuevo volvió Alí á España; de nuevo trajo consigo una innumerable hueste de peones y ginetes; de nuevo taló campiñas, destrozó plantíos, y redujo á cenizas muchas poblaciones: pero las oleadas de los infieles, concluye la leyenda, se replegaban solo por corto espacio de tiempo para volver á avanzar con nueva furia. No fué esta la última vez que vino Alí á España. En 1121 le llamó á ella, nó ya la guerra contra los cristianos, sino una alteracion de mala índole entre sus súbditos. Quejábanse los cordobeses de que los almoravides los trataban con la mas repugnante tiranía, creyéndose, mas bien que protectores, dueños de sus haciendas, de sus vidas, y de la honra de sus mujeres y de sus hijas. Un jefe de los almoravides no creia que ningun humano respeto pudiese contrariar sus caprichos. La ciudad de Córdoba entró contra ellos en aquella especie de furor que lo arrostra todo y halla buenos todos

los caminos que conducen á la venganza. Las casas y quintas de los almoravides fueron allanadas, sus haciendas saqueadas, sus personas víctimas del encono de la plebe. Cuando Alí recibió esta noticia, allegó gente para venir á sofocar el gérmen de una rebelion que ya habia sido en esa misma tierra el principio de la decadencia de los poderosos Omeyas. Los cordobeses se negaron á abrirle las puertas de la plaza. Fué necesario poner en ella sitio, combatirla con máquinas de guerra, y venir con sus defensores á vias de acomodamiento para extinguir este incendio. Córdoba tuvo que pagar una indemnizacion de guerra, y fueron perdonados sus desmanes en vista de que habian sido provocados. No bien sosegada esta alteracion llaman á Alí al África para sofocar en ella unos disturbios no menos peligrosos. Hacia tiempo que recorria los pueblos, las campiñas, y las ciudades una especie de profeta, que se titulaba el Mehedi, ó enviado de Dios para dirigir su pueblo. Tenia por teniente á un Abdelmumen, instruido por él, y su discípulo predilecto. En las calles, en las plazas, en los templos, clamaba incesantemente contra la perversidad de costumbres que habia hecho presa en los almoravides; y decia que él venia á regenerarlos. Al principio excitó la risa y el menosprecio. Mas adelante le dieron orden de salirse de las poblaciones, y se encerró en los sepulcros de sus cercanías. Allí iban á buscarle á millares sus entusiastas partidarios, oian en silencio sus pláticas, y se retiraban convencidos de que aquel hombre estaba predestinado á conducirlos por las buenas veredas. Cuando Alí y sus ministros pensaron en deshacerse de ese hombre peligroso ya era tarde. El Mehedi recorria ya las comarcas en donde contaba mayor número de amigos, y se habia formado un ejército, convirtiendo en cau-

dillos á sus mejores discípulos. El profeta acababa de desnudarse de su tosco vestido, y de tomar un escudo y un alfanje. Sus parciales le habian jurado sumision completa. En las regiones montuosas , en medio de los riscos , y en la misma entrada de los desiertos , en el monte y en el llano , hablaba á todos de las excelencias del ser inmenso que le habia elegido para encaminador y árbitro de los destinos de todos los creyentes. Ninguno que no le siguiese, decia, podia salvarse: en el Mehedí estaba la vida ; fuera del Mehedí la muerte. Alí envió contra él á uno de sus jeques con órden de traérselo muerto ó vivo ; pero el jeque volvió diciendo que no era fácil cosa apoderarse del Mehedí , pues llevaba consigo, nó una turba indisciplinada é inerme , sino un verdadero ejército. Alarmado Alí, juntó una buena hueste para hacer la guerra al nuevo profeta : pero los almoravides fueron vencidos. Desde este momento se da en las historias el nombre de almohades á los partidarios de Mehedí. Un nuevo ejército y un nuevo caudillo de los almoravides van en busca de los sublevados: tambien esta vez son vencidas las tropas de Alí. Ya se toma por una especie de prodigio lo que está pasando ; ya se dice y propala que los almoravides , al tener delante de sí á los almohades , se sienten poseidos de un terror religioso que les obliga á tomar la fuga. Un tercer ejército y un tercer caudillo hacen nueva prueba, y tambien sucumben. El Mehedí no se atreve aun á abandonar las sierras , pero escribe al rey de los almoravides con la mayor altanería : dícele que sus súbditos son esclavos del espíritu maligno , que no creen en el principio ni en el fin de las cosas , ni en la eternidad feliz que espera á los creyentes, ni en la de tormentos preparada y dispuesta para los malvados; y que él y los suyos deben

pagarle parias, rendirle homenaje y adoptar sus doctrinas sino quieren ver destruidas sus ciudades, incendiadas sus mieses, reducidas á escombros sus viviendas, y pasadas á cuchillo sus familias. Alí le contestó en 1122 enviando contra él un ejército mucho mas numeroso que los anteriores. Tambien esta vez los almoravides se sintieron poseidos de un pánico, y huyeron desbandados. Por último, Temin, el hermano de Alí, que por su prudencia y su esfuerzo era la esperanza de los almoravides, hizo en persona una nueva tentativa para arrojar de los montes á los almohades. Pero al trepar por las sierras en donde estos se habian hecho fuertes, se estremecieron los soldados de Temin, y sin haber peleado se desbandaron, echáronse por los riscos y derrumbaderos, y perecieron miserablemente. Ya los almohades se atrevieron á bajar al llano, y en él derrotaron otro ejército que era la reserva del anterior, destinado á secundarle y protegerle. Entónces Mehedi se apoderó de la fortaleza de Tinmal, la eligió para cuartel general de sus huestes, la rodeó de nuevas defensas, hizo casi impracticables para un enemigo los caminos que á ella conducian, y se mantuvo en esta posicion por espacio de tres años, mientras reunia nuevos elementos para acosar mas de cerca á sus contrarios. Es de notar que su principal fuerza consistia en infantería, á diferencia de sus contrarios que contaban con una numerosa caballería. En 1125 se atrevió ya Mehedi á enviar un ejército contra Alí y los almoravides. De cuarenta mil hombres se componia el de los almohades; de cien mil el de los almoravides; y apesar de esta diferencia en el número de campeones, los almoravides fuéron derrotados, perseguidos hasta los mismos muros de Marruecos, encerrados y sitiados en esta plaza. En semejante

apuro un caballero andaluz dicen unos , barcelonés y por nombre Reverter , dicen otros , salvó á Alí y á su ejército. Había antes estudiado la manera de pelear de los almohades ó Masamudes, y dispuso que entre la caballería se mezclase una infantería lijera destinada á secundarla , de suerte que ambas armas se prestasen un mútuo auxilio. Hizo acortar las lanzas de sus ginetes , para que pudiesen ofender al enemigo de cerca, cuando este estuviese impedido ya de hacer uso de las suyas que eran sobremanera largas, y, hecho antes un ensayo en una refriega parcial, dióse órden para una batalla decisiva. Esta vez los almohades sufrieron una derrota tan completa como inesperada, dejando tendidos en el campo de batalla unos cuarenta mil hombres que formaban todo su ejército. Solo cuatrocientos se salvaron ; pero entre ellos el caudillo Abdelmumen de quien dijo Mehedí que él solo valia por otro ejército. Alí recobró la mayor parte de sus provincias, y Mehedí tuvo que encerrarse nuevamente en sus riscos. Avínole bien este respiro á Alí para poder volver su atencion á nuestra península en donde le daban cuidado las inteligencias secretas entre los súbditos de los almoravides y los iberos independientes. Estos acababan de hacer un alarde de fuerza que hubiera podido ser fatal á sus enemigos si por imprevistas circunstancias no hubiese salido infructuoso. Las leyendas árabes pintan con vivos colores la marcha de un cristiano , á quien dan por nombre Radmir , y le hacen adelantarse desde el alto Ebro hasta Valencia , trasladarse á Denia y Murcia , combatir la ciudad de Baza cuyos defensores le rechazaron, hacer un amago sobre Serida ó Sinda, poner cerco á la plaza de Gayana, levantarle, huir el cuerpo á las celadas que le armó Temin , el hermano de Alí , lidiar con él bravamente

y mantenerle á raya por mas que el almoravide se esforzaba en seguirle y quebrantar sus brios, acercarse á la costa que está mas cerca de Granada, y entretenerse allí en la pesca, como si no se hallase en país enemigo, trasladarse á la vega de Granada como si esperase que sus parciales hiciesen movimiento, y por último dar la vuelta con toda calma por donde vino, aunque diezmada su gente, mas bien que por la guerra, por las enfermedades, una peste cruel, y el cansancio. Esta campaña fué la última que dirigió Temin, hermano de Alí, pues la muerte le sorprendió en 1126 cuando acababa de concluirla. Modelo de hermanos y de hijos, no dió ninguna muestra de descontento cuando supo que su padre le habia pospuesto á Alí, antes sirvió á este hermano con la misma eficacia con que habia servido á Juzef en sus mas famosas campañas. Alí envió á su hijo Taxfin en reemplazo del difunto, y llegó á tiempo en que los cristianos habian hecho entrada en tierras de Mérida y de Badajoz, talándolas, destruyendo plantíos y ganados, y allegando botin y cautivos. Taxfin los acometió en cuanto los hubo avistado. Durante algunas horas en ninguno de los dos ejércitos se notó indecision, antes con igual bravura sostuvieron el choque. Mas despues los cristianos fueron rotos, arrollados y perseguidos, dejando el campo lleno de cadáveres. Algo mas adelante tentaron de nuevo los vencidos la suerte de las armas, y tambien Taxfin quedó triunfante. Pero la tercera vez triunfaron completamente los cristianos. No le fué mas propicia á Alí la fortuna en la otra parte del Estrecho. En 1130 Mehedi, rehecho de su pasada rota, volvió á hacer frente en campo llano á un ejército almoravide, mandado por otro hijo de Alí, por nombre Abu-Bekir; le venció, merced á los esfuerzos del jefe almohade

Abdelmumen , y nuevamente llevó la consternacion á las cercanías de Marruecos. Allí tenia muy bien fortificada esta plaza, y á cubierto de un golpe de mano, por lo que Abdelmumen se volvió victorioso á sus montañas. En ellas murió Mehedi en dicho año de una manera extraordinaria. Congregó á sus partidarios, les dirigió con voz entera la última plática , y se despidió de ellos diciendo que el descanso le llamaba y que iba á entregarse al sueño eterno. Encarecióles la necesidad de que en sus oraciones fuesen asiduos pero breves, limitándose á pedir á Alá , padre de las misericordias, el perdon de sus culpas, la satisfaccion de sus necesidades y un amparo seguro contra sus enemigos. Y, entregando á Abdelmumen las insignias del poder , es decir su libro de preces , cerró los ojos para siempre. Las leyendas de los árabes le pintan hombre ni alto ni bajo, de poco pelo y este negro, de rostro amarillento, dotado de instintos sanguinarios, y cruel con los propios y con los extraños. Su castigo predilecto era el mandar enterrar vivos á los criminales. Á sus guerreros les hacia desear la muerte en el campo de batalla, pintándoles los deleites que hallarian en el otro mundo los que muriesen por la fé de su profeta. Hay quien cree que Abdelmumen tuvo que acudir á la astucia para obtener la obediencia de los partidarios del Mehedi; y dicen que por algun tiempo mantuvo secreta la noticia de la muerte del inspirado, hasta que hubo dispuesto sus medios. Llegado el tiempo oportuno, convocó á los almohades, y les participó con lágrimas la muerte de aquel jefe. En esto un pájaro anunció en clara voz que Abdelmumen era el Bimrala, el auxilio, la victoria y el amparo de los almohades. Presentóse un leon , y se echó á los piés de Abdelmumen lamiéndoselos y halagándole. Los jefes declararon que

el Mehedi tenia puesta toda su confianza en Abdelmumen ; y este, tomando por compañero , y por enseña al leon cuya fiereza habia amansado , y por divisa las palabras de su bien enseñada ave, se hizo prestar juramento de obediencia, y llamar Bimrala , que equivale á príncipe por la gracia de Alá el poderoso. El entronizamiento de Abdelmumen en Tinmal dió comienzo á la decadencia de los almoravides. Sus huestes fueron quebrantadas en muchos encuentros , sus tribus unas tras otras se iban declarando en favor de los vencedores , y sus tesoros , reunidos por Juzef á tanta costa, se fueron agotando, de suerte que muchos presagiaban al imperio una pronta ruína. Entónces Alí llamó de España á su hijo Taxfin. Este príncipe, victorioso muchas veces, vencido una sola vez, habia continuado sosteniendo en la Península el peso de una guerra sangrienta. Los cristianos deseaban hacer completamente suyas las riberas del Ebro y de sus tributarios. Acometieron la ciudad de Fraga, y estuvieron á punto de rendirla. Pero el gobernador moro de Lérida pudo caer sobre ellos por sorpresa , y los ahuyentó con grande estrago , y con muerte de su príncipe. Casi al mismo tiempo Taxfin habia recobrado en los linderos de la Andalucía un buen número de fortalezas. La ciudad de Cuenca, cuyos moradores habian degollado el presidio de almoravides que la defendia , fué entrada por Taxfin á saco y á cuchillo.

Á la sazón , y se cree que en 1136 , la ciudad de Granada habia heredado en alguna manera el esplendor de Córdoba : su gobernador Said-Jaser , dicen las memorias de aquellos tiempos , levantó en ella un alcázar ó palacio de mármol , cuyos pensiles eran deliciosos , y sus patios riquísimos y admirables. Lo mismo fué abandonar Taxfin la Pe-

nínsula que desatarse en ella las alteraciones y los tumultos. Pareció que una suerte adversa esperaba con ansia este momento para vengar á los oprimidos. Á la verdad Taxfin, instado de su padre en cartas apremiantes, se llevó consigo á África las mejores tropas que tenían los almoravides en España; y como por ellas solamente reinaban y nó por afecto que les tuviesen los pueblos, su partida, aflojando el lazo que sujetaba á los rendidos, fué funesta á los dominadores. El Algarbe casi en masa dió la primera señal de descontento. Sevilla, la misma ciudad de Córdoba, Granada que ya era llamada la bella, Málaga, Murcia, Valencia, todas las ciudades que habían tenido reyes y que ahora eran regidas por gobernadores, se acordaron de que lós almoravides eran los autores de sus últimas desgracias, y los instrumentos de su actual tormento. En todas partes se presentaron jefes para acaudillar al pueblo, y en mucho mayor número que los necesitaba este para obtener un triunfo duradero. Muchos fueron los almoravides sacrificados en estas turbulencias que al parecer tuvieron lugar en 1144. En el Algarbe Aben Cosai fué por el pronto el héroe de los amotinados, se apoderó por sorpresa del castillo de Mertula, entró por asalto en el de Mergec, y ocupó por capitulacion el pueblo de Bejar. Muy luego el espíritu de rebelion se fué propagando, y de provincia en provincia puso en combustion toda la España árabe. Los almoravides residentes en Valencia habían huido á Játiva, temerosos de un degüello. Los de Sevilla, que no pudieron escapar en naves para ir en busca de un asilo á las Baleares, fueron pasados á cuchillo. Todas las poblaciones, cual mas, cual menos, dieron un estallido contra los que eran llamados los tiranos almoravides; y cada antiguo vireinato proclamaba á alguno de sus jefes. El imperio crea-

do por Juzef se iba desmoronando. Taxfin había pasado á África para recibir el último suspiro de su padre Alí á quien la tristeza llevó al sepulcro. Después hizo el nuevo monarca de los almoravides los mas extraordinarios prodigios de actividad para conservar el trono ; lidió con Abdelmumen , le venció una vez , le acorraló en las sierras de Telencen , ocupó el llano que está frontero á ellas , y juntó en esta llanura el ejército mas brillante y numeroso que hasta entónces hubiesen puesto en campaña los almoravides: pero al dar un asalto á las posiciones inexpugnables de su enemigo , tuvo la desgracia de perder una batalla decisiva. Ni aun entónces se dió por vencido ; antes hizo un esfuerzo magnánimo , que fué el último. Pudo allegar un nuevo ejército , y le llevó al combate. Si su contrario hubiese sido un capitán menos excelente , Taxfin hubiera salvado su imperio. Pero á medida que él se multiplicaba , creando recursos , Abdelmumen crecía en habilidad , en golpe de vista y en audacia. Su postrer acción de guerra contra Taxfin fué un golpe maestro. Formó Abdelmumen todas sus huestes en un solo cuadro , los lanceros de á pié en primera línea, los escuderos en segunda , los honderos y ballesteros en tercera y cuarta , y á trechos dejó calles para que entrase y saliese la caballería que ocupaba el centro. Las huestes de Taxfin se fueron estrellando contra la firmeza de este cuadro ; y cuando Abdelmumen vió que su enemigo andaba quebrantado , soltó contra él todos sus ginetes , y le ganó una señalada victoria. Fugitivo Taxfin , se encerró primero en Telencen , después pasó á Oran ó Whran , y una noche , queriendo acercarse á la playa para ir á buscar un refugio en las naves que tenia prevenidas , cayó con su caballo en un derrumbadero en cuyo fondo le hallaron cadáver , por

los años de 1145. Casi al mismo tiempo los jefes de los almoravides que habian quedado en España iban sucumbiendo por mas esfuerzos que hacian. Abu Abdala tuvo que abrir á Meruan , jefe de los valencianos, las puertas de Játiva , y retirarse á Almería , dispuesto á imitar á los de su familia que ya habian huido á Mallorca. Los almoravides encerrados en la alcazaba de Granada se defendian bizarramente , y en una salida habian arrollado á una parte de sus enemigos y dado muerte al jefe de una columna de murcianos, y en otra habian derrotado á un cuerpo de cordobeses , pero tuvieron que encerrarse de nuevo en aquella fortaleza y entrar en tratos. Los almoravides de Málaga se rindieron. Los sublevados de Valencia empleaban ya el tiempo en deponer su propio jefe y en elegir otro nuevo. Tambien los cordobeses habian despojado del mando á su caudillo Seif-Dola Aben Hud , y dádole por sucesor cierto Hamdain. Aben Hud fué al socorro de los sublevados de Granada, en donde perdió un hijo lidiando con los almoravides , pasó despues á Jaen , se trasladó á Murcia instado de los naturales que le prestaron obediencia , y por último fué asimismo elegido jefe de los valencianos. Los moros de Cuenca , en union con los cristianos , causaron su ruína. Salieron contra él á campaña , y en los campos de Albacite le derrotaron dejándole tendido. Su muerte fué la señal de nuevas mudanzas en los gobiernos de Murcia y de Valencia. En el Algarbe Aben Cosai habia dado fuerzas á sus enemigos por buscarlas demasiadas para sí propio. Sabedor de que los almohades triunfaban en África , habia escrito á Abdelmumen participándole lo que pasaba en España , y cómo en ella llevaban á mal traer á los almoravides ; y el jefe de los almohades le habia contestado nombrándole gobernador del Algarbe. Esta noti-

cia , pronto divulgada , bastó para que los partidarios de Aben Cosai le depusiesen , convencidos de que era el colmo del desacierto llamar á España las nuevas tribus que estaban llenando de luto y consternacion la Mauritania. Pero desde este momento pareció ya fuera de toda duda que los almohades no se limitarían á vencer á los almoravides en la otra parte del Estrecho , sino que aspirarían á ser sucesores suyos en todas las comarcas que les habian rendido homenaje. Sabida que fué la muerte de Taxfin , riñeron , por su ya casi destrozada herencia , su hijo Ibrahim Abu-Ishak , y su hermano Ishak ben Alí , como si se tratase de un imperio floreciente , y nó de una monarquía que se desquiciaba por momentos. Las ciudades de la Mauritania abrian sus puertas á los almohades , por capitulacion unas , á la fuerza otras. La de Telencen fué entrada á saco y á cuchillo , y en ella perecieron mas de cien mil almoravides. Abdelmumen se atrevió entónces á poner cerco á la misma ciudad de Fez. Este sitio fué famoso por la defensa que hicieron los sitiados , y por el encarnizamiento de los sitiadores. En cierta ocasion Abdelmumen detuvo con industria las aguas de un rio que atraviesa la ciudad. Los defensores creyeron que acaso intentaria penetrar por el álveo del rio , y le cerraron el paso con nuevas defensas. Pero Abdelmumen , recogido en uno como vasto estanque un depósito inmenso de agua , le soltó en su dia contra la ciudad , la inundó , sumergió á muchos de sus defensores , y causó la destruccion de mas de mil casas , y de los principales templos. Lo mas maravilloso en este caso fué que los sitiados se defendieron , despues de la inundacion , con el mismo brio que antes de ella. Pero lo que no pudo conseguir el valor de Abdelmumen lo alcanzó la discordia de sus enemigos. Dividiéronse en dos par-

cialidades , y una de ellas abrió las puertas de la plaza al afortunado almohade. Á este triunfo siguió de cerca en 1146 la toma de Marruecos. Doscientos mil moradores perecieron en ella víctimas del hambre : los demás , en no menor número , fueron pasados á degüello , incluso Ibrahim Abu-Is-hak , último rey de los almoravides. Así pereció esta raza que sesenta años antes fué el terror de la península ibérica. Yendo tras de sus míseros restos pasaron tambien á ella los almohades. Algeciras no les abrió las puertas como lo había hecho con aquellos , sino que fué sitiada. Sus defensores almoravides huyeron entónces hácia Sevilla , abriéndose paso por entre los sitiadores : y los habitantes se entregaron al almohade , seguros de que no podia ser mas imperiosa y fiera su dominacion que la de los almoravides. La plaza de Jebal-Taric no les opuso la menor resistencia. La de Jerez salió á recibirlos como á libertadores , deseosa de granjearse la benevolencia de una nueva dinastía. Las antiguas se mostraban incapaces de gobernar los pueblos. En Murcia andaban revueltos entre sí los musulimes , unos por favorecer á Togray , otros por poner en el mando á Ayad. Este sitió á su rival en aquella ciudad , y la entró por la fuerza ayudado de las connivencias que tenia dentro. Togray pereció miseramente. Ayad murió poco despues en accion de guerra contra los cristianos. En las riberas del Guadalquivir recibieron el postrer golpe los almoravides. Aunque los cristianos favorecian á los musulimes , ni mas ni menos que en Murcia , y aunque por este medio unos y otros se atrevieron á poner cerco á la ciudad de Córdoba , los almohades siguieron internándose á paso de carga precedidos de Aben Cosai y de los sublevados del Algarbe , y en 1146 entraron en Sevilla por una puerta , mientras por otra huia á Carmo-

na la guarnicion compuesta de almoravides. Málaga se entregó á los almohades casi al mismo tiempo que los moros y los cristianos rendian la plaza de Córdoba. Mas trabajo les costó á los almoravides alejar de la plaza á sus aliados que conquistarla. La parte meridional de la Península parecia, en expresion de un autor árabe, una vasta playa en donde iban á estrellarse desde la vecina África unas inmensas olas, que se extendian por ella, retrocedian, se disipaban, y luego reaparecian dando nuevo espanto á las gentes. Los guerreros de la Mauritania que allí habian encontrado su sepultura eran innumerables; y sin embargo, aun continuaban las emigraciones. Á la sazón, dice otro autor árabe, las provincias meridionales de España eran devastadas á un mismo tiempo por cuatro grandes parcialidades; la de los musulimes que aspiraban á obtener la independenciam de los pequeños reinos; la de los cristianos, que favorecia á la de los musulimes con tal que pudiese prometerse alguna participacion en sus triunfos; la de los almohades que hacia con algunos musulimes lo que los cristianos con otros; y por último la de los restos de los almoravides, que tenia contra de sí á las tres anteriores. Una de las ventajas, añade el mismo, que sacaron por el pronto los cristianos, fué la conquista de Almería. En 1147, segun los cronólogos árabes, un torrente de guerreros, venido del oriente, del oeste y del norte de la Península, y acrecentado con nuevas huestes enviadas por los musulimes, se derramó por la provincia de Almería, puso cerco á esta ciudad por mar y por tierra, y la redujo á que se entregase al cabo de tres meses. Esta conquista, muy parecida á la de Valencia, llevada á cabo medio siglo antes, debia tener el mismo resultado. Ciudad apartada de la base de operaciones de los cristianos, les fué arrebatada al

cabo de diez años, ni mas ni menos que lo habia sido la de Valencia. Las deserciones fueron por este tiempo muy frecuentes. Muchos musulimes se pasaban al campo de los cristianos, y otros firmaban alianza con los almohades. Algunos almoravides habian entrado en tratos con los infieles, dice otro autor árabe, pero muy pocos hicieron avenencia con los almohades, de quienes solo esperaban el exterminio. En efecto la guerra que unos y otros se acababan de hacer en África era mas propia de fieras que de hombres. Recientemente se habia sublevado contra Abdelmumen un resto de aquella parcialidad, aunque tomado otro nombre, y por espacio de dos años habia sido el terror de varias provincias. El mismo jefe de los almohades tuvo que salir contra ellos puesto á la cabeza de todas sus tropas, los deshizo, mató por su propia mano al caudillo enemigo, por nombre Aben Hud, y pasó á cuchillo á todos sus secuaces. La misma suerte le cupo á otro caudillo, Dukela, que habia conseguido poner en campaña doscientos mil peones y veinte mil ginetes. Era una concentracion de tribus, semejante á la de los antiguos pueblos errantes, que iban á probar fortuna, visto que otros antes que ellos la habian conseguido. Los almoravides, decian, partieron del desierto desnudos, y se vistieron en las mas fértiles comarcas de la tierra; los almohades invocaron á Alá en medio de los riscos, y salieron de ellos alentados para inundar la Mauritania y la Iberia: nosotros, como ellos, lidiaremos con el auxilio del profeta, y venceremos. Estas esperanzas halagüeñas les salieron fallidas. Abdelmumen maniobró con su caballería de manera que los acorraló en la costa, en punto donde su mismo número era su mayor estorbo, les presentó batalla, hizo un amago como de quien iba á acometerlos de frente, cargó sobre ellos por el

flanco cuando no tenían tiempo de haber tomado buenas disposiciones, arrollólos, pasó á cuchillo á los varones, y redujo á cautiverio una gran multitud de niños y mujeres. No tuvo mejor resultado una sublevacion de los habitantes de Ceuta, tan pronto manifestada como comprimida. Entónces gozó Abdelmumen algunos dias de reposo, y los dedicó al adorno y repoblacion de la ciudad de Marruecos. Allí recibió embajadas de los moros españoles, que le enviaban presentes, le felicitaban por sus triunfos, y le juraban sumision y obediencia. Decíanle que los antiguos adivinos habian ya leído en las estrellas su entronizamiento y poderío; citábanle autoridades, sacadas de los archivos, que no parecian sino puestas allí expresamente para anunciar al mundo sus grandezas; y formaban coro con los vates africanos para poner á las nubes la magnificencia de sus palacios y el ingenio de las máquinas que en ellos habian visto: seres de metal que se movían y acataban á su soberano, puertas que se abrían por sí mismas en cuanto él se acercaba, invenciones primorosas que revelaban cuán lejos se hallaba ya el almohade de aquellas sepulturas y de aquellos riscos pelados que fueron la primera morada del Mehedi.

Las nuevas huestes que envió Abdelmumen á España pusieron sitio á la ciudad de Córdoba, y en poco tiempo obtuvieron su sumision dando libre paso á los almoravides para trasladarse á Carmona. Ya su jefe Aben-Gania habia salido para Granada; y solicitados y obtenidos algunos auxilios de los cristianos, pensó en sostener una campaña contra los almohades. Pero estos no le dieron un momento de descanso. Apoderáronse de Carmona, le vencieron en los llanos de Jaen, penetraron tras él en la vega de Granada, y en una escaramuza le hirieron de muerte. Esta desgracia

fué el último golpe que recibieron los almoravides. Jaen abrió las puertas á los vencedores. Los cristianos no se adelantaron ya contra la ciudad de Córdoba como aliados de los almoravides, sino como conquistadores por cuenta propia: y esto dió márgen á que los almohades se presentasen ya, nó como enemigos de los que habian sido súbditos del gran Juzef, sino como libertadores de cuantos profesaban la ley del profeta. Alá tiene ya unos nuevos y tremendos vengadores, dice una leyenda árabe; los infieles no harán ya escarnio de los creyentes, ni entrarán impunemente en sus tierras, ni troncharán sus árboles, ni devastarán sus plantíos y campiñas, ni amenazarán con pasar el arado por sus ciudades. Los guerreros almohades se dedicaban á diferentes ejercicios, á pié y á caballo, blandian las lanzas y las picas en todas direcciones con una seguridad asombrosa, disparaban saetas, lanzaban dardos y venablos, corrian con la velocidad del ciervo, nadaban perfectamente, y eran estimulados por medio de premios y distinciones honoríficas. Una vez ejercitados en las maniobras terrestres, eran conducidos á las naves, hacian el aprendizaje de marinos, remaban unas veces, simulaban otras alguna batalla naval, se adelantaban en línea hasta ponerse en alta mar, y volvian á tierra como para efectuar un desembarco. Tales eran las nuevas huestes que lidiaban en nuestra Península. Una de sus mas famosas empresas en ella fué la recónquista de Almería. Alejadas las naves de los cristianos que se oponian á la escuadra, fué sitiada la ciudad por mar y por tierra. Almería era una plaza fuerte y sus defensores rechazaron con el mayor esfuerzo las acometidas de los almohades. Los sitiadores levantaron en torno de las murallas de la ciudad otro muro que protegiese su campo y quitase á los sitiados

toda esperanza de socorro. Un numeroso ejército de cristianos acudió al socorro de los sitiados. Allí tuvieron lugar encuentros , arremetidas , escaramuzas ; se armaron emboscadas , se dieron asaltos , no ya contra la ciudad sino contra el muro de los sitiadores , y se levantó otra cerca destinada á encerrar á los almohades entre dos enemigos : mas al fin los cristianos tuvieron que alejarse , perseguidos por los rebatos que levantaban los pueblos de la comarca. Este sitio duró seis años ; y los árabes no saben si deben admirar mas el denuedo de los sitiados ó la constancia de los sitiadores. Últimamente los defensores capitularon , y salvas las vidas y lo que consigo pudieron llevar , recibieron en 1157 salvo conducto y libre via para donde les plugo. Si se avino á esta concesion el jefe de los almohades fué porque deseaba escarmentar á los granadinos que un año antes se le habian sometido y ahora acababan de rebelarse y de pasar á cuchillo las tropas que habian admitido. Los granadinos habian salvado sin quererlo las vidas de los cristianos de Almería ; pero nada pudo salvarlos á ellos de la venganza de los almohades. Aquello no fué un sitio sino un asalto incesante. Si una tentativa salia infructuosa , tomado un instante de respiro , se repetia con mas furia hasta que el almohade podia hincar su lanza en tierra enemiga , y dar por adelantado algun paso. Á veces lo que se ganaba de dia se perdia venida la noche , porque , dicen los árabes , se habia metido en la ciudad un caudillo cristiano , con sus caballeros , y hacia prodigios. El último asalto fué verdaderamente horroroso. Tal vez jamás la hermosa Granada ha visto correr tanta sangre. Matóse allí , nó por la necesidad de la defensa , nó por la furia de la arremetida , sino á sangre fria y por matar solamente. El caudillo cristiano y sus campeones pe-

recieron. El caudillo moro y sus mas allegados se salvaron huyendo. Los restos de los almoravides que vagaban por aquellas tierras, animados de la esperanza de conservar un centro en el cual pudiesen rehacerse, se acercaron á la playa, subieron á algunas naves, se despidieron con llanto de esos campos á los que llamaban su pensil, y su mejor título de gloria, é hicieron rumbo hácia Mallorca, último refugio que les quedó á ellos y á sus jefes en medio de tanta desventura.

Si de las memorias de los distintos bandos en que andaban divididos los moros pasamos á tomar nota de las de los cristianos de los mismos tiempos, nuestro horizonte se transforma. El cielo es el mismo; idénticos los astros; igual el azul límpido de las mañanas; semejantes ó muy parecidas las tinieblas de la noche: y sin embargo los celajes, los arbores, el color que toman las nubes, las tempestades que las mismas forman, y las chispas que de ellas se desprenden, todo es diferente. El paisaje toma otra fisonomía á pesar de ser una misma la tierra. También los cristianos están divididos en grandes centros; también los iberos independientes han enarbolado distintas banderas, y los veremos inclinados á no dejarlas hollar por ningun título y bajo ningun concepto; también se sienten espoleados por esas pasiones funestas que hacen del hombre el mayor enemigo del hombre mismo: pero en realidad de verdad, aunque parezca esto la expresion involuntaria de un cariño inextinguible, es mucho mayor el interés que excitan los defensores de la independenciam de su patria, que no los guerreros venidos de lejanas tierras para sojuzgarla. Y cada esfuerzo que hacen aquellos para rechazar á los advenedizos, aunque resulte no pocas veces desgraciado, es un rasgo de he-

roísmo ; y cada arremetida que dan sus contrarios es un nuevo atentado de la fiereza de los conquistadores contra la libertad de los pueblos.

Á don Berenguer Ramon II habia sucedido en el condado de Barcelona don Ramon Berenguer III denominado el Grande. Créese que , hácia 1096 , cuando apenas tenia catorce años , casó con doña María Ruderic , hija del Cid , en la cual hubo una niña , cuyo verdadero nombre se ignora. Sábase sí que la casó en octubre de 1107 con el conde de Besalú , y que ella y su esposo murieron sin sucesion al cabo de pocos años , antes de 1112 , dejando los dominios de Besalú á don Ramon Berenguer III. Ya en 1105 se opina que habia pasado á mejor vida doña María Ruderic. No tardó su esposo en pasar á segundas nupcias con cierta doña Almodis , cuya genealogía se ignora , y que murió sin hijos antes de 1110. Dos años despues casó don Ramon Berenguer III en terceras nupcias , con doña Dulcia , hija y sucesora de los condes de Provenza , en quien tuvo siete hijos , tres varones y cuatro hembras , á saber , Ramon Berenguer , Berenguer Ramon , Bernardo , Berenguela , Jimena , Mahalta y Almodis. El primero sucedió á su padre ; el segundo fué conde de Provenza y murió á manos de los baucios ; el tercero se conjetura que murió en edad temprana ; doña Berenguela casó con don Alonso VII que se titulaba emperador de España ; doña Jimena , y nó Cecilia como alguno la llama , casó con un conde de Foix ; de doña Mahalta se ignora con quién contrajo enlace , aunque alguno conjetura con Guillermo de Castellvell ; y por último de doña Almodis ó Adalmuz se cuenta que la robó enamorado don Poncio de Cervera , y que este asunto se transigió casando el raptor con la robada , y prestando homenaje al conde ,

ya su suegro, por el castillo de Castellfullit, propiedad de don Poncio. Presúmese que doña Dulcia murió por los años de 1129, dos antes que el conde don Ramon Berenguer III. Hállase explicado el renombre de grande que á este dieron sus vasallos con solo decir que llevó á cabo expediciones afortunadas contra los moros, unas veces por mar, otras por tierra, ya con el auxilio de los cristianos, ya hecha alianza con algunos sarracenos. Llevó sus armas hasta el reino de Valencia, entró en Balaguer, restauró mucho la ciudad de Tarragona, hizo estragos en Ibiza y en Mallorca, firmó un tratado de amistad con los moros de Lérida, y otro de comercio con los genoveses, y gobernó su condado con prudencia y con fortuna. Sucedióle en 1131 su hijo don Ramon Berenguer IV que ha sido llamado el Santo. Tendría entónces unos diez y siete años. Contenido, mesurado, político, hizo concebir esperanzas que en su mayor parte no salieron fallidas. Si estas esperanzas eran justas, si la conveniencia aconsejaba que los catalanes dejasen atrás las orillas del Segre para correrse hácia las del Ebro, y tomar una parte mas activa en el movimiento de la raza ibérica, aunque sabemos que algunos lo ponen en tela de juicio, pareciéndoles que el porvenir del condado de Barcelona estaba como el de Venecia y Génova, en la posesion del mar Baleárico y en la navegacion del Mediterráneo, son cuestiones de apreciacion que no podian hallar cabida en los ánimos de los barceloneses del siglo doce. Antes que todo iberos, suspiraban con preferencia por la restauracion de la patria; y habiendo dado comienzo á ella desde las gargantas de las cordilleras, por las mismas querian continuarla hasta ser bastante fuertes para arrojar de las llanuras al comun enemigo. La historia de los catalanes iba á enlazarse con la

de los aragoneses. Muerto á consecuencia de la batalla de Fraga el rey de Aragon don Alonso el Batallador, su sucesor y hermano don Ramiro, denominado el Monje, contrajo enlace con doña Inés de Poitiers, en la que tuvo una niña por nombre Petronila. Don Ramiro era ya monje profeso y habia sido electo para la silla episcopal de Barbastro. Por tanto su hermano habia tenido la singular idea de nombrar por herederos de sus dominios al Santo Sepulcro de Jerusalem y á los caballeros del Temple y del Hospital; y en vista de esto los leoneses y castellanos veian en las tierras de Aragon una presa casi segura. Para arrebatársela de entre manos no hallaron los aragoneses otro medio que sacar del claustro á don Ramiro, y procurarse de él una sucesion directa por medio de dicho enlace. Y obtenido este resultado, como necesitasen un aliado para mientras se formaba y crecia el régio vástago, naturalmente no fueron á buscarle, ni en Castilla, codiciosa de la sucesion del Batallador, ni en Navarra, que acababa de elegirse rey, separándose de los aragoneses, sino en el condado de Barcelona que habia ido acrecentándose por grados, y se daba la mano con aquellos naturales. Apenas contaba dos años doña Petronilla cuando fué dada en esponsales al conde de Barcelona don Ramon Berenguer IV. Catorce años habian de transcurrir antes que se llevase á efecto este proyectado enlace. Muchos resortes se pusieron en juego para impedir que viniese á cumplimiento; muchas intrigas se dispusieron y desarrollaron para destruir la obra de don Ramiro y del jóven conde de Barcelona. El rey de Navarra llegó á arrancar de este una promesa de casamiento en favor de una infanta de Navarra; el castellano se llevó á Castilla la infanta doña Petronilla con ánimo de desposarla con un príncipe de Castilla: pero el

conde de Barcelona habia ya obtenido tres cosas, la cesion de derechos á su favor por parte de los templarios, de los hospitalarios y de los administradores del Santo Sepulcro, otra cesion de derechos y de posesion por parte de don Ramiro el Monje, y por último la renuncia del castellano á favor suyo con respecto á la ciudad de Calatayud y al antiguo reino moro de Zaragoza; y resultó que, por la fuerza misma de las circunstancias, y sobre todo en virtud de la voluntad manifestada por los mismos aragoneses, se efectuó y consumó por los años de 1150 ó el siguiente aquel matrimonio cuya realizacion habia parecido problemática. De este matrimonio nacieron tres hijos, don Alfonso llamado tambien don Ramon, don Pedro, y don Sancho; y además, en sentir de varios historiadores, dos hijas, doña Dulcia y doña Leonor. Otro hijo, por nombre Ramon Berenguer, tuvo el conde antes de contraer enlace con doña Petronilla: pero fué fruto natural de un amor pasajero, y solo consta que en 1171 era ya abad del monasterio de Monte-Aragon. Don Ramon Berenguer IV no murió en su patria. Sorprendióle una enfermedad mortal en San Dalmacio de Génova cuando iba á tener en Turin unas vistas con el emperador Federico Barbarroja, á dia 6 de agosto de 1162. Hallábase en lo mas vigoroso de la edad, pues apenas contaba cuarenta y siete años. En él terminan propiamente los condes de Barcelona, elevados ahora á la dignidad de reyes de Aragon. Salidos de los Pirineos catalanes, auxiliados primero de los francos que veian en ellos un antemural destinado á contener á los árabes, enteramente independientes despues de toda traba y señorío, habian llevado á buen término, á costa de una lucha incesante y de grandes sacrificios, la reconquista del Principado. Seria una repeticion inútil el dejar consignado aquí lo

que tendríamos que relatar al hacer mencion de las memorias de los aragoneses. Ya hemos mencionado la asamblea reunida en 1068 por el compilador de los Usajes de Cataluña. Á ella habian seguido otras menos célebres por sus resultados, pero parecidas en cuanto á las formas. No hemos podido hallar en ellas otra cosa que una imitacion de aquellas asambleas homéricas, naturales en los tiempos en que reinan los jefes armados, y á las que únicamente asistian los guerreros, ó los nobles, y el alto clero, quedando eliminado lo que el primero de los poetas llama vulgo. Mas adelante, cuando comenzó á declinar la edad media, y se quiso poner término al reinado de los héroes para dar comienzo al de las leyes, entónces fué abierta la entrada de las asambleas á los representantes de varias poblaciones denominadas de realengo, como para dar al príncipe el auxilio que necesitaba para humillar la arrogancia de los ricos-hombres. Muchos de estos habian faltado á la confianza que en ellos tenia depositada el príncipe. Muy parecidos en esto á los jefes y gobernadores árabes, les venian deseos de ser propietarios de una comarca desde el momento que saboreaban en ella las dulzuras de un mando omnímodo y sin contrapeso.

En tiempos de Ramon Berenguer III, el vizconde Bernardo Athon se alzó con el condado de Carcasona cuya gobernacion le habia sido confiada, y dió márgen á grandes alteraciones. Ramon Berenguer no halló mejor medio para recobrar aquel condado que promover un levantamiento de los vasallos contra el usurpador que queria sujetarlos. Los vasallos echaron á Athon de la ciudad y de la tierra; pero el vizconde sentó alianza con otro potentado que tenia usurpada la ciudad de Tolosa de Francia, y juntos movieron tan

cruda guerra á los de Carcasona, que no fueron parte á salvarlos los esfuerzos del conde de Barcelona. La ciudad se rindió por concierto; pero Athon no cumplió los tratos, antes impuso á los rendidos unos crueles castigos. Á los mas les hizo cortar las narices y arrancar los ojos. En vano los moradores acudieron á pedir amparo á don Ramon Berenguer. Á la sazón se habia aliado este con los genoveses y los pisanos y acababa de ocupar momentáneamente en 1115 una ciudad de la isla de Mallorca; y aunque allegó gente para sostener guerra contra el rebelde vizconde, se vió en la necesidad de concertarse con él y concederle en feudo la ciudad y los dominios de Carcasona: de suerte que el gobernador sublevado quedó triunfante. Así el conde de Barcelona pudo cargar la mano en los moros de quienes recientemente habia tenido ya que rechazar las algaradas. Otra guerra, y nó con mejor fortuna, tuvo que sostener en Francia don Ramon Berenguer III, y fué por el condado de Proenza, la poblacion de Belcaire, y las tierras de Argencia, contra el conde de Tolosa; y tambien se vió obligado á transigir esta contienda, obteniendo una parte de la Proenza, los dominios de Argencia, el castillo, nó la villa de Belcaire, y una parte de la ciudad de Aviñon. Hízose este concierto en 15 de setiembre de 1125, añadiéndose á él que la Proenza entera volveria á poder del conde de Barcelona si el de Tolosa muriese sin hijos habidos en su actual esposa. De suerte que los mismos cristianos fueron los peores enemigos de don Ramon Berenguer.

Las memorias de los aragoneses, con las cuales se mezclan desde don Ramon Berenguer IV las de los catalanes, toman ya en el período que abraza este capítulo un aspecto histórico mas vasto é interesante. Continuaba enlazado con

Aragon el reino de Navarra cuando por muerte del rey don Pedro subió al trono su hermano don Alonso Sanchez. El primer negocio grave que tuvo que tratar el nuevo príncipe fué su casamiento con doña Urraca, heredera de los tronos de Leon y Castilla. Entónces se presentó á la vista de don Alonso el porvenir mas lisonjero. Obedecíanle Aragon y Navarra; y los leoneses, los astures y los castellanos esperaban de él un sucesor que podria manejar el cetro de los reinos mas poderosos de la España cristiana. Doña Urraca era viuda del conde don Ramon de Galicia, en quien habia tenido un hijo, don Alonso, destinado á ser rey de Galicia, y una hija, doña Sancha, que fué señalada en buenas prendas. El arzobispo de Toledo y otros prelados aconsejaron al rey de Leon y Castilla aquel matrimonio. Los ricos-hombres por el contrario opinaban que la infanta doña Urraca debia dar la mano de esposo al conde Gomez de Campdespina, que era entre ellos uno de los señores mas poderosos. Estos miraban por sus intereses, y aquellos extendian un poco mas allá sus miradas. Efectuóse el enlace segun se cree en vida de don Alonso VI de Castilla, pero parece que no se consumó hasta despues de la muerte del mismo en 1109. Durante algun tiempo los reinos que pertenecian de derecho á la esposa, y los que venia ya rigiendo el esposo, fueron gobernados por una sola mano, de suerte que parecia llegada la tan suspirada coyuntura en que fuese dable concentrar los esfuerzos de todos los iberos para adelantar la reconquista. Pero este estado de cosas fué efímero. No faltó quien suscitase dudas acerca de la validez canónica de un matrimonio cuyos contrayentes eran biznietos del rey de Navarra don Sancho el Mayor. Los ricos hombres castellanos no se avenian á prestar homenaje á un prin-

cipe á quien llamaban extranjero. El rey de Aragon no tenia confianza mas que en sus aragoneses , y les iba entregando en Castilla y Leon las mejores fortalezas. Á todo esto hubiera puesto remedio una reina prudente ; y de seguro Castilla y Aragon se hubieran hermanado si sus príncipes les hubiesen dado el ejemplo de una union apacible. Pero doña Urraca andaba muy suelta , dicen los aragoneses en sus crónicas ; poco honesta en el trato se entregaba á la liviandad de una manera que excedia los límites del aturdimiento , y entraba en los del desenfreno : hasta el punto de verse obligado su marido á encerrarla á orillas del Ebro en la fortaleza de Castellar. Á la desunion de los reyes siguió necesariamente la de los pueblos : y fué esto un retardo de cuatro siglos impuesto á la marcha natural de los acontecimientos en nuestra península. Era imposible que los leoneses y los castellanos vieses en su reina á una mujer culpable , y en el esposo real á un príncipe digno de ser obedecido. Doña Urraca , como mas débil , debió parecerles una víctima , y don Alonso , como mas fuerte , un opresor tiránico. Las quejas de la reina fueron tales , y los manejos de sus partidarios tan felices , dirigidos por el conde de Trava , que doña Urraca fué sacada de su encierro , puesta en libertad , y declarada única señora , administradora , y dueña de los reinos que habia heredado de sus mayores. Los ricos-hombres á una se declararon libres de toda obediencia para con don Alonso. Los gallegos fueron los primeros en ese levantamiento. Obtúvose el divorcio. El matrimonio de los reyes fué reputado incestuoso ; doña Urraca declaró que le habia consumado contra su voluntad y como por la fuerza , cediendo á extrañas sugestiones , y temerosa de los nuevos , malos tratamientos y tiranías á que con ella se en-

tregaba don Alonso. Déjase concebir el efecto que debian producir en los pueblos esas funestas incitaciones. Ya no eran los árabes los mas temibles enemigos de Leon y de Castilla , sino los aragoneses. Si se escuchaba á la reina no era don Alonso otra cosa que un gran malvado que tenia fija la vista en la posesion de aquellos reinos , y queria asegurársela por todos medios , sin que le hiciese retroceder de su empeño la necesidad de tener que apelar al crimen. Su impaciencia le habia perdido. Desde luego se habia manifestado iracundo con su esposa, desconfiado con sus nuevos vasallos, dispuesto á despojar á los leoneses y castellanos, y á premiar con magnificencia á los aragoneses y navarros. La vida del infante don Alonso , nacido de las primeras nupcias de doña Urraca , y destinado á gobernar la Galicia , y aun á heredar los reinos de Leon y Castilla si doña Urraca no tenia hijos de su segundo enlace , esa vida que era para los súbditos de doña Urraca una esperanza lisonjera , peligraba puesta en contacto con el rey de Aragon y de Navarra. Llegada la contienda á tales términos era ya cuestion de armas. El aragonés, en vez de llevar la guerra á tierra de moros , la hizo con estrago en Galicia , en tierra de Campos , en Castilla, y en Extremadura. Para contenerle , ó temerosa de sus iras , doña Urraca no vaciló en reconciliarse con él y en volver á su tálamo. Á la verdad los ricos-hombres hablaban ya de la coronacion de su hijo , y de gobernar, escudados con su nombre , los dominios de Alonso VI. Ya en Compostela habia sido ungido aquel niño , y le habian entregado la espada y cetro , con ánimo de hacer de ambas cosas los que le rodeaban el uso que mejor les pareciese. Esta division de sus contrarios en dos huestes , la de la madre y la del hijo , debia por el pronto favorecer los

designios del rey de Aragon y de Navarra. Pero le faltaba á este la calma suficiente para sacar el mejor partido de aquellas disensiones. Doña Urraca, dicen los anales, por índole y por llevárselo las circunstancias, continuaba teniendo trato íntimo con muchos ricos-hombres, inocente con los mas, poco honesto con algunos: y don Alonso, suponiéndola incorregible, la llevó á Soria y allí la repudió formalmente. Desde este momento se agitaron las parcialidades con mucha mas vehemencia. Los castellanos y leoneses que conservaban la guarda de alguna fortaleza se apresuraron á rendir homenaje á la reina. La poblacion de Lugo que en Galicia era el baluarte de la parcialidad de los aragoneses tuvo que rendirse. El conde Gomez de Campdespina, viendo libre á doña Urraca, la instaba para que le tomase por esposo, y dicen las crónicas que en realidad públicamente se daba aires y tono de marido; y añaden que la inconstante princesa se mostraba tambien afecta al conde Gonzalez de Lara, dando enojos al de Campdespina. El aragonés viendo cuánto le favorecia la desunion que reinaba entre los gallegos, los leoneses y los castellanos, hizo entrada en Castilla con tropas numerosas, y nó lejos de Sepúlveda presentó batalla á los ricos-hombres castellanos. El conde Gonzalez de Lara se salvó con la fuga; y el conde Gomez de Campdespina quedó tendido en el campo. Conseguida esta ventaja, el aragonés se adelantó hácia Leon por tierra de Campos, taló la comarca, ganó castillos, y en Viadogos presentó batalla y venció, nó ya como en Campdespina á los partidarios de doña Urraca, sino á los del infante su hijo. Esto fué en 1111, y las consecuencias de esta jornada fueron por parte del aragonés la posesion del reino de Toledo. Pero, viéndose vencidos en detall los amigos de la rei-

na y los del infante, se concertaron por el pronto para oponerse á su comun enemigo , destruyeron un cuerpo de caballería aragonesa que acudia á reforzar á los invasores , y consiguieron acorrallar en Carrion al aragonés y tenerle cercado. La intervencion de un legado pontificio dió un respiro á los combatientes. El aragonés y doña Urraca firmaron una concordia, dispuestos á romperla en cuanto les conviniese. El castillo de Búrgos, que se sostenia por los aragoneses, fué recobrado en 1112 por los castellanos, y mas adelante otra vez perdido. Alejado el aragonés volvieron á suscitarse nuevas discordias entre los gallegos, leoneses y castellanos. El conde Gonzalez de Lara, muerto el de Campdespina, habia quedado en plena posesion de la privanza real, y se envanecia de ella con no menor arrogancia que su rival difunto: de suerte que se atrevió á instar á la reina para que, dándola la mano de esposo, confirmase su union clandestina. Gonzalez de Lara no contaba entre la alta nobleza el número de parciales que favorecia al conde de Campdespina; por lo que, conocidas sus intenciones, los ricos-hombres, que le habian respetado como galan, le declararon la guerra como á pretendiente, le encerraron en el castillo de Mansilla, y por último le echaron de la tierra y le obligaron á ir á buscar un refugio en las comarcas mas occidentales de la Península. La misma reina fué cercada en Leon, despues en Sobetoso, y tuvo que huir á Santiago. Á la sazón fué cuando el aragonés volvió sus ímpetus contra el moro. Llevaba ya ganada la villa de Ejea, y la de Morella, y el lugar de Tauste habia caido en su poder, cuando puso cerco á la ciudad de Zaragoza. Los moros de Tudela hacian contra él frecuentes algaradas, le interceptaban los víveres, y le ocasionaban grandes pérdidas; visto lo cual envió contra ellos

un cuerpo de seiscientos ginetes escogidos al mando del conde de Alperche, y Tudela fué ganada por sorpresa á fines de agosto de 1114. Esta conquista abrió camino para otra mucho mas gloriosa. En vano los moros de Fraga y de Lérida aunaron sus esfuerzos para salvar al zaragozano: el aragonés habia concentrado todas sus huestes en las márgenes del Ebro, y aun habia obtenido auxilios de algunos nobles franceses, ya del condado de Tolosa que le habia rendido homenaje, ya de otros caballeros que veian en la guerra contra los moros españoles una especie de equivalencia de las cruzadas contra los sarracenos de la Palestina. Mientras el aragonés pudo dar la paga á estos aventureros, le ayudaron á ganar algunos lugares, Almudevar, Sarinan, Salcey, Robles, Zuera y Gurrea, y contribuyeron á tener á raya dentro los muros á los zaragozanos. Pero desde que se retardó la paga, y no hubo esperanzas de ganar botín á poca costa, abandonaron el cerco de Zaragoza, y se volvieron á su tierra diciendo que la ciudad no podia ser ganada por la fuerza. Solo el vizconde de Bearne no siguió su ejemplo. Hay quien presume que los moros los alejaron apelando á su codicia y creyendo que, faltándole tales auxiliares, abandonaria el aragonés el sitio. No fué así; antes le apretó, perseverando en su idea de ganar la plaza á toda costa. Nó solamente tuvo que estrechar á los de dentro: tuvo tambien que hacer frente á un ejército formidable, cuyo jefe venia dispuesto á dar socorro á los sitiados. Para ello bastó la vez primera que hiciese alarde de sus fuerzas; y la segunda que acometiese de golpe á sus contrarios; é hizolo tan réciamente que los desbarató, los llevó en derrota, y los pasó en su mayor parte á cuchillo. La batalla fué decisiva; tanto que los de la ciudad se dieron por vencidos tambien

en ella, y abrieron las puertas á los aragoneses. La antigua César-Augusta de que habla Estrabon, páginas 151 y 161; la mas antigua Salduba mencionada por Plinio, l. III, c. 3; la ilustre colonia, de que hace mérito Isidoro en sus Orígenes, lib. xv, cap. 1; la mas célebre poblacion de la Tarraconense en opinion de Pomponio Mela, lib. II, cap. 6; la reina en fin de las vegas del Ebro, en expresion de los árabes, acababa de ser recobrada por los iberos. Fué su rendicion á 18 de diciembre del año 1118. Muchos de los árabes que en ella moraban la abandonaron derramando lágrimas, mientras los iberos alegres tomaban posesion de ella como de una vivienda que habia pertenecido á sus mayores. El rey tomó á pecho el transformarla en corte, y concedió grandes inmunidades y privilegios á cuantos fuesen á poblarla: ninguno debia pagar tributo; ninguno estaba obligado á salir para la guerra, sino en caso de darse batalla, ó de tener que liberar algun castillo, y solo con pan para tres dias, y puestos á sueldo del mismo príncipe. En sentir de este, la toma de Zaragoza era solo el principio y comienzo de otras conquistas. Tarazona fué ganada al parecer en 1119; Calatayud lo fué al año siguiente; Alhama asimismo y otras poblaciones, entre ellas Ariza, y despues Daroca. En Monreal quiso el aragonés tener puesta una avanzada, y la entregó á una órden de caballería, establecida á imitacion de las tres á la sazón ya existentes, á saber, la del Temple, la de los Teutones y la de los Hospitalarios.

Sin duda la campaña contra el moro fué muy afortunada cuando el rey de Aragon tuvo vagar para trasladarse á la Gascuña y obtener allí el homenaje del conde de Bigorra, por los años de 1122, segun se cree. En seguida eligió para teatro de sus conquistas los dominios del moro, sitios en

varios ramales del Pirineo , en las márgenes del Segre y del Cinca , y que parecían ser la valla que dividiese á los aragoneses de los catalanes. Ganó la ciudad de Alcolea , pero no pudo conquistar la de Lérida , ó tal vez prefirió hacer entrada en el reino de Valencia , como la hizo en efecto, deseoso de procurar á sus tropas el botin que escaseaba en los antiguos ilergetas. Su campaña fué un paseo militar glorioso para sus armas. Cruzó el Júcar , puso espanto en los moradores de Denia , taló las campiñas de Murcia , hizo un amago hácia Almería , penetró en el reino de Granada y sacó de él grandes riquezas , y puesto en tratos con una de las parcialidades en que andaban divididos los moros , puso sitio á la ciudad de Córdoba. No en vano daban los aragoneses el dictado de Batallador á su monarca. Los cordobeses salen contra él con numerosas huestes y le presentan batalla : la acepta , y la gana. Las crónicas refieren que esto pasó en 1123 , y que fueron once los régulos moros que quisieron atajar el paso al aragonés afortunado , y dicen que á todos los llevó en derrota. El año siguiente se volvió á sus estados tomando otro camino que el que llevó á la ida, y ganó de los moros la ciudad de Celin ; y en 1125 hizo nueva entrada en tierras del valenciano , batallando y venciendo constantemente , ó consiguiendo cuando menos rescatar cautivos , y dar alientos á las familias cristianas que permanecían hacia tiempo sometidas á los moros. En 1126 , época de la muerte de doña Urraca , estuvo á punto de encenderse mas viva que antes la guerra entre los aragoneses y los castellanos. El nuevo rey de Castilla don Alonso, dotado de nó menos aliento que el aragonés , exigía de este con las armas en la mano la restitucion de los castillos que continuaban aun en poder de los aragoneses ; á lo que res-

pondió el Batallador poniendo en campaña un numeroso ejército, dispuesto á hacer entrada en tierras de Castilla; pero mejor aconsejado el castellano apeló á la suavidad y al ruego para obtener de su enemigo la justicia que deseaba, y la obtuvo sin quebranto propio ni de sus vasallos. Á esta misma época se refieren á tenor de las crónicas unas vistas que el Batallador tuvo con el conde de Barcelona don Ramon Berenguer III como para alentarle contra el moro que es fama habia resistido vigorosamente á sus esfuerzos junto al castillo de Corbins en Cataluña. Ahuyentados los moros del condado de Barcelona, llevó el Batallador la guerra á las comarcas de Cuenca y de Molina; y si las crónicas andan fieles en las fechas, la ciudad de Molina quedó en poder del aragonés en 1129. Dos años despues dió fuero propio á los vecinos de Calatayud; y por el mismo tiempo es fama que llevó á cabo su expedicion contra la ciudad de Bayona y la redujo á su obediencia y dominio. Las memorias aragonesas del año 1133 merecen no ser relegadas en ningun tiempo al olvido. En ellas se habla de una expedicion marítima preparada en Zaragoza, en donde se echaron al agua algunas galeras y otras naves destinadas á recorrer el mar Baleárico; y si esto se compara con algunos pasajes de los antiguos, se vendrá en conocimiento de que los árabes descuidaron muy pocas cosas de las que podian redundar en provecho y bien de nuestra península, aunque antes de ellos no se hubiesen mirado con la debida diligencia, y aunque despues de ellos no hayan llamado la atencion y se hayan perdido. Ignórase el resultado de aquella expedicion, y solo se sabe que la mayor parte de sus huestes las llevó don Alonso el Batallador contra los moros de Lérida y Fraga. Primero puso sitio á la plaza de Mequinenza, y tal vez

en ella le sirvieron las naves sacadas de Zaragoza , pues obtuvo su rendicion en poco tiempo. Pasó despues á poner cerco á la ciudad de Fraga , sita sobre el Cinca , y no pudiendo rendirla ni apretarla en 1133 , volvió á ella en 1134 , y tampoco fué afortunado. El rey de Fraga se habia aliado con el de Lérida , y juntos habian echado el resto para oponer un dique al aragonés poderoso. Dos veces lidiaron con el Batallador en 1134 , y dos veces le vencieron , la primera haciéndole perder la mayor parte de su gente , y la segunda dejándole tendido en el campo de batalla. Otros dicen que huyó con diez de los suyos y murió de tristeza á los ocho dias en San Juan de la Peña. Hay quien afirma que , corrido de su rota , se fué á Jerusalem , y allí halló la muerte que deseaba. Opinan algunos que le perdió la ciega confianza en sus fuerzas , nacida de una prosperidad incesante. Sus enemigos , nó de las filas de los infieles , sino los escritores cristianos , parece que se complacen en pintar su muerte como un justo castigo con que el cielo puso término á la existencia de un impío , y creen que por esto ni pudo ser hallado su cuerpo , ni dársele la sepultura conveniente , aunque hay quien afirma que fué rescatado de los moros y depositado en Montaragon. Otros ven al Batallador con distintos ojos , y presumen que , aunque tal vez no supo vencerse y dominarse en Castilla tanto como lo reclamaba una sagaz política , sin embargo será difícil dejar de reconocer en él á uno de los guerreros mas propios para llevar adelante la reconquista que debió de ser el mas ardiente deseo de los iberos. Lo mas extraño de su carácter está escrito en el testamento que tenia ordenado desde el mes de octubre de 1131 , y que ratificó pocos dias antes de la batalla en que perdió la vida. Hechas varias donaciones de ciudades,

términos y jurisdicciones , á algunos monasterios , iglesias y santuarios , declaró á los guardianes del Santo Sepulcro , á los caballeros del Hospital , y á los del Temple por únicos sucesores y herederos de todos sus reinos , divididos entre ellos por partes iguales ; y mandó que si algun noble de sus dominios se opusiese al cumplimiento de esta su voluntad , fuese despojado de su feudo como reo de traicion y de alevosía. Este testamento nos pinta al príncipe. Colocado en una altura envidiable , desde la cual podia dar al porvenir de la Iberia un impulso grato á las generaciones venideras , el dictado que le dieron sus contemporáneos fué su fiel retrato : fué un batallador , y nó mas que esto. Y pudo decir á los de su consejo lo que un héroe en un poema famoso : superior á vosotros en la fuerza de mi brazo , os soy muy inferior en la claridad de la mente. Casado con doña Urraca , parecióle que su honra de marido era infinitamente superior á los intereses que la España tenia cifrados en la union de unos reinos poderosos. Fijando los ojos en las pequeñeces y miserias de la familia , los apartó de las grandezas del estado , para el cual hay atenciones de mayor monta que la policía de las flaquezas femeniles. Don Alonso el Batallador habia de antemano calificado de traidores y dado un nombre de oprobio á los ricos-hombres que se opusiesen á su testamento. Todos se opusieron. Parecióles que era injurioso para todos ellos el entregar á un señor extraño el fruto de su sangre , ganado á costa de cuatro siglos por los esfuerzos de veinte generaciones ; y se reunieron en asamblea para elegir príncipe. Dos intereses y opiniones lucharon en ella. Intentaban algunos aragoneses y los mas de los navarros hacer recaer la eleccion en un caballero principal , por nombre don Pedro de Atarés , y si esto se hubiese efec-

tuado los reinos de Aragon y Navarra hubieran continuado unidos como lo estaban. Pero otros dos caballeros, Castelluelzuelo el uno, Tizon el otro, aunaron sus esfuerzos para oponerse á aquella eleccion, alegando que Atares era para príncipe sobrado arrogante y fiero. Consiguieron lo que deseaban. Enajenaron de los ánimos de los aragoneses y de los navarros el afecto que profesaban á Atares; pero no consiguieron concentrar las voluntades en otra persona. Hicieron imposible con esto el acuerdo entre los aragoneses y los navarros. Aquellos, reunidos en cortes en Monzon, eligieron á don Ramiro, monje hacia ya cuarenta años en San Ponce de Tomeras, sacerdote, y prelado segun dicen, y obtuvieron dispensa pontificia para que pudiese contraer matrimonio y dar sucesion directa á sus súbditos. Los navarros por su parte se negaron á prestar obediencia á un cenobita, y en Pamplona alzaron por rey al caballero García Ramirez, hijo de aquel infante don Ramiro que casó con una hija del Cid, y á quien este habia amparado en su orfandad y en su desgracia. Los aragoneses se apresuraron á casar á don Ramiro el Monje con doña Inés, hija de los condes de Poitiers. Quedaban pues divididas Aragon y Navarra. Muy luego se presentó para demandar las coronas de ambos reinos un nuevo y muy poderoso pretendiente. Era el rey de Castilla, don Alonso, que decia ser él el único sucesor legítimo del difunto don Alonso, su padraastro. Las circunstancias le favorecian admirablemente; y si no pudo sacar partido de ellas, débese sin duda á la profunda aversion con que entónces se miraban los aragoneses y los castellanos. Sin este encono que las desavenencias entre el Batallador y doña Urraca habian llevado al mas alto punto, la desunion entre los aragoneses y los navarros hubiera dado el trono al rey

de Castilla. Habia casado este con una hermana del conde de Barcelona, y se deja conjeturar que le auxiliaron la mayor parte de los caballeros catalanes, pues hallamos que el castellano se apoderó muy presto de toda la ribera occidental del Ebro, y tambien entró en la ciudad de Zaragoza, y en ella se avistaron con él dicho conde de Barcelona, Armengol conde de Urgel, y otros varios señores de aquella comarca, mientras don Ramiro el Monje se ponía en salvo con los suyos en el castillo de Monclús, y se guarecía en las cordilleras. Pedia el castellano, viendo la resistencia opuesta á sus miras por los nobles aragoneses, que á lo menos don Ramiro le rindiese homenaje por los dominios, tierras y poblaciones que aquel tenia ganadas; y hay quien dice, que así le fué otorgado con ánimo de denegarse al cumplimiento luego que se le viese distante. Cierto es que en 1135 el castellano se tituló emperador de España, así como tambien lo es que cien años antes el rey de Leon se daba honores de rey de España. Se conjetura que el navarro hizo al castellano una concesion análoga á la consentida por el aragonés, ya porque don Alonso intentaba tambien apoderarse de la Navarra, ya porque Garci-Ramirez, rey de esta comarca, tenia necesidad de poder presentar en batalla contra los aragoneses todas sus fuerzas. En estas ocasiones los preladados y los abades de los monasterios prestaban grandes servicios. Iban de uno á otro príncipe, encarecian la conveniencia mútua de la union entre los cristianos, y pocas veces dejaban de obtener una concordia, unas treguas por lo menos, y á veces unas alianzas provechosas. Habian alejado de Aragon al castellano, habian impedido toda hostilidad entre este y el navarro, y ahora consiguieron que se dejase en manos de seis árbitros, tres aragoneses, y tres navar-

ros, la resolución de la querrela pendiente. Los seis convinieron en que don Ramiro gobernase el reino de Aragon, y Garci-Ramirez el de Navarra, teniendo este á aquel las consideraciones que un hijo á su padre. Solo consiguieron con esto dar un respiro momentáneo á los dos príncipes. Los dos se habían avistado en Pamplona, y dicen que el navarro intentó prender al aragonés, y que este se escapó como pudo de entre sus manos. Desde este momento vió enemigos en todas partes, prodigó mercedes entre sus cortesanos para tenérselos propicios, y no consiguió otra cosa que ensoberbecerlos y enseñarles á menospreciarle. Entónces recordó que el abad de San Ponce de Tomeras, á quien habia obedecido sumiso durante algunos años, era un hombre capaz de darle un consejo que le animase en tal conflicto. Escribióle, y la respuesta que le dió el abad no podia confiarse al pergamino, ni á los oídos de un mensajero: por lo que dijo á este solamente que mirase bien lo que él haria, y que esto es lo que debia decir por toda respuesta á don Ramiro. Llevóle á un jardin, y en él anduvo cortando las flores que mas sobresalian por su brillo y por su lozanía. Entendióle perfectamente el monje, acostumbrado desde mucho tiempo al idioma enigmático, é hizo un escarmiento en quince de sus ricos-hombres para tener á raya á los restantes. Este suceso que algunos dan por verídico, otros le relegan entre las consejas. Es lo cierto que don Ramiro el Monje se dió segunda vez por desengañado de las cosas del mundo, y dijo á los nobles de Aragon que, toda vez que les habia dado ya la reina doña Inés una heredera del trono, su misión habia terminado, y se acogia nuevamente á la vida religiosa. Esta heredera se llamaba Petronilla, y apenas llegaba á los dos años.

Ya dijimos que en ella se enlazan las memorias de Aragón con las de Cataluña. El castellano tenia clavada la vista en esa niña , y la deseaba para esposa del príncipe heredero de Castilla. Pero los aragoneses no estaban por la union de los dos reinos , y preferian ver en don Alonso un enemigo antes que un señor y dueño. Con esta idea pensaron en robustecerse aliándose con los catalanes , ribereños tambien de ese Ebro que formaba su orgullo y sus delicias. Brindóse al conde de Barcelona don Ramon Berenguer IV á que contrajese esponsales con la hija del Monje , y este renunció á favor del mismo la gobernacion del reino , tratándole como á hijo adoptivo , y dándose prisa á ir á buscar en un monasterio la quietud que le habian arrebatado. Seguramente don Ramon Berenguer era un príncipe muy á propósito para dirigir los mal puestos negocios de los aragoneses. Cuñado del rey de Castilla , podia tener esperanzas de conseguir de él la devolucion de las tierras de la orilla occidental del Ebro que tenia ocupadas. Dueño de la mayor parte de la Cataluña , tenia á sus órdenes unas huestes aguerridas y probadas. Su ánimo era grande y su prudencia era mas grande todavía. En Barbastro á 11 de agosto de 1137 , dicen las memorias de Aragón , fué concertada aquella boda y la entrega del reino de Aragón al conde de Barcelona. Si don Ramiro el Monje , en sentir de algunos , habia sido severo con los ricos-hombres , al abandonar el poder no se mostró injusto con nadie. Á todos , grandes y pequeños , dejó salvos sus derechos. Encomendó al conde de Barcelona que conservase sin amenguarlos los fueros , usos y costumbres de los aragoneses. Como buen monje , nutrido en la soledad del claustro , habia podido conocer que en esas leyes , escritas ó consuetudinarias , venia cifrada la felicidad de los mas , aunque

se hubiesen obtenido á costa de alguna lijera privacion de los menos. Algunos ricos-hombres rodearon al Monje en estos momentos en que volvía á dar un á Dios á las grandezas terrenas , y arrancaron á su apocamiento y á su ternura algunas concesiones y mercedes : pero , vuelto en sí , y viendo que no habia hecho mas que despojar á una tierna niña , sin poder dar satisfaccion á todas las ambiciones , revocó cuantas mandas llevaba hechas desde que habia encomendado al barcelonés su hija y su reino. Las memorias antiguas apenas hacen mencion de doña Inés , esposa del Monje , y algunas dejan conjeturar que no se mezcló en los negocios públicos , bien porque imitase en otro convento , por orden pontificia , el recogimiento de su marido , bien por haber sido breves sus dias. Tambien hay quien indica que la renuncia de don Ramiro no fué enteramente voluntaria , sino exigida por el papa , toda vez que con el nacimiento de doña Petronilla habian cesado las causas que sacaron de su retiro al Monje. Hasta la época de su muerte , acaecida en 1147 segun unos , 1154 segun otros , continuó este titulándose rey de Aragon , y el barcelonés se llamó simplemente príncipe del reino , pues estaba convenido que solo doña Petronilla podria titularse reina. Desde este tiempo comenzaron á usarse en Aragon las armas de los condes de Barcelona que consistian en cuatro barras rojas , pues el príncipe sellaba con ellas , mas nó por esto dejaron tambien de usarse las antiguas de Aragon , que consistian en cuatro cabezas de moros separadas por una cruz roja. El príncipe recibió en todas partes los homenajes y el recibimiento que segun su rango le correspondian , y confirmó los privilegios y fueros de que gozaban varias poblaciones. Tuvo despues vistas en Carrion con el rey de Castilla , y obtuvo de él la restitucion

de las ciudades de Calatayud , Daroca , Tarazona y Zaragoza , aunque rindiendo por ellas homenaje al castellano , pues con otro pacto no pudo recobrarlas ; y se avino á ello con la mira de tener en su cuñado un auxiliar poderoso que le ayudase á reconquistar las plazas de Tudela , Frescano y otras de que los navarros se habian apoderado. El castellano prometió al barcelonés todo cuanto este deseaba , y aun firmó con él una alianza ofensiva contra el navarro ; pero muy luego sentó tambien avenencias con este , y concertó con él esponsales entre don Sancho , su hijo primogénito , y la hija del navarro , doña Blanca. Ambos tratados y convenios se hicieron en 1140 , con unos ocho meses de intervalo , pues el primero es de fecha 21 de febrero , y el segundo de 25 de octubre. Procediendo el barcelonés con la prudencia que en él era costumbre , trató con los enviados del Santo Sepulcro , y con los de los Hospitalarios y los Templarios , para obtener de ellos la cesion de sus derechos á la sucesion del Batallador , toda vez que por sí mismos habian podido convencerse de que serian inútiles cuantas tentativas hiciesen para conseguir de buen grado ni por la fuerza la realizacion de la última voluntad de aquel soberano. Los enviados estuvieron conformes en sacar para sus órdenes todo el partido posible por medio de una concordia ; y estos comienzos tuvieron los establecimientos que de dichas órdenes prosperaron despues en Aragon y Cataluña. Removido este obstáculo , vemos al príncipe de Aragon resistir á un tiempo al navarro en las márgenes del Ebro , perseguir á los moros de las riberas del Cinca , y llevar la guerra á Francia contra los baucios para arrebatárles la posesion del condado de Proenza. Á la sazón la villa de Montpellier fué ganada por el barcelonés. Tambien el mismo ga-

nó en Aragon la ciudad de Tarazona , cuyo gobernador se negaba á entregarla á tenor de los convenios habidos con el castellano. Y asimismo arrebató la villa de Sos de manos del navarro. Nuevamente intervinieron muchos prelados para conseguir que los príncipes iberos no se destruyesen mutuamente , antes se mancomunasen para llevar la guerra contra los infieles que andaban á la sazón muy divididos. El castellano , que acababa de dar en matrimonio al navarro una hija natural , esforzaba por lo alto los clamores de los prelados , y los inutilizaba por bajo mano , pareciéndole que ninguna cosa les convenia mas á los leoneses y castellanos que la desunion entre los aragoneses y los navarros : por lo que no fué posible llevar á estos á un acomodamiento , y se creyó haber conseguido lo bastante con sentar entre ellos una tregua para mientras se llevaba á cabo una expedicion contra los moros. El concierto se hizo de este modo. El castellano y el navarro debian hacer entrada con poderoso ejército en tierras de Andalucía , sacando partido de ciertos tratos con algunos jeques moros , y se dirigirian con todas sus fuerzas contra la ciudad de Almería , mientras el príncipe de Aragon , reunida en Barcelona su escuadra con la de los genoveses , puesta para esta empresa á sueldo del castellano , haria rumbo por mar hácia las aguas de dicha plaza para combatirla réciamente. La expedicion fué afortunada. Los castellanos y navarros , hecho un amago sobre Córdoba , y obtenido homenaje del jeque que en ella mandaba , cayeron sobre la plaza de Baeza , la ganaron por fuerza de armas , y se pusieron á la vista de Almería , llevando por delante la fama de aguerridos é incontrastables. No tardó en presentarse frente de aquellos consternados moradores el príncipe de Aragon con las escuadras barcelonesa

y genovesa reunidas. La defensa fué brillante ; pero las acometidas por mar y tierra fueron tan récias , dadas con el estímulo que encendia en los ánimos la presencia de los príncipes y la rivalidad de los distintos pueblos, que los sitiados no pudieron prolongar por mucho tiempo su resistencia. No se habian engañado los que creian que el saqueo de Almería podia dar satisfaccion y holgura á cuatro ejércitos , y llenar los tesoros de cuatro monarcas. La codicia de los guerreros halló en ella con que cebarse completamente. Oro y plata , joyas de gran valor, muebles preciosos, tejidos, cautivos de todas clases y condiciones : tales fueron los despojos hallados en Almería. Entróse la ciudad el dia 17 de octubre de 1147, casi al mismo tiempo que don Alonso de Portugal arrebatava de manos del moro la plaza de Lisboa. El príncipe de Aragon , llevada á cabo tan felizmente la conquista de Almería, pensó en aprovechar las treguas con el navarro, apoderándose de la ciudad de Tortosa. Esta conquista era una necesidad para los aragoneses , si habian de sacar de la toma de Zaragoza todo el partido posible, y llamar al Ebro un rio ibero. Los moros de Tortosa eran el único obstáculo opuesto á los cristianos para la pacífica posesion de aquel rio. Guarida entónces de los piratas que hacian correrías por el mar Baleárico hasta el Estrecho, era al mismo tiempo la esperanza de los moros de Lérida y Fraga. Déjase conjeturar que las naves de Zaragoza y las de Tortosa lucharian incesantemente desde la muerte del Batallador , por la ocupacion del bajo Ebro. Tambien es de suponer que muchos de los impedimentos encontrados en los tiempos mas modernos al querer renovar las navegaciones de los antiguos por dicho rio fueron puestos para cerrar el paso á un enemigo que de otra suerte le tenia libre. El príncipe de

Aragon pidió y obtuvo el auxilio de los genoveses para poder dar por segura la toma de Tortosa. Iban á una por la parte de tierra los aragoneses, catalanes, y un cuerpo de templarios, y por la del rio los marinos barceloneses y los genoveses. El sitio fué largo y sangriento. Los moros se defendieron con brio, convencidos de que luchaban, nó solamente por la posesion de una ciudad, sino tambien por la de una comarca cuya llave poseian. Perdidas unas posiciones se hacian fuertes en otras; alejados de los muros concentraron sus huestes en el castillo de la Azuda; y reducidos al último extremo pidieron un plazo de cuarenta dias pasado el cual prometieron rendirse si no recibian socorros de Valencia. Habia sido asediada la plaza desde el mes de julio del año 1148, y abrió sus puertas á los cristianos el último dia del 1149. Dos meses antes, el dia 24 de octubre, habian ya sucumbido las ciudades de Lérida y Fraga, pues el sitio de Tortosa y la ocupacion de la boca del Ebro las habian reducido á contar con solas sus fuerzas. Estas tres conquistas echaron, con mucha mayor eficacia que ningun tratado, los cimientos de una verdadera alianza entre los aragoneses y los catalanes. Pero, además de esto, quedó afianzada la amistad de los dos pueblos con la consumacion del matrimonio entre el príncipe y doña Petronilla. Acababa de morir Garci-Ramirez, dejando el trono á su hijo don Sancho; y el príncipe de Aragon creyó que el momento no podia ser mas oportuno para aliarse estrechamente con el castellano. Avisóse con él en Tudilen, pueblo del reino de Navarra, á fines del mes de enero de 1151, y concertaron paz y amistad mútua, y guerra contra don Sancho, hijo de Garci-Ramirez. El reino de Navarra debian repartírsele el aragonés y el castellano si podian hacerle suyo. Despues trataron de las

conquistas que podian hacer en tierras de los moros, y para proceder en ellas sin que la mútua rivalidad les dañase, decidieron que el príncipe barcelonés podia conquistar los dominios del rey de Valencia, los que habian pertenecido al rey de Denia, y los de Murcia, estos mediante cierto homenaje que el castellano se reservaba. En cambio el castellano prometió que su hijo, si así se lo ordenaba el príncipe, se separaria de su esposa doña Blanca, hermana del rey de Navarra, y si no lo cumplia tendria derecho el aragonés á conservar perpetuamente las plazas de Alagon, Belchite, Maria, y Riela con todas sus dependencias. El príncipe era incansable. No bien hubo obtenido del castellano estas condiciones, se trasladó á Francia para transigir ciertas diferencias sobre las ciudades de Carcasona y Rodés á fin de estar tranquilo por aquella parte; y asimismo, tratando ya como tributario suyo al rey de Valencia que imploraba su proteccion, se la dió suficiente para alejar de él á sus enemigos. En 1152 y dia 4 de abril doña Petronilla dió á luz un príncipe, que primero se llamó Ramon, y mas adelante se llamó Alonso; y en el testamento que hizo la madre poco antes del parto mandó expresamente que por ninguna ciudad ni poblacion ó tierra de sus dominios se prestase homenaje al castellano, por mas que así lo hubiese hecho el príncipe obligado de las circunstancias, y que en caso de nacerle una hija, fuese heredero del trono el príncipe su marido. Su actividad le hacia digno de semejante recompensa. Sin dejar de pecho la enmarañada cuestion de Navarra, y la de la Provenza que iba tomando mal cariz, continuaba el príncipe destruyendo las fortalezas que habian conservado los moros entre las corrientes del Cinca y del Segre, y al mismo tiempo limpiaba la cordillera de Prades en cuyas sier-

ras y fragosidades mantenian sus aduares y castillos los restos de los árabes vencidos en aquella comarca. El castillo de Siurana fué tomado, y la campaña se llevó adelante por aquellas asperezas con tan buena suerte que pronto quedaron limpias y despejadas. Esta ventaja se obtuvo en 1153. Por este tiempo, se vino en conocimiento de que en el gobierno y policía de la ciudad de Tortosa se suscitaban diariamente dificultades, por haberse cedido á los genoveses, en pago de su cooperacion al tiempo de la conquista, la tercera parte del señorío de la misma: por lo que se procuró que el gobierno de Génova cediese por cierta cantidad la parte de señorío que en Tortosa tenia, y se consiguió mediante la entrega de diez y seis mil maravedís marroquíes estipulada en ciertos plazos. En 1154 hallamos que en Jaca se hicieron fiestas suntuosas al príncipe y á Luís, rey de Francia, que venia de Compostela para visitar el sepulcro de Santiago, y para enterarse al paso de las cosas de la Península. El año siguiente emprende el príncipe una nueva campaña contra los baucios que traian alterada la Provenza. Llévase consigo lo mas selecto de su gente, nó la concejil, inexperta las mas de las veces, sino la milicia de los almogávares, especie de cuerpo mas ó menos permanente, pero muy práctico y ejercitado en la guerra, y que le habia servido mucho en las últimas campañas contra los moros, especialmente cuando habia tenido que desalojar á estos de unas posiciones excelentes. Los baucios fueron vencidos. Muchas de sus poblaciones, en su número la que llevaba su nombre, fueron ganadas, y quedó muy quebrantada su altanería. No bien acababa de poner término á esta campaña, abre otra el príncipe contra el nuevo rey de Navarra don Sancho, por la parte del valle de Roncal. Pero el navarro

supo defenderse con mas fortuna que los baucios. La concordia de Tudilen no habia producido todos los efectos que deseaban sus firmantes; y en vista del ímpetu del hijo de Garci-Ramirez y de la flojedad con que cumplia sus estipulaciones el castellano, era fácil prever que no se conseguiria fácilmente la proyectada reparticion de la Navarra. No cabe duda que en 1156 se renovó en los mismos términos de antes la predicha concordia, ratificándola el castellano junto con sus dos hijos don Sancho y don Fernando; y para estrechar los vínculos de la alianza quedó concertado que una hija de aquel, habida en su segunda esposa, pues en 1149 habia perdido á doña Berenguela, seria desposada con el hijo de doña Petronilla. Tampoco puede dudarse que el príncipe de Aragon preparó sus huestes á tenor de aquella concordia, dispuesto á hacer con viveza la guerra al navarro. Pero es cierto asimismo que el castellano procuró, como ya lo habia hecho otras veces, entibiar el ardimiento del barcelonés, pidiéndole próroga, unas veces porque el moro le apremiaba, otras porque necesitaba mas tiempo para allegar gente y dirigirla contra el comun enemigo. El príncipe, por mas que conociese la doble intencion del castellano, se veia obligado á admitir sus excusas, satisfecho de que al menos no formasen causa comun el castellano y el navarro abiertamente, pues, por bajo cuerda, era verdad que el segundo recibia auxilios y ayuda del primero. Pero por muerte del castellano, acaecida en 1157, mudaron las cosas completamente de aspecto. Otra vez volvieron á dividirse los reinos de Leon y Castilla; y el príncipe de Aragon, que no habia vacilado en prestar homenaje por ciertas ciudades de sus dominios á un vecino poderoso, muerto este reclamó abiertamente la independencia en que sus antecesores se habian mantenido. No intentó

recobrar de golpe todo cuanto deseaba , pero por el pronto redujo á una vana ceremonia lo que antes era un formal reconocimiento, y preparó el campo para que su hijo completase la obra de la emancipacion que él le iba preparando. En 1159 hallamos al príncipe de Aragon en el lleno de su pujanza. Hostilizó al navarro y le tomó varias fortalezas , entre ellas la plaza de Bureta , y le obligó á venir sumiso á términos de un acomodamiento. El rey moro de Murcia se reconoció por tributario suyo para asegurarse de su alianza, y lo mismo hicieron otros régulos inferiores. El rey Enrique de Inglaterra solicitó su amistad y cooperacion contra los de Tolosa de Francia , cuya ciudad reclamaba por suya. Pero el rey de Francia protegió al conde de Tolosa, y el príncipe de Aragon creyó que antes de favorecer á un extranjero debía dar completa solucion á los negocios propios en el condado de Provenza. En la anterior campaña contra los baucios no pudo tomar por fuerza de armas el castillo de Trencataya , sito en las márgenes del Ródano. Esta vez movió contra de él sus mejores huestes , y por aquel rio hizo subir naves , y una máquina de guerra en la que iban, además de la gente necesaria, doscientos caballeros. Sucumbió esta vez el castillo , año de 1161 , y fué completamente destruido , quedando los baucios, nó ya solamente quebrantados , sino vencidos , y sujeta la comarca. El condado de Provenza pasó entónces á un pariente del príncipe de Aragon , por nombre tambien Ramon Berenguer , dándole antes por esposa á doña Rica , segunda mujer que habia sido, y viuda ya , del monarca castellano. Esta fué la última campaña del incansable príncipe de Aragon y conde de Barcelona, digno de encarecimiento, nó solo por lo que hizo , sino tambien por lo que supo evitar con

su prudencia. La parte difícil que le cupo en la conquista de Almería, la manera como hermanó á los catalanes con los aragoneses, la conquista de Tortosa y las consiguientes de Lérida y Fraga, la ocupacion de las sierras de Cataluña que se hallan entre Tarragona y Tortosa y la de las tierras y fragosidades sitas entre el Segre y el Cinca, y su constancia en esperar que una niña de dos años creciese á su sombra para recibir de ella algun día las llaves del Ebro: dan á este príncipe el carácter de que le hallamos revestido en las crónicas, el de una persona predestinada por la Providencia para dar cumplimiento á altos fines. Ya dijimos que una enfermedad mortal le llevó al sepulcro en 6 de agosto de 1162 en el pueblo de San Dalmacio de Génova cuando se dirigia á la Lombardía. Sus restos fueron trasladados al monasterio de Santa María de Ripoll en Cataluña en donde se conservaron íntegros durante algunos siglos, hasta que una invasion extranjera primero, y unas alteraciones lamentables mas adelante, vinieron á hacerle objeto de una profanacion nefanda.

Si consultamos las memorias del reino de Navarra de estos tiempos, luego de leidas las de los aragoneses, hallaremos otro colorido: identidad en los hechos, diferencia en las apreciaciones. Convienen los navarros en que la exclusion de don Pedro de Atares fué la manzana de la discordia echada entre Aragon y Navarra, pues no pudiendo ellos avenirse á tomar por rey á un monje lleno de canas y falto de vigor para la defensa del reino, prefirieron dar el cetro á Garcí-Ramirez, hijo de aquel huérfano, de sangre real, á quien el Cid amparó dándole una hija por esposa. Ya hemos visto que el nieto de Rodrigo de Vivar supo defenderse, unas veces contra don Ramiro el Monje, otras con-

tra don Alonso, rey de Leon y Castilla, y nó pocas contra el conde de Barcelona y príncipe de Aragon, cuyo padre estuvo tambien casado con otra hija de aquel héroe de las leyendas castellanas. En cuanto le fué dable procuró evitar todo encuentro con sus enemigos cuando estaban reunidos, y solo resistia á los aragoneses cuando los veia distantes del campo castellano. Parece que don Alonso de Castilla le abrió camino para estas evoluciones, retirándose cuando él avanzaba, y adelantándose cuando él retrocedia, de suerte que los verdaderos beligerantes no eran otros que el aragonés y el navarro cuya mútua destruccion deseaba el monarca castellano. Los amagos que hizo este fueron muchos, singularmente cuando le convenia excitar el ardor de las dos partes enemigas; pero sus arremetidas casi fueron nulas; y cuando halló su conveniencia en que unos y otros sentasen treguas para que le auxiliasen en la campaña contra Almería, firmáronlas y le ayudaron entrambos, temerosos de que despues se declarase contra aquel de los dos que hubiese rehusado servirle. Las plazas fronterizas de Aragon y Navarra habian sido el blanco de la furia de los dos rivales. Los navarros dicen que Garci-Ramirez llevó en muchas ocasiones la ventaja; que se portó con las poblaciones de su reino y con sus ricos-hombres con mucha cordura, concediendo fueros á aquellas, repartiendo mercedes á estos, y dando en general el ejemplo de quien antes que todo deseaba cimentar la independenciam de su tierra. Murió de una caída de caballo, camino de quien va de Estella á Pamplona, á 21 de noviembre de 1150. Diez y seis fueron los años de su reinado, y otras tantas habian sido las campañas que sostuvo. Decian de él que en el trono no halló ni un momento de descanso, siempre dudoso

de si iba á perderle de resultas de alguna refriega. Momentos de respiro fueron para él aquellos en que siguió al castellano á tierra de moros, y recorrió con él la Andalucía, dió espanto á los cordobeses, destruyó la plaza de Baeza, y entregó á saco la opulenta Almería: durante esta expedición pudo ensanchar el pecho ensañándose en los verdaderos enemigos de su patria. Fué casado dos veces, primero con doña Margarita en quien tuvo dos hijas, doña Blanca que casó con don Sancho, hijo del rey de Castilla, doña Margarita que fué esposa de Rogerio, rey de Sicilia, y el príncipe don Sancho que fué su sucesor en el trono y mereció ser llamado el Sabio; y luego en segundas nupcias casó con doña Urraca, hija de don Alonso de Castilla, en quien tuvo á la infanta doña Sancha. Muerto Garci-Ramirez no vacilaron un momento los navarros en entregar el cetro al príncipe don Sancho. Llamábanle unos el Valiente, y otros el Sabio; y aunque parezca que los dos dictados se rechacen, es cierto que dió muestras de que era digno de que los dos le fuesen aplicados. Su reinado fué largo, y le reservamos para el capítulo siguiente.

Dejamos en el anterior, á tenor de las memorias de los leoneses y castellanos, sentado en el trono de Leon y Castilla á Alonso VI, por los años de 1102 que es cuando dejó abandonada la ciudad de Valencia, un año antes de la muerte de Zaida, su postrera esposa, hija del último y desgraciado rey de Sevilla. En 1104, reciente todavía aquella pérdida, hallamos á Alonso VI ocupado en la toma de Medina-Celi. En el siguiente año, cansado de su nueva viudez, contrajo matrimonio con la jóven Beatriz, hija de los señores de la casa de Este, sin que bastasen á impedirselo las reflexiones de su hija doña Urraca, ni las del esposo de la

misma, don Ramon, conde de Galicia. Don Bernardo, arzobispo de Toledo fué quien trató esta boda en un viaje que hizo á Roma, dicen que con ánimo de seguir hasta Jerusalem, en realidad para poner coto á las peregrinaciones que los nobles españoles hacian á la Palestina, y obtener, como obtuvo, una bula pontificia en la que se declaraba no menos santa la guerra de España que la de Jerusalem, y se conmutaban los votos de ir al Santo Sepulcro en los de llevar la guerra contra los moros de nuestra Península. Á la sazón Gutierre Suarez, uno de los mejores generales de Alonso VI, acababa de sufrir un fuerte descalabro no muy lejos, dicen los Anales de Toledo, de una plaza llamada Sotillo. Los mismos Anales dicen que en 1106 nació de doña Urraca y de don Ramon de Galicia el infante don Alonso, que despues fué séptimo rey del nombre. Tres cosas, añaden las crónicas, tuvieron lugar casi al mismo tiempo, como para augurar, dicen, la gloria venidera de este príncipe: un judío muy docto se convirtió á la fé de Cristo, Numancia fué repoblada fundándose el pueblo de Garay junto á sus ruínas, y se vió en el cielo por espacio de treinta dias un astro que daba una luz vivísima. Parece que ya entónces le habia nacido al conde de Galicia la infanta doña Sancha. Por este tiempo los almoravides hacian en Portugal una guerra sangrienta, y contenian con vigor sus ímpetus los portugueses guiados por el conde don Enrique. Coimbra fué embestida de los almoravides en 1107, y no pudo ser tomada. El año siguiente sufrió don Alonso VI grandes contratiempos y pérdidas dolorosas. Los almoravides disponian cómo hacer entrada en tierras de Leon con un ejército formidable. Acudiendo desde Galicia el esposo de doña Urraca para conferenciar con su suegro acerca de la defensa del reino, enfermó grave-

mente y dió el último suspiro junto á Sahagun en brazos del obispo de Santiago. Entrado ya en años y lleno de achaques don Alonso, no pudo activar en persona los preparativos de guerra, y confió este encargo á sus ricos-hombres, y en particular al conde de Cabra á quien encomendó el cuidado y la guarda del príncipe don Sancho, heredero del trono, niño que apenas contaba once años, y á quien envió á la hueste para alentar con su presencia á los guerreros. Junto á Uelés avistaron los cristianos á los almoravides, y los primeros sufrieron una completa derrota. El conde de Cabra y el príncipe don Sancho quedaron tendidos en el campo de batalla, el primero por defender al segundo hasta el postrer aliento. Muchos ricos-hombres y caballeros murieron en esta fatal jornada, que parece tuvo lugar el dia 29 de mayo. Doña Urraca y el obispo de Santiago juntaron los fugitivos de la rota, y allegando reservas contuvieron al almoravide que, sin duda algo quebrantado, retrocedió, reunió refuerzos é hizo un amago sobre las comarcas orientales de la Península. Muerto el heredero del trono, cansado don Alonso VI de las vicisitudes de la suerte, y asediado por los deudos del conde de Galicia que querian asegurar al hijo de este, don Alonso, á lo menos la posesion de aquel condado, permitió que los gallegos jurasen fidelidad á aquel niño. Traia desvelado al monarca otra atencion muy grave. Los castellanos no están conformes con los aragoneses en pintar el carácter de doña Urraca; y les parece que no pecaba de lijera, ni mucho menos de poco honesta, en su trato. Confiesan que los ricos-hombres deseaban que casase con alguno de ellos, pero creen que no fué por preferencias que ella hubiese dado á ninguno, sino porque aquellos temian que la venida de un señor extraño no fomentase entre ellos deplorables re-

yertas. Alonso VI miraba mas lejos que sus nobles. Veia en la Península á un enemigo formidable, recién venido del África, y dispuesto á aunar contra los cristianos toda la España árabe, y conocia que era conveniente oponer á su furia un grande contrapeso. Parecióle que para ello era lo mas acertado entregar la mano de doña Urraca á don Alonso el Batallador, rey de los aragoneses y de los navarros. De esta suerte, si conseguia enlazar con estos dos pueblos poderosos á los castellanos y leoneses, quedaba formado en la Península un núcleo ibero irresistible, que tarde ó temprano atraeria á sí las fuerzas de los mas orientales y de los mas occidentales, é infundiria espanto al árabe en sus tierras meridionales. Alonso murió á fines de junio de 1109, declarada antes su voluntad de que los legítimos descendientes del aragonés y de doña Urraca fuesen señores de Leon y de Castilla, y solo sucediese en ambos tronos el hijo que hubo doña Urraca de su consorcio con el conde de Galicia en el caso de faltar aquella descendencia, pues de otra suerte solo seria suya la Galicia. Las crónicas, parecidas á las historias de los paganos en que no llevan acontecimiento de bulto que no esté indicado por algun portento, dicen que del sepulcro de San Isidoro manó agua el tiempo de la muerte de Alonso como para augurar el llanto que iba á verter la España. Don Alonso VI fué casado seis veces, y en su mocedad anduvo en amores con cierta dama en la que tuvo dos hijas, doña Teresa, á la que dió en dote el condado de la Lusitania, y doña Elvira, mujer de ánimo varonil que casó con el conde Ramon de Tolosa, y siguió á su esposo á la Palestina, y en las mismas riberas del Jordan dió á luz un niño que fué bautizado en sus aguas. El matrimonio entre don Alonso de Aragon y Navarra, y doña

Urraca, señora de Leon y Castilla, luego de consumado no produjo entre los esposos mas que una serie de desabrimientos inacabable. Acostumbrada doña Urraca, dicen los autores castellanos, á ser señora de sus albedríos en vida de su primer esposo el conde de Galicia, queria tratar al aragonés con la misma arrogancia que al gallego, y halló en la voluntad del segundo esposo una tirantez de que no le habia dado muestras el primero. De las cosas mínimas se pasó á las mayores. Si altanera es la esposa, soberbio se mostrará el esposo. Basta que este se diga protector del castellano conde de Asurez para que la reina le quite los gobiernos y dignidades que hacia tiempo venia desempeñando este noble anciano. Basta que la reina favorezca á alguno de sus vasallos mas que á otro, y le dé muestras de algun interés, para que el rey lo eche á escándalo, y la trate con la última dureza. Ni una ni otro se mostraron dignos de la altura á la que los habian elevado el nacimiento y la fortuna. La reina deseaba que su marido fuese su mas sumiso vasallo. El rey queria que su mujer fuese su esclava. La esposa suspiró desde luego por la disolucion del vínculo sagrado que los unia, y se puso de parte de los doctos que daban por nulo el matrimonio por cierto lejano parentesco. El esposo hizo entónces un esfuerzo para hacer suya la dote de su esposa, y puso presidio de aragoneses en las principales fortalezas de Castilla, y á la misma reina la llevó presa á Castellar del Ebro.

Esta lamentable discordia destruyó los planes del difunto Alonso VI. Siguióse á ella un triste período fecundo en calamidades públicas. El aragonés se hizo mucho mas odioso para el castellano que el mismo moro. El castellano era á los ojos de los aragoneses un rebelde que debia ser cargado

de grillos. Los gallegos lidiaban en su propia casa por la posesion y guarda del niño don Alonso , á quien habian jurado obediencia. Las tierras de Toledo eran la verdadera avanzada de los castellanos desde donde se podia conocer que las reyertas interiores eran unas miserias , y que las grandezas estaban allí en donde se podia luchar con los almoravides. En 1110 se habian presentado estos á la vista de aquella plaza , y habian sido alejados de ella por su gobernador Alvar Fañez , el mismo que el año siguiente tomó á los moros la plaza de Cuenca. Tambien habian hecho estos un amago sobre Madrid , y habian visto rechazados sus esfuerzos. Solo en Portugal habian sido mas afortunados consiguiendo la toma de Santaren , la de Santa Olalla , y obligando á los cristianos á abandonar el castillo de Souria. En 1111 fué la reconciliacion aparente de don Alonso el Batallador y doña Urraca , y luego su formal rompimiento, de suerte que el aragonés aspiraba ya á alejar de sí por el repudio á una esposa infiel , y así lo hizo en Soria ; y al mismo tiempo intentaba poseer por la fuerza los dominios de la misma. Niegan algunos autores castellanos que doña Urraca se hubiese mostrado liviana con el conde Gomez ni con otro , y creen que si se mostro íntima con algunos en el trato , fué porque así lo exigian los negocios de estado. Ya vimos que los aragoneses pintan á la castellana mas versada en travesuras amorosas que amiga de resolver cuestiones graves. Como quiera , los castellanos miraron al aragonés como enemigo , y á doña Urraca como á reina y natural señora ; y todos cuantos tenian á su cargo la guarda de alguna fortaleza del reino , hasta el mismo Asurez á quien doña Urraca depuso y don Alonso habia repuesto , todos hicieron entrega de ellas á su soberana. Asurez se mostró en

esta ocasion digno de la fama de probo que habia sabido conquistarse. Devueltas las fortalezas á su reina se presentó al rey diciéndole que le entregaba su persona para que hiciese de ella lo que bien le pareciese , ya que no habia podido conservar en su nombre las fortalezas que no pertencian mas que á su reina. Don Alonso usó con él de una magnanimidad de que no habia dado ejemplo en sus relaciones con doña Urraca. El dia 26 de octubre , en tierras de Campdespina , no muy lejos de Sepúlveda , la cuestion se llevó al terreno de la fuerza , y los castellanos fueron derrotados con muerte del conde Gomez. Las plazas de Burgos , Palencia , Leon , Carrion y Sahagun quedaron en manos de los aragoneses , y algunas sufrieron todos los horrores del saqueo. Pero Castilla y Leon no por esto se dieron por vencidas. Los prelados huian al acercarse el Batallador , y los nobles y los pecheros buscaban su salvacion en las cordilleras , y desde ellas amenazaban á los invasores. Los gallegos , visto el peligro comun que iban á correr , se avinieron en coronar por rey de su tierra al niño don Alonso , y en llevarle á su madre doña Urraca , rendida antes la plaza de Lugo que estaba por el aragonés. Este les salió al paso en Villadangos , deseoso de apoderarse del niño recién coronado; pero, aunque consiguió derrotar á los gallegos, que venian descuidados , y sitiarnos en Astorga , no pudo impedir que el obispo de Santiago sacase de la batalla ileso al nuevo rey y le llevase á su madre , al castillo de Orcillon en donde esta señora se encontraba. Corria el año de 1112, que es cuando los gallegos , portugueses , leoneses y castellanos se aunaron para echar de sus tierras á los aragoneses. Un noble gallego que habia levantado en Lupaña la enseña de Aragon , fué vencido. El conde don Enrique de Portugal

murió de enfermedad en Astorga , despues de haber alejado de esta plaza á los aragoneses. Un cuerpo escogido de estos , que venia á reforzar el ejército del Batallador , fué sorprendido y completamente arrollado. El aragonés tuvo que replegarse á Carrion , en cuya poblacion le sitiaron los castellanos , y no le abrieron paso para su tierra sin que antes les prometiese la devolucion de las plazas que conservaba en Leon y Castilla , cosa que no se llevó á cumplimiento: de suerte que pudo convencerse el Batallador de que era muy fácil repudiar á doña Urraca , y por lo visto muy difícil humillar á los leoneses y castellanos. Entónces un legado del papa creyó llegado el momento de intervenir , toda vez que estaban equilibradas las fuerzas de los combatientes , y concertó la reunion de un concilio en Palencia. En el año 1113 doña Urraca ganó terreno , consiguiendo la toma de Burgos , á pesar de las intrigas del Batallador , dicen las memorias de los castellanos. El mismo año se reunieron córtés en aquella ciudad , y fué maltratado en ellas de palabra , y á no huir lo hubiera sido de obras , el obispo de Santiago , por haber dicho que el matrimonio entre el Batallador y doña Urraca era nulo. La mayoría de las córtés opinó que el único remedio para los males públicos le veian en la union íntima de los dos esposos , ya para aunar á los cristianos , ya para hacer frente á las irrupciones de los almoravides. Acababan estos de poner sitio á Monsanto , de tomar las plazas de Aurelia y Zurita , y tenian estrechamente cercada la de Berlanga. Esta á duras penas pudieron salvarla los gallegos. Á la de Toledo pusieron sitio en 1114 , y aunque tuvieron que levantarle , consiguieron á su vuelta entrar á saco los pueblos de Cabañas , Magan y Peguinias , y derrotar á Rodrigo Nuño que intentó arrebatárles la presa.

En dicho año se juntó el concilio de Palencia para tomar resolución acerca del matrimonio de don Alonso y doña Urraca, y le dió por nulo. Desvaneciósese con esto la única esperanza que les quedaba á los partidarios de don Alonso; y los mas ardientes echaron el resto. Parece que en Segovia Alvar Fañez, caudillo probado, levantó la voz por don Alonso, y fué asesinado. En Galicia levantaron pendones por el aragonés los nobles Pedro Arias y Arias Perez, Rodrigo Nuñez, y Pedro Gudesteo; y fué singular coincidencia que acertasen á detenerse en aquellas aguas unas naves inglesas que hacian rumbo hácia la Palestina; y sus tripulantes, peregrinos y cruzados, dieron auxilio á los sublevados: por lo que el obispo de Santiago, allegada la gente de guerra, y aprestadas unas naves que se conservaban destinadas á la persecucion de los piratas, embistió no solamente á los rebeldes, sino tambien á sus protectores, se apoderó de las naves inglesas, y redujo á la obediencia á unos nobles, y á otros les obligó á trasladarse á Aragon para ampararse del jefe á quien aclamaban. En vano, obtenida la decision del concilio de Palencia, se esforzaron los prelados en poner en paz al Batallador y á la castellana. Los dos veian que el matrimonio, aunque no fuese nulo, era imposible; pero los dos deseaban que el odio que se profesaban irradiase en sus vasallos y los impeliese á tomar por suya su causa. Otros dos concilios se reunieron, en Leon el uno, en Santiago el otro, y en ambos, para dar cabida á un solo cánon, se dictaron otros muchos. Lo que se quiso sancionar fué que los matrimonios legítimos jamás fuesen separados, pero que los contraidos entre parientes fuesen disueltos. Lo demás que en ellos se sancionó fué lo ya sabido de que los legos no intentasen violencias contra las

iglesias , y restituyesen á las mismas lo que les hubiesen usurpado ; que ningun lego pudiese tener jurisdiccion en cosas sagradas de los templos ; que ninguno fuese osado á usurpar diezmos , primicias , ni ofrendas de las iglesias , ni se atreviese á hacer entrega de iglesia á ningun clérigo ; que los labradores , mercaderes y peregrinos fuesen considerados siempre como hombres de paz , y como á tales protegidos , lo que parece copiado de uno de los usajes de Cataluña de que ya hablamos ; que ningun traidor ó perjuro sea admitido por testigo ; que no fuese lícito comprar ni vender las cosas sagradas ; que los clérigos no habitasen con otras mujeres que las permitidas segun los cánones ; que fuesen excomulgados los monjes y los clérigos que abandonasen el uso del hábito ; y por último que los monjes viviesen sometidos á sus abades. En 1115 doña Urraca hizo grandes aprestos de guerra , tratando con afabilidad á los gallegos que no querian reconocer por señor mas que al niño don Alonso , y consiguió recobrar algunas de las fortalezas ocupadas por los aragoneses , y obligó al Batallador á retroceder hácia la Rioja. Pero el año siguiente , enconadas las disensiones entre los gallegos y los leoneses , casi se convirtió en guerra civil entre doña Urraca y su hijo lo que hasta entonces habia tenido visos de guerra nacional entre los súbditos del aragonés y los de su esposa la castellana. Sentábanse paces entre los partidarios del hijo y los de la madre , y al momento se rompian. El obispo de Santiago , antes tan amigo de la madre , ahora era su mas encarnizado enemigo. Y ya no se contentaban los gallegos con llamar rey de Galicia á don Alonso , sino que buscaban parciales en tierras de Leon para que tambien en ellas fuese proclamado. Esta discordia tuvo varias alternativas , y de ella se originaron á cada paso

nuevas turbaciones que traian revueltos los dominios de los cristianos. Ya era la reina quien cercaba en Turonio á los partidarios de su hijo ; ya eran estos los que sitiaban á la madre en Soberoso. Y entretanto los almoravides hacian incursiones por el reino de Toledo, y parecia un milagro que todavía hallasen en él algunos guerreros dispuestos á sacrificarse en defensa de una patria cuyas enseñas hacian girar sus propios hijos. Albacil , gobernador de Toledo , demostró en 1116 cuán bello era conquistar laureles dando la cara al enemigo, cuando tantos otros los ajaban atendiendo solo á las miserias domésticas. En Polan derrotó á los moros, y poco despues hizo incursion en sus tierras, los llevó en retirada, hizo prisionero á uno de sus jefes, devastó sus campos, puso á contribucion algunas de sus poblaciones, y se volvió cargado de botin y de cautivos. En 1117 llegó al colmo del escándalo la alteracion de los gallegos. Los habitantes aborrecian á su obispo , viéndole mas batallador que cristiano, y tomaron muy á mal que doña Urraca se trasladase á Galicia para protegerle y castigar á sus enemigos. Armóse un motin tan furioso que la reina , el obispo y sus parciales tuvieron que acogerse al sagrado del templo de Santiago ; en él los acometió la plebe , y viendo que los de dentro se defendian con el valor que da la desesperacion, pegaron fuego al famoso templo, objeto de la veneracion de propios y de extraños. Salga la reina y muera el obispo, decian los agresores. La reina pudo salir en efecto , no sin gran peligro, pero tambien se escapó el prelado tomando un disfraz, y pudo ponerse en salvo. Á la sazón los toledanos sufrieron los horrores del hambre , y hacian frecuentes incursiones en país enemigo para aliviarla. Por el mismo tiempo, doña Teresa, reina de Portugal , y viuda del conde don

Enrique, procuraba tener á cubierto sus fronteras levantando el castillo de Souria y poniendo en buen estado de defensa la plaza de Coimbra. En 1118, mientras los aragoneses llevaban á cabo la importante conquista de Zaragoza, los toledanos hicieron entrada en tierras del moro y se apoderaron de Alcalá de Henares y de casi toda la Alcarria; por lo que algunos han creído que, en premio de esta diversion que hicieron á favor suyo les concedió don Alonso el Batallador varias franquicias: pero los que han tenido ocasion de examinar los privilegios otorgados á los toledanos han visto que les fueron concedidos por don Alonso, rey de Galicia, hijo de doña Urraca. Los castellanos, en vez de hacer una diversion en favor del aragonés, procuraron, viéndole en las márgenes del Ebro, recobrar parte de las tierras de Castilla que aun tenia ocupadas; y á la sazón fué cuando los nobles leoneses y castellanos rompieron abiertamente con doña Urraca, como ya lo habian hecho los gallegos, separaron de su lado al conde Gonzalez de Lara y le encerraron en el castillo de Mansilla, y á la misma doña Urraca la sitiaron en el alcázar de Leon y la obligaron á entrar en tratos con su hijo. Este tenia ya trece años, y cada dia crecia el número de sus partidarios, ya porque le veian dispuesto á llevar á la guerra los nobles, ya porque les parecia que era tiempo de poner término á un estado de cosas que miraban como deshonoroso, atendidas las flaquezas de la madre. Por este tiempo un tio de aquel príncipe, hermano del difunto don Ramon, conde de Galicia, subió en Roma al pontificado y tomó el nombre de Calixto II. Una de sus primeras disposiciones, á peticion del obispo de Santiago, fué convertir en metropolitana la iglesia de este prelado. El año de 1121 surgieron en Galicia nuevas y terri-

bles alteraciones. Habíase trasladado allá con numerosas huestes doña Urraca, al parecer para poner sosiego entre los nobles y para contener á su hermana doña Teresa de Portugal que habia hecho entrada en aquel reino, pero en realidad para tomar venganza del metropolitano de Santiago, y de todos cuantos á imitacion suya eran decididos parciales de don Alonso, titulado rey de Galicia. Aprovechó pues doña Urraca la primera ocasion oportuna que se le presentó para poner preso á aquel prelado, hecho lo cual entró en Santiago puesta á la cabeza de su ejército. Ahora la plebe, á diferencia de la de algunos años antes, favorecia á su prelado. Al entrar la reina en la iglesia de Santiago, la halló vestida de luto, como en señal de que estaba sin pastor que la gobernase. El clero, los nobles, y el pueblo á una pedian á doña Urraca que les devolviese su prelado. Entónces se descubrió la verdadera causa de la asonada. Los partidarios del príncipe don Alonso, puesto este á su cabeza, se declararon en favor del metropolitano, y contra doña Urraca; y desde luego se vió que el ejército de la madre era escaso de fuerzas para contrarestar al del hijo. Los parciales de este llenaron de oprobios á aquella, y la obligaron á poner en libertad al prelado, don Diego Galmirez. Ni aun con esto pudo poner término á las alteraciones. Sus huestes llegaron á punto de rompimiento con las de su hijo. El papa tomó cartas en el asunto en favor del prelado y del hijo contra la madre, y esta se vió obligada á devolver á la iglesia de Santiago todo cuanto la habia quitado, á resarcir los daños y perjuicios ocasionados al metropolitano, y á dar en prenda sesenta fiadores que respondiesen de su palabra. Entretanto los moros pasaban impunemente á cuchillo á los defensores del castillo de Aceco, del de Bargas, y del de San Servan-

do junto á Toledo. En vano en 1122 se reunió en Santiago un concilio para poner término á aquellas fatales discordias, y conseguir que los cristianos volviesen sus armas contra los infieles: los remedios en vez de calmar la irritacion la enardecian. Firmóse en 1123 una nueva concordia entre doña Urraca y el metropolitano de Santiago, mas no produjo ningun efecto. El conde Frolaz y su yerno Arias Perez, protegidos del príncipe don Alonso, continuaron atizando la guerra civil y demostrando que doña Urraca era para la paz pública un obstáculo, y para toda concordia una rémora. Pero los enemigos del metropolitano de Santiago afirman que este era el atizador de la desunion entre la madre y el hijo, y para dar una muestra de su altanería citan la carta llena de desabrimientos que en 1124 dirigió al metropolitano de Toledo que le habia escrito quejándose de sus extralimitaciones, y de lo pródigo que era en celebrar concilios sin orden ni licencia de quien venia siendo su primado, ó pretendia serlo. El legado cardinal Deusdedit, que envió á España el papa Calixto II en dicho año, hizo cuanto estuvo en su mano para aplacar aquellos odios, habló con doña Urraca, se avistó con su hermana la reina de Portugal, tuvo conferencias con el príncipe don Alonso, visitó al metropolitano de Santiago, y por último celebró concilio en Valladolid, convocados antes los grandes y los prelados, y sentó en él, dice la Historia Compostelana, las bases de la concordia entre la reina de Castilla y Leon, y su hijo don Alonso. Tan infructuosó fué este concilio como el de Carrión convocado el año siguiente por otro legado, el cardinal Humberto, enviado nó ya del papa Calixto II, sino de su sucesor Honorio. Doña Urraca y su hijo se vieron obligados á prohibir al prelado de Santiago toda extralimita-

cion; este celebró concilio en su metrópoli para prescribir la paz y tregua que debía observarse en los dias festivos, toda vez que era imposible poner paz en aquella provincia; y así al menos, cuanto mas se aumentaban las fiestas, mas dias de tregua se daban á los pueblos.

Otro concilio celebró en 1126 el mismo prelado, y dicen las crónicas que fué para poner en paz á los nobles gallegos. La muerte de doña Urraca fué mas eficaz para ello que los esfuerzos del compostelano. Acaeció en uno de los primeros dias del mes de marzo del referido año. Varian los cronistas acerca de las circunstancias de este fallecimiento. Afirman unos que murió la reina al salir del templo de San Isidro de Leon, cuyas alhajas habia arrebatado, cosa que los mas tienen por fábula. Entienden otros que murió de sobreparto junto á Carrion en tierra de Campos. Parece que la privanza del conde Gonzalez de Lara se habia renovado, á pesar de la oposicion de los demás nobles, y que de él tuvo doña Urraca un hijo y una hija. Otros lo ponen en duda, y aunque confiesan que la reina debía tratar con algun secretario los negocios de estado, no se atreven á tildarla mas que de veleidosa en demasía, poco digna en sus ademanes, y lijera, mas bien que de liviana: y confiesan que las apariencias la condenaban aunque la realidad la absolviese. Nunca estuvo, ni atendido su carácter pudo jamás estar á la altura en que la habian colocado las circunstancias: defecto que le fué comun con su marido. Alonso VI quiso hermanar dos naturalezas que se rechazaron por atender mas á las pequeñeces físicas que á la entidad moral de los seres. Sabida la muerte de su madre, presentóse en Leon su hijo para ser proclamado, y lo fué con el nombre de Alonso VII, nó sin resistencia de parte del

conde Gonzalez de Lara y de don Rodrigo Gonzalez su hermano. Arrojadados estos dos nobles del alcázar de Leon, fueron á refugiarse á las montañas de Santillana alimentando una parcialidad moribunda. Otro noble, don Jimeno Iñiguez, levantó enseñas contra don Alonso VII en Valencia-don-Juan, junto á Leon, pero muy pronto se vió obligado á rendirse. En Galicia, otro noble, Arias Perez, se negó á prestar obediencia al nuevo soberano, y se hizo fuerte en los castillos de Taberiolas, Castro-Luparia, Cornaria, y Peña: pero, acometido por el conde Gutierre Fernandez y por el metropolitano de Santiago, que, muerta doña Urraca, no veia conveniencia en la prolongacion de los bandos, perdió sus fortalezas y tuvo que darse á partido. Alonso VII comenzó su reinado con próspera fortuna. Declaráronse por él varias poblaciones que habia conseguido recobrar y tener como en rehenes el aragonés por no avenirse sus moradores á rendir obediencia á doña Urraca. De esta suerte Burgos, Carrion, Villafranca de Montes de Oca y otras volvieron en breve tiempo, casi sin efusion de sangre, al dominio del castellano. Resentido el aragonés allegó sus huestes y fué en busca del jóven monarca, creyendo que seria fácil vencerle; pero al avistar sus fuerzas, conociendo que venia contra él con tropas superiores en número, y que una guerra con Castilla desbarataria todos sus planes de campaña en las riberas del Ebro, trató de avenirse, tomado antes consejo de algunos nobles y prelados, convencidos como él de la necesidad que tenia de conservar entero su ejército. Prometió pues á su hijastro, que se le mostró atento, la restitucion de las fortalezas que pertenecian al reino de Castilla, y cada uno se volvió para su tierra. Esto pasó en 1127. En el mismo año la reina de Portu-

gal, creida de que no hallaria en su sobrino el de Castilla la energía conveniente, hizo entrada en tierras de Galicia, pretendiendo ocupar la plaza de Tuy que creia corresponderle como parte de su dote. Pero el nuevo rey hizo con la tía el mismo alarde de fuerza que con el padrastro, y la obligó á batirse en retirada, y á entrar en ajustes moderados. No falta quien por conjeturas afirma que esta desgraciada campaña ocasionó la ruína de la reina de Portugal, pues su hijo Alonso Enriquez, tal vez á instancias del castellano, se sublevó contra ella y la destronó en 1128, ayudado de los nobles que habian tomado muy á mal que su soberana imitase á doña Urraca en lo suelta, y se gobernase por los consejos de algunos gallegos rebeldes que habian buscado en Portugal un asilo. Al cabo de dos años murió acongojada esta prinseza. En 1129, dicen las memorias castellanas, el aragonés se olvidó de lo pactado anteriormente y puso sitio á la plaza de Moron ocupada por el castellano; pero este acudió al socorro de los suyos y obligó al Batallador á retirarse. Á la sazón hubo grandes alteraciones en Toledo, y la plebe allanó alguna casa y la entregó á las llamas. En Palencia se celebró concilio y en él se determinó que nadie diese asilo en su casa á los reos de traicion, robo, y perjurio, ni á los excomulgados; que los templos no se traspasasen por herencia; que no se recibiesen diezmos ni limosnas de los excomulgados; que ningun señor, sin justa causa, se apoderase de los bienes de sus solariegos; que nadie diese en arriendo ni en préstamo las iglesias; que fuesen perseguidas las concubinas de los clérigos; que fuesen restituidas al clero las heredades que les hubiesen pertenecido; que nadie acogiese á ningun monje errante; que ningun prelado recibiese iglesia de manos de ningun lego; que

los prelados predicasen la concordia de sus súbditos ; que nadie fuese osado , so pena de reclusion ó destierro , á molestar en los caminos á los viajadores , peregrinos , comerciantes , clérigos y mujeres ; que cesasen los portazgos nó establecidos en tiempo de Alonso VI ; que cesase la corruptela de tomarse prendas unos á otros y hurtarse bueyes ; que fuese excomulgado quien no obedeciese fiel y lealmente á su monarca ; que no se exigiese de los clérigos cosa contraria á los cánones , ni aun servicio de guerra ; que no pudiesen los legos llevar las tercias ni las ofrendas de los templos ; y por último que á los monederos falsos se les arrancasen los ojos y fuesen excomulgados. Cada una de estas disposiciones descubre una enfermedad de la época. En 1130, cuando dió comienzo el cisma entre Inocencio II y Anacleto II , don Alonso VII se vió nuevamente amenazado de una guerra intestina. El conde Gonzalez de Lara intentó alterar la comarca de Palencia , mientras su hermano don Rodrigo se hacia fuerte en las montañas de Santillana. Acudió al riesgo con presteza don Alonso VII , y don Rodrigo cayó en sus manos. Afortunadamente para este desgraciado , murió por entónces el conde de Lara , y desapareciendo con él el principal móvil de la discordia , don Rodrigo se mostró sumiso y fué perdonado. Á principios del siguiente año la fortaleza de Castro-Jeriz volvió al dominio del castellano , por entrega , lo mismo que algunos otros castillos que aun conservaban presidio de aragoneses. En el año 1128 don Alonso habia casado con doña Berenguela , hija del conde de Barcelona , y parece que en el de 1131 le nació su primogénito el infante don Sancho. Aunque casi nunca cesaban las entradas de los cristianos en tierra de moros , y las algarradas de estos en país de cristianos , en este año fueron mas

vivas por una y otra parte , singularmente en territorio de Toledo , en donde los cristianos cayeron en una emboscada que les tenían prevenida los moros , y otros fueron sorprendidos en detall al tiempo que iban á la hueste. Vengaron estas rotas los fronteros de Ávila y Segovia haciendo entrada con mil ginetes en tierras del cordobés y acometiendo de noche un cuerpo de tropas , al que dejaron muy quebrantado. Tambien por la parte de Portugal , dicen las crónicas castellanas , hicieron incursion en Galicia las huestes portuguesas , y fueron rechazadas. Repitiéronlas en 1132 , y fué preciso que el mismo Alonso VII acudiese allá con el grueso de su gente para mantenerlos á raya , y para destruir un castillo que habian levantado en Zelmes. No tuvo á la sazón un momento de reposo el castellano. Le fué forzoso rechazar las acometidas del cordobés , que penetró por tierras de Toledo , ganó el castillo de Azeca , el de San Servando , y no se retiró sin haber causado un grande estrago. Á su vez el conde don Rodrigo Gonzalez hizo incursion en tierras de Sevilla , taló los campos , puso á contribucion los pueblos , juntó mucho botin y cautivos , y por último deshizo en batalla campal al gobernador de aquella ciudad que habia salido á perseguirle. No fueron tan afortunados los fronteros de la parte de Salamanca que se corrieron por tierras de Badajoz y las pusieron á saco , pues á la vuelta los acometió réciamente el portugués , los desordenó , se cebó en los peones y recobró en un momento con creces todo cuanto los de Badajoz habian perdido. No fué tan dolorosa para el castellano esta pérdida como la necesidad en que se vió hácia el mismo tiempo de tener que sofocar en Asturias la rebellion de dos ricos-hombres , el conde Gonzalo Pelaez el uno , y el conde Rodrigo Gomez el otro. Apoderados de

los castillos de Gauzon, Tudela y otros, parecian dispuestos á prolongar su resistencia y las alteraciones consiguientes, si don Alonso no hubiese hecho grandes aprestos y desplegado mucha actividad para reducirlos. Con todo esto, aunque les tomó la mayor parte de las fortalezas, y los dejó al parecer sometidos, no bien le vieron alejarse, alteráronse de nuevo y se apoderaron de los fuertes de Alba de Quirós, Buanga, y Pruaza, cuya reconquista costó tiempo y fatigas. En 1133 el castellano puso en relieve sus prendas militares. Allegadas numerosas huestes se encaminó contra los moros que habian hecho un amago ante la ciudad de Toledo, llevólos en retirada, dividió su ejército en dos cuerpos, se puso á la cabeza del uno, confió el otro al conde don Rodrigo Gonzalez, hicieron los dos á un tiempo entrada en dominios del moro, juntáronse no muy lejos del fuerte Gallelo, entraron con ardimiento en la campaña de Córdoba, dejáronla yerma y talada, se corrieron hasta la comarca de Sevilla, avistaron por primera vez despues de cuatro siglos de ausencia el estrecho Gaditano, y sembraron la desolacion y el espanto por las riberas del Betis. Dos veces el moro quiso hacerles frente, y otras tantas fué acometido y dispersado. De suerte que cuando don Alonso VII se volvió por Talavera á sus dominios, nó solamente habia conseguido enriquecer á sus soldados, sino que habia ganado en la opinion de sus vasallos un prestigio que dificilmente podia ya borrarse. Las memorias de los castellanos, en lo que toca al año 1134 y siguientes, concuerdan solamente en los hechos capitales, mas nó en las causas de los mismos, con las de los aragoneses y navarros. Si hemos de dar crédito á las primeras, sabido el desastre de Fraga y la muerte del Batallador, poseido don Alonso VII de un espíritu eminente-

mente cristiano , acudió con todo su ejército al socorro de los aragoneses ; primero rindió las plazas de Nájera y Calahorra, entró despues en Tarazona, y se corrió por la ribera occidental de Ebro hasta la ciudad de Zaragoza. En ella le recibieron los aragoneses como á un amigo que venia á salvarlos. Don Ramiro el Monje no se alejó de la ciudad al verle tan bien acompañado , antes le dió muestras de agradecimiento y le hizo donacion de Zaragoza. El conde de Tolosa y el de Barcelona acudieron tambien á avistarse con el castellano , nó para disipar los recelos que podia haberles infundido su marcha atrevida , sino solamente deseosos de agradecerle la fineza con que habia tratado á los aragoneses. Volvióse para sus tierras nó sin haber dejado una numerosa guarnicion en Zaragoza, á la que miraba ya como cosa propia, y entónces tuvo una entrevista con Garci Ramirez que acababa de ser elegido rey de Navarra y deseaba tenerle de su parte. El efecto que produjo en el castellano esta su expedicion á la Rioja, y luego despues á las riberas del Ebro, se puso de manifiesto al tiempo de su vuelta á la ciudad de Leon. Convocadas córtes , hizo que en ellas le aclamasen , nó ya por rey de España , como se denominaba Alonso V , sino por emperador de aquella tierra, pareciéndole que bien merecia semejante honra aquel de quien eran tributarios algunos príncipes , y á quien no habian vacilado en rendir homenaje para alejarle de sus fronteras los aragoneses. El nombre de rey le parecia pobre, y apeló á aquel otro título que dieron los romanos á los menospreciadores de los reyes. Cubierto con un precioso manto , precedido de prelados , ricos-hombres y caballeros , y teniendo á la derecha , dicen los castellanos , al rey de Navarra , y á la izquierda al obispo de Leon , lleváronle procesionalmente al templo y

allí pusieron en sus manos el cetro, y en su cabeza la corona, dando vivas al príncipe que se avergonzaba ya de ser mero monarca. Siguió á esta ceremonia un suntuoso banquete, y el dia siguiente decretó el concilio que continuasen en todo su vigor los fueros y leyes del tiempo de don Alonso VI; que fuesen devueltos á las iglesias los inmuebles, los vasallos y los esclavos que la perteneciesen; que se repoblasen las tierras y lugares destruidos por la guerra, y se plantasen arbolados y viñedos; que los jueces aplicasen la mano en los delincuentes sin doblarse ante las consideraciones personales; que se hiciesen todos los años varias incursiones por los fronteros en tierras del moro; y que se fulminase pena de muerte contra los brujos y los hechiceros. El principal objeto habia sido la ceremonia de la coronacion solemne. Relegadas al olvido las tradiciones de los godos antes enaltecidas, preferíase ahora ir á buscar la gloria en los recuerdos de la Roma de los tiempos del paganismo. En Alonso VII, conforme se vió mas adelante, aquel aparato no sirvió para dar color á una idea provechosa que tendiese á la concentracion del pueblo ibero: fué meramente la satisfaccion de una vanidad loca, y una injuria echada al rostro de los demás focos de la independencia ibérica. Todos debian prestar homenaje al que se titulaba jefe supremo del imperio. Esta soberbia de un príncipe poderoso fué otra de las rémoras opuestas al principio de la formacion de un gran núcleo de iberos independientes. El pensamiento de Alonso VI, paralizado por la altanería de doña Urraca, y por la fiereza del Batallador, le hizo irrealizable por mucho tiempo la vanidad de Alonso VII. El primer fruto de la coronacion fué una guerra con los portugueses, dado que no quisieron avenirse á rendir home-

naje al castellano en la forma que este deseaba. La campaña de 1136 fué favorable al portugués, aunque al mismo tiempo que la sostenia tuvo que rechazar por la parte de Santaren y del castillo de Erena una algarada de los moros. Otra consecuencia fué el rompimiento con el navarro, conjeturan algunos, resentido de que se le hubiese humillado y de que se pensase en humillarle mas todavía. Al mismo tiempo el aragonés se quejaba de que las riberas del Ebro, ganadas á costa de la sangre de sus vasallos, hubiesen sido ocupadas so color de proteccion y amistad por el rey de Leon y Castilla. Alonso VII estaba dispuesto á hacer concesiones á unos y á otros con tal que le prestasen feudo y vasallaje, que era en lo que insistia constantemente. No olvidaron aun en medio de estas circunstancias los fronteros la órden que tenian recibida de hacer entradas en tierras del moro, y por la parte de Toledo las llevó á cabo su nuevo gobernador el conde don Rodrigo Fernandez que acababa de reemplazar al conde Gonzalez. Hízolo con mucha bizzarria derrotando á los moros, que le presentaron batalla, y volviendo cargado de despojos. Los pueblos fronterizos eran muy desgraciados. Víctimas incesantes de la furia de ambos combatientes, se veian obligados á emigrar en la época del año en que daban principio las incursiones, abandonando á merced de los merodeadores todo cuanto no podian llevar consigo. Las entradas de 1137 fueron una copia de las del año antecedente. La guerra de Portugal se acabó por intervencion de un legado pontificio, devolviéndose las partes beligerantes lo que mútuamente se habian ocupado, y prometiendo el portugués á la corte romana, en clase de donativo, lo que se habia negado á pagar al rey de Castilla en forma de vasallaje. Ya en Aragon se hallaba al frente de los

negocios públicos el príncipe don Ramon; y aunque instó al castellano á que dejase libres las riberas del Ebro, no pudo conseguirlo sin ofrecer por ellas el vasallaje de que don Alonso VII se mostraba sediento. Señalábale don Ramon los dominios del moro como tierras de las que era honroso exigir parias , mas bien que de las tomadas á los cristianos por sorpresa : pero el castellano insistió siempre en querer que su corona imperial no fuese una cosa vana. Al hablar de las memorias de Aragon relativas á estos tiempos vimos de qué manera se explica por ellas la actitud que tomó don Alonso VII con respecto á los aragoneses y los navarros. El 1138 don Alonso dirigió personalmente dos campañas contra los moros. Las dos fueron desgraciadas. En la primera los moros acuchillaron y destruyeron á su vista un cuerpo de tropas que se habia apartado de los reales , para entregarse al merodeo , y no pudo volver á ellos por impedirselo la repentina creciente de un rio: y como la hueste acababa de exterminar á los cautivos que llevaba hechos , para que los moros no los recobrasen , ninguno de cuantos formaban parte de ella pudo escapar al furor de sus enemigos. Apesadumbrado don Alonso se volvió para su tierra , mas atento á su salvacion que á la venganza.

Al tiempo de la vendimia pensó en tomarse un desquite embistiendo la plaza de Coria. Primero consiguió que los mas bizarros defensores saliesen de la ciudad en persecucion de algunos cristianos , y cayesen en una emboscada de la cual ni uno salió con vida : pero en el sitio no fué afortunado. No le faltaron máquinas de guerra , ni dejaron de mostrar sumo ardimiento sus soldados ; pero los de dentro se defendieron con denuedo , y don Alonso tuvo que levantar el sitio. En sus ratos de solaz , que eran muchos , y

mientras sus huestes combatian , y uno de sus mejores cabos sucumbia , don Alonso se entregaba , dicen las crónicas castellanas , al esparcimiento de la caza. Mas afortunado fué en 1139 delante del castillo de Oreja cuya plaza rindió al cabo de siete meses de un sitio al que condujo un numeroso ejército , sin que el de los moros se atreviese á presentarle batalla. Esta conquista fué muy celebrada , no tanto por su importancia , como porque parecia borrar los desastres de la anterior campaña. Si los moros no pudieron en la de este año concentrar todas sus fuerzas contra el castellano , se debió principalmente á otra campaña que sostuvo contra ellos el rey de Portugal con grande ardimiento. En tierras de Ourique esperó este á sus enemigos , y cuando le creian atemorizado , los embistió y los derrotó completamente : y añaden las crónicas portuguesas que este resultado le obtuvo don Alonso de Portugal por especial proteccion del Rey de reyes. En 1140 don Alonso firmó dos tratados , uno con el aragonés para hacer la guerra al navarro y repartirse su reino , y otro de paz y amistad con el navarro concertando la boda de una hija de este , doña Blanca , con don Sancho , primogénito del castellano. Verdad es que , en el intermedio de los dos tratados , hizo don Alonso dos amagos contra el navarro , pero tambien lo es que , mas bien que amenazas , parecieron alardes para obtener un resultado apetecido. Asimismo lo es que el navarro sabia que podia contar con el portugués , y que este hacia entrada en Galicia en cuanto llegaba á su noticia que don Alonso se acercaba á los lindes de la Navarra. No por estas desavenencias entre los cristianos cesaban las entradas en tierras del moro , antes los fronteros , por el interés que en ellas tenían , procuraban repetir las en cuanto les era dable. En la

comarca de Toledo un noble, Mumio Alonso, perdió por desidia en 1141 el castillo de Mora, y corrido de ello se convirtió en merodeador aventurero, cuyas correrías fueron el terror de los moros, hasta que con sus proezas consiguió recobrar la gracia del monarca. En las fronteras de Portugal sucedia lo mismo que en las de Castilla. El fuerte de Leyria habia sido perdido y recobrado, y las tierras del contorno eran constantemente teatro de lides sangrientas. En 1142 consiguió el castellano la rendicion de la plaza de Coria que cuatro años antes habia burlado los esfuerzos de sus cabos. El año siguiente Munio Alonso ganó á los moros una victoria que, atendidas las respectivas fuerzas, parecia maravillosa, pero al cabo de pocos meses, por demasiada confianza en su propio brio, se vió cercado por fuerzas superiores y sucumbió con muchos de los suyos. El rey de Castilla quiso vengarle, y para ello allegó huestes é hizo entrada en tierras de Andalucía, habiendo recobrado antes el castillo de Mora, poco distante de Toledo. Esta incursion fué llevada á cabo con una fiereza y sed de sangre que las crónicas no tratan de encubrir; nada se perdonó: campos, arbolados, edificios, mezquitas, todo fué entregado á las llamas. Ni el dolor de los ancianos, ni los alaridos de las mujeres, ni el llanto de los niños, conmovieron á los invasores; y devastada la comarca se volvieron estos á sus dominios. Los moros se vengaron haciendo en Portugal una algarada que fué fatal á muchos lusitanos, y entre ellos á varios templarios, que hallamos ya establecidos en aquel reino al igual del de Aragon y del principado de Cataluña. Otra campaña intentó en 1144 Alonso VII contra los navarros, pero tampoco llegó con ellos á las manos, antes hubo avenencia, y el navarro, que recientemente habia enviudado, tomó por

esposa, según ya dijimos, á doña Urraca, hija natural del castellano. Celebróse la boda con justas, toros, y grandes fiestas, dice la crónica, y una de estas fiestas consistió en echar un cerdo á los ciegos para que le matasen á palos, dando mucho que reír á la corte y á la plebe la circunstancia de que unos á otros se hiriesen los infelices, en vez de herir al objeto de su afán molesto. En 1145 la verdadera campaña contra los moros la hizo el rey de Portugal, tomándoles por sorpresa la plaza de Santaren. Un año antes este príncipe acababa de declarar, y confirmar como deber feudal, el donativo de cuatro onzas de oro anuales que habia prometido á la Santa Sede. Á la sazón las discórdias entre los árabes habian llegado á su colmo; musulimes antiguos, almoravides, y almohades, conforme ya manifestamos, se odiaban mutuamente mucho más que á los cristianos. En cuanto estos hacian entrada en los dominios del moro, no les faltaban parciales que los guiasen y aun les diesen parias con tal que pudiesen prometerles favor y ayuda contra sus enemigos. Uno de ellos desgraciadamente murió á manos de los cristianos en tierras de Ubeda y Baeza por una reyerta promovida sobre la devolucion de algunos cautivos. Contra otro, que se titulaba rey de Córdoba, hizo un amago el castellano, y se le rindió como tributario. Cada dia llegaban á Castilla noticias más alarmantes acerca de la nueva secta que se habia levantado en África, y de las alteraciones que promovian los moros andaluces. Entónces don Alonso pensó en llevar á cabo una empresa atrevida, en vez de perder el tiempo y la flor de sus guerreros en incursiones bárbaras, anualmente repetidas y poco provechosas. El deseo de verse á la cabeza de los principales reyes de la Península, y de dar á su trono imperial todo el esplendor de

que era susceptible, le hizo solicitar la concordia del aragonés y del navarro para que los dos á una le auxiliasen con sus huestes para el logro del objeto que deseaba. Reuniólos en San Esteban de Gormaz, y aunque no le fué posible ponerlos en paz, sin embargo consiguió que sentasen treguas para mientras le favorecian con su cooperacion armada. Tratábase de una empresa que interesaba á distintas naciones á un tiempo: tal era la de limpiar de piratas el mar Baleárico y gran parte del Mediterráneo, infestado por las naves que salian de Almería para ser la ruína de los mercaderes. Barcelona, Génova y Pisa debian acudir por mar á sitiarla, mientras el castellano y el navarro, aprovechadas ciertas relaciones con los moros, caian sobre ella por tierra. Necesariamente el botin debia ser inmenso, pues Almería tenia fama de ser una ciudad muy rica y poderosa. Antes ganó el castellano la plaza de Calatrava, despues se adelantó hasta Andujar, dicen las crónicas castellanas, tomó el castillo de Baños, el de Cazlona, la plaza de Baeza, asegurado ya por la anterior campaña de la de Córdoba, y por último á primeros de agosto cayó sobre Almería al mismo tiempo que los barceloneses, genoveses y pisanos la amenazaban desde sus naves. Al cabo de dos meses y medio la ciudad fué entrada, dada al saqueo, y bañada en sangre. Ningun soldado volvió pobre de esta empresa; y pocos monarcas se han visto mas victoreados que Alonso VII cuando dió la vuelta para sus estados, dejada en Almería una guarnicion suficiente. Algunos creyeron que esta ciudad podria defenderse con tal que conservase buenas relaciones con las repúblicas marítimas de Italia, y decian que en tal caso seria una excelente escala para las naves que por el Atlántico y el Estrecho iban á la Palestina. Otros juzgaban que esta

conquista, lo mismo que la de Valencia, hecha por el Cid medio siglo antes, habia sido prematura por falta de un apoyo conveniente. Casi al mismo tiempo obtenia el rey de Portugal, recién casado con doña Mafalda, hija de un conde de Saboya, una ventaja mucho mas importante. Merced á la cooperacion de algunos cruzados ingleses, francos y alemanes, que se dirigian á la Palestina, y acertaron á detenerse en la boca del Tajo, pudo aquel monarca apoderarse de la ciudad de Lisboa, y de otros varios lugares de sus cercanías. Esto fué en 1147; y el primer obispo de Lisboa fué un sacerdote inglés que vino entre los cruzados. Se ve pues que datan de siete siglos las relaciones de la raza inglesa con la lusitánica. Parece que en 1148 el cordobés, que habia jurado fidelidad al castellano, quebrantó su palabra y murió á manos de los suyos por haber querido armar un lazo á don Alonso para quitarle la vida. La confusion habia llegado á su colmo entre los moros con la llegada de los terribles almohades. En febrero de 1149 dicen los castellanos que murió su emperatriz doña Berenguela, hermana del conde de Barcelona, ya príncipe de Aragon, y esposa de Alonso VII. No bien hubo cerrado los ojos cuando, reunidas córtes, los hijos de doña Berenguela fueron nombrados reyes, don Fernando de los reinos de Leon, Asturias y Galicia, y don Sancho de los reinos de Toledo, Castilla y toda la comarca de Burgos y Vizcaya. Por este tiempo los andaluces, dicen las crónicas, temieron grandes calamidades por haber tenido lugar entre ellos el fenómeno de la lluvia de sangre, que los antiguos miraban como cosa prodigiosa, y que despues se ha explicado por medio de la presencia de cierto polvo mineral rojizo, del pollen rojo de ciertas plantas, ó de millares de enjambres de insectos telescópicos tam-

bien rojos. Entónces se creyó que el cielo denotaba con ello la ruína de los almoravides y el triunfo de sus rivales. En el año 1150 el castellano renovó sus entradas y correrías por la Andalucía, venció á los moros, entró en Jaen, la desmanteló y se volvió para poner en salvo los despojos ganados. En 1151, muerto el rey de Navarra, volvió á Castilla su viuda, hija del castellano; y el infante don Sancho, que ya se titulaba rey de Castilla, casó con doña Blanca, hija del difunto navarro. Ya vimos por las memorias aragonesas, con las que no andan acordes las castellanas, que don Alonso VII prometió al aragonés hacer la guerra en Navarra, no obstante aquel enlace. El año siguiente don Alonso y su hijo don Sancho pusieron sitio á Jaen, y esta vez tuvieron que levantarle. Don Alonso se fué para Soria donde en 1153 recibió á su nueva esposa doña Rica, hija, dicen las crónicas, de Ladislao de Polonia, y entregó en matrimonio su hija doña Sancha al nuevo rey de Navarra. Otra hija, por nombre Constanza, llamada por alguno Adelaida, la dió don Alonso por esposa al rey de Francia Luís VII. En doña Rica hubo el castellano en 1154 una infanta á la que se puso por nombre doña Sancha. Fué notable el siguiente año por la toma de Andujar, que habia sostenido un sitio en el anterior, y tambien por la conquista de las plazas de Alarcos, Almodovar, Carazuel, Mestanza, Pedroche y Santa Eufemia. La romería del monarca francés á Santiago en 1155 la pintan con vivos colores los castellanos. Parece que el yerno, rey de Francia, no visitó al emperador su suegro hasta su vuelta de la peregrinacion, y quedó asombrado de la magnificencia con que fué recibido en Toledo. No cabian los caballeros en la ciudad, y fué preciso armarles tiendas en el campo. Los reyes de Leon, de

Castilla, de Aragon y Navarra, estaban ahí rodeando al que se titulaba emperador de España. Al navarro le nació á la sazón un hijo que debía sucederle, y al mismo tiempo le nacia otro al rey de Portugal, destinado asimismo á reemplazarle en el trono. El portugués era el único príncipe cristiano de la Península que se negaba á presentarse como satélite del castellano. En 1156 murió la esposa del infante don Sancho, rey de Castilla, por nombre Blanca, hija del rey de Navarra; y fué notable que hácia el mismo tiempo el aragonés y el castellano hicieron entrada en tierras del navarro, y acordaron que el hijo del príncipe de Aragon casase á su tiempo con la infanta doña Sancha, hija de don Alonso VII y de doña Rica. En las cercanías de Salamanca, hácia el rio Coales, dicen que á la sazón tuvo sus principios la órden de Alcántara que por el pronto se denominó de San Julian del Pereiro. Acercábase el término de la carrera de don Alonso VII. Habia conseguido poner paz en sus reinos que recibió de manos de su madre tan llenos de alteraciones; habia mantenido constantemente en pugna al aragonés y al navarro, sirviéndose de uno y de otro en lo que pudo para sus fines; habia dirigido y encaminado, en fin, nó siempre con fortuna, con constancia en todos tiempos, el ardimiento de sus vasallos contra el moro; habia llevado á cabo con gloria la conquista de Almería, mirada en su tiempo como un episodio épico de la larga lucha que venia sosteniendo la Iberia; y por último la debilidad paternal le habia hecho destruir en un punto y en una hora eso que él llamaba su imperio. Murió en Fresneda, hallándose en expedicion de guerra contra los moros, á dia 21 de agosto de 1157. Su mayor debilidad fué el título vano con que quiso adornarse, y eso para volver

á separar muy luego los reinos de Leon y de Castilla.

En el período de tiempo que abraza este capítulo vemos fuera de la Península á San Bernardo ilustrándose en Francia y en Italia; á Enrique de Inglaterra llevando en 1116 la guerra al seno de la Francia; al emperador de Alemania, Enrique, sitiando en 1117 la ciudad de Roma; á los portugueses haciendo esfuerzos dignos y restaurando la Lusitania; á Noradino, sultan de Alepo, amenazando en 1145 el nuevo reino de Jerusalem; y á los cruzados renovando sus expediciones, para poner la ciudad Santa á cubierto de la furia de sus encarnizados enemigos. Cuatro reyes se habian sucedido ya en el trono levantado por los cristianos en la Palestina, á saber, Godofredo muerto en 1100, Boduino I en 1118, Boduino II en 1131, y Foulques en 1142. Boduino III dejó en 1162 el cetro á Amauri I. Á la monarquía que habian fundado no le faltaban mas que vasallos, y tenia sobrada abundancia de alta milicia y de alto clero.

CAPITULO IV.—Abdelmumen en España. Guerras entre los almohades y los almoravides.

—Abu Jacob, Jacob Almanzor, Amuminin. Batallas de Alarcos y de las Navas. Alfonso el Casto y Pedro el Católico en Aragon y Cataluña. Don Sancho el Sabio y don Sancho el Fuerte en Navarra. Fernando II y Alfonso IX en Leon. Sancho III y Alfonso VIII en Castilla.

DE 1158 A 1212.

Abdelmumen desde África continuó siendo el terror de los antiguos árabes españoles. Puesto á la cabeza de un ejército cuyos solos sirvientes llegaban á setenta mil hombres, pasó al oriente de aquella region, ocupó las tierras de Zana, y entró por capitulacion en Tunez. Las condiciones fueron notables: los moradores quedaban libres, pero sus bienes pasaban al dominio de los almohades. Lo que estos hicieron

fué abrir en la ciudad una feria inmensa , y vender en ella á los mismos tunecinos sus propios muebles é inmuebles. Á la sazón los cristianos de Sicilia eran dueños en aquella costa de las plazas de Sifakis , Mahedia y Bona. La segunda era la mas fuerte , y en poco tiempo la ganaron los almohades, dicen las memorias de los árabes , aplicando contra los muros sus máquinas y truenos. Las demás , tomada Mahedia, se rindieron. Abdelmumen queria no dejar enemigo alguno en África al trasladarse á España. Pero cuando tuvo aquella tierra sujeta á su voluntad , halló enemigos en sus propios almohades. Cansados de tan larga campaña intentaron asesinarle en su propia tienda. Uno de sus jeques le salvó haciendo que se trasladase á otra tienda , y recibiendo por él el golpe mortal destinado á aquel príncipe. Cuando á la mañana siguiente los conjurados creyeron que el campo estallaria en turbaciones y lamentos , quedaron maravillados viendo que Abdelmumen comparecia fiero y arrogante , y continuaba á la cabeza de sus tropas como si de ellas no tuviese el menor motivo de queja. Dicen los árabes que poco despues , en 1161 , pasó á España entrando en ella por Ghalbtarik , cuyas defensas habian sido terminadas de órden suya recientemente. Los jeques y los principales moradores de Andalucía acudieron á felicitarle , y los poetas árabes ponian su gloria á las nubes , le llamaban el predilecto de Alá , el espanto de los almoravides , y el honor de las historias. La campaña que entónces hicieron los almohades en el Algarbe no la dirigió su jefe , sino Abu Muhamad Abdalla. Recobró este algunas plazas , y sabedor de ello Abdelmumen se volvió al África , dejando en España á su hijo predilecto Juzef Abu Jacob. Ausente el padre , los restos de los almoravides aunaron sus esfuerzos , y llamando á sí á

todos los parciales que conservaban en las Alpujarras, y en Guadix, abrieron una campaña contra los almohades. Parece que contaron con la cooperacion de algunos caballeros cristianos. Pero fueron vencidos dos veces, primero en los campos de Granada, y luego en los de Córdoba, sufridas unas pérdidas considerables. Por entónces, y año 1164, segun algunas leyendas árabes, Abdelmumen intentó volver á España, nó ya solamente puesto á la cabeza de un regular ejército, sino acaudillando medio millon de combatientes, los cien mil peones y ballesteros, los trescientos mil caballos, y el resto alarabes y zenetes menos aguerridos. No era solamente una amenaza contra la España, sino contra la Europa. Los cruzados, la flor de la cristiandad, habian hecho presa en la Palestina: los almohades, que eran á su vez los mejores soldados del islamismo, iban á hacer lo que llamaban su guerra santa en nuestras mas fértiles comarcas. Pero en esta coyuntura, cuando Abdelmumen se veia en el lleno de su poder y de su grandeza, una enfermedad mortal desvaneci6 sus esperanzas y puso término á su carrera. Tenia á la saz6n sesenta y tres años, y habia reinado muy cerca de treinta y cuatro. Antes de morir deshered6 al sucesor del trono, hijo suyo, cuya ambicion y deseos de llegar al mando conocia, y nombr6 en su lugar á otro de sus hijos, Abu Jacob, residente ent6nces en Sevilla. El armamento qued6 disuelto; y el nuevo monarca no pens6 mas que en sofocar algunas rebeliones parciales, mostrarse benévolo con sus hermanos, y gobernar con templanza. Uno de sus hermanos, dicen los árabes, gan6 en los campos de Murcia, por los años al parecer de 1165, una señalada victoria contra los árabes españoles y algunos cristianos que los auxiliaban. Poco despues la discordia se cebó

en los almohades , como antes se habia cebado en los omeyas y en los almoravides. Á la sazón dos jeques de la España oriental , uno de ellos señor de Segura , y el otro de Valencia , dieron comienzo á unas rivalidades que degeneraron á poco en odios mortales. Créese que , para aprovecharse de ellos , y al mismo tiempo para cortar de raíz las disensiones que se iban propagando por la Andalucía , vino Abu Jacob á España en 1171. Sevilla , que ya habia sido su residencia , fué por algun tiempo su corte. Entónces se activó la lucha con los cristianos por mar y tierra , ya por parte de los almohades , ya tambien por la de los restos de los almoravides. Los árabes hacen mencion de un combate naval ganado por ellos , dicen , en dicho año , con mucho estrago de sus enemigos , no muy lejos de la embocadura del Ebro. Y se deja entender que así como habian recobrado á viva fuerza la plaza de Almería , tambien aspirarian á volver á tomar posesion de la ciudad de Tortosa , que era para ellos la reconquista de la navegacion de aquel rio. Mientras vivió Abu Abdala Muhamad ben Sad , que se titulaba señor de la España oriental , los reinos de Valencia y Murcia se mantuvieron independientes de Abu Jacob ; pero , muerto él , sus descendientes y sucesores prestaron vasallaje al mas fuerte. Muy cerca de cinco años permaneció Abu Jacob en España , dirigiendo constantemente sus algaras , contra los de Toledo unas veces , y contra los del Algarbe otras. En 1175 se fué á Marruecos , su corte africana , habiendo dejado antes muy embellecida la ciudad de Sevilla , su corte europea. Cuando volvió á la Península nueve años despues , en 1184 segun los cronólogos árabes , estaba lejos de pensar que se iba acercando á la muerte. El ejército con que pasó el Estrecho era formidable. Con él se tras-

ladó á Sevilla , y sin detenerse mas que el tiempo necesario para los preparativos de guerra , fué á poner sitio á la plaza de Santaren , sita en el Algarbe. Mientras este se llevaba adelante con vigor , ordenó á su hijo que con un cuerpo de ejército se dirigiese de dia contra la ciudad de Lisboa. Ignórase cómo fué que el hijo creyó que se le ordenaba que no hiciese de dia su marcha. Efectuóla de noche ; y creyendo los demás cuerpos que aquello era una retirada completa , le siguieron , y abandonaron el sitio , sin que Abu Jacob supiese nada de cuanto pasaba. Al amanecer los sitiados hicieron una salida , y acometiendo á la escolta del rey , que casi había quedado sola , pusieron al jefe de los almohades en un conflicto , y le hirieron de muerte. Ya volvian á la sazón desengañados los fugitivos , y consiguieron encerrar otra vez en la plaza á los sitiados y cercarlos nuevamente. Santaren fué embestida con la mayor furia , tomada por asalto , y entrada á saco y á cuchillo. Abu Jacob murió á poco de resultas de sus heridas , y le sucedió Jacob Almanzor su hijo. No usó otro sello que este: mi confianza está en Alá. Lo primero que hizo al subir al trono fué mostrarse dadivoso con los pobres , poner en libertad á los detenidos por faltas leves , y dar por recibido todo atraso que en sus pechos los pueblos debiesen el erario. Con los soldados no se mostró menos liberal que con los pobres , pues decia que en una nacion guerrera aquellos eran los fabricantes del tesoro público. Durante su reinado en todas partes se notaba el movimiento y la vida. Las academias y universidades eran muy concurridas ; se fundaron hospitales para toda clase de enfermedades ; se echaron puentes sobre muchos rios ; y en todos los caminos se establecieron hospederías bien servidas. Su primera empresa bélica con-

sistió en rechazar una incursión que los almoravides refugiados en la mayor de las Baleares intentaron en tierras de África, apoderándose de la ciudad de Cafisa. Ignórase si esta expedición dirigida por el almoravide Ali-ben-Isac estaba enlazada con otras rebeliones intentadas por algunos miembros de la familia real almohade reinante: pero sí se sabe que Jacob Almanzor se vió reducido á la triste necesidad de derramar la sangre de dos hermanos suyos y la de un tío para consolidar su dinastía. El almohade salió de Marruecos á la cabeza de sus mejores tribus, puso cerco á la ciudad de Cafisa, y la tomó por asalto. Conseguida esta ventaja se trasladó á España para vengar en ella la muerte de su padre. Dirigióse con lo mas aguerrido de su gente á los campos del Algarbe, visitó el fuerte de Santaren y los sitios en donde Abu Jacob habia recibido la mortal herida; y entónces, apellidando guerra santa, llevó á cabo con fortuna una de las mas sangrientas algaras de que hablan los anales de los árabes. No se tuvo presente, dicen sus leyendas, el precepto del Coran que manda perdonar al débil y no cebarse en el indefenso ni en el rendido: la tierra con todos sus árboles y frutos quedó arrasada como si un huracan se hubiese desatado sobre ella; los bosques, las mieses, y las viviendas y poblaciones se entregaron á las llamas; y á millares fueron trasladados los esclavos á Fez y á Marruecos. Jacob Almanzor se volvió satisfecho á su corte africana. Entónces los cristianos respondieron á su algará con espantosas cabalgadas, convirtieron en yermos algunas tierras de los moros, y se llevaron de ellas muchas cuerdas de cautivos. La lucha volvía á tomar el carácter de crueldad que solo en muy pocas circunstancias habia tenido. Los infieles, dicen los árabes, devolvian furia por furia, llama

por llama, ruína por ruína. Añaden que el gobernador de Córdoba, recibido mandato de Jacub Almanzor, hizo en 1190 una formidable entrada en país enemigo, recobró por la fuerza algunas plazas que los cristianos habían tomado por asalto, y volvió con tres mil prisioneros hechos en acción de guerra, y quince mil cautivos recogidos en los pueblos. Parece que ya entónces y mucho antes podían ser rescatados ó canjeados los primeros, y al contrario eran desde luego vendidos los segundos. Á estas talas y saqueos respondieron los infieles con otras, y su rey, dice un autor árabe, se atrevió á escribir al poderoso jefe de los almohades retándole y diciéndole que si no podía ó no se atrevía á cruzar el Estrecho, le enviase naves para que los cristianos pudiesen trasladarse al África, y allí decidir en una batalla quién quedaria triunfante, si el almohade para dar la ley, ó bien el cristiano para tener sujetos al yugo á los islamitas. Jacub Almanzor hizo que su hijo y heredero le respondiese eludiendo el reto, pero diciéndole que Alá había dicho que los infieles serian reducidos á polvo, sus huestes arrolladas y deshechas, y su ley borrada por unos ejércitos y caudillós incomparables. No fueron estas cartas unas vanas amenazas. El cristiano allegó gente, juntó auxiliares, llamó á su alrededor á sus vasallos y á sus amigos, añade el árabe, y esperó la venida del almohade. Jacub Almanzor hizo unos aprestos formidables. Los owaras, los zenetes, los magaravas, los zanhagas, los masamudes, los alarabes, los algazaces, gran número de ballesteros, los ginetes de todas las tribus berberiscas, los mejores guerreros de la Alkibla y del Almagreb, formaron con los almohades una sola hueste para humillar la arrogancia del que queria dar leyes á los islamitas. Nada mas imponente que los preparativos

de embarque para trasladar desde Ceuta á Algeciras este numeroso ejército. Las velas de los almohades cubrian la boca del Estrecho. El tiempo fué magnífico , y muy presto los campos de Algeciras estuvieron llenos de tribus africanas. Dicen los mas de los cronólogos árabes que esto fué en 1195, aunque tambien se nota diversidad acerca de esta fecha en otros de sus autores. No se detuvo Jacob Almanzor mas que el tiempo necesario para poner en órden sus tropas , y al momento las puso en marcha para ir en busca del enemigo. Parece que antes de acometer á los cristianos quiso aconsejarse con los moros andaluces, prácticos desde mucho tiempo en las lides , y conocedores de las estratagemas y asechanzas de sus contrarios. Adoptando por su consejo otra manera de guerrear , formó un cuerpo de reserva compuesto de las mejores tropas y de los etíopes que venian con él en nó corto número. Puso en primera línea para dar comienzo á la batalla á los almohades y á los andaluces cuya rivalidad en el combate debia hacerlos temibles; en segunda línea venian los auxiliares todos, y los que voluntariamente se habian presentado para tomar parte en la guerra santa; y la reserva la situó en lugar poco visto desde donde pudiese reforzar en caso necesario las dos primeras líneas , y completar la victoria si le favorecia la fortuna. En los campos de Alarcos , dicen los árabes , no muy lejos de Calatrava , Jacob Almanzor avistó á los infieles , y supuso que serian en número de trescientos mil, de los cuales los veinte mil , además de otra mas numerosa caballería lijera, eran ginetes armados de punta en blanco, cubiertos de hierro ellos y sus caballos. La mitad de esta caballería pesada dió principio al combate arremetiendo contra el centro de los almohades en donde creyeron los cristianos que se hallaria Jacob Al-

manzor con la flor de sus guerreros. La primera acometida de aquella columna de hierro fué rechazada ; la segunda sufrió la misma suerte ; la tercera fué afortunada y rompió los escuadrones de los almohades, aunque nó sin quebranto de los cristianos. Los almohades abrieron paso , mientras pasaba aquel torrente , pero volvieron á cerrarle luego y metieron á los invasores entre su primera y segunda línea , los rodearon por todas partes , los embistieron por flanco , retaguardia y frente , y los destruyeron. Al mismo tiempo las dos alas de los almohades cayeron sobre el grueso del ejército de los cristianos y no tardaron en esparcir por él la confusion y el espanto. Entónces desplegó Jacub Almanzor su estandarte, y desató en expresion de un autor árabe, sus leones contra el centro del ejército enemigo en donde el rey de los infieles resistia sostenido por la otra mitad de su pesada caballería. Solo Alá es Dios , gritaban los almohades acometiendo á sus contrarios con tropas de fresco lijeras como el aire. Los cristianos sucumbieron : y por mucho tiempo los campos de Alarcos fueron un pasto para las aves de rapiña. La fortaleza de Alarcos fué tomada, y en ella Jacub Almanzor, queriendo mostrarse magnánimo, dejó en libertad á veinte mil cautivos. El botin recogido en esta campaña enriqueció á los que la habian emprendido. Á ella se siguieron otras, y las plazas de Calatrava, Talamanca y otras varias cayeron en poder de los vencedores. Tambien la de Toledo fué sitiada , mas no pudo ser tomada. Cuatro años despues de esta victoria falleció de muerte natural en Marruecos el príncipe de los almohades dejando el trono á Amuminin Muhamad Anasir su hijo. Lo mismo que todos sus antecesores, la primera campaña tuvo que emprenderla contra algunos rebeldes que le negaban obediencia. La segunda

la sostuvo en África contra los almoravides que fueron allá desde las Baleares, y le obligaron á hacer uso de todo su poder para desalojarlos de ella. Venciólos, y hay quien dice que luego envió armada contra la isla de Mallorca, y en ella sujetó los restos de aquellos enemigos, algun dia tan poderosos, hoy tan miserables; y que Menorca é Ibiza se le rindieron una vez sabida la conquista de Mallorca. Es notable que en el sitio de una de las ciudades tomadas en África á los almoravides, entre las máquinas puestas en juego para hostilizar la plaza tambien se habla de los truenos y de los tiros de globos de hierro que llevaban la destruccion y el espanto entre los moradores. Esto fué por los años de 1202 á 1208. La tercera campaña de Amuminin Muhamad Anasir tuvo por teatro la España. Los cristianos se habian reanimado en ella despues de la pasada rota, y hacian tales incursiones que devastaban y tenian en continúa alarma los dominios del moro. El almohade apellidó guerra santa, y llevó á la Península un ejército cuyo mayor enemigo era acaso su mismo número. Las leyendas árabes dicen que un príncipe de los francos fué á Sevilla á ofrecerle rendicion y homenaje, y que fué recibido con toda la pompa debida á un monarca, bien que algunos indican que este príncipe extranjero mas bien tenia trazas de indagador de las cosas de los almohades que de rey que acudia á prestar vasallaje. Otros creen que fué el infante de Portugal, don Pedro, que se pasó al moro. El ejército de los almohades, añaden, constaba á lo menos de medio millon de hombres, y estaba dividido en cinco cuerpos, uno de los cuales, el de los voluntarios, se componia de ciento sesenta mil hombres, entre peones y ginetes. Semejante masa de gente era imposible que se hubiese movido sin el incentivo de las riquezas ganadas en la ba-

talla de Alarcos, y sin haberse dado un colorido sagrado á la lucha. Jamás le tuvo como en este tiempo, así por parte de los almohades como por la de los cristianos. Inutilizado algunos años antes un poderoso esfuerzo hecho por los mas famosos príncipes de Europa para recobrar la ciudad Santa, parecia que los islamitas habian escogido la España para teatro del desquite que deseaban tomarse por la invasion del Asia. Y los cristianos á su vez conocian que la ocupacion de nuestra Península por parte de los islamitas era una amenaza constante contra la cristiandad entera. Amuminin Muhamad Anasir era mas dado á la cólera de lo que debe serlo un príncipe. Cuando partió á la cabeza de su ejército, y vió que el presidio de Salvatierra se atrevia á defenderse, se indignó sobremanera, y juró no abandonar el sitio sin que la plaza hubiese sucumbido, con lo que, dicen los árabes, perdió un tiempo precioso solo para apoderarse de lo que parecia un nido de águilas. Al mismo tiempo los cristianos, allegadas numerosas huestes de distintos reinos, cayeron sobre Calatrava y la rindieron, nó por cobardía del gobernador de la plaza, sino por una de las eventualidades de la guerra. El almohade al saberlo hizo degollar al jeque Aben Cadiz que habia defendido la fortaleza hasta el último apuro, y que se presentó á su soberano para servirle en aquella campaña. Esta crueldad disgustó á los moros andaluces, hasta tal punto que juraron en sus adentros abandonar á un príncipe tan inhumano, y para ello esperaron una favorable coyuntura. Esta se la dió Amuminin en la famosa batalla á que los moros dan el nombre de derrota de Alacab, y los cristianos el de victoria de Las Navas de Tolosa. Los árabes la cuentan muy sencillamente. No hubo plan de campaña ni concierto en las acometidas. Los primeros que

se lanzaron contra el enemigo fueron los ciento sesenta mil voluntarios, y dicen que los cristianos los cercaron y los destruyeron sin que escapase ni uno. Destruido el primero de los cinco cuerpos de ejército, cargaron sobre el de los alarabes y el de los almohades á quienes debian prestar auxilio los andaluces: pero estos se alejaron del campo, segun lo tenian resuelto, y aquellos sucumbieron. Los cristianos no daban cuartel, ni los moros le pedian. Quedaba intacto el cuerpo de tropas del rey Amuminin. Este príncipe, en vez de alentar á los suyos, imitando en ello á sus mayores, permanecia sentado en su tienda recitando versículos del Coran, y á duras penas pudo salvarse cuando llegaron junto á él los cristianos victoriosos. Aquello fué un dia de desolacion tremenda, dicen los árabes; los cristianos no hacian cautivos, solo la muerte los hacia; el campo quedó sembrado de cadáveres, y por mucho tiempo el Almagreb derramó lágrimas por las pérdidas en Alacab sufridas. Algunos han puesto en duda la gran mortandad de moros que hubo en esta jornada, y la escasa pérdida que tuvieron los cristianos. Un juez competente, gran militar¹, ha ilustrado en nuestros dias este punto. Las batallas de la edad media, lo mismo que las de los tiempos antiguos, eran una especie de duelo en el que el beligerante que volvia la espalda hallaba su exterminio, y el vencedor salia poco menos que ileso. Los árabes confiesan que en Alacab quedó destruido su formidable ejército; y pintan el estrago con tan vivos colores, que aquella batalla merece ser puesta en parangon con las que ganó Mario á los cimbro y á los teutones. Dicen que Amuminin huyó avergonzado á Marruecos, donde se escondió en sus palacios, y murió de un bebedizo que le dieron el año siguiente 1213.

Las memorias catalanas y aragonesas relativas al transcurso de tiempo que abraza este capítulo dan comienzo en las cortes de Huesca convocadas por la reina de Aragon doña Petronilla luego de sabida la muerte del príncipe de Aragon su esposo. Asistieron á ellas no solamente los preladados, los nobles, y caballeros, sino tambien los síndicos ó representantes de las ciudades y villas, equiparadas estas en su conjunto á los ricos-hombres. Presentado el testamento del conde de Barcelona y príncipe de Aragon don Ramon Berenguer IV, se vió por su lectura que el barcelonés habia sabido hacerse superior á la flaqueza de los potentados de su tiempo y de los anteriores que les impelia á repartir entre sus hijos las grandes monarquías. Sancho el Mayor, rey de Navarra, habia tenido en sus manos la union de los reinos de Castilla, Aragon y Navarra, y los dividió en la hora de su muerte. Alonso VI de Leon y Castilla tuvo en sus últimos momentos una bella inspiracion que podia haber producido la union de aquellos dos reinos con los de Aragon y Navarra; pero la altanería de su hija doña Urraca, y el orgullo de su yerno el Batallador, echaron á perder en un punto y en una hora la combinacion de aquel monarca que hubiera adelantado de cuatro siglos la obra de la nacionalidad ibérica. Por último Alonso VII, que llegó á llamarse emperador de España, dió á conocer repartiendo sus dominios aun antes de cerrar los ojos, que aquella denominacion la tomó por vanidad personal meramente, nó imbuido de la conveniencia de formar en la Península un núcleo ibérico. Nó así aquel conde de Barcelona. En virtud de su testamento Cataluña y Aragon quedaban en unas mismas manos, las de su primogénito don Ramon, á quien doña Petronilla hizo tomar el nombre de Alonso. Solamente el con-

dato de Cerdeña fué legado á don Pedro , hijo segundo de dicho conde ; pero fué con la condicion de tenerle en feudo por el rey de Aragon á quien debia prestar señorío, homenaje y vasallaje, de suerte que se le puso como una avanzada fronteriza. Las primeras disposiciones que tomó doña Petronilla fueron sentar treguas con el navarro por trece años , enviar una embajada al rey de Inglaterra para renovar con él las anteriores y amistosas relaciones , y mandar prender y ahorcar á uno que iba promoviendo alteraciones en los pueblos y decia que era don Alonso el Batallador que volvía de la Palestina en donde habia permanecido por espacio de veinte y ocho años en guerra incesante con los mahometanos. Muchos habian dado crédito á ese individuo, y comenzaba ya á ocasionar turbaciones cuando los aragoneses le entregaron al verdugo, por embaucador si lo era, por haber abandonado su reino en circunstancias las mas críticas si era tal como se decia y titulaba. Hecho lo cual la reina se trasladó á Barcelona y puso el cetro en manos de su hijo, aunque apenas contaba doce años , confirmando el testamento del conde de Aragon y declarando excluidas de la sucesion del trono á sus hijas. El conde de Proenza y los ricos-hombres debian ser para el jóven monarca una especie de consejo de estado. Reunidas córtes en Zaragoza , á las que asistieron con el alto clero y la nobleza , quince procuradores ó adelantados de Zaragoza , y otros de Calatayud , Daroca, Huesca , Jaca , Tarazona y otras poblaciones , se conjetura que el alto clero, y el brazo real ó estado llano , votaron á una para obligar á los nobles á entregar á la corona lo que le pertenecia en castillos y heredades so pena de ser declarados reos de lesa majestad ; y el rey juró que lo haria cumplir , como se le proponia. Poco tardó en morir el conde

de Proenza, segun parece en 1166, y el jóven rey, que era primo suyo, le sucedió en el condado convirtiéndole en marquesado. Á la sazón, á consecuencia de algunas hostilidades, hubo empeño en que Aragon y Castilla viviesen en buena armonía, y se consiguió procurando no sacar á plaza las pretensiones de don Alonso VII respecto al vasallaje de los aragoneses. Alonso el Casto confirmó entónces los privilegios y fueros concedidos antes al clero, á la nobleza y á las poblaciones; y luego dió comienzo á la guerra contra los moros. Arrojadlos de la ribera occidental del Ebro, los aragoneses iban ya á desalojarlos de las riberas del Algas, del Matarraña, del Guadalob y Calanda, de los castillos que poseian en los ilergavones y edetanos; y los fueron ganadas entre otras muchas plazas las de Cantavieja, Castellote y Caspe. Los hospitalarios, los templarios, y algunos caballeros de Santiago sirvieron mucho y muy bien en esta guerra, que andaba muy reñida hácia 1169. Poco despues el castellano vino á Sahagun en donde tuvo vistas con el aragonés y firmó con él un tratado de paz y amistad; y de allí pasaron los dos reyes á Zaragoza, y luego á Tarragona para recibir á doña Leonor, hija del rey de Inglaterra, destinada para esposa del rey de Castilla. En pago de la espléndida hospitalidad que dió el aragonés al castellano, este le salió garante de que el rey de Murcia le pagaria las parias acostumbradas, y las que tal vez le debiese de los años anteriores. El aragonés continuó entónces la guerra de la reconquista por la parte de Sierra Ibubeda, y tomó las fortalezas y lugares que tenian los moros en las márgenes de los rios Guadalaviar y Alhambra. Tambien hizo la guerra á algunos moros que se habian hecho fuertes en las montañas de Prades y en Siurana; y aun hay quien afirma que

un jeque moro , por nombre Entenza , viéndose reducido á la última extremidad , se dió á partido y se hizo cristiano; pero otros opinan que esto es una imaginacion de las muchas de que andan llenas las historias. Casi en la misma época , y año 1171 , hallamos que otro Entenza obtuvo del rey de Aragon en feudo la plaza de Teruel recientemente poblada á orillas del Guadalaviar , y destinada á ser el cuerpo avanzado que debia mantener en continua alarma á los moros del reino de Valencia. Otorgáronse á los pobladores los mismos fueros de que disfrutaba la villa de Sepúlveda. Ya los moros de Valencia no pudieron vivir tranquilos , y les fué forzoso , para alejar de sí una expedicion aragonesa , pagar los gastos de la entrada y doblar las parias que venian satisfaciendo. El aragonés meditaba ya la conquista de Valencia, Játiva y Murcia, pero hubo de contentarse con recibir tributos y volverse apresuradamente á las márgenes del alto Ebro para hacer frente al navarro. Á este fin firmó alianza con el castellano , nó solo para rechazar al rey de Navarra en sus agresiones, sino tambien para hacer la guerra al señor de Albarracin , Pedro Ruiz de Azagra , cristiano aliado con los moros y muy amigo de redondear sus tierras á expensas del aragonés y del castellano. Hay quien dice que, de la reparticion de los despojos del señor de Albarracin, antes de poderse ganar , pues los Azafras se conservaron por mucho tiempo independientes , se originaron serias desavenencias ; pero en tal caso debió poner término á ellas el casamiento de don Alonso el Casto con la infanta de Castilla doña Sancha, efectuado , á tenor de antiguos conciertos , en 1174 , á poco de haberse el rey armado caballero. Otros conciertos tenían lugar para hacer que don Alonso tomase por esposa á una hija del emperador de Oriente , y aun parece que esta

princesa se hallaba ya en camino para Aragon ; pero el señor de Montpellier la ofreció su mano , y no tuvo que pasar por el disgusto de ser devuelta á su familia. Las crónicas pintan á doña Sancha como reina animosa , y dicen que en el año 1176 , mientras su esposo se habia trasladado á la Provenza y sentado paces con el conde de Tolosa , ella se entró con los aragoneses en el condado de Ribagorza y recobró las plazas y castillos de la comarca. En 1177 hallamos al rey de Aragon aliado estrechamente con el de Leon , el de Castilla , y el señor de Albarracin , y poniendo sitio todos ellos á la plaza de Cuenca , que se rindió al cabo de nueve meses. En las vistas que con este motivo tuvieron aquellos reyes , fué concertado , que cada uno de ellos quedase libre de todo reconocimiento , homenaje , ó feudo , que mutuamente antes de ahora se hubiesen exigido ó reclamado , y que en adelante poseyesen sus respectivos dominios con entera independencia , sin que contra de esto tuviese fuerza ni valor ningun reconocimiento antiguo. Por este tiempo , habiendo fallecido sin sucesion directa Gerardo , conde del Rosellon , Alonso el Casto entró á sucederle y fué á tomar posesion de Perpiñan y de toda su comarca , titulóndose desde este tiempo rey de Aragon , conde de Barcelona y de Rosellon , y marqués de la Provenza , segun se desprende del contexto de la historia. En 1180 el aragonés completó la conquista de todas las tierras que despues se llamaron reino de Aragon hasta los linderos del mismo con el de Valencia. Poco antes habia concertado con el castellano la reparticion de las conquistas que unos y otros hicieron en tierra de moros , y quedó convenido que todo el reino de Valencia , incluso el territorio de Játiva y la ciudad y reino de Denia pertenecieran al aragonés , y que desde el

puerto de Biar hácia el mediodía y el occidente seria campo para las conquistas del castellano. Apesar de esta concordia y de las vistas que á ella precedieron, mediaron algunas disensiones entre ambos reyes por usurpaciones que uno á otro se echaban en cara , por enmiendas de daños que mutuamente se pedian , y por quejas que se dirigian sobre la manera de continuar la guerra contra los navarros. El aragonés, para hallarse dispuesto á todo evento, hizo la guerra con vigor á los vizcondes de Nimes y Beziers, los redujo á la obediencia , vengó en la toma del castillo de Morull la muerte alevosa dada á uno de sus vasallos, hizo entrada en tierras del conde de Tolosa por haber protegido este á los malhechores , se trasladó á Burdeos en donde tuvo vistas con el rey de Inglaterra , volvió á batallar con el de Tolosa hasta obligarle á firmar paces , y por último en 1185 se avistó y tuvo conferencias en Najach con el famoso Ricardo, entónces conde de Poitiers, hijo del rey de Inglaterra, con quien se obligó á dirimir las diferencias que tenia pendientes con el castellano. Esta expedicion de don Alonso el Casto á las riberas del Ródano y á las del alto Garona da una idea clara del grado de poder á que habia llegado entónces la corona de Aragon , y de la parte que ella y la Inglaterra tenian tomada en los dominios de lo que hoy se llama Francia. El vizconde de Bearne y señor de Gascuña renovó para con el aragonés el reconocimiento feudal que su madre habia ya prestado en su nombre y en el de sus sucesores. Obtenidas estas ventajas y celebrados estos conciertos en la otra parte del Pirineo, don Alonso el Casto mudó de política con respecto á la direccion de los negocios públicos en España. Desde la muerte del Batallador los reinos de Aragon y de Navarra se mantenian en un estado casi continuo de

lucha, solamente interrumpida por algunas treguas y respiros. Esta circunstancia habia redundado en provecho del castellano, que obtenia á su placer alianzas y ayuda de aquellos dos reyes con solo inclinar sus sonrisas á una ú otra parte. Generalmente Castilla estuvo al lado del aragonés, mientras lidió por recobrar las plazas de Briviesca, Logroño, Navarrete, y las tierras y lugares que van hasta Montes de Oca: pero, conseguido su objeto, ya pensó solamente en conservar lo adquirido, y de ninguna manera en continuar la lucha conforme á los tratos hechos con los aragoneses. Convencidos estos y los navarros de que con sus disensiones no habian hecho mas que dar pujanza al castellano, se avistaron en Borja en los primeros dias de setiembre del año 1190, y firmaron concordia. Otra firmaron el año siguiente los reyes de Leon y Galicia, y de Portugal, con el de Aragon, dándose por aliados que no debian en adelante sentar paz ni tregua sin que mediase un mútuo consentimiento. Á estas entrevistas se dice que siguió una entrada de los aragoneses en tierras de Castilla, una arremetida del castellano y cabalgada en los dominios del aragonés, y por último una batalla en que el rey de Aragon llevó la mejor parte. El castellano se creia bastante poderoso para desafiar á un tiempo á los almohades y á los iberos; pero le engañó su orgullo, dicen los aragoneses, y sucumbió, nó solo en dicha batalla, sostenida contra sus antiguos aliados, sino en otra que despues dió á los moros en los campos de Alarcos. El aragonés, dado á los negocios peninsulares el nuevo impulso de que hemos hablado, enfermó en Perpignan y pasó á mejor vida en 25 de abril de 1196. Es notable su testamento porque en él enmienda en alguna manera una de las disposiciones del de su madre doña Pe-

tronilla. Esta reina habia excluido de la sucesion del trono á sus hijas; don Alonso el Casto admite las suyas en el caso de faltar varones, con tal que casen segun la voluntad y dictámen de sus albaceas y de los ricos-hombres y prelados. Don Alonso el Casto dejó, habidos en su esposa doña Sancha, tres hijos y cuatro hijas. Don Pedro, el mayor de los hijos, fué su sucesor en el trono; don Alonso, el segundo, fué conde de Provenza; y el tercero, don Fernando, hizo vida claustral en el monasterio de Poblet, y fué con el tiempo abad del de Montearagon; de las hijas la mayor, por nombre Constanza, casó dos veces, primero con un rey de Hungría, y despues con el emperador de Alemania Federico II; la segunda, por nombre Leonor, casó con el conde de Tolosa; la tercera, doña Sancha, lo hizo tambien con otro conde de Tolosa; y la cuarta, doña Dulce, profesó en el monasterio de Sixena. Los restos de don Alonso el Casto fueron trasladados al monasterio de Poblet terminado poco antes. El príncipe don Pedro, segundo de este nombre, sube al trono de Aragon, confirmados antes los privilegios, fueros, usos y costumbres de la tierra. Convocó córtes á las que asistieron los prelados, ricos-hombres, y procuradores de las villas y ciudades, y en ellas renovó la confirmacion hecha anteriormente. Luego de haber tomado el cetro se halló rodeado de unas circunstancias dificiles. No queria imitar al leonés ni al navarro que, viendo mal parado al castellano en Alarcos, le abandonaban; y al mismo tiempo supo que en el alto Aragon, y en la alta Cataluña asimismo, las rivalidades entre don Ramon Roger conde de Foix, y Armengol conde de Urgel, traian turbados los ánimos y llenos de alteraciones los pueblos. Añádase á esto que no corría en armonía con su madre doña Sancha, ya porque

esta quisiese tomar sobre sí la direccion de los negocios, ya porque los consejeros del jóven príncipe le impulsasen á mostrarse desabrido con quien se oponia á sus designios : lo que prueba que la madre no habia sabido ganarse el amor del hijo, ni el hijo hacerse superior á las lisonjas de los que le rodeaban. Cinco años duraron estas tristes disensiones que de tiempo en tiempo se entran por los palacios de los potentados para labrar su tormento y la ruína de sus súbditos. Por último en 1201 celebraron una avenencia en Daroca, prometiendo en ella á la madre algunos ricos-hombres que su hijo la trataria con la sumision y el acatamiento necesarios. Las córtes de Cervera en 1202, á las que tambien asistieron síndicos de las poblaciones, trataron de poner el sello á la concordia. El rey don Pedro era impotente para sosegar las alteraciones. En dicho año una de las parcialidades en que andaba dividida la Cataluña lidió con los vecinos de la villa de Agramunt, y estos triunfaron, aunque peleaban cinco contra uno. El año siguiente, en los últimos dias del mes de febrero, Armengol, conde de Urgel, venció completamente al conde de Foix y á los ricos-hombres que le auxiliaban. No andaban menos revueltos los provenzales que los catalanes, y estuvo á punto de perder don Alonso, hermano del rey, el condado que allí tenia; pero don Pedro pasó á Francia y pudo reducir á su hermano, y al que con él batallaba, á que dirimiesen sus diferencias y se propusiesen auxiliarle y servirle en las empresas que meditaba. Esto fué por los años 1204 en cuya época parece que don Pedro se avistó tambien con el rey de Castilla y dirimió con él ciertas diferencias nacidas por mala demarcacion de los lindes de ambos reinos. Hemos visto que el nuevo monarca no habia imitado á su antecesor en lo activo ni en lo pru-

dente ; pero le superó en la fantasía. No se sabe cómo , la dió en creer que no podia ser rey debidamente coronado quien no recibiese la corona de manos del papa; y esta imaginacion le dió tal tormento, que por último determinó trasladarse á Roma para conseguir allí la dicha por la que suspiraba. No se hubieran hecho mayores preparativos para una expedicion de guerra contra los moros. Cinco galeras , y un gran número de naves zarparon de las aguas de la Provenza, é hicieron rumbo para la Italia. Ya antes había enviado don Pedro una embajada al sumo pontífice , quien le instó á que no demorase su viaje. No le demoró ciertamente, pues solo se detuvo en Génova , en donde fué recibido con magnificencia, y al cabo de poco tiempo tomó tierra en el puerto de Ostia. Algunos cardenales y otros potentados le esperaban en él y le acompañaron á Roma. El santo padre le agasajó como al mejor de sus hijos y al mas sumiso. Don Pedro fué ungido , coronado , y recibió de manos del pontífice todas las insignias reales , prometiendo lealtad y obediencia, mantener el culto romano , amparar al clero , y gobernar tomando por norma la paz entre los cristianos , la guerra contra los infieles y los herejes. Algún italiano dice que don Pedro se reconoció por feudatario del papa y se obligó á darle anualmente un tributo. Tambien se armó caballero , cediendo segun se dice al papa el derecho de patronazgo sobre todas las iglesias de Aragon , y dando facultad á los prelados y capítulos para que libremente pudiesen hacer sus elecciones en la forma canónica. Y como los grandes del reino se le mostrasen quejosos de que hubiese hecho tales concesiones , respondió que no entendia haber cedido los derechos que los demás tuviesen sino los suyos propios: pero los ricos-hombres murmuraron dicién-

do que habia cedido lo suyo y lo ageno. Un historiador se detiene en pintar la congoja del monarca cuando supo que el papa no se dignaria ponerle con las manos la corona en la cabeza, sino con los piés, á tenor de una tradicion remota; y el placer que sintió cuando hubo conseguido por medio de un ardid lo que deseaba, y fué que hizo labrar de pan la diadema, y el papa se vió obligado á no tratar la gracia de Dios con el desprecio que hacia de los metales preciosos y de las pompas mundanales: otros autores no son tan minuciosos y pasan por alto este viaje, pareciéndoles algunos de sus pormenores mas bien cosa soñada que auténtica. Á su vuelta á la Provenza halló de nuevo á su hermano don Alonso en guerra con su enemigo, que era el conde Folcalquer, y llegó á tiempo para dar auxilio al primero que ya le necesitaba. Trasladóse á Cataluña, y vió que continuaban mas vivas que antes las turbaciones y guerras promovidas por las entradas del conde de Foix en tierras del conde de Urgel.

Sin curarse mucho de apaciguar los ánimos, procuró don Pedro acudir suntuosamente acompañado á unas vistas que tuvo en 1205 con el rey de Inglaterra, mas bien para ostentar su magnificencia que para concertar negocios de estado. Esta ostentacion, la desplegada en el viaje á Italia, y las prodigalidades á que recurrió para tener contentos á los ricos-hombres, habian agotado su tesoro: por lo que sus consejeros le instaron para que estableciese en su reino un nuevo pecho, el monedaje, en virtud del cual todos cuantos poseian heredades ó bienes muebles, excepto los que hubiesen sido armados caballeros, pagasen por su valor y en cada libra doce dineros si eran muebles, y á prorata de las rentas si eran inmuebles. No continuó el rey don Pedro

la política de su padre con respecto á sus alianzas con los demás reinos cristianos de la Península. Don Alonso el Casto sentó concordia con los navarros , lusitanos y leoneses para oponer un dique á la fiereza del castellano : don Pedro se concertó con el rey de Castilla para humillar á los portugueses , leoneses y navarros. No ganó en ello el aragonés, pero sí el castellano , que redujo considerablemente la extension de la Navarra , y se corrió por Alava , Santander, la costa de Cantabria y Guipúzcoa. El rey don Pedro acababa de tomar por esposa á doña María , señora de Montpellier , cuando le llegó una embajada de otra doña María , que era reina de Chipre , y se titulaba reina de Jerusalem , y ofrecia su mano al aragonés con la condicion de que este tomase por su cuenta la reconquista de la Tierra Santa. Atendido el carácter de don Pedro , la tentacion era fuerte, y en poco estuvo como la doña María de Montpellier no fué repudiada á pesar de que era una princesa excelente. Don Pedro tenia fama de ser uno de los mas bizarros adalides de su tiempo , sobresaliente en las prendas físicas , ya que en las morales era pobre : y los que tenian encomendada la empresa de los santos lugares confiaban mas en lo primero que en lo segundo. Los que habian activado el matrimonio del príncipe con la señora de Montpellier , tal vez para oponer obstáculos al otro , se esforzaron en impedir que se rompiese. Por los años de 1208 hubo nuevas turbaciones en el condado de Urgel por tratarse de la sucesion del mismo , aunque esta vez don Pedro se mostró mas enérgico que en los años anteriores y tuvo preso , hasta que dió fianza de estar á derecho , al vizconde Guerao de Cabrera , que era el principal móvil de las alteraciones. Ya á la sazón el castellano habia hecho treguas con el navarro , y

procuró que este y el aragonés tambien las firmasen , á fin de que ambos pudiesen auxiliarle en la guerra que intentaba hacer á los almohades. Don Alonso , conde de Provenza , y hermano del rey don Pedro , murió en dicho año en Palermo , de un contagio que reinaba en Sicilia á donde habia pasado junto con su hermana doña Constanza que iba á casar con el siciliano. Terminadas las bodas , aquel infante y muchos de los ricos-hombres que le acompañaban perecieron. Las paces entre Aragon y Navarra se firmaron en 1209 , habiendo tenido antes unas vistas en Mallen á dia 4 de junio los dos reyes que iban á concertarse. El año siguiente pudo don Pedro dirigir una campaña contra los moros del reino de Valencia , recibidos antes del navarro en préstamo , bajo garantía de algunas villas y castillos , veinte mil maravedises de oro. La guerra se hizo con vigor , y en ella prestaron buenos servicios al rey los caballeros templarios , á quienes principalmente fué debida la toma de tres fortalezas importantes , Castellfabib , Adamuz , y Sertella. Don Pedro era espléndido en dar recompensas , y puso á merced de los templarios la ciudad de Tortosa. En 1211 quedaron concertados los aprestos para resistir al rey de Marruecos , de cuya expedicion se hablaba como de la transmigracion mas formidable que desde los tiempos antiguos hubiesen efectuado las mas belicosas razas humanas. El sumo pontífice otorgó cruzada para esta guerra , nó tanto á instancia del rey de Aragon y del arzobispo de Toledo , como dicen algunos , sino mas bien convencido de lo mucho que le convenia , triunfase ó nó el rey de los almohades , tener en la España una cruzada perenne. Fortuna fué para nuestra Península que el peligro cesase tan prontamente , pues de otra suerte la cruzada hubiera sido para los iberos un nuevo y

muy poderoso enemigo de su independencia. Aunáronse el castellano, el aragonés, y el navarro para hacer frente á los almohades; y no entraron en la liga los leoneses, ni los lusitanos. Gente extranjera, dice el arzobispo don Rodrigo, vinieron cruzados unos cien mil peones y unos diez mil ginetes, algunos de Italia, los mas de Francia, y de las comarcas de Nantes, Burdeos y Narbona. Entre aragoneses y catalanes parece que fueron á Castilla tres mil quinientos ginetes y veinte mil peones. Y agregado á estas cifras el ejército de Navarra, el de Castilla, y el de los muchos que aislada y voluntariamente acudian á tomar parte en la empresa, deducen de ahí algunos y sacan por conjetura que el ejército cristiano, por mas que digan lo contrario algunas crónicas, no podia ser inferior al de los almohades. Otros cronistas confiesan que, no bastando la ciudad de Toledo, con ser tan grande, ni las demás poblaciones de la comarca, á dar albergue al inmenso número de los cruzados, se les hizo acampar en tiendas por las vegas á orillas del Tajo. Los aragoneses afirman que don Dalmacio de Crexell, caballero catalan, nacido entre los ampurdaneses, y muy experto en cosas de la guerra, fué el verdadero general cuyos consejos se siguieron al ser avistados los moros en los llanos de Ubeda, y punto de las Navas de Tolosa. Ya vimos de qué manera cuentan los árabes el espantoso desastre que allí sufrieron, y cómo de su relacion se desprende que no anduvieron exajerados los iberos al decir que en aquellos campos quedaron tendidos unos doscientos mil almohades. Mas fácil es que anduviesen remisos en contar sus propias pérdidas, cuando dicen que solo perdieron los cristianos veinte y cinco hombres; á no ser que se concrete este número á la gente señalada, y no entre en él la cuenta de los

villanos, pues es costumbre en los cronistas dar la lista de los caballeros que en alguna jornada perecieron y no mentar las pérdidas de los solariegos. Al tratar de las cosas de Castilla completaremos la pintura de aquella memorable batalla. Uno de los despojos que tocaron al aragonés fué la tienda del rey de los almohades, que era riquísima, de seda, color carmesí. Tambien es fama que el castellano hizo entregar al aragonés la mitad de cuanto se halló en el serrallo del moro, y sin duda alguna cautiva, sabiendo acaso que la conducta del rey de Aragon no le hacia merecedor del renombre de Casto que su padre habia obtenido. Es fama que las ofrendas y presentes que recibia con mas gusto de sus vasallos y de los que imploraban su proteccion eran las hermanas ó hijos de los mismos. Y, parecido en esto á todos los hombres de conducta desordenada, no conociendo la virtud de la templanza, tampoco creia que existiese en los que le rodeaban, y hasta de su propia mujer, con ser muy recatada, tenia una opinion detestable y se negaba á cohabitar con ella. Una sola vez lo hizo, y esto fué creyendo ir á visitar á otra dama, por ingenio ó travesura de un gentil-hombre que tenia empeño en que el matrimonio real no quedase estéril. De esta union pasajera, de la que se mostró muy pesaroso don Pedro, le nació á este el único hijo que tuvo en su esposa. Diéronle por nombre Jaime, pues dicen que su madre dedicó á los apóstoles doce velas iguales, dando á cada una el nombre de un apóstol, y la que duró mas fué la dedicada á Santiago. En poco estuvo que este niño, que debia ser el orgullo de la corona de Aragon, no muriese en la infancia. Una enorme piedra fué arrojada contra su cuna, y la hizo astillas, pero el infante no sufrió lesion alguna. Don Pedro entabló contra su esposa

una causa de divorcio, que duró muchos años, pues si eran grandes las instancias del rey para que se terminase á favor suyo, tambien hablaba muy alto el desarreglo de su conducta para que no influyese en el ánimo de los jueces, y eran sobrado conocidas las virtudes de su esposa para que su honra pudiese quedar menoscabada. Tratábase de quitarla de en medio pretextando afinidades, parentescos lejanos, y subsistencia de un primer matrimonio contraido por la misma de orden de su padre y á la fuerza con el conde de Comenje, de cuyo enlace, antes de la separacion, habian nacido dos hijas; pero la señora de Montpellier supo defender con tanto brio su causa, trasladándose personalmente á la ciudad de Roma, que la ganó completamente, por el mes de enero de 1213: y se mandó á don Pedro que recibiese y tratase á la reina como á una fiel consorte. Por este tiempo el príncipe don Jaime, su hijo, y heredero del trono de Aragon, habia sido entregado al conde Simon de Monfort, jefe de otra cruzada dirigida, nó contra los moros, á imitacion de la de España, sino contra los albigenses que se habian hecho fuertes en varias ciudades de Francia, como Beziers, Carcasona y Tolosa. Dícese que Simon de Monfort intentaba casar al príncipe con una hija suya, y nombrarle heredero de los dominios que habia arrebatado á los herejes con grande estrago. Añádese que los moradores de aquella tierra instaban al rey don Pedro á que desde ahora, y sin esperar la muerte de Simon de Monfort, sacudiese de encima de ellos el yugo que los oprimia, y recibiese su leal juramento de homenaje y obediencia. Don Pedro, alucinado al oír tales promesas, creyó que presentarse en Francia, y levantarse los caídos y derribar á sus opresores, serian cosas análogas y prontamente enlazadas. Tambien le animaba

el deseo de recobrar algunas tierras que le pertenecian y que durante la guerra habian sido ocupadas por las huestes de aquel conde. De suerte que el mejor adalid de la cruzada española contra los almohades, á poco de ganada la victoria de las Navas, en la que recibió una herida, se encaminó con sus tropas á hacer frente al jefe de la cruzada francesa dirigida contra los herejes. Son diversas las versiones de esta triste historia segun son los historiadores que la relatan. Pero de la lectura de todos ellos se desprende que el aragonés anduvo en ella mas acelerado que prudente. Algunos afirman que le fué dada intima por parte de siete prelados y tres abades, dirigidos por santo Domingo, de que retrocediese y no tratase de proteger bajo ningun pretexto á los condes y señores que Roma habia condenado; y añaden haber contestado que no intentaba nada en favor ni en contra de nadie, sino que venia á defender los derechos que tenia sobre sus tierras. Sus enemigos procuraron entonces enajenarle las simpatías de sus soldados; y, cuando estuvieron seguros de que la mayor parte de los aragoneses y de los catalanes no imitarian á su rey en el arrojito, hicieron que el conde de Montfort le acometiese junto al castillo de Muret ó Muret nó muy distante de la ciudad de Tolosa. Aquello no fué una batalla, sino una dispersion instantánea. Don Pedro quedó solo con escaso número de los suyos, y allí terminó su carrera, á dia 13 de setiembre de 1213. Monarca que hubiera regido muy bien sus estados si hubiese principiado por gobernarse á sí mismo. Dejó un hijo, aquel don Jaime de quien hemos hablado, y que fué su sucesor en el trono. Su esposa murió en Roma al cabo de cinco años, dejando al mismo don Jaime el señorío de Montpellier que la pertenecia. Don Pedro reconoció además á una hija natural,

por nombre Constanza , casada en 1212 con el senescal de Cataluña , Guillermo Ramon de Moncada. De esta suerte murió á manos de los católicos el primer príncipe aragonés á quien se ha dado el renombre de Católico.

Pusimos punto á las memorias del reino de Navarra en don Sancho el Sabio y Valiente. Constantemente en guerra con el aragonés, no halló otro camino de salvacion fuera de los conciertos con el castellano ; y en cuanto estuvo de su parte los hizo sometiendo á las necesidades del momento. Si el castellano se mostraba exigente , don Sancho procuraba sacar el mejor partido posible por medios suaves , aunque dando siempre á entender que estaba dispuesto en caso necesario á rechazar la fuerza con la fuerza. Así lo hacia desde el momento que el aragonés apelaba á vias de hecho para recobrar lo que él llamaba los dominios de sus mayores. Si veia que el aragonés y el castellano iban á una y le embestian con pujanza, hacia uso de la prudencia, y se retiraba; pero, al quedar solo en el campo el aragonés, le salia al paso, y lidiaba con bravura por la posesion de sus tierras, ó las recobrava en caso de llevarlas ya perdidas. Cuando por muerte de don Alonso VII subió al trono de Castilla don Sancho el Deseado , desde luego el navarro le pidió en matrimonio á su hermana doña Sancha, y desde que la hubo obtenido respiró ya mas tranquilo: de dos enemigos habia inhabilitado uno. Al otro le obligó á entrar en convenios que las mas de las veces tomaban nombre de treguas y eran la expresion disimulada del deseo , y acaso tambien de la necesidad , que ambos reinos tenian de no destruirse , sino de aliarse si fuese posible. La guerra volvia á encenderse cuando alguno de los dos pueblos andaba ocupado en empresas de alguna consideracion , pues entónces parecia

oportuno el momento para frustrar sus planes. Si don Alonso el Casto, rey de Aragon, hace entrada en tierras de los moros de Valencia y Murcia, al momento el navarro le obliga á desistir de sus proyectos rompiendo en cabalgadas por sus linderos. Las plazas fronterizas mudaban muy frecuentemente de señor y dueño. Cierta vez, por los años de 1175, pareció que el aragonés y el castellano habian tomado á pecho la reparticion de la Navarra; y, segun fué el ardimiento con que dieron principio á la campaña, tal vez lo hubieran conseguido si don Sancho no hubiese desplegado en tal hora las dotes guerreras que le adornaban. Su valor le salvó; y sus contrarios, frustrado el primer ímpetu, convirtieron la entrada en una insignificante cabalgada. Pero convenia, dicen los escritores navarros, que semejante prueba no se repitiese; por lo que don Sancho no perdonó medio para que el castellano le otorgase treguas por diez años, á las que se dió comienzo en 1179. Dicen que á la sazón ó en el siguiente año fué fundada, ó mas bien repoblada y restaurada en sentir de otros, la ciudad de Vitoria. Despues aumentó don Sancho las defensas y los presidios de sus fronteras, dió fueros á varias poblaciones, en su número Villanueva y Navasques, y anduvo solícito en regir con prudencia sus estados hasta la época de su muerte acaecida, á tenor de las memorias de los navarros, en 27 de junio del año 1194. En cuarenta y tres años de reinado apenas hubo un disturbio ni se oyó hablar de alteraciones en la Navarra, apesar de lo ocasionados que estuvieron á turbaciones aquellos tiempos. Rey bueno para los dias de paz lo mismo que para las ocasiones de guerra, cuando no debia pelear legislabá, ó daba fueros, ó fomentaba la repoblacion de la comarca. Su hijo don Sancho el Fuerte sube al trono. Los navarros le

cuentan el octavo del nombre y el vigésimo segundo de sus reyes dados á la reconquista de nuestra tierra. Iba á prestar auxilio al castellano contra los almohades, cuando supo que aquel habia querido probar fortuna con sus propias fuerzas, y habia sido derrotado en los campos de Alarcos. Los aragoneses y los castellanos acusan en esta ocasion al navarro de falta de generosidad, pues viendo mal parado al que antes de ahora habia sido su enemigo, entró por tierras de Soria y de Almazan con ánimo de recobrar lo que de muchos años atrás llevaba perdido. En esto no hizo mas que imitar al leonés, que acababa de hacer otro tanto por sus fronteras y en tierra de Campos. Los prelados se interpusieron, dando á entender cuán inminente era una nueva irrupcion de los moros, y cuán fácil cosa les seria sujetar la Península entera si hallaban en guerra entre sí á sus principales reyes: por lo que recabaron del navarro que cesase en las hostilidades, y se pudiese de acuerdo con el aragonés y el castellano. Los analistas navarros se detienen por los años de 1199 y siguiente en la descripcion de los trabajos que pasó don Sancho el Fuerte durante un viaje que hizo al África para tomar por esposa á una hija del vencedor de Alarcos que le habia sido ofrecida junto con el señorío de toda la España árabe. Paréceles á muchos un episodio heroico con ribetes de cuento; otros lo pasan en silencio como cosa extraordinaria y fuera de lo verosímil. Dicen que al llegar á África, y sabida la muerte de Jacub Almanzor, se creyó perdido y vió desvanecidas sus esperanzas de obtener por medio de un matrimonio la independencia de su tierra, y se vió obligado á servir á los almohades en sus guerras por espacio de dos años, hasta que le permitieron dar la vuelta para España, y entónces halló que

debía reconquistar gran parte de la Navarra, y que volvía sin esposa y sin dote.

El castellano se había hecho dueño de Inzura, Miranda de Ebro, Vitoria, y gran parte de Guipúzcoa. Alguna de estas plazas fué recobrada, pues parece que en 1201 don Sancho el Fuerte suena en alguna carta puebla dando fuero á Inzura. Cinco años antes le había dado á las poblaciones de Urroz, Artazu y Muzquitz. En 1204 se puso bajo su amparo, dicen los navarros, la ciudad de Bayona, y le prometió seguridad en el tránsito para todos los navarros, y todos los auxilios compatibles con la fidelidad que los moradores tenían jurada á los ingleses. Hacia el mismo tiempo se estableció en Navarra la Hermandad para perseguir á los ladrones y foragidos. Parece que por este tiempo se trató de casar con el rey de Aragon á una hermana del navarro, pero que la corte romana se opuso por razones de parentesco, y que el aragonés no se dió por sentido. Dos años después, dicen las memorias del país, habiendo dado asilo el rey de Navarra al señor de Vizcaya don Diego Lopez de Haro, excitó el enojo del castellano y del leonés y vió por ello taladas sus tierras de Estella. En 1207 acaeció la muerte del infante don Fernando, hermano del rey don Sancho el Fuerte, y heredero presunto de la corona. En estas circunstancias, por el mes de octubre, don Sancho y el castellano tuvieron vistas en Guadalajara, y en ellas sentaron treguas por cinco años, deseoso el segundo de tener de su parte al primero en la guerra que meditaba contra los almohades para tomarse un desquite de la rota de Alarcos. Las treguas debían terminar en 1212, y se conjetura que se convirtieron en alianza en virtud de la cual el castellano entregó al navarro las poblaciones de Niecebas y Tudugen, obligándose el

segundo á servirle en aquella lucha. Don Sancho le sirvió leal y bravamente en aquella sangrienta jornada, espoleado del deseo de contribuir á la salvacion comun, y al mismo tiempo instado de la sed de venganza que le animaba contra los almohades por lo de la transcrita leyenda: de suerte, añaden las crónicas del país, que los esfuerzos del navarro, hermanados con los del castellano, de los aragoneses y sus vasallos y vecinos de la parte francesa que cae al occidente del Loire, bastaron para humillar la arrogancia del africano, antes que viniesen los cruzados de los países mas distantes. De esta victoria, dicen tambien, datan las armas que usaron en adelante los navarros, ostentando en torno de sus escudos las cadenas arrancadas del palenque con que tenia cercada su tienda el almohade, y en el centro de los mismos la esmeralda, que era en alguna manera, segun voz acreditada entre el vulgo de los cristianos, la divisa del africano.

Por las memorias de Castilla y Leon vimos cómo, al cerrar los ojos don Alonso VII, lo que el llamaba su imperio quedó dividido, habiendo tomado el cetro de Leon, Asturias y Galicia el infante don Fernando, y el de Castilla, Vizcaya y Toledo el infante don Sancho. Poco tardaron en amenazarse los dos hermanos, pretendiendo don Sancho que su hermano no podia desterrar de su reino á ciertos nobles, en su número al conde don Ponce, y negándose don Fernando á admitir ni acatar extrañas intervenciones tratándose del gobierno de sus estados. Afortunadamente para el rey de Leon, hizo á la sazón el navarro una entrada en tierras que el castellano venia poseyendo, y este tuvo que acudir al riesgo antes que pensar en la manera de despojar á su hermano. Sentó paces con el navarro, se concertó con

el aragonés , encargó á don Raimundo , abad de Fitero , la defensa de Calatrava para asegurar contra el moro sus fronteras , y se puso en actitud de poder llevar adelante sus designios. Pero entónces le sorprendió la muerte á 31 de agosto del año 1158 , en la ciudad de Toledo. Era su sucesor un niño de tres años que debia llamarse Alonso VIII. Los ricos-hombres se disputaron desde luego su educacion y su custodia. Las poblaciones callaron. El clero de Castilla que no era batallador como el de Galicia en los tiempos de doña Urraca , se limitaba á las vias de la persuasion mientras se iba robusteciendo por medio del fomento del brazo real y del establecimiento de las órdenes militares. El abad de Fitero acababa de echar los cimientos de la de Calatrava. Pero entretanto los ricos-hombres eran los árbitros. El difunto don Sancho III habia nombrado en su testamento por gobernador del reino al noble don Gutierre de Castro , ya anciano. Don Manrique de Lara tomó á mal este nombramiento ; y de ahí se originaron dos parcialidades , la de los Castros y la de los Laras , que se disputaban la guarda del niño y la gobernacion del estado. Don Gutierre de Castro procuró venir á concierto , y se avino á poner el príncipe en manos de don García de Aza. Pero don García no le fué leal , y dejándose persuadir de don Manrique entregó su rey á los Laras. Don Gutierre murió de pesar , segun creen algunos , y su sobrino don Fernando de Castro tomó sobre sí el empeño , y llamó en su auxilio al rey de Leon , que era tio del tierno príncipe. Acude en 1159 el leonés , favorece á los Castros , persigue á los Laras , y por último se ve obligado á contentarse con la posesion de las principales fortalezas del reino , y á dejar encomendada á los Laras la educacion del rey niño. Sucedia esto al tiempo de la muerte de doña

Sancha, tía del leonés y hermana de don Alonso VII. Los Laras no pudieron avenirse á que el rey de Leon tuviese á su devocion muchas poblaciones y fortalezas de Castilla, é intentaron recobrarlas, pero en tierra de Campos fueron derrotados por el mes de marzo de 1160. Por otra parte el navarro habia entrado en la Rioja y se habia apoderado de Briescas, Entreña, Grañon, Logroño y Zerezo; y al mismo tiempo los moros habian dirigido sus algaras contra Castilla, y en Portillo de la Figuera habian derrotado un cuerpo de tropas castellanas. Las plazas de la Rioja fueron recobradas por los Laras en 1161 aprovechando una coyuntura en que el navarro estaba auxiliando á los moros de Valencia y Murcia, en sus guerras con otros moros, ayudado de Ruiz de Azagra á quien en pago dieron los moros el señorío de Albarracin, libre de vasallaje. Mientras esto pasaba en Castilla, el rey de Leon, puestos los ojos en la órden militar de Calatrava que tenian establecida los castellanos, protegió la fundacion de otra en su reino, dirigida por Fernandez de Fuente-Encalada, bajo el patrocinio del apóstol Santiago, y teniendo por insignia una daga en forma de cruz ensangrentada. No faltan autores que muestran una gran sorpresa viendo dar semejante colorido á una forma tan santa; pero es porque no tomaron en cuenta la necesidad que existia de acabar con el poder de los ricos-hombres exajerando por do quiera la dominacion de la fuerza. Otros pretenden que los fundadores de esta nueva órden militar fueron unos caballeros arrepentidos de haber llevado hasta entónces la vida de merodeadores, muy parecida á la de los foragidos. En realidad era muy difícil separar los matices propios de ambas existencias; pero tambien lo es que los primeros miembros de la nueva órden debieron buscarse en hombres brio-

sos, audaces, y dados á las aventuras de la guerra. El rey de Portugal don Alonso siguió en 1162 el ejemplo que le habian dado los de Aragon, Castilla y Leon, y estableció la órden militar conocida con la denominacion de Evora, y de Avis; y casi al mismo tiempo consiguió tomar á los moros la plaza de Beja. Cuatro años antes no habia podido tomarles la de Alcázar do Sal por mas esfuerzos que hizo. Ya la plaza y ciudad de Almería habian sucumbido sin que las memorias de nuestros pasados, tan circunstanciadas en la relacion de su anterior conquista, hagan gran mencion de la noble resistencia que allí hicieron los cristianos. Únicamente dicen que muchos de estos se aliaron con el rey moro de Murcia, para ir al socorro de los defensores de Almería: pero fué en vano. Almería, ganada antes de tiempo, lo mismo que Valencia, fué como ella por esta vez perdida. En el año 1163 adelantaron un paso mas en Castilla los que deseaban que la guarda de las fronteras fuese confiada á las órdenes militares. Intervino en ello el rey de Leon de resultas de otro descalabro sufrido por los castellanos en Libriella, de que se originaron unas vistas de aquel rey con los Laras en Soria, y un concierto que firmaron de entregar la plaza de Uclés á los templarios para asegurar las fronteras del reino de Toledo. Los ricos-hombres, antes tan celosos de estar á la vanguardia cuando se trataba de la defensa de la patria, y tan ávidos del cargo de frontereros, se dejaron postergar por otros caballeros á quienes se supo dar un carácter sagrado. El año siguiente el rey de Leon tomó por esposa á doña Urraca, hija del rey de Portugal. Al mismo tiempo hubo graves alteraciones en los reinos de Leon y de Castilla. En este se enconaron las parcialidades de los Laras y los Castros á medida que iba creciendo el

jóven príncipe y que era mas posible atribuir á deseos suyos las inspiraciones de sus allegados. Los Laras intentaron quitar á los Castros los presidios que estos ocupaban, y los Castros salieron á dar batalla á los Laras y los vencieron. Esto eran las guerras acostumbradas entre las parcialidades de los ricos hombres. En Leon las turbaciones tuvieron otro carácter que merece ser estudiado. El rey don Fernando, sin atender acaso al fuero concedido antes de este tiempo á los pobladores de la ciudad de Salamanca, trató de repoblar en su territorio dos poblaciones antiguas, Ciudad-Rodrigo y Ledesma, de las cuales, con otros nombres antiguos, Mirobriga y Bletisa, no existian mas que ruínas. Pero los salamanquinos creyeron que esto era un atentado contra el privilegio y fuero que ellos tenian concedidos, por lo que apellidando guerra, y favoreciéndose de los moradores de Ávila, quisieron impedir que se llevase adelante aquella repoblacion, mas no pudieron conseguirlo. El rey congregó contra ellos las vecindades de Astorga, Leon y Zamora, y en breve los dejó sujetos y castigados: cuyo resultado dió á entender á los salamanquinos que la ira es mala consejera, y patentizó al monarca la necesidad de andar con mesura en otorgar concesiones que pudiesen redundar en detrimento de un tercero. Ello fué que en Balmuza el dia seis de junio de 1164 se dió una batalla en que fueron vencidos los moradores de Salamanca; y que el rey don Fernando II se vió en la dura necesidad de derramar la sangre de los mismos cuya alianza necesitaba para equilibrar el poder de la grandeza. En 1165 hallamos que el leonés y el navarro se coligaron, temerosos de que los Laras y los Castros de Castilla cesasen en sus revueltas y quisiesen llevar la guerra á tierras estrañas. Por ahora empleaban sus fuerzas en ha-

cerse mutuamente el daño que podían, y los Laras ganaron á los Castros el castillo de Zorita. El portugués hacia otro uso de sus bríos, y solo los prodigaba contra los moros, á quienes ganó dos plazas, una de ellas la de Palmela. En vista de este buen resultado el leonés quiso imitar el año siguiente aquel ejemplo y ganó las plazas de Albulquerque, Alcántara y Elvas, casi al mismo tiempo que su esposa, infanta de Portugal, daba á luz un príncipe que reinó con el nombre de Alonso IX. Pero el rey de Portugal no se quedó en zaga, antes este año tomó á los moros las plazas de Alconchel, Coluche, Moura y Serpa, y se entró en la de Évora por industria de un caballero poco menos que errante, por nombre Giraldo, que se apoderó de una atalaya poco distante de la ciudad y desde ella hizo señas que venían enemigos, por lo que hicieron los de dentro una salida: y á la vuelta, desengañados de que no había invasión, hallaron que los cristianos, aprovechada su ausencia, se habían hecho dueños de la plaza. Apelando á otro ardid los Laras se metieron en Toledo en este mismo año 1166, nó en nombre propio, para que no sonase su parcialidad, sino aclamando por rey de Castilla á don Alonso VIII cuando apenas contaba diez años. Los Castros se convencieron de que, perdida la sombra del príncipe, no les quedaba la menor esperanza, y se pasaron al moro. Los toledanos dieron vítores entusiastas al rey niño, creyendo que de esta suerte cesaría la guerra civil que los destruía. Los mas ardientes enemigos de los Laras, aunque conocieron la trama que estos traían preparada, tuvieron que emigrar para salvarse. Estas emigraciones de los cristianos á tierras del moro, y tambien de los moros á tierras del cristiano, eran entónces muy frecuentes y no parecían repugnantes, sino que se adopta-

ban como el único recurso que en estos casos les quedaba á los vencidos. Los que buscaban un asilo estaban seguros de hallarle entre los que antes eran sus enemigos implacables. Tambien es de notar que por este tiempo muchos moros no eran enemigos, sino aliados de los cristianos, por lo que es muy posible que algunos de los Castros ó sus parciales, exceptuado su jefe que pasó á servir al almohade, se pasasen á las tierras de los amigos y nó á las de los contrarios. El año 1167 fué notable por la entrada que los portugueses hicieron en la Limia y otras tierras de Galicia, sin que mediase provocacion ni resistencia por parte de los leoneses; y el siguiente lo fué mucho mas porque el rey de Portugal intentó ganar la plaza de Badajoz, apesar de que su conquista correspondia al rey de Leon, y aquel consiguió lo que deseaba antes que el leonés pudiese impedirselo; pero llegó este á tiempo en que el lusitano, por premura ó por impremeditacion, queriendo salirse de la plaza, quedó mal herido y fué hecho prisionero por los leoneses. Don Fernando trató como debia á don Alonso su suegro, convencido de que meamente una desgracia le habia puesto en sus manos; pero don Alonso, para recobrar la libertad perdida, tuvo que devolver las tierras de Galicia que un año antes habia ocupado. La plaza de Badajoz, dicen las memorias de los leoneses, arrebatada á los cristianos de Portugal, fué devuelta al moro que en ella era jeque, dada por él la promesa de homenaje para con el rey de Leon y de Galicia. En 1169 hallamos mencion de las córtes de Burgos, convocadas para tratar entre otras cosas de que el rey don Alonso VIII de Castilla eligiese esposa segun convenia al bienestar y á la dignidad del reino. Hízolo el año siguiente, y contrajo matrimonio con doña Leonor, hija del rey de Iu-

glaterra Enrique II, en la ciudad de Tarazona, como ya dijimos hablando de las memorias de los aragoneses relativas á este tiempo. Á la sazón el portugués, viendo que por sus heridas no podia ya dirigir las campañas contra el moro, dispuso que lo hiciese por él Gonzalo Mendez con fuerzas escogidas, y este caballero lo cumplió ganando una batalla y perdiendo en ella la vida. El mando de sus tropas fué confiado entónces al nóbile Egas Gomez, y este ganó á los moros otra victoria no menos brillante que la pasada; y al saberlo demostró mucha alegría el rey don Alonso, dice una crónica lusitana, pareciéndole que sus heridas habian sido beneficiosas para sus vasallos, pues los convertian en héroes. Él les habia dado y continuaba dándoles ejemplo. En 1171 sostuvo contra los moros la campaña de cuyas circunstancias andan llenas las memorias de los árabes, porque en ella dió comienzo la ciega pertinacia con que sus jefes intentaron despues por distintas veces dirigir sus algaras al corazon de la Lusitania, y luego sus numerosos ejércitos que las mas de las veces tuvieron que replegarse sufriendas grandes pérdidas. Esta vez no pudieron tomar la plaza de Santaren, porque el rey don Alonso Enriquez, apesar de sus achaques, acudió contra ellos, los acometió de improviso, y los arrolló completamente. El vencedor temió por un momento que iba á reproducirse la escena de los campos de Badajoz. No bien acababa de triunfar de los árabes asoma por los collados vecinos un numeroso ejército acaudillado por don Fernando II, rey de Leon y de Galicia. No habia mediado entre él y el lusitano ningun concierto para hacer la guerra al moro, ni ninguna mala inteligencia que pudiese provocar entre los dos un rompimiento. Pero el leonés habia creído, en sentir de algunos autores, que debia acudir al socorro

de su suegro; aunque otros conjeturan, atendida la doblez de carácter de aquel monarca, que solo quiso prepararse para hacer frente al moro si el lusitano era vencido, ó para contener los ímpetus de este si la suerte de las armas le era favorable. Consiguió don Fernando lo que deseaba, y pudo volverse seguro de que su suegro no podia sacar de la victoria todo el fruto apetecible. Don Alonso de Castilla, aunque todavia muy jóven, comenzó á ilustrarse en 1172 haciendo levantar el sitio de Huete á los almohades, concertándose con el aragonés para recobrar del navarro lo que este le habia arrebatado valido de sus pocos años, y entrando por tierras de Logroño y corriéndose hasta Pamplona. El año siguiente renovó sus entradas en los dominios del navarro y se apoderó de la plaza de Grañon. Uno de sus cabos, Nuño Sanchez, creyendo servirle bien, ó acaso por haber recibido órdenes reservadas, se entró en la plaza de Hariza que un año antes habia sido entregada por el aragonés en prenda de su alianza con el rey de Castilla. Nuño Sanchez alegó que Hariza pertenecia de derecho á su rey, y que, aunque en el modo pareciese fea su accion, en el fondo era justa. Al aragonés le pareció por el contrario que la fealdad de la forma borraba toda apariencia de justicia; y estuvo á punto de romper con quien así se asia de los fines, sin mostrar escrúpulo en los medios. Á la sazón el leonés tuvo que rechazar de la campiña de Ciudad-Rodrigo á los almohades, y lo hizo con éxito completo, y tambien consiguió que don Fernando Ruiz de Castro, con los que le seguian, entrase á servirle abandonando al moro: mudanzas de dueño y abandono de banderas muy ordinarias en aquellos tiempos. Viéndose amparado del leonés, el jefe de los Castros trató de tomar venganza de los Laras que le habian

arrojado de Castilla; y sin que mediase guerra entre los leoneses y los castellanos, la hubo entre los Castros y los Laras, que vinieron al trance de una batalla. Fué muy encarnizada, y en ella triunfó don Fernando Ruiz de Castro, dando muerte á muchos de sus enemigos y haciendo prisioneros á otros. El rey de Leon no pudo menos de quedar satisfecho, y lo demostró haciendo de manera que Ruiz de Castro repudiase á su mujer, cuya familia pertenecía á la parcialidad de los Laras, y tomase por esposa á doña Estefanía, hermana natural de aquel monarca. Por este tiempo, dicen las memorias de Castilla, y año 1174, el castellano aplacó al aragonés como pudo por lo de Hariza, y consiguió que se rompiese el enlace proyectado entre este y una hija del emperador de Constantinopla, y se llevase á cabo el que se había concertado entre dicho aragonés y doña Sancha, tia del rey de Castilla. De esta suerte no se deshizo la alianza hecha contra el navarro. Entre los prisioneros hechos por Ruiz de Castro á los Laras se contaba un conde don Nuño de Lara, á quien fué á cuidar una hija, otros dicen una esposa, dotada de extraordinaria hermosura. Vióla el rey de Leon don Fernando II, y desde este momento le pareció que su matrimonio con la hija del rey de Portugal, en quien tenía ya un príncipe, era nulo por mediar parentesco de tercer grado, y procuró separarse de ella por las vías legales. Estos caprichos no solo eran entónces muy frecuentes entre los monarcas, sino muy comunes entre los ricos-hombres, que tomaban y abandonaban esposas como si se tratase de un mueble. Y en esta costumbre pudo haber influido el roce con los moros que la practicaban. De suerte que las mujeres eran un objeto de veneracion poética para los caballeros mientras no podian poseerlas; y conseguido

esto, se trocaban los respetos en desprecios. Ya hemos visto cuán fácilmente un Castro repudió á una Lara para tomar por esposa á una hermana del rey de Leon. Este á su vez hizo que los prelados le separasen de la hija del rey de Portugal y pusiesen en su tálamo á una Lara. Y al mismo tiempo acaeció que un infante de Portugal, hermano de la que habia sido hasta este tiempo reina de Leon, casó con doña Dulce, hermana de don Fernando II; y este matrimonio, entre cuyos contrayentes mediaban iguales é idénticos grados de parentesco que entre aquellos separados, fué celebrado sin oposicion alguna. El príncipe portugués, aunque recién casado, hizo en 1175 una brillante campaña contra los moros. Puso sitio á la plaza de Niebla, y cuando supo que los moros sitiaban la de Beja, le levantó, fué en su busca, y los arrolló haciendo en ellos grande estrago. En el siguiente año fué notable el concierto con que el navarro, el aragonés y el castellano pusieron término á la guerra que venia hacia años debilitando sus fuerzas. El castellano consintió á nombrar por árbitro al rey de Inglaterra, y fué convenido que él pondria en poder de tres caballeros las plazas de Arnedo, Nájera y Zelorigo, y el navarro entregaria á otros tres las de Estella, Marañon y Funes, para que las perdiese, pasando á su contrario, aquel que no se conformase con el arbitramento del monarca inglés. Extendióle este príncipe en 1177, á lo que se cree, mandando que el castellano devolviese al navarro las plazas de Godin, Leguin y Portilla, y treinta mil maravedís de oro pagaderos en diez años; y que el navarro devolviese al castellano las poblaciones y castillos de Autol, Ausejo, Entrena, Logroño y Navarrete. Este arbitramento fué acatado y nó cumplido; mas no por esto volvió á encenderse la guerra. El castellano deseaba

tomar á los moros la ciudad de Cuenca, y lo consiguió obtenida la cooperacion de los aragoneses. Las memorias de los castellanos dicen que su rey quedó tan pagado del auxilio obtenido del rey de Aragon en esta campaña, que alzó todo homenaje y derecho feudal que sus pasados hubiesen pretendido sobre las tierras de Zaragoza y las riberas del Ebro. Los almohades estuvieron á punto de darle batalla y se retiraron viendo acudir á los aragoneses; y despues hicieron entrada en el reino de Toledo, y sostuvieron con los alcaldes y fronteros de esta plaza una lucha sangrienta. Á la sazón el leonés, viendo muy ocupado en Cuenca al castellano, se apoderó de las plazas de Castro-Jeriz y Dueñas, en tierras de su sobrino. Hay quien cree que esta brusca arremelida del leonés no fué otra cosa que una cabalgada de los Castros, muy parecida á la que llevaban hecha años antes, de la que habian salido gananciosos. El castellano halló medio de que en 1178 los portugueses hiciesen á su vez entrada en los dominios del rey de Leon, aunque les salió desgraciada; pero parece que el mismo año hubo avenencias, pues el príncipe de Portugal don Sancho hizo poco despues una incursion en tierras del moro, y fué en ella muy afortunado, pues volvió, dicen las crónicas, con botin y con cautivos, y muy rico de despojos. Tambien dan á entender las crónicas de Castilla que su rey don Alonso VIII, viendo que iba á formarse contra él una liga en la que entrarían el aragónés, el leonés, y acaso tambien el navarro, trató de conjurar la tormenta restituyendo al primero la plaza de Hariza, dando seguridades de paz al segundo, y entreteniéndolo al tercero con promesas relativas al cumplimiento de la sentencia dictada por el rey de Inglaterra. El navarro instaba para que este asunto quedase arreglado, y así se hizo en 1179,

mediando unas vistas con el castellano. Las plazas de que habla el arbitramento del inglés fueron recíprocamente restituidas; los nuevos lindes entre Castilla y Navarra quedaron marcados; y aun se conjetura que el castellano pagó los atrasos que el navarro debía á sus huestes regulares, y este las licenció, de que provino que se derramasen por Francia en clase de merodeadores y se corriesen hasta Burdeos causando estragos. Por la parte de Portugal, los almohades devolvieron este año á los portugueses la entrada que ellos habian hecho el anterior en sus dominios; y aunque no pudieron tomar la plaza de Abrantes, talaron la tierra y se llevaron muchos despojos. Lo que habian hecho en 1179 los navarros y los castellanos, lo hicieron en 1180 estos y los leoneses, habiéndose avistado en Tordesillas los príncipes de ambas comarcas. Poco antes habia muerto la nueva esposa que el leonés habia buscado en la familia de los Laras, y tambien la hermana natural que habia dado en matrimonio al jefe de los Castros. En algunas memorias se lee que por este tiempo los portugueses, no solamente rechazaron por tierra una algará de los almohades, sino que pusieron en la mar una escuadra que arrolló y puso en fuga la de los moros. En 1181 el rey de Leon caso en terceras nupcias con doña Urraca Lope, hija del señor de Vizcaya. El año siguiente parece que el rey de Castilla hizo entrada en tierras de Alcaraz y Montiel, y despues se encaminó hácia la plaza de Sietfíla y la entró por tratados. Anualmente, segun órden que tenia dada á sus fronteros, repetia las expediciones y cabalgadas, para dar alimento en que cebarse á algunas huestes que sin él se hubieran desbandado. La guerra de incursiones, con sus eternas talas, era una necesidad que arrastraba á los grandes y á los pequeños,

atendida la organizacion militar de aquella época. De tiempo en tiempo hacian los beligerantes algun esfuerzo extraordinario, y entónces se daba alguna gran batalla; pero comunmente los iberos iban adelantando paso á paso, de plaza en plaza, y asegurando antes el terreno que ocupaban. En el año 1184 los castellanos se apoderaron de la fortaleza de Alarcon, y los leoneses de la de Cáceres. Las crónicas de los cristianos no andan conformes con las de los árabes en la descripcion de la campaña dirigida por Abu Jacob contra los portugueses. Á Abu Jacob le llaman simplemente Juzef. Confiesan que vino á España con una hueste formidable, se encaminó contra la plaza de Santaren, y la entró á fuerza de armas. Pero añaden que los portugueses, mandados por el infante don Sancho y por el obispo de Oporto, cayeron sobre los almohades y los derrotaron, dejando quince mil tendidos en el campo. Un refuerzo recibieron muy luego los vencedores, y fué de gallegos que vinieron mandados por el metropolitano de Santiago, y que renovaron, dicen los cristianos, la matanza hecha por los portugueses. Entónces, añaden, el almohade emprendió la retirada, y para andar mas suelto, hizo pasar á cuchillo todos cuantos cautivos habia hecho. Diez mil desgraciados niños y mujeres perecieron miserablemente. Todavía quiso Juzef, concluyen las crónicas, hacer cara á los lusitanos, leoneses y gallegos que venian sobre él reunidos, pero el cielo humilló su arrogancia: tres veces quiso montar á caballo y otras tantas cayó de él sin sentido; la tercera vez perdió la vida. Ciertamente dista mucho este colorido del de las leyendas árabes, como dista lo natural de lo maravilloso: pero algun desahogo se ha de permitir á la tradicion que tiende á libertar la patria. Cuando don Alonso Enriquez, primer rey de Portugal, cer-

ró los ojos á la luz en 1185, pudo sonreirse pensando en que habia dado nueva vida á aquella antigua Lusitania, tan deprimida de los romanos, tan enaltecida por Viriato. Don Sancho, su hijo, le sucedió en el trono. Espoleado el castellano en vista de la gloria que habian ganado los portugueses, y con ellos sus vecinos los leoneses y los gallegos, quiso tentar la suerte de las armas retando á los almohades. Tomóles las plazas de Trujillo y Medellin, y se puso sobre la de Sotillo; y como acudiesen los almohades con fuerzas numerosas, ganosos de luchar con él, los esperó con denuedo, y lidió con bravura, pero fué vencido. No por esto cayó de ánimo, antes el año siguiente hizo nueva entrada en tierras de los moros, y les tomó la plaza de Inhiesta. En 1187, año de la pérdida de Jerusalem, les ganó la de la Reina, y renovó con el afan de siempre sus talas y cabalgatas. Se ignora si las suspendió en 1189, pero las crónicas de este año únicamente hablan de la venida del príncipe Conrado, hijo del emperador Federico Barbaroja, para pedir la mano de doña Berenguela, infanta de Castilla; y añaden que esta boda no tuvo efecto, porque muy luego le nació al rey un príncipe, y Conrado perdió la esperanza de tomar en dote el reino de Castilla. Este año murió en Benavente á 21 de enero el rey de Leon don Fernando II, mas receloso en sus cosas y mas dado á los segundos fines de lo que sienta bien á los príncipes. No le faltó valor ni actividad, de cuyas dotes dió muestras en distintas ocasiones. Sucedióle don Alonso, nono del nombre, nacido de aquella infanta de Portugal doña Urraca, que fué devuelta á su padre. Lo primero que hizo el nuevo rey fué ir á aconsejarse de su madre. Lo segundo fué tener unas vistas con su primo el rey de Castilla, á la sazón que este tenia córtes en Carrion, y darle muestras de

la mayor amistad y condescendencia. Alguna crónica dice que llegó á besarle la mano como muestra de las atenciones que los menores de edad debian á los mayores, y añade que esto le pesó andando el tiempo. Es lo cierto que el castellano quiso arrogarse cierta supremacía, y tratar con poco miramiento al leonés, de suerte que hicieron juntos una campaña en tierra de moros en 1189, y aquel se quedó con todo lo ganado: de donde se originó que el leonés ya no quiso favorecerle ni ayudarle en otras entradas. Mas adelante veremos acudir adalides de regiones extrañas para dar auxilio al castellano, y no contaremos en su número al leonés ni al lusitano, profundamente disgustados ambos de la arrogancia de los antiguos carpetanos. Observóse en 1189 en nuestra península un rasgo característico de sus moradores, que en nuestros dias subsiste todavía. Algunas naves extranjeras, que transportaban guerreros á la Palestina, se detuvieron en Galicia, y los cruzados saltaron en tierra, deseosos de visitar el sepulcro del apóstol Santiago. Aquellos extranjeros infundieron recelos á los naturales, y se propaló entre ellos la voz de que venian para llevarse la cabeza del apóstol. Nacieron de ahí grandes turbaciones; y no se halló otro medio para sosegarlas sino recabar de los cruzados que desistiesen de su empeño, como en efecto desistieron. Otros pretenden que en realidad los recién llegados eran unos aventureros en quienes podia ponerse poca confianza, acostumbrados como estaban á no medir por la justicia sus voluntades, y á ocultar detras de la cruz alguna cosa no tan sagrada. Al mismo tiempo que esto pasaba en Galicia, los portugueses recibian y aclamaban, como auxiliares que les enviaba el cielo, á unos cruzados que tambien arribaron á aquellas playas, y cuya ayuda les sirvió para ganar la plaza

de Silves, como años antes les había servido para conquistar la de Lisboa : que es como si la suerte se empeñase en poner constantemente á los ingleses en contacto con los lusitanos. Duró algun tiempo la permanencia de los ingleses en Portugal, pues hallamos que en 1190 hicieron una nueva campaña contra los almohades en union con los portugueses, segun unos para sostenerse en Santaren, y segun otros para defender la plaza de Silves seriamente amenazada. Tambien es cierto que esta larga permanencia de los ingleses en la embocadura del Tajo dió á conocer á los portugueses cuán temibles eran los cruzados, tanto si eran recibidos como enemigos, como si se presentaban en calidad de amigos. Ninguna mujer, dice un historiador inglés, estaba segura á su lado; y á no haber obrado con suma prudencia el rey don Sancho y los cabos de la escuadra, muy pronto se hubieran reproducido en Portugal las escenas de Galicia. Por este tiempo don Alonso IX de Leon acababa de tomar por esposa á la infanta doña Teresa, hija del rey de Portugal, y al poco tiempo le habia sido intimado por parte del sumo pontífice, que se apartase de ella por causa de parentesco; pero como el matrimonio era de su gusto, y no habia transcurrido el tiempo suficiente para llamarse á engaño, se negó á hacerlo. Origináronse de ahí serias desavenencias. De Roma vino un legado para conocer en este asunto, tomados antes los informes, y oidos los prelados segun el caso lo pedia. Á la verdad el portugués habia llevado ya con paciencia en vida del rey don Alonso Enriquez un desaire parecido á este que reclamaba Roma; pero algunos opinaban que era muy conveniente proceder con pulso cuando ya no se trataba de dar satisfaccion á un monarca que deseaba tomar esposa nueva, sino de no declararse en pugna con dos reyes que

estaban á la vanguardia de la cristiandad en la lucha contra los almohades. El negocio se llevó con premura en 1192 á un concilio reunido en Salamanca. Los prelados de Astorga , Leon , Salamanca , y Zamora , que opinaban por la validez del matrimonio, protestaron con su ausencia contra la convocacion del concilio , y manifestaron é hicieron público su dictámen de que, siendo puramente civil el impedimento que se alegaba, no podia aplicarse á los príncipes, y menos cuando estos eran legisladores. Asistieron á él los adictos al legado ; la mayoría dió por nulo el matrimonio ; el legado llevó su tirantez hasta el punto de fulminar excomunion contra aquellos cuatro obispos ; y tuvo por fin el sentimiento de ver que los reyes no hacian el menor caso de su indignacion ni de la expresion de sus amenazas. En estos momentos le pareció buena coyuntura al castellano para hacer entrada en tierras de Leon; pero don Alonso IX estaba convenido con el aragonés , y este entró en Castilla así que tuvo noticia de aquella incursion , y el castellano pudo convencerse de que por la fuerza era ya muy difícil ganar terreno sobre los iberos, y que solamente era posible y muy digno hacer conquistas en la España árabe. El rey de Castilla se vió obligado á sentar paces con los aragoneses y á dejar al leonés tranquilo. Casi al mismo tiempo la infanta doña Berenguela , hija del rey de Navarra , desposada con Ricardo, rey de Inglaterra y jefe de la nueva cruzada que acababa de dirigirse contra Saladino , fué enviada á la Palestina para juntarse allí con su esposo , y su matrimonio se efectuó en la isla de Chipre por el mes de mayo de 1191. Dos años despues, en el de 1193 , se hizo en los reinos de Leon y Portugal un ensayo peligroso. No habiendo producido efecto las amenazas , ni la excomunion lanzada contra

cuatro prelados, ni la entrada del castellano, el legado pontificio pensó que obligaría á los reyes de aquellas comarcas, castigando á los vasallos por los pecados de sus señores, y poniendo entredicho general en los dominios de estos. Pero viendo que la prueba no surtia efecto, y que los vasallos no se sublevaban, y que mas bien murmuraban de la injusticia del castigo que de la insistencia en el pecado, fué necesario volver sobre lo mandado, y declarar que el entredicho no se observase sino con los reyes. En 1194 el metropolitano de Toledo, puesto á la cabeza de las huestes del rey de Castilla, se entró por las tierras de los moros, é hizo en ellas la incursión mas sangrienta de que en muchos años se hubiese hablado. Muchos campos quedaron yermos, muchas poblaciones fueron entregadas á las llamas, y muchas familias fueron reducidas á mísero cautiverio. Los moros se quejaron de que se hubiese llevado á cabo la entrada con una crueldad de que habia pocos ejemplos, y entónces fué cuando el rey de Castilla dirigió al de los almohades aquel arrogante reto de que hablan las memorias de los árabes, que fué contestado con algunos versículos sacados del libro de Mahoma. En 1195 hizo de buen grado el rey de Leon lo que se habia negado á cumplir como obligación por espacio de cinco años. Ya habia tenido en doña Teresa, infanta de Portugal, un hijo y dos hijas cuando la devolvió á sus padres, y se preparó para contraer un nuevo enlace. El entredicho quedó levantado desde el momento que la infanta abandonó el lálamo real, y cubriendo de besos á sus hijos, se fué á llorar á solas sobre una culpa que no era suya. Estas separaciones, tan comunes en aquellos tiempos, debian lacerar hondamente los corazones sensibles, y solo podian parecerles gratas á los potentados amigos de

liviandades. Entretanto las mutuas amenazas del castellano y del almohade se iban á convertir en hechos. El primero pidió auxilios al leonés y al navarro, y no esperó á que se los mandasen; y el segundo llamó sus tribus al sosten de lo que él llamaba guerra santa. El dia 18 de julio se avistaron los dos ejércitos en los campos de Alarcos. Las memorias de los cristianos están contestes en lo principal y en los mas de los pormenores con las de los árabes respecto á esta jornada. El almohade se mostró prudente en ordenar sus tropas y en disponerse una reserva. El castellano, tan soberbio en la accion como en el reto, se negó á esperar á sus auxiliares, quiso triunfar con solas sus fuerzas, y no dispuso otro órden de batalla que el de presentar las lanzas al enemigo. El jefe prudente salió vencedor, y el soberbio fué vencido. Las crónicas cristianas dicen que allí perdió don Alonso VIII veinte mil hombres; las de los árabes dicen que allí quedó completamente destruida la gruesa caballería de los castellanos, compuesta de veinte mil ginetes armados de punta en blanco; y añaden que á la destruccion de la caballería siguió la de la infantería. La derrota fué desastrosamente completa. Cuando el vencido se retiró á Toledo, halló que acudian á auxiliarle los reyes de Leon y Navarra con buenas huestes, y dicen las crónicas que se desató contra ellos en asperezas y desprecios. Y esto en los momentos en que la presencia de aquellos aliados contenia al almohade y salvaba el reino de Castilla de una incursión temible. La respuesta que le dieron el leonés y el navarro fué volverse á sus fronteras, y desde ellas dirigir contra las tierras de aquel arrogante príncipe las talas que tenian meditado hacer en las del moro. El furor del castellano llegó á su colmo. Ya no pensó entónces en vengarse de los almohades, sino en hacer pagar

cara á los iberos su osadía. Pero su principal encono lo tenía puesto en el leonés; por lo que procuró sentar treguas con el navarro, y asegurarse de que el aragonés no tomaría parte en la lucha, y se corrió en 1196 hácia las tierras de los leoneses. Su misma furia le hizo perder el fruto de la campaña. Viendo los moradores que iba ejerciendo grandes crueldades en las poblaciones de Bolaños, Carpio, Castroverde, Mayorga, Paradinas y Valencia de don Juan, rendidas ú ocupadas á la fuerza, determinaron oponerle una resistencia que le hiciese desistir de su intento. En vano se presentó á la vista de la ciudad de Leon, pues en ella no le fué posible hacer otra cosa que entregar á las llamas el arrabal de los judíos; en vano cayó sobre la plaza de Astorga, pues sus defensores le rechazaron con el mayor brio; y en vano, por último, intentó asaltar á su vuelta algunas fortalezas, pues todas ellas le alejaron de sus muros. Mientras se tomaba esta vana venganza, los almohades habian recorrido las tierras de Toledo, entrado por la fuerza en Escalona, Montanches, Plasencia, Santa Cruz y Trujillo, talado las cercanías de Talavera y Santa Olalla, dado varios, aunque infructuosos asaltos á Maqueda, y por fin entregado á la devastacion y á la ruína los alrededores de la misma ciudad de Toledo, sin que se presentase á contener su fiereza ninguna hueste castellana. En 1197 hay quien presume que el rey de Leon firmó alianza con los almohades para hacer la guerra al rey de Castilla; y tambien se afirma que, noticioso de ello el papa, concedió al rey de Portugal las gracias de la cruzada si favorecía al castellano. Era natural que el portugués estuviere resentido con el rey de Leon, que le habia devuelto su hija, y aprovechase esta ocasion para entrar en Galicia, cuyas tierras codiciaba: pero es dudoso lo

que afirman algunos autores portugueses de haberse apoderado de varias plazas importantes, en su número las de Tuy, Lombeo y Pontevedra. Parece que el aragonés envió también alguna gente de guerra para tomar parte en la lucha en favor del castellano. Los almohadés abrieron la campaña, que consistió en un paseo militar, seguido de la devastación de la tierra que pisaban. Embistieron la plaza de Talavera, hicieron un amago sobre la de Maqueda, se pusieron á la vista de Toledo, pasaron á las cercanías de Madrid, y dieron á esta población varios asaltos, se dirigieron contra Alcalá con no menor furia, pasaron no muy lejos de Alarcón, Aurelia, Cuenca, Huete y Uclés, y se volvieron por la parte de Murcia, ricos en despojos y en cautivos, pero rechazados de todas las plazas fuertes. El rey de Castilla se mantuvo en atalaya por las sierras, y cuando vió que los moros emprendían la retirada, se encaminó contra los leoneses para repetir con ellos las escenas del año precedente. Corrió las tierras de Alba de Tormes, Salamanca y Zamora, y tomó por la fuerza las plazas de Alba de Liste y Castro-Gonzalo. El leonés no se mantuvo paralizado. Había juntado un ejército poderoso, y se adelantó con ánimo de escarmentar á su enemigo. Sin ningún género de duda, atendidas las disposiciones tomadas por los dos reyes enemigos, hubiera tenido lugar un día de luto para la Iberia independiente, si muchos prelados y ricos-hombres no hubiesen sido mas cuerdos que aquellos monarcas. Manifestáronles lo calamitosas que eran para la Península las guerras entre los independientes, y con su actitud, mas bien que con sus razonamientos, los indujeron á concordar sus diferencias. Don Alonso IX de Leon se mostró condescendiente, tanto mas, cuanto se trataba de darle por esposa á la infanta de Cas-

tilla doña Berenguela, de cuya virtud y prendas de ánimo y del cuerpo todos se hacían lenguas. El rey de Castilla se mostró reacio, como quien deseaba ser rogado, y ganar días para sentar treguas con el moro. Consiguiólo, y al mismo tiempo dotó bien á su hija y la entregó al leonés, aunque las crónicas dicen que no asistió á las ceremonias del matrimonio. Á la verdad, aunque los prelados habían aconsejado este enlace, no dejaba de haber dudas acerca de su validez, y no habia seguridad de que esa noble princesa que entregaban á un rey no fuese devuelta sin diadema y despojada de otra corona aun mas bella. Existia entre los dos esposos un parentescó cuyos grados necesitaban dispensa pontificia, y era muy posible que esta fuese negada. También este año hizo detencion en las playas de Portugal una armada llena de cruzados. Esta vez eran alemanes, y echaron gente en tierra, se apoderaron de la plaza de Silves que habia caido en poder de los moros, y reembarcáronse con despojos y cautivos. En 1198 sucedió lo que se temia con respecto al matrimonio del rey de Leon con la infanta de Castilla. Un legado pontificio recibió órden de separar á los dos esposos, de intimar este mandato á los dos reyes interesados en el enlace, y de fulminar excomunion contra los mismos, y entredicho contra sus vasallos si no obedecian. La órden fué acatada, mas no fué obedecida. Insistian los reyes en que esto era mezclar lo civil con lo sagrado, y decian que tomadas por reglas de derecho semejantes separaciones, era incalculable la perturbacion que podia llevarse muy fácilmente al seno de las familias y al corazon del estado. Y como esta vez la mayor parte de los prelados opinaba por favorecer el matrimonio, le pareció prudente al legado pedir nuevas instrucciones al sumo pontífice. No hizo

mas que ganar tiempo, aunque no falta quien conjetura que el tiempo era lo único que en estos asuntos se deseaba para dejar un portillo abierto á los desamores de los príncipes. El papa no hizo ningun caso de la conveniencia por que trataban matrimonios entre sus familias los reyes de la Península para venir á alianzas contra el comun enemigo ; ni se dejó ablandar por ruegos ni promesas ; ni quiso nunca dar un carácter puramente civil á los impedimentos matrimoniales: antes dispuso que se estuviese á lo mandado ; y por el pronto no se hizo nada.

Un medio habia para aplacar al pontífice , dice un autor italiano , y era espontanear lo del reconocimiento feudal de que algo mas de un siglo antes se habia tratado : pero ningun leonés ni castellano halló en su pecho bastante abnegacion para semejante sacrificio. El castellano dió expansion á su disgusto en 1199, aprovechando la ausencia de don Sancho de Navarra para poner sitio á la plaza de Vitoria ; y el leonés, cuantas mas amenazas le hacian de separarle de doña Berenguela , mas embebecido estaba con ella, pareciéndole un modelo de reinas y matronas. De uno de los hijos que nacieron de este contrariado matrimonio se ignora el dia en que vino al mundo , y sin embargo fué un príncipe que despues ocupó el trono y se llamó Fernando III , el Santo. Por conjeturas solamente se cree que nació en Leon el año 1200 , y que fué bautizado en la Iglesia Mayor de aquella poblacion , si acaso no lo fué ocultamente y sin aparato á causa del entredicho , y por no dar á entender que se hacia alarde de resistir á Roma. El castellano , ausente todavía el navarro á su aventurada expedicion al Africa en busca de la realizacion de un sueño , continuaba estrechando el sitio de la plaza de Vitoria hasta que la rindió ; y tras de

ella le prestaron homenaje las tierras todas y poblaciones de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, obtenida antes la jura de sus fueros y franquicias. Á la sazón pasó á Castilla doña Leonor, reina viuda del rey de Inglaterra y suegra del rey de Castilla, para concertar el enlace de doña Blanca, hija de este, con Luís, príncipe de Francia, que mas adelante debía ocupar el trono, y ser rival en virtudes de su primo hermano, hijo de doña Berenguela. Este matrimonio se efectuó en Burdeos, segun parece el dia 23 de mayo de dicho año. Por el mismo tiempo se vió cuán fácil cosa era que un rico hombre poderoso turbase la paz de las monarquías cristianas. La viuda del anterior rey de Leon, doña Urraca Lope, ocupaba los feudos que le habian sido señalados; don Alonso IX se los hizo quitar; quejosa ella, se amparó de su hermano don Diego Lopez; y este, obtenida repulsa del castellano, á quien se quejó contra el leonés, para vengarse se pasó con amigos y hueste al navarro. Fué á tiempo que el rey don Sancho habia vuelto á presentarse entre sus vasallos, y deseaba tambien hacer sentir al rey de Castilla el peso de su indignacion por lo que le habia arrebatado de sus dominios; no hay pues que decir si acogió gustoso á don Diego Lopez, y le facilitó recursos para hacer entradas á sangre y fuego en tierras del castellano. Indignado este, hizo alianza con el rey de Leon, y penetró con él por la Navarra á la cabeza de unas huestes aguerridas. Don Diego se encerró en la plaza de Estella, y fueron inútiles cuantas tentativas se hicieron para desalojarle de ella. Algunos retardan este acontecimiento, pero los mejores cronólogos le colocan en 1201. Y aun se cree que la resistencia del don Diego Lopez, que pertenecia á la familia de los Haro, facilitó las treguas que luego se concertaron

entre los beligerantes. Mientras de esta suerte los reyes cristianos mas poderosos de la Península agotaban en luchas estériles sus bríos, es grato ver al rey de Portugal don Sancho haciendo entradas en tierras del moro y tomándole por un golpe de mano la plaza de Torres-Novas, y asimismo lo es verle repoblar las ciudades de Montemayor y Coimbra, dándoles fueros y franquicias. Enconóse en 1202 el asunto de la nulidad del matrimonio del rey de Leon. El castellano se mostraba sumiso, diciendo que recibiria á su hija siempre que le fuese devuelta, por lo que se puso fuera de palenque y no hubo que proceder con él á excomuniones ni entredichos. No así el rey de Leon ni su esposa, que insistian en decir que tenian por válido su enlace, y condenaban la tenacidad de los que no cedian en su rigidez de principios aun á trueque de destruir una monarquía. Los dos esposos fueron excomulgados. Los vasallos todos quedaron puestos en entredicho; no hubo concilio, porque la mayoría de los prelados hubiera votado en favor del matrimonio; y llegó á tal punto la perturbacion que, aun siendo conocida la voluntad suprema del sumo pontífice, fueron muy pocos los prelados que se conformaron en observar el entredicho, y muchos los que se negaron á hacerlo abiertamente. Verdad es que el rey no se mostró muy amigo de los que opinaban en contra de sus deseos, antes á uno de ellos, el obispo de Oviedo, le persiguió por aquella causa, dió órdenes para prenderle, y por último le obligó á salirse de su reino. Parece que ya en 1203 doña Berenguela habia dado á su esposo dos príncipes y tres infantas, don Fernando, don Alonso, doña Leonor, doña Constantza y doña Berenguela. La primera de las infantas murió muy niña. Hallamos escrito que en dicho año el rey de Cas-

tilla hizo una expedicion á la Aquitania contra los ingleses, como auxiliar del rey de Francia, á cuyo príncipe heredero habia dado en matrimonio la infanta doña Blanca: pero por mas cotejos que hemos hecho comparando las memorias del reino de Francia con las de Inglaterra, y las del reino de Aragon con las de Navarra, no hemos podido convencernos de la certeza histórica de aquel hecho, que queda reducido á una mera conjetura: pues ni los franceses dicen que hubiesen recibido auxilios del castellano, ni los ingleses saben que les hubiese hostilizado el yerno de su reina viuda doña Leonor, ni los aragoneses y navarros dieron paso por sus tierras á ninguna hueste castellana. Únicamente las memorias de los navarros hablan de la sumision que su rey obtuvo de la ciudad de Bayona. El año siguiente quedó transigido, dicen unos autores, arreglado, dicen otros, el ruidoso asunto del matrimonio del rey de Leon. Los esposos se separaron como lo deseaba el sumo pontífice; pero los hijos enjendrados antes y despues del entredicho fueron considerados como legítimos, que era lo único por que suspiraba la reina doña Berenguela; y todo cuanto se habia prometido por razon de dote ó arras quedaba sin efecto, á tenor de las instancias que hacian el leonés y el castellano: y de esta suerte se cortó un nudo que no podia desatarse. Los nobles y los prelados del reino de Leon, reunidos en córtes, juraron por sucesor y heredero del trono al infante don Fernando, hijo legítimo de una esposa ilegítima. La restitucion de la dote y de las arras ocasionó una guerra entre los castellanos y los leoneses. De una y otra parte se hicieron entradas furiosas, se talaron campos, se destruyeron plantíos, se entregaron viviendas á las llamas, y se ordenaron saqueos y degüellos: pero las sutilezas de la ley quedaban salvadas.

No faltó una imágen de cierta poblacion , dicen los cronistas, que rompió en un copioso sudor de sangre; y como entre los paganos esto se tomaba por presagio de tremendas calamidades, tambien las auguraron los autores de cronicones. En vano el papa habia mandado levantar en Leon el entredicho; en vano escribió en 1206 al metropolitano de Santiago, inculcándole la necesidad de poner en paz á los dos príncipes cristianos; los dos se mostraron tan inexorables en sus iras, como rígida se habia mostrado Roma en la aplicacion de los cánones. La continua tala de los campos imposibilitó las siembras, anuló las cosechas, y dió origen en 1207 á una hambre que diezmo principalmente las poblaciones de Castilla: pero los castellanos y los leoneses llevaban su furor hasta el punto de ver en su mutua destruccion un lenitivo para sus quebrantos. Duró esta funesta lucha hasta el año 1208 en que el castellano comenzó á mostrarse flexible, por cuanto iban á espirar las treguas que tenia sentadas con el moro, y hubiera sido peligroso para su corona sostener á un mismo tiempo dos luchas encarnizadas. Entónces se hizo un convenio por el cual hubiera debido principiarse antes de sembrar el luto en los dos reinos. Destináronse las rentas de ciertas plazas para alimentos de doña Berenguela, y los pueblos quedaron tranquilos. Al mismo tiempo el castellano dió en matrimonio al rey de Portugal su hija doña Urraca. Y en el mismo año, si las crónicas no van erradas en la cuenta, hallamos que fué fundada la universidad de Palencia. En el siguiente espiró la tregua entre los almohades y el rey de Castilla, por lo que este mandó hacer prevenciones en las fronteras de Toledo, repobló la plaza de Mora renovando sus defensas, y dispuso que la órden militar de Calatrava diese principio

á las hostilidades. Don Rodrigo Diaz era maestre de aquella órden, y dió cumplimiento á los mandatos del rey apoderándose de la plaza de Viltz, en la que dejó un buen presidio, y rindiendo y desmantelando las de Fefsira, Montoro y Ribafuente, por no parecerle su conservacion ni prudente ni oportuna. Ya á la sazón á las guerras santas contra los sarracenos habian sucedido en Francia las cruzadas contra los herejes, que era la necesaria consecuencia de los recursos dirigidos á la fuerza corpórea para dar ayuda y amparo á las verdades inmortales. El imperio de las almas se consideraba impotente en medio de una poblacion acostumbrada solo á tener fé en los argumentos palpables. Las órdenes militares eran la expresion de aquella necesidad, y su inoculacion en los distintos reinos destinados á sentirla. Embotadas las armas meramente espirituales, se añadieron á ellas otras capaces de hacer mella en las organizaciones endurecidas, de suerte que por el cuerpo se obrasen efectos en el alma. Algunos creen que los cristianos aprendieron de los árabes este procedimiento; pero otros opinan que es mas antiguo, y que ya en los siglos primitivos no se conoció ni pudo conocerse otro. Á su vez los descontentos y los reacios en la culpa hacian la guerra al alma con las armas del cuerpo. En 1210 algunos allegados al rey de Portugal no querian avenirse con lo de la separacion de los parientes que hubiesen contraido matrimonio, y á las excomuniones respondieron con saqueos, incendios, allanamiento de los templos y persecucion de los prelados que ordenaban el entredicho. Por el mismo tiempo en Castilla y en Leon los prelados tenian órden pontificia de excomulgar á grandes y pequeños, reyes y vasallos, que se atreviesen á quebrantar la tregua. Las memorias de los castellanos dan acerca de las

campaññas de nuestra Península en 1211 y 1212 una luz que se buscaría en vano en los anales de los demás pueblos peninsulares. Pero del conjunto y comparacion de todos ellos ha de nacer la verdadera apreciacion de lo que entónces pasó en nuestra tierra. Ya hemos visto de qué manera cuentan los pormenores de aquella guerra los árabes, los aragoneses y los navarros. Nos falta solo describirlos segun el resplandor que dan de sí las crónicas de los leoneses, portugueses y castellanos, para tener la mas clara nocion posible de aquellos acontecimientos. Muchos son los cronistas merecedores de nuestro aprecio, que no ven en la batalla de las Navas de Tolosa otra cosa fuera de una maravilla obrada por la Providencia en honra de la cruzada. Por nuestra parte tenemos dicho ya que jamás imitaremos á los historiadores antiguos en su costumbre de hacer intervenir la divinidad en las guerras humanas, mientras humanamente podamos dar una explicacion clara de los hechos. La guerra de 1212 no es á nuestros ojos mas que la continuacion de la de 1195. Si entónces fué vencido el castellano, nó por esto la Iberia quedó sojuzgada, y las inmensas huestes africanas se desbandaron despues de la victoria, cargadas de despojos, como se hubieran desbandado sin ellos si hubiesen sido derrotadas. La milicia de aquellos tiempos no daba de sí otra cosa.

De la misma manera, si el castellano no hubiese hecho europea la causa que era meramente española, aun en el supuesto de que hubiese sido vencido en las Navas, no hubiera perdido mas que una batalla, nó un imperio: el ejército de los almohades se hubiera disipado por impulso propio despues de la victoria, ganadas algunas plazas. El verdadero peligro de la jornada de las Navas estuvo en la in-

tervencion extranjera, fuese mas ó menos sagrada ó profana, á la que apeló el castellano para no exponerse á una repetición de la jornada de Alarcos. Su imaginacion le hizo abultar el peligro, y le expuso en caso de una derrota á abrir las puertas de la Península á la hez de los guerreros de todas las naciones europeas. Envió prelados á Francia, á Italia, á Alemania, y en todas partes se imploraban socorros para sacar con bien á la España del peligro que la amenazaba. El mayor peligro estaba en el remedio. Roma se avino á dar el carácter de una cruzada á nuestra guerra; los nobles, los caballeros, los aventureros todos de los demás púeblos ensancharon el pecho viendo que á los peligros de un viaje á la Palestina se substituia una campaña hecha en una de las mas deliciosas comarcas de la tierra, que en adelante mirarian como patrimonio suyo. Creemos que nadie dejará de reconocer que los cruzados eran para la Iberia unos enemigos mucho mas temibles que los almohades. Detrás de los cruzados venian todas las malas pasiones y tiranías; detrás de los almohades no venia otra cosa que lo ya conocido de una guerra sin descanso contra los enemigos de nuestra independencia. El duelo hubiera continuado mientras uno de los dos campeones no hubiese sucumbido en el palenque. La independencia ibérica estaba muy lejos de hallarse en la agonía en el momento en que el castellano humilló su soberbia hasta el punto de mendigar auxilios de los extraños. Únicamente peligraba el rey de Castilla. El de Portugal se reconocia tan seguro por parte de los almohades, que se entretuvo la mayor parte del año 1212 en hacer la guerra á los leoneses. El de Leon, en vez de formar parte de la cruzada, armó á los gallegos contra los portugueses, y á los leoneses contra los mismos cas-

tellanos, de suerte que algunos creian que el leonés obraba de acuerdo con los almohades. El rey de Navarra se presentó como auxiliar del castellano, de la misma manera que habia acudido diez y siete años antes. El rey de Aragon hizo lo que habia hecho en 1147 uno de sus antepasados. Es decir que, de los cinco grandes reyes de la Iberia independiente, uno solo fué el amenazado, y de los cuatro restantes los dos no quisieron auxiliarle, y los otros dos lo hicieron sin esfuerzo, como ya lo tenian por costumbre. Á tenor de las crónicas castellanas fué en 1211 cuando perdió don Alonso VIII la plaza de Salvatierra, aunque la defendieron con esfuerzo los caballeros de Calatrava, y aunque el príncipe don Fernando, hijo de aquel monarca, hizo cuanto estuvo de su parte para salvarla. Don Fernando murió en 14 de octubre de resultas de las fatigas de esta campaña. Tambien á la sazón acababa de morir don Sancho, rey de Portugal, y de subir al trono su hijo don Alonso, cuyo primer acto, como ya llevamos dicho, fué sostener una guerra con los leoneses, por la posesion de los lugares y castillos que habian sido entregados á la infanta doña Teresa, reina que fué de Leon. Esta campaña tuvo lugar en 1212, mientras los cruzados lidiaban en las Navas, y de ella salió ganancioso el rey de Leon, pues tomó á su enemigo las plazas de Baldasano, Freijo y Ulgoso, y poco despues las de Lanoso, Melgazo, Valencia del Miño y Lindoso, y le arrolló completamente en los llanos de Portella de Valdevez. Vencido el portugués, se trasladó el rey de Leon á las fronteras de Castilla, en donde se habia apoderado de los castillos de Alba de Liste, Arbolio, Ardon, Castro-Gonzalo, Castro-Tierra, y otros varios que hacia tiempo tenia reclamados del rey de Castilla. Entretanto el castella-

no tenia fija toda su atencion en los almohades. Llegábanle á Toledo tropas que venian acaudilladas, unas por los prelados, otras por los ricos-hombres; muchas, y ya muy numerosas, por los concejos, algunas por las órdenes militares, muy pocas por algunos particulares fugitivos de Leon, Portugal y Galicia, y varias por los extranjeros que creian hallar sembrada de oro la Península. No bastando los edificios públicos ni las viviendas para dar alojamiento á tanta gente, se levantaron tiendas y enramadas en la Huerta del rey. Muy pronto se tocaron los inconvenientes de la cruzada. Parecíales á los extranjeros que la insignia de la cruz les facultaba para dar expansion á todos sus deseos; si les faltaba lumbré, tronchaban los árboles frutales y destruian los viñedos, á trueque de poder guisar con presteza y enteramente á su gusto la comida; si se les decia que en Toledo existia un barrio destinado para los judíos, en donde vivian tranquilamente bajo la sombra y proteccion de las leyes, al momento apellidaban escándalo, y diciéndose animados de un santo celo maltrataban á esos indefensos moradores, les quitaban la vida, allanaban sus viviendas y las entregaban al saqueo; y por último, si era embestida alguna plaza enemiga, exigian que la guerra se hiciese exterminando, sin dar cuartel, sin admitir capitulaciones, y caso de admitirse, sin cumplirlas. En suma, los auxiliares dieron muestras de una ferocidad que no se avenia con la nobleza de los instintos bélicos de los iberos. Eran en número de cincuenta mil combatientes, sin la chusma, y querian ya dar leyes al imprudente castellano que habia implorado su socorro. Por fortuna para don Alonso VIII vino el rey de Aragon con su hueste, é infundió respeto á los extraños. Ya eran dos ejércitos iberos los que en un momento

dado podian humillar la arrogancia de los cruzados ultramontanos, enemigos mas temibles que los mismos almohades. La plaza de Malagon fué entrada á viva fuerza, y en ella los extranjeros exterminaron á todos los moradores sin distincion de sexos ni edades. La plaza de Calatrava fué embestida, y sus defensores se rindieron con la condicion de salir libres. Al saberlo los cruzados extranjeros, ponen su ira en los cielos, dicen que es una cosa abominable dejar ir con vida á los enemigos del Dios vivo, y no permitir á los fieles el saqueo de una poblacion contaminada por el hálito inmundo de los sarracenos, y se alejan viendo que no pueden mandar como árbitros soberanos de nuestra tierra. El castellano probó en vano á detenerlos y á aplacarlos; pero todos cuantos sentian arder en sus venas el fuego de la nacionalidad y de la independencia ibérica se alegraron de que huyesen antes de ver al enemigo los que habian venido ganosos de convertirse en amos y señores. La retirada de los cruzados-extranjeros la pintan las crónicas castellanicas como completamente ignominiosa. Los toledanos no quisieron abrirles las puertas de la ciudad, y desde las murallas y torreonnes los llenaron de denuestos, de suerte que tuvieron que ganar las fronteras del reino, á marchas forzadas, y como merodeadores desbandados. No bien se habian alejado esos temibles aliados, les llegó á los castellanos y aragoneses un refuerzo ante el cual pudieron, sin sentir estímulos de vergüenza, ensanchar el pecho. No se componia de extraños, sino de los descendientes de los antiguos vascones, que ya en las luchas de las pasadas generaciones habian salvado la España. Continuóse la campaña, y la plaza de Alarcos fué tomada, y en las cercanías de Salvatierra se pasó muestra de las huestes, y luego el ejército se dirigió hácia Sierra

Morena, cuyos principales puertos ocupaban ya los almohades. Teatro de las campañas de Escipion el africano y de Asdrúbal, habian presenciado estas cordilleras unas luchas obstinadas. No muy lejos de estos sitios, Claudio Neron habia sido burlado por los cartagineses, y, algun tiempo despues, los africanos habian perdido aquí la última batalla que los arrojó de España. Un guia, en quien muchos creyeron ver un ángel, enseñó á los iberos el paso del puerto de Muradal que debia acercarlos á los almohades. Cruzado el puerto, bajaron los iberos al llano, y se formaron el dia 16 de julio de 1212 en órden de batalla, el castellano en el centro, el navarro en el ala derecha, el aragonés en la izquierda. Ya vimos que por parte del árabe habia innumerable gente de guerra, y ningun elemento capaz de asegurar el triunfo. Tambien es preciso confesar que el castellano no habia aprendido nada en la jornada de Alarcos, y tomó en esta de Úbeda ó de las Navas de Tolosa las mismas disposiciones que en aquella, lo que equivale á decir que hubiera perdido la batalla á no mediar la enérgica cooperacion de sus dos aliados. El centro y las alas de los iberos acometieron á un mismo tiempo á los almohades. El ímpetu de las dos alas fué bien dirigido y afortunado. La acometida de los castellanos en el centro fué desgraciada, como lo habia sido en Alarcos. Los voluntarios almohades los rechazaron y llevaron en retirada. Si en este momento el almohade hubiese contado con una reserva, como la de Jacob Almanzor en Alarcos, muy distinta de lo que fué hubiera sido la suerte de los castellanos. Alonso VIII, viendo huir á los suyos, deseaba ya ir á buscar la muerte entre los enemigos. Pero el arzobispo de Toledo y los grandes que rodeaban al monarca, desplegada la bandera real, en cuyo fondo se veia la imágen

del Redentor y la de la Virgen, cayeron con la escolta regia sobre los almohades. Y fué á tiempo en que las dos alas de los iberos habian ya triunfado y cargaban á su vez sobre la base del centro enemigo. Este movimiento fué decisivo. Los voluntarios almohades quedaron rotos, arrollados, y deshechos. Ni pidieron cuartel ni les fué dado. Los moros andaluces huyeron. Los navarros y los aragoneses á una tenian fija la vista en el campo de los almohades y en la tienda de su rey que sobresalía por la magnificencia. Todos hicieron esfuerzos prodigiosos para llegar á ella y cebarse en sus despojos. Primero llegó el navarro, dicen los castellanos, y en pos de él inundó con sangre mora el aragonés aquella escena. La victoria mas completa fué el resultado. Ninguna necesidad hay de tomarla por un milagro; lo mismo que tampoco fué milagrosa, sino muy natural, la derrota de Alarcos. En último resultado, el castellano se salvó en las Navas por los esfuerzos de los aragoneses y de los navarros, y á pesar de la indiferencia de los portugueses, y de la enemistad de los leoneses, asturianos y gallegos. Algunos creyeron ver en las nubes una cruz brillante; los mas no la vieron. Unos dicen que quedaron tendidos en el campo unos doscientos mil moros. Ya vimos que las memorias de los árabes no lo contradicen. Hay quien afirma que no murieron en esta jornada mas que veinte y cinco cristianos; otros opinan que debe añadirse «hombres de cuenta.» Perseguidos los fugitivos, hecha repartición de los despojos, y tomadas á paso de carga algunas fortalezas, Baeza, es á saber, Baños, Bilches, Ferral y Tolosa, los vencedores pusieron sitio á la plaza de Úbeda. Parecía que aquella inmensa victoria debía haber acobardado á los moros. No fué así. Los vencedores de las Navas vieron estrellarse sus brios ante

los defensores de Úbeda. Dados algunos asaltos infructuosos, los sitiados trataron de capitular y pidieron que les quedasen garantidas las vidas y haciendas si entregaban la ciudad y daban una cantidad crecida. Esta clase de capitulaciones era muy usada, y hacia siglos que se venia reproduciendo. Los prelados se opusieron á ella, diciendo en su indignacion que no estaba bien acordar condiciones á los enemigos de Dios. Esta tenacidad salvó á los moros. Renovaron con brio la defensa, y como el hambre se cebase en las filas de los iberos, y á ella siguiesen los estragos de un cruel contagio, los sitiadores abandonaron el cerco, y dieron por terminada la campaña. El rey de Aragon primero, el de Navarra luego, se volvieron para sus tierras. Tambien se volvió sin ver al enemigo el duque de Austria, que á última hora habia venido con alguna hueste como para pasar revista de una tierra destinada para sus descendientes y para tomar parte en la cruzada. Desde entónces, á 16 de julio celebran los iberos el Triunfo de la Cruz. Los aragoneses y los navarros se volvieron sin tomar parte en la otra guerra que el castellano sostenia contra los leoneses, por lo que don Alonso VIII creyó que era prudente y noble en aquellas circunstancias transigir sus diferencias con el rey de Leon, y así lo hizo. Á la sazón el nuevo rey de Portugal don Alonso trató con tanta aspereza á su hermano don Pedro, que este se pasó con sus amigos á servir á los almohades, costumbre que no era nueva en los ricos-hombres ni en los infanzones.

Mientras tenian lugar en nuestra patria los acontecimientos que en este capítulo dejamos transcritos, algunos sucesos graves habian turbado la paz de la Europa: en 1166 el emperador Federico habia pasado á Italia para sostener al

antipapa Pascual contra el papa Alejandro; en 1171 Enrique II de Inglaterra se habia apoderado de la Irlanda; en 1175 por muerte de Amauri I habia subido su hijo Boduino IV al trono de Jerusalem; en 1179 el tercer concilio de Letran habia condenado á los albigenses; en 1180 habia muerto el emperador de Constantinopla Manuel Commeno, el mismo que para entregar la iglesia griega á la latina no exigia mas que el vano nombre de emperador del occidente, y á quien Roma se lo negó con arrogancia; dos años despues habia nacido Francisco de Asís, y Saladino se habia apoderado de Alepo; en 1185 habia muerto Boduino IV, y en pos de él su sucesor Boduino V, reyes de Jerusalem, dejando el trono á Guy de Lusignan; en 1187 Guy de Lusignan habia sido derrotado, y Saladino se habia apoderado de la Ciudad Santa; en 1189, por muerte de Enrique II, habia subido al trono de Inglaterra Ricardo Corazon de Leon, menos bello en las historias que en las leyendas; en 1190 los reyes de Francia y de Inglaterra habian partido para una cruzada cuyos fines no correspondieron á sus altos principios, y de la cual volvieron enemistados los que habian salido de Europa amigos; en 1194 habia muerto Saladino; en 1195 Alejo Ánjelo habia hecho arrancar los ojos á Isaac, su hermano, para quitarle de las manos el cetro de oriente; el año siguiente la guerra civil habia devastado la Polonia; en 1199 habia muerto Ricardo, rey de Inglaterra, á quien tuvo preso dos años el duque de Austria al volver aquel monarca de la Palestina; en 1200 hay memorias de que ya se habia usado la brújula; en 1202 el nuevo rey de Inglaterra habia sido acusado ante la asamblea de los Pares de Francia como reo de asesinato en la persona de su hijo Arturo; en 1203 los franceses, los venecianos, y otros cru-

zados se habian apoderado de Constantinopla; un año después los latinos se habian hecho dueños de ella proclamando á Boduino; y por último en 1209 habian tenido lugar los sangrientos asaltos contra Carcasona y Beziers, en donde los cruzados mandados por el conde Simon de Montfort habian pasado á cuchillo treinta mil herejes con sus niños y mujeres.

CAPÍTULO V. — Fin del imperio de los almohades; guerras civiles de los árabes españoles. Conquistas de los iberos; sucumben las Baleares; tomas de Úbeda, Córdoba, Denia, Jaen y Sevilla. Don Jaime I, rey de Aragon. Don Teobaldo I, rey de Navarra. Fin de los reinados de Alonso IX, rey de Leon, y de don Alonso VIII, rey de Castilla. Reinado de don Enrique I en Castilla. Don Fernando III, rey de Leon y de Castilla.

DE 1213 A 1232.

Los árabes dan el nombre de Almostansir Bila al sucesor de Amuminin Anasir, rey de los almohades. Once años reinó Almostansir, sin informarse siquiera de los negocios de estado, sin cuidarse de otra cosa fuera de las atenciones de su serrallo. Á lo mas daba algun paseo por sus jardines y por las tierras sitas en torno de sus palacios, y allí pasaba los dias en agradables pláticas y entretenimientos. Sus cortesanos reinaban por él, y decian que era el monarca mas afortunado de la tierra, libre de congojas y cuidados, ignorante de las infelicidades y miserias, y únicamente sabedor y muy familiarizado con los placeres. No llegaban á sus oidos los llantos, y se veia circundado siempre de sonrisas. No sabia que en su nombre se vendian los destinos públicos, que la justicia se torcia á merced de los potentados, y que cada jeque se habia convertido en un tirano. Almostansir no conocia otras tiranías que los caprichos de las

que él llamaba sus esclavas. Á un tío suyo, Abu-Muhamad, le encomendó en España las comarcas de Murcia, Denia, Játiva y Valencia; á Abu-Abdala le confió la Andalucía entera: y ambos á dos pareció que habian tomado por norma de su conducta dar honra y provecho á los dadivosos. Por mas avisos que les daban de que los cristianos se iban adelantando paso á paso, y que los almohades iban perdiendo terreno cada dia, no acertaban á hacer un llamamiento á los instintos nobles, y veian con la mayor indiferencia, dice una leyenda árabe, marchitarse los laureles ganados por los ismaelitas. Los de Afranc, ó iberos orientales y de los montes, por una parte, los iberos centrales, por otra, y los occidentales, por la parte del Algarbe, uno á uno iban arrancando los florones de una corona admirable. Alguna vez, los que defendian las fronteras rechazaban las cabalgadas de los infieles, sorprendian sus acampamentos y regaban con sangre de los cristianos las riberas del Júcar y las del Betis; pero las mas de las veces, añade el autor árabe, el infortunio perseguia á los creyentes y favorecia á los nazarenos. En 1223 dió el último suspiro, rendido por el deleite, en medio de las delicias del serrallo, el monarca Almostansir Bila. Junto á su cadáver lidiaron sus deudos por la sucesion al trono y por la reparticion de sus despojos. Cada jeque favorecia á un pretendiente; cada walí deseaba transformar su gobierno en un señorío. Aladel, hijo de Jacob Almanzor, obtuvo los sufragios de los mas y fué entronizado. Los que le habian elegido se llamaron muy pronto á engaño, diciendo que á ellos les convenia un rey que no reinase, y nó un hombre que como Aladel soñase en practicar virtudes. Para entronizarle habian sacrificado á Abdel-Wahid, hombre cruel que deseaba reinar apelan-

do á los medios sanguinarios, y en quien ahora reconocian mas mérito, puesto que al menos no trataba de poner coto al desórden ni de remediar las arbitrariedades, ni de castigar las injusticias. Aladel no era á la verdad un hombre flexible; pero tambien es cierto que la flexibilidad debia ser llevada al mayor extremo para dar satisfaccion á los degradados almohades. Así es que los wadies, temerosos de la tirantez de su príncipe, preferian, antes que cumplir sus órdenes, rendir parias á los cristianos y reconocerles señorío. Esto practicó el gobernador de Baeza, y se hallaban dispuestos á practicarlo otros. Aladel murió en 1227 á manos de los mismos que le habian entronizado: le creian incapaz de adornar el trono con sus virtudes, y por esto le habian elegido; y conocido su error, le derribaron. Su hermano Almemun sube al trono. Dotado de grandeza de ánimo y de una claridad mental privilegiada, conoció que el estado no podia marchar libre en sus movimientos mientras no se quitase de en medio la teocracia del consejo de los jeques establecida por Mehedi. Decia Almemun que era imposible gobernar á los almohades, si éstos no veian en su rey al único intérprete de la voluntad divina. La razon de ser de sus vasallos debia, en su opinion, buscarse en la energía de la voluntad del príncipe. Algunos temieron que Almemun no se aferrase demasiado en las abstracciones para poder ser bienquisto de sus súbditos; y les pareció que la crueldad naceria de ellas como primera é inmediata consecuencia del desapego á los cuerpos nacido del demasiado amor á las almas. Los jeques vieron amenazada su prepotencia, y conspiraron. Uno de ellos, Yahye ó Hiaya Anasir, fué proclamado rey por los principales descontentos, y pasó á España con gente escogida para derribar por la fuerza á

Almemun, ó quien llamaban usurpador del imperio de los almohades. La fortuna no le fué propicia al jeque, antes tuvo que refugiarse, desbandadas sus tropas, á las sierras. Esta victoria dejó por un momento libre el campo á Almemun para guerrear con los cristianos, y dicen los árabes que los venció junto á Jaen, é hizo en ellos grande estrago. Obtenidas estas ventajas, y acaso sobradamente confiado en ellas, pasó á Marruecos, y allí en un día hizo degollar á cuatro mil jeques y consejeros del trono, y mandó que sus cabezas fuesen colocadas en garfios alrededor de aquella capital de su imperio. Al mismo tiempo dispuso que fuese borrado de las preces el nombre de Mehedi, y lo mismo de las inscripciones y monumentos públicos. Desde este momento le fué forzoso reinar apelando constantemente al terror en todos los actos del gobierno. Por las vias del amor, de la sumision voluntaria y del respeto, no obtenia nada; por el espanto, todo. Á los que le decian que podia infestar el aire el mal olor que despedian aquellas cabezas, les respondió lo que un emperador romano, que olian muy bien los cadáveres de sus enemigos. Volvió á España por los años de 1230, é hizo una nueva campaña para mantener á raya á los partidarios de Yahye Anasir, y á los de otro jeque, Aben-Hud, que hostilizaba incesantemente á Abu-Abdala, hermano de Almemun, gobernador de Granada. Antes quiso recobrar la plaza de Baeza, cuyo jeque se habia pasado á los cristianos. No bien se acercó á ella, los moradores se sublevaron contra el que los mandaba, le depusieron, le dieron muerte violenta, y presentaron su cabeza al rey de los almohades. Este se dió por satisfecho y perdonó á todos los habitantes, con la idea de conservar enteras sus fuerzas para perseguir á Anásir y Aben-Hud. Al efecto pro-

curó firmar treguas con los cristianos. Pero Aben-Hud en el entretanto se habia apoderado de Murcia; y muy luego despues otro jeque, por nombre Zeyan, se habia hecho dueño de la ciudad de Valencia. El mismo Abu-Abdala, por mas esfuerzos que hizo, no habia podido sostenerse en Granada, ni rechazar de ella á los parciales de Aben-Hud, y se habia visto obligado á abandonar la plaza, é ir á juntarse en Córdoba con Almemun su hermano. Entónces conoció este que el imperio de los almohades se desmoronaba; y se volvió al África, diciendo que volveria con un ejército formidable. En realidad llevaba comprimido el pecho. Veia que habian sido inútiles sus rigores y su crueldad para devolver la vida á un cuerpo corrompido, y deploraba la dura necesidad en que se habia visto de exterminar para reinar, y de acabar tal vez con alguno de quien algun dia los almohades hubiesen podido esperar un remedio. Por mas ilusiones que quisiese hacerse, quedaban perdidas para él las tierras deliciosas de la Iberia árabe. Los cristianos y los musulimes á una le rechazaban de ella. Si algunas ciudades le obedecian aun por puro temor, las demás le cerraban las puertas, y le amenazaban con una guerra sangrienta. La tristeza penetró en el ánimo de Almemun, y llevó á este monarca al sepulcro en 1232 cuando se dirigia á su corte. En él acaba la dinastía de los almohades que ejercieron mando en España. Otros sucesores suyos, levantados un dia, derribados otro, se fueron reemplazando en Marruecos, hasta el año 1270 en que entregaron el cetro á los Beni-Merines: pero ninguno pudo ya llamar suyas esas comarcas de nuestra Península que habian excitado la ambicion de Abdelmumen. Al tiempo de su partida, habia Almemun encomendado los restos de sus tropas en España á sus hermanos Abdala

y Muhamad, y á su hijo Abul-Hasan. Muhamad fué el primero de los tres que se vió reducido al último extremo, hasta el punto de verse obligado á ampararse del rey de los cristianos orientales. El efecto que produjo esta desercion fué inmenso. Nó era un Omeya acostumbrado á tener tratos con los infieles quien se pasaba al campo enemigo; nó uno de aquellos mal aconsejados walíes que de gobernadores quisieron pasar á ser reyes para convertirse en esclavos; nó uno de aquellos almoravides que se denominaban regeneradores, pero en quienes la inflexibilidad de carácter no era la prenda de ánimo dominante: sino uno de los implacables sucesores de aquel reformador terrible que no reconocia mas Dios que uno, mas ley que una, ni otra voluntad que la del profeta inexorable. El prestigio de los almohades quedaba desvanecido. Valencia, Játiva, Denia, Murcia y Granada, se habian separado ya de su obediencia. Abdala en tanto habia firmado alianza con los infieles, dicen los árabes, y se preparaba por la parte de Mérida á hacer la guerra á los musulimes. Pero Aben-Hud le salió al encuentro, y le venció en las cercanías de Mérida. Abul-Hasan no fué mas afortunado. Á tenor de las memorias de los árabes, el rey de los infieles de la España oriental debió á la candidez de Muhamad la conquista de Mallorca y de las Baleares, consumada en 1232. Muhamad llegó á entender que los cristianos serian los mejores guardas de sus intereses y sus mas fieles amigos: pero muy pronto conoció que trabajaban por cuenta propia, y que en todas partes no hacian diferencia de omeyas, almoravides, ni almohades, sino que buscaban por do quiera tributarios y vasallos. Primero se contentaban, dicen los árabes, con unas moderadas parias, luego las exigian dobladas, á poco pedian homenaje, y última-

mente exigian la posesion junto con el dominio: y como los árabes, á trueque de tenerlos por auxiliares en sus fatales desavenencias, les concedian lo primero, fueron por grados otorgándoles lo segundo y lo tercero, y cuando quisieron defender su última trinchera era ya tarde. El rey Gaimis, por una parte, añaden, y el rey Ferdeland, por otra, fueron los mas crueles azotes de los musulimes. Ferdeland derramaba sus huestes como un torrente por la Andalucía, y deseaba hacer suyos los pueblos todos bañados por el Guadalquivir y el Genil. No eran sus cabalgadas como aquellas de los tiempos pasados en que los cristianos se internaban con ímpetu, devastaban una comarca, y luego desaparecian; ahora iban tomando acta de dominio de la tierra que pisaban. Divididos los moros, cada ciudad peleaba por su causa propia, nó por la de ningun príncipe, y cada jefe se defendia ó capitulaba segun eran las esperanzas que le animaban de sacar algun partido de aquella confusion miserable. Á los que abrian las puertas, no se les otorgaba ya salvedad de vidas y haciendas; se les daba solamente un salvoconducto para trasladarse á donde les pluguiese. Si oponian resistencia, la ciudad era entrada á saco y á cuchillo. En Balma no dejaron con vida á ningun ser humano. Hasta muy cerca de Jerez, dice un autor árabe, se corrieron las huestes de Ferdeland, y allí acudió el esforzado Aben-Hud, y las acometió en las mismas márgenes de aquel Guadalete que un dia presenció el triunfo de los islamitas y la vergonzosa rota de los godos. Esta vez los árabes fueron derrotados. Ferdeland infundió alientos á los suyos diciéndoles que si no triunfaban las aguas iban á ser su sepultura; y al mismo tiempo hizo degollar á los cautivos musulimes que llevaba hechos, como para indicar que aquel com-

bate debia ser de muerte, á todo trance, y fiero. Aben-Hud tuvo que replegarse vencido. Esto fué en 1233 segun las memorias de los árabes.

Dos años despues el incansable enemigo de Alá , añaden, el terrible Ferdeland , se puso sobre la ciudad de Úbeda. Esta plaza, que habia humillado el orgullo de su abuelo Alonso , fué reciamente combatida con varios ingenios ; y la que habia resistido á tres reyes poderosos , tuvo que entrar en tratos con ese Ferdeland afortunado. Úbeda recibió un presidio de cristianos. Y como si los desastres se hubiesen escalonado para los musulimes , desde la rota que sufrieron no muy lejos de esta misma fortaleza , acaeció que , por no permanecer ociosos los cristianos que la guarnecian, intentaron una noche un golpe de mano contra una torre de la ciudad de Córdoba. La suerte les fué propicia. Reunidos con ellos otros fronteros , sorprendieron á los defensores de aquella plaza , dieron tiempo á Ferdeland para que les enviase refuerzos, y sostuvieron contra los cordobeses, por espacio de algunos meses, unos sangrientos combates. Esta lucha, que era la suprema , fué tremenda. Calle por calle , casa por casa , defendieron los cordobeses sus hogares , contra los que reclamaban una posesion perdida hacia ya cinco siglos. Todos confiaban en que Aben-Hud no los dejaria abandonados. Ya no se trataba del triunfo de una ú otra parcialidad árabe , sino de trocar en cruces las medias lunas. Aben-Hud vaciló. Le acababan de llegar partes de la España oriental en que le avisaban que Zeyan , jefe de los musulimes del Júcar, y señor de aquella comarca, se le ofrecia por tributario si le amparaba contra el rey Gáimis que iba á apoderarse de sus dominios. Aben-Hud creyó que era preferible ganar una provincia antes que salvár á Córdoba , y se

quedó sin ambas cosas. Continuaba en aquella ciudad la lucha, convertida en centro á donde acudían por momentos nuevas huestes cristianas, y también nubes de guerreros compuestas de musulimes que creían llegado el momento de probar el amor á la ciudad que era el ornamento de su tierra. Pero, desde que cundió la fatal nueva de que Ferdeland se acercaba y Aben-Hud huía, el desaliento se apoderó de los moradores, y ya no trataron de continuar sus esfuerzos en favor de la que mereció ser llamada la reina de las ciudades de la Iberia árabe. Forzoso les fué recibir la ley y pasar por el yugo. Solo quedaron sa'vas las vidas y la libertad de los habitantes; las haciendas quedaron á merced de los vencedores. Los califas habían sucumbido; en pos de ellos los reyes unos á otros se habían despojado; y unos míseros jeques habían completado la obra de la decadencia y la ruína de un imperio que en sus varias vicisitudes duraba hacia ya quinientos años. Las mezquitas, dice otro autor árabe, fueron profanadas; los nombres de Alá, y de su profeta, fueron en ellas maldecidos; las casas de los musulimes se las repartieron sus más encarnizados enemigos; sus prendas, sus heredades, sus alhajas, pasaron á ser patrimonio de los infieles; y las esposas y las hijas de los creyentes que no quisieron ir á pasar sus días sumidas en la miseria, se entregaron á los mismos que habían labrado la deshonra de sus familias. La pérdida de Córdoba fué el preludio de la de otras plazas que ya no pudieron defenderse. Esto pasó en 1236. Mientras tenían lugar en Andalucía unos hechos tan trascendentales, el reino de Valencia continuaba siendo teatro, nó ya de algaras é incursiones, sino de una guerra obstinada. Zeyan, jefe de los moros, había llevado sus talas hasta muy cerca de Amposta y Tortosa; y á su vez

los cristianos se habian hecho dueños de Alcalaten, Benisola, Burriana, Buñol y Castellon; y aunque habian tenido que levantar el sitio de Cullera, llevaban ya su atrevimiento hasta amenazar los pueblos de las llanuras de Valencia. Zeyan puso sitio á Santamaría, pero los cristianos hicieron una salida tan vigorosa, que le obligaron á levantar el campo y á ir á encerrarse en Valencia, año de 1237. En vano enviaba mensaje sobre mensaje á Aben-Hud para que no demorase el socorrerle. Este príncipe habia pasado á Almería, desde donde pensaba trasladarse por mar á Valencia con sus mejores tropas. Pero Abderraman, alcaide de aquella ciudad, le ahogó en su propia cama, ya porque temiese que iba á ser destituido, ya por connivencias con los jefes de las huestes que debian ser embarcadas, y no deseaban ir á defender comarcas distantes cuando veian la suya tan amenazada. Sabida la novedad, y divulgada la circunstancia de que Aben-Hud habia muerto de apoplejía, los soldados se fueron á Granada, y allí proclamaron por rey á Aben Alamar, señor que era de Jaen. Zeyan quedaba reducido á no confiar mas que en sus propias fuerzas. Su implacable enemigo, el rey Gaimis, dicen los árabes, se puso á la vista de Valencia á la cabeza de ochenta mil combatientes y de una chusma innumerable que cubria las llanadas é iba rechazando á los creyentes. Todos los mejores guerreros de la banda oriental del Ebro militaban á sus órdenes. Las naves de Barcelona tambien acudieron para impedir que por mar les llegase ningun socorro á los sitiados. La comarca entera daba auxilios á los de fuera. Ya no era esta acometida, como la del Cambitor, una expedicion aventurada, hija mas bien de la temeridad que del cálculo, y obra de una alianza de musulmes que habian tomado por jefe á un Tagi de los infie-

les: era una campaña ordenada, consecuente, inevitable, y en alguna manera el cumplimiento necesario de unos antecedentes deplorables para los islamitas.

Desde el Ebro habían ido conquistando los cristianos todas las cordilleras que van hasta Teruel, y una vez apoderados de esta comarca, de donde salió catorce siglos antes la ruína de Sagunto, hallaron reunidos todos los elementos necesarios, nó para destruir, sino para recobrar una de las mas bellas posesiones de sus mayores. No les faltaron máquinas, ingenios, truenos, añaden los árabes; no escasearon las acometidas nocturnas ni los asaltos generales; y tampoco dejaron de mostrar los sitiados un ánimo esforzado. Pero los destinos de aquella hermosa ciudad estaban trazados en el libro de Alá. Nadie la socorrió. Una escuadra africana, que intentó alejar de sus costas á la barcelonesa, fué dispersada por una tempestad y tuvo que volverse. Los moradores de Valencia, muchos de ellos amigos de los cristianos, ó nazarenos acaso, en secreto, y acostumbrados á vivir en buena armonía con los sitiadores, clamaban porque no se llevase la defensa á un extremo que acarrease la perdicion comun. El mismo Zeyan conservaba en su pecho un vago deseo de salvar sus tesoros y su vida, y una grata esperanza de mejorar en otra parte su fortuna. Así fué que en 1238, dicen unos cronólogos árabes, aunque otros no andan conformes en la fecha, Valencia dejó de pertenecer á los árabes, y abrió sus puertas al rey Gaimis. Este prometió seguridad personal á los habitantes: á los que desearan permanecer en la ciudad, los igualaria en derechos á los demás vasallos; á los que prefiriesen alejarse con todos sus bienes, ó con la realizacion de los mismos, les seria dada libertad completa para ello, como lo efec-

tuasen dentro de cierto plazo; y á los que desde luego se declarasen por súbditos del nuevo monarca, se les permitiera el ejercicio de su culto y el libre uso de sus leyes y costumbres. Es bueno dejar aquí consignado lo que dicen los árabes de esta capitulación de Valencia, y será conveniente cotejarlo despues con lo que arrojan de sí las memorias de los aragoneses. Esta pérdida no sirvió de enseñamiento á los caidos. Los valencianos que cruzaron el Júcar para ir á buscar un asilo entre sus correligionarios, no hallaron entre ellos mas que tristes bandos, y encarnizadas parcialidades. Cada pueblo queria ser árbitro de sus destinos. Todos ellos se negaban á reconocer por jefe á un forastero, y preferian ponerse bajo la proteccion de los cristianos, antes que pelear siguiendo las banderas de ningun jeque. Murcia, Elche, Alhama y otras varias poblaciones se reconocieron por tributarias del castellano. Ferdeland se mostró con ellas mas flexible que con los andaluces, para impedir que el rey Gaimis le ganase de la mano. Un jeque de Lorca, por nombre Muhamad-ben-Alí, que se titulaba tambien señor de Cartagena y Mula, no quiso avenirse con los cristianos y tuvo que batallar con Aben Alamar, rey de Granada, que le tomó la última de aquellas plazas. Aquel jeque entregó las plazas de Lorca y Cartagena á Zeyan, el fugitivo de Valencia. Aben Alamar trataba de concentrar los últimos restos de los árabes españoles. Para ello convertia la ciudad de Granada en una suntuosa corte. Los fugitivos de las Baleares, Córdoba, Valencia y otros pueblos acudian á ella deseosos de hallar una nueva patria mas afortunada que la que habian perdido. Al África emigraban muy pocos, por andar en ella tan enconadas las luchas entre los Beni-Merines y las miserables reliquias de los almo-

des. Los que llevaban consigo riquezas, iban con ellas á Granada. Aben Alamar supo recibir bien á sus huéspedes. Todos ellos se prestaron á pagarle buenos tributos, con tal que les diese un buen gobierno y la tranquilidad, órden interior y concordia que tanto deseaban. Sin los cuidados de Aben Alamar esa poblacion errante hubiera sucumbido por falta de refugio: Aben Alamar creó con ella un estado floreciente. Aun teniendo que sostener con los cristianos una guerra incesante, puso en buen estado las fortalezas del reino, en especial las fronterizas, y convirtió en un pensil inmenso la vega de Granada. En esta su capital fundó colegios, edificó vastos almacenes en que pudiesen guardarse provisiones para mucho tiempo, erigió fuentes, construyó mercados, y levantó hospederías para los forasteros, hospicios para los ancianos, hospitales para los enfermos. Granada quedó en muy poco tiempo transformada en una ciudad deliciosa, y mientras otros pueblos no muy distantes perecian, ella cobraba fuerzas y se engrandecía. Por este tiempo, mientras se formaba el último baluarte de la dominacion árabe, y mientras los portugueses redondeaban por la parte del Algarbe sus conquistas, y se apoderaban de las plazas de Alisbona, Lerina y Merina, Gaimis al oriente de la Península, y Ferdeland en la Andalucía, hacian grandes progresos. El rey de la España oriental se puso sobre la ciudad de Denia y la entró, despues de un sitio largo y porfiado, en 1243. Algun tiempo despues la plaza de Játiva cayó tambien en poder de los cristianos, pero estos no cumplieron los tratos con que habian obtenido la rendicion de los moradores. Habian prometido, dice el autor árabe Alcoday, seguridad en las haciendas y libre uso de su culto á los vencidos, y sin embargo los arrojaron muy luego des-

nudos de sus hogares. Añade que en Valencia sucedió otro tanto, salvadas un poco mas las formas, pues los moros, viendo que era insoportable la dominacion de los cristianos, se vieron obligados á abandonar la ciudad é ir á avecindarse en Granada. Aben Alamar conoció muy presto que le seria imposible sostenerse y resistir al ardimiento de dos reyes poderosos, si no ganaba el tiempo necesario para robustecer su naciente dinastía. Ya Ferdeland habia puesto sitio á la ciudad de Jaen; ya habia salido infructuosa una campaña dirigida por Aben Alamar para salvar la plaza; ya veia el granadino estar pendiente sobre su cabeza la furia del castellano, mientras por la costa se iba adelantando contra él el implacable Gaimis. Entónces Aben Alamar determinó aliarse estrechamente con uno de aquellos dos temibles enemigos. Es necesario tener muy presente esta explicacion que los árabes dan acerca de las campañas de este tiempo, para poder compararla luego con las que se desprenden de las historias de los iberos, y formar en vista de su conjunto el juicio conveniente. Aben Alamar creyó que, derribados los tronos árabes de la España oriental, tomada Córdoba, y amenazadas de una conquista inminente las riberas del Guadiana, las del Guadalquivir y la parte peninsular del estrecho, no podia salvarse el reino de Granada mas que por medio de una alianza con el castellano. Estando á la vista de Jaen, el granadino se fué en busca del rey de Leon y de Castilla, le ofreció parias, vasallaje y una alianza constante, y obtuvo á costa de tales sacrificios la amistad y la seguridad que apetecia. Vivir sin aliados y protectores le era imposible; del África no podia ya esperar auxilios, pues los almohades eran enemigos suyos, y los Beni-Merines acaso meditaban ya su ruína; y si no buscaba amigos entre los

mismos nazarenos , ya solamente Alá podia evitar su desgracia. Añádase á esto que la mayor parte de sus súbditos no pertenecian á los almohades , ni á los almoravides , ni miraban como á patria suya esa África de la que habian salido sus mas encarnizados enemigos. Su cuna eran las llamadas del Betis, los valles que va regando el Genil, las tierras que baña el Júcar , las costas que bate el mar desde la boca del Ebro hasta la ciudadela de Jebal-Taric, junto al Estrecho. Los mas de ellos estaban acostumbrados á vivir en alianza con los iberos , y no tomaron á mal que Aben Alamar interpretase de aquella suerte sus deseos. Parece que el granadino se obligó á asistir á las asambleas ó córtes que juntase el castellano. Esto corrobora la opinion de los que creen, segun tuvimos ya ocasion de manifestarlo , que los príncipes no concedieron á los pueblos su asistencia á las córtes como un derecho que les otorgaban , sino como una obligacion que les imponian. Aben Alamar estaba tenido á enviar sus procuradores á las córtes del castellano , además del subsidio que debia pagar anualmente. La plaza de Jaen recibió un presidio de castellanos , y quedó en poder de los mismos como en garantía de lo pactado. Dícese que esto pasó en 1245. Muy luego el árabe feudatario tuvo que juntar sus huestes con las del rey de Leon y de Castilla. Ferdeland, dicen los árabes, queria tener la posesion completa del Guadalquivir, desde donde cruza la ciudad de Córdoba hasta su desagüe en el vasto Océano. El castellano y el granadino hicieron juntos una campaña. Uno de los monarcas iberos mas celoso de la propagacion del cristianismo, y uno de los reyes árabes mas interesado en que el Coran no desapareciese de la Península , guerrearon juntos , en buena paz y armonía , contra los últimos y ya esparcidos

restos que en Andalucía quedaban de los almohades. Allí en donde las poblaciones no se prestaban á recibir el nuevo yugo, las tierras de las cercanías eran taladas, los bosques y los frutales destruidos, los viñedos devastados. Si el pueblo rendía homenaje y reconocía al nuevo dueño, las luchas se trocaban en fiestas, y los gritos de guerra en demostraciones de regocijo. La población de Alcalá de Guadaíra y su comarca, primicias de esta campaña, fueron entregadas á Aben Alamar en pago de su buena correspondencia. Después se dieron á partido Constantina, Lora y Carmona, casi sin necesidad de ningún amago de fuerza. Lo mismo hizo la plaza de Guillena. Los de Cantillana opusieron una resistencia tenaz, y fueron pasados á cuchillo; y los de Alcalá del Río hicieron una salida impetuosa que les costó mucha sangre á los guerreros de Ferdeland: pero acudieron las huestes de Aben Alamar, cortaron la retirada de la plaza á los enemigos, y les obligaron á ir á meterse en Sevilla. Allí les siguieron los aliados en 1246. Acampados en las dos riberas del Guadalquivir, pusieron sitio á la plaza, y le fueron estrechando por agua y por tierra. Las naves de los aliados sostenían cada día choques y encuentros con las de los sevillanos, por la interceptación completa de víveres á que aquellos aspiraban.

Aben Alamar se portaba, no solo como un valiente, sino como un general consumado, de suerte que los autores árabes dicen que había conquistado en las asambleas el derecho de hacer adoptar sus consejos con solo manifestarlos. Hacia que sus huestes desplegasen toda su energía en las acometidas, el mayor orden y serenidad en las retiradas, y una actividad incomparable en las marchas. Y al mismo tiempo estudiaba la táctica de los iberos, y escudriñaba su

flanco débil y sus defectos. Algunos creen que en ese estudio, y en las observaciones hechas por aquel caudillo, debe buscarse la razón del ser y de la duración del imperio de Granada. Viendo Aben Alamar que era indispensable, para el buen éxito del sitio, separar á los defensores de los dos barrios en que estaba dividida Sevilla, hizo preparar naves incendiarias, y consiguió que la misma fuerza de la corriente del Guadalquivir las llevase disparadas contra el puente de barcas por el que los sitiados pasaban el río, y le rompiese y redujese á cenizas. Ya entonces los sitiados no pudieron auxiliarse unos á otros, siendo así que los sitiadores podían concentrar sus fuerzas en donde mejor les pareciese. Los sevillanos comprendieron que esto era una lucha de vida ó de muerte. No era un Dilnun afortunado quien trataba de penetrar por sorpresa en la ciudad para reinar en ella según los preceptos del Coran, sin aspirar á la ruina de los moradores; ni era tampoco un Aben-Abed, sediento de venganza, nó contra sus vasallos, sino contra sus enemigos los toledanos: era un nazareno que había jurado á Alá y á Mahoma un odio inextinguible, y se aliaba con el granadino, nó por elección, sino por necesidad, para alcanzar sus fines, y en sus adentros suspiraba por borrar de todas partes aquellos dos nombres, derribar las medias lunas, profanar las mezquitas, y cubrirlas de imágenes, salidas de las manos de sus escultores, y de cruces, símbolos de sus creencias. Determinaron, pues, añaden los árabes, vender caras sus vidas, ó sucumbir con honra. Unos diez y seis meses duró el sitio, y fué una serie de combates que casi no tuvieron interrupción, y formaron uno solo, largo, porfiado, y sobremano sangriento. Sitiados y sitiadores hicieron uso de las mejores máquinas en-

tónces conocidas , terrestres y marítimas. Los primeros disparaban saetas con tanta furia , por ingenio , nó por fuerza de brazo , que rompian las armaduras de hierro de los caballos , pasaban su cuerpo , y aun iban á clavarse mas lejos. Defendia la ciudad aquel Abul-Hasan , hijo de Almemun , rey de los almohades , y veia en ella el resto de las pasadas grandezas de sus mayores , y la llamaba su corte , la reina del Guadalquivir y la perla de la Andalucía. Hizo los mayores esfuerzos para alejar de sus muros á los nazarenos y al granadino que los auxiliaba , pero viendo que no podia prometerse ningun humano socorro , ni de esa España en donde la estrella de los árabes se eclipsaba , ni de la vecina África entregada á las guerras civiles , no quiso convertir en ruinas su poblacion predilecta , y prefirió entrar en tratos con los sitiadores. Ferdeland y Aben Alamar se dieron por muy satisfechos. Los dos deseaban evitar á los sevillanos un dia de horror , el primero para poseer entera y en todo su esplendor la joya que tanto codiciaba , y el segundo por su natural anhelo de ser parco en el derramamiento de sangre de sus hermanos. Abul-Hasan propuso que se prometiese á los sevillanos seguridad completa de vidas y haciendas , libertad individual , ningun recargo de pechos fuera de los que venian satisfaciendo , si deseaban permanecer en la ciudad ; que se diesen plazos convenientes y términos hábiles para que dispusiesen de todo cuanto les pertenecia á los que desearan abandonar sus hogares ; que se facilitasen medios de transporte á los que quisiesen pasar á África ó á algun punto de la Península ; y por último , que pudiesen vivir segun sus leyes , usos , religion y costumbres , los moradores de la ciudad y de la comarca. Á todo se avino el castellano , menos á conceder la tolerancia religiosa ; y en

cambio prometió á Abul-Hasan amparo y haciendas en cualquier punto de sus estados que eligiese para residencia. Aben Alamar no instó al castellano para que mudase de opinion, pues sabia que su tirantez en materia de creencias despo- blaria la ciudad de Sevilla y sus contornos, y contribuiria á duplicar la poblacion de las Alpujarras, de las márgenes del Genil y de la Vega de Granada. Abul-Hasan cedió, y fir- mó los tratos, borrado aquello de las leyes, religion, usos y costumbres. Sevilla abrió sus puertas á los iberos en 1248, al cabo de quinientos treinta y seis años de haber sido arre- batada de manos de los godos. El celo religioso de Ferde- land, dice un autor árabe, en echar por tierra los sepul- cros de los moros, en borrar las inscripciones del Coran, en profanar las mezquitas, y en llenarlas de cruces é imá- genes, sirvió extraordinariamente á Aben Alamar, su aliado. Ferdeland, añade, conquistó las piedras de Sevilla, y las de las innumerables quintas de sus cercanías; Aben Alamar consiguió que pasasen á sus tierras medio millon de habi- tantes con toda su industria, con toda su energía, y con to- das sus riquezas, á excepcion de los edificios y de las tier- ras. El primero, aunque mas dado á los espíritus, se quedó con la materia inerte; y el segundo, que atendia mas á las cosas terrestres, halló el gérmen de vida y nutricion para sus estados en lo que el otro despreciaba. Ferdeland se des- pidió de Aben Alamar, dedicándose enteramente al cuidado de repartir á sus ricos-hombres las tierras y las viviendas que los moros habian abandonado: tierras que los ricos- hombres debian dejar incultas; viviendas que en su posesion pronto caerian desmoronadas. Aben Alamar se volvió á sus estados con diez veces mas gente, y cien veces mas recur- sos con que habia salido para la guerra; y se ocupó en con-

ceder baldíos y eriales á los que venian dispuestos á transformarlos en pensiles. No es pues extraño que los granadinos le recibiesen en triunfo con entusiastas vítores y aclamaciones. Saludábale la plebe llamándole galib ó vencedor, y él respondia, el vencedor es Alá; y así lo puso en su escudo, cuyo campo de plata cruzaba una banda diagonal azul salida de las bocas de dos dragones. El respiro de que disfrutó entónces Aben Alamar le dedicó enteramente á fomentar en su reino las artes de la paz, sin las cuales opinaba que era imposible en su dia sostener la guerra. Protegida la agricultura, dió en poco tiempo un valor considerable á unos terrenos que antes no tenian ninguno. Poblados los campos, dió ocupacion por medio de la industria á los habitantes de los pueblos, para que, decia, no se consumiesen inútilmente los frutos de la tierra, y no se enervase en el ocio una poblacion destinada algun dia á defender la patria. Á los elementos que daba de sí la tierra añadió los productos de las minas, pues es fama que las halló abundantes de toda clase de metales desde los mas preciosos hasta los menos estimados. La cria de los gusanos de seda, la elaboracion de este producto, y las fábricas de primorosos tejidos á que la misma dió lugar; los muchos premios concedidos á todos cuantos sobresalian en algun arte ú oficio; la proteccion asidua é inteligente otorgada á los artistas sobresalientes; y mas que todo la templanza del gobierno establecido por Aben Alamar, convirtieron en muy poco tiempo á la risueña Granada y á su comarca en un jardin inmenso, última esperanza de los árabes españoles. Aben Alamar decia que no existiria en la tierra un ser mas desventurado que el hombre, si incesantemente no le alentasen los hálitos de la esperanza. La dominacion de los vireyes árabes habia

desaparecido en el año 756; los califas Omeyas de Córdoba habian sucumbido en 1031, sacrificados por la ambicion de sus mismas hechuras; catorce de sus gobernadores arrogantes se habian convertido en reyes, los de Murcia y Badajoz en 1010, el de Granada en 1013, el de Zaragoza en 1014, el de las Baleares en 1015, el de Valencia en 1021, el de Sevilla en 1023, el de Toledo en 1026, y los de Almería, Denia, Jaen, Lisboa, Málaga y Tortosa en 1031, imitándolos el de Córdoba; y unos tras otros habian caido por su soberbia en poder de los iberos, Toledo en 1085, Valencia en 1094 y 1238, Zaragoza en 1118, Lisboa en 1147, un año despues Tortosa, Badajoz en 1230, poco antes Mallorca, y tras ella las Baleares, Córdoba en 1236, Denia en 1243, Jaen en 1245, Sevilla en 1248, Málaga y Almería se habian agregado á Granada, Murcia conservaba un resto de independencia peor que la servidumbre, lo mismo que los moradores de Niebla, Jerez y el Algarbe, de manera que ya no existia otro centro del islamismo en España fuera del de Aben Alamar; los almoravides, tan pujantes un dia, se habian estrellado contra el odio unido de los iberos y de los árabes; y los mismos almohades, tan fieros, tan incontrastables un tiempo, se habian disipado, dice el árabe, como las nubes que la calma levanta y que el viento barre: fuera de Granada y sus tierras no habia ya otra madre patria para los árabes que habian visto la primera luz en la Península. Aben Alamar les habia conservado este inestimable tesoro agrupando á los desdichados, recogiendo y levantando á los caidos, declarando á algunos la guerra para poder abroquelarlos luego, y formándose por fin una nacionalidad de proscritos dispuestos á arrostrarlo todo antes de abandonar su áncora postrera. Cuando Ferdeland, dice otro

autor árabe, dió en 1252 el último suspiro, ya el nuevo imperio de Granada había echado unos cimientos sólidos. Fundado sobre las ruínas de los vireyes, de los califas, de los malos gobernadores transformados en reyes, de los soberbios almoravides, y de los crueles almohades, contaba con una existencia propia, basada en un imborrable cariño puesto á la tierra.

Muy poco han estudiado la historia de nuestra Península en el largo período de la Edad Media, los que han dicho que tenían por bochornosa una lucha de ocho siglos emprendida para borrar las huellas de una conquista hecha en una campaña. Precisamente lo mas admirable de la reconquista consiste en que fuese la obra, nó de un año, sino de ochocientos. Ya dijimos que los emprendedores de esta obra no eran aquellos godos degenerados y llenos de ignominia que entregaron la España á veinte mil guerreros árabes, y luego desaparecieron sin que jamás hayan vuelto á levantar la frente. Los que marchaban á la reconquista de su patria, eran los descendientes de aquellos iberos que habian sostenido contra los italianos y sus esclavos una lucha de doscientos años, y que luego habian gemido por espacio de setecientos en una serie de cautiverios, y por fin habian despertado de su letargo, y hacian armas, nó para vengar á los godos aborrecidos, sino para hacer renacer de las cenizas de la antigua tribu aquella nacionalidad que habia sido el terror de Roma. Y no sostenian la guerra para acabar con aquellos invasores solamente, sino para rechazar año por año otras mas formidables é incesantes invasiones.

A una nacion africana se sucedia otra, á un ejército otro ejército; de suerte que no parecia sino que el África en masa y la Arabia entera estaban empeñadas en hacer suya

nuestra tierra á toda costa. Pero la Iberia, contando solo con sus fuerzas, tomando aire y brios en las gargantas del Pirineo, iba resistiendo, adelantando paso á paso, y oponiendo cada dia nuevos diques á aquellas inundaciones humanas. Mucho llevaban ya ganado en la época en que da comienzo este capítulo, y mucho consiguieron en el transcurso del tiempo que el mismo abraza. Por muerte de don Pedro II habia subido al trono de Aragón un niño, Jaime I. Al tiempo de la muerte de su padre, la mitad de la Iberia quedaba ya en poder de los independientes. Estos, que quinientos años antes se habian visto reducidos á la defensa de la cordillera que corre desde el cabo de Creus, en Cataluña, hasta la Coruña, en Galicia, habian ido recobrando su patria por Asturias, Leon y Castilla de un lado, y por Navarra, Sobrarbe, Ribagorza y los ceretanos de otro, hasta ganar la orilla septentrional del Duero por un flanco, el alto Ebro por el centro, y el condado de Barcelona al oriente. Una vez abandonadas las cordilleras, lidiaron los independientes por la posesion de los grandes rios peninsulares. Desde las riberas del Duero pasaron los portugueses, leoneses y castellanos á tomar posesion de las márgenes septentrionales del Tajo, y aun los últimos se corrieron por Uclés, Cuenca é Iniesta, hasta el alto Júcar, mientras los aragoneses y los catalanes se apoderaban de toda la cuenca del Ebro, y amenazaban el reino de Valencia. Ahora la marcha natural de la reconquista señalaba á los portugueses el Algarve como término de sus afanes; á los castellanos y leoneses el estrecho de Gibraltar y la cuenca del Guadalquivir; y á los aragoneses y catalanes dicho reino de Valencia hasta el cabo de Palos y la reconquista de las Baleares. La parte que tocaba á los aragoneses y catalanes debia ser la obra del nue-

vo reinado que ahora daba comienzo. Los mayores enemigos del niño don Jaime I fueron tres tios suyos : don Guillen de Montpeller, hermano de su madre, que deseaba obtener el señorío de Montpeller; y don Sancho y don Fernando, hermanos de su padre, que deseaban repartirse los dominios de Aragon y Cataluña, y andaban en asonadas con sus parciales para despojar á sus sobrino. Don Guillen habia puesto demanda en Roma ante el papa, y fué vencido; don Sancho y don Fernando traian alterada la tierra, y habian sembrado la discordia entre los ricos-hombres, no siendo escasos en promesas. Casi todas las ciudades y villas, y con ellas el clero, estaban por don Jaime. Los mas de los ricos-hombres aragoneses se declararon por don Fernando. Otros ricos-hombres y caballeros tomaron la voz de don Sancho. Los nobles catalanes y aragoneses que habian acompañado en su última expedicion al rey don Pedro, dirigieron el movimiento de las ciudades y villas en favor de don Jaime, y enviaron una embajada al papa solicitando que mandase al conde Simon de Montfort hacerles entrega del príncipe, y de nó, le retaban como traidor en nombre de los vasallos de don Jaime. Este príncipe fué entregado en cumplimiento de una órden pontificia. Un legado del papa vino con él á Cataluña, y consultados los ricos-hombres y los prelados, fueron convocadas córtés en Lérida en 1214. Á ellas acudieron en masa los partidarios que tenia don Jaime en el clero y en la nobleza, y además muchos caballeros, y diez procuradores, ó ciudadanos, de cada una de las principales poblaciones. Á instigacion del legado, todos los presentes juraron reconocer por rey y defender como á tal al tierno príncipe, mientras le tenia en sus brazos el metropolitano de Tarragona; y hay quien afirma que de aquí tuvieron origen

en aquella tierra las ceremonias de la jura de los reyes, precedida de otro juramento que hacian estos de guardar los fueros, privilegios, usos y costumbres. Asimismo, por iniciativa del legado, en quien parecian cometidas las facultades de los antiguos pretores, se puso al príncipe con buena guarda en el castillo de Monzon, y fueron nombrados tres gobernadores, uno para Cataluña y la parte francesa, otro para el alto Aragon, y otro para vigilar las fronteras de Valencia y de Castilla. Todos ellos cumplian las órdenes de un procurador general, en cuyo nombramiento tambien intervino el legado; y recayó la eleccion en el conde don Sancho, uno de los pretendientes. Para explicar en pocas palabras la situacion de las cosas, bastará decir que el gobernador del alto Aragon era un partidario de don Sancho; el de las fronteras de Castilla y Valencia, un parcial de don Fernando; y el de Cataluña era el único decidido campeón del rey niño. Pero á medida que este iba creciendo, se aumentaba el número de sus amigos y disminuia el de sus contrarios. No por esto cesaban las turbaciones, pues eran muchos los que en ellas hallaban alimento; pero la situacion se iba diseñando. Los partidarios de don Fernando fueron los primeros que entraron en tratos con los de don Jaime, viendo que nada habian adelantado al cabo de cuatro años de una guerra civil sangrienta; y, habidas algunas conferencias, se avinieron á sentar paces. El maestre del Temple, á quien estaba confiada la guarda del príncipe en el castillo de Monzon, cansado de tener que bregar con la natural impetuosidad del rey y con las incesantes tentativas que hacian sus secuaces para apoderarse de él, creyó mas prudente ponerle en manos de aquellos confederados, ó permitir que le sacasen de las suyas, en 1217. Don Jaime era pre-

coz en brios y en inteligencia. Los ricos-hombres le pusieron una cota de malla, y le llevaron, puesto á la cabeza de una hueste, á la ciudad de Huesca y luego á la de Zaragoza, en donde fué recibido con aclamaciones. Esta novedad aumentó el desconcierto de los bandos contrarios y duplicó las fuerzas del rey niño. El año siguiente de 1218 algunos caballeros catalanes, seguidos de gente de varias villas y ciudades, acompañaron á Francia á don Ramon, desposeido conde de Tolosa, y le ayudaron á reconquistar en breves dias sus estados. El conde Simon de Montfort hizo grandes esfuerzos para resistirles, pero fueron inútiles, pues sus vasallos se le rebelaron, le echaron de la ciudad de Tolosa, y él mismo murió en accion de guerra. Entretanto los que rodeaban á don Jaime le hacian convocar córtes, en Lérida unas, año 1217, para reformar abusos y hacer observar la paz y tregua, y en 1218 para poner término á las divisiones que reinaban entre los restos de las parcialidades; en Villafranca otras en 1218, aunque algunos las anoten como celebradas en 1214 y en 1217; en Tarragona otras en 1218; y otras en Monzon en 1217, al decir de unos, aunque hay quien cree que no fueron mas que una reunion de nobles y de clerecía sin concurrencia de las villas y ciudades. Parece que en las de Lérida de 1218 se allanó la parcialidad del conde don Sancho, junto con su jefe, á reconocer por rey á don Jaime, mediante ciertas pensiones y mercedes concedidas al conde y á sus adictos. Es bueno tener presente que, durante estas turbaciones, que pudieron llamarse una larga guerra de sucesion, el clero y las villas y lugares, deducidas muy pocas excepciones, estuvieron siempre por don Jaime, y los ricos-hombres de Aragon anduvieron vacilantes hasta ver qué sesgo tomaba la fortuna y qué ven-

tajas ó desventajas podrian sacar de aquellos acontecimientos. En 1219, al tiempo de la muerte de la madre del príncipe aragonés, ya comenzaba á tomar otro aspecto la comarca, cuando sobrevino una sequía espantosa. Los campos se agostaron, las siembras se perdieron, los ganados perecieron de hambre, y los mas de los infelices habitantes hallaron que la guerra era un lenitivo para su desesperación y su miseria. Otros fueron á buscar la paz y el sosiego que les faltaban al seno de las fundaciones de dominicos y franciscanos que por este tiempo florecian. Don Jaime tuvo que hacer contra sus propios ricos-hombres su primera campaña. Uno de ellos, señor de Lizana, detuvo y se llevó preso, en vez de retarle segun fuero, al caballero Lope de Alberó, cuyo castillo y villa destruyó y puso á saco. El rey mancebo fué contra el agresor, con buena hueste, recobró el castillo de Alberó, y puso sitio al de Lizana y le ganó por asalto. Antes abrió brecha en el muro con una máquina denominada FONEBOL, que arrojaba de dia mil grandes piedras, y de noche quinientas. Otro noble, Pedro Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, trató de venir al señor de Lizana, y allegó huestes para hacer la guerra á su monarca. Don Jaime fué contra él con buen número de ricos-hombres y caballeros, pero no le sirvieron como deseaba, y le fué forzoso levantar el sitio, con lo que se deja entender el nuevo alimento que tomarian las públicas alteraciones. Ya los pretendientes don Sancho y don Fernando aspiraban descubiertamente á apoderarse del cetro, y á cada momento los servidores del rey temian asechanzas contra su vida. Aconsejéronle, pues, apenas salido de la infancia, que contrajese matrimonio con doña Leonór, hermana de doña Berenguela, madre de Fernando

el santo. Don Jaime, seguido de una brillante comitiva, pasó á la villa de Ágreda, y allí se celebraron las bodas el día seis de febrero de 1221. Entraba don Jaime en los trece años. Poco después se armó caballero en Tarazona, y no consintió que nadie le diese la espada, antes la tomó del altar y se la ciñó muy arrogante. Pero aunque daba muestras de toda la entereza compatible con sus pocos años, le llevaban á mal traer sus ricos hombres, bulliciosos, inquietos y soberbios. Muy pocos eran capaces de sacrificar las miserias de su orgullo en aras del bienestar de la patria. Dos de ellos, el vizconde de Bearne y don Nuño Sanchez, sobre la posesion de un azor torzuelo, alteraron la tierra moviendo asonadas y rebatos; y mientras tanto, don Fernando, tio del rey, aunque abad de Montaragon y dado al servicio divino, se trataba como caballero, corria la provincia haciendo cabalgadas, y aumentaba la turbacion y los males públicos. Los demás nobles, allegados del jóven rey, no habia recurso del que no echasen mano para repartirse los honores y gobernar en nombre del monarca. La mayor parte de las escrituras firmadas por el príncipe en esta época no son mas que usurpaciones obtenidas de la inexperiencia y de la mocedad por la astucia, la doblez y el engaño. Don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, sostenia en Cataluña una guerra civil desastrosa contra don Ramon Folch, vizconde de Cardona, don Sancho, tio del rey, que ya habia desistido de sus pretensiones, y don Nuño Sanchez. Quiso don Jaime castigar á don Guillen de Moncada, allegó gente en Aragon, se entró por Cataluña, y ganó ciento treinta castillos ó atalayas de su enemigo, entre ellos la fortaleza de Cervellon, y aun llegó á sitiar al mismo don Guillen en su castillo feudal de Moncada. Sucedió lo que en el sitio de

Albarracin. Los ricos-hombres que servian al rey deseaban humillar al vizconde, pero nó perderle; y don Jaime, mal secundado, tuvo que levantar el cerco. Esto fué en 1223. De repente los nobles que andaban enemistados firmán paz y concordia, atraen á su partido á otros, entre ellos al señor de Albarracin, al mismo don Fernando, tio del rey, y á las ciudades de Huesca, Jaca y Zaragoza, y se juntan para apoderarse de la persona del monarca. Estaba este en Alagon, y le enviaron mensaje los rebeldes, don Fernando y don Guillen, diciendo que iban á rendirle homenaje. Permiúoles la entrada, dada órden de que no siguesen á cada uno de ellos mas de cinco caballeros; pero entraron á centenares. Nada mas reverente en apariencia que el lenguaje usado con el rey por esos ricos-hombres, desde el momento que estuvieron asegurados de su persona. Su pueblo de Zaragoza deseaba, le decian, disfrutar de su presencia; allí le seria fácil ordenar los negocios del estado, seguro de que jamás sus caballeros le faltarian al respeto y obediencia que le habian jurado. Pero estas manifestaciones de sumision no eran otra cosa que fuerza. Lleváronle á Zaragoza al palacio de la Azuda, y le hicieron prometer que enmendaria los daños hechos en tierras de don Guillen de Moncada, y entregaria veinte mil maravedís de oro al infante don Fernando, su tio. Durante algun tiempo, este ejerció el mando supremo en nombre del príncipe, nó sin experimentar desde luego la oposicion de los ricos-hombres, á cuyos deseos no podia dar satisfaccion cumplida. Don Jaime intentó salvarse por la fuga, y aun aconsejó á la reina que se saliesen por una ventana, mas no fué posible reducirla á que tomase tal determinacion, y fué necesario esperar con calma mejores tiempos. En 1224 parece que el rey estuvo en Monzon, y

que en esta poblacion los ricos-hombres hicieron nueva liga, para atender, decian, al bien del reino, y en realidad para repartirse las rentas y los honores. Disimuló el príncipe en cuanto pudo su profundo despecho, y aun consiguió dar á entender á sus ricos-hombres que los seguiria gustoso á donde quiera que le llevasen. Volvió con ellos á Zaragoza, en donde confirmó en 1225 las franquicias de que venia disfrutando la ciudad, y luego se trasladó con los mismos á Tortosa. Aquí pudo realizar la fuga que hacia tiempo tenia proyectada, y sin que lo notasen sus guardas, se salió de la ciudad, y se entró en Horta, poblacion sita á una distancia de siete leguás. Era lugar perteneciente á los templarios, y desde él convocó á los barones, á los caballeros, y los pobladores de la comarca para que acudiesen á Teruel, desde donde pensaba hacer entrada en tierra de moros. En realidad queria hallarse rodeado de buenas huestes para infundir respeto á los propios, mas bien que para ofender á los extraños. Sin embargo, hay quien afirma que llegó á poner sitio á la plaza de Peñíscola, y tuvo que abandonarle, por no haber comparecido al llamamiento todos los ricos-hombres á quienes habia convocado: y aun se vió obligado á firmar treguas con los valencianos. Don Jaime no fué, pues, afortunado en sus primeras campañas. Pero su corazon fué creciéndose á medida que sufría mas contrariedades. Cuando se retiraba, esclavo de la palabra que tenia dada al valenciano, supo que don Pedro Ahones, uno de los ricos-hombres que dos años antes se habian apoderado de su persona, iba á hacer entrada por cuenta propia en tierras de Valencia. El rey se avistó con Ahones, sin que le arredrase la idea de que iba á exponer su persona, y le pidió que desistiese del intento que llevaba. Ahones se negó á ello,

y el rey dió orden de prenderle. Las crónicas añaden que le puso mano, y que, con ser Ahones un caballero alto y robusto, le sujetó don Jaime de tal manera, que tuvieron que acudir muchos escuderos de Ahones para quitárselo de las manos; y por último añaden que Ahones quiso huir y el rey le persiguió, y uno de los de su hueste hirió mortalmente al fugitivo. Y parece que don Jaime, aunque perseguía á Ahones con encarnizamiento, y con el ardor de un mozo de diez y siete años, se calmó completamente viéndole caido, y no permitió que nadie le maltratase. Ahones murió al cabo de poco rato, y en él acabó uno de los mas temibles enemigos del monarca aragonés. Los parciales del infante don Fernando quisieron vengarle, y en particular un hermano de Ahones, que era obispo, lo hizo con tal ardimiento, que absolvía á los suyos de cuantos desmanes cometiesen contra las huestes reales, y otorgaba indulgencias, y daba indultos para comer carne. La guerra civil volvió á renovarse con furia. Don Jaime se mostraba cada día mas animoso. Combatió con máquinas y trabucos el lugar de Las-Cellas, y aunque le dijeron que su tio acudia con fuerzas superiores para hacerle levantar el sitio, no pensó en retirarse, diciendo que cada uno de los leales que le rodeaban valia por cinco de los desleales que seguian á su tio. La plaza se rindió. Sabedores de ello los moradores de Huesca, avisaron al rey que le prestarian obediencia si iba á la ciudad. No se hizo de rogar, antes fué allá casi solo y sin hueste, aunque sabia que era una de las poblaciones de la devocion de don Fernando. Viéndole desarmado, sus enemigos movieron contra él graves alteraciones y asonadas, de suerte que corrió graves riesgos el monarca. Pero su serenidad y sangre fria le sacaron con bien de este apuro; pues aunque los habitan-

tes cruzaron de cadenas las calles y cerraron las puertas de la ciudad para impedir que el rey se fuese, consiguió romper por todo, hacerse abrir una puerta, y volver á Pertusa á reunirse con su hueste. Era tal la soberbia de los ricos-hombres, que estas reyertas parecian inacabables, si antes no se conseguia que ellos mismos concordasen á su manera las diferencias que los traian desunidos. Los antiguos vínculos de union estaban flojos y se iban desatando; y á este paso el reino se perdia. Algunos prelados y barones trataron entónces de concertar paces entre el infante y don Fernando y don Nuño Sanchez, y entre el vizconde de Cardona don Ramon Folch, y don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, que eran los principales sostenedores de las turbaciones; y parece que en 1226 consiguieron hacerles firmar treguas por diez años.

Por este tiempo las ciudades de Zaragoza, Jaca, y Huesca, que seguian la parcialidad del infante don Fernando, formaron su liga ó confederacion defensiva para rechazar las agresiones y entradas de todos cuantos, validos de las alteraciones de los tiempos, aumentaban con robos, saqueos y homicidios las calamidades públicas. Alarmóse don Jaime al tener noticia de esta liga, por creerla mas bien ofensiva que defensiva, y procuró activar la ejecucion de sus planes para consolidar su poder quebrantado. En la situacion á que habian llegado las cosas, visto que eran impotentes cuantos esfuerzos se habian hecho en el terreno de las armas, pues no parecia sino que las fuerzas del reino estuviesen equilibradas para eternizar el estado de guerra y hacer imposible el de la concordia, determinó el rey hacer todas cuantas concesiones fuesen compatibles con su dignidad para poner término á los males públicos. Previas algunas

correspondencias y embajadas, se avistaron el rey y su tío don Fernando en lo alto de una sierra sita entre Huesca y Pertusa, y allí se determinó que la concordia de todas las diferencias pendientes entre la parcialidad del tío y la del monarca la formularian el metropolitano de Tarragona, el obispo de Lérida y el maestro del Temple; y el rey, al igual de sus vasallos rebeldes, hizo pleito homenaje de estar á lo que aquellos tres árbitros decidiesen. Á fines de marzo de 1227 dieron sentencia los tres componedores: las confederaciones quedaban anuladas, ya se hubiesen hecho entre nobles y nobles, ya entre ricos-hombres y ciudadanos; don Fernando rendiria homenaje al rey, jurándole lealtad y obediencia; el rey honraria á don Fernando como á tío suyo, le perdonaria por todo lo pasado, y le otorgaria treinta caballerías mientras le sirviere segun fuere; el obispo de Zaragoza don Sancho, hermano del difunto don Pedro Ahones, y todos sus parientes debian ser honrados y tratados benignamente por el monarca, quien les devolveria lo que un tiempo estuvo en deber á dicho don Pedro Ahones; quedarian perdonados todos los ricos-hombres que habían seguido la parcialidad del infante, y serian admitidos al servicio del príncipe; y por último, serian restituidos todos los castillos y prisioneros que mutuamente tuviesen en su poder las partes beligerantes. Disuelta de esta suerte y con tales condiciones la confederacion de los ricos-hombres, trató don Jaime de castigar á las poblaciones de Aragon que se le habian mostrado hostiles. Pero Zaragoza, Huesca y Jaca, privadas de la cooperacion de los ricos-hombres, debieron mostrarse sumisas, y enviaron al rey sus procuradores, diciendo que estaban prontas á prestar obediencia y á cumplir todo cuanto don Jai-

me les mandase, oido el dictámen de aquellos tres árbitros ya nombrados; y fué acordado que las dichas ciudades darian por nulas sus alianzas, rendirian homenaje al príncipe, devolverian los prisioneros, recobrarian los suyos, y no reclamarian ni satisfarian nada por daños sufridos y gastos de guerra. Estas avenencias fueron firmadas á tiempo que casi toda la Cataluña, y muy particularmente Barcelona y su radio, sufrieron una hambre asoladora. En 1228 tuvo lugar la campaña emprendida por don Jaime contra don Guerao, vizconde de Cabrera, para ocupar el condado de Urgel, de que hacia veinte años se habia apoderado. Reclamaba su posesion la condesa Aurembiax, hija del conde Armengol, y prometia reconocer feudo y vasallaje por dicho condado, y servir con él en paz y en guerra á Aragon, si le era devuelto. Don Jaime no se hizo de rogar, y probadas inútilmente las vias legales, allegó gente, muy poca al principio, mas numerosa á medida que la fortuna se le mostraba propicia, ganó la plaza de Albesa, rindió el castillo de Menargues, entró por asalto en Linyola, y puso sitio á la ciudad de Balaguer, cabeza de aquel condado. Pronto la division reinó entre los ciudadanos y la hueste de don Guerao que defendia el castillo. Don Guerao tuvo que huir, y fué á buscar un refugio en la órden del Temple. Balaguer y las demás poblaciones del condado se rindieron, y doña Aurembiax pasó á ser pacífica poseedora del patrimonio de sus antepasados. Dicen que casó con don Pedro, infante de Portugal, que vagaba por tierras extrañas, á la ventura, desterrado de su patria; y no dejó sucesion. Ya don Jaime podia ensanchar el pecho, libre del peso de unos cuidados que enervaban sus sentimientos generosos. Era conveniente dar otro pábulo que el de los dis-

turbios interiores al ardimiento de sus ricos-hombres y vasallos. Hacia quince años que no se hablaba de otra cosa que de luchas entre cristianos y cristianos. Otras córtes, además de las que llevamos mencionadas, habia convocado don Jaime, y en todas ellas traspiraba el estado de desasosiego febril que traia agitados los ánimos. Las de Huesca de 1219 y 1221; las de Daroca de 1222; las de Tortosa de 1225; y las de Almudébar de 1227, revelan el mal-estar profundo de una nacion cuyos mas nobles individuos daban el mal ejemplo de ser los promovedores de las discordias civiles. Las de Barcelona, convocadas para el mes de diciembre de 1228, ofrecen ya otro aspecto. No se debaten miserias, sino que se trata de un asunto digno. Hacia tiempo que las islas Baleares habian caido en poder de los árabes; y estos ejercian en ellas un imperio que redundaba en daño de los catalanes. Obedecian al rey árabe de Mallorca, á quien los iberos llamaban Abo-Hie y tambien Bet-Abo-Hie, los jeques de Menorca, Ibiza y Formentera; y su poder marítimo alcanzaba á una gran parte del Mediterráneo, y al mar Baleárico. Las naves mercantes catalanas debian ir muy aconvoyadas para poder huir de los corsarios y piratas isleños. Fértil y rica por naturaleza la isla de Mallorca, era tambien el refugio y guarida de los que infestaban con sus correrías las costas de los cristianos. Y si estos se quejaban ante el rey moro, enviándole embajadores, los despedia el árabe con arrogancia y desprecio, diciendo que las aguas que rodeaban sus dominios, y cuanto por ellas cruzaba, debia pagarle tributo y señorío. Con no menor soberbia fué echado de sus estados un enviado del rey don Jaime; y para castigar aquella insolencia intentó este rey la conquista de las Baleares. Decidióse en dichas

córtes la manera de servir al rey en lo que deseaba : habria paz y tregua en Cataluña , en el Rosellon , Conflent y Cerdaña; se pagaria extraordinariamente el derecho de bovaje para atender á la empresa , aunque era un tributo que solo se satisfacía al principio de cada reinado ; los prelados , los barones y las poblaciones ofrecieron sus servicios para asegurar el buen éxito de la expedicion; los Moncadas prometieron servir en aquella guerra con cuatrocientos caballos completamente armados ; y el rey prometió repartir á prorrata de las fuerzas los despojos y las tierras , reservándose él su parte , y tomando para sí las fortalezas y las residencias reales. Las naves y gente de guerra debían reunirse en el puerto de Salou y otros cercanos. Antes de llevar adelante la expedicion proyectada , quiso don Jaime sacar partido de las reyertas civiles en que andaban metidos los moros del reino de Valencia; y se alió con uno de los príncipes caidos , para que hostilizase á un nuevo rey recientemente entronizado. Las crónicas dicen que el príncipe destronado habia prometido hacerse cristiano. Sobre tales suposiciones de promesa se apoyaban comunmente los príncipes cristianos cuando les convenia cohonestar su alianza con algun moro ó su casamiento con alguna mora. Ello es que esta campaña dirigida contra el valenciano por uno de sus antiguos príncipes , apoyado en las fuerzas del señor de Albaracin y de Blasco de Alagon , sirvió admirablemente los designios de don Jaime para impedir que desde Valencia se enviasen auxilios al rey de Mallorca. Estos tratos con el moro se tuvieron en Calatayud , por abril de 1229. Al mismo tiempo la mocedad de don Jaime daba de sí otro fruto muy diferente. Habíase cansado ya de la reina doña Leonor , é instaba por una separacion que le devolviese la libertad

legalmente perdida. Tenian un hijo, por nombre don Alonso, que habia sido jurado ya en Lérida como sucesor al trono, y era el único óbice que se oponia al cumplimiento de los deseos del monarca. Á instancia de este, vino de Roma un legado para entender en la separacion proyectada, y reunidos varios prelados, debieron dar su fallo en tan delicado asunto. El rey deseaba que su hijo fuese declarado legitimo, y que su esposa fuese arrojada de su tálamo como incestuosa. La voluntad del monarca, claramente manifestada, fué cumplida. Hallóse que él y doña Leonor eran bisnietos de don Alonso VII; la reina fué separada de su esposo, y se entró á llorar las amarguras de su existencia en el monasterio de las Huelgas de Burgos; el príncipe nacido de este nulo matrimonio fué declarado legitimo; y don Jaime tuvo ya delante de sí el horizonte por cuyos celajes suspiraba. Otro fruto mas amargo preparó su mocedad casi al mismo tiempo, con la declaracion que hizo de que el príncipe su hijo sucederia en el trono de Aragon, y los otros hijos, que tal vez tuviese de otra esposa, reinarian en Cataluña: lo que equivalia á destruir en una hora de ceguedad la obra mas bella de sus antepasados. De suerte que don Jaime, al mismo tiempo que meditaba las dos empresas mas gloriosas de su reinado, incurria en una falta deplorable. Ya las naves de guerra y los transportes le esperaban en las playas de Cataluña, Salou, á saber, Cambrils y Tarragona; ya los ricos-hombres catalanes acudian de todas partes seguidos de sus caballeros armados de punta en blanco; ya la gente de guerra aparecia ansiosa de formar parte de una expedicion que, atendidos los elementos con que se contaba por ambas partes, prometia ser digna del esfuerzo de los agresores; y ya en fin era llegado el bonancible mes

de mayo, que en las córtes de Barcelona se habia designado como época mas favorable para intentar aquella conquista. Componian la armada unas ciento cincuenta gruesas naves, gran número de barcas de todas clases y dimensiones, y muchos bajeles italianos y franceses, montados por gente dispuesta á probar fortuna, y entre ellos uno de tres cubiertas ó puentes que enviaban los narboneses. Pasáronse en preparativos los cuatro meses mejores del año, desde primeros del mes de mayo hasta fines del de agosto. Se desprende de algunas memorias antiguas que hubo quien quiso disuadir de la empresa á don Jaime y compelerle á llevar la guerra contra los valencianos; y aun se cree que el legado del papa fué del mismo parecer. Pero el rey insistió en su propósito, y la armada se hizo á la vela el dia primero del mes de setiembre de 1229. El tiempo fué favorable al principio; pero despues se puso tan contrario, que muchos aconsejaban al rey que tomase la vuelta de tierra. Nada pudieron con él los consejos ni las súplicas. Tenia determinado tomar tierra en la isla de Mallorca; y por mas que reinó primero un fuerte viento leveche, y luego se cambió en sur, ambos contrarios, y por último sobrevino un temporal deshecho, no por esto se avino á cambiar de rumbo. No pudo entrar en el puerto de Pollenza, como deseaba, pero se acercó al de la Palomera, y luego encaminó la gente de desembarco al de Santa Ponza, y ganó el monte de Pantaleu, en el que se hizo fuerte. El primer encuentro con los moros fué una victoria para los cristianos. Mil quinientos enemigos suyos quedaron tendidos en el campo. Parece que las tropas de que podia disponer el rey de Mallorca eran treinta y siete mil infantes y cinco mil caballos. Los cristianos tenian por costumbre no contar el número de sus enemigos, sino

que cerraban con ellos , imitando el ejemplo de don Jaime. Obraba este como general; pero no podia menos de hacer al mismo tiempo las veces de soldado : y adelantaba mas que con la direccion con la bravura. Á bien que este era el carácter entónces dominante: preciarse de ser excelente paladín, mas que de ser buen cabo. Gran número de caballeros del linaje de los Moncadas perecieron en otra jornada sostenida contra el grueso del ejército del rey de Mallorca: y fué efecto de su arrojo , que rayaba en temeridad y podia haber ocasionado la destruccion del ejército. Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, Ramon de Moncada, y otros ocho caballeros del mismo linaje quedaron allí tendidos con no pocos de los suyos. Acudió entónces don Nuño con las mejores compañías, con el grueso de la caballería , y con las tropas de peones , llamadas sirvientes , que eran numerosas. Los moros ocupaban lo alto de una sierra, en donde ondeaba su pendon, blanco y colorado con listas verticales, y proferian amenazas y denuestos, engreidos de haber roto y destrozado la vanguardia de los Moncadas. Cuando don Jaime llegó al pié de la cuesta, queria arremeter á escape; pero don Nuño le detuvo por las riendas del caballo, diciéndole que iba á perderse y á perderlos á todos. Entre tanto el cuerpo de don Nuño avanzaba ; pero los moros le hicieron retroceder cargando sobre de él con la furia que les daba la rapidez del descenso: fué necesario que los que iban con el pendon acudiesen echando en cara á los soldados la vergüenza de huir delante del propio monarca ; y entónces , llegando de refuerzo el pendon real con sus guardas , los moros fueron arrollados , la sierra quedó en poder de los cristianos , y se hubo dado un gran paso para la conquista. Por fortuna el rey de Mallorca no conocia tampoco otra táctica que la del denuedo

personal, que tomaba por emblema, morir matando. Esta vez el triunfo de los cristianos habia costado caro. Aunque el campo de batalla quedó por suyo, y aunque consiguieron ocupar otra sierra llamada de Portopí, desde donde podia reconocerse la ciudad de Mallorca, la muerte de los Moncadas habia dejado entre los iberos orientales un gran vacío. Los caballeros, los peones y los sirvientes, dicen las crónicas, andaban desconsolados y se deshacian en llanto, viendo que en una jornada y en una hora se habian desvanecido sus esperanzas con la pérdida de sus protectores. Don Jaime tuvo que mezclarse con ellos aquella noche á la luz de las antorchas, honrar con sus lágrimas los cuerpos de los finados, encarecer su sentimiento por aquella pérdida dolorosa, y hacer esperar á los que habian perdido su protector que en él hallarian otro, dispuesto á remunerarlos. Sin duda esta noche aprendió don Jaime mucho mas de lo que le habian enseñado todos sus maestros y allegados. Ganada aquella segunda batalla, la ciudad de Mallorca fué cercada, y sus muros y torres combatidos reciamente con varios ingenios y máquinas. Las principales máquinas, dicen las crónicas, eran tres, una llamada manganel turquesco, otra fonébol, y la última trabuco, armadas todas ellas, no sin grandes dificultades, con entenas y madera sacada de los buques. Eran pesadas estas máquinas, pero de grande efecto. Los de dentro se defendian con otras que arrojaban globos de piedra ó hierro con tanta furia, que taladraban una tras otra cinco ó seis tiendas; y estas máquinas se llamaban algarcadas. De suerte que la defensa se fué haciendo digna de la acometida. Para dar alientos al soldado, se apeló al expediente de hacerlos arengar por boca de un religioso dominico muy elocuente, llamado fray Miguel, quien por man-

dato de los prelados prometia indulgencias y mercedes espirituales, mientras don Jaime por su parte hacia entrever en un porvenir, no muy distante, grandes gracias y reparacion de despojos. El campo de los sitiadores se rodeó de valladar y foso á imitacion de los romanos; y los caballeros y sus escuderos trabajaban en las obras de mano con no menor ahinco que los peones y sirvientes; y aun se afirma que estos, las mas de las noches, se iban con los marineros á las naves, y no volvian hasta la mañana siguiente. Á la sazón un moro de la tierra allegó gente hasta formar una hueste compuesta de cien jinetes y cinco mil infantes, y con ella ocupó un cerro contiguo, y halló medio de cortar el agua á los iberos. El peligro que iba á correr el ejército era grave, por lo que don Jaime mandó á don Nuño que cargase contra aquella chusma allegadiza. Hízolo don Nuño; el campo de los enemigos fué tomado, su hueste arrollada, su jefe acuchillado, y la posesion del agua quedó recobrada. Esta ventaja, alcanzada con muy poca gente contra un cuerpo de ejército, dió mucha fama en aquellas islas á los catalanes y aragoneses; y desde este dia ya la mayor parte de los moradores no se mostraban hostiles, sino que de muchos puntos acudian con vituallas, ofrecian sus servicios, y se daban por sometidos.

De esta suerte los trabajos del sitio pudieron adelantar rápidamente. Muy luego las principales torres de la ciudad se fueron desmoronando, el foso que la rodeaba quedó cegado y puesto á punto de dar paso para el asalto, y las salidas que hicieron los sitiados, aunque impetuosas y momentáneamente afortunadas alguna vez, fueron rechazadas con el mayor brio. El rey moro, depuesta aquella soberbia con que habia despreciado tiempo antes las embajadas del

aragonés, quiso ahora entrar en avenencias, y hubiera pagado gustoso los gastos de la guerra hechos por su enemigo, con tal de verle alejarse de la isla. Pero don Jaime le mandó decir por toda respuesta, que no hacia ánimo de volver á Barcelona sin haberse apoderado de Mallorca. Insistió el moro, prometiendo que haria entrega de la isla, con tal que se le diesen naves para trasladarse al África con su gente y lo que cada uno pudiese llevar consigo. Discutióse en el consejo de don Jaime si convendria aceptar estas condiciones; y los amigos de los Moncadas, que deseaban vengar su muerte, consiguieron que fuesen desechadas, y que no se admitiesen otras fuera de las de una rendicion á merced de los vencedores. Renováronse los combates con sumo encarnizamiento. Animaba á los sitiadores la bizarría de su monarca, rey mozo que apenas contaba veinte y un años, y era el primero en acudir á los peligros. Las memorias de aquel tiempo dicen que los iberos pasaron la pascua de Navidad en su acampamento, jurando en manos de don Jaime que nadie daria un paso atras el dia del asalto, á no sentirse herido de muerte, so pena de ser tenido por reo de traicion y alevosía. Y añaden que don Jaime quiso prestar el mismo juramento, y no se lo permitieron los que le rodeaban. El dia último del año fué el destinado para dar el asalto. Los amigos y dependientes de los Moncadas habian jurado no dar cuartel. La ciudad fué entrada á paso de carga, dando alaridos los combatientes. La lucha fué obstinada y sangrienta. Veinte mil habitantes quedaron tendidos por las calles; treinta mil huyeron á las sierras por las puertas de Barbet y Portopí; el rey moro y un hijo suyo, que apenas contaba trece años, cayeron prisioneros. Un cronista refiere que don Jaime, al ver al rey moro, le trató con ignominia,

asiéndole de las barbas por cumplir un juramento que tenía hecho. La historia del rey don Jaime no habla de semejante hecho, ni es creíble que un rey tan comedido y bravo se olvidase de quien era hasta el punto de injuriar al vencido. La sencillez con que el mismo don Jaime refiere la prision del rey moro, lleva impreso el sello de la verdad y de la nobleza, y no hay necesidad de añadirle rasgos tradicionales para darle otro colorido. Dos hombres de Tortosa, dice don Jaime, desearon hablarle, y le preguntaron si les daría una gratificación si ponian en sus manos al rey de Mallorca. ¿Cuánto quereis? les dijo don Jaime. Dos mil libras, respondieron. Mucho es, dijo el rey; sin embargo, mil daría por cogerle sano y salvo. Así será, repusieron. Y el rey se fué con ellos y con don Nuño; y llegados á cierta casa, se apearon, entraron en ella armados, y descubrieron al rey moro con tres de sus soldados. Al vernos, dice don Jaime, se levantó. Llevaba un albornoz blanco; debajo la loriga, y las sobreseñales ó XAPSIN tambien blancas. Don Jaime dijo á los de Tortosa que le manifestasen en su algarrabía, que iba á dejarle bajo buena guarda y que nada tenia que temer, pues podia dar por salva la vida. El hijo del rey moro le entregaron, al rendirse, los que se habian encerrado en la Almudaina. La historia del rey don Jaime I, que ha sido vertida al castellano con suma exactitud por nuestro amigo don Mariano Flotats y por don Antonio de Bofarull, deja muy pocas dudas acerca de las circunstancias de aquella conquista. Tomóse la ciudad á dia 31 de diciembre del año 1229, segun los cronistas mas acreditados, aunque otros mencionan el año 1228, á tenor de otras cuentas. El botin que allí se recogió fué inmenso, tanto, dice el rey, que ninguno de la hueste envidiaba á su vecino,

pues todos se creían mas ricos y afortunados que sus compañeros: y los mismos domésticos del rey estuvieron ocho dias sin presentársele, fuera de sí, dice, y embriagados con los despojos recogidos. Las crónicas afirman que el primer caballero que entró en Mallorca, montado en un caballo blanco, vestido de blanco, y blandiendo armas blancas, fué san Jorge, espanto de la morisma. El rey don Jaime no lo vió, aunque dice que despues le contaron que los sarracenos lo habian visto, no queriendo confesarse vencidos por poder humano. Lo que refiere don Jaime fué que le costó algun esfuerzo mover á su gente para que emprendiese el asalto. Dos veces dió la órden de marcha, y dos veces permanecieron inmóviles las huestes, hasta que á la tercera se adelantaron gritando: Santa María, Santa María. La mencionada historia pinta al vivo, no solamente las circunstancias de esta jornada, sino tambien las costumbres de aquellos tiempos. En vano don Jaime aconsejaba á los suyos la conveniencia de partir cuanto antes en busca de los fugitivos, para no permitir que formasen otra vez ejército y prolongasen la resistencia: sus ricos-hombres, sus barones y los prelados se opusieron á ello con un empeño que da á entender que el verdadero rey no era por aquellos tiempos el que lo parecia. Hágase almoneda, dijeron todos; y se perdió en hacerla un tiempo precioso. Y cuando estuvo hecha, los soldados se amotinaron, quejándose de no haber sido atendidos, saquearon las casas de don Gil de Alagon y del pavorde de Tarragona, y si el rey los reprendia, pedían lisa y llanamente su parte en el botin, diciendo que no era razon que ellos se muriesen de hambre mientras los barones nadaban en la abundancia. Aconsejaba don Jaime á los ricos-hombres el montar á caballo, salirse á la plaza,

en donde, decia, no hay barrera ni cadenas, coger á veinte de los amotinados, « ó á los primeros que nos vengan á la mano, » y ahorcarlos para escarmiento de todos. Sin duda el remedio les pareció á los ricos-hombres demasiado heróico, pues no le adoptaron; y fué preciso, para sosegar los ánimos, prometer que se daría á todos su parte en tierras y en muebles. Lo mismo fué oír estas últimas palabras, se aquietaron y cesaron en su mal propósito. Sobrevino entonces una mortandad que diezmó las filas de los conquistadores, y se cebó principalmente en los ricos-hombres y los cabos del ejército. Los mas de los caballeros, con licencia unos, por enfermedad otros, para poner en salvo su botín los mas, se habian vuelto á Aragon y Cataluña; de suerte que don Jaime se quedó con muy poca gente y tuvo que mandar por ella á Aragon á don Pedro Cornel. Habia sucedido lo que él temia. Los moros se habian rehecho en las sierras de Sóller, Almerug y Bayalbahar, hacian correrías hasta Pollensa, y tenian en continuo jaque á los iberos. Don Jaime salió contra ellos; pero tuvo que volverse por Inca, porque los infantes, dice, no quisieron acampar en el sitio que él les habia señalado. Ya la distribucion quedaba hecha, cuando acudieron algunos caballeros del Hospital á ofrecerse al servicio de don Jaime, y á pedirle que los pusiese en la reparticion al nivel de los demás que habian tomado parte en la empresa. Hizo por ellos don Jaime cuanto pudo, porque los mas de los ya retribuidos se habian ausentado, y los del Hospital le llegaban de refuerzo para completar su obra. Entónces pudo dirigir una expedicion contra los moros que habian buscado refugio en algunas cuevas de las sierras. Los almogávares le sirvieron bien en esta jornada. Eran hombres acostumbrados en todo tiempo

al manejo de las armas, que no hacian estada en las poblaciones, antes moraban en los bosques y en las sierras, guerreando constantemente con los sarracenos, vagando por sus dominios dias enteros, y volviendo siempre con botin y con cautivos. Su cooperacion le sirvió mucho al rey don Jaime. Quinientos moros que se habian metido en una caverna tuvieron que rendirse. En otra se entregaron á merced del rey mil quinientos: de manera que volvió á la capital de la isla con dos mil prisioneros, diez mil vacas y treinta mil ovejas. Entrado el otoño de 1230, cuando hacia ya catorce meses que don Jaime habia desembarcado en Mallorca, creyó que era prudente volverse á sus dominios del continente, nó para abandonar la conquista, dijo á sus barones, sino para activar el envio de refuerzos y volver con ellos, si necesario fuese; y encomendó el mando durante su ausencia á don Bernardo de Santa Eugenia, señor de Torroella. «Despedímonos, dice el monarca, derramando abundantes lágrimas;» lo que demuestra la cordialidad que reinaba entre el príncipe y sus amigos. Ya tenemos conquistado un reino en medio de la mar, decia don Jaime; ya hemos levantado aquí un templo á la Virgen, sin otros que se levantarán con el tiempo; no tema nadie que esta conquista sea abandonada, ni que nuestros servidores queden desamparados. Se embarcó en una galera, y tomó tierra en la Porrassa, entre Tarragona y Tamarit, y dice que quien primero le recibió fué don Raimundo de Plegamans, que se puso á llorar de gozo. Don Jaime habia ganado mucho en la estimacion de sus vasallos. Á las lamentables reyertas intestinas, habia hecho suceder el espíritu de nacionalidad, que no se daba por contento hasta haber recobrado el último rincón de nuestra tierra arrebatado por los árabes; y si era

noble y digno ir avanzando en el continente, habia parecido heróico llevar la reconquista á nuestras costas, barrer el Mediterráneo, y penetrar en las Baleares, que desde muy remotos tiempos habian sido miradas como parte de la Iberia. Otro pensamiento fermentaba en el pecho del rey, y era tal vez el que le llevaba ahora á la Península. Deseaba contraer enlace con doña Sancha, hija de don Alonso IX de Leon, á la que este habia prometido en dote sus dominios. Pero al tomar tierra, le anunciaron que el leonés habia muerto, y que sus planes quedaban frustrados. Pasó á Tarragona, Montblanch, Lérida, á algunas poblaciones de Aragon, y despues á Barcelona, y en todas partes era recibido con procesiones y grande alegría. Su conquista no estaba completamente asegurada. En Barcelona le llegaron nuevas de que el rey de Túnez hacia grandes aprestos para recobrar la isla de Mallorca. Otras nuevas mas apremiantes indicaban que acaso á aquellas horas la isla era amenazada por el tunecino. Avistóse una vela. Venia de Mallorca, y anunció que el peligro era cierto é inminente. Al momento don Jaime dió orden de que sus feudatarios y meznaderos acudiesen á Tarragona y al puerto de Salou, para proteger la conquista. Prefiero, decia, morir en Mallorca, que perderla por nuestra culpa. Pero luego animaba á los suyos, diciendo, no la perderemos. En su viaje á Aragon se habia avistado don Jaime con el rey don Sancho de Navarra en el castillo de Tudela, á invitacion del navarro, que deseaba adoptarle por hijo y sucesor, con tal de recibir la recíproca: cosa que le plugo mucho á don Jaime, por ser él muy mozo y el navarro muy entrado en años; aunque real y verdaderamente don Jaime trató de estar estrechamente aliado con el navarro contra el castellano, que podia hostilizar sus do-

minios viéndole ocupado en la conquista de las Baleares. La nueva expedición se activaba. Habíanse fletado naves, hecho los llamamientos convenientes, y la gente de guerra y los caballeros se iban reuniendo en Salou y embarcando. Cuando el rey quiso hacerse á la vela, vinieron á él el metropolitano de Tarragona y algun religioso de Poblet, y le instaron con lágrimas á que no expusiese su persona en aquella empresa, sino que la confiase á alguno de sus cabos: pero en vez de retardar su partida, la apresuraron. El infante de Portugal don Pedro, casado con la condesa de Urgel, acudió á última hora con muy pocos caballeros, y le decia que sí esperaban á los demás llegarían muy luego. «No es posible retardar el viaje, dijo don Jaime, no sea que el rey de Túnez se halle ya en Mallorca.» Dos dias duró la travesía, al cabo de los cuales el rey tomó tierra en aquella isla. Sus antiguos compañeros de la conquista le recibieron con entusiasmo, y determinaron juntos no oponerse al desembarco de los tunecinos, que aun no se habian presentado, sino que les dejasen echar la gente en tierra, y luego la atrajesen á una emboscada en donde deberian perecer sin remedio. Á los quince dias, visto que el rey de Túnez no parecia, se determinó jornada contra los restos de los moros isleños que andaban errantes por las sierras y conservaban algunos castillos, como Olleró, Pollensa, y Sanverí. Eran en todo, incluso niños, mujeres y ancianos, unos quince mil hombres, en quienes cada dia hacian estragos el cansancio y la miseria. Su caudillo Xuaip propuso la rendición de toda aquella chusma, con tal de obtener perdon y medios para que pudiesen vivir en la isla, de sus haberes ó de su trabajo. Se le otorgó lo que pedia, y desde este momento solo quedaron en las sierras unos dos mil moros, que se ali-

mentaban del merodeo. Los demás se dieron á partido. Pero aquellos dos mil se defendieron durante algun tiempo con el valor que da de sí el deseo de ir en busca de la muerte. Don Jaime habia encomendado á sus cabos la reduccion de aquellos desgraciados, y se habia trasladado á Cataluña. Cierta dia arribó á la playa de Barcelona una nave, y los que iban en ella desearon hablar con don Jaime. Bienvenidos, dijo este reconociendo en ellos á unos leales caballeros. Es necesario que os vengais con nosotros á Mallorca, le dijeron, pues los moros solo á vos quieren rendirse. Bienvenidos, repitió don Jaime, ya que tan buenas noticias traeis: allá iremos. Y sin disponer armada, con solas tres galeras, se hizo de nuevo á la mar desde Salou el incansable don Jaime. El tiempo era borrascoso, la noche oscura y aturboñada, dice él mismo en su Historia; pero no bien anduvo diez millas, cuando se serenó el tiempo, abonanzó el mar y clareó la luna; de suerte que uno de sus ricos-hombres le dijo: «con galochas pudiréais hacer la travesía, que no pareceis sino el predilecto del cielo.» Con semejante cordial familiaridad hablaban entónces los barones á su príncipe. Verdaderamente este fué un viaje de fortuna. No solamente los dos mil moros de las sierras se rindieron en cuanto se presentó don Jaime, sino que hizo el rey en poco tiempo, y á muy poca costa, una conquista que no esperaba. Dijole el maestre del Templo que los isleños de Menorca andaban muy azorados y recelosos de su poder, y que se rendirian con solo que les fuese enviada una intimacion en las mismas galeras en que acababa de llegar el monarca. Hízolo don Jaime, y mientras la embajada pasaba allá, dirigióse él al cabo de Piedra, que es la punta de Mallorca menos distante de Menorca, y en él hizo encender grandes hogueras, como

si tuviese á sus órdenes un poderoso ejército dispuesto á embarcarse. Este aparato y aquella intima produjeron su efecto ; los menorquines se dieron por vasallos de don Jaime, prometiendo tener á su disposicion una parte de lo que cosechasen, por cuyo respeto le darian todos los años cien vacas , trescientas cabezas de ganado menor , y tres mil cuarteras de trigo ; y esperaban que el rey los trataria con la bondad que usaba con sus demás vasallos, y los defende-ria en todos tiempos contra cualquiera alteracion interior ó acometida de los extraños. Esto juraron todos los isleños sobre el Coran ; esto repitieron en presencia de don Jaime los que pasaron á visitarle en Mallorca, y esto cumplieron, dice el mismo rey , en todas sus partes. Hemos sacado de Menorca , añade , dobles ó quizás mayores réditos de los que entónces se nos prometieron, y nos ceden cuanto pedimos, ó tomamos lo que nos conviene, con tal que lo pidamos oportunamente. La villa principal de los menorquines era Ciudadela , la tierra no muy suficiente para el cultivo , las cosechas no muy abundantes ; pero en su conjunto era una isla cuya posesion alejaba de las demás costas de los dominios de don Jaime no pocos motivos de perturbacion y desasosiego. Sus marinos eran excelentes y muy arriscados, y sus puertos cómodos y seguros. Tocante á Mallorca, dice el mismo rey, mejoró tanto desde que la ocupamos, que en poco tiempo tuvo toda la isla doble valor del que tenia cuando la poseían los moros. La conquista de Ibiza permitió don Jaime que la hiciese el metropolitano de Tarragona, acompañado de don Pedro de Portugal, con tal que el primero la tuviese en feudo por el rey, y que el segundo recibiese del metropolitano su parte en la conquista segun fuesen los caballos con que á ella concurriese. Para apoderarse de la

isla no bastó una simple intima como en Menorca, sino que fué necesario un alarde de fuerza, mas no fué empresa larga ni trabajosa. Tratóse ya en el consejo del rey de llevar á cabo otra conquista que parecia muy difícil y obra de tiempo. La Historia ya citada, que es preciosa, nos revela de qué manera nacen y toman cuerpo los negocios de estado mas difíciles, y cómo de unas pequeñeces se originan grandes cosas. Obra de una mera conversacion habia sido la conquista de Menorca. Y mientras esta se efectuaba, otra conversacion dió cimiento á la conquista del reino de Valencia. Mallorca, dijo á don Jaime uno de sus cortesanos, no puede compararse con Valencia, y si llegais á conquistar este reino, podreis llamaros el mayor rey del mundo. Estas palabras despertaron en la mente del príncipe unas ideas que ya no pudo alejar de ella de dia ni de noche. Dióse entónces á inquirir noticias, y á tener un exacto conocimiento de esa tierra de cuya posesion le decian que pendia el mayor aumento de su grandeza. Cierto dia el maestro del Hospital, don Hugo de Forcalquier, y el rico-hombre don Blasco de Alagon platicaron con él acerca de este asunto. Cuando habeis sido tan afortunado en las islas, dijo Forcalquier, parece imposible que no querais probar fortuna contra ese reino de Valencia. Mostradme el camino, dijo el rey. Entónces don Blasco de Alagon hizo una pintura de lo mucho que daban de sí y prometian aquellas tierras, que en su opinion eran de las mejores, y sus paisajes muy amenos, y sus castillos muy bien situados; y fué de parecer que la conquista debia comenzar por Burriana. Don Jaime le habia escuchado en silencio; pero luego expuso su plan con tanto conocimiento de la tierra de que se trataba, que sus dos interlocutores no pudieron menos de decirle que él, que les pedia un cami-

no, le conocia mejor que nadie. Antes de llevar adelante esta nueva campaña, deseaba don Jaime tomar segunda esposa, y esperaba que viniese á sus reinos doña Violante, hija de Andrés II, el Jerosolimitano, rey de Hungría. Pero esta boda se retardó mas de lo que él creia. También deseaba tener nuevas vistas con el navarro, á fin de deslindar bien las condiciones con que este deseaba ser favorecido y auxiliado contra el castellano, que le movia hostilidades. En ellas, tenidas también en Tudela como las anteriores, se convenció don Jaime de que no era posible hacer adoptar ninguna resolución al rey de Navarra, por lo que se despidió de él, diciéndole que estaba dispuesto á servirle con dos mil jinetes, siempre que él cumpliese por su parte; y que contase con él desde el momento que tomase algun partido. Bien pensado, dijo el aragonés para sí, vale mas entrar en tierra de moros. Con esta noble sencillez alejó de su ánimo todo pensamiento hostil contra los demás iberos, y concentró todos sus esfuerzos contra los enemigos de su patria. El destronado rey de Valencia, á quien nuestras crónicas dan el nombre de Abu-Zeit, le seguia á todas partes, instándole para que le vengase de quien le habia usurpado el cetro. Ya poco antes los peones del rey se habian apoderado del castillo de Arés, y le habian entregado á don Jaime. Al mismo tiempo la hueste de don Blasco de Alagon habia ocupado el castillo y la plaza de Morella, é intentaba retener ambas cosas por dominio y señorío, en virtud de los tratos hechos para emprender la campaña contra el reino de Valencia; pero don Jaime manifestó que Morella era una plaza especial, y que solo podia concederla en feudo; y así se hizo. Llegado el mes de mayo de 1233, movióse el rey desde Teruel, con las milicias de esta comarca, siempre

dispuestas á hostilizar á los habitantes de la costa, y se dirigió á Ejérica, dispuesto á trasladarse al valle de Segor, en donde le esperaban los maestros del Temple, del Hospital, y las milicias de Alcañiz y de Montalvan. Antes quiso segar, dice él mismo, unos hermosos campos de trigo que tenia delante; y supo tomar tales disposiciones, que lo consiguió sin que los moros que andaban á la vista pudiesen impedirselo, aunque eran muy lijeros y diestros en el manejo de las armas, y blandian á un tiempo las lanzas y hacian uso de las ballestas. Don Jaime colocó en las alas sus caballos armados, hizo adelantar por el centro los escuderos, y tras de ellos los ballesteros, y en pos de estos los segadores efectuaron la tala. En seguida, recibidos refuerzos, y dispuestos algunos ingenios, entre ellos un fundíbulo y una mangana, fué á poner sitio á Burriana. Dos meses duró este sitio; pero son indecibles las amarguras que en este trancurso de tiempo pasó don Jaime. Su gran corazon y su bello carácter se manifestaron aquí de una manera inolvidable. La villa era fuerte, y en ella moraban mas de siete mil habitantes dispuestos á defenderse; y tenian dentro algunas algaradas, que hacian mucho daño en los sitiadores. Altas eran las murallas, y difíciles de tomar por escalada. Tratóse de construir un castillo de dos pisos para dominarlas, mas no fué posible acercarle al muro, y los sitiados le quebrantaron con sus algaradas. Faltaban galeras, y habiendo acertado á pasar por aquellas aguas y detenerse dos muy bien armadas, que eran de armadores particulares, no quisieron cederlas sin que se les pagase su coste, ó diesen fianza de que se pagaria los maestros del Hospital y del Temple. El del Temple, don Raimundo Patot, respondió que los templarios no salian fiadores ni por rey ni por nadie. El del Hospital

se allanó, con tal que don Jaime confirmase los privilegios de que la orden venia disfrutando. No haré tal, dijo don Jaime, pues es cosa de demasiado valor. Original sois á fé, replicó el maestre; prometedlo ahora, y luego no lo cumplais. Soy rey, replicó don Jaime, y nó maestre como sois vos. Cansados los ricos-hombres, á cuya cabeza iba don Fernando, tio del rey, se presentaron á este y le dijeron, que muy luego no les seria posible continuar permaneciendo en las cercanías de Burriana, pues las milicias clamaban por ir á la siega, y los caballeros estaban faltos de recursos, por lo que creian prudente levantar el sitio, mayormente no teniendo ya de que comer. ¿Y me aconsejais, dijo el rey, que me retire ante este lugar que no es mayor que un corral? No nos deis nunca mas tal consejo: vergüenza seria volver á Cataluña ni á Aragon como vencidos. Era el mayor sentimiento que podian darle al pundonoroso don Jaime; y viendo que los ricos-hombres de Aragon le faltaban, trabó amistad con el justicia mayor, con los enviados de las poblaciones, y con los caballeros catalanes que habian tomado parte en la jornada. En su intimidad llegó á derramar lágrimas; y ellos tambien lloraron, añade el mismo rey, ante la idea de la ignominia que á todos resultaria de una retirada. Haríais mal en moveros, dijo Guillen de Entenza, confiadme la vanguardia, é iré á atrincherarme cerca del foso. Los de los concejos y milicias fueron del mismo dictámen, y únicamente pidieron al rey que si llegaba el caso de algun encuentro, no llamase para nada á aquellos ricos-hombres de quienes no podian fiarse. Comenzaron entónçes con nuevo ardor las obras del sitio; Entenza adelantó su trinchera hácia el foso cubriéndose con palizadas, mientras con el fundíbulo se abria brecha en el muro; las salidas de los sitiados

eran rechazadas vigorosamente, y el mismo don Jaime acudía de noche á sostener en su puesto á Entenza, como si fuese su hermano de armas. Cierta noche le halló que ya habia rechazado á los moros sin auxilio de nadie, pero supo que tenia una saeta en la pierna. Él mismo se la quitó, le puso en la herida estopa mojada en agua, y se la vendó con una tira de camisa de un escudero; y hecho esto, suplicó á Entenza que se viniese al campamento, pues él cuidaria de suplir su falta. Señor, le respondió Entenza, aquí me curaré mejor que en la hueste. Y sin embargo, añade don Jaime, no hubo ningun rico-hombre que se prestase á socorrerle. Otra noche durmió el rey junto á la estacada, ostentando en ella su escudo, que era bien conocido; y como los sitiados efectuasen una salida, la rechazó en persona á la cabeza solamente de ocho compañeros. Dos veces, dice el rey en su Historia, dejé esta noche al descubierto mi cuerpo para ver si me herian, pues entónces no hubiera sido mengua levantar el sitio. Pero muy luego, un esfuerzo de su voluntad le dió un triunfo inesperado. Dispuestas las minas que conducian al foso, le pareció que si colocaba de noche cien hombres entre la estacada y las minas, podian al amanecer encaramarse por la pendiente que el fundíbulo habia abierto en el muro, y penetrar en Burriana si eran sostenidos. Dió orden de que todo el campo estuviese alerta para avanzar á la primera señal de las trompas. Oida esta, respondieron los sitiados tocando sus añafles, y se dió principio al asalto. Ya con piedras habian sido rechazados los primeros peones; ya, á pesar de su brio, habian tenido que detenerse los que iban en pos de aquellos; y ya en fin parecia que la jornada anduviese perdida para los iberos, cuando los moros comenzaron á desmayar y á dar muestras de que deseaban

entrar en tratos. Pidieron un mes de plazo para ver si les llegaban socorros de Valencia. Ni tres dias, respondió el rey. Se limitaron á pedir solo quince dias. Ni cinco, dijo el rey, y si no les acomoda, dispónganse para la batalla. Por último ofrecieron entregar la plaza con tal que se diese paso libre á cuantos le quisiesen, con la ropa que pudiesen llevar consigo, y se les concediesen cinco dias para arreglar sus cosas. Esto es lo que les fué otorgado; y á los cuatro dias salieron todos con salvoconducto hasta Nules, llevando á las espaldas y en las manos todo cuanto pudieron sacar consigo.

De esta suerte fué ganada Burriana por la energía de don Jaime, y la cooperacion de las milicias de los concejos, á pesar de los ricos-hombres. Instaban estos para que no se dejase guarnicion en la plaza, lo que equivaldria á decir que habia sido inútil la jornada; pero el rey les respondió, que aquellos de quienes esperaba mas consuelo eran los que mas le desconsolaban, y que conocida la sinceridad de sus dictámenes, no les pesase si por esta vez desoia sus consejos. Á él no le pesó en efecto. Habia pasado á Tortosa, y de allí á Teruel, cuando le llegó la nueva de que los moros de Peñíscola solicitaban hacerle entrega de la villa. Al momento se puso en marcha. No necesitaba, dice, adalid que me guiara, pues estaba acostumbrado á la caza del jabalí, y confiaba en que no erraria el camino. Seguíanle solamente siete caballeros, y algunos oficiales y escuderos. Por Monteagudo, Villaroya, Astorellas, cruzado el rio de las Truites y la cañada de Arés, y siguiendo por el puerto de Prunells, Salvatoria, Artemí, y el torrente que pasa mas arriba de Cervera, llegó don Jaime á las cercanías de Peñíscola. Alojóse en barracas, no queriendo cortar ningun

árbol para que los moros no tuviesen el menor motivo de queja. Salieron á recibirle los habitantes, le entregaron presentes, le confirmaron cuanto habian dicho al cabo del presidio de Burriana, y le manifestaron que estaban dispuestos á entregarle el castillo, si les concedia el ejercicio de su ley y las franquicias á que estaban acostumbrados. Respondiéndoles don Jaime que quedaban convenidos, y que, aunque no hubiesen llegado sus escribanos, aquello que les prometia aquello cumpliria. Á tu fé, pues, entregamos el castillo, dijeron los de Peñíscola; y la plaza quedó entregada, y los pactos se cumplieron lealmente. Esta entrega pareció la señal dada para que otras plazas imitasen el ejemplo. La de Chivert se rindió al maestre del Temple, la de Cervera al del Hospital, la de Polpis al rey. Mientras este iba de caza, con sus halcones y grullas, y abastecia de carne con ella á veinte y seis caballeros, al paso iba ganando varias poblaciones, Alcalaten entre otras, Borriol, Cuevas de Avinromá y Villafamés. De todas partes acudian caballeros mientras la fortuna se mostraba propicia. Reunidos mil doscientos peones, ciento cincuenta almogávares y ciento treinta caballeros de paratje, determinó don Jaime hacer una correría por las orillas del Júcar. Á medida que le iban sintiendo hacian los moros sus señales, de suerte que por la noche las sierras y la costa presentaban una multitud de hogueras encendidas, así por la parte de Murviedro como por las de Valencia. El rey pudo ver iluminadas de esta suerte todas las torres de esta última ciudad. De Alcocer sacó botín y provisiones; y en Espioca se detuvo porque un moro le dijo que esperase si queria tener batalla. Esperaré, dijo don Jaime; pero no se presentó nadie. En Albalat permaneció cuatro dias, y despues volvió á Burriana con despojos y

cautivos. Don Pedro Cornel, seguido de cien caballeros, continuó las cabalgadas hácia Almenara, Nules, Onda y Uxó. Los de Almazora querian armar una celada para perder á Cornel y á su gente, por lo que fingieron que querian rendir la plaza, y acudiendo de noche algunos escuderos de Cornel, los cautivaron; pero otros que venian en pos de ellos tuvieron medio para hacerse dueños de una torre, y despues de ella de la plaza. Otro año dispuso don Jaime cabalgada contra las huertas de Alcira y Cullera, é hizo que por mar en un leño se llevasen ocultos dos fundíbulos, por si se necesitaban. Muy luego llegó este caso. Los moradores huian de los campos y alquerías, y acudian á buscar un asilo en Cullera, con sus rebaños, ganado, haberes, y familia. Si tuviésemos un fundíbulo, decian los ricos-hombres de la hueste, en tres dias tomábamos esta poblacion ó la destruíamos. Manos á la obra, dijo don Jaime; ahí tenemos, nó uno, sino dos fundíbulos. Él mismo fué á reconocer el terreno y queria dirigir la embestida; pero por esta vez sus ricos-hombres, que habian pedido un solo fundíbulo, y á quienes les habia entregado dos, dijeron que Cullera no podia ser ganada por un golpe de mano, y fué preciso que el rey se contentase con continuar la cabalgada. Á una legua de Valencia, á vista de la torre y lugar de Moncada, el brioso monarca procuró apelar á la astucia para obtener la mayoría de sus ricos-hombres. Deseaba apoderarse de aquella torre. Consultado su tio don Fernando, que iba con él, dió su acostumbrada respuesta de que el pensamiento era bueno, solo que no podia ejecutarse porque la hueste carecia de todo. Ya le iban apoyando los que siempre corroboraban su dictámen; pero los amigos de don Jaime, á quienes este habia manifestado sus planes, di-

jeron que no faltarian provisiones para llevar adelante la empresa. El mismo don Jaime fué á Burriana en busca de víveres, un fundíbulo y pertrechos, y volvió en menos de tres dias. Lo mismo fué llegar el ingenio, que principiar los disparos hácia la parte de la poblacion y de la torre en donde los moradores tenian sus ganados. Ningun disparo era perdido; y como no cesaban un punto ni de dia ni de noche, al cabo de cuatro dias el hedor de los cadáveres obligó á los vecinos á rendirse. La torre fué ganada; mil ciento cuarenta y siete habitantes fueron tomados como cautivos de guerra; y su valor, dice el rey, y el de los varios despojos en oro, plata y telas, ascendió á mas de cien mil besantes. No quiso don Jaime dejar presidio en aquel punto, é hizo derruir la torre, y encaminó la hueste contra otra denominada de Museros. En ella no habia niños, ancianos ni mujeres, sino sesenta moros dispuestos á hacer una buena defensa. Vieron que el fundíbulo les derruia las almenas, y vistieron la torre con unos serones. Apeló don Jaime al recurso de las flechas incendiarias que, á imitacion de las faláricas antiguas, usadas en aquellos mismos campos mas de mil cuatrocientos años antes, llevaban la destruccion al campo enemigo. Muy luego la torre quedó otra vez desnuda. Entónces los sitiados se rindieron, salvas las vidas, á lo cual accedimos, dice el mismo rey, porque mas nos gustaban cautivos que muertos: y sirvieron, añade, para rescatar cristianos. Es curioso leer en la misma ya citada Historia, la circunstancia de que á don Jaime le tocaron (por convenio) de los cautivos de Moncada cien esclavos; y como al mismo tiempo le instasen varios mercaderes para que les pagase deudas contraidas en aquella cabalgada y en otras para mantener la hueste, vendió sus cien cautivos por diez y

siete mil besantes, precio muy bajo, que se vió precisado á admitir para librarse de acreedores. Les campos de Valencia eran su cacería bélica predilecta. Habia puesto los ojos en un castillo, al que los moros daban el nombre de Enesa, y los cristianos el de Cerro ó Puig de la Cebolla, y deseaba apoderarse de él, nó para desmantelarlo, sino para tener puesto un pié á unas dos leguas de Valencia, y ocuparle encomendándole á uno de sus mejores caballeros. Manifestó su plan á don Bernardo de Entenza, á quien habia pensado confiar la proyectada conquista; y como Entenza callase, pareciéndole sin duda atrevida la empresa, don Jaime le dijo: « Creedme, y aceptad, pues una de dos cosas no puede faltaros; ó cumplis este servicio, y entónces hago de vos el mas honrado vasallo, ó pereceis y ganais el paraiso. » Entenza se dió por convencido. No hubo necesidad de conquistar el castillo de Enesa. Los moros le demolieron; de suerte que al llegar la siguiente primavera, don Jaime tuvo un pesar al saber que no podia dar el golpe que deseaba. No por esto desistió de su plan. Convocados los ricos-hombres y las milicias de las poblaciones, hizo construir veinte hormas para tapias, y cargó con ellas algunas acémilas. Los ricos-hombres de la hueste ignoraban el secreto de su monarca, y quisieron indagarle. El señor de Azagra y don Gimeno de Gurrea preguntaron al rey que para qué podrian servirle aquellas hormas. Estando á solas os lo diré, respondió el rey. Y en efecto les descubrió su intento. No le aprobaron, según acostumbraban muchas veces; pero don Jaime insistió en que así, y nó por otro camino, se adelantaria hácia Valencia. Cerca de Murviedro le llegaron á don Jaime dos mil peones, y ciento treinta caballeros conducidos por los maestros del Hospital y del Temple, y las hues-

tes de Alcañiz, Burriana y Castellote; y cuando estuvo en el cerro de Enesa, acudieron las milicias de las ciudades que faltaban, y se dió principio á la fábrica de la fortaleza, en la que se emplearon dos meses, trabajando todos segun era la gente que traian. Se dispuso la fortificacion de manera que, por medio de una calzada, pudiese ser socorrida por mar cuando conviniese. Una golondrina puso su nido sobre la tienda del rey. Nadie quite esta tienda, dijo don Jaime, hasta que haya desanidado esa avecilla que confia en nuestra suerte. Los pasos que dió el rey y los esfuerzos que hizo para proveer de víveres á su hueste, al mismo tiempo que demuestran cuán defectuosa era la administracion militar de aquellos tiempos, patentizan la incansable actividad del monarca. Él mismo dice que hizo embargar dos naves que desde Salou se disponian á dar á la vela con víveres para Mallorca; y, hecho inventario, firmó debitorio en favor de los mercaderes, y pagó esta deuda con sesenta mil sueldos que le prestaron los prohombres de Lérida. De esta suerte pudo mandar provisiones á los del cerro, deseoso de que por ningun estilo tuviese que abandonarse la nueva fortaleza. El rey de Valencia, sabedor de la partida de don Jaime, hizo los mayores esfuerzos para ganarla. Allegó gente de los territorios de Ejérica, Liria, Onda y Segorbe, hasta el número de cuarenta mil infantes y seiscientos caballos, y acometió á los cristianos. Estos no quisieron esperar á defenderse dentro del muro, sino que salieron al campo, aunque eran solo un puñado de combatientes, y lidiaron bravamente. Dos veces ganaron terreno, y otras tantas volvieron á perderle, seguidos de aquella chusma. Pero la última vez desde la fortaleza les dieron el nombre de fugitivos; y avivándose con ello su ardimiento, clamaron: vergüenza,

vergüenza, Santa María, Santa María, y cargaron nuevamente sobre el enemigo con furia incontrastable. El campo quedó cubierto de cadáveres moros. Súpolo don Jaime estando en Huesca, y fué á la Seo á entonar el Te-Deum, dice él mismo, delante de Jesús Nazareno. Las pérdidas de los cristianos habian sido sensibles. Ochenta y seis caballos habian recibido heridas mortales. Muchos caballeros habian quedado sepultados entre los cadáveres de los vencidos. Fué preciso mandar refuerzos y víveres á los Entenza y á su gente, y el mismo rey se encargó de llevárselos. Al vernos en el Puig, dice el monarca, mostramos suma alegría, nos con ellos y ellos con nos. Pronto se supo que Zaen, rey de Valencia, estaba en Liria á la cabeza de un buen ejército, dispuesto á presentar batalla. Venga, dijo don Jaime, y si no viene, allá iremos. Pero Zaen habia quedado escarmentado de la anterior batalla, y necesitaba rehacerse. Don Jaime se volvió por Burriana, contento del éxito de esta nueva campaña, y siempre dispuesto á acudir al socorro de los que dejaba en el cerro. Una noche, estando en aquella poblacion, le avisaron que los del cerro iban á ser acometidos. Vamos allá, dijo á los suyos. Esta empresa no es digna de vos, le dijeron algunos de sus caballeros, dejadla para nosotros. De poco os han de servir tales razones, respondió don Jaime. Bien hace el rey, dijeron otros que estaban presentes, en no querer abandonar villanamente á sus vasallos. Al volver, por Oropesa, de esta misma campaña, en poco estuvo como no cayó en poder de los moros. Venian sobre de él muchos á un tiempo, cuando podia contar con muy pocos que pudiesen auxiliarle. Uno de sus caballeros le aconsejó que huyese. Eso nó, respondió don Jaime; nunca huf, ni sé cómo se huye. Y su actitud impuso á los enemigos,

que no se atrevieron á acometerle. Á un caballero, porque en un encuentro habia huido abandonando á su jefe, le hizo descabargar delante de la hueste, le quitó el caballo, el puente, el casco de hierro y la ballesta, y le mandó seguir detrás, á pié, con solo el camisote. En otra ocasion peligrosa le instaban para que tomase algun descanso. No es eso lo que piden las armas, respondió don Jaime, pues por descansar se pierden á veces grandes ventajas. Don Jaime habia recibido ya nueva esposa en doña Violante, hija del rey de Hungría: este matrimonio se habia efectuado por setiembre del año 1235, y de él tenia ya el rey una hija, que mas adelante fué reina de Castilla. Pero las dulzuras del nuevo enlace, ni las ternuras de la paternidad, no pudieron con él lo bastante para hacerle olvidar sus deberes de monarca. Estando en Zaragoza, le dieron la triste nueva de que don Bernardo de Entenza habia muerto. Nos pesa, dijo don Jaime, primero por ser nuestro tio por parte de madre, segundo por tenerle confiado el Puig, por donde Valencia será nuestra, y tercero porque era bueno y leal: el dolor nos embarga ahora, mañana hablaremos. Sus ricos-hombres volvieron al otro dia, y le aconsejaron que abandonase el Puig, pues no era posible por el pronto ganar la ciudad ni el reino de Valencia. No esperábamos de vosotros tal consejo, ni hemos de seguirle, respondió el rey; yo os haré ver que nada se ha de echar á menos por la muerte de don Bernardo, ni aunque muriesen cinco que valiesen tanto como él. En lo mas crudo del invierno, segun parece por enero del año 1237, se trasladó al Puig, dió sepultura á Entenza, armó caballero al hijo del mismo, por nombre Guillermo de Entenza, y le hizo señaladas mercedes, y se disponia á salir para allegar gente, y hacer los preparativos para una nue-

va campaña, cuando supo por boca de un dominico, que los del Puig, en cuanto él se ausentase, trataban de abandonar la plaza. No os vayais vos, le dijo el rey, ni me dejeis la hueste en manos de un capellan que nada sabe, y volved mañana. Don Jaime pasó una de las noches mas agitadas de su vida. Revolvíase, dice él mismo, por la cama, ya de un lado, ya de otro, y sudaba de congoja como si estuviese en un baño, pensando que tenia que habérselas con mala gente, pues no hay, añade, una clase mas soberbiosa en el mundo que la de los caballeros. El dia siguiente congregó todo el presidio en la iglesia del Puig, y dijo en alta voz: «Sé que muchos de vosotros teneis intencion de marcharos si nos lo hacemos; pues bien, añadió poniéndose en pié, nos hacemos voto á Dios y al altar en donde está su santa Madre, de que no pasaremos Teruel ni el rio de Tortosa hasta que Valencia sea nuestra: y la reina nuestra esposa vendrá aquí, y tambien nuestra hija.»

No hay necesidad de consultar las crónicas, para saber el efecto que debian producir en todos los presentes estas palabras pronunciadas con entereza por un monarca valeroso. No hubo en la iglesia, dice don Jaime, quien no se echase á llorar; y nos con ellos. Una voluntad tan enérgica iba superando todos los obstáculos á medida que se presentaban. Don Fernando, tio del rey, y la misma reina doña Violante instaron con porfía para que se abandonase la idea de tomar la ciudad de Valencia. Nada consiguieron. El mismo rey de Valencia, alarmado á la vista de aquella firmeza de carácter, envió por tratos á uno de sus amigos, y prometió que haria entrega de cuantos castillos habia desde Guardamar hasta Tortosa, y desde esta plaza hasta la de Teruel, y fabricaria para don Jaime una fortaleza en la

Zaidia , y se haria perpetuamente tributario suyo por la suma de diez mil besantes al año , con tal que le dejasen en pacífica posesion de lo que le quedaba. Un caballero aragonés dijo á don Jaime, que sus antepasados hubieran bailado de contento si se les hubiese anunciado tal ventura. Este tratado no me conviene en tal punto y hora , respondió don Jaime ; Valencia será nuestra , y obtenida la clueca , no faltarán los polluelos. No bien acababa de despreciar este ofrecimiento, cuando los moradores de Almenara le brindaron con la posesion de su villa y castillo, si les hacia las mercedes que deseaban. Convino en hacerlas don Jaime , diciendo , manos que no dades , qué buscades , y cumplió al pié de la letra todo cuanto habia prometido. Entre otras mercedes habia la de tener que vestir de grana á cuarenta personas ; y para cumplirlo, se valió el rey de un vecino de Tortosa que , dice , tenia fábrica de paños en Burriana. La villa y castillo de Almenara se le entregaron , y la reina se trasladó allá desde Burriana , como punto mas seguro. En poco tiempo imitaron el ejemplo de Almenara las poblaciones y castillos de Uxó , Castro , Nules y Alfandech. Rendíanse con promesa de que se les permitiese el libre ejercicio de su ley , y se les otorgasen las mismas franquicias de que venian disfrutando con los moros ; y además el rey hacia merced de muchas cabezas de ganado á los vecinos. Regularmente estos tratos se hacian en un convite que el rey daba á los enviados , para no tratar con ellos , dice el mismo don Jaime , hasta que comidos y bebidos , estuviesen de mas buen humor para ajustar convenios. Tanto se iba adelantando en la conquista , que ya no se creyó peligroso dejar que la reina pasase al cerro , llamado ahora Puig de Santa María. Ella misma , en compañía de don Jaime, y se-

guida de cien caballeros , fué á tomar posesion de la villa y castillo de Paterna , que tambien se rindieron , con las condiciones ya dichas. Las plazas de Betera y Bulla hicieron otro tanto. Llegó por último la hora , por la que tanto habia suspirado don Jaime , de poner sitio á la ciudad de Valencia. Otras veces habia visto desde cierta distancia sus muros , y aquellas torres tan conocidas , y aquel cúmulo de edificios que daban indicios de una ciudad opulenta ; pero jamás habia podido enarbolar allí su señera con ánimo de no bajarla hasta haber salido triunfante. Cualquier acometida dada antes de este tiempo hubiera podido ser un golpe de mano , tal vez afortunado , ó una aventura témendaria : jamás la obra de un plan vasto , sabiamente concebido , y prudentemente ejecutado. Ahora era un fruto sazonado. Valencia habia sido quebrantada por grados , sus recursos gastados , las cosechas con que contaba destruidas , los florones de su corona arrebatados : y allí estaba casi sola y abandonada á sus propias fuerzas la que antes contaba con numerosos aliados y servidores. Delante de ella tenia á los vengadores de antiguas injurias recibidas por los iberos. Puesto á la cabeza de los caballeros del Hospital , de los del Temple , de su meznada , y de las fuerzas escasas con que habian acudido los comendadores de Alcañiz y de Calatrava , se adelantaba don Jaime , seguido además de ciento cincuenta almogávares y de mil peones. No habia aquí número , sino gran corazón y buenas disposiciones. El rey habia aprendido en sus campañas á ser siempre el primero en los avances , el postrero en las retiradas. Sus ricos-hombres y las milicias de las poblaciones de Aragon y Cataluña debian llegar cuanto antes. Entre tanto el rey siguió hácia la playa hasta el Grao , cruzó el Guadalaviar ; y á una milla de Va-

lencia armó sus tiendas. Habia dado órden á los suyos de no entregarse al merodeo hasta que hubiese llegado el grueso de la hueste , por mas que los moros saliesen á provocarlos, como en efecto lo hicieron. Los brios del capitan reflejaban, por decirlo así , en toda la hueste. La empresa se habia llevado adelante contra el parecer de los ricos-hombres , y á pesar de la mala voluntad de los mas de ellos. Pero era popular en alto grado. Así es que la primera hazaña llevada á cabo delante de Valencia la vemos acometida y consumada , nó por los b̄arones y caballeros , sino por los almogávares y los sirvientes. La primera noche del cerco , aunque sabian que á corta distancia estaba el rey de Valencia á punto de hacer una salida con diez mil peones y cuatrocientos jinetes , embistieron hácia la ciudad , y se apoderaron de una torre denominada Ruzafa , distante como dos tiros de ballesta de la plaza. Sabedor de ello don Jaime, acudió al momento , aunque padecia entónces de una oftalmía que no le dejaba abrir los ojos sin lavárselos con agua caliente, y no solo salvó á los almogávares y á los sirvientes, sino que conservó la posicion conquistada. Á medida que el cerco se fué estrechando , iban acudiendo los ricos-hombres, las milicias de las poblaciones, y los prelados. El metropolitano de Narbona se presentó acaudillando mil y cien peones y once caballeros. Construidos algunos manteletes , dispuesto un trabuquete, y llegados de Tortosa dos fundibulos, se dió comienzo al ataque , nó por la puerta Boatella , como deseaban algunos, sino por el ángulo saliente que formaba la plaza , frente de la posicion principal que ocupaba don Jaime. Á la sazón se rindió al rey la plaza de Cilla, al cabo de ocho dias de ser combatida por algunos caballeros que llevaban consigo un fundíbulo. Era ya cuestion de hon-

ra la toma de la plaza de Valencia. Cercábanla sesenta mil infantes y hasta mil caballos de guerra; el campamento estaba bien provisto de todo; y de todas partes acudian á él mercaderes y tratantes de todos géneros, que le convirtieron, dice don Jaime, en una ciudad populosa, en donde nada faltaba para sanos y enfermos. Una flota tunecina de quince velas se habia presentado en aquellas aguas, haciendo alarde de querer echar gente á tierra, mas no se atrevió; y contentóse su jefe con encender de noche cien farolas y tocar tambores; á lo que contestó el rey de Valencia haciendo encender en las torres y murallas hasta mil fuegos, precedidos de otro toque de tambores, como para indicar que reconocia por señor al tunecino; y don Jaime, en menosprecio de unos y de otros, hizo encender haces de leña y arrojarlas al foso de Valencia, y dió orden de que compareciese la flota de Tortosa, cuya vista ahuyentó á la africana. No pasaba dia sin que mediase acometida entre los sitiadores y los sitiados, y á veces lidiaban los caballeros como en palenque de muerte, y luego la ciudad era acometida por una ó por otra parte. La puerta de Jarea fué tomada en una de estas arremetidas. En otra, por salvar á la gente del metropolitano de Narbona, que se habia acercado incautamente á Valencia siguiendo el alcance de unos fugitivos, el rey fué herido de un tiro de ballesta que le dió en la cabeza; pero á los cinco dias, calmada la hinchazon, montó otra vez á caballo. Algunos nobles intentaron tomar la torre sita hácia la Boatella en la calle de San Vicente, y fueron rechazados. Lo supo don Jaime, y al momento hizo embestirla con fuerzas numerosas, y la entregó á las llamas, en las que quedaron consumidos sus defensores. Esta pérdida infundió espanto á los sitiados. De dia ni de noche nó se daba vagar á los ingenios, cuyos



proyectiles tenían sembrada la alarma por la ciudad, de suerte, que por intervalos se oían los alaridos de los niños y de las mujeres de que la ciudad estaba llena. Añádase á esto que la plaza no abundaba en víveres, y que el desaliento se había apoderado de los mas ardorosos, viendo que el tunecino no había podido socorrerlos, y se tendrá una idea de la congoja que pasaria el valenciano en aquellos dias. Por su parte el sitiador, aunque estaba rodeado de ricos-hombres, no se fiaba de ninguno de ellos, y todo lo dirigia en persona, persuadido de que muchos de sus barones (lo dice él mismo en su Historia) preferian ver á Valencia en poder de los moros, que no ganada por los cristianos: tanta utilidad les daban los parias que cada uno de por sí procuraba sacar de los jeques y gobernadores. Cuando Zaen quiso entrar en tratos con el sitiador, don Jaime no pidió el parecer de nadie mas que de la reina. Á solas con ella y el enviado de Zaen, se tuvieron las conferencias y se hizo el convenio. Valencia debia ser entregada con la condicion de que los habitantes pudiesen sacar su equipaje sin ser registrados, y recibir todos ellos guíaje y salvoconducto hasta Cullera ó Denia. Cerrado el trato, don Jaime convocó á los prelados y ricos-hombres, y tambien al metropolitano de Narbona, nó para pedirles su dictámen, sino para participarles lo hecho. Al oír esta nueva, dice él mismo, los ricos-hombres que estaban presentes perdieron el color, como si se hubiesen sentido heridos en el corazon, y ni uno hubo que diese gracias á Dios, ni lo tuviese por bueno, antes solo tenian afan por inquirir las condiciones del convenio: y al manifestárselas, dijeron que estaban conformes, ya que el rey las habia aceptado. Solamente algunos obispos y el metropolitano de Narbona, añade don Jaime, se mostraron

sumamente satisfechos; y el último dijo: obra de Dios hay aquí, y veo una de tres cosas, á saber, ó el rey ha servido á Dios, ó en este momento le está sirviendo, ó algun día debe servirle. Ya hemos visto que la Providencia premiaba en don Jaime el ejercicio de muchas virtudes que nos atreveremos á llamar cívicas: una serenidad mental, que le permitia distinguir á todas horas el bien del mal; una afectuosidad en el trato, que casi se confundia con el cariño de un padre; una grandeza de corazon, que le hacia tener en poco y olvidar las pequeñeces de sus barones; una constancia admirable en la ejecucion y cumplimiento de sus planes; y un ardimiento generoso, que le impulsaba á dar gloria á sus vasallos por aquellas vias en donde hasta los quebrantos daban laureles. Pródigo de su persona y de su sangre, amator del cielo, señor de sus vasallos, esclavo de su palabra, y gran despreciador de la muerte, fué un ibero digno de los mejores tiempos. Á los tres dias de firmado el convenio, cuando don Jaime vió enarbolada su señera en la torre de Valencia, que despues perteneció al Temple, prorumpió en llanto y besó la tierra. Luego salieron hasta cincuenta mil habitantes con sus equipajes, y el rey se vió obligado á herir de muerte á algunos de los suyos que intentaban poner mano en los vencidos, que para él era la cosa mas sagrada: de modo, dice, que todos ellos llegaron seguros á Cullera. Cumplióse al pié de la letra la capitulacion firmada. En esta se dice: «Nos don Jaime, rey de Aragon y de Mallorca, conde de Barcelona y de Urgel, señor de Montpellier, prometemos á Çayen, rey, nieto de Lupo é hijo de Modef, que tanto él como los moros todos, así varones como hembras, que quieran salir de Valencia, se vayan y salgan salvos y seguros con sus armas, y con todos los bienes muebles que quieran llevar consigo, se-

bre nuestra fé y guiaje, desde que salgan de la ciudad hasta pasado el vigésimo dia de su salida. Y tambien queremos y concedemos, que todos los moros que quieran permanecer dentro los confines de Valencia, permanezcan sobre nuestra fé salvos y seguros, entendiéndose con los dueños de las heredades. Tambien aseguramos y damos firmes treguas, en nuestro nombre y en el de nuestros vasallos, que de este dia á siete años no haremos por tierra ni por mar, ni permitiremos que se haga ningun mal, daño, ni guerra en Denia, ni en Cullera, ni en sus tierras; y si por atentado y fuerza alguno de nuestros vasallos y hombres lo hiciese, le haremos dar enmienda íntegra, segun el mal que hubiese hecho. Y para que estas cosas sean atendidas, cumplidas y observadas, lo juramos, nos personalmente, y lo hacemos jurar á don Fernando, infante de Aragon, tio nuestro; y á don Nuño Sanchez, deudo nuestro consanguíneo; y á don Pedro Cornel, mayordomo de Aragon; y á don Pedro Ferrandez de Azagra, don García Romeu, don Rodrigo de Lizana, don Artal de Luna, don Berenguer de Entenza, don Guillermo de Entenza, don Atorella, don Asalido de Gudar, don Fortuño Aznarez y don Blasco Maza; y á Roger, conde de Pallás, y Guillermo de Montecatano, y Ramon Berenguer de Ager, y G. de Cervellon, y Berenguer de Eril, y R. G. de Odena, Pedro de Queralt y Guillermo de San Vicente. Tambien nos P., por la gracia de Dios, arzobispo de Narbona; y P., arzobispo de Tarragona; y nos Berenguer, obispo de Barcelona; P., de Zaragoza; V., de Huesca; G., de Tarazona; Ex., Sogobricense; P., de Tortosa; y V., Vicense, prometemos que lo antedicho haremos cumplir y atender de buena fé, en cuanto podamos y sepamos. Y yo Çayen, rey nombrado, os prometo á vos Jacobo, por la gra-

cia de Dios, rey de Aragon, que os entregaré y devolveré todos los castillos y villas sitos en esta parte del Júcar, dentro los referidos veinte días, excepto las dos plazas de Denia y Cullera. Fecho en Rozafa, durante el sitio de Valencia, el día iv de las calendas de octubre de la era mil doscientos setenta y seis. Sellado por Guillermo, escribano, quien, por mandato real, y por veces de don Berenguer, obispo de Barcelona, canceller real, extendió esta escritura en el lugar, día y era citados.»

De este contexto se desprende que don Jaime quedaba dueño de todo el pais comprendido entre el Ebro y el Júcar, exceptuándose la plaza de Cullera; que al rey moro se le dejaba una sombra de soberanía, y se le prometia no hostilizarle por espacio de siete años. Cincuenta mil habitantes armados habian salido de Valencia: mas de sesenta mil guerreros entraron en ella y tomaron posesion de aquellas viviendas que ya no tenian dueño. Las casas fueron repartidas entre el arzobispo de Narbona, los obispos, los barones, los caballeros, y las ciudades que habian enviado sus milicias, todo á prorata de los hombres que iban en cada compañía. Pasóse despues á la reparticion de las tierras, y se hizo en la mejor forma posible, cercenando parte de los que ya tenian sobrado, que eran los mas de los barones. De esta manera los campos y las viviendas de una fértil comarca, por las armas pasaron á ser patrimonio de unos nuevos propietarios. Hemos visto que la escritura de capitulacion lleva la fecha de la era mil doscientos setenta y seis, que corresponde al año 1238. Sin embargo, aun en esta fecha hay dudas, pues el rey fija en su Historia como día de la rendicion de Valencia la víspera de San Miguel del año 1239. Otros presumen que esta diferencia nace de ha-

ber contado don Jaime por años de la Encarnacion; pues existen escrituras suyas fechadas ya en Valencia, como rey, en noviembre de 1238, año del Nacimiento. Fuera de esto, el mismo rey explica en su Historia, que el año siguiente al de la toma de Valencia estuvo en Montpellier, y presenci6 el mayor eclipse de sol que hubiese visto; y este se sabe por las tablas de los eclipses que tuvo lugar en 1239. Es bueno anotar que en dicha poblacion procur6 don Jaime ganarse las simpatías de los numerosos gremios de artes y oficios, para derribar del consulado á los que le ocupaban, y de quienes dice que era mucho su orgullo. Conseguido su objeto, excitado el entusiasmo de las masas, y alejados de Montpellier sus enemigos, confisc6 sus bienes 6 hizo derribar sus casas. Mientras don Jaime velaba de esta suerte, segun su leal saber y entender, por la conservacion del 6rden interior en sus dominios, sus ricos-hombres trataban de destruir durante su ausencia todo cuanto se llevaba adelantado en el reino de Valencia. Sublev6se allí, dice don Jaime, Guillermo de Aguil6 con algunos caballeros, peones y almogávares, y la dieron en perseguir lo mismo á los que se habian rendido que á los que se mostraban hostiles. Cercaron la plaza de Rebolledo, y la tomaron á viva fuerza. Era evidente que trataban de exasperar los 6nimos, y de encender una guerra de exterminio. Hasta la misma religion aspiraban á hacerla servir para sus malos fines. Teniendo cercado el castillo de Chio, dicen que iban á comulgar cuando oyeron el sonido del clarin, y acudieron á las armas, dejando abandonadas entre unas piedras las sagradas formas, metidas en unos corporales. Despues las hallaron tintas en sangre; y lo que debió parecerles horror de la sangre, lo tomaron por cari6o á la sangre, y continuaron

violando las treguas juradas por don Jaime. Este es aquel famoso caso que algunos cronistas, nó la Historia de don Jaime, refieren: y añaden que estuvieron á punto aquellos merodeadores de reñir por la posesion de los corporales, y los colocaron sobre un mulo para que este los llevase á donde quisiese, y él no paró hasta entrarse en una iglesia de Daroca, en donde se veneran. No bien el rey hubo vuelto á Valencia, cuando de todas partes acudieron los moros rendidos, á quienes habia dado su real palabra de que les daría proteccion y haria gozar de los beneficios de la paz y tregua, quejándose sentidamente de las extorsiones y daños que en ellos habia hecho Guillermo Aguiló. Don Jaime se mostró severo, y mandó comparecer á los reos de aquellos atentados. Temerosos, unos se habian trasladado á Castilla, otros habian huido á Aragon, y ninguno acudió al llamamiento. El mismo Aguiló, conocedor de la pena que merecia, pidió un salvoconducto, y habiéndole obtenido, dijo al rey que no creia haber obrado mal causando daño á los moros. Mal obrasteis, le respondió el rey, porque faltasteis á nuestras órdenes, porque no ignorabais que les prometimos proteccion y los teníamos bajo nuestro amparo. Don Jaime no podia olvidar que ese rico-hombre y sus compañeros, ahora tan encarnizados contra los rendidos, eran los mismos que habian hecho cuanto estuvo en su mano para impedir la conquista de Valencia. Hubiérales confiscado los bienes, pero halló que ya los tenian empeñados antes de cometer los desmanes, y solo le fué posible devolver la libertad á algunos cautivos, restituir á sus dueños algunos objetos robados, y manifestar á los moros cuán sensible le era que hubiesen recibido tales daños. En 1240 el castillo y la villa de Bairen se rindieron por tratos á don Jaime. Á

la villa de Villena se puso cerco , y fué batida ; pero el infante don Fernando , y muchos ricos-hombres , le abandonaron por un descalabro que tuvieron , y fué preciso que acudiese el comendador de Alcañiz con sus caballeros y almogávares , y entónces la plaza se rindió por trato. Poco antes , el vencido rey de Valencia pidió y obtuvo vistas con don Jaime en la Rápita de Bairen. Pedia Zaen que se le diese en feudo la isla de Menorca , y él cederia por cinco mil besantes el señorío del castillo de Alicante. Don Jaime no se avino , pretextando que Alicante era tierra cuya conquista , á tenor de antiguos convenios , tocaba al castellano. Ya las correrías de los cristianos fronteros se iban adelantando hácia la opuesta márgen del Júcar , y al principio no fueron afortunadas. Cierta día don Jaime quiso subirse á un cerro , y descubrir desde él la campiña de Játiva ; y quedó maravillado , como él mismo lo escribe , mirando la mas hermosa huerta que jamás ni en villa ni castillo hubiese visto , las casas de campo de que estaba sembrada , las alquerías del contorno , y el castillo que dominaba la vega : y en su interior deseó que los iberos recobrasen esa hermosa tierra. Habia ido allá á reclamar ciertos cautivos que los moros habian hecho á don Rodrigo Lizana ; y le contestaron los de Játiva , que les era imposible devolverlos , porque su dueño pedia por ellos un precio exorbitante. Plúgonos mucho esta respuesta , dice don Jaime , pues preferíamos Játiva á los cautivos. Y aunque despues los moros querian devolverlos , no los quiso. Puso su cuartel en una alquería llamada Cellent , junto á la cual pasaba un rio ; y desde allí envió cabalgadas á talar los campos y hacer alardes contra varios castillos de aquellas cercanías. Creen algunos que don Jaime hubiera conseguido la rendicion de la plaza de

Játiva, á no haberlo impedido la mala voluntad de uno de sus ricos-hombres, llamado García Romeu. Estando en marcha para una cabalgada, presenci6 don Jaime como uno de los caballeros que servian á Romeu hirió á otro, y se fué huyendo el agresor hácia la tienda de aquel rico-hombre. Don Jaime fué tras él, y pudo alcanzarle antes que se metiese en ella, y le entregó á sus porteros, diciendo que le custodiasen por si moria el herido, y caso de no morir, que le soltasen. Sabedor de esto don García Romeu, se quejó al rey por enviado, diciendo que le habia afrentado, pues no podia ignorar que si algun hombre tomaba asilo en la casa de un caballero para ponerse á salvo, despues de cometido un crimen, debia estar seguro en ella. No son iglesias vuestras casas, respondió el rey, para que no podamos sacar de ellas á los que hieren ó maten; ni tampoco es casa vuestra la tienda, sino mia, que os la presté para servirme: obre, pues, cada uno como debe, pues de otra suerte lo erraria. La venganza del rico-hombre fué querer pasarse al moro; y don Jaime dijo que lo mismo le importaba verle dentro como fuera: aunque en realidad lo sintió, pues por el pronto aquella defeccion desbarataba sus planes. Sin embargo, su constancia, á pesar de esta contrariedad, hizo que los de Játiva le reconociesen por señor, le entregasen el castillo de Castelló y le devolviesen los cautivos. Cien jativeños, de los mas honrados de la villa, salieron solemnemente de ella, reconocieron por señor suyo á don Jaime, y juraron que en caso de tener que entregar el castillo de Játiva, á nadie mas que á él le rendirian. Dice el rey que despues se fué á Aragon, en cuyo reino y en Cataluña permaneci6 mas de un año, dejando en el ínterin á don Gimeno Perez de Tarazona para que desempeñase mando en Valencia. Pronto

volvió á este reino para extender sus conquistas á la otra parte del Júcar. El jefe moro que mandaba en Algira huyó de esta plaza con treinta jinetes, y los que quedaron en ella trataron de rendirla, mientras don Jaime les dejase continuar viviendo en ella. Las condiciones y solemnidades de este tratado son dignas de que aquí se trasladen. Los habitantes de Alcira, ó Algira, podian continuar viviendo con las mismas costumbres que tenian en tiempo de los almohades, tenian derecho á practicar su culto en las mezquitas, y todo cautivo moro que consiguiese poner los pies en Alcira quedaba libre, sin que nadie pudiese reclamarle. Los moros debian entregar á don Jaime una de las torres de la plaza. El dia señalado para la toma de posesion salieron los ancianos de la villa, seguidos del pueblo, y juraron sobre el Coran que serian vasallos buenos y leales, y defenderian al rey y á los caballeros que él tuviese á bien dejar en la torre. Esta se mejoró y fortificó, y de esta manera perdieron los moros una de sus principales poblaciones, que les daba buenas rentas. La ciudad de Denia fué mas adelante conquistada. Ya por este tiempo el rey habia convocado ó asistido á varias córtés en Aragon y Cataluña, y de ellas es conveniente tomar nota, antes de continuar la marcha de los acontecimientos. En 1233 las hubo en Tarragona, y en ellas se trató de asuntos eclesiásticos y civiles. El año siguiente las hubo dos veces en la misma ciudad, para ordenar constituciones de paz y tregua. En 1239 las hubo en Barcelona, y en ellas se sancionaron varias constituciones. El año siguiente las hubo en Gerona, y hay quien afirma que en ellas se dictaron varias leyes contra los judíos, aunque otros lo ponen en duda. En 1241 se cree que las hubo en Gerona y Lérida, y en ellas se trató de que don Pedro,

hijo segundo del rey, le sucediese en el condado de Barcelona. En 1244 hubo otras en Barcelona, y en ellas se trató de los linderos de Cataluña. En Monzon se habian convocado unas en 1236, y parece que en ellas se trató de conservar la paz entre los súbditos, de confirmar la moneda llamada jaquesa, y de preparar la conquista de Valencia. En Daroca se habian juntado otras en 1243, para jurar como príncipe heredero del reino de Aragon al infante don Alonso. En Huesca hubo unas en 1247, y en ellas se publicó la compilación de los fueros de Aragon nuevamente formada, de órden del rey, por el prelado de esta diócesis. En 1241 el rey habia estado nuevamente en Montpellier y hecho allí algun arreglo con los condes de Tolosa y de Proenza. En medio de los elementos de union y vida que el estado debia á la eficacia de don Jaime, el segundo matrimonio de este monarca habia inoculado entre sus vasallos otro de desunion y muerte. Don Alonso, hijo de la primera esposa, debia ser rey de Aragon; don Pedro, hijo de la segunda esposa, debia ser conde de Barcelona; y este condado decian unos que debia extenderse desde Salsas hasta las riberas del Cinca, mientras otros afirmaban que debia tener limitacion en las del Segre. El amor del rey á su segundo hijo le hacia inclinar la balanza del lado que mas podia favorecerle; y la obra de don Ramon Berenguer IV iba á quedar amenazada con la separacion de los dos estados que, unidos, habian conseguido unos triunfos tan bellos. Alguna nube debió cernirse entre el padre y su hijo, habido en una madre repudiada. Hubo entre los dos, nó aquella cordialidad que es indicio claro de paz doméstica, sino aquel alejamiento que demuestra las amarguras de la vida privada. Los ricos-hombres, y con ellos el infante don Fernando, que tenia el

privilegio de hallarse siempre á la cabeza de los descontentos, trataron de sacar partido de aquellas desavenencias domésticas, haciéndolas mas marcadas y profundas, dándolas el carácter de una guerra civil, y aun tratando de que el castellano favoreciese al príncipe aragonés en las quejas que tenia contra su padre. Afortunadamente el rey de Castilla era superior á tales pequeñeces, y mas bien trataba de estar en continua competencia con el aragonés, lidiando con el moro, que no en buscar medios que le enervasen. Por el contrario, se avino á dar por esposa á su hijo el infante don Alonso la hija mayor de don Jaime, habida en doña Violante, y llamada tal como su madre. La infanta fué llevada á Castilla, y el matrimonio se celebró solemnemente en Valladolid por el mes de noviembre de 1246, aunque no se consumó hasta mas adelante. Y para que se vea cuánto perturba los mas claros entendimientos el amor á la prole, hay que decir que por estos tiempos don Jaime habia hecho reparticion de sus dominios entre sus hijos para cuando llegase el caso de su muerte. Á don Alonso, el primero de ellos, le dejaba el reino de Aragon, excluido de él el condado de Ribagorza y gran parte de las riberas del Cinca. Esto, Cataluña, Mallorca y las demás islas Baleares, lo dejaba todo al infante don Pedro. El reino de Valencia formaria el patrimonio del infante don Jaime. El condado de Rosellon, Conflent y Cerdaña, los señoríos de Montpellier y Castelnou, y varios castillos, debian formar la herencia del infante don Fernando. Don Sancho, cuarto de los hijos habidos en doña Violante, debia abrazar el estado eclesiástico. En falta de descendencia varonil debian suceder los hijos de la infanta doña Violante, casada con el primogénito del rey de Castilla; pero en ningun tiempo podian los dominios de don Jai-

me ser incorporados á los del castellano. Es decir, que uno de los mas nobles reyes que ha tenido la Iberia, queria que quedase rota y destrozada, al tiempo de su muerte, una monarquía que á tanta costa habia aumentado y enriquecido. Es mas grato verle en el acampamento, rigiendo el tiempo presente, que no queriendo presidir y cambiar los futuros destinos de su pueblo. En 1248 (aunque en esta fecha no andan conformes los historiadores castellanos ni los valencianos), los moros de Játiva, Carcel, Terrabona y Tous, salieron contra una cabalgada dirigida por don Rodrigo de Lizana para hostilizar á algunos sarracenos sublevados. De esta suerte faltaron los de Játiva á lo que habian prometido de no guerrear contra su señor. De ello se alegró don Jaime, porque así quedaba rota la tregua sentada en otro tiempo, y podia marchar contra los jativeños cuando le pluguiese. Antes citó al alcaide de Játiva para que compareciese ante él, y le acusó de haber quebrantado las treguas, acometido á sus caballeros, y dado muerte á algunos, por cuya causa le intimó que le hiciese dueño de la plaza de Játiva, ó bien aceptase por juez de aquella querella al rico-hombre que él le designase. El alcaide prefirió tomar las armas, para que diesen arbitramento segun fuesen manejadas ó lo dispusiese la fortuna. Don Jaime puso sitio á Játiva, y comenzaron desde luego las salidas de los sitiados, y sus torneos, y combates parciales con los sitiadores. Habia entónces la costumbre de que unos á otros se retasen los campeones de los dos campos, y con permiso de sus respectivos jefes salian á guerrear uno contra uno, ó dos ó mas contra otros tantos enemigos; y los vencedores se retiraban tan seguros, aunque se viesen rodeados de contrarios, como si estuviesen en medio de su propia hueste. Don Jaime confiesa candoro-

samente en su Historia que, durante este sitio, tuvo recelos de que su propio yerno, don Alonso, tratase de arrebatarle aquella conquista. Parece que el obispo de Cuenca deseaba que los de Játiva se rindiesen al príncipe castellano, como recientemente lo acababan de hacer los de Enguera; y aun, para conseguirlo, se andaba en tratos con los sitiados. Don Jaime mandó prender á todos cuantos entablasen relaciones con el moro sin tener permiso. Trajeron á su presencia un espía, natural de Cuenca, á quien prendieron mientras estaba hablando con los sarracenos; y le mandó ahorcar de un árbol luego de confesado. Lo mismo hizo con diez y siete habitantes del pueblo de Enguera, por haber reconocido por señor y dueño al rey de Castilla. Fué una de las pocas veces que don Jaime perdió su natural templanza. Don Alonso, infante de este reino, y yerno de don Jaime, quiso tener con este una entrevista, y la tuvieron entre los pueblos de Almizra y Capdets. El infante pedía la entrega de la plaza de Játiva, y decía que su suegro se la había prometido para dote de doña Violante. No hay tal, respondió con energía don Jaime; no es cierto que á nadie del mundo hayamos hecho tal promesa. Ceded la plaza, decía el infante, ó sino nos la cederá el alcaide. Ni su alcaide osará entregarla, respondió don Jaime, ni nadie se atreverá á tomarla, sin que antes pase por encima de nosotros. En vano la reina prorumpió en llanto, deseosa de poner en paz y amistad á su marido y á su yerno. Don Jaime mandó ensillar, diciendo: sigan ellos su camino, que nosotros seguiremos el nuestro. Don Jaime odiaba en los castellanos, y así lo escribe él mismo, la costumbre de querer espantar á todos con amenazas, y les decía que las pusiesen por obra y verían en cuán poco las tenía; y añadía que no había hombre tan pa-

cífico á quien no sacasen de quicio , pidiendo las cosas con tanto orgullo, como si no tuviesen mas que abrir la boca para que se viesen cumplidos sus deseos : cosa que don Jaime no podia soportar sin arrebatarse , pues su condicion era tal, que no reclamaba con imperio ninguna cosa justa , sin que antes hubiese apurado los medios de conciliacion con buenos modos. Viendo el infante de Castilla que eran inútiles con su suegro los amagos , dejó de insistir en la demanda de Játiva , y aun prometió devolver las plazas de Enguera y Muxent, con tal que el aragonés le cediese, como lo hizo , las poblaciones de Villena , Bugarra , Capdets y Saix. Firmaron escritura el suegro y el yerno, y en ella quedó acordado que las tierras de Almansa , Sarazuel y el rio de Cabriol quedarian para el castellano, y las de Alarch, Altea , Biar , Castalla, Finestrat, la Mola, poco distante de Aíns , Polop , Sexona , Torres y Tormos, pertenecerian al rey don Jaime. Volvió este á apretar el sitio de Játiva, y dice que la plaza se defendió bien por espacio de once meses , hasta que convencido el alcaide moro de que el sitiador no levantaria el campo , propuso capitular siempre que en cambio le fuesen entregados los lugares y castillos de Mentesa y Vallada. La reina doña Violante , sabedora de estas proposiciones, dijo á su esposo que no dilatase la toma de posesion de tan buena fortaleza ni de tan rica villa como era Játiva , por la insignificancia de uno ni de dos castillos ; y del mismo dictámen fueron los barones. Firmóse la capitulacion , y quedó por don Jaime la que él llamaba llave y floron del reino de Valencia. Ganada Játiva, tuvo el rey córtes en Alcañiz el año 1250 , asistiendo á ellas aragoneses y catalanes, para poner término á las diferencias entre el infante don Alonso y su padre. Parece que el año siguiente

hubo tambien córtes en Barcelona , y que en ellas , previo consentimiento de los concurrentes , se hizo donacion de Cataluña á favor del infante don Pedro. En las de Alcañiz quejóse el rey de los desafueros que se permitia su hijo don Alonso , ayudado de don Pedro , infante de Portugal , y propuso dejar este asunto en manos de jueces que le dirimiesen. Á la sazón los dos infantes estaban en Sevilla , y allí , recibida embajada , se avinieron en presencia del rey de Castilla , y juraron estar á lo que determinasen los jueces. Muerto ya por este tiempo el infante don Fernando , otro de los hijos del rey y de doña Violante , naturalmente la determinacion de los árbitros se enlazó con la nueva division que de sus reinos y señoríos se esperaba que hiciese don Jaime. Como primogénito , le tocaba al infante don Alonso , segun dictámen de los jueces , la gobernacion de los reinos de Aragon y Valencia , y el principado de Cataluña podia quedar reservado para el infante don Pedro. El rey , reservado el usufruto , tenia ya hecha donacion de sus dominios desde el Cinca á Salsas al segundo , procurando en cuanto pudo perjudicar al primero en la demarcacion de los lindes , y nombrando por sustituto de don Pedro , nó á don Alonso , sino al infante don Jaime , á quien además debian tocarle las Baleares , Montpellier y el reino de Valencia. Muy cerca de cuarenta años de reinado llevaba ya don Jaime , los quince pasados entre turbaciones civiles , batallando con sus barones ; los demás ganando lauros en guerra contra los moros , á pesar de sus barones : y ahora le hemos de dejar batallando consigo mismo , con las insinuaciones de su segunda esposa , y con las predilecciones en favor de sus hijos , dispuesto en alguna manera en su edad madura á destruir la obra de una juventud heróica.

La última empresa referente al período de tiempo que abraza este capítulo fué la rendicion del castillo y villa de Biar, en cuyo cerco empleó los meses desde setiembre de 1252 hasta febrero de 1253. Casi al mismo tiempo la plaza de Castalla le abrió las puertas; sabido lo cual, todas las poblaciones que hay desde el Júcar al reino de Murcia le rindieron vasallaje, salvas vidas y haciendas; y por este medio, dice el mismo don Jaime, ya desde entónces lo dominamos todo. En el capítulo siguiente trazaremos el término y remate de este largo y magnífico reinado, deteniéndonos en ciertas circunstancias del mismo aquí omitidas. Es fama que á un confesor suyo le hizo cortar la lengua por haber revelado un secreto de confesion, y que por esto fué excomulgado, y el papa le hizo absolver públicamente. Ya notamos que en otra ocasion tampoco supo contenerse don Jaime. Pero son excepciones del dominio que ejercia sobre sí.

Las memorias del reino de Navarra relativas á estos tiempos nos pintan á don Sancho en su período de decaimiento, buscando en vano frontera contra los moros, cuando se la habian cerrado el aragonés y el castellano. Era preciso que uno de estos fuese vencido ó necesitase auxiliares, para que el navarro pudiese entrar en el palenque. El porvenir de aquel estado quedaba destruido. Pero esto mismo le daba una vida interior, llena de nacionalidad propia, nerviosa y fuerte. La proteccion dispensada á los moradores de Sadaba, y el incremento dado á la fortaleza de Viana, son testimonios de los esfuerzos que hacia don Sancho para buscar una salida al ardimiento de sus vasallos. Pero en todas partes un círculo de hierro se oponia á sus designios. Y no pudiendo los ímpetus varoniles explayarse exteriormente, se traducian por dentro en graves alteraciones

de tiempo en tiempo. Cansado de esta larga lucha don Sancho, se dió por vencido y se retiró á su palacio de Tudela. Llamáronle desde entónces el Encerrado. Devorábale la melancolía, viendo que los demás reyes iberos se ilustraban reconquistando la Península, y él tenia que permanecer encerrado en sus montañas. El castellano le hostilizaba. Último vástago de los reyes de Navarra, en él terminaba la sucesion varonil, pues no dejaba hijos. Un cáncer le molestaba. Habia engordado tanto, que él mismo se avergonzaba de que le viesen, á no ser á solas, y en un sitio muy retirado. Un sobrino suyo, don Teobaldo, hijo de su hermana doña Blanca, no guardaba con él todas las atenciones que don Sancho exigia. En estas circunstancias envió un mensaje al rey don Jaime de Aragon, proponiéndole que celebrase con él una alianza mutua, y ofreciéndole mercedes cuales ningun rey las hubiese hecho mayores á ningun otro monarca. Don Jaime fué á Tudela, y hubo de subir al castillo porque don Sancho no pudo bajar á la villa. Con ser el aragonés de una estatura muy aventajada, vió que no le era inferior el navarro; y muy contentos, dice don Jaime, y riendo, subieron por una escalerilla hasta llegar á una salita contigua á la capilla, donde hallaron preparados los asientos. Dijo el navarro que nunca habia tenido satisfaccion mas cumplida como ahora que veia á don Jaime. Respondió el aragonés que se alegraba por los vivos deseos que tenia de conocerle. Y pasadas las primeras efusiones, al dia siguiente manifestó el navarro sus deseos. Le dijo que su sobrino, don Teobaldo, le volvia mal por bien, y habia llegado á conspirar para destronarle; y que por tanto preferia que don Jaime le sucediese en el trono. Pero, añadió, para que no crean que obramos de lijero, es menester que

vos nos nombreis tambien sucesor vuestro. El convenio se hizo en estos términos , como cosa de poca monta. Sin embargo , don Jaime dice en su Historia que salvó los derechos de su hijo don Alonso , y aun consiguió que don Sancho se aviniese á sucederle solo en el caso de sobrevivir á él y á don Alonso. Os agradecemos la honra que nos haceis, dijo don Jaime, y os ayudaremos contra el rey de Castilla y contra cualquiera que intente dañaros. Hecha de esta suerte la adopcion mutua entre un anciano de setenta y ocho años, y un mozo que aun no llegaba á la mayor edad , quedaron en ratificarla dentro tres semanas, reunidos para ello en Tudela los nobles y caballeros de Navarra, y diez síndicos por cada ciudad, y cuatro por cada villa de alguna importancia. Llegado el plazo , los ricos-hombres y los síndicos prestaron juramento y homenaje de que, muerto don Sancho, reconocerian por rey de Navarra á don Jaime, ó en su defecto á don Alonso y á sus sucesores. Las poblaciones y los barones que no concurrieron á Tudela , prestaron despues el mismo juramento en manos de un comisionado de don Jaime, que recorrió la Navarra. El navarro hizo otro tanto respecto á los dominios del aragonés. Despues se trató de hacer la guerra al rey de Castilla y á don Lope Diaz de Vizcaya, su frontero. Los ricos-hombres aragoneses y navarros solo pedian buenas recompensas , y decian que prestarian buenos servicios. Don Jaime propuso auxiliar con dos mil caballeros al navarro, siempre que este consiguiese poner en campaña otros tantos, y dar comienzo á las talas en Castilla. Encolerizóse al oir esto don Sancho, y dijo á su ahijado, que arreglase sus cosas á su manera , pues él haria con las suyas otro tanto. Sin embargo , aplacó muy luego su enojo , prestó al aragonés cien mil sueldos sobre garantía de cuatro

poblaciones, Faxina, á saber, Ferrera, Ferriolo y Peñaredonda; y se dieron cita para dar comienzo mas adelante á la campaña. Mas de dos meses estuvo esperando el Navarro al aragonés, y cuando le vió comparecer al cabo de tanto tiempo, le echó en cara el haber faltado á su promesa. En justo castigo, respondió el aragonés, os auxiliaremos con doscientos caballeros mas. Pero ya don Sancho conocia que su ahijado deseaba mas bien conquistar las tierras de los moros, que dar auxilio al navarro contra el castellano; por lo que respondió con algun desabrimiento, y esta vez los adoptados no se separaron muy amigos, antes en alguna manera pudo decirse que ya no se acordaban de sus tratos. No tardó mucho tiempo don Sancho en sucumbir á sus dolencias y á sus años, dando el último suspiro, á dia 7 de abril de 1234. Antes de un mes, ya su sobrino don Teobaldo, conde de Champaña, fué recibido en Pamplona con grandes regocijos, y el dia 8 de mayo fué coronado solemnemente, y aun dicen ungido, como ningun rey lo habia sido hasta entónces, segun se escribe, en Navarra. Se deseaba dar aparato á estas demostraciones para quitar toda esperanza al ahijado de don Sancho; mas no fué necesario instarle mucho para que renunciase á toda pretension hácia el norte, cuando tenia vueltos los ojos al mediodia. Créese, sin embargo, que los estados de Navarra se reunieron en córtes, poco despues de muerto don Sancho, para dar satisfaccion cortesana á don Jaime, ya que no podian dársela entera y cumplida. Otras córtes convocó al parecer don Teobaldo el año 1237 en Estella, y en ellas se trató de la clara interpretacion de los fueros del reino, quitándose ambages de donde los habia, y dándose claridad á lo obscuro. Viendo don Teobaldo que en la Península le faltaba frontera contra el

moro, trató de seguir el impulso de otros potentados europeos, é ir á la conquista de la Tierra Santa. Dicen que antes obtuvo del castellano la seguridad de que durante su ausencia no serian hostilizados sus reinos; otros lo dudan, citando una escritura en que los de Fuenterrabía se obligaban á auxiliar á los navarros, durante la ausencia de Teobaldo. Cuatro años duró su expedicion, desde el de 1239, en que se hizo á la vela en Marsella, hasta el de 1243, en que volvió á Navarra. Faltan pormenores acerca de esta poco afortunada ausencia de don Teobaldo. Parecia natural que un príncipe recién llegado de la Tierra Santa viviese con la iglesia en buena paz y armonía. Nada de esto. Al tiempo de su vuelta, dieron comienzo sus diferencias con el obispo don Pedro Jimenez. Los desabrimientos primero, las rudezas luego, las altanerías por último, promovieron un rompimiento abierto entre el monarca y el prelado. En 1246 este dió por excomulgado á aquel, y puso entredicho en sus vasallos. Dos años duró esta guerra, penosa para los que la sostenian, y no muy grata para los moradores, y por último cesó en 1248, dirigiéndose el monarca á Roma parâ dar satisfaccion á quien la exigia, y para obtener absolucion de las censuras. Murió en Pamplona el dia 8 de julio de 1253. Dado á la poesía, y siendo al mismo tiempo buen músico, dicen que en sus expediciones se solazaba, interpolando las gracias con los peligros. Los anticuarios le son deudores de un cartulario, en el que mandó reunir varios documentos, donaciones, y otras escrituras que pertenecian á los pasados reyes. Dejó el cetro á un hijo suyo, de su mismo nombre, recomendándole al rey de Aragon, que era su amigo. Don Teobaldo fué casado tres veces: la primera con una hija del conde de Lorena, que le fué arrebatada por decreto de nu-

lidad de enlace; la segunda con doña Inés de Belloyoco, en la que tuvo una hija que casó con un duque de Bretaña; y la tercera con doña Margarita, princesa de la casa de Borbon, en la que tuvo tres hijos, don Teobaldo, don Pedro y don Enrique; y tres hijas, doña Leonor, doña Margarita y doña Beatriz. Los restos de este monarca fueron sepultados en la catedral de Pamplona.

Pusimos punto á las memorias de Leon y Castilla, reinando en Leon don Alonso IX, y en Castilla don Alonso VIII, por los años de 1213. Otro don Alonso reinaba en Portugal, y era allí segundo del nombre, y andaba excomulgado y en desavenencias con la sede pontificia, y no fué absuelto sino en 1214. El de Leon, instado por el castellano para que hostilizase á los moros, dijo que le faltaban jinetes, y el de Castilla se los mandó con sus caballos en número de seiscientos. En dicho año trataba el castellano de adelantar terreno, sacando el mejor partido posible de la victoria de las Navas de Tolosa. Varias plazas le abrieron las puertas, en su número Dueñas, Riopar, y Alcaraz, esta última, no sin haber sostenido con vigor algunos asaltos. Las milicias de Talavera de la Reina sufrieron un sensible descalabro, pues hicieron cabalgada é incursion en tierras del moro, con ánimo de allegar despojos, y fueron acometidas y arrolladas con pérdida de setenta caballos y cuatrocientos peones. Engreidos los vencedores, quisieron correrse por tierras de Toledo, y las talaron é hicieron presa; pero al retirarse con ella, cayeron sobre ellos los cristianos, y recobraron no poca parte del botin, con fuga ó muerte de los que le llevaban. Alcalá la Real y Las Cuevas se rindieron á los castellanos en la campaña de otoño, precisamente cuando el reino de Castilla sentia en toda su rudeza el azote del hambre que le affli-

gió por este tiempo. En 1214 el leonés hizo jornada contra los moros, conforme lo habia prometido al castellano, y tomó por la fuerza la plaza de Alcántara, mas no pudo hacer lo mismo con la de Cáceres : y tuvo el sentimiento de perder á su hijo mayor don Fernando , habido en doña Teresa de Portugal. El castellano tomó la plaza de Guliena á viva fuerza , pero tuvo que volverse sin tomar la de Baeza, que los moros habian recobrado. Á su vez los moros tuvieron que retirarse con pérdida, levantado el sitio que pusieron á la plaza de Almagro, recientemente construida á expensas del arzobispo de Toledo. Parece que don Alonso VIII de Castilla iba á avistarse con el rey de Leon cuando le sobrecogió una mortal enfermedad en la aldea de Gutierre Muñoz, y dió el último suspiro en la noche del 5 al 6 de octubre de dicho año. Incansable en las lides, buen esposo , y padre excelente, aprendió mucho en la espantosa jornada de Alarcos, y no se mostró descorazonado. Los errores capitales de su vida consistieron, en abandonarse á veces á aquella fatal arrogancia castellana, que en él fué innata; y luego en desconfiar de la raza ibérica , y llamar en su auxilio al extranjero para lidiar con los almohades. Rodeáronle en su lecho mortal la reina doña Leonor, su esposa; el infante don Enrique, su hijo y heredero del trono; y la infanta de Castilla doña Berenguela, ex-reina de Leon, con los hijos de la misma, don Fernando, don Alonso y doña Leonor. Poco tardó la reina viuda en seguir al sepulcro á su esposo , y parece que fué á fines de octubre. Subió al trono el infante don Enrique, primero del nombre , bajo la tutela y amparo de su hermana doña Berenguela. Lo que habia sucedido en Aragon durante la menor edad de don Jaime , eso mismo pasó en Castilla al subir al trono un rey niño. Los señores se

disputaron desde luego la posesion y guarda de su soberano. Decian que era deshonoroso que una mujer quisiese gobernar á un príncipe y enseñarle las artes de la guerra y el camino del honor y de la grandeza, é iban propalando que era necesario convocar córtés para arreglar este grave negocio. Los verdaderos convocadores fueron los Laras, la ciudad elegida para ello fué Burgos, y parece que por el mes de enero de 1215 se dió á entender que doña Berenguela deponia el peso de la tutela y del gobierno del príncipe, y que las córtés nombraban en su lugar al conde don Álvaro Nuñez de Lara. Hay memorias de que el mismo año, á petición de varios hidalgos y ricos-hombres, maltratados y desterrados por el nuevo gobernador del reino, fueron convocadas otras córtés en Valladolid, tal vez durante un viaje que don Álvaro hizo á Portugal para ajustar el casamiento del rey con una infanta de este reino. Al tomar posesion de la tutela y del gobierno del príncipe, habia jurado don Álvaro atender al bien del rey y del reino, conservar en el goce de sus prerogativas al clero y á los señores, no inmiscuirse en dar ni quitar bienes, no firmar ni concluir tratados de paz ni de guerra, y no quitar ni aumentar tributos sin mediar el consentimiento de doña Berenguela. Todo esto lo entendió don Álvaro con respecto á sus parciales y amigos; pues por lo tocante á sus enemigos, y á los que sin ser enemigos no se habian mostrado dispuestos á complacerle, creia que estaban fuera de la ley, y en su interior deseaba hacerles sentir el peso de su ira, á la que él daba el nombre de justicia. Para los amigos de los Laras, proteccion, paz y abundancia; para los contrarios, mortificaciones, insolencias, atropellamientos y todo linaje de tiranías. La ley eran los Laras. Esto no podia tener lugar sin

que la agitacion de los ánimos asomase en alguna de las condiciones sociales. Todas sufrían, cual mas cual menos. Á despecho de doña Berenguela, queria don Álvaro casar al rey, apenas salido de la infancia; y para ello trajo de Portugal á la infanta doña Mahalda. El sumo pontífice y los preladados se opusieron á este enlace, y la infanta fué devuelta á sus padres y metida en un convento. Hay quien dice que el matrimonio habia ya llegado á efectuarse en 1216 cuando la infanta fué devuelta. Si don Álvaro necesitaba recursos, al momento echaba mano de las rentas y haciendas de sus enemigos ó de los que contrariaban sus planes, ya perteneciesen al clero, ya á la nobleza. En vista de tales demasías le excomulgó el dean de Toledo, y de todas partes se elevaron tales clamores, que fué forzoso convocar córtés en Valladolid, y sin duda serán las mismas que algunos creen haberse reunido un año antes. En poco estuvo como en ellas no vinieron á las manos los partidarios de doña Berenguela con los del conde don Álvaro. Doña Berenguela se retiró de ellas, y se metió en la plaza de Autillo, seguida de todos cuantos estaban decididos á no dejarse dominar de los Laras. Don Álvaro estaba asimismo dispuesto á no ceder un ápice de la autoridad que habia usurpado. Llevaba consigo al príncipe de una á otra parte, so pretexto de hacerle recorrer las principales poblaciones de su reino, y le buscaba ya una nueva esposa, sentido de que hubiesen despedido los preladados á la infanta de Portugal.

En este reino, aunque levantada la excomunion, continuaba el rey don Alonso su ruidoso pleito con las dos infantas, hermanas suyas, y el papa nombró por árbitros á dos preladados españoles para que dirimiesen estas diferencias. Fueron arregladas, á lo que parece, en el siguiente año

de 1217, que es el mismo en que los portugueses, obtenida la cooperación de una parte de los cruzados alemanes que hacían rumbo á la Tierra Santa y tuvieron que arribar á las costas de Portugal por el mal tiempo, se apoderaron de la plaza de Alcazar-do-Sal, y ganaron á los moros una sangrienta batalla. Tuvo lugar aquel encuentro el día 11 de setiembre, siendo cincuenta mil hombres los moros, compuestos de gente allegadiza, y solo veinte y cinco mil los cristianos, pero aguerridos. Los moros iban decididos á salvar la plaza, y pelearon con el mayor denuedo. Pero Alá no se les mostró propicio; y al contrario, los cronistas lusitanos dicen que apareció en los aires una brillante cruz, y luego cargaron sobre los sarracenos unos terribles escuadrones de ángeles que disparaban dardos, de los cuales ninguno se perdió. Ciegos de espanto, añaden las crónicas, huyeron los moros dejando el campo sembrado de cadáveres. Contada de esta suerte la batalla, no sabemos á quién honra mas, si á los cruzados que no supieron vencer por sí mismos, ó á los moros contra quienes fué necesario que el mismo Dios lanzase rayos para que se diesen por vencidos. Uno de los mas valientes héroes de Homero dijo que le era imposible resistir á los inmortales. Parece que el rey de Leon, requerido para ello, envió algunas tropas que contribuyeron al buen éxito de la jornada, y á la rendición de la plaza, que no tuvo lugar hasta el día 21 del siguiente octubre. Algunos portugueses deseaban que los cruzados hiciesen estada en sus tierras; pero otros, mas previsores, hicieron de manera que el pontífice les diese órden de partir para la Palestina. Las tropas del rey de Leon tambien se volvieron, pues las necesitaba su príncipe para sostener, como aliado de los Laras, las alte-

raciones promovidas en Castilla. Habian llegado estas á su colmo en dicho año. Si doña Berenguela deseaba informarse de la salud del rey su hermano, y enviaba para ello algun mensajero, don Álvaro acusaba á este de espía, y le hacia ahorcar, diciendo que aquella princesa pagaba agentes que envenenasen al rey don Enrique. La parcialidad de doña Berenguela andaba vacilante, porque don Álvaro hacia que le siguiese el rey á todas partes, y exigia la rendicion de las plazas, y sancionaba con su nombre toda clase de tiranías. Los judíos fueron por este tiempo víctimas de ambas parcialidades; se les amenazaba con las mayores vejaciones para obtener de ellos el oro necesario: y llegaron las demasías al extremo de que el papa tuvo que mandar que llevasen aquellos sectarios algun distintivo que los diese á conocer, pero que en ninguna manera fuesen incomodados en la celebracion de sus fiestas, ni violentados para que recibiesen el bautismo. Estaba Castilla en plena guerra civil. Para atraerse al rey de Leon, propúsole don Álvaro el casamiento de don Enrique con doña Sancha, infanta de aquel reino, á quien su padre pretendia nombrar heredera de la corona, con perjuicio de los hijos de doña Berenguela. La muerte de don Enrique desbarató todos estos planes. Solazábase cierto dia con sus donceles en el palacio del obispo de Palencia, cuando una teja desprendida del alero le dió en la cabeza, y murió del golpe el dia 6 de junio. Avisada al momento doña Berenguela, envió á buscar con pretexto de verle á su primogénito don Fernando, que vivia al lado de su padre el rey de Leon, y al mismo tiempo envió mensajes á todas las ciudades y villas, y á los ricos-hombres, para que la reconociesen y acatasen como reina y señora legítima. La parcialidad de don Álvaro quedó quebrantada. Sus profu-

gos se iban desbandando, y luego se pasaban á la hueste de doña Berenguela. Entónces acudió al socorro de los Laras el rey de Leon, que se metió en Castilla, aspirando tambien á su gobernacion y señorío, y llegó á poner sitio á la plaza de Burgos: pero tuvo que volverse, conociendo que el poder de sus aliados era nulo cuando no tenian la sombra real para ocultar sus atentados. Dícese que en sus arrebatos de ira quiso don Álvaro entregar el reino de Castilla á los franceses, y escribió en este sentido á la reina de Francia doña Blanca y á su esposo; pero ninguno de los dos vió en las palabras del rico-hombre castellano otra cosa que el despecho de quien queria acabar con sus enemigos, aun á riesgo de causar la ruína de su patria. Con tal que le hubiesen encomendado la persona del infante don Fernando, ni mas ni menos que antes le habia sido confiada la de don Enrique, la ambicion de don Álvaro se daba por contenta. Conociéndose débil para ejercer usurpaciones generales en nombre propio, queria hacer sentir la soberbia propia en nombre de la autoridad ajena. Pero si doña Berenguela habia podido renunciar á la tutela de un hermano, una madre no podia entregar su hijo, y prefirió ceder á este todos sus derechos á la corona de Castilla. Es fama que, primero en Nájera, á la sombra de un olmo, y luego en Valladolid, el dia 31 de agosto de 1217, convocadas córtes del reino, hizo doña Berenguela una renuncia completa en favor de su hijo don Fernando, tercero del nombre. No bastó esto para desarmar á don Álvaro. Codicioso del poder, queria ejercerle en nombre del rey, ó á pesar del rey. Sostuvo en 1218 una sangrienta campaña contra la madre y el hijo; pero tuvo la desgracia de caer prisionero. Era tal la organizacion de la sociedad castellana en aquellos tiempos, que el rey no pudo

usar de su victoria, ni castigar al rebelde que tenia en sus manos, sino que debió transigir perdonando. Don Álvaro Nuñez de Lara no era un rico-hombre solamente, sino la encarnacion y representación del orgullo de los ricos-hombres de Castilla. Al lado de doña Berenguela, ninguno de ellos se habia atrevido á hacer la guerra á don Álvaro, tutor del rey don Enrique I. Los mas lidiaban ahora con don Álvaro contra don Fernando III. La enfermedad social, lo mismo en Castilla que en Aragon, nacia de la soberbia de los ricos-hombres. Á la sazón el rey de Portugal reedificaba la plaza de Valencia del Miño, entónces llamada Contrasta; y el rey de Leon tenia que levantar con quebranto el nuevo sitio puesto á la de Cáceres, á instigacion del sumo pontífice. Todas las órdenes militares de Leon y Castilla habian concurrido al empeño; y hay quien opina que esta sobrada abundancia de gentes, deseosas de repartirse la conquista, fué causa de que se abandonase por el pronto. En 1219 don Álvaro, aunque habia jurado sumision, movió nuevas alteraciones en Castilla, y procuró que el rey de Leon le auxiliase, reclamando el trono de Castilla. El rey padre iba armado contra el rey hijo para complacer á aquel rico-hombre. El hijo juntó un buen ejército, para defender su reino amenazado, y se fué replegando á presencia del de su padre y del de don Álvaro. Hay quien afirma que lo hizo por respeto al primero; pero otros creen que para no encontrarle, y tambien porque sus fuerzas eran inferiores. Retiróse y se encerró en Castejon, en donde su padre y don Álvaro fueron á sitiarse. Por fortuna para él, enfermó en aquellas circunstancias el mortal enemigo de su familia, y entónces fué fácil conseguir que el rey de Leon diese oídos á las proposiciones de paz que le fueron presentadas. El pa-

dre y el hijo se enternecieron y se abrazaron en el momento mismo en que don Álvaro Nuñez de Lara daba el último suspiro. Muerto él, fué fácil cosa reducir á la obediencia los restos de su parcialidad vencida. Ya doña Berenguela pudo pensar en dar esposa á su hijo, y para ello eligió á doña Beatriz, princesa de Alemania. En Vitoria fué recibida la futura esposa por doña Berenguela, y en Burgos se celebraron las bodas el dia 30 de noviembre, habiendo antes sido armado caballero el jóven monarca. Á la sazón la órden militar de San Julian trasladó su domicilio á Alcántara, como punto mas fronterizo con los moros, y de ahí se originó el nuevo nombre que la órden tomó de su nuevo convento. Á pesar del sesgo que en Castilla habian tomado los negocios públicos, y de la boda del príncipe reinante, no se pasó el siguiente año de 1220 sin graves turbaciones. Los vencidos de la parcialidad de los Laras se pasaban á Marruecos, y sus bienes eran confiscados; y sin embargo, otros ricos-hombres negaban obediencia al monarca, y en su orgullo se creían superiores á las leyes. Fernando queria castigarlos severamente, pero su madre doña Berenguela se interpuso para que fuesen perdonados. Á uno de ellos, don Rodrigo Diaz de los Cameros, le fueron entregados catorce mil maravedises de oro para obtener de él la entrega y devolución de los castillos que pertenecian á la corona. La paz interior no era mas envidiable entre los leoneses. Don Sancho Fernandez, hermano del rey de Leon y tio del de Castilla, por desavenencias que tuvo con su hermano, quiso imitar á los Laras y partió para Marruecos, nó solo, sino seguido de unos cuarenta mil hombres, á quienes habia dado á entender que lo mismo seria entrar en África que nadar en la abundancia. Los almohades, al decir de él, los recibirían

como á libertadores, y les repartirian grandes riquezas. La miseria hizo que los mas le abandonasen en el camino ; él mismo murió en una partida de caza , á manos de un oso ; y el resto de su gente, que se habia metido en el castillo de Canamero, sito en los lindes de Sierra Morena, cayó en poder de los moros, y fueron pasados todos á cuchillo. Tampoco gozaban de tranquilidad los portugueses. El pueblo andaba alterado diciendo que las penas no guardaban conformidad con los delitos ; el clero se quejaba de que no se le guardaban sus inmunidades ; y los prelados llegaron, al año siguiente de 1221, al extremo de excomulgar al príncipe reinante. Las memorias de los castellanos dan por sentado que en este año fué entregada para esposa del rey de Aragon la infanta doña Leonor, tia del rey de Castilla, y dicen que tanto ella como su esposo tenian cumplidos los catorce años, de suerte que el defecto de nulidad no les parece que procediese por este respeto. Por el mes de noviembre nació en Toledo el infante don Alonso, que debia suceder en el trono á su padre don Fernando. Poco antes habia sido indispensable transigir algunas desavenencias con otro miembro de la familia de los Laras, siempre dispuesta á perturbar la paz del estado. Esta vez el agresor no se dió por satisfecho hasta haber conseguido que su hija doña Sancha casase con don Alonso, hermano del rey don Fernando. Esta composicion se debió tambien á los buenos oficios de doña Berenguela, visto que el rey no habia podido apoderarse del castillo en que el rico-hombre, conde de Molina, Gonzalo Perez de Lara, se habia hecho fuerte. Aunque en el Catálogo de Córtes de los antiguos reinos de España, dado á luz por la Academia de la Historia, no se mencionen las de Burgos del año 1222, hay memorias de que las hubo, y de

que en ellas fué jurado el príncipe don Alonso, aunque apenas contaba el príncipe cuatro meses, el día 26 de marzo, concurriendo los prelados, los nobles y las poblaciones. Casi al mismo tiempo el rey de Leon pidió á su hijo, el de Castilla, que le auxiliase con hueste para escarmentar á algunos nobles gallegos que andaban en alteraciones, á imitacion de los aragoneses y castellanos; hízolo el castellano; y sus tropas no solamente sirvieron para aquel objeto, sino que despues fueron dirigidas contra la plaza de Cáceres, de la que don Alonso de Leon estaba ganoso de apoderarse. Esta vez lo hubiera conseguido; pero prefirió aceptar una considerable suma que le ofrecieron los moros, y levantó el cerco. El portugués no hizo cosa de provecho, entretenido en tratar de ajustes con los prelados, para hacer cesar el entredicho que se le habia fulminado. Murió en 25 de marzo de 1223, sin haber puesto término á aquellas diferencias, ni á otras que venia sosteniendo con sus dos hermanas doña Teresa y doña Sancha. Su hijo don Sancho, á quien muchos denominan Capelo, porque dicen que en su infancia le vistieron por devocion el hábito de monje, hubo de terminar entrambas desavenencias. Hízolo admitiendo árbitros, y allanándose á lo que fallaron; aunque respecto al asunto de las infantas, tias suyas, primero se probó de ventilarlo por medio de las armas, favoreciendo los leoneses y castellanos á las princesas, y no allanándose don Sancho al arbitramento, hasta que vió la imposibilidad de sostenerse en otro terreno. Entónces los leoneses y castellanos hicieron cabalgada contra los moros, dirigiéndola don Martin Sanchez hasta las orillas del Guadalquivir, y volviendo lleno de despojos, batidos antes aquellos enemigos. Á la sazón se cree que fué fundada por el rey de Leon la universidad de Salamanca. En 1224

dan comienzo los preludios de las inolvidables campañas que don Fernando III sostuvo contra los moros. Primero procuró apartar del servicio de estos al castellano don Álvaro Perez, que hacia tiempo se habia convertido en caudillo suyo muy experimentado. Despues mandó que las poblaciones de Cuenca, Alarcon, Uclés y Huete hiciesen entrada en el reino de Valencia, lo que efectuaron y se volvieron con despojos. Y por último, por la parte de Toledo, reunidas antes las milicias de los concejos, y vaciadas con ejemplares castigos, dicen los Anales Toledanos, las cárceles de aquella poblacion, entró en campaña. El rey de Valencia, temeroso de que cayese sobre él la tormenta, fué á aplacarle y le rindió homenaje; pero don Fernando prefirió talar las tierras de Úbeda y Baeza, cruzado el puerto de Muradal, y llevar la destruccion y el espanto á las poblaciones de los llanos. Los moros sostuvieron con él una accion sangrienta, y se vieron obligados á replegarse; pero muy luego, viendo que una parte de los cristianos andaba á la desbandada, volvieron á la carga, y les hicieron sufrir una pérdida considerable. Las plazas y castillos, en número de siete, que tomó don Fernando durante esta campaña, las demolió antes de volverse á sus tierras. Una hermana suya, doña Berenguela, casó por este tiempo con Juan de Bry, que se titulaba rey de Jerusalem, y vino á España en romería para Santiago. El año siguiente renovó don Fernando sus entradas, pareciéndole que eran el único medio de contener á unos barones turbulentos, y de cumplir con los deberes que le imponia la calidad de jefe de un estado poderoso. Cruzó la Sierra Morena, bajó al llano, obtuvo la suision de uno de los jefes moros andaluces, y se corrió hasta las tierras del rey de Sevilla no dando vagar á sus morado-

res. También el leonés y el rey de Portugal habían concertado entrada contra el moro, y la practicaron, sosteniendo el primero una reñida batalla contra el sevillano, y talando el segundo la comarca de Elvas. La campaña que en 1226 hizo el rey de Castilla ya no fué una cabalgada pasajera, sino que, cruzado el puerto de Muradal, le valió la posesion de varias fortalezas, ganadas unas por tratos, otras por fuerza de armas, entre ellas Chiclana, Castellar y San Estéban del Puerto, en todas las cuales dejó presidios. Parece que el jefe moro que mandaba en Córdoba y en Baeza procuraba andar en conciertos con el castellano, ya fuese por temor de verle tan pujante, ya para que le ayudase contra otros jeques enemigos suyos. Las crónicas castellanas dan á ese moro el nombre de Mahomad, y dicen que en 1227 hizo entregar á don Fernando la plaza de Burgalimar, una torre llamada Salvatierra, y el castillo de Baeza. También había mandado hacerle entrega del castillo de Capilla. Los moros no pudieron ver con indiferencia semejantes tratos, y moviendo alteraciones, derribaron del poder á Mahomad, le cortaron la cabeza, y se entregaron al rey de Sevilla. La poblacion de Capilla y el presidio de su castillo se negaron á recibir á los cristianos; y los habitantes de Baeza tomaron las armas contra los templarios que ocupaban el castillo. Ambas luchas fueron porfiadas y muy sangrientas. Los templarios se vieron reducidos al último apuro, y salieron de él felizmente, con la llegada de un socorro que hizo abandonar la ciudad á todos sus moradores. Baeza quedó conquistada. La poblacion y el presidio de Capilla sucumbieron por la fuerza, y fueron pasados á cuchillo. También parece que el portugués obtuvo este año algunas ventajas, tales como la rendicion de la plaza de Gurumeña; y

hay quien dice tambien la de Elvas, aunque esta volvió á perderla á poco. El año siguiente ganó la de Serpa. Anteriormente habia tenido algunas diferencias con los prelados de sus dominios por querer cercenarles las inmunidades eclesiásticas, pero parece que en este año de 1228 quedaron solventadas, por la intervencion y prudencia de un legado pontificio que á la sazón recorria la Península. Quejábase Roma de que en nuestra tierra, por el orgullo y las malas costumbres de los ricos-hombres, no habia seguridad para nadie, para huérfanos, ni para ancianos, para doncellas, para casadas, ni para viudas. La pintura que hacia de aquellos tiempos es espantosa. Los matrimonios se hacian como por juego; las mujeres todas, y hasta las religiosas, peligrosaban á cada momento en su honra; se cometian robos, homicidios, profanaciones y sacrilegios á todas horas. Las principales órdenes religiosas acababan de establecerse en unos días en que la general perversidad de costumbres reclamaba remedios. Dícese que dicho prelado promovió en todas partes la reunion de concilios; pero de casi todos ellos desaparecieron las actas, y ni siquiera se sabe en dónde se tuvieron. Las ventajas que ganó este año el castellano parece que consistieron en la toma de las plazas de Garcies, Jodar y Sabiote. En el siguiente año de 1229 hizo los mayores esfuerzos para apoderarse de la plaza de Jaen, mas no pudo conseguirlo, y entónces se echó sobre la de Priego, y la entró á saco y á cuchillo. Fué á tiempo en que su esposa, la reina doña Beatriz, adoleció de una grave dolencia, de la que sanó providencialmente. Tambien á la sazón el rey de Leon volvió á acometer la empresa del sitio de Cáceres, en otras ocasiones abandonada, y esta vez obtuvo en ella un feliz éxito. Animóle este para emprender

nueva campaña en el año 1230, que fué fecundo en acontecimientos capitales. Adelantóse el rey de Leon contra la plaza de Mérida, y obtuvo su rendición, dicen unos que por tratos, y otros por la fuerza. Sabedor de ello el rey de Sevilla, allegó una numerosa hueste, compuesta de ochenta mil hombres, los veinte mil jinetes, y fué á presentar batalla al leonés. Parece que la jornada fué sangrienta. Los leoneses eran menos numerosos, aunque mas aguerridos. Los sevillanos eran mas bien gente de algarada que de batalla. Los primeros triunfaron completamente; y los segundos dijeron lo que decian siempre en sus derrotas, á saber, que no habian cedido al valor de los cristianos, sino al ímpetu irresistible de Santiago y de algunos escuadrones de ángeles que pelearon en favor de los leoneses, aunque no eran por sus costumbres muy dignos de ello. De vuelta á sus estados, el rey don Alonso de Leon se sintió malo, y en Villanueva de Sarria dió el postrer aliento el dia 23 de setiembre. Pocos monarcas han muerto mas á tiempo para su gloria. Acababa de hacer dos conquistas importantes, la de Cáceres y la de Mérida, y de ganar una señalada victoria, debida á su denuedo. Habia tenido la desgracia de no poder auxiliar al castellano en la fatal jornada de Alarcos, ni en la gloriosa de las Navas, de suerte que el reino de Leon no habia participado de las alegrías ni de los quebrantos del reino de Castilla. Otra desgracia tuvo, y fué la de sus matrimonios, pues de dos esposas, dignas de ser reinas, que ocuparon su tálamo, ninguna pudo permanecer en él con consentimiento de la Iglesia. Dejaba dos viudas, virtuosas ambas, una infanta de Portugal, doña Teresa, entregada ahora al claustro; otra infanta de Castilla, doña Berenguela, que habia renunciado con gusto al trono de su patria. En la primera

dejaba dos hijas , y las nombraba herederas de sus estados. En la segunda dejaba hijos é hijas , uno de aquellos don Fernando, que ocupaba el trono de Castilla, y que en su infancia habia sido reconocido como sucesor del trono de Leon. Don Alonso sabia que al firmar su testamento firmaba una declaracion de guerra. Su odio á los castellanos, manifestado en distintas ocasiones, le cegó ahora. No era posible que su hijo don Fernando dejase de hacer valer sus derechos , ni podia menos de suceder que la mayor parte de los súbditos del reino de Leon se declarasen en favor de aquel príncipe; ni tampoco era de presumir que las hijas de doña Teresa pudiesen sostener su causa sin apelar á los portugueses, ó acaso al aragonés, segun se desprende de la Historia del rey don Jaime I, y al mismo navarro, encendiendo en la Península una guerra desastrosa. Don Fernando acababa de ganar á los moros las plazas de Montiel y Montesa, y habia tenido que abandonar nuevamente el cerco de la ciudad de Jaen , cuando supo la nueva de la muerte de su padre. No pudo dar ni un dia al dolor que debió causarle esta pérdida, antes tuvo que dedicarse al cuidado de no perder lo que su padre queria que perdiése. Fué en busca de su madre doña Berenguela , y los dos determinaron entrar en el reino de Leon cuanto antes. Ya este ardia en reyertas intestinas.

Varios prelados y señores , y las ciudades de Astorga, Ciudad-Rodrigo , Coria , Leon , Lugo , Mondoñedo , Oviedo y Salamanca , habian levantado pendones por don Fernando. Las ciudades de Orense , Santiago , Tuy y Zamora, estaban por las infantas doña Sancha y doña Dulce. Los leoneses en general aclamaban al primero ; los gallegos y los asturianos á las segundas. Estos invocaban el texto de la última voluntad del difunto monarca ; aquellos argüian en

virtud del juramento que habian prestado á don Fernando. En la misma ciudad de Leon , los parciales de las infantas se hicieron fuertes en la iglesia de San Isidoro ; y los de don Fernando se metieron en la Iglesia Mayor : de suerte que de un momento á otro se temian grandes desgracias. La prudencia de las dos princesas que habian ocupado el trono de Leon , salvó al pais de una guerra civil calamitosa. Las dos acudieron al lugar de la discordia , y tuvieron unas vistas en Valencia del Miño. Este momento debió de ser muy amargo para entrambas. Las dos habian sido esposas de un mismo esposo ; y habian llevado una misma corona ; y habian recibido como reinas los homenajes y juramento de unos mismos vasallos. Las dos habian pasado por un mismo infortunio ; y habian sido arrojadas del tálamo real como incestuosas ; y habian visto sucederse á las grandezas los dolores profundos , y á las alegrías un llanto inagotable. El mundo no tenia para ninguna de las dos el menor encanto. Una de ellas abogaba por un hijo en quien veia cifradas, no solamente sus propias esperanzas de madre , sino una especie de noble orgullo ibérico. Otro Fernando habia ya enlazado esas coronas de Leon y Castilla, ahora separadas; dos Alonsos habian ocupado á la vez esos dos tronos que ahora eran reputados incompatibles : y aquella debió decir que en los latidos del corazon de su hijo habia sentido vibrar todos los resortes de una dignidad capaz de sostener aquella honra. No se sabe lo que pasó en aquella entrevista , pero se adivina que hubo de ser tierna y admirable. Las dos mujeres repudiadas , las dos madres legítimas , las dos reinas despojadas del armiño , debieron de abrazarse y hacerse superiores á todas las flaquezas y pasiones que devoraban á los ricos-hombres de su tiempo. De sus labios pendia la vi-

da ó la muerte, la paz ó la guerra, y el porvenir de un reinado famoso. Conocieron que los dos reinos estarian mejor unidos que separados ; se convencieron de que era muy preferible el reinado de un príncipe al de dos princesas ; y salieron de la conferencia proclamando union y concordia. Las dos infantas á vista de su madre fueron las primeras en prestar juramento de obediencia á don Fernando ; este se mostró generoso con sus hermanas , y las poblaciones y los grandes conocieron que no debian persistir en sus rencores cuando los príncipes daban aquel noble ejemplo. El que escribe historias se siente bien cuando le es dado bañar su corazon en tales pormenores. Al abrazo de dos nobles madres , lusitana la una , castellana la otra , se debe la union definitiva de los reinos de Leon y de Castilla. Unos pocos barones gallegos quisieron oponerse en 1231 á esa expansion y concordia , pero fueron perseguidos , presos , ú obligados á pasarse al moro. La infanta doña Sancha se quedó con su hermano don Fernando ; y doña Dulce se fué á Portugal con su madre la infanta doña Teresa. Acompañólas el rey de Castilla , y aun parece que este se avistó con el rey de Portugal , y prometió devolverle el castillo de Chaves, que antes perteneció á sus dominios , si le ayudaba contra los moros en las campañas que meditaba. Hízolo el rey don Sancho en 1232, tomando á los moros algunas plazas del Algarbe , casi al mismo tiempo que el arzobispo de Toledo entraba en las de Lacia , Cazorla , Pilos , Quesada y Toya, por tratos en unas , por la fuerza en otras , abriendo camino para otros adelantos. Pero en 1233 no continuó por esta parte la campaña , sino por la de Sevilla , de suerte que el rey de esta ciudad , dicen las memorias castellanas , se vió obligado á salir con todas sus fuerzas para atajar los pro-

gresos que hacia el infante don Alonso , hermano del rey don Fernando. Hubo batalla ; en ella fueron vencidos los moros , á pesar de que los cristianos les eran muy inferiores en número ; y es inútil decir que los vencidos repitieron lo que venian diciendo desde que eran desgraciados , á saber , que no habian cedido el campo á los cristianos, sino á Santiago que peleó por ellos y deslumbró á los musulimes. El año siguiente salió á campaña el mismo rey don Fernando : las plazas de Alhange , Santa Cruz , Magacela , Medellín y Trujillo le abrieron las puertas ; la de Úbeda fué estrechamente sitiada y combatida , y sus defensores se vieron obligados á capitular y á abandonarla el dia 29 de setiembre ; y la plaza de Montiel se entregó á los caballeros de Santiago. Á la sazón dió el último suspiro en Toro la reina de Castilla , doña Beatriz , dejando de su esposo seis hijos , don Alonso , don Fadrique , don Enrique , don Fernando , don Felipe y don Sancho. Otra hija mencionan suya , doña María , que no sobrevivió á su madre. La campaña que hizo este año el rey don Sancho de Portugal , dió por resultado la toma de Aljustriel y la de algunas poblaciones menos importantes. Mas brillante fué la de 1235 , pues le valió la conquista de las plazas de Arronches y de Mertola , y fué á tiempo que el castellano no hizo mas que prepararse en las fronteras. Los que las guardaban concibieron el año siguiente un plan sumamente atrevido , que juzgaron podrian ejecutar validos de la cooperacion de algunos prisioneros moros , á quienes habian prometido dar libertad y provecho si salian con su intento. Deseaban apoderarse del arrabal de Córdoba por medio de una sorpresa nocturna. El gobernador de Andújar , con alguna gente escogida , se adelantó hácia Córdoba , á donde llegó la noche del dia 8 de

enero de 1236. Á favor de la lluvia y de la obscuridad, llegaron los cristianos al pié de los muros del arrabal, y aunque eran muy altos, treparon por ellos con escalas que traian preparadas, llevando por delante á los que hablaban el árabe y vestian traje moro. Alguno que estaba de acuerdo con ellos los esperaba ya, y les ayudó á dar muerte á los centinelas, apoderarse de la puerta de Martos á viva fuerza, y abrirla para dar paso á los caballos, que, aunque pocos en número, eran en aquel momento preciosos. Á tenor de las memorias de los cristianos, no aspiraban estos, como dicen las de los árabes, á apoderarse solamente de una torre, sino á tomar posesion del arrabal entero. Aunque sorprendidos los cordobeses en mitad de una noche lóbrega y tempestuosa, no se acobardaron, antes dieron recias arremetidas para arrojar de la ciudad á sus enemigos. Por tres veces los acorralaron al muro que habian escalado; pero otras tantas volvieron á la carga los invasores, recobraron el arrabal, alejaron de él á los moros, y se hicieron fuertes. Esta atrevida y casi temeraria empresa dió á la guerra entre moros y cristianos un sesgo que acaso no hubiera tenido, y precipitó los acontecimientos mucho mas de lo que nadie podia prometerse. Al momento acudieron otros fronteros cristianos á auxiliar á los anteriores, pero, llegados allá, luego se convencian de que seria un milagro sostenerse en el arrabal, y de que era imposible pensar en acometer á los de dentro. Enviáronse propios al rey don Fernando, y le hallaron en Benavente, y dejó la mesa para montar á caballo, hacer llamamiento de hueste, y adelantarse con su meznada. Á medida que iba pasando por junto á las poblaciones y castillos, se aumentaba su comitiva. De Ciudad-Rodrigo, Alcántara y otros pueblos acudieron mili-

cias y caballeros dispuestos á servirle, de suerte que tenia ya improvisado un pequeño ejército cuando se puso á la vista de Córdoba. No es fácil pintar el entusiasmo que su llegada dispertó en los cristianos. Pero tampoco es fácil describir la congoja que se apoderó de los socorridos y de los recién llegados, cuando supieron que el rey de Sevilla hacia grandes aprestos para acudir contra los cristianos. Un noble gallego, que por las anteriores turbulencias habia tenido que abandonar su tierra y servia al sevillano, deseoso ahora de volver á su patria y á la gracia de su monarca, sacó á don Fernando del mal paso en que estaba metido. El rey de Sevilla encargó al gallego, don Lorenzo Suarez, que fuese á informarse del número y calidad de la gente que iba con don Fernando, y le avisase. Suarez avisó á su rey, volvió á su gracia, y despues fué á decir al sevillano que era muy numerosa y aguerrida la hueste del rey de Leon y de Castilla. Y como al mismo tiempo escribiesen de Valencia al mismo rey de Sevilla, que fuese allá con fuerzas si no queria que todo se perdiese, resultó que en su perplejidad acabaron con él los propios soldados, á tiempo que se habia situado en Almería. Suarez participó al rey don Fernando estas buenas nuevas, y entónces ya no se dudó que Córdoba sucumbiria. Por momentos se fué convirtiendo la hueste de los cristianos en un numeroso ejército. Los prelados, barones, órdenes militares y concejos acudian animosos al eco de aquella novedad que les parecia increíble. La córte de los califas, y la gala y pensil de los omeyas estaba moribunda, exánime, luchando con las últimas convulsiones. Algunos deseaban acabar allí con todo y con todos, é hicieron prodigios de bravura; pero los mas, viendo que los musulimes no acudian á defenderlos, y que habian quedado solos en esa tierra,

que antes fué un semillero de árabes, prefirieron anoldarse á las circunstancias, inclinar la frente, capitular con los vencedores, é ir en busca de otra patria. Allí se vieron á un tiempo dos inmensas procesiones: la de los cordobeses que, por familias, cargados con los haberes que podian llevar sobre sus personas, conduciendo de la mano á sus hijos, seguidos de sus mujeres, cabizbajos y derramando lágrimas, abandonaban para siempre la ciudad en que habian visto la luz primera; la de los iberos la otra, guerreros, prelados, barones, clero, alzados los pendones, que iban por las calles grave y pausadamente entonando himnos al Eterno, y prorumpiendo á veces en tiernos sollozos al dar gracias al Altísimo por aquella inesperada reconquista. Los hijos que por una parte se salian llorando; los hijos que por otra entraban tambien llorando. Esto pasó el dia 29 de junio del año 1236. Las mezquitas fueron transformadas en templos; las calles y las casas quedaron desiertas; se llamaron de todas partes pobladores que acudiesen, si era posible, á llenarlas; los antiguos talleres quedaron cerrados; y la ciudad, que era todo movimiento y vida bajo el imperio de los árabes, tomó aquella fisonomía grave y melancólica que en ella han notado muchos viajeros. Hay memorias de que don Fernando, restituido á Toledo, pasó despues á Palencia, y allí intervino en el castigo de algunos herejes, y los entregó á las llamas, que él mismo avivaba. Otros, muy entusiasmados de ese rey santo, y muy dados á honrar su memoria, se han negado constantemente á creerlo. Es inútil decir que los escombros vivientes arrojados de Córdoba pasaron en su mayor parte á Granada, en donde Alamar, dicen los cristianos, aclamado por su prudencia y su denuedo, tenia su corte. En el siguiente año no se adelantó la reconquista, por-

que don Fernando contrajo segundas bodas con doña Juana, dicen nuestras crónicas, hija del conde de Pontí, obtenida antes dispensa pontificia, por ser los novios parientes en cuarto grado. Se cree que á la sazón aseguró paces el castellano con don Teobaldo de Navarra, para que este pudiese partir á la Tierra Santa. Por la parte de Portugal tampoco se hizo guerra al moro, y anduvieron en disensiones los barones y los prelados, por negarse aquellos á reconocer las inmunidades eclesiásticas, y ser estos demasiado propensos á echar mano del entredicho. Á la sazón fulminaron con él al infante don Fernando, á varios barones, y luego al mismo rey don Sancho en 1238, por haberse alzado con la cobranza de diezmos. Al fin todo se compuso, aunque don Sancho habia dado ya en este punto muchas caídas, motivadas sin duda por la falta de recursos. Esta era grande aun en Leon y Castilla. Acostumbrados los fronteros á llevar las talas al último extremo, se hallaban ahora mas internados en el corazon del país, y habiendo despojado de sus tierras á los que las cultivaban, carecian de vituallas y mantenimientos. Nadie acudia á los mercados interiores de las nuevas conquistas, y todo lo esperaban de las tierras de Leon y de Castilla: pagas, víveres y pertrechos. Los convoyes debian cruzar una especie de desierto para ir á proveer las aldeas, torres y plazas fuertes, sitas en país enemigo. Dos castillos tomaron en 1238 los cristianos, Lucobin y Susana, sitios ambos en el reino de Jaen; y entretanto Alamar, rey de Granada, estuvo á punto de tomar por sorpresa la plaza de Martos. Su presidio estaba ausente para una cabalgada, y solo las mujeres habian quedado dentro. Pero, animosas estas, se dejaron ver en las almenas, de suerte que los sitiadores creyeron habérselas con hombres; y avisados los

del presidio, acudieron, y formados en masa, rompieron por entre los sitiadores para encerrarse en el castillo y salvar á sus defensoras. Alamar tuvo entónces que levantar el sitio. Las memorias castellanas del año 1239 hablan de la conquista de Cazorla, otras veces tomada y perdida; de la muerte del frontero de Toledo, don Álvaro Perez de Castro, que habia prestado muy buenos servicios; del eclipse total de sol que dió espanto á las gentes; de la muerte de don Lope de Haro; del encono con que movió alteraciones el hijo del mismo, al negarse don Fernando á darle los mismos honores que á su padre; y de la grandeza de ánimo con que por dos distintas veces el rey perdonó al rico-hombre, hasta que le hubo reducido, mas bien que por las armas, á fuerza de indultos. Tambien hablan de una enfermedad que tuvo postrado por algun tiempo en cama al rey de Leon y de Castilla, y de la que convaleció felizmente. Don Sancho de Portugal ganó la plaza de Ayamonte, mientras su hermano don Fernando era llamado á Roma para ser allí absuelto solemnemente de las censuras en que habia incurrido, prometiendo antes respetar siempre las inmunidades del clero. La campaña que en 1240 dirigió en persona el rey de Leon y de Castilla le valió la posesion de muchos lugares, en su número Aguilar, Baena, Benameri, Cazalla, Fuente Remiél, Hornachuelos, Marchena, Mirabel, Moratilla, Montero, Moron, Nogen, Porcuna, Zafra y Zambra; y además de esto se le rindieron las poblaciones de Almodóvar, Estepe, Écija y sus cotos, con la condicion de que recibiese á los habitantes por vasallos suyos en el ser y estado presente, permitiéndoles el libre ejercicio de su culto, y la conservacion de sus propiedades. Algunos dudan de la primera de estas dos condiciones: pero en ella están con-

testes nuestras crónicas. Mientras el rey dirigia las incursiones en pais enemigo , su madre doña Berenguela cuidaba de los negocios del gobierno, principalmente en lo tocante á Castilla. Una gran parte del año siguiente 1241 la pasó el rey don Fernando en Córdoba , hasta que sus cabos, auxiliados de los maestros de las órdenes militares , hubieron conseguido la rendicion de las importantes plazas de Llerena y Zalamea , y la entrega de otras muchas de menor importancia. El papa habia concedido los beneficios de la cruzada tanto al castellano como al portugués, al primero por todas cuantas conquistas hiciese en Andalucía , y principalmente en la parte de Extremadura á Sierra-Morena , y al segundo por lo que adelantase en el Algarbe. La campaña que emprendió el portugués fué recia y disputada. Sirviéronle bien á don Sancho las órdenes militares , y obtuvo la rendicion de las plazas de Albor y Estombar ; pero al acercarse á la de Paderna para ponerla sitio , acudieron los moros con un ejército , presentaron batalla , tuvieron que retirarse, y volvieron despues á la carga , recibido un refuerzo considerable. Esta vez la refriega quedó indecisa. El campo estaba cubierto de cadáveres , y ni los moros ni los iberos pensaban en retirarse , por lo que firmaron treguas y aplazaron sus esperanzas para mejores dias. Pero don Pelayo Correa, comendador de Alcocer , portugués de grande ardimiento, no podia avenirse á confesar la mala fortuna de los suyos, y rompió de nuevo las hostilidades en 1242 , por las tierras de Tavira. Salen los moros , los vence, los lleva en derrota hasta las puertas de aquella plaza , las destroza, entra por ellas , recorre las calles á saco y cuchillo , y en un dia se apodera de una fortaleza cuya toma debia ser la obra de una campaña. Vuelve su hueste el comendador con-

tra la plaza de Paderna, y la pone sitio. Acuden los moros con buena hueste; Correa se retira, y hace un amago sobre la plaza de Silves. Los moros procuran con esfuerzo meter auxilio en Silves, y lo consiguen; pero el incansable comendador entró en la plaza tras de sus enemigos, é hizo por sus calles tal estrago que, amedrentados los vecinos y los defensores, se metieron en el castillo, y en él tuvieron que rendirse, visto que era inútil toda resistencia. No se detuvo en Silves el comendador, sino que dejó en ella una buena guarnicion, como habia hecho en Tavira, y al momento volvió con el grueso de su gente sobre Paderna. En vano le opusieron los de dentro una resistencia desesperada; Correa les opuso una tenacidad ibérica, y la plaza fué entrada á viva fuerza, y pasados á degüello los mas de sus defensores. Fué mucha la fama que adquirió Correa con estas hazañas; y como á la sazón muriese el maestre de Santiago que residia en Castilla, el rey don Fernando y su madre doña Berenguela manifestaron vivos deseos de tener á su lado á aquel esforzado caballero, y lo consiguieron, haciendo que le nombrasen maestre de aquella órden en reemplazo del difunto don Rodrigo Iñiguez. El rey de Portugal don Sancho sintió mucho esta pérdida, é hizo cuanto estuvo en su mano para evitarla; pero las leyes de la órden eran terminantes, y el nuevo maestre tuvo que trasladar su residencia á Castilla. No se sabe si fué resentimiento del portugués, ó mero efecto de las humanas flaquezas lo que despues pasó en la Lusitania; pero es lo cierto que en 1243 volvió don Sancho á enemistarse con el clero, á permitir usurpaciones de los bienes del mismo, á tolerar toda clase de matrimonios, y á dar pie para que los eclesiásticos fuesen reconvenidos ante los tribunales seculares: lucha sorda

por el momento é intestina, que impidió continuar la guerra contra el moro, ni aun sostenerla con honra. Por el contrario el castellano, aprovechadas las disensiones que existían entre el rey moro de Murcia, y Alamar, rey de Granada, admitió el vasallaje del primero, y tomó posesion de las principales fortalezas que le pertenecian. Las plazas de Cartagena, Lorca y Mula se negaron á reconocer por válida la cesion del murciano; pero la misma ciudad de Murcia admitió en su castillo un presidio de cristianos, mandado por dicho don Pelayo Correa y por don Rodrigo Gonzalez. En esta parte las memorias de los árabes explican y aclaran las de los cristianos, haciendo al rey de Granada partícipe de la herencia del de Murcia; pues los que se negaban á rendir homenaje al castellano iban á ofrecerse como vasallos de Alamar, acrecentando por momentos su pujanza. En 1244 las plazas de Lorca, Cartagena y Mula se rindieron al príncipe don Alonso, hijo del rey don Fernando, mientras este acudia contra Alamar, que acababa de obtener una señalada ventaja en las cercanías de Martos, venciendo á los caballeros de Calatrava. La plaza de Arjona se rindió al castellano, obtenidas antes buenas condiciones; Cartejar, Castiella, Montijar, Pegalajar y otras poblaciones imitaron el ejemplo de Arjona. Aumentada la hueste del rey con nueva gente reunida en Córdoba y en Andújar, se atrevió á poner sitio á la misma ciudad de Granada. En poco estuvo como ese imperio naciente no fué desmoronado antes de haber adquirido sus mas sólidos fundamentos. Pero el rey don Fernando no habia juntado los elementos necesarios para esta empresa, y tuvo que levantar el cerco, viendo que las defensas de la plaza eran muy fuertes, y que dentro no faltaban defensores, víveres ni pertrechos. Aun se

atreveron los de dentro á dirigir una cabalgada contra los del presidio de Martos; y aunque en ella no tuvieron fortuna, consiguieron que el sitiador quedase convencido de que les sobraban elementos para prolongar la guerra. Las memorias de los castellanos no andan conformes con las de los aragoneses respecto á las fechas de algunos acontecimientos comunes á sus dos historias. Dicen, pues, conformándose en ello con algunos autores valencianos, que la toma de Játiva fué en este año 1244, y que en el mismo, y nó posteriormente, tuvo lugar la entrevista del infante don Alonso, heredero de los tronos de Leon y Castilla, con el rey don Jaime de Aragon, y el concierto que celebraron para poner término á sus diferencias. Tocante á los hechos, confiesan que favorecian al hijo primogénito del rey de Aragon en las pretensiones que tenia contra su padre y su madrastra para que el condado de Barcelona ni otros dominios no le fuesen arrebatados; y niegan que la plaza de Játiva fuese reclamada del aragonés como dote de la infanta doña Violante, diciendo que no podia reclamar nada el príncipe de Castilla en virtud de su matrimonio, cuando por aquel tiempo aun no se habia casado. Parécenos que en esto andan mas fundados los escritores aragoneses, pues tienen en la Historia de don Jaime, escrita por este mismo monarca, un monumento cuya autoridad es incontestable. Y si el monarca afirma, como lo hace, que su hija estaba ya casada durante el último sitio de Játiva, y añade, «que la tenia por muy bien casada» y se queja de que su yerno «le pida en dote la plaza de Játiva, que él no prometió, ni ningun otro lugar,» no puede haber duda de que el matrimonio del príncipe de Castilla con la infanta de Aragon, doña Violante, se celebró antes de la toma definitiva de Játiva. Y la solucion de esta

dificultad cronológica sirve al mismo tiempo para aclarar la otra relativa á la fecha de la toma de Játiva, sentado el principio de que esta plaza no fué definitivamente conquistada antes de la celebracion de aquel enlace. Algunos confunden en esta parte el primer homenaje prestado por los jativeños, quedando de hecho independientes, con la verdadera conquista hecha posteriormente. En 1245 llamó toda la atención del rey de Castilla y Leon la conquista de Jaen. En torno de esta plaza reunió los principales caudillos de su ejército, entre ellos don Pelayo Correa, maestre de Santiago, mientras él talaba la comarca, se apoderaba á viva fuerza de la plaza de Alcalá de Benzaidé entregándola al saqueo y reduciendo á cautiverio á sus moradores, y por último pasaba á hierro y fuego gran parte de la vega de Granada. Jaen opuso una resistencia inesperada, al principio por medio de vigorosas salidas, y despues rechazando asaltos con la mayor constancia. Á pesar de esto y de que el invierno se venia encima, no quiso don Fernando que se levantase el sitio, antes mandó que se convirtiese en estrecho cerco, para reducir por hambre á los moradores. Á la sazón pasaron en Portugal cosas muy graves. Mirada allí Roma, no solamente como el centro de la religion verdadera, sino como la sucesora legítima del antiguo Capitolio, del senado y de los Césares, pasaron algunos prelados y ricos-hombres de Portugal á pedir al pontífice que depusiese al rey don Sancho, en calidad de enemigo del clero, y nombrase en su lugar, como administrador del reino, al infante don Alonso, hermano del rey, y conde de Bolonia. El pontífice accedió gustoso á la demanda; y fué cosa maravillosa ver cómo el conde de Bolonia se embarcaba, hacia rumbo á las costas de Portugal, tomaba tierra en ellas rodeado de algunos pre-

lados y barones, sublevaba los pueblos en nombre del pontífice, armaba en ellos dos parcialidades dispuestas á destruir el estado, y obligaba al rey don Sancho á ir á buscar un asilo en tierras del rey de Castilla. Este confió á su hijo don Alonso aquel delicado asunto, y el príncipe tomó con el mayor empeño sobre sí la empresa de devolver el cetro y el poder al monarca destronado. Por estos caminos se vino á distinguir perfectamente lo que era de Dios y lo que procedía de las mal borradas reminiscencias de los antiguos cónsules, conculcadores de los reyes. Se equivocaria quien creyese que todos los lusitanos abandonaron la causa de don Sancho y se pasaron á don Alonso. Mientras el príncipe de Castilla escribía en 1246 al sumo pontífice, manifestándole lo que había en el asunto, y el hilo de la trama urdida en Portugal por el conde de Bolonia, que se aprovechaba de ella, muchos portugueses, nobles y plebeyos, defendieron con las armas la causa de su legítimo monarca, y prefirieron á la ignominia la muerte. La plaza de Ovedos se rindió al conde de Bolonia; pero la de Coimbra, cuyo gobernador era don Martin de Freitas, rechazó todas las acometidas de sus contrarios, repelió asaltos, sufrió privaciones, y se negó á rendirse por buenos ni por malos tratos. La de Celorico, en la que mandaba don Fernando Rodriguez Pacheco, imitó el ejemplo de Coimbra, y obligó á los partidarios del conde de Bolonia á levantar el sitio. Mirad que os perdeis, decían los sitiadores. En ello está nuestra honra, respondían los sitiados. A la sazón el rey don Fernando de Castilla tenía reducida la plaza de Jaen al último aprieto. Los socorros de Alamar, rey de Granada, eran interceptados, las salidas de los sitiados eran rechazadas, dentro faltaban víveres, disminuía diariamente el número de los defensores, y men-

guaban sus brios. Entónces Alamar consideró perdido su reino, si no declinaba de él el torrente de hierro que le habia invadido, y no daba otra expansion al ardimiento del castellano. Presentóse, pues, ante el rey de Castilla, le besó la mano en señal de homenaje, se reconoció por vasallo, tributario y aliado constante suyo, pagándole anualmente ciento cincuenta mil doblas, y sirviéndole en sus guerras con infantes y caballos, con tal que el castellano se aviniese á ser protector suyo y le conservase en la posesion de sus dominios. Con estas condiciones la ciudad de Jaen fue entregada al castellano, y los mas de sus moradores pasaron á Granada. Desde este momento la furia castellana se volvió contra las tierras del bajo Guadalquivir, mientras se preparaba el sitio de la famosa ciudad de Sevilla. El rey de Granada acudió con quinientos caballos á servir al rey de Castilla. Estos tratos no eran nuevos. Habíanlos hecho con los catalanes los reyes de Tortosa, Lérida y Fraga; con los aragoneses los de Barbastro y Zaragoza; con los leoneses y castellanos los de Toledo, Badajoz y Sevilla. Las comarcas de Jerez y Carmona fueron taladas, y la poblacion de Alcalá de Guadaira se rindió á los castellanos. El dia 8 de noviembre de dicho año 1246 pasó á mejor vida la princesa doña Berenguela, madre del rey de Leon y de Castilla, cuyas sienes habian llevado dos diademas, y de todas habia sabido desprenderse sin manifestar el menor sentimiento. Dió el último suspiro precisamente cuando su hijo estaba á punto de conseguir el mayor lauro que haya ceñido sus sienes. En las riberas del Guadalquivir, de ese antiguo Betis, que en sentir de Estrabon, pág. 148, lib. III, cap. II, tomaba su nacimiento al pie de una montaña de plata; junto á esa corriente á la cual el mismo autor da, copiando á Stesicoro, el

nombre de álveo argentífero; en esa Tartesia tan celebrada de la que dijo Homero, Odis. IV-V, que allí las gentes disfrutaban de una existencia afortunada, sin nieves, aguaceros, ni escarchas, bajo un cielo límpido y azulado; estaba echada la hermosa ciudad de Sevilla, esclava de los árabes hacia mas de quinientos años. No somos amigos de buscar entre los antiguos romanos las cartas-pueblas de nuestras ciudades, ni nos parece que las honren las muestras de distincion que pudieron recibir de los que tiranizaron nuestra Iberia; pero debemos confesar que era difícil acercarse á aquella poblacion y no encariñarse por ella. Cariño debió sentir Amílcar al arrebatarla á los iberos independientes; cariño Aníbal al pedirle sus hijos para llevarlos á lejanas tierras; cariño los cónsules y pretores al exprimir de ella los tributos de oro y sangre; cariño los césares que la daban honores en pago de servidumbre; cariño los septentrionales que la eligieron para corte; y mas que cariño, entusiasmo, los árabes que la embellecieron y adornaron de mil maneras, por dentro, por fuera, rodeándola de pensiles, y convirtiéndola en una inmensa residencia regia. Cierta que ninguna piedra, ni monumento, ni memoria, que nos recuerde esos diversos períodos de cautiverio, puede parecernos grata; y que todo lo daríamos gustosos por un simple sepulcro de los tiempos de la Iberia independiente: pero es un consuelo ver que todos los potentados que han ido sucediéndose en la dominacion de esa metrópoli de la Bética, han dejado en ella el tributo de su admiracion y de su ternura. En 1247 determinó don Fernando arrebatarse á los moros esa joya, cuya posesion los tenia envanecidos, y devolverla á la Iberia independiente. Encomendó á don Ramon Bonifaz la construccion de una escuadra en los puertos de la Cantabria, y le mandó que

con ella acudiese á las aguas de San Lúcar; hizo llamamiento á todos los ricos-hombres, prelados, órdenes militares y concejos; y por último escribió al rey de Granada para que viniese á ayudarle con hueste, hasta obtener la rendicion de la ciudad de Sevilla. Tambien debia acudir el príncipe don Alonso con las reservas convenientes; pero antes hizo en Portugal una corta campaña. Habia prometido auxiliar al depuesto rey don Sancho, y sacar del trono, si era posible, á don Alonso, conde de Bolonia; y lo cumplió seguido de don Sancho, de muchos nobles portugueses, y de don Diego Lopez de Haro y algunos castellanos. Adelantáronse hasta Leyria, y allí desbarataron un cuerpo de ejército portugués que les habia salido al encuentro. Dícese que entónces los prelados del reino acudieron á las armas espirituales, viendo que no les servían las temporales, y amenazaron al príncipe con la excomunion, si no obedecia las órdenes del pontífice; y como en el interior del país se pudo conocer fácilmente que la mayor parte de los portugueses miraban con indiferencia la restauracion del rey don Sancho, resultó que este y sus parciales se retiraron sin haber conseguido su objeto. Aun así hubo partidarios de don Sancho, que mientras él vivió no quisieron reconocer al monarca intruso, ni entregarle las poblaciones y castillos que ocupaban. Una vez el rey don Fernando hubo reunido todo su ejército, y pasado muestra de su gente, que era brillante y aguerrida en su mayor parte, cayó sobre las tierras de Carmona. Entregábalas ya á la tala, cuando acudieron los moradores de aquella poblacion y los propietarios de las tierras, manifestando que si dentro medio año no recibian socorro se entregarían reconociendo vasallaje; y dicen las memorias castellanas, que estas condiciones les fueron admitidas. Las pla-

zas de Reina y Constantina se rindieron por trato; las de Alcolea y Lora fueron entradas por la fuerza, y pasadas á saco y á cuchillo. Parecía que este ejemplo debía mover á otras poblaciones á rendirse; sin embargo, unas lo hicieron, y otras prefirieron defenderse hasta el último aliento. Las memorias de los árabes explican aquí lo que callan las de los cristianos, y dicen que en algun pueblo no fueron cumplidos los tratos y capitulaciones, por lo que otros se llamaron á escarmiento. Las plazas de Guillena y Alcalá del Rio se rindieron; la de Gerena quiso probar sus fuerzas, y luego se dió por vencida; pero la de Cantillana se defendió con extraordinaria bravura, y su guarnicion hizo salidas vigorosas, rechazó asaltos obstinados y repetidos, y por último fué entrada por fuerza de armas, exterminados sus defensores, dada al saqueo, desmantelada y convertida en escombros. Pocas tribus árabes han demostrado mas energía que esa que defendió la plaza de Cantillana. En esto se tuvo noticia de que don Ramon Bonifaz estaba en las aguas de San Lúcar, dispuesto á penetrar por el Guadalquivir, como se le tenia mandado. Llevaba consigo trece naves grandes de guerra, y muchas embarcaciones destinadas para los transportes y el abastecimiento del ejército. Oponíasele, y le cerraba la boca del rio una escuadra mora, numerosa y dispuesta á la defensa. Don Ramon Bonifaz no contó el número de sus enemigos, sino que leyó á sus soldados la orden que tenia de entrar por el Guadalquivir y darse la mano con el ejército. Como lo dijo, así lo practicó. Arremetió bruscamente á los moros, los dispersó, echó á pique la mayor parte de sus buques, los demás los apresó, ó los puso en fuga mal parados, y surcó las aguas del Guadalquivir dando al aire los estandartes de los iberos. Fué un momento de entusias-

mo inexplicable aquel en que la escuadra y el ejército pudieron saludarse, y devolverse seña por seña, aplauso por aplauso. Don Fernando, apenas restablecido de una dolencia, habia descendido con el grueso de su gente por las riberas del rio, y sirvió de escolta á su escuadra cuando subia por él, llenando de vítores al aire. El dia 20 de agosto de 1247 se puso sitio á Sevilla. Dicen que el primer campamento de los sitiadores estuvo sito en la llanura que va del rio á la ermita de San Sebastian; que el maestre de Santiago, don Pelayo Correa, cruzó el rio con doscientos jinetes, los que se aumentaron luego hasta el número de quinientos, y combatió el castillo de Aznal Farache, hoy llamado San Juan de Alfarache, ganó el de Gelbes, en donde halló ricos despojos, y dió recias embestidas al castillo de Triana. Ese maestre de Santiago era el Aquiles del ejército. Hacia frecuentes cabalgadas, ya para procurar mantenimientos, ya para escarmentar á las partidas sueltas que bajaban de Sierra Morena; y en una de sus incursiones, temeroso de que le faltase dia para acabar con sus enemigos, dicen que exclamó: « Santa María, deten tu dia, » y que en efecto le pareció que un admirable crepúsculo le habia dejado acabar con sus enemigos, y levantó por ello un templo dedicado á la Virgen de TENTUDIA. Las salidas vigorosas que hacian los sevillanos, y las aguas del rio, obligaron á los sitiadores á poner su cuartel general en el sitio conocido despues con el nombre de ermita del Valme. Se habian tomado disposiciones excelentes para que nada faltase; de suerte que, lo mismo que don Jaime en el sitio de Valencia, pudo decir don Fernando que su campamento no era solo un ejército, sino una ciudad en la que nada hallaban de menos los sanos ni los enfermos. Hubo, como allí, torneos entre moros y cris-

tianos, desafíos, actos de denuedo y arrogancia, otros de temeridad; heroicidades, y tambien puerilidades. Hay leyendas que mencionan la porfia de tres caballeros cristianos que hicieron la apuesta de ir á tocar con los cuentos de sus lanzas las puertas de Sevilla, y la cumplieron; hay romances que hablan de un Garci-Perez que expuso su existencia por recobrar una cofia labrada por su amiga; y al mismo tiempo hay memorias de las celadas que los moros armaron á los maestros de Calatrava y de Alcántara, y al comendador de Alcañiz, y de las que salieron los tres con gloria; y hay noticias de unas salidas impetuosas que con dificultad pudieron ser rechazadas, y las hay, por último, de varias tentativas hechas para incendiar los buques de los cristianos, una de ellas por medio de una balsa ardiente, que la misma fuerza del agua iba conduciendo pausada y forzosamente á convertir en cenizas aquellas naves. El jefe de la escuadra, don Ramon Bonifaz, salvó en esta ocasion al ejército, pues con la combinacion adoptada era imposible que destruida la escuadra, pudiese prolongarse el sitio. La balsa de fuego descendió sin causar los daños que sus autores se habian prometido. No siempre el tiempo se mostró propicio, ni la salud del rey era tan cabal, que no sintiese menoscabo. Pero los trabajos del sitio no dejaban de adelantarse, y cada salida rechazada era un paso que avanzaban los sitiadores. Toda clase de máquinas é ingenios usados en aquel tiempo en la expugnacion de las plazas fueron puestos en uso para reducir á los sevillanos. Promesas primero, amenazas luego, trincheras, mantéletes, fundíbulos, torres, todo se puso en juego para infundir desaliento en los sitiados. Y si se tiene en cuenta, que Sevilla era entónces una ciudad cuatro veces mas poblada que hoy en dia, y que en

ella se habian recogido todos cuantos esperaban salvarse, mientras pudiesen sostenerse hasta entrado el invierno, podrá venirse en conocimiento de lo ardua que era la empresa acometida por el rey don Fernando. Dice su crónica que este santo rey pasaba muchas horas del dia y de la noche puesto en oracion, y pidiendo al cielo que no le abandonase en aquel momento solemne de su vida; pero las historias afirman tambien que nó por orar, cuando su alma necesitaba recogimiento, dejó de obrar con energía siempre que era conveniente. Es fama que en la ermita del Valme tenia su oratorio, y que de él salia armado en cuanto le daban parte de algún movimiento de los sitiados. El invierno llegó, y estos perdieron la esperanza de que se levantase el sitio. El año siguiente de 1248 tuvo buenos comienzos para los cristianos. Espiró la tregua que habian solicitado los de Carmona y el plazo que habian pedido para rendirse, y se allanaron á prestar vasallaje y reconocer por rey y señor á don Fernando. Á la sazón la reina venia al campamento, deseosa de asistir á ese espectáculo, especie de torneo de muerte que se daban dos antiguos enemigos. La posesion de las riberas del Guadalquivir debia ser el premio de esta jornada. Las memorias que mas se detienen en los pormenores de la misma, hablan de la llegada del príncipe heredero de Castilla y Leon, don Alonso, que venia del reino de Murcia, con refuerzo de aragoneses que se habian brindado á acompañarle, y de muchos castellanos, leoneses y gallegos que acudian á tomar parte en la empresa. Y habiendo cesado las alteraciones del reino de Portugal, por muerte del desposeido don Sancho, y por reconocimiento general que ya entónces obtuvo don Alonso, conde de Bolonia, hermano del difunto, sucedió que muchos portugueses, no-

bles y plebeyos, se presentaron tambien para ofrecer sus servicios á los sitiadores. Los de dentro no cesaban en la defensa y en las salidas, por mas que en algunas los escarmentasen armándoles celadas sus enemigos. Unas veces abrian repentinamente las puertas de la ciudad, y por ellas salian, nó partidas sueltas, sino un ejército dispuesto á dar batalla. En otras ocasiones hacian desembarco de gente en la parte de las riberas que les parecia mas débilmente guardada, y casi siempre ocasionaban á los cristianos unas pérdidas sensibles. Si los marinos de la escuadra plantaban estacas y ponian otros impedimentos en el álveo del Guadalquivir para frustrar los planes de los sevillanos, sucedia muy frecuentemente que estos destruian de noche lo que aquellos trabajaban de dia. La comunicacion que conservaban por medio de un puente de barcas los habitantes de la ciudad con los del barrio de Triana, daba á unos y otros un ardimiento que los sitiadores trataron de apagar cuanto antes. No era fácil cosa destruir ó destrozár aquel puente; pero don Ramon Bonifaz lo intentó, y lo llevó á cabo con fortuna. Al efecto dicen que armó dos gruesas naves, con fuertes puntas de hierro en las proas, y aprovechando un viento recio y favorable, las soltó á toda vela contra el puente, y le rompió muy luego. Las memorias de los árabes dicen que estas naves eran una especie de brulotes y redujeron á cenizas el puente. Entónces procuró don Fernando embestir denodadamente á los defensores del barrio de Triana, y hay quien afirma que les obligó á rendirse; pero otros aseguran que la defensa fué bizarra, y que los sitiadores no se apoderaron de Triana sino el mismo dia que entraron en Sevilla. Las historias antiguas que tratan de este famoso sitio están llenas de tradiciones piadosas. Pocos

devotos del santo rey que presidia al sitio pondrán en duda que una noche, antes de la rendicion, poseido de éxtasis, penetró en la plaza el rey don Fernando, adoró una imagen de la Virgen, y se volvió tranquilo á su campo. Pocos sarracenos dudaban que Alá les habia pronosticado la ruina de Sevilla por medio de un prodigio, es á saber, que las armas de los almohades se habian caido por sí mismas sin que nadie las tocasse. Mas no se descorazonaron por esto, y prolongaron la resistencia hasta el último extremo. Algo mas de quince meses estuvo sitiada Sevilla. Por último capituló el dia 23 de noviembre de 1248. Primero sus defensores habian pedido paz y tregua, con promesa de entregar el alcázar y de dar al rey de Castilla la mitad del tributo que pagaban al rey de Marruecos; despues se habian limitado á pedir para sí la mitad de la ciudad, destinando la otra para don Fernando; y por último consentian en entregarlo todo, con tal que les permitiesen derribar la mezquita mayor y la Giralda. Al oír esta proposicion el príncipe don Alonso, no pudo contenerse, y dijo que pasaria á todos los sevillanos á cuchillo, si arrancaban un solo ladrillo de aquella torre. Los sitiadores querian á Sevilla con todas sus galas, menos los moradores. La poblacion que ahora invernaba en el acampamento, deseaba instalarse en la ciudad como señora, y arrojar de ella á sus habitantes. Concertóse en este sentido la entrega. Quedaban salvas las vidas. Cada sevillano podia llevarse dentro de un mes los bienes muebles que poseyese, ó bien enajenarlos, y trasladarse despues al África, ó á tierra de moros en la Península. Aquí, lo mismo que en Córdoba y en Valencia, la toma de posesion consistió en dos inmensas procesiones, la de los vencedores y la de los vencidos. Si hemos

de dar crédito á las memorias de los cristianos, la de los vencidos parecia interminable. Trescientos mil habitantes, dicen unos, cuatrocientos mil, afirman otros, habian abandonado la ciudad el dia 22 de diciembre en que entraron en ella los iberos. Dicen que unos cien mil pasaron al África en naves de transporte que les facilitó don Fernando; que otros se dirigieron al Algarbe; y que los mas pasaron á aumentar los vasallos del rey de Granada. Los vencedores entraron conduciendo en triunfo una imágen de la Virgen, y recibieron del caudillo moro las llaves de una ciudad desierta. No habia allí la plebe dispuesta á insultar á los caidos y dar aplauso á los poderosos; ni habia curiosos á quienes llamasen la atencion los nuevos señores y deseasen saludarlos: algunos hebreos sumisos y encorvados presentaron las llaves de lo que ellos llamaban su JUDERÍA, y era el barrio en que habian vivido á expensas del moro, y en el que deseaban morar tambien ahora á costas de los cristianos. El jefe moro, que habia dirigido la bella defensa de la plaza, y que habia procurado salvar la existencia de tantos desgraciados, lloró al despedirse de Sevilla, lo mismo que habia un tiempo llorado Aben-Abed, nó por cobardía, sino por amor que profesaba á aquella tierra, á la que daba el á Dios postrero. Sábese que á la procesion de los cristianos asistieron entonando himnos varios religiosos de las órdenes de San Benito, Santo Domingo, San Francisco, la Trinidad y la Merced, además de las órdenes militares, prelados, barones, caballeros, sirvientes y milicias de los concejos. Fué un espectáculo curioso, dicen las memorias de los cristianos, ver al santo rey don Fernando, vencedor de los sarracenos, y terror de la morisma, armando caballero al rey moro de Granada, Aben Alamar, en pago de los grandes servicios que

acababa de prestarle. Algunos creen que sin la leal cooperación del granadino hubiera sido muy dudoso el éxito de esta inmortal campaña. Otros convienen en reconocer los servicios de Alamar, pero opinan que los verdaderos conquistadores de Sevilla fueron don Ramon Bonifaz, jefe de la escuadra cristiana, y don Pelayo Correa, maestre de Santiago, que se hizo dueño de las riberas del Guadalquivir, ni mas ni menos que el marino lo habia hecho con la corriente del mismo rio. Pasóse el año 1249 en hacer la reparticion de la conquista, convertir en templos las mezquitas, y atraer pobladores por medio de algunas larguezas. Parece que el rey don Fernando estuvo en Córdoba por el mes de marzo, y que despues volvió á Sevilla, deseoso de llevar mas adelante la conquista, y tal vez pasar á África, segun el sentir de algunos cronistas. El nuevo rey de Portugal, viendo que tenia tan cerca del Guadiana á los castellanos y leoneses, procuró por este tiempo ganar terreno en el Algarbe, y lo consiguió, haciéndose dueño de las plazas de Faro, Albufera, Perches, y las restantes de la comarca, inclusa la de Loule, cuyos defensores llevaron la resistencia hasta tal punto, que solo pudieron llamarse vencidos cuando ya habian sido exterminados. Algunos analistas castellanos consignan, como acontecimiento de este año, el enlace del príncipe don Alonso con la infanta de Aragon, doña Violante. Otros, muy autorizados, afirman que al llegar don Alonso al sitio de Sevilla era ya yerno del aragonés; lo que concuerda con lo que dijimos antes, al hablar de la rendicion de Játiva. Hallóse tambien en dicho sitio el príncipe heredero de Aragon, enemistado á la sazón con su padre y su madrastra, y se cree que permaneció en Sevilla dos años. Es lo cierto que en 1250 le notificaron en ella la resolucion de las córtes

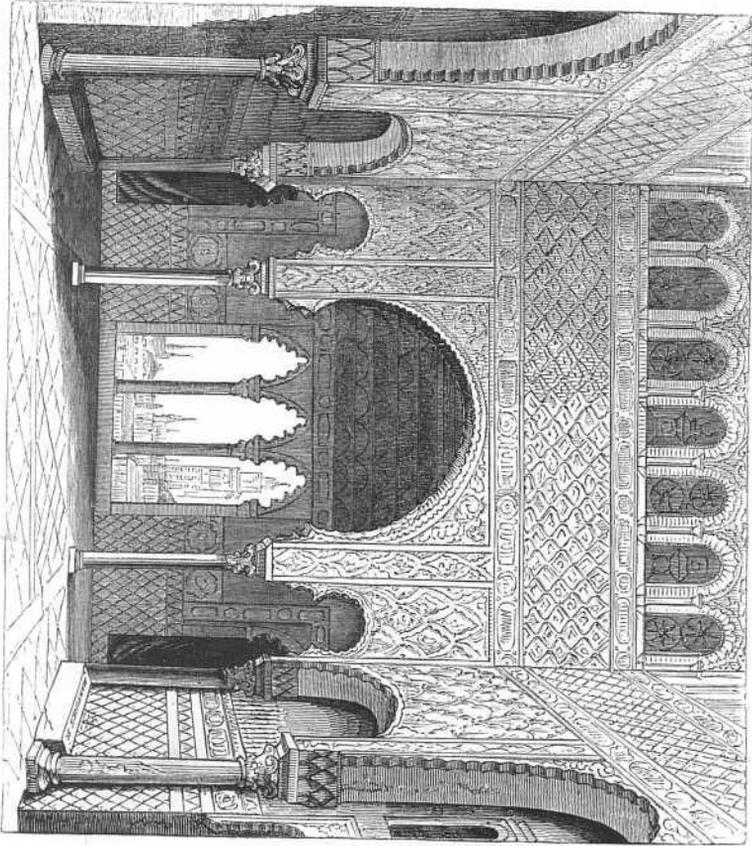
de Alcañiz, relativa al arbitramiento que debia poner término á aquellas diferencias, y se recabó de él que le aceptase, y jurase estar á lo que por él se decidiese. En Portugal murió el dia 18 de junio, en el monasterio de Loryán, la infanta doña Teresa, primera esposa del rey de Leon Alonso IX. Hay variedad en las crónicas respecto á las conquistas que hizo en este año el rey don Fernando; pero las mas están contestes en dar por seguro que movió su gente hácia la boca del Guadalquivir, y se fué apoderando, por rendición, ó por la fuerza, de las principales poblaciones, plazas y castillos que encontró siguiendo hasta el Estrecho. Alcalá de los Gazules, Arcos, Jerez de la Frontera, Lebrija, Medina-Sidonia, Rota, San Lúcar, Tribujena, Vélez, y por último, Cádiz y su isla cayeron en poder de los iberos. Ya daban vistas á esa tierra de África, de donde les habia venido la mas larga y sangrienta guerra de que haya noticia en los anales de ningun pueblo. Otra cosa les habia venido tambien del mismo punto, que casi hacia olvidar la anterior, y era la destruccion de la monarquía goda, y la primera chispa que dió origen al renacimiento de la verdadera independencía ibérica. Don Fernando se sintió poseido de un vivo deseo de conocer esa parte del mundo de la que habian salido tantos ejércitos destinados á la conquista de nuestra tierra, y creyó que era llegado el momento de hacer sentir al África el reflujo de la nacionalidad española, tan ardentemente combatida. Ignoramos si se trató de esto en las córtes de Sevilla del año 1250. Don Ramon Bonifaz recibió órden de ir á explorar los puertos mas próximos de los africanos, y conocer los preparativos que tuviesen hechos para resistir á una agresion, ya que hasta entónces ellos habian sido los agresores. Bonifaz halló muy prevenida una

escuadra mora, pero no vaciló un momento en acometerla, y la fortuna le favoreció, pues dejó muy mal paradas la mayor parte de las naves enemigas, otras las echó á fondo, y volvió con algunas presas á recibir parabienes de su monarca. Si este pensaba en llevar la guerra al África, no faltan crónicas contestes en que su hijo, el príncipe don Alonso, intentaba por este tiempo dirigirse á la Palestina, y vengar allí los descalabros que acababa de sufrir Luís el Santo, rey de Francia.

El portugués pensaba ante todo en arrojar los moros de la parte de la Península que parecia destinada á redondear sus estados; y se apoderó de Aracena, Alconchel, Ayamonté, Moura, Serpa y algunas otras plazas, sin derramamiento de sangre. Don Fernando no pudo llevar á cabo sus nuevos planes. Dotado de un gran corazon, no bien habia conseguido juntar en una las coronas de Asturias, Galicia, Leon y Castilla, trató de enlazarlas estrechamente, haciendo á todos sus vasallos partícipes en la gloria de nuevas reconquistas que duplicasen sus estados. La mayor parte del reino de Murcia le pertenecia; el reino de Jaen habia sucumbido, y él poseia sus despojos; el reino de Córdoba era patrimonio suyo; y el de Sevilla acababa de aumentar sus títulos á una fama póstuma preclara. Una hidropesía estaba minando esta preciosa existencia. Cuando sintió que se iba apagando en él esa llama á la que damos el nombre de vida, se entregó enteramente á las prácticas de devocion, que eran para él el único esparcimiento. Recibió el viático en el alcázar de Sevilla con tal compuncion y una fé tan ardiente, que hizo derramar lágrimas de ternura á todos los presentes. De rodillas, puesto un dogal al cuello, arrojadas lejos de sí todas las insignias de la dominacion terrena, se reco-



FERNANDO III, REY DE LEON Y DE CASTILLA.



EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

noció esclavo de su fé , él que habia sido el espanto de muchos reyes. El amor á sus hijos no perturbó su clara mente como habia perturbado la de don Sancho el Mayor , la de don Fernando el primero , y la de don Alonso séptimo de Castilla , y como ahora estaba perturbando la del rey de Aragon. No trató de dividir nuevamente sus estados , sino de dar á su heredero los mas tiernos consejos. Á todos cuantos le rodeaban pidió perdon por si en algo pudiese haberlos ofendido ; y tomando en la mano una candela , probó á entonar con los sacerdotes que le rodeaban las letanías y el « ó Dios , te alabamos , » y al proferir estas palabras , dió su bella alma al Eterno. Es la muerte de un rey justo , decian los presentes llenos de entusiasmo , y no sabiendo bien si debian llorar ó venerar á un príncipe de quien pueden citarse muchos actos de humanidad , de magnanimidad y de clemencia , y ni uno solo de soberbia , de fiereza y de crueldad , por mas que un extranjero se haya complacido en pintarle como atizador de hogueras. La hoguera que atizó don Fernando III , el santo , fué un noble patriotismo ibérico. Con ella apagó los odios civiles , enseñó á sus vasallos cuáles eran los verdaderos enemigos de su tierra , y les hizo olvidar pequeñeces y abrazar grandezas. Lucas de Tuy , el Suplemento de la Historia del arzobispo don Rodrigo , y el antiguo pergamino de las Antigüedades de España , pintan con vivos colores el dolor general por la pérdida de aquel monarca , cuando eran tan recientes sus mejores lauros , y cuando habia concebido tan vastos planes. Nadie , dicen , puede expresar el sentimiento que se apoderó de grandes y pequeños , no solamente en Sevilla , en donde murió el monarca , sino en todos los lugares de Leon y de Castilla. « ¿ Quién vió , añaden , tanta dueña de alta guisa , é

tanta doncella andar descabeñadas é rasgadas, rompiendo las faces, é tornádoles en sangre, é en la carne viva? ¿Quién vió tanto infante, tanto rico-home, tanto infanzon, tanto caballero, tanto home de prestar, andando valadiando, mesando sus cabellos, é haciendo en sí muy fuertes cruexas? Las maravillas de llantos, é las gentes de la ciudad ficieron, non es home que lo contar pudiese.» El epitafio de su sepulcro querian algunos que fuese breve y compendioso, diciendo solamente: « Fernando III, uno de los mejores príncipes que han reinado en España;» pero otros le prefirieron largo, y escrito en cuatro idiomas, hebreo, latin, griego y castellano, que decia: « Aquí yace el rey muy honrado Fernando, señor de Castilla y de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia é de Jaen; el que conquistó toda España; el mas leal, el mas verdadero, é el mas franco, é el mas esforzado, é el mas apuesto, é el mas granado, é el mas sufrido, é el mas humilde; el que mas tiemie á Dios, é el que le facia servicio; é el que quebrantó y destruyó á todos sus enemigos, é el que alzó y honró á todos sus amigos, é conquistó la ciudad de Sevilla que es cabeza de toda España. É pasos hi en el postrimero dia de mayo, en la era de mil ducientos é noventa años.» Añade su crónica que habia cumplido cinquenta y tres años, y reinado en Castilla treinta y cinco, y en Leon veinte; aunque en la edad otros no van conformes. Dicen que don Alonso su hijo añadió al epitafio doce sentencias de sabios, en los términos siguientes: « mejor es tu fin que tu comienzo; en la muerte fenecieron los saberes, y en la de este rey creció la sabiduría; fuiste siempre en la vida con mucha virtud, y eres sabio en la muerte; mas será tu remembranza que el tiempo de tu vida; mayor fecho el tuyo que el de

los que conquistaron el orbe; preciaste las cosas influidas, y hasta la fin será tu nombre; non te queda el de la tu señoría, sino del mandato que dejaste, é los sabios, é el bien que feciste; préstate el saber, é siempre te loarán los sabios; feciste hermosa casa con poco dinero; en la vida hobiste la hermosura del cuerpo, y en la muerte moraste hermosura del alma; mas conocido serás muerto que vivo; fasta aquí te loaban los que te conocian, é ahora loarte han los que no conocian.» En medio de la abundancia que rebosa el cielo bajo el cual murió don Fernando, se notan aquí algunos rasgos que pintan al vivo á este monarca. Ninguno de ellos hace referencia al hecho del atizamiento de la leña que algunos quisieron atribuirle posteriormente. Granada le debe como reino una existencia de dos siglos y medio. Algunos aconsejaban á don Fernando que rompiese los tratos sentados con el granadino y le sojuzgase antes de pensar en llevar la guerra al África; pero nuestro monarca era, como dice su epitafio, el mas franco, é el mas leal, é el mas verdadero, y el menos quebrantador de sus promesas. Habia jurado proteger al granadino, y lo hizo con eficacia, y en cambio recibió de él los mas señalados servicios. Fué canonizado por Clemente X en 1671. Favorecióle extraordinariamente, lo mismo que á don Jaime de Aragon, las divisiones profundas que reinaban entre los mauritanos, y los mismos moros españoles: pero los dos supieron dar direccion digna al ardimiento público; y don Fernando tuvo la gloria de haber hermanado unos reinos poderosos, aumentádolos, y alejado de sí la tentacion funesta de repartirlos entre sus hijos.

Los principales sincronismos de la época que abraza este capitulo, se refieren en Roma á los pontificados de Inocen-

cio III, que comenzó en 1198 y terminó en 1216, de Honorio III, que duró hasta 1227, de Gregorio IX, que terminó en 1241, de Celestino IV, en 1241, y de Inocencio IV, terminado en 1254. Federico I reinó en Sicilia y la Pulla de 1198 hasta 1250; fueron dux de Venecia Ziani hasta 1205, Tiepolo hasta 1229, Morosini hasta 1249, y Zeno hasta 1252; reyes de Francia lo fueron Felipe II desde 1180 hasta 1223, Luís VIII, el León, hasta 1226, y la reina doña Blanca con don Luís IX el Santo hasta 1252; en Inglaterra reinó Juan Sin Tierra desde 1199 hasta 1216, á quien sucedió Enrique III, que trataba ahora de pasar á la Palestina; en Escocia reinaron Guillermo y Alejandro II; en Dinamarca Valdemaro II, Valdemaro III, coregentes, Erico VI y Abel; en Suecia, Suelker II hasta 1210, Erico X hasta 1216, Juan hasta 1222 y Erico XI hasta 1250; en Rusia los grandes duques de Uladimiro Wewolod III, Jurio II, Constantino, Jaroslao II y Alejandro I; en Polonia Lech V, Uladislao III y Boleslao V; y en Alemania Felipe de Suabia, Oton IV, Federico II, Conrado III y Guillermo. En 1202 el rey de Inglaterra habia sido citado ante la asamblea de los pares de Francia como culpable de la muerte de su sobrino Arturo; en 1210 un concilio de Paris habia hecho quemar los libros de física de Aristóteles; en 1213 el rey de Francia habia reunido una escuadra de mil setecientas velas para pasar á Inglaterra, y los ingleses le incendiaron trescientas, y él tuvo que dar á las llamas las restantes; en 1219 los cristianos se habian apoderado de Damietta; en 1221 habia muerto santo Domingo; en 1222 el sultan de Egipto habia derrotado á los cristianos y recobrado Damietta; el mismo año fué quemado en Oxford un supuesto Mesías; en 1226 habia muerto san Francisco de Asís; en 1227 se habia dispuesto

en Aquisgran una nueva cruzada; en 1234 habian sido exterminados los herejes alemanes; 1239 el emperador de Alemania, excomulgado por el papa, se adelantó con tropas contra la ciudad de Roma; en 1241 la Hungría fué devastada por los tártaros; en 1242 Luís el Santo habia derrotado á Enrique III de Inglaterra en Taillebourg; en 1245, habido un concilio general en Lyon, el emperador Federico II fué depuesto; en 1247 el papa negó la absolucion á Federico; dos años despues Luís el Santo habia recobrado á la cabeza de los cruzados la plaza de Damietta; en 1250 el mismo monarca habia caido en poder de los sarracenos y firmado con ellos una tregua de diez años; al mismo tiempo la familia de Saladino habia sido excluida del trono; en 1251 Conrado se habia apoderado de la Sicilia, y la ciudad de Florencia se habia erigido en república; y en 1252 acababa de morir doña Blanca, madre de Luís el Santo, rey de Francia, y hermana de nuestra doña Berenguela, madre de don Fernando III. Es inutil decir que las figuras mas nobles que este período de tiempo nos ofrece son el rey don Jaime I de Aragon, el rey don Fernando III de Leon y Castilla, y Luís IX, rey de Francia. Los dos primeros son los jefes de la verdadera cruzada que estaba en nuestra Iberia, y nó en la Palestina. Otra cruzada se iba preparando sordamente en los palacios de los potentados, en los concejos y cabildos y en las comunidades religiosas. Estos tres elementos iban formando alianza, y se preparaban para contener la altanería de aquellos á quienes el rey don Jaime llamaba soberbiosos ricos-hombres: trabajo lento cuyos adelantos nos irá revelando el tiempo. El mismo nos descubrirá tambien de qué manera las órdenes militares, llenado el objeto de su institucion, fueron decayendo, replegándose de buen grado ó

por fuerza, y volviendo á su cauce. Fué un hecho providencial el que á un tiempo mismo tuviesen Aragon y Castilla dos monarcas tan dignos de serlo. Don Jaime no hubiera tenido que inculcar á don Fernando, como lo hizo con Alonso X, la idea de que una alianza íntima con el clero y con el estado llano debia conducir necesariamente á hacer mas tratable la nobleza. Y es lo mas admirable que esa alianza la comprendia el aragonés de una manera noble, sin ensoberbecer á unos á costa de la humillacion de los otros.

FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO QUINTO.

	PAGINA.
PRÓLOGO.	3

CONTINUACION DEL LIBRO SÉPTIMO.

LA RECONQUISTA.	5
CAPÍTULO II. Los almoravides en España; su jefe Juzef; sus guerras con los moros y los cristianos españoles. Los condes de Barcelona Ramon Berenguer II, y Berenguer Ramon II, el Fabricida. Sancho Ramirez y Pedro I, reyes de Aragon y Navarra. Alonso VI rey de Castilla y de Leon. Muerte del Cid.—Años 1077 à 1100.	5
— III. Muerte de Juzef Ali; alteraciones entre los moros; los almohades y los almoravides; muerte de Ali; Abdelmumen; los almohades en España. Los condes de Barcelona Ramon Berenguer III, el Grande, y Ramon Berenguer IV, el Santo. Alonso I el Batallador, Ramiro II y doña Petronila en Aragon. Garcia Ramirez en Navarra. Alonso VI, doña Urraca, y Alonso VII en Leon y Castilla.—Años 1101 à 1138.	55
— IV. Abdelmumen en España. Guerras entre los almohades y los almoravides. Abu Jacob, Jacub Almanzor, Amuminin. Balallas de Alarcos y de las Navas. Alfonso el Casto y Pedro el Católico en Aragon y Cataluña. Don Sancho el Sabio y don Sancho el Fuerte en Navarra. Fernando II y Alfonso IX en Leon. Sancho III y Alfonso VIII en Castilla.—De 1158 à 1212.	143
— V. Fin del imperio de los almohades; guerras civiles de los árabes españoles. Conquistas de los iberos; sucumben las Baleares: tomas de Úbeda, Córdoba, Denia, Jaen y Sevilla. Don Jaime I, rey de Aragon. Don Teobaldo I, rey de Navarra. Fin de los reinados de Alonso IX, rey de Leon, y de don Alonso VIII, rey de Castilla. Reinado de don Enrique I en Castilla. Don Fernando III, rey de Leon y de Castilla.—De 1213 à 1252.	214

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO QUINTO.

... de las maternas contenidas en este tomo. Deseo
... de las maternas contenidas en este tomo. Deseo
... de las maternas contenidas en este tomo. Deseo

CONTINUACION DEL LIBRO SEPTIMO.
ADVERTENCIA.

Queda cerrada la suscripcion á esta obra, y ya no se tiran
ejemplares mas que para los que van tomando los cua-
dernos semanales.

... de las maternas contenidas en este tomo. Deseo
... de las maternas contenidas en este tomo. Deseo
... de las maternas contenidas en este tomo. Deseo

ANALES

DE

ESPAÑA

DESDE SUS ORIGENES HASTA EL TIEMPO PRESENTE,

POR ORTIZ DE LA VEGA.

TOMO VI.

MADRID,

LIBRERÍAS DE D. JOSÉ CUESTA,

Y DE D. A. SAN MARTÍN,

Y EN LA DE LA PUBLICIDAD, PASAJE MATEU.

BARCELONA,

IMPRENTA DE CERVANTES,

CALLE DE FERNANDO,

NÚMERO 2, ESQUINA Á LA RAMBLA.

1858.

ANALES

ESPAÑA

PERIODICO DE LA REVOLUCION

ALFONSO XII
POR ORTIZ DE LA YRGA

1838

BARCELONA

IMPRESION DE CERVANTES

EN LA PLAZA DE SAN JACINTO

NUMERO 1. PRECIO 1/4 DE REAL

MADRID

LIBRERIA DE N. JOSE GUSTAY

EN LA CALLE DE SAN MARTIN

PRECIOS DE LA SUSCRIPCION ANUAL 12 REALES

BARCELONA: Imp. de CERVANTES, á cargo de Alejo Sierra, Aurora, 12. — 1838.

PRÓLOGO.

En el tomo quinto describimos las dos nuevas y terribles irrupciones africanas en nuestra Península, las de los almoravides y las de los almohades, inmensos cuerpos de reserva que el África enviaba para sostener contra los iberos la guerra mas larga y sangrienta de que hablan las historias. Vimos los esfuerzos que hicieron los iberos para adelantar la reconquista; las glorias y los reveses de Alonso VI de Leon y Castilla; las acciones de don Rodrigo Diaz de Vivar; cómo fué que por una triste fatalidad, al mismo tiempo que Aragon y Cataluña unian sus destinos, Navarra y Aragon se separaban; de qué manera aconteció que Alonso VII, rey de Castilla y Leon, des- hizo en la hora de su muerte lo que había sido la vanagloria de toda su vida; cómo se creó la monarquía portuguesa y fué creciendo; quién llevó á cabo aquellas empre- sas atrevidas de la conquista de Almeria y la primera toma de Valencia; qué cúmu- lo de circunstancias favoreció la toma de Lisboa; cómo fué que Zaragoza, Tortosa, Lérida, y Fraga fueron conquistadas; quién dió la última mano para recobrar aque- lla corriente del Ebro, tan surcada en los tiempos antiguos, tan olvidada en los mo- dernos; y últimamente cuáles fueron aquellas dos voluntades enérgicas que recon- quisaron las Baleares, Valencia, Córdoba y Sevilla. Al terminar el tomo, ya solo quedaba en España una pequeña parte que perteneciese á los árabes. La parte in- dependiente estaba dividida en cuatro reinos, Portugal, Leon con Castilla, Navarra, y Aragon con Cataluña. Los restos del imperio árabe se habian concentrado en el rei- no de Granada. Ahora veremos el grado de pujanza que este alcanzó, y los socorros que recibió de los africanos. Otros ejércitos no menos numerosos que los de los ome- yas, almoravides y almohades, se preparan para cruzar el Estrecho, y derramarse por nuestros campos. Los africanos no pueden avenirse con la idea de darse por veneci- dos y de tener que abandonar aquellas tierras deliciosas. Son su patria de promision,

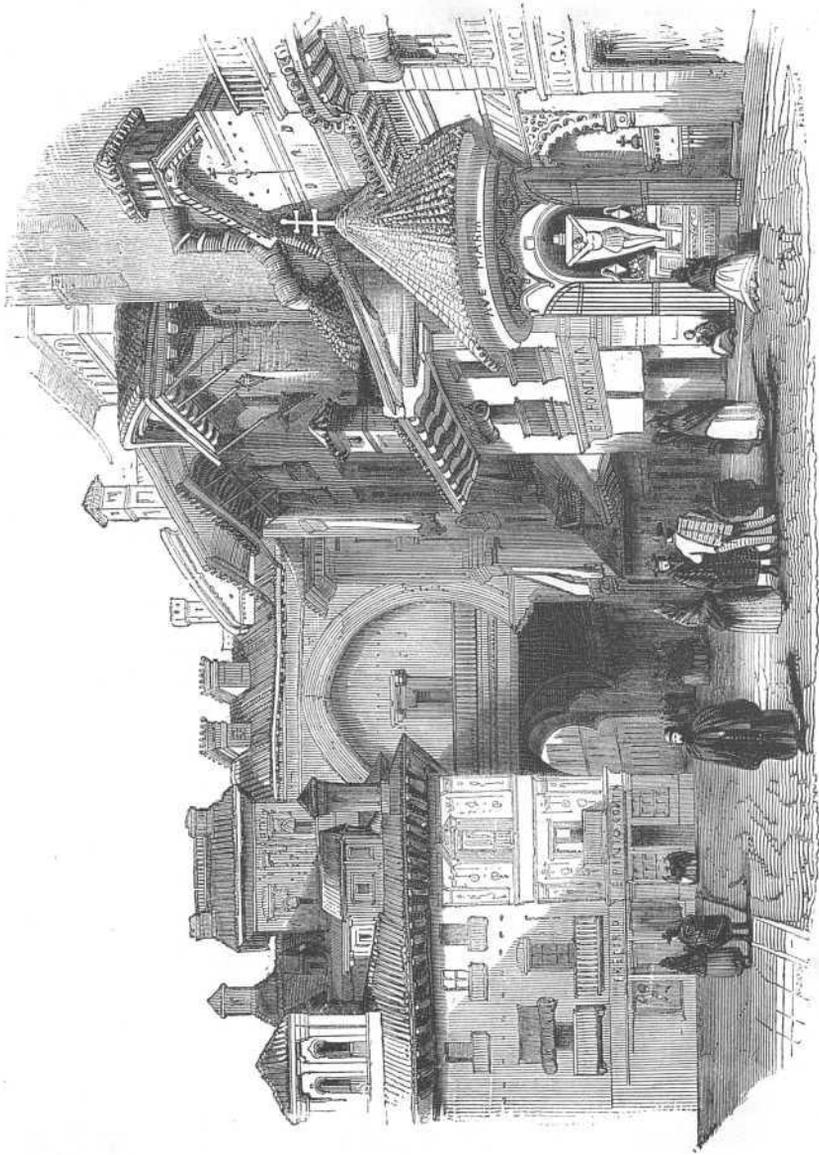
su eden, el pensil en donde creen que, algun día, apenas hayan cerrado los ojos, les brindará Alá con unas huris encantadoras. Si los almohades, decia el arabe, habian sido vencidos en las Navas, tambien habian triunfado en Alarcos. Si habian perdido las riberas del Duero, y mas adelante las del Tajo, y luego las del Guadalquivir, el Guadiana, el Ebro, y el Júcar, les quedaban las Alpujarras que eran los Pirineos del Mediodía, el Genil que era la gala de las hermosas vegas, y la ciudad de Granada, que era la esperanza de los musulimes. La batalla del Salado será para ellos un nuevo y tremendo desengaño.

Mas ya no son solamente los árabes y los africanos quienes vienen á combatir la independiencia ibérica. Antes de terminar el siglo trece otro enemigo mas terrible la declarará la guerra. Vimos en el tomo precedente que el gran peligro de la famosa jornada de las Navas de Tolosa no tanto estuvo en la irrupcion de los almohades como en la ilusion que se formó el rey don Alonso VIII de Castilla creyendo útil para nuestra tierra el llamamiento hecho á una cruzada extranjera. En vez de hallar en ella unos amigos, no hizo mas que enseñar el camino de la Península á los merodeadores de Francia y de Italia. Volviéronse estos vergonzosamente, entre la silba de los iberos, casi sin haber visto la cara á los infieles. Al contrario los aragoneses y los navarros dieron aquel día una incomparable muestra del verdadero espíritu de independiencia ibérica que los animaba. Pero aquella venida de gentes extrañas habia producido un funesto fruto. Nuestras cordilleras habian sido estudiadas, los pasos del Pirineo registrados, nuestros valles recorridos, las cuencas de nuestros rios medidas, y nuestras mas feraces provincias admiradas. Otros extranjeros, fuera de los africanos, codiciaron ya la posesion de nuestras privilegiadas provincias. Parecióles que no les seria difícil usurparlas. Creían que la Iberia, acostumbrada á pelear contra el moro lijeramente armado, con dificultad podria hacer frente á los guerreros de la Europa central revestidos de hierro, y cubiertos de punta en blanco. El francés hizo en Navarra sus primeros ensayos de conquista; y luego la Italia tomando pretextos especiosos publicó aquella célebre cruzada contra el rey de Aragon Pedro III. Vencido el aragonés, dirian, la Castilla será nuestra, puesto que ya otra vez mendigó nuestro auxilio contra el moro. El mismo camino que emprendieron un día los Escipiones y Marco Porcio Caton, seguirán ahora los galos y los italianos. Cataluña será el teatro de la guerra, y Ampurias volverá á ser regada con sangre. Cerca de quince siglos habian transcurrido desde aquellas tremendas lides con los romanos. La Iberia no ha perdido sus bríos. Se verá lo que antiguamente se vió, que las tribus interiores no se movian en defensa de la patria hasta que ellas mismas se veian amenazadas, y que entretanto las fronterizas hacian prodigios. Esta vez aquel príncipe ibero, á la cabeza de un puñado de valientes, reproducirá los mas heroicos ejemplos de las historias rechazando un ejército formidable. En este tomo veremos cómo fué que recogió el guante arrojado por los primeros potentados de Europa; y cómo sucedió que, viendo que se aspiraba á colocar en el corazon de la Italia

la dirección del mundo, quiso aproximarse á ella por la Sicilia para obtener una influencia que estuviese en armonía con la ejercida por otros príncipes.

Otros personajes llamarán nuestra atención en este tomo. Muchos son los que desean saber si es cierto todo lo que dice la crónica con respecto á don Alonso el Sabio, ó bien si la memoria de este rey ha sido víctima de un hijo desnaturalizado, como también lo fué su persona. Asimismo se deseará saber si le corresponde á don Sancho IV, que así se llamó aquel hijo, el dictado de Bravo que le dan muchos, ó el de cruel y fiero que le dan algunos. Mas adelante, cuando los africanos no serán ya terribles para los iberos, veremos á estos dividirse, y hacerse unos á otros una guerra implacable. Los príncipes iberos habian triunfado con la cooperación de los barones, caballeros, prelados, y milicias del brazo real. Estos cuatro aliados pedían su recompensa. Los dos primeros iban comunmente unidos, y lo mismo los dos últimos. Si un príncipe queria dar satisfaccion á las exigencias de los primeros, se acarrea el descontento de los últimos. Si por el contrario se inclinaba á favorecer á los segundos, los primeros movían perturbaciones y alteraban la paz del reino. Y como se habia llegado al punto y término de que los beneficios dispensados á los unos redundaban en perjuicio de los otros, y los privilegios otorgados á una clase eran daños para la otra, nacía de ahí una dificultad grave en el modo y forma de gobernar los pueblos. Las risas de los menos excitaban en los mas el llanto. Mientras era posible dar expansion á todos por medio de empresas exteriores, el estado quedaba tranquilo. Cuando el ardor debia concentrarse, estallaban entónces las tormentas interiores. No les era posible á los príncipes mantener en equilibrio las fuerzas de aquellos dos elementos tan opuestos. Uno ú otro debia triunfar, si los potentados no sabían hacerse superiores á todos ellos y sofocarlos. De ahí nacía el malestar que se apoderó de la raza ibérica. Tal vez el estudio de estas causas nos dará á conocer varios efectos que de otra suerte no tendrían explicacion suficiente. No es bueno anticipar la narracion de los sucesos; y nos parece mas natural que el lector se vaya convenciendo á medida que se desarrollan á su vista los acontecimientos; pero casi nos atrevemos á decir que en el período del siglo catorce, uno de los caracteres históricos cuyo bosquejo será mas deseado es el de don Pedro I de Castilla: y que muchos desearán, como nosotros mismos, explicarse lo que en esta parte las crónicas tengan de dudoso. En este, como en otros puntos, nuestras apreciaciones son hijas de una penosa investigacion y de un detenido estudio. La aplicacion de un adjetivo nos ha costado á veces un mes de lecturas incesantes. Hemos procurado borrar de nuestros anales lo que en ellos habia introducido la rutina, y nos hemos convencido de que casi todos los errores consistían, mas bien que en el fondo de las cosas, en la explicacion de sus causas. Desde ciertas alturas en que es bueno que los historiadores se coloquen, los aspectos generales son los dominantes, y las menudencias apenas se perciben. Si hemos conseguido que se pierda la costumbre de escribir nuestra historia tomando el colorido de los antiguos romanos, nuestros implacables enemigos,

habremos destruido ya y cerrado un manantial inagotable de apreciaciones erróneas. Si hemos probado que los godos desaparecieron de la escena histórica con la mayor ignominia, sin dejar en pos de sí el menor rastro de poder y de grandeza, habremos alcanzado ya que por rubor cesen en sus trabajos los investigadores de prosapias godas. Y si en la marcha progresiva de las tribus independientes hemos visto el renacimiento de la antigua Iberia, y sus adelantos en la reconquista de su patria, por encima de las ruinas árabes, góticas, y romanas, habremos acallado las voces de los que dan á nuestra restauracion el bajo nombre de renacimiento del goticismo. Conseguida la reconquista, luego entraremos en otras apreciaciones bajo otros horizontes.



PUERTA MORISCA EN GRANADA.

ANALES DE ESPAÑA.

CONTINUACION DEL LIBRO SÉPTIMO.

LA RECONQUISTA.

CAPITULO VI. — Fin del reinado de Aben Alamar en Granada, y parte del de Mahamad; Abu-Juzef y los Beni-Merines en España. Fin del reinado de Jaime I en Aragon; reinados de Pedro III el Grande, Alfonso III el Liberal, y principios del de Jaime II el Justiciero. Roger de Lauria. Reinados de Teobaldo II, Enrique I el Grueso, y doña Juana en Navarra. Reinados de Alfonso X el Sabio, Sancho IV el Bravo, y principios del de Fernando IV el Emplazado en Leon y Castilla. Guzman el Bueno.

AÑOS 1233 A 1300.

§ I. LOS ÁRABES.

Las memorias de los árabes dan por sentado que Aben Alamar, rey de Granada, luego de sabida la muerte de Ferdeland, rey de los cristianos centrales y occidentales de nuestra Península, se apresuró á renovar con Alfuns, sucesor de Ferdeland, los tratos de paz, amistad y alianza, que tenia firmados con este monarca. Siguióle á la guerra contra los jerezanos, en calidad de príncipe tributario; y en las tomas de las ciudades, una de ellas Jerez, procuró que las capitulaciones fuesen análogas á las de la rendicion

de Sevilla. Los moros podian á su gusto salirse de la plaza con todas sus riquezas , metales y piedras preciosas , géneros , ropa y muebles , para trasladarse á donde mejor les pareciese ; y los que deseaban quedarse , debian tener derechos iguales á los de los demás vasallos de Alfuns. Muy pocos adoptaban este último partido ; y eran muchos los que emigraban é iban á avecindarse en tierras del granadino. Parece que las plazas de Arcos , Sidonia y Nebrija , imitaron el ejemplo de la de Jerez : de suerte que las conquistas del castellano contribuian á acrecentar la pujanza de Aben Alamar , y la riqueza de sus vasallos. Al poco tiempo se vió este en un conflicto , porque , dicen los árabes , el rey Alfuns se enemistó con su hermano el príncipe Enric , y este escribió á Aben Alamar pidiéndole que le diese acogida en su tierra. Alamar le aconsejó que hiciese un viaje al África , y le dió cartas de recomendacion para el rey de Tunez , en donde le recibieron con la honra que merecia. Si en esta circunstancia , por debilidad de carácter ó por aturdimiento , hubiese admitido Alamar en sus estados al infante de Castilla , era de temer que hubiese destruido en muy poco tiempo la obra de la fundacion de su reino que estaba consolidando. Pero la corriente de los acontecimientos debia tarde ó temprano quebrantar la alianza entre los granadinos y los castellanos. Alfuns pidió la cooperacion de Alamar para apoderarse de lo que en el Algarbe pertenecia aun á los árabes ; Alamar la otorgó muy apesar suyo. Ya el mayor número de sus vasallos creia llegado el momento de revolver las cenizas árabes de muchas poblaciones , é inflamar en ellas las últimas chispas ; y la mayor parte supieron con disgusto que las plazas de Niebla , Tavira , Huelva , Serpa , Mora y otras habian sucum-

bido ante los esfuerzos aunados de los moros y cristianos. Alamar pudo convencerse de esa disposicion general de los ánimos al tiempo que recorria , de vuelta de aquella expedicion , las poblaciones de Algeciras , Guadix , Gebaltaric y Tarifa. En todas partes se le presentaban caballeros moros , dispuestos á promover un alzamiento en muchas tierras ocupadas ahora por los cristianos , con tal que los granadinos abrazasen clara y resueltamente la causa de los oprimidos. Alamar vacilaba , dice una leyenda árabe ; de una parte , se le ofrecia el espectáculo de un imperio floreciente , rico , tranquilo y lleno de robustez y vida ; de otra , veia que la existencia de las naciones no dependia solamente de las satisfacciones materiales , sino que era necesario tener en cuenta los instintos y las exigencias morales. El reino de Granada era ya una posicion que debia defenderse como última concentracion y trinchera de los árabes españoles ; y desde ella podia darse aliento á los que suspiraban por la reconstruccion de lo que ellos llamaban nacionalidades vencidas. Los moros de Murcia , los del Algarbe , y los de la embocadura de Guadalquivir estaban dispuestos á levantarse ; y los granadinos opinaban que era deber suyo proteger y dar ayuda á aquellos en su alzamiento. Aben Alamar juntó su consejo , y en él trató de conocer la opinion dominante. Por mas esfuerzos que hizo para infundir prudencia , pintando los grandes recursos de Alfons , sus vastos dominios , la organizacion de sus fuerzas militares , y las terribles acometidas de su pesada caballería , que era una masa de hierro casi irresistible : sus palabras fueron escuchadas en silencio , y el voto casi unánime de los que las oyeron fué que Granada se habia tomado ya el tiempo suficiente para salir de su infancia. Lo mas que pudo conseguir Aben

Alamar fué que le dejasen dirigir el rompimiento con el castellano, de manera que pareciese obra de este y no de los granadinos. Casi á un mismo tiempo los moros de Arcos, Jerez y Nebrija, y los de Lorca, Mula y Murcia, se alteraron, dieron el grito de guerra contra sus dominadores, pasaron á cuchillo los presidios de las fortalezas, y se prepararon para sostener una lucha encarnizada. Algunos castillos tuvieron que ser tomados por asalto, en su número el de Jerez, que fué defendido con una tenacidad heroica. No bien Alfuns tuvo noticia de estas novedades, envió aviso al rey de Granada para que fuese á cooperar con él á la reduccion de los rebeldes. Escusóse Aben Alamar, diciendo que no era lo mismo aliarse para hacer conquistas ó dar ayuda contra las rebeldías de los propios, y no creia haberse obligado á esto, ni le parecia posible en aquellos momentos dejar de manifestar simpatías en favor de los oprimidos, aunque deseaba de todas veras poder continuar siendo amigo de Alfuns y de los suyos. Ya con esto los castellanos trataron como á enemigos á los de Granada, y procuraron venir con ellos á las manos. Los árabes dicen que en Alcalá de Aben-Zayde, Aben Alamar tuvo la gloria de recoger buenos laureles lidiando con la hueste de Alfuns; y añaden que, nó una, sino distintas veces demostraron los granadinos, y principalmente los zenetes y zегries de las fronteras, que ya habian llegado á su mayor edad, y podian entrar en duelo. Los cristianos volvieron á conocer los tristes resultados de aquellas antiguas algaras que dejaban yermos sus campos, y llevaban la consternacion á sus poblaciones. Encendida de esta suerte la guerra, los primeros desengaños que sufrió Aben Alamar le vinieron de parte de sus mismos cabos. Los gobernadores moros no habian perdido la fatal

costumbre de volver sus armas contra los que los habian armado. No es extraño, pues, dice una leyenda árabe, que los wadies de Gomares, Guadix y Málaga, no solamente no quisiesen auxiliar á Aben Alamar, sino que escribiesen á Alfuns, rindiéndole vasallaje y ofreciéndosele para hacer la guerra al granadino. Y efectivamente, hicieron entrada en tierras de este, y prestaron á los cristianos un gran servicio, pues les fué posible poner cerco á la plaza de Jerez, y recobrarla, arrojando de ella á sus míseros moradores. Las de Arcos, Nebrija, Rota, Sanlucar y Sidonia sufrieron la misma suerte. Y parecia imposible lo que á sazón estaba pasando. El reino de Granada estaba amenazado por un contrario poderoso, y sin embargo los árabes fugitivos de aquellas poblaciones preferian trasladarse á aquellas tierras deliciosas antes que doblarse al yugo de los cristianos. En estas circunstancias Alamar fué digno de su fama. Envió socorros á los moros de Murcia, y al mismo tiempo contuvo á los castellanos y escarmentó á los gobernadores rebeldes, aunque no pudo sujetarlos. Los mismos infieles, añaden las leyendas árabes, se hacian lenguas en alabanza del granadino. La esposa de Alfuns escribió á Alamar pidiéndole que renovase su alianza con los cristianos y les facilitase medios para vencer á los murcianos, pues así ellos podrian ayudarle á reducir á los gobernadores rebeldes. Hizo Alamar lo que le pedian, y aun creyó que, cumpliendo con los deseos de la reina de Castilla, enemistaria profundamente al aragonés y al castellano, supuesto que los dos deseaban á un mismo tiempo la conquista de Murcia. En Alcalá de Aben-Zayde tuvieron unas vistas Alamar y Alfuns. El primero renunció á toda pretension al reino de Murcia, y el segundo prometió no auxiliar, antes hacer la guerra, á los gobernadores

rebeldes de Gomares , Guadix y Málaga , con tal que Alamar les diese un año de tregua. Este transcurso de tiempo es el que necesitaba Alfuns para que Alamar le ayudase á reducir á la obediencia á los murcianos. Aconsejados del granadino se sometieron estos con la condicion de que el rey de Castilla les diese un jefe moro que los gobernase segun sus leyes y costumbres. Tambien convinieron Alamar y Alfuns, en que los servicios que debia prestar aquel al castellano en tiempo de guerra los pudiese redimir con parias, y en que no tuviese obligación de acudir á otras córtes fuera de aquellas que tuviesen lugar dentro la zona de Sierra Morena para el Mediterráneo. Los cronólogos árabes datan esta entrevista del año 1264; y añaden que Alfuns, luego de conseguido su objeto respecto á los murcianos, se olvidó de sus promesas tocante á los gobernadores moros de las plazas ya nombradas , é intimó á Alamar que no les hiciese la guerra si no queria habérselas con el mismo rey de Leon y Castilla. Acostumbrado Alamar á la lealtad del difunto rey Ferdeland , no pudo disimular el encono que en él encendió la doblez de Alfuns. Escribió á este príncipe echándole en cara su perfidia , recibió en su reino á todos cuantos castellanos abandonaban las banderas de Alfuns , y sostuvo despues contra los de Gomares , Guadix y Málaga una guerra larga y sangrienta. Viendo que eran inútiles sus esfuerzos para recobrar aquellas plazas perdidas , hizo lo que un tiempo habia hecho un desgraciado rey de Sevilla : llamar en su auxilio á los africanos. Sucedió esto por los años de 1272 á tiempo que Abu-Juzef , jefe de los Beni-Merines , era el terror de la Mauritania. Alamar no tuvo la mala suerte de tener que deplorar como el sevillano las consecuencias de un impulso dado á la venganza: pues murió en 1273, á la edad

de setenta y ocho años. La inscripcion de su sepulcro decia que Alamar habia sido fuerte, humano, generoso y clemente. Solo faltaba expresar que habia sido el hombre mas político de su tiempo, y uno de los mas sabios fundadores de imperios. Sucedióle Muhamad su hijo, cuya primera hazaña consistió en ganar sobre los gobernadores rebeldes una batalla no lejos de Antequera, dejando el campo cubierto de cadáveres, y obligando á los fugitivos á encerrarse en las tres plazas de que se habian apoderado. Despues se trasladó á Sevilla en donde tuvo unas vistas con el rey Alfuns, y recabó de él que volviese á su gracia á sus hermanos y á los nobles que habian emigrado á Granada. Alfuns se la otorgó, y le armó caballero, pero al mismo tiempo, dicen los árabes, hizo de manera que la reina su esposa sorprendiese al granadino pidiéndole una gracia, y le hiciese prometer que daria un año de tregua á los gobernadores de Gomares, Guadix y Málaga.

Esta circunstancia hizo perder á Muhamad todo el fruto de las vistas y el de la victoria de Antequera. Despechado escribió á Abu-Juzef, jefe de los beni-merines, pintándole el triste estado de las cosas, la desventura fatal que hacia de cada gobernador un enemigo implacable de los musulimes, y la conveniencia de que le auxiliase haciendo entrada en España por los puertos de Alhadra y Tarifa, si estimaba en algo el acrecentamiento del islamismo. Contábale cómo habia procurado que los nobles castellanos partiesen de Granada para no tener extraños que le vigilasen en su mismo reino. Decíale que Enric, el príncipe de Castilla que habia emigrado á Tunez, se habia hecho célebre allí por la sangre fria con que sin demudarse pasó por entre dos leones recién sacados de la jaula; y añadía que otros príncipes no menos

esforzados que ese rodeaban ya al rey Alfuns y le instaban para que completase la destruccion de los musulimes en España. Los beni-merines no se hicieron de rogar, antes imitando en actividad á los almoravides y á los almohades, desde luego procuraron ocupar con dos cuerpos de poco menos de nueve mil hombres cada uno, las plazas de Algecira-Alhadra y Tarifa. Tras de estas dos vanguardias cruzó el Estrecho un ejército formidable. Muchos dias, dice un historiador árabe, tardó en pasar de una á otra orilla la hueste de Abu-Juzef; las aguas del Estrecho parecian negras, tantos eran los buques; y los campos de la Península quedaban agostados luego que por ellos se derramaban hombres y caballos. Los gobernadores de Gomares, Guadix y Málaga conocieron que, á vista de semejante pujanza, eran negocio muy diminuto sus diferencias con el granadino, y procuraron avenirse, seguros que de otra suerte serian las primeras víctimas de aquel poderoso aliado. Quiso atajar el paso á los beni-merines el rey Alfuns enviando contra ellos al noble don Nuño con ocho mil guerreros. Cerca de la ciudad de Écija acometió don Nuño á los africanos. Estos eran muy superiores en número, y triunfaron. Muy pocos soldados cristianos salieron con vida de esta sangrienta jornada; y el mismo don Nuño quedó tendido en el campo. Mientras Abu-Juzef daba de esta suerte principio á sus algaras, los granadinos talaban la vega de Jaen, y los gobernadores antes rebeldes, ya sometidos, assolaban la campiña de Córdoba. Abu-Juzef envió á Muhamad la cabeza de Nuño, como primer presente de la guerra: pero el granadino la hizo embalsamar y la mandó á los cristianos, metida en una caja de plata. En las riberas del Guadalquivir se juntaron los tres cuerpos de ejército de los moros, y en ellas ganaron

otra victoria señalada. Un príncipe de Castilla , llevado de un generoso ardimiento, quiso vengar la muerte de don Nuño , pero fué vencido y cayó prisionero. Los moros africanos y los peninsulares estuvieron á punto de venir á las manos por la posesion de tan noble presa : pero un caballero granadino dió en el pecho una lanzada al príncipe , y le dejó muerto en el acto , diciendo , « no se pierda por un infiel la buena suerte de los creyentes : » y los que se disputaban el prisionero , se contentaron luego con repartirse los miembros de un cadáver. Las fases que presentó muy luego esta lucha fueron extraordinarias , en sentir de los historiadores árabes. Abu-Juzef temió que las escuadras de los cristianos le impidiesen repasar el Estrecho , y se apresuró á firmar treguas por dos años con el rey Alfuns ; sabedores de ello los gobernadores de Málaga , Gomares y Guadix volvieron á prestar sumision y rendir vasallaje al castellano. Este concentró á poco todas sus fuerzas contra el granadino , é hizo que el valeroso príncipe don Sancho le acometiese con buena hueste. Muhamad se mostró entonces digno hijo de Alamar ; reunió un ejército de cincuenta mil hombres, del que parece entraron á formar parte algunas tropas africanas poco dispuestas á volver á la Mauritania , y venció distintas veces y mantuvo á raya á don Sancho y á su gente. Cumplido el plazo de los dos años, embistió Alfuns la ciudad de Algecira-Alhadra en la que mantenía guarnicion Abu-Juzef ; pero tuvo la desgracia de que los defensores opusiesen una tenaz resistencia ; y , convertido el sitio en bloqueo, la escuadra africana destruyó la del castellano , y el jefe de los beni-merines socorrió la plaza y ahuyentó de ella á los cristianos. Esta vez fué el rey Alfuns quien solicitó treguas del africano , y , obtenidas,

volvió su furia contra el granadino. De nuevo la lucha vuelve á complicarse. Don Sancho, hijo del rey Alfuns, se declara enemigo de su padre, firma alianza con Muhamad, se apodera de Córdoba, y desafía desde esta posicion el poder de su propio príncipe. Alfuns firma alianza con los beni-merines, y Abu-Juzef vuelve á España, no ya para favorecer al granadino, sino para hacerle la guerra. En menos de siete años pasaron estas notables mudanzas, desde el de 1275 al de 1282, dice un cronólogo árabe. Alfuns y Abu-Juzef, á la cabeza de unas huestes aguerridas, sitiaron á don Sancho en Córdoba; pero en vano hicieron uso de grandes ingenios, máquinas y truenos: el príncipe se defendió con denuedo y rechazó á su padre y al rey de la Mauritania. Volvióse este á Tánger, y aquel á Sevilla. Todavía probaron en una nueva campaña la suerte de las armas. Abu-Juzef volvió á cruzar el Estrecho seguido de un brillante ejército, y acompañado de Abu-Jacob su hijo. El rey Alfuns los recibió en Sevilla con una magnificencia superior á la de los pasados tiempos. No era un príncipe moro quien daba la bienvenida al príncipe de la Mauritania como en los brillantes dias de los almoravides y de los almohades; ni habia ya en Sevilla aquellas mezquitas en donde en otro tiempo los musulimes imploraban á Alá: un rey cristiano daba ahora la mano de amigo á los sarracenos en aquella tierra regada con tanta sangre de islamitas; y el nombre de Alá no se pronunciaba ya aquí mas que con injurias y desdenes. Y sin embargo Abu-Juzef y su hijo aceptaron la ovacion ofrecida por los cristianos, y fuéron con ellos á hacer la guerra á Muhamad, rey de Granada, y á otro príncipe cristiano con él unido. Es necesario reconocer que las creencias no entraban para nada en semejante lucha, sino

solamente la política. Y es tambien digno de referirse que las memorias de los árabes echan en cara á los soldados de Alfuns una crueldad de que dicen que los de Abu-Juzef estaban exentos. Y añaden que los de Alfuns querian que se hiciese una guerra de exterminio ; y que á ello se opusieron los beni-merines. Esta diversidad de miras sembró la desconfianza entre los aliados , de suerte que los cristianos se retiraron á Sevilla , y los africanos se volvieron por donde habian venido. Cuando Alfuns murió , añaden los árabes , estaba profundamente enemistado con Abu-Juzef ; y Muhamad habia tenido la gloria de rechazar á un mismo tiempo dos agresiones formidables. Tambien le cupo la satisfaccion de ver subir al trono á aquel príncipe don Sancho , á quien él habia favorecido , y de saber que á una embajada de Abu-Juzef , acerca de si debian estar de paz ó de guerra , habia contestado que tenia en una mano miel y en la otra acibar , y que podia elegir lo que quisiese. Abu-Juzef eligió el acibar ; y allegando gente de guerra se trasladó con ella á tierras de su arrogante enemigo , y taló los campos de Jerez , Alcalá y Medina-Sidonia , llevando la desolacion por todas partes. Su enemigo vino sobre él cuando estaba sitiando la plaza de Jerez ; y Juzef no se atrevió á esperarle , sino que se retiró á la ciudad de Algecira Alhadra. Aquí le dió un remordimiento por haber fomentado la desunion entre los creyentes ; dice un árabe , en vez de amortiguarla , y trató de ponerlos en paz antes de volverse al África. Otros presumen que pensó sacar partido de aquellas desavenencias , y que para ello quiso tener vistas con el granadino y con los gobernadores rebeldes de Málaga , Guadix y Gomares. Convinieron en tenerlas , y se avistaron en Algecira Alhadra con Juzef y con Abu-Jacob su hijo. Lo que allí hicieron se

redujo á no hacer nada. Los gobernadores no quisieron avenirse á reconocer por señor y dueño al granadino; y este no quiso en ninguna manera ceder sus derechos, ó lo que él tenia por tales. Poco despues Abu-Juzef compró al gobernador de Málaga, en cambio de otras ciudades y tierras en África, el señorío de aquella plaza y su territorio; de suerte que Muhamad no vió por el pronto otro remedio á su situacion fuera de la amistad con el rey de Leon y de Castilla. Abu-Juzef dió el último suspiro en Algeciras, á vista de aquella África en donde tenia su imperio, y puesto el pié en nuestra Península, por cuya posesion suspiraba como todos los mauritanos, y como los descendientes de las tribus árabes. Succedióle Abu-Jacob su hijo, que ya le habia acompañado en sus expediciones y algaras por las riberas del Guadalquivir. Muhamad fué á dar el parabien al nuevo monarca, en ocasion en que vino á España apenas coronado, y se hablaron al principio como buenos amigos. Por consideraciones á Abu-Jacob trató bien Muhamad á los gobernadores de Gómares y Guadix; y por miramientos á Muhamad, entró Abu-Jacob en relaciones pacíficas con el castellano, y se volvió á África. No bien estuvo distante, procuró el granadino ganar á toda costa al gobernador de Málaga, y consiguió que se le entregase por vasallo, recibiendo en premio la fortaleza de Salubenia. No bien lo supo Abu-Jacob, se encendió en ira, pasó con hueste á Algeciras, taló los campos, y puso sitio á la plaza de Bejar; pero viendo que esta se defendia obstinadamente, le levantó, y volvió á África en busca de nuevas tropas. Allí fueron en su busca los cristianos, aliados de Muhamad, é incendiaron todas cuantas naves tenia preparadas para volver á Algeciras. Parece que esta destruccion tuvo lugar en la bahía de Tánger

por los años de 1292 segun los cómputos árabes, reducidos á los nuestros. El castellano no se dió por contento con esta ventaja, dice una leyenda árabe, sino que á manos llenas arrojó acibar sobre su contrario. La plaza de Tarifa, arrebatada por Abu-Juzef al granadino, fué sitiada ahora por Sancho-ben-Alfuns, tomada á viva fuerza, y su guarnicion pasada á cuchillo. En ella dejó el rey en calidad de castellano á Guzman, uno de sus mejores caballeros. Nuestros lectores están ya acostumbrados á hallar en las memorias de los árabes un colorido muy diferente del de las nuestras, y una explicacion de ciertos hechos completamente distinta de la que les dan nuestras crónicas. Un hermano del rey don Sancho, dicen, llamado don Juan, tuvo tratos con los beni-merines, así como el rey, siendo infante, los habia tenido con los granadinos, pues era muy comun y frecuente entre árabes y cristianos que un hermano militase en opuesto bando que el de su hermano, y un hijo en contra de su padre. Dicho príncipe don Juan, añaden, tenia en su servicio á un hijo de aquel Guzman á quien el rey de Castilla habia encomendado la guarda y defensa de Tarifa. En sus tratos con los beni-merines, don Juan habia prometido hacerles recobrar la plaza de Tarifa si ponian á su disposicion algunas tropas. Los beni-merines le habian enviado para ello un cuerpo de milicias y cinco mil caballos. Don Juan hizo cuanto estuvo en su mano para apoderarse de Tarifa; y viendo que le era imposible vencer la tenacidad del alcaide de la plaza, hizo encadenar al hijo del mismo, aun mancebo, y le presentó ante el muro de Tarifa, diciendo á Guzman que entregase la plaza si no queria ver morir allí mismo á su hijo. Parecíale á don Juan que esta amenaza seria suficiente para abrirle las puertas de Tarifa. Pero á

semejante intimacion, añaden las historias de los árabes, el alcaide no respondió ni una palabra; y, fuese que no estimase en nada la vida de su hijo que servia en el opuesto bando y le creyese por ello digno de muerte, ó bien que quisiese dar á entender á sus enemigos que no hacian mella en él las acometidas, ni las crueldades, arrojó su espada al campo y se retiró del muro. Pusiéronse furiosos los benimerines, concluyen los árabes, viendo que no habia producido efecto su alarde, y al momento cortaron la cabeza al mancebo, y la arrojaron con máquina dentro de Tarifa. Así explican aquellas memorias este acontecimiento, tan famoso en las nuestras. Á su tiempo nos detendremos en pintar al héroe con el pincel de nuestras crónicas: y el lector, en vista de los dos traslados, podrá trazar la semblanza que le parezca mas ajustada. Hasta este tiempo Muhamad habia corrido en buena armonía con el rey de Castilla; pero ahora reclamó de él que le devolviese la plaza de Tarifa, que años antes Abu-Juzef le habia usurpado. El castellano respondió con indignacion que, á ser válidas semejantes pretensiones, desde luego reclamaba todo el reino de Granada. Los amigos se convirtieron con esto en implacables contrarios. Los granadinos renovaron sus algaras en tierras del castellano, y este tomó por fuerza de armas la plaza de Quesada y luego entró á sangre y fuego en la ciudad de Alcabdat, impetuoso en todas partes como un torrente, dicen las memorias de los árabes. Acababa de alcanzar estos triunfos cuando Alá, añaden, le arrebató de entre los vivos. Entónces Muhamad desplegó toda su pujanza. Veia á un niño sentado en el trono de Castilla, divididos los nobles, armados unos contra otros los cristianos, y le pareció que este era el momento mas oportuno para redondear sus estados. Obtuvo, por dinero,

del rey de Marruecos Abu-Jacob, que le devolviese la ciudad de Algeciras, redujo á la obediencia á los gobernadores de Guadix y Gomares, recobró por la fuerza las plazas de Quesada y Alcabdat, tres años antes perdidas, venció en campo llano, no muy lejos de Arjona, á aquel Guzman que tanto se habia ilustrado en la defensa de Tarifa, puso cerco á Jaen, á Brena, y á la misma Tarifa, y aunque los tres tuvo que abandonarlos, se arrojó luego contra la plaza de Balmar, y se apoderó de ella. Un escritor árabe dice que la historia de las naciones no es otra cosa que la narracion de un duelo incesante de pueblos á pueblos, y que por lo mismo la parte militar es la dominante. Muhamad habia ya desempeñado su parte en la de su tierra, cuando el cansancio de la muerte le sobrecogió en 1302, poco despues de conseguidas aquellas ventajas. Algunos dicen que la fortuna favoreció mucho á Muhamad; otros opinan que difícilmente aquella inconstante deidad podia mostrarse amiga de quien fuere mas digno de sus sonrisas. Admitia por principio de gobierno que la autoridad paternal del jefe del estado debia hacerse sentir en todo, aunque pareciese que intervenia en muy pocas cosas: á diferencia de lo que daban por sentado los jefes de la antigua raza latina, á saber, que esa intervencion debia ser omnimoda y absoluta hasta concentrar la dignidad humana en la personificacion de la especie, dejando sin un átomo de ella al individuo. Muhamad dejó tres hijos, Nazar ó Naser, Ferag, y Abu Abdala Muhamad. Este le sucedió en el trono.

§ II. ARAGON, VALENCIA Y CATALUÑA.

Dejamos en el anterior capítulo al rey don Jaime I ocupando el trono de Aragon, y llegado al apogeo de su poder

con sus conquistas en las márgenes del Júcar. Las crónicas nos dicen que en 1252 no corrió en buenas relaciones con su yerno el rey de Castilla don Alonso porque este manifestaba deseos de repudiar á doña Violante, aunque despues lo pensó mejor así que esta estuvo en cinta. El aragonés procuró concertarse con el nuevo rey de Navarra don Teobaldo II, prometiéndole ser amigo de sus amigos, y enemigo de sus enemigos; y el navarro y su madre se obligaron con el á valerle contra cualesquier príncipe del mundo, menos el emperador de Alemania y el rey de Francia. Esta alianza no tenia otra mira que la de resistir al rey de Castilla. Don Jaime estaba persuadido de que ese príncipe intentaba arrebatarle las tierras de Valencia, valiéndose de los mismos moros que en ellas habitaban, y cuyo descontento fomentaba. Cuando los conquistadores de este reino vivian descuidados en su posesion, teniendo mas confianza en el recuerdo de sus triunfos que en el poder presente, un moro, valenciano, Alazarch, intentó recobrar por medio de un levantamiento en masa lo que los suyos habian perdido quince años antes. En muchas poblaciones á un tiempo se dió el grito de «Alá y su profeta,» y los presidios de gran número de castillos fueron degollados, y en las plazas se hicieron fuertes los rebeldes. Esto fué poco antes de 1253. Obra de Dios parece esto, dijo don Jaime al tener noticia de semejante novedad, para que los infieles lo paguen caro y duramente. No los sacamos de sus albergues, añadió, ni les hacíamos daño, antes les permitíamos que pudiesen vivir con opulencia entre nosotros: mas ahora estamos libres de convenios. Al momento reunió el rey su consejo, estando en Valencia, y propuso la expulsion de los moros. Los prelados aprobaron su dictámen, considerándole bajo el punto

de vista religioso , á fin de que en una misma tierra no se diese culto á un tiempo á Cristo y á Mahoma ; los ciudadanos le apoyaron porque deseaban heredar á los moros en el ejercicio de las artes que estos practicaban; pero los nobles se opusieron abiertamente diciendo que por este camino iban á quedar arruinados todos cuantos hacian valer sus tierras merced á la industria de los vencidos y sojuzgados. El rey don Jaime fué el único que estuvo á la altura de la verdadera razon de estado que le impulsaba. Si en algun tiempo, dijo , llegasen á ponerse de acuerdo los moros de acá con los de allende el mar , y se nos fuesen levantando los pueblos y las villas , tantos castillos nos habian de quitar que admirados quedariais del daño recibido : caiga , pues , sobre otros el daño , ya que los tiempos cambian , y que es necesario atender á nuestra salud ante todo. La voluntad del rey se llevó á cabo con energía. No se oian en todas partes mas que clamores de los infelices que tenian que abandonar su patria. Los mas animosos se fueron con Alazarch , se apoderaron de varias fortalezas y sostuvieron por espacio de cuatro años una guerra funesta para los cristianos. Los mas pacíficos instaron , porfiaron , prometieron pagar tributos dobles , y viendo que eran inútiles sus clamores , tomaron el camino de Murcia y Granada los mas , de Castilla algunos. En Montesa se juntaron hasta sesenta mil hombres de armas , sin contar los niños y las mujeres. Don Fadrique , hermano del rey de Castilla , exigia un besante por cada moro , hombre ó mujer , que pasase por Villena , y contó hasta cien mil besantes. Los jefes de uno de esos ejércitos emigrantes , temerosos de ser robados por el camino , hicieron proponer al rey don Jaime que le darian la mitad de lo que llevaban si les daba escolta hasta salir

del reino. Ni yo he de recibir de ellos ni nadie les ha de quitar un besante, respondió don Jaime; harto dolor sentimos del mal que les causamos, haciéndoles perder sus viviendas, sus heredades y su patria. Los ancianos decían que en los campos de las Navas de Tolosa no se había visto reunida tanta muchedumbre como esa que iba saliendo de las tierras de Valencia. Alazarch, y su cabo Abenbazel muy superior á él en capacidad y brios, pusieron sitio al casti- llo de Peñacadiel. Don Jaime allegó gente, y quiso ir en persona contra el rebelde; pero los de su consejo se opu- sieron diciendo que esto sería dar demasiada importancia á aquellos enemigos; y la empresa se confió á algunos caba- lleros que la llevaron á cabo felizmente. Abenbazel, cabo de Alazarch, murió en esta jornada. El mismo Alazarch hu- biera sucumbido á poco á no haberle auxiliado casi abierta- mente el rey de Castilla. Cierta vez, por mediacion de este soberano, fué preciso concederle treguas. En otra ocasion se apoderó de ciento diez y siete caballeros que iban á guarnecer una fortaleza. El mismo rey don Jaime, que era muy pródigo de su persona, estuvo en peligro de caer en sus manos, pues le armó una gran celada, y le acometió á la vez con siete escuadrones; y fué maravilla, dice el mis- mo don Jaime, como en esta ocasion no nos mató ó acabó con nuestro poder. Y los cuatro años que duró esta guerra, no se pasó dia sin que mediasen sorpresas, encuentros, al- garas, sitios y combates sangrientos. Añádase á esto que el infante don Alonso continuaba desavenido con su padre, y muy relacionado con el castellano; por lo que el rey don Jaime para asegurárselo en su servicio y no complicar la situacion, ya de sí harto delicada, le concedió la procura- cion general de los reinos de Aragon y Valencia, segun

al parecer le correspondia por su primogenitura , y le hizo jurar que no se apartaria de su defensa y señorío aunque fuese necesario hacer la guerra al rey de Castilla. Á la sazón tenian treguas este y el aragonés , y cada uno de los dos procuraba tener metida alguna pértiga en las posesiones de su contrario. Alazarch , rebelde con don Jaime , era el amigo del rey de Castilla. Diego Lopez de Haro , señor de Vizcaya , enemistado con el rey de Castilla , se declaró vasallo , dicen unos , y aliado íntimo otros , del rey don Jaime. En el momento de ir á romper lanzas el aragonés y el castellano , interponian sus buenos oficios muchos prelados y personas doctas , y obtenian á lo menos otra tregua , cuando todas las probabilidades se inclinaban mas que á la concordia á la lucha. Á fines de 1254 tuvieron vistas los dos reyes entre Ágreda y Tarazona ; pero á principios del año siguiente , los dos hacian grandes preparativos de guerra. Á la sazón parece que ya don Jaime vivia en mucha intimidad con cierta dama principal llamada doña Teresa Gil de Vidaure , con quien se mostraba sobremanera condescendiente , al decir de algunos aragoneses. No por esta pasión abandonó á otras manos los negocios de estado. Dicen unos que doña Violante , su segunda esposa , habia muerto en Huesca á 12 de octubre de 1251. Á otros les parece dudosa esta fecha comparada con lo que dice don Jaime en su historia , á saber , que la reina le dió aviso de que Alazarch le habia quitado el castillo de Peñaguila ; y no saben cómo concordar con esta autoridad aquella fecha. No falta quien dice que la pérdida de Peñaguila debió de acaecer en 1251 , en cuyo caso la guerra sostenida por Alazarch duró cinco años , en vez de tres ó cuatro como comunmente se cree , pues los historiadores aragoneses solo

la dan por terminada en 1256. Parece que su término y remate no fué obra de la fuerza. Alazarch habia echado mano de todos los recursos que dan de sí la maña y la astucia, y con sus propias armas fué vencido y obligado á aceptar capitulaciones y abandonar el reino de Valencia. Comunmente tenia muy provistos de víveres sus castillos; pero el rey don Jaime, aprovechándose de una tregua concedida en virtud de los deseos del voluble rey de Castilla, hizo que por bajo cuerda, al tiempo de finir el plazo, fuesen comprados á buen precio todos los víveres del moro, mientras él le daba esperanza de que se renovaria la tregua: y al espirar esta le acometió, le halló desprevenido, le tomó todos los castillos, y le hizo prometer que saldria del reino. Esta campaña fué muy satisfactoria para el rey don Jaime; y envió á decir al rey de Castilla que ya habia recobrado al vuelo los castillos que Alazarch le habia cazado siguiendo los consejos de los castellanos. Á ese moro, á quien el rey don Jaime da el nombre de Alazarch, otras crónicas de aquel tiempo le llaman Alazdrach. Removida esta causa de disensiones, el aragonés y el castellano renovaron sus anteriores concordias por el mes de agosto de 1257, y se hicieron las enmiendas que eran de justicia para que fuesen duraderas. Poco despues fueron firmadas treguas entre los aragoneses y los navarros, que andaban en hostilidades por los lugares de las fronteras, á causa de que muchos de los últimos se negaban á obedecer á don Teobaldo II. Consta que don Jaime I estuvo en Barcelona á fines del año 1257, de donde salió para Valencia, y por el mes de abril del año 1258 estuvo en Tortosa, disponiendo hueste para romper nuevamente la guerra con Alazarch, si cumplido el plazo que le habia sido dado no se salia del reino con el resto

de su gente. Partió en seguida para Montpellier , desde donde concertó vistas con el rey de Francia , y las tuvo el día once del mes de mayo en la aldea de Carbulino. Desde los tiempos de Carlomagno venian diciendo los reyes de Francia que tenian feudo y señorío sobre los condados de Barcelona , Ampurias , Cerdaña , Gerona , Rosellon , Conflent , Urgel , Osona , y Besalú ; y aunque no les era fácil probarlo , renovaban sus pretensiones diciendo que debian constar en viejos pergaminos. Y avínole bien al rey don Jaime , que tambien tenia pretensiones , nó tan antiguas ni dudosas , pero no menos disputadas , sobre los condados , vizcondados , y pueblos de Carcasona , Rodés , Bezieres , Narbona , Foix , Nimes , y otros : y todos los cedió por otra cesion que el francés le hizo de los anteriores. Ya en el mes de marzo estaba don Jaime en Montpellier , segun se desprende de una carta que por este tiempo escribió á su hijo don Alonso rogándole , y mandándole en caso necesario , que no proveyese nada contra don Artal y don Jimenez de Luna , de quienes el príncipe estaba quejoso , hasta que se viesen. Ya dicho don Alonso había conseguido que el reino de Valencia fuese declarado unido con el de Aragon , pero no habia podido recabar que las islas Baleares y el principado de Cataluña siguiesen la misma suerte. Á la verdad don Jaime le mostraba mas bien alejamiento y desvío que cariño , y le parecia que favorecer á los hijos que tenia en doña Violante era obrar segun su corazon , y cercenar la parte del primogénito era manifestar lisa y llanamente el desamor que por este sentia. En el siguiente año de 1259 , don Álvaro de Cabrera , mozo inexperto , que acababa de suceder en el condado de Urgel á su padre don Pedro , se separó de la obediencia del rey don Jaime , y dió por pretexto que no

le permitia disparar con la máquina llamada Fonebol, ni usarla, ni salir por cierta puerta de uno de sus castillos, el de Montblanch á lo que parece. Pero la causa principal del armamento del conde y de sus parciales y valedores, fué porque don Jaime se habia apoderado de los castillos de Agramunt, Balaguer, Linerola y Oliana, temeroso de que la mocedad del conde no le llevase á cometer desafueros. Antes de pasar á castigarle se trasladó don Jaime á Aragon en los primeros meses del año 1260, é hizo un nuevo concierto con el rey de Castilla, permitiendo que los ricos-hombres de Aragon pudiesen ir á auxiliarle en la guerra que iba á sostener contra los moros, exceptuando al rey de Túnez y al miramamolín africano con quienes el aragonés conservaba buenas relaciones. Mas no por esto consintió que ninguno de sus barones y caballeros fuése á servir al infante de Castilla, don Enrique, que por este tiempo se hallaba en Túnez. Á la sazón murió casi olvidado, sin hijos, huérfano en alguna manera, aunque tenia padre, el príncipe heredero de la corona de Aragon, don Alonso. Había casado recientemente con una nieta de aquel Guillen de Moncada que murió en la conquista de Mallorca. Apenas habia probado las caricias de doña Leonor, su madre, que habia sepultado en un convento sus desengaños del mundo. Y su padre no tuvo para él ternuras sino severidades. De dónde nacia esta repugnancia se ignora. Si procedió de las insinuaciones de la segunda esposa, se ha de confesar que sobrevivió á esta. Otros opinan que fué naturaleza y no saña en don Jaime el mostrarse poco expansivo con sus hijos; y no pueden creer que tratase de repartir parte de sus dominios entre los hijos del segundo matrimonio únicamente para dañar al primogénito. Corrobóranlo diciendo que,

muerto don Alonso, persistió el rey en su tema de dar las Baleares y el reino de Valencia al infante don Jaime, quedando Aragon y Cataluña para el infante don Pedro. Los desabrimientos que antes habian estallado entre don Alonso y sus demás hermanos, ahora se manifestaron abiertamente entre aquellos dos infantes. El mayor de ellos, don Pedro, apelo á una astucia que ha sido diversamente juzgada; y fué que, sabiendo que su padre queria hacerle aprobar con juramento alguna disposicion ó donacion en favor del infante don Jaime, declaró delante de testigos, secretamente, y en escritura de quince de octubre de dicho año 1260, que todo cuanto en aquella forma otorgase y jurase públicamente, no valiese, como hecho por miedo que le inspiraba el rey su padre, nó por voluntad, ni por consentimiento, ni con ánimo de guardarlo ni cumplirlo. Á algunos cortesanos les pareció que este era un medio admirable para transformar en sombras y meras apariencias lo que el vulgo toma por las mas serias realidades de la vida. No fué fácil conseguir que no trascendiese alguna cosa de esos manejos, de suerte que los nobles andaban divididos entre los dos infantes, como si calculasen ya los beneficios que de la proteccion de cada uno de ellos pudiesen prometerse para mas adelante. Al mismo tiempo el conde de Urgel don Álvaro de Cabrera no daba vagar á los que poseian sus castillos, y talaba y devastaba las tierras contiguas hasta la merindad de Barbastro; y fué necesario allegar gente contra él, y volverle estrago por estrago. Estas alteraciones renovaron la perturbacion de los primeros años del reinado de don Jaime, é hicieron temer que sus fines fuesen iguales ó muy parecidos á su comienzo. Las villas y ciudades que eran muy comunmente víctimas de aquellos bandos y par-

cialidades formaron cierta union y hermandad para contener y castigar á los que habian convertido en ocupacion lucrativa lo que desde cierta distancia parecia oficio de guerra. Que esto se hizo con ciencia , consentimiento , y casi instigacion del rey , no puede dudarse. Y que semejante institucion minó profundamente el poder de los ricos-hombres , á muchos les parece incontestable. Los peones que andaban desbandados eran el terror de las poblaciones , y las ponian á contribucion cuando nó á saco : pero muchos no ignoraban la procedencia de tales gentes y la buscaban en los castillos de los potentados. Conmináronse castigos severos contra todos cuantos diesen albergue á tales hombres , y se fulminó pena de muerte contra los peones que fuesen presos oponiendo resistencia. El primer resultado de esta hermandad fué disolver las cuadrillas de salteadores ; y el segundo fué tener una respetable fuerza disponible á todas horas contra los barones ; y no falta quien opina que las dos cosas se obtuvieron dando ocupacion honrada en la hermandad á los que antes la tenian aventurada y poco leal sirviendo á los caballeros. En 1261 parece que se llevaron adelante las negociaciones para que el infante don Pedro tomase por esposa á doña Constanza , hija de Manfredo , rey de Sicilia ; y el año siguiente , doña Isabel , tambien infanta de Aragon , contrajo enlace con el hijo primogénito de Luís IX , rey de Francia. En los contratos matrimoniales fué dicho que las villas de Caldes y Llagostera , y los condados de Besalú , Prades , Cerdaña , Rosellon , Conflent y Vallespir respondian de la dote de dicha infanta ; y sin embargo , poco despues , por el mes de agosto del mismo año 1262 , el rey de Aragon hizo donacion de todos aquellos condados , lo mismo que del señorío de Montpellier y de las Baleares , á su hijo

don Jaime. Al hijo mayor , don Pedro , le dejaba el rey , en esta nueva reparticion de sus dominios , los reinos de Aragon y Valencia , y el principado de Cataluña : y uno á otro substituia á los dos hermanos en caso de fallecer sin hijos varones. Ya hemos manifestado que don Pedro tenia anticipada su protesta contra esta y cualesquier otra reparticion que no le conviniese ; por lo que dió por lo alto su asentimiento á todo ; y por lo bajo dijo constantemente que salia agraviado. Del año 1263 hay noticias de que el rey don Jaime estuvo en Lérida en donde presenció un desafío ó batalla juzgada entre don Bernardo de Mauleon y don Ponce de Peralta , caballeros principales ; y luego se trasladó al reino de Valencia. Á esta época se refieren las embajadas de que hablan algunos autores, diciendo unos que don Jaime la recibió del soldan de Babilonia , y del de Egipto Bibars I , y añadiendo otros que las envió asimismo aquel rey magníficas á dicho soldan de Babilonia que á la sazón se hallaba en Alejandría. Es mas natural la conjetura de los que creen que no hubo mas que una embajada, la del sultan de Egipto, ó Alejandría, á quien muchos llamaban tambien príncipe de Damasco. Y aunque hacia muchos siglos que Babilonia no era mas que ruínas, no es raro hallar entre los autores cristianos de la Edad Media quien la cite como ciudad é imperio existente. Que don Jaime dió por estos tiempos tales nombramientos de embajadores , ó acaso meramente de cónsules generales , para Alejandría y otras plazas comerciales , es cosa de que dan fé los archivos; que estas relaciones debian proceder del envío mutuo de misivas y visitas cortesanas, no es posible ponerlo en duda ; y que alguna de esas misivas existirá entre los olvidados pergaminos árabes de nuestros archivos , es cosa muy posible : pero hoy por hoy fal-

tan en esta parte pormenores. Sábese sí que á la sazón hizo don Jaime grandes aprestos marítimos, muy secundado por cierto Jahudano, su baile y tesorero general, hombre hábil y activo, de quien dicen las crónicas aragonesas que no tenía mas defecto que el ser de naturaleza y religion judío. Don Jaime acababa de recibir cartas muy tristes de su hija la reina de Castilla. Decíale esta que en menos de tres semanas los moros se habian alzado con trescientas villas ó castillos, que el granadino favorecia á los sublevados, y que si don Jaime no auxiliaba á su hija y yerno podian temer verse despojados de la mayor parte de sus dominios. Recibido este mensaje, reunió don Jaime su consejo, y desde luego manifestó su parecer de echar en olvido todas cuantas quejas pudiese tener del castellano, y acordarse únicamente de que aquella era cuestion que interesaba á los dos casi por un igual si no querian perder en un momento las reconquistas obtenidas. Uno de sus consejeros manifestó á don Jaime que no le parecia que semejante asunto pudiese resolverse en consejo privado, sino en córtés. El rey se avino á convocarlas, pero dijo que en ellas no pediria consejo sino auxilios, pues le constaba, dijo, que los pareceres eran siempre varios y encontrados en las córtés; y por otra parte pensar en que no habia de ayudar al castellano en aquel apuro era andar en imaginaciones, pues debia hacerlo por dos motivos poderosos: por no atraer sobre sí las iras de un contrario temible, dado que el castellano saliese con bien de aquel mal paso; y por no exponerse á perder sus propias tierras si su yerno era vencido. Respondió, pues, á la reina de Castilla, diciéndola que iba á celebrar córtés en Cataluña y Aragon para auxiliar á su esposo, aunque tenia que reclamar de él la plaza de Requena y otras que pertenecian á

los aragoneses. Las córtes de Cataluña se celebraron en Barcelona, en 1264. Son curiosos los pormenores que de ellas da el rey don Jaime en su Historia. Era costumbre y práctica que el rey presentase en ellas su proposicion ó demanda de auxilios. Á ella respondian los brazos pidiendo tiempo para deliberar y dar respuesta. Y si habia quejas contra la corona por tuertos , agravios , ó desafueros , antes de la deliberacion se solicitaba la correspondiente enmienda , obtenida la cual ordinariamente eran atendidos los deseos del monarca , y muy pocas veces se le dejaba desairado. Precedia á todo la convocacion de los condes feudatarios , seguia la de los obispos , capítulos , abades , barones , nobles , caballeros y ciudadanos , y por fin la de los AMADOS FIELES de varias ciudades y la de los JURADOS de las mismas. Seguian las comparencias personales ó por procura , y las excusas de los que por enfermedad ú otra causa justa no comparecian. La convocacion era tan general que , segun ella , podia tratarse en las córtes de todo cuanto concerniese al bien del estado y á la reformation del mismo , segun uso y costumbre , aunque por casualidad se tratase de pocas materias. Las solicitudes de enmiendas eran á veces largas y muy controvertidas. El rey se tomaba tiempo para deliberar en su consejo las respuestas ; y los brazos á su vez otorgaban lo que se les pedia , ó bien decian que con la debida reverencia no podian menos de denegarse á una cosa que les parecia dañosa. Esta vez don Jaime llevaba mucha prisa , y los brazos no querian prescindir de las formas , que el rey deseaba abreviar en lo posible. Algunos nobles de la casa de Cardona alegaron de agravios , diciendo que , emendados estos , discutirian la proposicion del rey y le darian respuesta satisfactoria. El rey se dió por ofendido,

diciendo que , en aquel trance , suscitarle estorbos y dilaciones era denegarle el servicio , y les pidió que lo pensasen mejor. Á una nueva deliberacion, siguió otra respuesta idéntica á la pasada. Malamente me servís , dijo irritado don Jaime , pues si el rey de Castilla pierde lo suyo , tampoco podremos conservar lo nuestro ; y en donde hoy se adora á Dios y á su Madre , mañana podreis ver adorarse á Mahoma: nunca creí que en córtes de catalanes se me negase lo que puesto en razon pedia. Dicho esto se levantó , y se fué sin que bastasen á detenerle ruegos ni porfías. Pero poco despues , á instancia de muchos ciudadanos y barones , y asegurado de que le concederian nuevamente el tributo del bovaje si se mostraba condescendiente , se avino á practicar lo que era de costumbre. Trasladóse en seguida á Aragón , y celebró córtes en la iglesia de Predicadores de Zaragoza , dando comienzo á ellas por una proposicion análoga á la que habia hecho en Barcelona. Serán insignificantes , dijo , los subsidios que nos suministreis , en comparacion de las recompensas con que os premiaremos , devolviendo diez maravedises por cada uno que nos deis ahora. Pronunció su discurso en el mismo templo ; y luego un religioso tomó la palabra , y trató de explicar una vision de la que dedujo que el rey don Jaime estaba destinado por la Providencia á salvar la España. No produjo este recurso el efecto deseado. Buenas son las visiones , dijo uno de los caballeros presentes , pero deliberemos primero. El resultado de la deliberacion no fué agradable á don Jaime. Pegad fuego á nuestras haciendas , decian unos nobles , pero no nos pidais nuevos subsidios. Tomad de nuestros bienes lo que os plazca , decian otros , pero aquí no se da bovaje , ni cosa que se parezca. Pensadlo mejor , les dijo el rey , para vuestro bien y

el mio. Tenida nueva deliberacion respondieron los nobles que ni sabian siquiera lo que significaba la palabra bovaje , ni deseaban inquirirlo. «Mala gente sois , repuso el rey ; ni podia esperar que los que por mí teneis feudos tan crecidos rehusaseis cumplir con el deber de ayudarme, cuando habeis visto que con ella cumplen tan bien los de Cataluña, que es la mas honrada tierra de España.» No podemos acceder , dijeron los nobles. Haced como que accedeis, aunque luego no deis nada , dijo don Jaime ; así al menos los demás brazos nos auxiliarán en algo. Á esto respondieron que ningun rey les habia hecho tal demanda, y que preferirian perderlo todo antes que acceder á ella. Al principio don Jaime no pudo menos de echarse á reir en vista de semejante inflexibilidad ; pero luego conoció que de aquella disidencia iba á originarse un grave conflicto, pues no siempre obedecen los hombres á la razon , y sí muy frecuentemente á las pasiones. La mayor parte de los nobles se trasladaron á Alagon , prorrumpiendo en quejas , y moviendo graves turbaciones. Confúndalos Dios , dijo don Jaime ; mañana se excederán mas que hoy , y quince dias despues mas que mañana , y al cabo de un año se arrepentirán de todo. Extendieron un memorial de agravios , se quejaron de quebrantamiento de fuero , y dijeron que el rey ya no juzgaba segun ley sino segun las interpretaciones que daban al derecho los sabios que le rodeaban. Don Jaime reputaba infundados todos estos agravios ; decia que componiéndose sus dominios de distintos reinos , que se regian por diferentes fueros y costumbres , era una necesidad rodearse de hombres doctos para poder dar sentencia en todos cuantos casos se ofreciesen ; negaba que los supuestos quebrantamientos y malas interpretaciones fuesen otra cosa que pretextos para dar un colorido

do de justicia al yerro en que habian caido ; y manifestó por último que solo la necesidad de acudir al socorro del castellano , y la prudencia que le contenia , le movieron á no marchar contra ellos al momento , cuando por cada uno de sus caballeros , él contaba tres , y además tenia en favor suyo las ciudades de Aragon y Cataluña , muy prácticas en hacer la guerra. La disidencia llegó á vias de rompimiento ; y conociendo los nobles , en número de ciento cincuenta , que no llevaban buen camino , pidieron salvoconducto , se avistaron con el rey en Monzon , encomendaron la decision de aquel arduo negocio á los obispos de Zaragoza y Huesca , y firmaron con su propio monarca una tregua que debia durar hasta que el rey volviese de su campaña en favor de los castellanos , y aun quince dias despues , sin empero servirle en esta guerra. El obispo de Huesca cayó enfermo y no pudo tomar parte en el arbitramento. El obispo de Zaragoza habló al rey de manera que mas parecia intercesor que árbitro. Obispo , le dijo don Jaime , vos no debeis mostrar á una de las partes lo que interese á la otra. Y como el obispo no quiso intervenir mas en el asunto , el rey se aprovechó de la tregua como deseaba , y allegada en Zaragoza cuanta gente pudo , y tomados á sueldo , dice el mismo rey don Jaime , hasta mil y cien caballeros de los nó disidentes , se fué á Teruel en donde pidió encarecidamente que le ayudasen con pan y ganado para abastecer la hueste. La ciudad le prestó veinte mil carneros , dos mil vacas , tres mil cargas de pan , mil de trigo y dos mil de cebada , y le dijo que si queria mas , tomase á su gusto. Os lo agradecemos infinito , respondió don Jaime , por la confianza que en nos teneis. En Valencia pidió prestado cuanto trigo supo que existia en los depósitos de los mercaderes , y el de

los particulares que excediese de lo que necesitasen durante el año. No será inútil ir anotando algunos rasgos del carácter de don Jaime durante esta expedición al reino de Murcia. En las cercanías de Villena dió cien besantes á un moro para obtener por tratos la rendición de aquella plaza. En Alicante dió instrucciones á su hueste, y mandó que nadie hiciese armas sin mandato suyo, que en caso de alarma acudiesen todos armados alrededor de la tienda real, que evitasen todo género de peticiones y disputas si no querían perderse todos, que sus órdenes fuesen estrictamente cumplidas, y que nadie se mostrase impaciente por pelear, pues á todos les daría satisfacción cumplida. Entró por tratos en Elche como en Villena, habiendo entregado trescientos besantes á un moro influyente, á quien se los metió, dice el mismo rey, por la manga de la almeja. En cierta ocasión, estando para acometer á un convoy enemigo que iba escoltado por ochocientos ginetes y dos mil infantes, quiso antes confesarse con el religioso Bernardo de Segarra, y le manifestó que no tenía sobre su conciencia otra culpa que sus relaciones con doña Berenguela, hija del infante don Alonso, tío del rey de Castilla. Lo que da á entender que ya por este tiempo había perdido su influencia doña Teresa Gil de Vidaure. Inculcó á sus hijos, que le acompañaron en aquella empresa, la necesidad de portarse como buenos infantes de Aragón, y les dijo que juraba desheredarlos si así no lo hacían; á lo que respondieron que bien sabían de qué padre habían nacido y que no llegaría el caso de tener que desheredarlos. Á los catalanes les dirigió solamente estas palabras: «Por la fé que á Dios debeis portaos de manera que todo el mundo hable de nosotros y del bien que haremos.» En Alcoraz tuvo vistas con el rey de Castilla, con

la reina, y con aquella doña Berenguela, en cuya compañía, dice el mismo rey don Jaime, pasamos ocho dias con grande alegría y beneplácito de todos. Segun la Historia del rey don Jaime esto fué á fines del año 1265. Su relacion no está conforme con las de los árabes respecto á la parte que cupo al rey de Granada en la terminacion de esta empresa. Ni los castellanos tomaron parte en ella, ni el granadino interpuso su influencia. Los aragoneses, obrando en calidad de aliados del rey de Castilla, emprendieron la conquista del reino de Murcia. El rey don Jaime puso su tienda á tiro de ballesta de la capital en los primeros dias del año 1266. Los murcianos cargaron sobre él y su hueste con gran furia de piedras y saetas, hicieron salidas y las repitieron muy frecuentes al principio, pero escarmentados luego, no abandonaron ya el recinto de las murallas. Estas eran fuertes, sus torres muchas y bien guarnecidas, y sus defensores dispuestos á sostenerse á todo trance. Don Jaime pensó que era mejor, y sobre todo mas breve, entrar en Murcia por capitulacion que nó por asalto.

Hizo proponer á los sitiados que si se rendian pronto les alcanzaria del rey de Castilla tres cosas, que les guardase y cumpliese las antiguas promesas, tales como la de la conservacion de sus mezquitas y culto, que les ratificase todo cuanto ahora estipulasen, y que olvidase todos cuantos agravios hubiese recibido. Respondieron que necesitaban tambien poder vivir segun su ley, llamar á la oracion pública y solemnemente, y que el rey de Castilla manifestase por carta que accedia á todo cuanto otorgase don Jaime. Antes entregadme el alcazar y la mitad de la villa, dijo don Jaime. Convinieron en ello, pero en el momento de hacer la reparticion los murcianos no querian desprenderse de una mezquita

que entraba en su parte. Diez os quedan para invocar á vuestro Alá , les dijo don Jaime ; la otra la necesitamos para nuestras preces. Y viendo que se mostraban tercios , dió orden de entrar á saco en la ciudad , á tiempo que ya le habian dado posesion del alcazar : por lo que se vieron obligados á cederle la mezquita. Los hijos de don Jaime y sus ricos-hombres no aprobaron esta capitulacion de Murcia. Dejádme tomar una braza de tierra en país enemigo , les dijo don Jaime , y vereis cómo luego me tomo ciento. Pero les dejais asiento en Murcia , dijeron los infantes. Por interpretacion podré luego echarlos de la ciudad y establecerlos en el arrabal. De lo que se desprende que habian cambiado algun tanto con la edad los sentimientos del monarca. Tomó posesion de la mezquita con grande aparato , y la dedicó á la Virgen , y cuando vió levantado el altar , estuvo un cuarto de hora abrazado á él sin ser dueño de contener el llanto. Se duda si ese llanto era de gozo por haber entregado al culto un templo magnífico , ó de dolor , pesaroso de haber hecho tan bella conquista por cuenta agena. Veinte y ocho fortalezas y plazas , ademas de las ciudades de Murcia y Lorca , entregó á los castellanos ; y dejó establecidos en Murcia y en sus contornos hasta diez mil hombres de armas , dispuestos á defender lo ganado. Dejando abastecido para cinco meses el presidio de Murcia , volvióse por Orihuela y Alicante , y estando en esta ciudad propuso hacer una cabalgada por tierras de Almería , llevando provisiones para diez dias. Los nobles le respondieron que no era posible ir con tantas vituallas. Pocas conquistas hareis , les dijo el rey , si tales obstáculos os detienen. Mas no le fué posible vencer aquella repugnancia ; y por Valencia se trasladó á Cataluña , estuvo unos dias en Gerona para oír la demanda y contes-

facion de un pleito seguido por el conde de Ampurias contra Guillermo de Torrella, pasó á Montpellier, y á la vuelta, hallándose en Perpiñan, recibió á un mismo tiempo dos cartas de índole muy diferente. Una de ellas era de un rey tártaro, cuyo nombre y patria se ignora, que se le ofrecia en amistad, y dicen algunos que le brindaba con su alianza si queria tomar sobre sí la conquista de la Palestina; y la otra la escribia uno de los ricos-hombres sublevados en las córtes de Aragon de 1264, dando por terminada la tregua entónces asentada y avisando para el rompimiento de las hostilidades. Y esta circunstancia hizo decir al rey que cuando le honraban los de fuera, poca mella debian hacerle los agravios de los de dentro. No perdió el tiempo, antes se encaminó á Lérida, y desde luego habló á los prohombres de la ciudad y á los paheres pidiéndoles gente para marchar contra los rebeldes. Poco os han de servir nuestros hombres, le dijeron, si al cabo perdonais á los barones y cobran con la impunidad nuevos brios. No será así esta vez, les dijo don Jaime. Y en efecto puso cerco al castillo de Lizana, cuyo señor le habia mandado el cartel de desafío y aviso de cesacion de tregua, dió recias acometidas, obligó á los sitiados á rendírsele á discrecion, y mandó ahorcar á algunos de ellos en las murallas de Lizana. Dice su Historia que persiguió despues á algunos monederos falsos que en cuatro ó cinco lugares de las cercanías de Tarazona se dedicaban á acuñar, con marcas de Aragon unas veces, y de Castilla otras, unos maravedises de cobre que cubrian luego con hojuelas de oro. Don Pedro Ramirez, un hijo suyo, y doña Elfa de Torrella, fueron condenados á muerte. Un clérigo, complicado en el asunto, fué entregado al obispo de Tarazona; quien le condenó á reclusion perpetua. En

el año 1267 supo don Jaime que habia muerto en Zaragoza su hija la infanta doña María; y eran tan escasos los recursos del monarca que se vió obligado á designar las rentas de los lugares de Daroca, Barbastro y Roda para amortizar con ellas una deuda de mil marcos que dejó la difunta. Al año siguiente se refiere otro levantamiento de algunos nobles acaudillados por el vizconde de Cardona don Ramon Folch, con motivo de la muerte de don Álvaro, conde de Urgel, de cuya herencia querian apoderarse por la fuerza. Era la enfermedad de siempre, unas veces amortiguada, otras mas activa. Por el mes de diciembre de 1268 se dirigió don Jaime á Toledo en donde le esperaba el rey de Castilla. Parece que estando en dicha ciudad tuvo noticias de la vuelta de una embajada que habia enviado al consabido rey tártaro, y supo que volvian con ella dos tártaros principales. Entrado ya en dias el aragonés se sintió dominado de la fiebre de las cruzadas que hacia poco menos de dos siglos se iba apoderando de los monarcas europeos. Consultando su afan con el rey de Castilla, aunque las crónicas aragonesas pintan á este príncipe mas dado á observar los astros que á regir con madurez sus estados, con todo confiesan que por esta vez dió á su suegro don Jaime un buen consejo diciéndole que desconfiase de las promesas de las naciones lejanas. Y como insistiese en su propósito don Jaime, diciendo que le parecia ser la voluntad del cielo que intentase una expedicion á la Palestina, «quiera Dios que os vaya bien» le dijo el castellano. Sin embargo, los caballeros de Uclés y los del Hospital, previo el consentimiento de don Alonso, ofrecieron al rey de Aragon sus servicios para aquella empresa; y el mismo don Alonso prometió ayudarle en ella con cien caballos y cien mil mora-

batines de oro , de los cuales le dió al contado sesenta mil besantes que acababa de recibir del rey de Granada , y el resto satisfizo mas adelante. Trasladóse don Jaime á Valencia , y allí supo que uno de los dos tártaros se titulaba enviado del gran kan de Tartaria , y que el otro era un mensajero de Paleólogo , emperador de los griegos. Este le ofrecia socorros por mar , y el otro por tierra. Don Jaime pasó en una galera á Mallorca , y obtuvo para aquel objeto un donativo de cincuenta mil sueldos. De los menorquines obtuvo mil cabezas de ganado. Por el mes de setiembre se embarcó el rey de Aragon , para la Palestina , seguido de todos cuantos habian querido secundar sus esfuerzos , los cuales iban en diez y siete velas. La expedicion no podia ser mas aventurada. Por fortuna el mareo , y unos malos temporales constantes , enfriaron el entusiasmo de los principales cruzados y les dieron á conocer que era preferible derramar la sangre en defensa de su tierra , que no exponer la vida por vanas imaginaciones. Los mas allegados al rey fueron los primeros en aconsejarle que tomase de nuevo el rumbo de tierra : y lo hizo así , diciendo que sin duda era la voluntad de Dios el que no continuase su viaje , toda vez que ya en otra coyuntura le habia sido contrario el viento , y que en la presente ocasion le habia sucedido constantemente lo mismo. Sin embargo , la mayor parte de sus naves llegaron á la antigua Tolemada en donde avivaron el esfuerzo de los que defendian aquella plaza. Nacieron de ahí murmuraciones , y llegó á decirse que el jefe era el único que habia faltado , y que esto lo hizo por seguir á una novilla , es decir á una mujer de quien se aconsejó indiscretamente. Son las palabras del escritor Bernardo Guido. El rey tomó tierra junto á Agde , y dirigiéndose á Montpellier

pidió que se le diesen ciertos auxilios que la ciudad le tenía ofrecidos. Le respondieron que cumplirían con ello siempre que determinase pasar á la Palestina. Mucho me maravilla, respondió don Jaime, que para pasar á ultramar con peligro de mi vida me deis lo que me negaríais permaneciendo tranquilo entre vosotros: sabed que en Aragón y Cataluña me dieran un millon con tal de que me quedase. Despues pasó el rey á Zaragoza, y de allí á Burgos en donde le esperaba toda la corte del rey de Castilla, con motivo del casamiento del príncipe don Fernando con una hija del rey de Francia. En esta ocasion, como el príncipe don Fernando quisiese armar caballeros á todos sus hermanos, dijo don Jaime á uno de estos, don Sancho, «no recibais caballería de ningun hombre fuera de vuestro padre.» Á algunos ricos-hombres castellanos les manifestó que bien sabia que estaban quejosos de su rey, y les inculcó la necesidad de dirimir sus diferencias; mas no pudo conseguirlo. El rey de Castilla acompañó á don Jaime hasta Tarazona, y se despidió de él á fines del año 1269 segun unos, y á principios de 1270 segun otros. Antes le dió don Jaime algunos consejos, á saber: que no prometiese cosa que no cumpliese; que antes de firmar alguna cosa la meditase; que trabajase en captarse el amor de sus súbditos; que á lo menos corriese siempre en muy buena armonía con el clero y las poblaciones; pues ya que los caballeros eran propensos á alterarse, bastaban aquellas dos clases para destruirlos; que guardase los convenios hechos con los moros de Murcia, y así no fomentaria descontentos; que procurase tener siempre en la ciudad cien familias de arraigo con suficiente patrimonio para que le recibiesen bien en caso conveniente; que lo demás lo poblase de menestrales y ar-

tesanos ; y por último que en ningún tiempo administrase justicia á escondidas. Don Jaime dice en su Historia haber ejercido la hospitalidad con los castellanos de manera que cada rico-hombre encontrase en su tienda todo lo necesario , y en abundancia pan , vino , salsa , fruta , y cera. Jamás habían corrido en tan buena armonía Aragon y Castilla. No habían pasado muchos meses de estas vistas reales cuando el rey y la reina de Castilla visitaron al de Aragon en la ciudad de Valencia , y fueron recibidos en ella con la mayor magnificencia , entre enramadas y preciosas colgaduras. Obsequióseles con juegos maravillosos , y con placeres diariamente nuevos. Á su vez el aragonés acompañó al castellano hasta la frontera de Murcia ; y á la vuelta , estando en Onteniente , tuvo noticia de algunas alteraciones promovidas por don Artal de Luna , y trató de castigarlas. No era muy fácil tratándose de reprimir las violencias de un rico-hombre : y sin embargo se mostró enérgico é hizo enmendar cuantos daños habían llegado á su noticia. Las memorias de aquellos tiempos mencionan otras vistas que el aragonés y el castellano tuvieron en Alicante , y dicen que fueron á instancias de don Alonso que quiso poner en guardia á su suegro contra los planes en que andaban unidos los nobles aragoneses y castellanos , en union con los moros , contra sus príncipes : y muy luego se vió que estos avisos no eran meras fantasías. Por el pronto don Jaime , en el año 1271 , tuvo que poner remedio á varias turbaciones promovidas entre su hijo legítimo el príncipe don Pedro , y su hijo natural Ferran Sanchez , habido en la dueña Antíllon. Aquel perseguía de muerte al segundo , y le acusaba públicamente de enemigo de su propio padre , y de haber intentado envenenar á sus hermanos naturales. Largas y

sangrientas fueron estas contiendas , y no bastó á poner término á ellas la autoridad paterna. Don Jaime cita en su Historia unas córtés reunidas en Alcira al parecer en 1272 para remediar tales desmanes ; mas no lo consiguieron ; y el monarca , dice el mismo , tuvo que despedirlas en mal hora diciendo que ya sabia alcanzar por sí lo que necesitaba. Alguno cree que ya eran muchos los que veian en don Jaime un anciano , y en el príncipe don Pedro un sol naciente. Pero este se mostró superior á los cortesanos ; y para borrar la indignacion ó por mejor decir la tristeza de su padre fué á verle , se arrojó á sus piés y le dijo que hiciese de él lo que quisiese con tal que le perdonase. El rey le abrió los brazos , llenos de agua los ojos. En 1273 hizo don Jaime un viaje á Montpellier , aunque no haga mencion de él en su historia. En 1274 hizo otro á Murcia , en donde fué recibido con el mayor entusiasmo , y dice el mismo que aunque no habia ido allá mas que para ver cómo se poblaba aquella tierra , sintió tanta alegría de la prosperidad de sus habitantes como si fuesen súbditos suyos. De vuelta de este viaje , estando en Tarragona , quiso castigar al vizconde de Cardona y á otros nobles catalanes que se habian negado á seguirle años antes contra los moros de Granada , y mandó embargar sus feudos y honores y quitarles los castillos que por él tenian. Defendíanse los barones diciendo que no estaban obligados á servir al rey de Castilla , sino al conde de Barcelona , y añadian que se hallaban dispuestos á estar á derecho , siempre que de ello conociese el tribunal ó corte : pero don Jaime insistió en su demanda diciendo que era conforme á usaje : y de ahí se originaron serias perturbaciones en las que tomó parte contra el rey su hijo natural Ferran Sanchez ya nombrado.

Á la sazón el papa Gregorio X había invitado al rey don Jaime á que pasase á Lion en donde iba á celebrarse concilio general de la Iglesia. No se hizo de rogar el aragonés, y fué el unico monarca que asistió á aquel concilio. Antes tuvo varias conferencias con el pontífice. En la primera, dice el mismo rey, el papa revestido salió de su cámara á recibirle, el rey le hizo la reverencia acostumbrada, el papa se sentó, y el rey hizo lo mismo en otra silla puesta á mano derecha de la del pontífice: y la conversacion fué de mera urbanidad y cortesía. Á la segunda conferencia asistieron los cardenales y en ella expresó el papa su deseo de llevar la guerra á la Palestina. Levantóse don Jaime para hablar, é iba á descubrirse, pero á una voz el papa y los cardenales le pidieron que permaneciese sentado y cubierto; y así lo hizo manifestando que en cuanto de él dependiese estaba dispuesto á dar consejo y ayuda. Otro dia al rayar el alba, estaba ya reunido el concilio, mas no se abrió su sesion hasta que á la salida del sol entró en la iglesia el rey don Jaime. Aquel espectáculo le pareció maravilloso. Era en 7 de mayo. Se hallaban allí reunidos quinientos obispos, setenta abades, y otros mil prelados inferiores. Los cardenales, patriarcas y metropolitanos ocupaban puestos preferentes. En la parte mas visible habia dos sillas, una de ellas un palmo mas alta que la otra. En la mas alta se sentó Gregorio X, y á su lado el rey don Jaime. Entre los teólogos una silla estaba desocupada, y era la de Tomás de Aquino que acababa de morir dos meses antes al ir á trasladarse á este concilio, cuando apenas contaba cuarenta y nueve años. El famoso Buenaventura, ya cardenal y obispo de Albania, estaba ahí, pero pálido, agotadas sus fuerzas por el fervor religioso y el estudio, y próximo ya

á exhalar el último suspiro. En puestos preferentes veíanse varios embajadores de reyes y algunos mensajeros de príncipes de Ultramar. Lo que en este concilio se trató está bien consignado en las historias. Paleólogo, emperador de los griegos, dió esperanzas de que abrazaría la fé romana, y abjuraría los errores de la iglesia griega. Obedecía en esto, nó á la conviccion, sino al interés que le movia á buscar contra sus enemigos el apoyo armado del occidente: y mientras tuvo vislumbres de poder alcanzar lo que deseaba, facilitó todos cuantos medios conducian á la reconciliacion religiosa; pero volvió á cerrarlos en cuanto los perdió de vista. Los partidarios de las regalías han buscado en las decisiones de este concilio la primera autorizacion que mas ó menos directamente les favorece. Los amigos de la reforma de costumbres del alto clero citan las palabras que profirió Gregorio X, diciendo que los malos prelados serian la causa de la ruína del mundo. Se trató de poner coto á la multiplicacion de las órdenes religiosas, y sin embargo la corriente era tan fuerte hácia este lado que fué necesario confirmar la nueva orden de los servitas. El rey don Jaime en su Historia menciona solamente la discusion relativa á una nueva cruzada. Dice que prometió al papa concederle el diezmo de sus dominios para aquella empresa; y añadió que iria allá en persona con mil caballeros, si el papa se determinaba á partir para la Palestina, pero que en este caso se reservaria aquel diezmo para los gastos. Los templarios y los demas caballeros no se mostraron animados de los mismos sentimientos. «No hagamos como el gozquecillo que ladra al mastin, dijo un caballero, pues no será tan fácil como algunos suponen el ganar la Palestina.» «Barones, dijo el rey don Jaime volviéndose á sus ricos-hombres,

ya podemos marcharnos, pues hemos dejado bien puesto el honor de España.» El rey habia dado satisfacion al papa, y deseaba que este se lo retribuiese coronándole solemnemente, á cuyo efecto llevaba prevenida una rica corona de oro y piedras preciosas. Dijo el pontífice que le coronaria con gusto siempre que le fuese ratificado el tributo que el anterior monarca de Aragon habia prometido, y se le satisficiesen las anualidades vencidas. Respondió don Jaime que no le parecia oportuna semejante demanda, ni justo que se quisiese hacer tributario de Roma á quien tantos servicios tenia prestados á la cristiandad. Manifestó Gregorio X que no podia renunciar á aquella pretension sin mediar antes muchas formalidades y consultas; y don Jaime dijo que se volveria sin corona, toda vez que no estaba en ánimo de declararse tributario. Otra gracia solicitó don Jaime, y fué que el pontífice mandase poner en libertad al infante don Enrique de Castilla á quien tenia preso Carlos, rey de Nápoles; mas el papa respondió que no era cosa que estoviese en su mano. Á lo menos, dijo el rey, desearia que nos confesaseis y absolviaseis. Eso muy de buena gana, contestó el pontífice. Con esto el rey se volvió á Cataluña, mas satisfecho de sí mismo que del papa. Allí volvió á ocuparse de la cuestion de los barones. Decian estos que era injusto haberles despojado de sus feudos y honores sin que mediase previo juicio, á tenor de los usajes. Pero el rey insistia en su propósito diciendo que él en todo caso debia ser su juez, y los tenia ya juzgados por no haberle prestado los servicios que le debian. Visto lo cual los mas de aquellos nobles se desnaturalizaron, y antes entregaron á las llamas y destruyeron la villa de Figueras. En tal estado las cosas, interpusieron su mediacion el maestro de Uclés, el obispo de

Barcelona y uno de los ricos-hombres que se habian mantenido fieles ; y se convino en nombrar jueces de aquella diferencia al metropolitano de Tarragona , al obispo de Gerona , á un abad y á cuatro caballeros. Por este tiempo el rey de Castilla con toda su familia , menos los príncipes don Fernando y don Sancho , se dirigió por Cataluña á Francia en busca del papa , de quien don Alonso reclamaba la investidura del imperio. La mayor parte de este viaje , que fué infructuoso , se hizo en 1275 , año fecundo en alteraciones en los dominios del rey don Jaime. Las de Cataluña no se habian apagado ; en Aragon , principalmente en Zaragoza , habian estallado algunas de índole no menos mala ; y en el reino de Valencia hubo asonadas y un levantamiento de moros formidable. Algunos ricos-hombres aragoneses habian formado alianza con los barones catalanes turbulentos , y llegaba á tal punto su arrogancia y su soberbia , que tiraban por el suelo á presencia de los jueces las demandas que el rey les tenia puestas. Uno de sus favorecedores, Ferran Sanchez , habia sido preso y ahogado por el infante don Pedro. El rey don Jaime dice en su Historia que se alegró de ello , pues era dura cosa , añade , que siendo su hijo , se levantase contra quien le habia honrado y dádole un pingüe patrimonio. Esta muerte facilitó la reduccion de los demás rebeldes , con quienes el rey se mostró magnánimo. Pero se deja presumir el dolor que sentiria interiormente el monarca , viendo la necesidad de que sus hijos se destruyesen en bien del sosiego público. Las alteraciones de Valencia , atendidos los varios elementos de que constaba la poblacion , fueron mas largas y deplorables. Mientras la plebe derruia en la capital las casas de algunos pro-hombres á quienes odiaba , otras bandas , mandadas por cierto Miguel Perez ,

se habian derramado por los pueblos, y exasperaban á las familias de los moros saqueando sus casas. Muchos se sublevaron á consecuencia de tales tropelías, y ocuparon varios castillos en los que se hicieron fuertes, obtenidas algunas ventajas parciales. Fué necesario mover contra tales enemigos, nó ya meras partidas sueltas, sino algunos cuerpos de ejército. El maestre del Templo y algunos caballeros mandados por García Ortiz rechazaron á quinientos rebeldes, cuya mitad tendieron en el campo; pero acudiendo muy luego tres mil peones y quinientos caballos mas de los sublevados, vengaron la rota de sus compañeros y destrozaron completamente aquel cuerpo de tropas, dando muerte á García Ortiz y haciendo prisionero al maestre del Templo. Este desastre acongojó sobremanera al rey don Jaime: de suerte que aunque dió órdenes para allegar gente, y parecia dispuesto á ir á castigar personalmente á los rebeldes, sin embargo su salud se alteró gravemente, y desde luego conoció que se acercaba su hora postrera. El infante don Pedro, su hijo, acudió á recoger su postrer suspiro. Su mente conservó hasta el último momento su claridad privilegiada; y su corazon se entregó del todo á la ternura religiosa. En presencia de los ricos-hombres inculcó al heredero del trono la necesidad de ser constante en la fé, la conveniencia de saber granjearse el amor de los súbditos, y la grandeza de alma que para él resultaria de correr en buena armonía con su hermano don Jaime, á quien dejaba el reino de Mallorca. Encomendóle que no dejase sin castigo la rebelion de Valencia, y que procurase echar de la tierra á los moros, ya que pagaban con ingratitud los beneficios; y luego renunció el poder en favor suyo, hizo que le vistiesen el hábito cisterciense, y dió orden para que le llevasen al mo-

nasterio de Poblet, en donde deseaba que descansasen sus restos. Solo tuvo fuerzas para llegar á Valencia, en donde cerró los ojos el dia 27 de julio del año 1276. La corona de Aragon no ha tenido un rey mas digno. Sesenta y tres años habia reinado, siempre en pugna con una nobleza turbulenta y practicando siempre el consejo que dió al rey de Castilla, de aliarse con el clero y el brazo real ó estado llano para tener á raya á los ricos-hombres. Ya vimos que la reconquista de las Baleares se debió casi exclusivamente á su valor y ánimo generoso; tambien vimos que llevó á cabo la reconquista del reino de Valencia, á pesar de sus nobles, por un esfuerzo de su voluntad enérgica; y asimismo hemos podido admirar la lealtad con que auxilió siempre al rey de Castilla, su yerno. Poseia aquella nobleza de carácter que no necesita otras alabanzas fuera de la narracion sencilla de los hechos. Apuntados quedan todos ellos; y fuera necesario borrarlos en gran número para quitar á la figura del rey don Jaime el realce que tiene en la historia. Todas sus faltas consisten en dos ó tres arrebatamientos. Lo demás de un tan largo reinado forma una serie no interrumpida de acciones loables. Cortés con los grandes, afable con los pequeños, afectuoso y franco con los amigos, tierno con las mujeres, bien hablado con todos, intrépido en el campo, incansable en las marchas, duro á la fatiga, liberal con todos, benévolo y caritativo, hay pocas virtudes de que su alma no fuese entusiasta. No conocia ni el significado de las voces turbacion y miedo. Son contadas las veces que se dejó dominar de la ira. Él mismo confiesa que era mas frágil su corazon que su cabeza; pero sus deslices no llegaban á ser liviandades. Sus restos fueron trasladados á Poblet conforme á sus deseos, y descansaron en

ese monasterio por espacio de cuatro siglos y medio. Pero vino un dia en que la obra del monarca, la asociacion del clero con el estado llano, se vió comprometida, y entónces los restos del mas admirable de nuestros monarcas fueron profanados y esparecidos, y queda la triste duda de si es ó nó suyo un esqueleto que hoy dia se conserva en la iglesia catedral de Tarragona. Era membrudo y muy alto de cuerpo, como Sancho el Fuerte de Navarra, aunque mas apuesto y de muy gallarda presencia. De su primera esposa doña Leonor de Castilla tuvo al príncipe don Alfonso, que murió casi sin haber experimentado la ternura paterna. En su segunda esposa doña Violante de Hungría tuvo dos hijos, don Pedro y don Jaime, que le sobrevivieron, y otros dos, don Fernando, que murió mozo, y don Sancho, que nueve meses antes de morir su padre murió á manos de los moros. En la misma tuvo cinco hijas: doña Violante, casada con el rey de Castilla; doña Constanza que casó con don Manuel, infante del mismo reino; doña Sancha, de cuya memoria andan llenas las leyendas, diciendo que peregrinó hasta llegar á Jerusalem, en donde acabó sus dias en olor de santidad; doña María, que al parecer entró en religion; y doña Isabel, que casó con Felipe III, rey de Francia. Además de estos dos enlaces, tuvo don Jaime en su viudez relaciones íntimas con doña Teresa Gil de Vidaure, en quien tuvo dos hijos; con doña Guillerma de Cabrera; con una dama de la casa de Antillon, en quien tuvo al ya nombrado Ferran Sanchez; con doña Berenguela Alfonso, castellana, hija del señor de Molina y Mesa; y por último con una dama aragonesa, doña Berenguela Fernandez, en quien tuvo un hijo, Pedro Fernandez, á quien hizo baron de Ixar. Además de las córtés que lle-

vamos citadas en el anterior capítulo, celebrólas don Jaime para el reino de Valencia en 1266, en 1270 y en 1274; las primeras con objeto de sofocar los movimientos de los moros de Montesa, las segundas para dictar algunas leyes nuevas, y las terceras para jurar por sucesor al infante don Pedro. El mismo don Jaime cita las de Alcira, para poner en paz á sus hijos don Pedro y Ferran Sanchez. Celebró tambien en Cataluña las de Lérida en 1257, en que se hicieron varias constituciones; las de Tarragona en 1260, en que se dieron auxilios al monarca; las de Barcelona en 1264, en que se concedió el bovaje al monarca; las de la misma ciudad en 1274, en que fué jurado el infante don Pedro; y las de Lérida en 1275, para calmar las alteraciones. En Aragon celebró las de Teruel en 1259, en que se sancionaron algunos fueros; las de Zaragoza en 1264, para tratar de los auxilios que debian mandarse al rey de Castilla; las de Ejea en 1265, de las que existen distintos fueros; las de la misma poblacion en 1272, en que se trató de apaciguar las discordias entre el infante don Pedro y don Ferran Sanchez; y las de Zaragoza de 1274, en que fué jurado el infante don Pedro.

Lo primero que hizo este príncipe, muerto su padre, fué tomarse tiempo para meditar si le convenia llevar la guerra de Valencia por vias de rigor, ó por las de un acomodamiento. Don Jaime habia podido convencerse de que no era tan fácil dar gusto al papa echando de la tierra á los moros ya sujetos, como lo habia sido el sujetarlos. Una vez se hubieron levantado, les llegaron los auxilios de Almería, Granada y Málaga, y ya no era lucha de cordilleras, sino campal, la que sostenian. Don Pedro creyó prudente darles una tregua de tres meses, ya para amortiguar sus

brios, ya para prepararse él mismo: y aprovechó este tiempo allegando gente y haciéndose coronar y ungir en Zaragoza por manos del metropolitano, aunque manifestando que si bien no recibia la corona contra la voluntad de la Iglesia, tampoco la aceptaba de ella ni en su nombre. Una novedad llevó consigo la muerte de Don Jaime, y fué que desde luego cesó la buena armonía que por espacio de muchos años habia reinado entre Aragon y Castilla. De repente doña Violante, esposa del rey de Castilla, se viene para Aragon llevándose consigo sus nietos, hijos del infante don Fernando, muerto recientemente, y á quienes se anteponia, para suceder al trono, su tio el infante don Sancho. Don Pedro amparó á su hermana contra el propio esposo ó hijo segundo de la misma. Nacieron de ahí reclamaciones del monarca castellano, y de don Sancho, ahora presunto heredero del trono, y no renació la concordia hasta que tres años despues se avistaron don Pedro y dicho don Sancho. Lo mas apremiante por el pronto era llevar á buen término la guerra contra los moros del reino de Valencia. La tregua habia producido su efecto. Los moros se habian concentrado en Montesa, convirtiéndola en su principal plaza de armas y en depósito de sus tesoros. La accion aislada y temible de una multitud de jefes habia cesado, cediendo el mando á una direccion robusta en apariencia, pero en realidad mas débil. Treinta mil moros armados y doble número de niños y mujeres se encerraron en Montesa. Cuando el rey don Pedro III entró en campaña, halló que los mismos moros habian trabajado por él, y que en vez de tener que acudir á cincuenta puntos diferentes le bastaba ya poner sitio á la plaza de Montesa. Los moros se defendieron en ella con heroismo, y las crónicas aragonesas están con-

testes en afirmar que sin la grandeza de ánimo y el esfuerzo extraordinario de que dió muestras el rey don Pedro , era dudosa la reconquista de aquella plaza. Pero el rey en persona , puesto á la cabeza de lo mas escogido de su gente, se apoderó de la altura de la Muela, que dominaba la ciudad, y dió la ley á los sitiados. Rindiéronse estos sin condiciones ; sus tesoros pasaron á poder del rey ; la mayor parte de los moros emigraron ; y muy luego se rindieron varios castillos, último baluarte de la rebelion vencida. Este triunfo fué la verdadera coronacion del rey don Pedro. Mientras él lidiaba contra el moro , y recobraba con las armas unos vastos y ricos señoríos , algunos barones catalanes se habian confederado para hacerle la guerra , y habian conseguido alterar á la mayor parte de las poblaciones, diciendo que el rey habia faltado á ir á celebrar córtes en Barcelona para ser jurado , confirmando en ellas los usos y costumbres ; y añadian que esto lo habia hecho porque llevaba ánimo de revocar y abolir muchos usajes. Los condes de Fox , Pallás y Urgel eran los jefes de este levantamiento. El rey dió tiempo al tiempo , como lo habia hecho en Valencia , y consiguió que las poblaciones se declarasen enemigas de los barones sublevados. El vizconde de Cardona dirigió una cabalgada contra los moradores del llano de Barcelona , y se vió obligado á huir mas que de paso. La ciudad de Balaguer fué para los nobles sublevados lo que para los moros de Valencia habia sido la de Montesa. En aquella se encerraron hasta siete mil infantes y trescientos ginétes, que luego fueron sitiados por un ejército numeroso, compuesto de las milicias de las principales poblaciones de Aragon y Cataluña. El mismo don Jaime , rey de Mallorca , acudió con gente á servir á su hermano , en quien

acababa de reconocer señorío, no solamente por el reino de Mallorca, sino tambien por los condados de Rosellon y Cerdaña, y por la ciudad y tierras de Montpeller, que poseia. Durante algunos meses, dicen las memorias de Aragon, no cesaron los tiros de los ingenios, máquinas y trabucos empleados en el sitio. Los sitiados hacian continuas salidas, y reparaban de noche el daño que de dia habian recibido. Últimamente los habitantes se vieron reducidos al duro conflicto de tener que declararse contra los que porfiaban en la resistencia; y los nobles, viendo que ya les era imposible prolongar la lucha, se entregaron á merced del monarca. La mayor parte fueron metidos en lóbregas mazmorras. Este nuevo triunfo pareció aun mayor que el obtenido en Montesa, por cuanto era grande el poder y formidable el armamento que habian hecho los nobles de la alta Cataluña. Esto fué en 1280. Hay quien presume que el rey de Castilla conoció que debia dar expansion por una ú otra parte á ese carácter tenaz y enérgico que en poco tiempo habia salido airoso de dos pruebas difíciles. Don Pedro conservaba en su poder á los dos desheredados nietos del rey de Castilla, hijos del difunto infante don Fernando. El castellano concertó vistas con el aragonés, y se efectuaron en el Campillo, entre Tarazona y Ágreda. Pareció que no debia tratarse de otra cosa fuera de la suerte de los dos infantes de Castilla que el aragonés tenia en su corte: mas no fué así. Entendieron muchos que se habian echado los cimientos de una alianza ofensiva y defensiva. En realidad se deseaba que volviesen los tiempos de don Ramiro el Monje y de Petronila, en los que Aragon y Navarra se destrozaban mutuamente con satisfaccion del castellano. Se echaron suertes sobre el reino de Navarra; y don Sancho, presunto he-

redero del trono de Castilla, renunció en favor del reino de Aragon á todo cuanto pudiese tocarle de la Navarra bajo cualquier título, con tal que llegase á sentarse algun dia en el trono de Castilla. Estas vistas y tratos secretos respecto al reino de Navarra tuvieron lugar en 1281. Su primer efecto fué que el rey de Aragon hizo meter en el castillo de Játiva á los infantes de Castilla don Alonso y don Fernando. El segundo fué que el infante don Sancho dió palabra al rey de Aragon de que le haria reconocimiento por el castillo de Albarracin, en cuanto pudiese recobrarle de los Azagra y Haro que le poseian. Lo de Navarra no corria tanta prisa. El aragonés casó á su hija doña Isabel con Dionis, rey de Portugal, é hizo esfuerzos afortunados para sosegar las reyertas civiles que traian revuelto aquel estado. A su vez el rey de Castilla intentó casar á su hija doña Berenguela con un hijo del emperador de los griegos, y cuñado de Carlos, rey de Sicilia. El aragonés se dió por resentido, porque á ese Carlos le miraba como á un enemigo personal, que le habia tratado siempre con arrogancia y le habia negado la libertad de doña Beatriz, hermana de la reina de Aragon, á la que tenia presa sin justa causa. Carlos era tio del rey de Francia, y muy protegido del papa Martin IV, francés de nacimiento. Naturalmente este sumo pontífice se mostraba tan desabrido con el aragonés, como amoroso con el siciliano. Nególe la canonizacion de Ramon de Peñafort, y le recordaba incesantemente, nó los beneficios que su padre don Jaime I habia hecho á la cristiandad, sino el tributo que su abuelo don Pedro II habia prometido á la sede romana. No era hombre don Pedro III para sufrir desaires ni desdenes. De repente, en las costas de Valencia y Cataluña, se hicieron grandes armamentos. Todas las po-

blaciones marítimas aprestaban naves, que no parecían destinadas al tráfico sino á la guerra. Alarmado don Jaime, rey de Mallorca, vino á preguntar á su hermano que para qué hacia tan formidables aprestos, asegurándole que estaba dispuesto á servirle. Don Pedro le respondió que una persona solamente podia saber el objeto de aquel armamento; y con estas mismas palabras contestaba á todos cuantos le hacian la misma pregunta: de suerte que moros y cristianos vivian en alarma, ignorando hácia dónde descargaría aquel nublado. Un acontecimiento grave, acaecido en Castilla, á saber, la guerra civil promovida por el infante don Sancho contra su padre Alonso X, á quien hizo privar de la administracion de sus reinos, creen algunos que contrarió los planes de don Pedro; aunque otros no opinan del mismo modo, recordando los tratos secretos en que el aragonés habia andado con el infante de Castilla. Tambien es cierto que requiriendo don Alonso X á don Pedro para que le ayudase contra don Sancho, se excusó don Pedro, aconsejando al castellano que desistiese de querer hostilizar á su propio hijo, y continuó sus armamentos. Envió al papa una embajada diciéndole que iba á mover guerra á los infieles, y pidiéndole que en tal concepto le favoreciese con las indulgencias y el producto de la décima sacada de la Península. Á lo que el papa respondió de palabra, breve y ásperamente, que las intenciones del aragonés eran muy otras que sus discursos. Esta dura respuesta avivó en don Pedro el deseo que ya sentia de ejercer, á imitacion del francés, cierta presion en el gobierno de la Italia, ó de equilibrar cuando menos las influencias que en él dominaban: y son muchos los que no dan otro origen y fundamento á las guerras sostenidas en Italia por los iberos orientales. En la

embocadura del Ebro, por el mes de mayo del año 1282, se juntaron hasta ciento cincuenta naves, tripuladas todas ellas por catalanes, aragoneses y valencianos; y para embarcarse en ellas acudieron las milicias de las principales poblaciones de Aragon y Cataluña, como asimismo unos veinte mil almogávares, seis mil ballesteros, y mil caballos, sin la gente de servicio de los caballeros y ricos-hombres; de suerte que pasarían de cincuenta mil hombres los que allí se juntaron. De esta gente se escogió la mejor, quedando sin embarcar como una cuarta parte, y con la demás hizo sus aprestos el rey don Pedro para dar la vela. Á la sazón acababan de tener lugar en Sicilia unos acontecimientos de grande trascendencia. Apellidábanse señores de la isla los franceses, y aspiraban en ella, á imitacion de los romanos antiguos, á no obtener nada del amor de los vencidos, sino á arrancarlo todo por vias del miedo, mostrándose altaneros en el trato, crueles y soberbios en sus órdenes, insolentes en la forma, avarientos é inexorables en el fondo. Su equidad era la de los pretores, su ley la espada, sus miramientos las extorsiones mas caprichosas y violentas. De lo que resultó un levantamiento general de los habitantes, y el degüello conocido con el nombre de *Vísperas sicilianas*. Los isleños vengaron con una serie de espantosas atrocidades los abominables atentados de que habian sido blanco. Solo que estos atentados habian sido la obra lenta de una perversidad que se cebaba en la agonía de sus víctimas; y aquella venganza pareció, por lo repentina, la obra de un rayo lanzado por el Árbitro de los humanos destinos. Echado de esta suerte el guante á una nacion poderosa, buscaron los sicilianos un arrimo, y les pareció que ningun otro monarca podia dárselo mas firme

que el rey de Aragon. Enviéronle al efecto una embajada, y le pidieron que los reconociese como á súbditos y los defendiese como á tales. Al mismo tiempo el rey de Francia envió á decir á don Pedro que miraria como enemigo propio á quien hostilizase al rey de Sicilia. Don Pedro dió esperanzas á los primeros, y respondió á los embajadores del segundo con palabras vagas y evasivas. Otros muchos le instaron para que manifestase abiertamente el objeto de la expedicion, y les contestó que era hombre para cortarse la mano izquierda si supiese que queria investigar lo que hacia la derecha. Á cada jefe ó patron de nave le dió una cédula sellada, y órden de no abrirla para tomar rumbo hasta hallarse en la altura de Menorca; y hecho esto, se hizo á la vela, habiendo antes firmado donacion en favor de su hijo don Alonso de todos sus dominios y señoríos, para que en ellos no pudiese hacer presa la corte pontificia, si le condenaba por verse obligado á dar socorros á los sicilianos.

Era el dia 3 del mes de junio cuando con mar bonancible y viento favorable se dirigió don Pedro á las costas de África. Entre Bugía y Bona, tierra adentro, existia la ciudad de Constantina, de cuyos destinos, por compromisos anteriores, se decia que queria disponer el monarca aragonés, amparando en su posesion á Boqueron, señor de aquella ciudad, contra su hermano mayor que intentaba desposeerle. Pero este, ayudado de los naturales, se dió tanta actividad, que al echar don Pedro su gente en tierra en el puerto mas cercano á Constantina, ya el señor de esta ciudad quedaba vencido y expulsado. Los almogávares, divididos en varios cuerpos, hicieron varias incursiones contra los moros, y en ellas, dicen las crónicas del tiempo, que el rey don Pedro

dió muestras de un valor poco comun y de una destreza grande en las armas: pero pronto se hubo de dar á conocer que aquello no eran mas que escaramuzas para hacer ensayo de sus fuerzas, destinadas á guerrear en otra parte. Carlos de Sicilia con armada y ejército habia puesto sitio á la ciudad de Mesina; alarmados los sicilianos, enviaron nueva embajada á don Pedro en África, diciéndole que por derecho de su mujer doña Constanza le tocaba el trono de Sicilia, y que le brindaban con su posesion si queria ampararlos contra las tiranías de don Carlos. Don Pedro quiso antes atraerse un nuevo desaire del papa, y reclamó su ayuda para hacer la guerra á los infieles africanos. Negóselo el papa, y entónces don Pedro pidió consejo á sus barones y ricos-hombres para dar respuesta franca y categórica á los sicilianos. Decian unos que seria una temeridad turbar la paz de la cristiandad desafiando el poder de la Francia y el de los sumos pontífices, á quienes debia su investidura el rey de Sicilia, y añadian que la Iberia no estaba aun enteramente reconquistada ni tan segura de los benimerines, que no fuese imprudente andarse á caza de enemistades. Opinaban otros que, ganado el reino de Valencia y las Baleares, no tenia Aragon delante de sí otras tierras en que necesitase ejercer influencia fuera de la Italia; y que en ella era muy conveniente tomar pié en Sicilia, por ser una isla que podia defenderse teniendo escuadra, y ofrecer una posicion admirable para dominar en el Mediterráneo, y para amenazar en cualquier evento la Italia; y decian que casi podria tomarse á cobardía abandonar todo derecho sobre la isla, cuando se apoyaba aquel en el voto unánime de los naturales. En sus adentros le era grata á don Pedro esta última opinion, ya por lo que halagaba su enemiga contra

el rey don Carlos, ya porque le parecia que existiendo en Italia el núcleo de las nuevas soberanías, en ella debían robustecerse los estados católicos. Respondió, pues, á los sicilianos, que iria gustoso á recoger la herencia de su esposa, y protegeria á sus súbditos contra todos sus enemigos. Entónces se declaró el verdadero objeto de la expedición. Ya no se trataba de hacer incursiones y talas en tierras de moros para poseer hoy una comarca y abandonarla mañana, sino de ocuparse en una conquista sólida, y de arrostrar las iras de un enemigo poderoso. Carlos de Sicilia infundia respeto, no solamente por los intereses franceses é italianos de los que era campeón conocido, sino tambien por su valor y nombradía personales. Ahora sus amigos y aliados esperaban de él que haria un escarmiento ejemplar en los sicilianos, y vengaria los torrentes de sangre francesa derramada recientemente. La determinacion tomada por el aragonés no era para él un acontecimiento inesperado, y habia tenido tiempo para prepararse contra él de una manera formidable. Mientras su escuadra, compuesta de cuarenta galeras suyas y otras tantas de sus aliados, bien armadas, se entraba en el puerto de Mesina, su hueste ponía sitio á esta plaza y la reducía al último extremo. Las memorias de Sicilia dicen que el ejército de Carlos constaba de mas de cincuenta mil infantes y quince mil caballos. Tambien añaden que los mesineses se hubieran rendido gustosos, mediando tratos aceptables y humanos cuando menos; pero los franceses, confiados en su número, se mostraron tan intratables, que trocaron en desesperacion el miedo de sus enemigos. Ya no contaron el número de sus contrarios, sino que juraron venderles caras las vidas. Esta segunda ceguedad, dice un autor italiano, fué mas funesta á los fran-

ceses que las mismas vísperas sicilianas. El rey de Aragon tuvo tiempo de desembarcar en Palermo á fines del mes de agosto, de ser declarado rey de la isla, de aumentar su ejército con los voluntarios sicilianos que acudían á ofrecérsele, y de meter en Mesina quinientos ballesteros y sus mejores compañías de almogávares. Los mesineses, recibido este refuerzo, ya no pensaron en esperar al enemigo de muros adentro, antes salían en su busca, le acometían y daban alarmas de día y de noche. Don Pedro envió una embajada á don Carlos, intimándole que dejase franca y desocupada aquella tierra; y Carlos tuvo que hacerlo, viendo que el ejército enemigo, ayudado de los naturales, era irresistible. La poderosa armada de los aliados se ocupó por espacio de algunos días en trasladar á la Calabria el ejército francés vencido casi sin combate. Á los almogávares catalanes y aragoneses fué debida esta señalada ventaja y la fuga vergonzosa del rey Carlos. Eran aquellos soldados unos corredores incansables en la marcha, intrépidos y casi irresistibles en el combate. No brillaban por su traje, antes iban muy desaseados; ni por sus armas, que consistían en lanzas y dardos de montería; ni por su aspecto, que ofrecía escasas esperanzas: pero puestos en acción, se lanzaban á la carrera contra el enemigo, le acometían en el llano y en el monte, y le desalojaban, ó perecían en la demanda. En extremo sobrios, pasaban á veces días enteros sin probar otra comida que la que dan de sí los bosques y los prados. Iban á pié, á diferencia de los adalides, que eran para el ejército una especie de guías. No era extraño que muchos de ellos, acostumbrados á la vida errante, entre matorrales y riscos, fuesen tenidos por conocedores del tiempo, como quien estaba hecho á medirle en todas sus fases. Casi todos calza-

ban abarcas, y llevaban calzas, sombreros y zurroneos de cuero. Su primera correría contra los franceses les valió el renombre de terribles que ya tenían ganado lidiando con el moro. Habiendo invadido el arsenal en donde el rey Carlos tenía en vias de construcción unas ciento cincuenta galeras, las entregaron en un momento á las llamas. Ya ni en la misma Calabria se creyó seguro este príncipe. Las acciones que le habían dado claro renombre, parecían haberse empañado de golpe, haciendo blanco de la irrisión al que antes era objeto de espanto. Siguiéron á esto serias hostilidades por agua. Las galeras del rey Carlos eran numerosas, y tenían tripulación de pisanos, provenzales y franceses; las mejores de las del rey don Pedro eran tripuladas por catalanes. Quince de estas acometieron el grueso de la armada de Carlos, la dispersaron, y en la confusión la apresaron veinte galeras é hicieron en ellas cuatro mil prisioneros. En otra ocasión otras galeras, al mando de Perez, intentaron penetrar por sorpresa en Rijoles, mas no les salió bien la empresa; y parece que de resultas se dió el mando de la armada al tan nombrado marino Roger de Lauria. Ya conoció el rey Carlos que podía dar casi por perdida la Sicilia, y que acaso ni la Calabria ni la Pulla le sería dado conservar, si su enemigo se mantenía tan poderoso en la mar y tan aferrado en su presa. En tal apuro, como hombre de mucha experiencia, muy conocedor de la parte flaca de la humana naturaleza, y muy práctico en las costumbres de los caballeros de aquellos tiempos, creyó que retando al rey de Aragon le sería fácil traerle á algun mal paso, ó á lo menos conseguiria hacerle decaer del prestigio que tenía ganado entre los sicilianos. Impotente ante el general enemigo, deseaba reducirle á los límites de mero paladin, y

tal vez conseguir que echase su victoria en los azares de una lidia cuerpo á cuerpo. Por mensaje le llamó desleal, traidor, y hombre que habia entrado, nó por batalla sino por hurto, en la posesion de un reino. Algunos autores han tomado por lo serio este reto, que fué un ardid de guerra del rey Carlos. Como quiera, el rey don Pedro le hizo dar un mentis delante de su corte, diciendo que lo sostendria por su persona, y aun le daria por su mayor edad cuantas ventajas de armas desease. Ya no parecen cosas de historia las circunstancias que varios autores refieren relativas á este duelo. Como si delante de ellas debiese desaparecer el interés de la lucha promovida, no se acuerdan de Sicilia, y llenan páginas enteras para vindicar á aquel de los dos campeones de quien se declaran amigos. Desde el primer momento pudo conocerse que el combate no se llevaria á efecto. En vez de elegir por dia el de mañana, por palenque la orilla del mar que tenian delante, y por espectadores y jueces los dos ejércitos contendientes, los caballeros nombrados para platicar sobre el caso dieron á los campeones el plazo de cuatro meses, eligieron por campo de batalla la ciudad de Burdeos, á unas quinientas leguas de distancia, y nombraron por juez del campo á un monarca extranjero, de quien no era posible prometerse que aceptase semejante encargo. Al mismo tiempo el provocador, Carlos de Sicilia, hizo de manera que su protector el sumo pontífice prohibiese al rey de Inglaterra dar campo ni seguro en Burdeos á los dos guerreros ni á su gente; y siendo el seguro una condicion indispensable, cerró de esta manera las puertas que parecia haber abierto con su reto. No contento con estos obstáculos, consiguió que el sumo pontífice encausase al aragonés, amenazándole con desposeerle de todos sus domi-

nios, y excitase al francés á moverle guerra abierta en los confines de la Navarra. Obtenidas estas seguridades de que no habria duelo, los allegados de Carlos de Sicilia le acompañaron á Burdeos, seguidos de muchos caballeros que iban dispuestos á castigar con alevosía lo que ellos llamaban crimen de don Pedro de Aragon, por haber ocupado la Sicilia y animado á sus habitantes á que exterminasen á los franceses. Las autoridades de Burdeos y el rey de Inglaterra no quisieron dar seguro á los aragoneses, no tanto porque el papa se lo hubiese prohibido, como porque estaban convencidos de que no podrian cumplir con lo que prometiesen. Á pesar de esto, el rey don Pedro, para no faltar á la cita, hizo que la reina y sus hijos se trasladasen á Sicilia, y él se embarcó para sus dominios, y llegado á ellos se acompañó de solos tres caballeros y un mercader, y guardando un riguroso incógnito pasó á Burdeos, tuvo una entrevista con el senescal de la poblacion, le pidió seguro en nombre propio ó en el del rey de Inglaterra, y no pudiendo obtenerle, é instruido por él de la trama armada contra su persona, recorrió el palenque el mismo dia fijado para el duelo, entregó sus armas al senescal como una prueba de que no habia faltado á su palabra, y se volvió como habia venido. Entretanto la conquista de Sicilia se habia ido cimentando, merced á los esfuerzos de los almogávares, y á la pericia de Roger de Lauria. En el pueblo de Catona, sito en la Calabria, frontero á Mesina, los almogávares habian sorprendido y exterminado un cuerpo de quinientos caballos enemigos. La plaza de Ríjoles y muchos castillos y poblaciones de aquella parte de la península italiana, se habian rendido á los aragoneses y catalanes: de suerte que ya no se lidiaba tanto por la Sicilia como por la posesion de una gran

parte de la Italia. Quince siglos antes , en esta misma tierra , habian tambien derramado su sangre los iberos , contra los italianos solamente , nó como ahora contra los descendientes de los galos. En cambio ahora los italianos habian conseguido que los franceses aprovecharan la coyuntura de la muerte del rey don Enrique para penetrar en el reino de Navarra y amenazar desde él las mas bellas comarcas de nuestra Iberia. Al mismo tiempo presentaban muy mal cariz los disturbios de Leon y Castilla. Á la destitucion fulminada por don Sancho , respondia don Alonso su padre privándole de la sucesion , maldiciéndole y llamando sobre su cabeza la ira de Dios como á hijo traidor , decia , y parricida. Por manera que en medio de esta perturbacion el rey don Pedro de Aragon no podia contar con los auxilios del castellano para hacer frente á todo el poder de la Francia y de la Italia. Ya los franceses , allegado un ejército cuya sola caballería constaba de cuatro mil hombres , y seguidos de otra hueste compuesta de navarros , iban invadiendo el alto Aragon , y poniendo cerco á sus principales fortalezas. Las plazas y poblaciones de Lerda , Filera y Ul fueron ocupadas por la fuerza y destruidas. El papa fulminó sentencia de excomunion contra el rey don Pedro , le declaró privado de sus dominios , puso entredicho en sus vasallos , y manifestó que estos quedaban libres de toda obediencia para con aquel monarca. Ya hemos dicho que el papa Martin IV era francés de nacimiento. Don Pedro apeló de esta sentencia del pontífice , que le habia condenado sin oírle , por ante el mismo pontífice mejor informado y menos imbuido de sus enemigos. Dijo tambien que nó porque su abuelo don Pedro se hubiese reconocido por feudatario de Roma , debia entenderse que los reyes de Aragon quedaban

perjudicados hasta ser tenidos por vasallos del pontífice , pues don Jaime habia sabido conservarse independiente de todo feudo y vasallaje. Y añadía que aquella sentencia parecía dictada, nó por un pontífice imparcial y justo, sino por el rey Carlos de Sicilia , que era parte interesada en aquel asunto. Pero, aunque eran obvias estas reflexiones, no dejó de producir cierta fermentacion la sentencia pontificia. Los ricos-hombres de Aragon estaban descontentos de don Pedro , ya porque se abstenia de llamarlos á su consejo , ya porque preferia generalmente valerse , antes que de ellos , de los almogávares, y de las milicias de los comunes.

En las córtes que celebró en Tarazona para arrojar del reino á los franceses y navarros , le presentaron un memorial de desafueros y agravios , diciéndole que no podian servir bien á su señor los que no tuviesen fuero , y que esperaban que se serviria consultarles. Don Pedro les respondió que los habia llamado , nó para oír tales propuestas y pareceres , sino para dar batalla á los franceses , y que despues sobraria tiempo para tratar de los fueros. Insistieron , y aun se juramentaron para ello , á fin de obtener , en union con las poblaciones , la confirmacion de sus libertades , sin las cuales decian que no podia subsistir el reino. Las principales quejas de las poblaciones en esas córtes de Tarazona, celebradas en 1283 , versaban sobre que quedase abolido el tributo de la quinta impuesto sobre los ganados , como asimismo el de la sal, para que todos pudiesen venderla libremente segun antes se acostumbraba. Oído todo , atendidas las circunstancias , y considerando que era ya una voz general y nutrida la que hacia tales reclamaciones y pedia la confirmacion de los fueros , condescendió don Pedro y otorgó lo que se reclamaba. Esta condescendencia y el conoci-

miento de la necesidad que la aconsejaba, animó á los peticionarios, y les hizo añadir demanda á demanda, y á todas ellas el rey se mostró fácil y flexible, haciéndose empero prometer que para el primero de febrero estuviesen todos en Ejea para llevar adelante con vigor la guerra. Y obtenida esta promesa, se fué á Barcelona á celebrar córtes á los catalanes. Estas córtes, á las que se dió comienzo en diciembre del referido año, son notables porque en ellas el estado llano, sacando partido de las circunstancias al igual de los aragoneses, obtuvo en alguna manera que se convirtiese en honra y derecho la obligacion que tenia por las cartas pueblas de asistir á las asambleas que convocaban los monarcas. Lo son asimismo porque nos pintan el poco efecto que habia causado la sentencia pontificia respecto á turbar la obediencia al príncipe. Y tambien lo son por varias de sus disposiciones. Dice el preámbulo de sus actas que, convocadas córtes generales de los catalanes en dicha ciudad, concurren como súbditos á la corte los obispos, prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos, y los diputados de las poblaciones de Cataluña, y todos ellos y cada uno de por sí reclamaron que sobre ordenar y declarar ciertas peticiones, prestase el rey su consentimiento y accediese con liberalidad á su humilde súplica. Se añade en seguida, que perteneciendo á la excelencia real conceder á sus súbditos libertades é inmunidades, y aprobar y hacer que se observen los privilegios concedidos por sus predecesores, las consuetudes y las buenas observancias; por eso arrodillados, FLEXIS GENIBUS, y con toda la humildad posible los prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos y diputados de las villas de Cataluña, por sí y en nombre de toda la provincia, suplicaban « al Ilustrísimo Señor Rey » que tuviese la dig-

nacion de admitir generosamente y aprobar las peticiones y capítulos que presentaban, ya que redundaban en honor real y en bien procomunal de Cataluña. Y el referido rey, continúan las actas, oído todo, y habido consejo en que todo se examinó cuidadosamente, considerando «cuán propio es del poder real atender al bien de los súbditos, tener en paz la tierra, y hacer observar las inmunidades, libertades, franquicias y privilegios concedidos á dichos súbditos, atendiendo á la lealtad y auxilios que todos ellos prestaron á los reyes pasados y prestan en la actualidad y pueden prestar en adelante:» por todo lo dicho, se confirman, cap. I y IX, todas las libertades concedidas á los dichos; se manda, cap. IV, á los vegueros y otros ministros de justicia, que no les perturben en su goce por ningun motivo; se prohíbe, cap. VI y VII, recibir bovaje, monedaje ni el quinto, á no ser que proceda de muy antigua costumbre; y aun así se manda, cap. XI, que sean oidas las exenciones; se determina que ningun catalan deba salir de Cataluña para defender en litigio sus derechos, cap. XII; se establece, cap. XV, que el rey no legislará en Cataluña sin aprobacion de los preladados, barones, militares, y ciudadanos, convocados para ello, y con acuerdo de la mayor y mas sana parte; se dispone, cap. XVI, que no se prenda á nadie ni se le embarguen bienes sin previa causa; que en las causas privilegiadas, cap. XIX, los jueces no reciban salario ni regalo; se confirma, cap. XXI, el decreto del rey don Jaime I contra las usuras; se prescribe, cap. XXII, que ni el rey ni nadie proteja á los traidores; se ordena, cap. XXIII, que allí en donde rigen las redenciones, nadie se ausente para mudar de domicilio sin haberse redimido; se manda, cap. XXIV, que una vez al año y en el tiempo que el rey determine se

celebren córtés generales, en que de acuerdo con los prela- dos , religiosos, barones, militares, ciudadanos y diputados de los pueblos, se trate del buen estado y reforma de la tier- ra, quedando empero libre el rey de juntar ó celebrar cór- tes si alguna justa causa se lo impidiere ; se prescribe , cap. xxv, que nadie sea despojado por el rey, ni aun de la posesion de una cosa, sin conocimiento de causa; se manda, cap. xxvi, que sea libre viajar con mercancías ó sin ellas, por mar y tierra, sin mas gravámen que pagar los derechos y regalías de costumbre; que ningun hombre libre, cap. xxvii, sea preso por deudas; que haya, cap. xxviii, jueces de paz, jurados y cónsules; que caduquen, cap. xxix, los derechos de lezda y otros puestos desde veinte años antes ; que todo sarraceno , cap. xxxi, y judío bautizado , quede libre si se rescata; otros leen que todos los sarracenos, esclavos de ju- díos , queden libres si son bautizados y se rescatan; que los barones y militares , cap. xxxii, vivan en campaña á costas del rey, segun los tratos; que no se vendan bailías ni vegue- rías, cap. xxxiii, para que no perezca la justicia ni sean oprimidos los súbditos ; se confirman , cap. xxxiv, las cór- tes de Cervera del año 1202, enmendado conforme á cons- titucion real lo relativo á paz y tregua ; se manda que el clero , los barones y los militares , cap. xxxvi, no paguen ni vengam comprendidos en ciertos pechos ; y lo mismo , cap. xxxvii, los ciudadanos si pueden alegar exencion ; se dispone , cap. xliii, que los vegueros y obispos puedan proceder de oficio si se ofendiere á algun forastero viajando, y se quebrantare la paz y tregua ; se ordena que las caba- llerías y equipajes de los militares , cap. xlv, no sean em- bargadas ; que no haya , cap. li, dos vegueros en una ju- risdicción ; que se eche , cap. liv, un puente sobre el Llo-

bregat en Roca de Droch, resarcidos para ello los perjuicios que se causaren; que los príncipes ni sus allegados, cap. LV, no compren nada que esté en litigio ni disputa; que todas las causas que el príncipe tenga con barones ó militares, cap. LVI, se juzguen por pares de corte, á saber, barones por barones, y militares de un escudo por otros del mismo. Y todo esto dicen las actas «se hizo, decretó y confirmó estando presentes, requiriéndolo y suplicándolo humildemente los obispos, prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos y hombres de las villas ya dichos.» Las actas las firman, como testigos, dos obispos, el maestre del Temple, y seis barones junto con el secretario del rey. Son actas sin discusion ni oratoria, y sin embargo de ellas se desprende la iniciativa de los concurrentes, la deliberacion y exámen del rey en su consejo, y por último la sancion del príncipe. Ya no se descubre aquí la fisonomía de las asambleas primitivas en las cuales los concurrentes discutian, peroraban, se injuriaban, se retaban, y emitian sus dictámenes y votos. Nos hemos detenido en las actas de estas córtes, porque algunos al hablar de sus disposiciones no las tuvieron muy presentes. No es cierto que en ellas por la vez primera asistiese el brazo real; actas de córtes hay anteriores de un siglo en las que se habla ya de la asistencia de los síndicos de las poblaciones. Pero es indudable que aquellas, á vueltas de unas formas muy reverentes al hablar del príncipe, contienen disposiciones capitales respecto á franquicias: que es decir que las poblaciones sacaron todo el partido posible de la situacion difícil en la que se habia colocado el monarca. El papa habia llevado su indignacion al extremo de dar á un hijo segundo del rey de Francia la investidura del principado de Cataluña y de los reinos de Aragon y Va-

lencia. Parecia fácil cosa que el francés, apoderado ya del reino de Navarra, se derramase desde él por los dominios del aragonés y redujese á este al último extremo. El nuevo pretendiente á la corona, por voluntad pontificia, se llamaba Carlos de Valois. El rey don Pedro no por este cúmulo de oposicion decaia de ánimo. Enviaba embajadores á Roma para protestar de nulidad y mover apelacion de cuanto se decretase; y si el francés detenia por el camino y ponía presos sus mensajeros, enviaba otros; y entretanto procuraba que por las armas no quedase en zaga su derecho. Por mar defendia con teson su causa Roger de Lauria. En Malta, puesto á la cabeza de diez y ocho galeras, arremetió contra veinte de los franceses, rindió diez con muerte del almirante francés, ahuyentó las restantes tras de un largo y sangriento combate, é hizo prisioneros ochocientos caballeros franceses. Al cabo de algun tiempo, sabedor de que el príncipe de Salerno, hijo del rey Carlos de Sicilia, deseaba vengar la pasada rota, y habia juntado setenta galeras segun unos, algunas menos segun otros, para salir á la mar en busca de los catalanes, movió contra él su armada compuesta de veinte y ocho galeras en sentir de algunos autores, de cuarenta y cuatro si se ha de dar crédito á otros. Pronto vinieron á las manos no muy lejos de Nápoles las dos escuadras. Roger de Lauria fué recorriendo en un esquife su línea de batalla, alentando á los catalanes y diciéndoles que tenian delante lo mas granado de la nobleza de Francia, y que era razon que diesen de sí muestras tales que de ellas hablase el mundo. La arremetida fué brava y terrible. Los franceses se defendieron con mas valor que pericia, y los catalanes echaron el resto en táctica y denuedo. Algunas galeras francesas quedaron sumergidas, otras huyeron muy mal

paradas, diez cayeron en poder de los catalanes, y la galera capitana, en la que iba el príncipe de Salerno, fué acometida por todas partes. Su defensa fué heroica. Solamente se rindió el príncipe y entregó su espada á Roger de Lauria cuando vió que por distintos lados los enemigos habian barrenado su nave y que esta se iba á fondo. Lo primero que hizo Roger de Lauria fué pedir al príncipe la libertad de la infanta doña Beatriz, hermana de doña Constanza, tantas veces reclamada, como injustamente presa, y siempre denegada por el implacable Carlos de Sicilia. Las presas, los guerreros prisioneros, y el príncipe de Salerno, todo fué llevado en triunfo á Mesina y recibido en medio de las mas entusiastas aclamaciones. En Nápoles tambien fué objeto de una ovacion la derrota de los franceses sus dominadores. El pueblo se desató por las calles en imprecaciones contra Carlos y en vivas á Roger de Lauria. Noticioso de ello Carlos de Sicilia, fué allá con fuerzas de mar y tierra, tanto que sus infantes llegaban á cuarenta mil, y sus caballos de guerra á diez mil; y sin querer entrar en la ciudad deseaba entregarla á las llamas; pero á ruego de algunos allegados suyos y del legado del papa, se contentó con mandar que ahorcasen á ciento cincuenta de los que habian andado en el motin ó habian sido presos como á tales: y dicen que solo la vista de esta ejecucion pudo saciar su cólera. Era mas fácil cebarse en los napolitanos indefensos, que vengarse de Roger de Lauria. Por mar y por tierra este incansable almirante, azote de las costas de la Calabria, rindió muchos lugares y castillos; y por último recibidos algunos refuerzos y aprovechada la inaccion en que permanecian los marinos franceses despues de sus derrotas, dió la vuelta á las costas de África y en ellas se apoderó de la isla de los

Gerbes, matando cuatro mil moros y haciendo seis mil prisioneros, entre ellos, en otra ocasion, á un rey de los alárabes, por nombre Margano. Si Roger de Lauria no hubiese tenido acostumbrados á los sicilianos á presenciar proezas, esta les hubiera parecido la mayor de las hazañas, ejecutada como de paso y al vuelo. Pero el encono de todos ellos estaba puesto en su mas alto punto contra los franceses, y decian que no debia dárseles cuartel, de suerte que en Mesina se alborotaron al saber las ejecuciones ordenadas por Carlos de Sicilia en Nápoles, y arremetiéndolo á las prisiones en que se guardaba á los caballeros franceses que habian sido hechos prisioneros, las allanaron sin que nadie bastase á impedirlo, y dieron muerte violenta y lamentable á unos sesenta nobles. Otros se juntaron en corte, y sentenciaron al príncipe Salerno á recibir el mismo género de suplicio que el rey Carlos habia mandado dar á Conradino. La reina, sus hijos, y los jefes aragoneses y catalanes tuvieron que dar muestras de una grande energía para poder salvar la vida á aquel príncipe, y hacerle trasladar al castillo de Chefalú. El rey Carlos de Sicilia tenia puestas en él todas sus esperanzas y toda su ternura; y al saber su desgracia, y los riesgos que corria, dicen que enfermó de dolor y murió á principios del año 1285. Otros creen que en su muerte influyó mas el ceño que de repente puso á sus cosas la fortuna, cuando estaba de mucho tiempo acostumbrado á sus sonrisas. Los marinos catalanes habian tomado tal ardimiento por sus recientes triunfos, que ya ninguna fuerza naval francesa, por poderosa que fuese, les parecia bastante á poder resistirles. Los vicealmirantes catalanes Berenguer Mayol y Ramon Marquet, con solas diez galeras, salieron de Barcelona, acometieron entre Rosas y Palamós

á veinte y cuatro galeras enemigas , apresaron quince , ahuyentaron las restantes , é hicieron un gran número de prisioneros , entre ellos á Guillen de Lodena , almirante de Francia. Poco despues Roger de Lauria , ganada que hubo la ciudad de Taranto en la Calabria , se vino para las costas de Cataluña , y en ellas embistió á una escuadra francesa mandada por el almirante francés Juan de Escoto , le mató cuatro mil hombres , le tomó trece galeras y dispersó las restantes. En esta ocasion fué censurado Roger de Lauria , porque mal aconsejado de la ira , y en venganza de varias atrocidades cometidas por los franceses , hizo sacar los ojos á doscientos sesenta prisioneros de esta nacion , y los envió en tal estado al campo de los franceses. Entretanto por tierra hacia el rey don Pedro grandes esfuerzos para mantener á raya sus súbditos y rechazar la agresion extranjerá. En mayo de 1283 habia prohibido bajo pena de muerte que ningun prelado publicase en sus dominios las censuras que contra él acababa de fulminar la corte pontificia. Con recursos recibidos del rey de Francia se habia rebelado en Aragon don Juan Nuñez de Lara , y se hizo fuerte en Albarracin , castillo que pertenecia á su mujer doña Teresa Alvarez de Azagra , y desde el cual dirigia incursiones , talas y cabalgadas. El rez don Pedro fué á cercarle en él , deseoso de encerrarle dentro , mas no pudo conseguirlo. Nuñez de Lara dejó buen presidio en la plaza , y continuó sus correrías. Al mismo tiempo los aragoneses no daban vagar á sus pretensiones é insistian en ellas , principalmente los ricos-hombres , con un ahinco y una mancomunidad de esfuerzos , que aun en su amor á las franquicias parecian cosa extraordinaria , atendidos los riesgos de una invasion extranjerá. Á las demandas del rey , que pedia con premura ser-

vicios, respondian reclamando libertades; y á las instancias para que acudiesen á repeler con la fuerza la dominacion extraña, contestaban presentando memoriales de agravios. Estos orígenes tuvo el privilegio general de Aragon continuado en el libro primero de los Fueros del reino. La llamada Union de Aragon para la defensa de las libertades públicas, eligió la misma coyuntura de que se aprovecharon los estamentos del reino de Valencia y el brazo real del principado de Cataluña: solamente que en estas dos provincias se obtuvo cuanto se deseaba por buenas vias y sin alardes de arrogancia. En Aragon todo lo prometia el rey con tal que le sirviesen, y las córtes no se allanaban á servirle sin que antes les cumpliese todas las promesas. Notábase demasiada tirantez atendido lo apremiante de las circunstancias, y parecia mas bella la causa de quien ante todo no perdia de vista á los enemigos de su patria. Y como los intereses privados entraban por mucho en las demandas de desagravio, resultaba al decir de muchos que la causa de la union tenia visos de empañamiento. Don Pedro procuró ante todo reducir á los de Albarracin á la obediencia, y lo consiguió por tratos, dados antes quince dias de plazo para esperar socorros de don Juan Nuñez de Lara: y como este no los mandase, la plaza quedó sometida. Á tenor de anteriores tratos, el rey de Castilla don Sancho, que, por muerte de su padre, acababa de quedar dueño pacífico del trono, debia auxiliar al aragonés, y este se lo recordó con instancia; pero don Sancho, aunque recientemente avistándose en Ciria y Borovia con el aragonés habia renovado sus promesas, creyó que era mas prudente no cumplirlas, y entrar en tratos con el francés, en vez de declararle la guerra. Don Pedro entró en campaña con el desembarazo de

quien hubiera estimado la ayuda , pero que no la necesitaba. Reunidos diez mil infantes y mil quinientos caballos , mil de ellos completamente encubertados , se entró por la Navarra , rechazó á Nuñez de Lara , taló todo cuanto se le opuso al paso , y se volvió á defender la parte mas amenazada de sus dominios. Habia concebido esperanzas de que el inglés declararia la guerra á la Francia , y tampoco se realizaron. Habia instado asimismo y casi obtenido promesa de que el emperador Rodolfo haria una incursion en Italia , y se atravesaron circunstancias que lo impidieron. Las diferencias que le traian enemistado con una parte de sus súbditos aragoneses , fueron llevadas ante el justicia de Aragon para que las fallase como juez entre el príncipe y los que argüian de agravios ; y lo hacia absolviendo unas veces al monarca , condenándole otras , acusado el rey de contumacia. Experiencias dolorosas para un príncipe. Y para acrecentar su amargura , en vano probó á tocar las fibras del corazon de su hermano don Jaime , rey de Mallorca , para que se pusiese de su parte en aquellos dias de prueba : el hermano prefirió la amistad de los extraños , y entró en tratos con los que llevaban á pecho la empresa de despojar de su corona al vencedor de Carlos de Sicilia. Los aprestos que hizo el francés para conseguirlo fueron dignos de su objeto. Una escuadra compuesta de ciento cuarenta galeras , sesenta taridas para el embarque de la caballería , é igual número de buques de transporte , estaba destinada á barrer y talar las costas de Cataluña y Valencia : cuyo resultado le hubiera probablemente obtenido el francés , á no haberse interpuesto marinos tales como los catalanes , mandados por unos jefes tan intrépidos como Mayol , Marquet , y Roger de Lauria. Las fuerzas terrestres con que contaba el

rey de Francia para llevar á cumplimiento la sentencia pontificia consistian en doscientos mil soldados, la cuarta parte sirvientes, en su número diez y siete mil ballesteros, y diez y ocho mil seiscientos caballos de guerra. Esta nube de guerreros venia de las márgenes del Sena, llevando enarbolada la oriflama real en señal de que no se trataba de dar expansion á los enojos de un potentado cualquiera, sino de llevar á cumplimiento una voluntad suprema. Esa Iberia que Cartago no pudo sojuzgar, y en cuya conquista echó el senado romano doscientos años, y para cuya inundacion fue necesario que el norte abriese todas sus cataratas, y de la cual no habian podido triunfar completamente ni los árabes omeyas, ni los almorayides, ni los secuaces de Mehedi, ahora en un momento iba á ser ocupada sin obstáculo, á paso de carga, en ejecucion de un decreto del Vaticano. El hijo del conquistador de Mallorca, de Valencia y Murcia debia ser depuesto, y un Valois debia sucederle y vengar en los descendientes de los celtíberos los desastres sufridos por Clodoveo y Carlo-Magno. Ya el estandarte francés ondeaba en la Vasconia, y era de creer que le verian muy luego saludado con respeto en las riberas del Ebro, en las del Júcar, y acaso en las del Bétis, del Tajo y del Duero. El armamento era comparable en el número con aquellas inmensas masas de africanos que cruzaban de vez en cuando el estrecho gaditano, pero muy superior en la disciplina.

Sin embargo, el rey don Pedro no perdió ni un momento su magnanimidad ni su confianza en los iberos. Debió de creer que el pecho de sus súbditos se ensanchaba á medida que el peligro era mas grande. Ya no pensó ni en la deslealtad de su hermano el rey de Mallorca, ni en la mala fé de su sobrino el rey de Castilla, ni en las excusas del rey

de Inglaterra, ni en los obstáculos que se complacian en oponerle los aragoneses, ni en la injusticia de que acusaba á Roma: pensó solamente que él era el campeón á quien estaba encomendada la independencia ibérica. En Barcelona hizo prender y ajusticiar á un Berenguer Oller, cabeza de motin, que habia tramado el exterminio de los nobles y del clero, el saqueo de la judería y la aclamacion del rey de Francia por complemento. Pasó á Perpiñan, en donde acabó de convencerse de que su hermano don Jaime obraba de concierto con el papa y con los franceses, y viendo que le era imposible conservar la ciudad ni la menor parte del Rosellon, se replegó de esta parte del Pirineo, en la Junquera. Presto apareció el ejército francés, seguido de cinco mil caballos procedentes de la corte pontificia, y de las milicias de las poblaciones por cuyos términos se iba adelantando el rey de Francia. Dice un autor que las acémilas que seguian al ejército cargadas de provisiones llegaban á ochenta mil; y añade que el rey de Francia iba acompañado de su hijo mayor Felipe, que se titulaba rey de Navarra, y de su hijo menor, Carlos, á quien llamaban rey de Aragon, y de don Jaime, rey de Mallorca, que venia con esperanzas de despojar á su hermano de la corona de Valencia. La ocupacion del Rosellon fué obra de muy poco tiempo, y muy luego cruzaron los franceses el Pirineo. Don Pedro habia hecho llamamiento general de los catalanes hácia el condado de Ampurias, dando él el ejemplo, puesto á la vanguardia de los independientes. Al mismo tiempo habia cuidado de que se cubriese la frontera de Navarra; y por la parte de Castilla, un caballero aragonés, don Pedro Martinez de Bolea, habia procurado á nombre del rey, y sin que este lo supiese, poner á salvo la frontera, prometiendo al rey don

Sancho que le seria entregada la ciudad de Calatayud si no favorecia en aquella lucha al papa ni al francés, partido al que ya se inclinaba. En la frontera de Navarra don Juan Nuñez de Lara y sus parciales fueron rechazados con grave pérdida. Pocas campañas pueden haber ofrecido mas interés que aquella de que era teatro Cataluña. Un rey sin amigos exteriores, y entre cuyos súbditos se ha logrado introducir la discordia, y que apenas ha podido juntar un puñado de hombres valientes, recorre osada y desembarazadamente las fronteras amenazadas, como si fuese la cosa mas natural del mundo el defenderse con cinco ó seis mil hombres contra doscientos mil enemigos, á quienes se ha hecho creer que pesa sobre su contrario la maldicion del cielo junto con la de la tierra. El paso mas frecuentado para cruzar el Pirineo era el de Pertús, aunque se sabia que otros dos eran tambien practicables, uno en país de los ceretanos, y otro hácia la costa. El rey de Francia hizo alarde de querer penetrar en España por el primero, que era el mas trillado. Don Pedro ocupó una eminencia, llamada de Panizás, sita junto al Pertús, y desde allá defendió el paso, de suerte que durante veinte dias el francés no pudo moverse del Bó-ló, por cuyas cercanías se extendian sus numerosas huestes. Y cuando en nombre del rey de Francia le fué intimado que abandonase aquella posicion, é hiciese entrega de sus dominios al príncipe á quien Roma los habia encomendado, respondió, que muy poco debian haberle costado á quien tan fácilmente los repartia; pero que él los tenia de sus mayores, á quienes cada pié de tierra les costó raudales de sangre, y que por lo mismo antes de perderla era necesario hacer pagar por ella el mismo precio. Esta primera dificultad, que no pudieron vencer, quebrantó mucho el or-

gullo de los invasores. Fué necesario que mudasen de propósito y penetrasen por el collado de la Manzana, que está junto á Perelada. El rey de Aragon habia ganado un mes de tiempo, que era lo que deseaba, pues desde el primer momento se habia propuesto cansar á los franceses y anular su primera arremetida. Otra cosa habia ganado, y era inflamar el ardimiento de sus barones, é infundir en sus súbditos el deseo de no mostrarse inferiores en denuedo á su príncipe. Era imposible defender la villa de Perelada, y era una lástima tener que abandonarla en manos del enemigo. Ella misma se defenderá, dijo el vizconde de Rocaberti, señor de aquella villa, y la entregó á las llamas. Este ejemplo tuvo imitadores, de suerte que los franceses no pudieron ampararse mas que de sus tiendas. Corrian los últimos dias del mes de junio. Los ancianos, los niños y las mujeres se recogian al interior del principado, mientras los mozos y hombres capaces de manejar algun arma, iban al toque de somaten á rodear al monarca, que habia sido el primero en acudir á la defensa de la tierra. Hubo distintos pareceres acerca de si convenia detener á los franceses ante las murallas de Gerona; y el vizconde de Cardona, que era alcaide de la ciudad, dijo que, aunque á algunos les parecia empresa temeraria resistir á un ejército tan numeroso, no podía excusarse de tomarla á pecho, así por honra propia, como por la de la ciudad que le estaba encomendada. Determinóse por tanto, perdido el muradal del Pirineo, hacer de Gerona el primer baluarte de Cataluña. Dispúsose que soló quedase en la plaza la gente de guerra, y hasta ciento treinta caballos, unos quinientos ballesteros moriscos valencianos y dos mil almogávares; reparáronse las defensas, así en la ciudad como en el punto culminante de la Girone-

lla, y en las márgenes del Ter, que circuia en alguna manera la plaza. Sita esta en el declive de una colina, poseia una muralla antigua, bastante fuerte, atendidos los medios de expugnacion entónces conocidos. Desde Castellon de Ampurias, en cuyas ruínas, todavía humeantes, hizo asiento el rey de Francia, se adelantó su ejército contra la ciudad de Gerona. La tierra parecia abandonada y desierta. Solamente algunos castillos, como los de Carmenzó, Llers, Requesens, San Salvador, Rocaberti, Besalú, Camprodon, Monsoriu y Moncada, tenían presidio dispuesto á la defensa, pues lo demás parecia un yermo, en el que los propios habian hecho todo el mal que podian desear los extraños. El rey de Francia hizo proponer al vizconde de Cardona, que haria de él el hombre mas rico de España si le abria las puertas de aquella plaza. Respondió el vizconde, que su mayor riqueza consistia en la honra, y deseaba no solamente no perderla, sino acrecentarla. El ejemplo del rey daba sus frutos. Don Pedro recorria el anfiteatro que trazaba en torno de los franceses un ramal del Pirineo, repartia la gente de guerra en distintas posiciones, enviaba á sus casas á las milicias y somatenes que por el pronto no eran necesarios, seguro de recobrarles al primer llamamiento, cuidaba de que no faltasen provisiones ni pertrechos, interceptaba las vituallas y los convoyes del enemigo, reduciéndole á confiar su mantenimiento en su escuadra, daba órdenes para que esta fuese hostilizada, procuraba alargar la guerra, seguro de que cada dia ganaba él lo que perdía su enemigo, y al mismo tiempo instaba á los aragoneses á que depusiesen consideraciones mezquinas y elevasen el pensamiento hácia lo que de ellos esperaba la patria. Correspondió á estas instancias la union aragonesa, disponiendo que fuese servido el rey

eficazmente, aunque no se hubiesen cumplido las sentencias relativas á sus libertades. El rey de Francia no podia dar un paso sino por masas compactas, acosado y molestado en todos sentidos y direcciones. No se le daban batallas, y sin embargo todo el Ampurdan y la comarca de Gerona eran una incesante batalla. En todas partes, si no se movia, el país tomaba el aspecto de una vasta soledad; y si probaba adelantar un paso, parecia que las peñas se animaban para impedirselo. Guerra para acampar, guerra para vadear un rio, guerra para tomar una posicion cualquiera, guerra para aliviar la sed en los manantiales, guerra hasta para poder descansar un momento de las fatigas. Y tambien parecia que Gerona fuese el centro de esa inmensa batalla. Dábanse en ella repetidos asaltos á escala vista, y eran rechazados con una intrepidez ibérica. Las máquinas y los ingenios de los sitiadores eran destruidos ó entregados á las llamas, aun antes de ponerse en juego. Si el muro era minado ó derruido, se levantaba otro detrás de él mucho mas fuerte. Sitios y sitiadores, mas parecia que lidiaban por deseos de ofenderse mutuamente, que por la posesion de aquel reducido espacio. El rey ardia en deseos de acercarse á los que tan bravamente combatian por la comun causa, y quiso probarles que tambien en el denuedo personal era digno de ponerse en primera línea. Llegóse hasta el Puig de Tudela, no muy lejos de Gerona, como para dar ánimos á los suyos, y atrajo sobre sí lo mas selecto de las fuerzas enemigas. Venia entónces del monasterio de Monserrate, en cuya soledad habia querido pasar un dia para darse nuevos bríos, y muy presto tuvo ocasion de desplegarlos. Un cuerpo de gruesa caballería francesa se echó sobre una partida de almogávares que le servia de guia y escolta, y para socor-

rerlos empenó con los franceses una de las mas sangrientas jornadas de esta campaña. Los almogávares tenian por costumbre lanzar con furia sus lanzas y dardos, y poner mano á los estoques. Pero esta vez la caballería francesa los desordenó en el momento de poner por obra su táctica favorita. Replegáronse, y el rey se lanzó con su séquito contra el enemigo, sin contar su número. Vió que uno de ellos llevaba un estandarte rojo con realces blancos, fué contra él y le dejó cadáver. Derribado uno, acudieron otros tres portaestandartes con sus escuadrones, y lo que entónces hizo el rey don Pedro mas parecen acciones de un poema que relatos de una historia. Es muy difícil conservar su sangre fria, y mirar sin enternecimiento á ese rey, que habia cumplido como general, y ahora lidiaba como el mejor guerrero, infundiendo admiracion á los propios, y terror á los extraños cuya agresion rechazaba.

Algunos pretenden que de esta batalla salió mal herido. Es un error. Tuvo la fortuna de derribar con su maza á todos cuantos le amenazaron; y cuando hubo puesto en alarma á la mayor parte del ejército francés, se replegó como quien habia ya cumplido con su deber. Y sabiendo que uno de sus donceles quedaba moribundo en el campo de batalla, volvió á él para recogerle ó impedir que cayese en manos del enemigo. Este dia don Pedro y algunos ricos-hombres aragoneses y barones catalanes batallaron de poder á poder con la flor de la nobleza de Francia. Los almogávares se habian rehecho, y á su vez protegieron la retirada de don Pedro, aunque apenas era necesario, pues los franceses, con ser tan numerosos, no se atrevieron á alejarse del campo de batalla. Renovaron, sí, sus embestidas contra la ciudad de Gerona, unas veces dando asaltos á escala vista, y

otras valiéndose de nuevas y poderosas máquinas. Los asaltos eran rechazados, y las máquinas reducidas á pavesas. Esta actividad febril en mitad del verano, la mortandad consiguiente á unas lides tan obstinadas, las privaciones por la escasez de vituallas, efecto de la interceptacion de los convoyes y de las derrotas sufridas por la escuadra; y sobre todo las vigiliass, el malestar y la fatiga minaron en muy poco tiempo la salud de los franceses, y añadieron á los estragos de la guerra los de un mortífero contagio. El rey de Francia hizo proponer al vizconde de Cardona que pidiese todo cuanto queria, con tal que rindiese la plaza. Los de dentro no sufrían menos que los de fuera, solo que estos se renovaban, y aquellos no tenían quien los relevase. El vizconde se tomó seis dias de tiempo para dar respuesta, y mandó á pedir órdenes al rey don Pedro. Respondióle este que se tomase veinte dias mas de plazo, por si en ellos pudiese socorrerle. Oido lo cual, propuso el vizconde que si dentro veinte dias no era socorrido, saldria de la plaza con armas, enseñas, gente, bagajes, habitantes y bienes, dándosele seis dias para evacuarla completamente antes que pudiesen entrar en ella los sitiadores. Todo lo otorgaron estos con tal de poder conocer y honrar á los que se habían atrevido á desafiar las iras de un ejército formidable. Á la sazón el rey de Francia se había trasladado muy enfermo á Castellon de Ampurias. Vencido el plazo, el vizconde de Cardona don Ramon Folch hizo salir de la ciudad á los enfermos é inútiles para las armas, en seguida los moradores y la gente armada, y últimamente salió él con los caballeros. «Los franceses, dice D' Esclot, miraban á los que salían de Gerona, y se maravillaban de que tan escaso número de defensores hubiese podido defenderse durante tan-

to tiempo, y no los motejaron viéndolos salir, ni les dijeron ninguna villanía, antes los honraron todo lo mas que pudieron. » Es fama que despues, penetrando en la ciudad que estaba desierta, se derramaron por ella como furiosos, y profanaron los templos y el mismo sepulcro de san Narciso, patrono de la ciudad. La tradicion ha disfigurado aquí la historia, y cuenta que del sepulcro del santo salieron innumerables enjambres de moscas, que se cebaron en los franceses y causaron la muerte á cuarenta mil hombres. D' Esclot, que pudo hablar casi como testigo de estos sucesos, dice que ya antes de rendirse Gerona aparecieron en el campo francés nubes de moscas tamañas como la uña, que se metian por las narices y boca de los caballos y en un momento, añade, los hacian caer muertos y frios. Respecto á profanaciones y crueldades, los dos beligerantes pudieron echarse en cara algunas. De caballero á caballero, generalmente todos se mostraban generosos y aun magnánimos; con el estado llano eran sañudos, violentos y vengativos: y este les pagaba como en Sicilia con la misma moneda. Don Pedro haciendo ahogar en Barcelona á trescientos franceses heridos, que pertenecian al bajo pueblo, creyó hacer una cosa comun; lo mismo que Lauria al enviar ciento sesenta prisioneros al rey de Francia arrancándoles antes los ojos, excepto uno á quien dejó tuerto para que acompañase á sus companeros. Pero uno y otro conservaron y cuidaron los prisioneros caballeros, porque, dice D' Esclot, eran hombres buenos y honrados. Los franceses, dice Montaner, habian ejecutado en San Feliu de Guixols una perfidia que parecerá increíble. Hallando la poblacion desierta, dieron pregon de que harian limosna á todos cuantos infelices se les presentasen. Acudieron á poco muchos pobres ancian-

nos, niños y mujeres, y la limosna que les dieron fue encerrarlos en unas casas y quemarlos vivos. No es extraño, pues, que los catalanes se vengasen por todos cuantos medios podian, y que recibiesen con el mayor entusiasmo á Marquet, Mayol y Roger de Lauria, cuando echaron gente en el Ampurdan para cooperar con el rey don Pedro á la destruccion de los franceses. Estos quedaban reducidos ya á una tercera parte. Su escuadra ya no existia. Aquella numerosa caballería, cuyo aspecto infundia espanto, quedaba sepultada en su mayor parte en las cercanías de Gerona. Los restos de su infantería pedian á voces que se les sacase de esa tierra que les habian pintado deseosa de recibirlos con los brazos abiertos como á libertadores, y en la que no se les habia dado ni un momento de descanso. El monarca francés, quejoso de los que le habian traído á tal extremidad con sus consejos, y lleno de amargura á vista del desastroso fin que habia tenido el mejor ejército que en ningun tiempo hubiese allegado la Francia, conocia que aunque cediese la enfermedad que le aquejaba, el dolor iba á matarle sin remedio. Llamó ante sí á su hijo mayor Felipe, rey de Navarra, dijole que sentia no haber atendido á sus consejos cuando le decia que no seria tan fácil la conquista de la España como presumian algunos, pidióle que no echase en cara á su hermano Carlos de Valois el haberse creído destinado por la Providencia á regir los destinos de las mejores comarcas de la Iberia, y le instó á que procurase salvar las reliquias del ejército, obteniendo salvoconducto del rey don Pedro, pues deseaba morir, si posible fuese, al otro lado del Pirineo. Felipe hizo cuanto pudo para dar satisfaccion á aquel príncipe desgraciado. Dejó en Gerona al senescal de Tolosa con cinco mil infantes

y doscientos caballos , emprendió la retirada hácia la frontera. Pero don Pedro se le habia anticipado , ocupando el cerro de Panizás. Entónces el príncipe hizo decir al rey de Aragon, que deseaba de su caballerosidad que no le cerrase el paso, pues su padre era llevado en andas moribundo, y no pedia otra cosa que salirse de España cuanto antes. Respondióle don Pedro que , atendida la forma y el fondo de su demanda, se la otorgaba en su nombre y en el de sus barones ; solamente no le respondia de que los almogávares y las milicias , irritadas como estaban , se aviniesen á obedecerle en tal punto , ni aun él se atreveria á mandárselo : pero que estuviese seguro de que ningun caballero le ofenderia en su retirada. Así lo cumplió ; mas no pudo impedir que el entusiasmo de los peones y sirvientes se avivase á medida que el francés se retiraba, y que tratasen de vengar en los fugitivos todo el mal que habian hecho á la tierra. Tales rebatos les dieron, y en tal manera los acosaron, que cada pié de tierra en la salida les costaba tanta gente como en la entrada, y echaban un dia en andar media legua escasa , dejando muchos cadáveres por rastro. Hay quien dice que en las andas que llevaban iba ya cadáver el rey de Francia. Otros aseguran que en Perpiñan acaeció su muerte lastimera. Ejemplo triste para los que aspiran á grandes injusticias, creyendo que por algun camino puede sancionarlás el cielo. Algunos meses antes habia muerto tambien el papa Martin IV , que habia publicado la cruzada contra el rey de Aragon y llevado con ella al matadero á la juventud de Francia y de Italia. Los desgraciados iban tan confiados á matar iberos, que decian que para ganar la nueva indulgencia bastaria arrojar algunas piedras. Fué pues para sus familias una grande é inesperada catástrofe el triunfo de don

Pedro. Si antes era tenido este por el mejor guerrero de la Europa, ahora su fama y la de los aragoneses y catalanes habia crecido mucho en la opinion de las gentes. Habian tomado por la mayor de las injurias el suponerlos abandonados de su mismo Dios, condenados á la degradacion y al vilipendio, y reducidos al ser y estado de cosas muebles cuyo dominio se traspasa por un simple decreto. Antes de darse por vencidos quisieron recordar al mundo que aquí se conservaban buenas memorias antiguas y se hacian esfuerzos para renovarlas. Verdad es que pocas veces habian obedecido á un monarca que tuviese mas ancho y levantado el pecho. No bien hubo echado de la tierra á los franceses, no pensó mas que en recobrar los presidios que ocupaban, Gerona uno de ellos; y lo obtuvo con condicion de que se le rendirian, si finido cierto plazo no eran auxiliados, como no podian serlo. Ni aun así dió por terminada su obra, sino que trató de volver á la corona la isla de Mallorca, arrebatándola á su hermano Jaime, que habia preferido la alianza francesa al honor de su patria. Hechos los preparativos para esta empresa, y dada orden para ejecutarla, en el momento mismo en que su gloria quedaba puesta en el mas alto punto, cuando ya su patria respiraba libre del mayor peligro, cuando sus súbditos le bendecian llamándole el libertador, el ilustre, y el grande; como si conseguido este resultado hubiese puesto el sello á una sentencia providencial y tremenda de la que habia sido el instrumento, al salir de Barcelona para Tarragona, el dia 26 de octubre del año 1285, se sintió malo, y tuvieron que llevarle en andas á Villafranca del Panadés. Parece que su enfermedad fué un resfriado que degeneró en mortal pulmonía. Apenas contaba cuarenta y seis años. Su reinado habia sido un episodio

épico interpolado en el poema de nuestra reconquista. Sin duda se dirían en Italia que no era lo mismo lidiar contra los moros que contra los europeos mas belicosos, y les parecería que lo mismo fuera asomar por el Pirineo la oriflama francesa y el estandarte pontificio, que quedar sojuzgada la Iberia. Mas don Pedro probó que á pesar de serle contrarios los navarros y los mallorquines, y casi enemigos declarados los castellanos, bastaba que un campeon tomase la voz de la independenciam de la patria, para que la Iberia rechazase á los galos, como un dia habia rechazado á los cimbro. Tambien habia probado que toda vez que la Italia era un nuevo Olimpo en que se forjaban rayos para destruir imperios, la Iberia no podia menos de acercarse á ella para ejercer en el mundo su parte de influencia. Si algo contribuyó eficazmente á dar el golpe de gracia á las cruzadas, fué sin duda la intrepidez del rey don Pedro. Cuando su obra estaba consumada murió á tiempo.

Fueron admirables sus últimos momentos. Llamó á su lado al arzobispo de Tarragona, á los obispos de Valencia y Huesca y á otros prelados, barones y caballeros, y les dijo: que ninguna de sus empresas habia sido dirigida contra la iglesia ni sus representantes, sino contra sus enemigos y los de su tierra; pero que, esto no obstante, acataba la sentencia dada por el pastor, y como buen cristiano, en el tribunal de la penitencia, pedia humildemente que fuese levantada y revocada en el modo y forma debidos. Á estas palabras siguió una muy tierna ceremonia: El arzobispo, habido acuerdo con los obispos y prelados presentes, dice D' Esclot, absolvió al monarca en medio de los sollozos de cuantos allí se hallaban. Gran pecador he sido, decia don Pedro, y ahora reconozco que la vida del hombre es una

cadena de culpas. Cuando le presentaron el viático se levantó y quiso recibirle de rodillas. Estando en la agonía le dijeron que los franceses habian entregado ya la plaza de Gerona, y dijo que se alegraba, no por mala voluntad que tuviese al francés, sino por amor que tenia á su tierra. Despues le dijeron que el príncipe de Salerno, recientemente conducido de Sicilia á Barcelona, le saludaba afectuosamente. Por toda respuesta, pues ya no podia hablar, cruzó los brazos sobre su pecho y alzó los ojos al techo como en señal de agradecimiento. El día 2 de noviembre dió el último suspiro: otros dicen el 11, y se fundan en el epitafio de su sepulcro. D' Esclot dice que los prelados, abades, condes, ricos-hombres, caballeros, ciudadanos, religiosos y hombres de todos los estados á una voz levantaron el llanto mas fuerte que por ningun rey de España se haya vertido. Su cadáver fué llevado en hombros al monasterio de Santas-Creus. Era alto de cuerpo, de formas hereúleas, gallardo por su presencia y lleno de una majestad imponente. Hijo de un padre animoso, activo, generoso, valiente y magnánimo, no le fué inferior en ninguna de sus virtudes. De su esposa doña Constanza de Sicilia tuvo cuatro hijos y dos hijas, don Alonso, que le sucedió en el trono, don Jaime, que fué rey de Sicilia, y luego por muerte de su hermano mayor subió al trono de Aragon, don Fadrique, que reemplazó á su hermano don Jaime en el trono de Sicilia, y don Pedro, que casó con una hija del vizconde de Bearne. De sus dos hijas, la segunda, doña Violante, casó con Roberto, rey de Nápoles, y la primera fué aquella doña Isabel, reina de Portugal, y santa. Fuera de matrimonio hubo en una dama, llamada doña María Perez, dos hijos y una hija, llamados don Jaime, don Juan y doña Beatriz: esta casó

con un vástago de la casa de Cardona. En otra dama, por nombre Inés de Zapata, tuvo tres hijos y una hija, don Fernando, que fué señor de Albarracin, don Pedro, que se estableció en Portugal, don Sancho, que fué castellan de Amposta, y doña Teresa, que murió sin hijos. Algunos dan el nombre de Blanca á la doña Beatriz habida en doña María Perez; pero otros afirman que esa doña Blanca, casada con otro miembro de la casa de Cardona, distinto del esposo de doña Beatriz, fué otra hija natural habida por don Pedro en otra dama cuyo nombre nos es desconocido. Ya hemos mencionado las distintas córtes que celebró, á saber las de Valencia en 1276, para su coronacion; las de la misma ciudad en 1283, citadas por algunos autores como las primeras que allí se celebraron en calidad de generales, con distincion de brazos, convocatoria, y promulgacion de leyes; las de Barcelona de 1276, citadas por Muntaner; las de la misma ciudad en 1281, citadas por Pujades, y las del mismo punto en 1283, tan nombradas, y de que ya nos hemos ocupado; las de Zaragoza en 1276 para la coronacion real y la jura del sucesor; las de Tarazona de 1283, célebres por los capítulos de agravios que en ellas se extendieron; las de Zaragoza de 1284, continuacion de las actas de la Union aragonesa; las de la misma ciudad en 1285, trasladadas á Huesca y despues á Zuera, siempre sobre el mismo tema; y las de Zaragoza celebradas el mismo año, y en que se dispuso que se auxiliase y sirviese al rey contra el extranjero, aunque no habia desagraviado á los quejosos. Algunos rasgos bastan para pintar al vivo el carácter del rey don Pedro. Ya continuamos aquella su sabida respuesta de que se cortaria la mano izquierda si supiese que queria indagar lo que hacia la derecha. Cuando

fué á Barcelona para desbaratar el plan que llevaba formado el conspirador Oller, este le salió al encuentro y quiso besarle la mano: no es costumbre, le dijo rechazándole, que un príncipe bese la mano á otro. Oller era en cierto modo el príncipe de la plebe. Cuando el rey de Francia hacia grandes armamentos marítimos, no quiso don Pedro hacer construir en sus costas mas de veinte galeras. Maravillábanse sus cortesanos de que pensase en armar solo veinte galeras para oponerlas á las ciento cincuenta que armaba el francés. Con esto conseguiremos, dijo don Pedro, que el rey de Francia no se recele de nosotros, ni concentre sus naves. El resultado correspondió perfectamente á este cálculo. Por último, ya dijimos que antes de emprender su jornada para dar auxilio á los sitiados de Gerona, quiso visitar el monasterio de Monserrate, como para avivar en aquella soledad sus brios y su amor á la patria. Dícese que allí pasó en vela ante el altar toda una noche, sumergido en una meditacion profunda. Al cabo de pocos dias hacia maravillas, como dicen los cronistas, en aquella batalla que le salió tan cara á la nobleza de Francia. En suma, dice Muntaner, el rey Pedro de Aragon fué el mejor caballero de su tiempo, el mas sabio y gallardo en todo, y el que reunia en su persona mayor cúmulo de perfecciones que ningun otro hombre del mundo. Un enviado especial de los ejecutores testamentarios pasó á Mallorca, dió la triste noticia al príncipe don Alonso, ya rey, y le infundió tales alientos, que en pocos dias aquellos moradores se le rindieron, lo mismo que los de Ibiza, aunque habian querido oponerle una tenaz resistencia. Envia un sabio, dice Muntaner, y no le digas lo que tiene que hacer. El enviado pasó despues á Sicilia, y saludó al infante don Jaime como rey de la isla.

El quebranto fué grande, tanto más cuanto estaba allí la reina con sus hijos. El nuevo rey de Sicilia comprendió que no se le legaba un trono pacífico, sino un puesto de honor á la vanguardia en un combate. Sus primeras disposiciones consistieron en armar veinte galeras, confiarlas á Berenguer de Sarriá, hacer barrer con ellas las costas mas orientales de la Italia, trasladarse despues á la Calabria, y apoderarse de toda ella, menos del castillo de Stilo. Esta incursion no la hizo como los franceses en Cataluña apelando á la fuerza numérica, sino con poca hueste, pero muy aguerrida, de suerte que los mas huian siempre á la aproximacion de los menos. Salerno y Nápoles fueron amenazadas, y la ciudad de Gaeta fué sitiada. El príncipe de Salerno, obtenida su libertad, recorrió la Francia y la Italia pidiendo auxilios á los aliados de su difunto padre, y se dispuso para hacer levantar el sitio de Gaeta. No lo consiguió sino firmando con el rey de Sicilia en 1288 una larga tregua. Nada perdía en ella el siciliano, y consintió en firmarla quedando por el pronto en pacífica posesion de la Sicilia y de la Calabria. Por otra parte la tregua le permitia secundar los esfuerzos de su hermano don Alonso III de Aragon, conforme este se lo habia manifestado. Alonso, una vez dueño de Mallorca y de Ibiza, se trasladó á Barcelona, y expidió convocatoria para celebrar córtes en Zaragoza, en donde deseaba ser coronado solemnemente. Roger de Lauria le pidió que le dejase hacer una excursion hácia Marsella mientras los ricos-hombres y los síndicos de las ciudades respondian á aquella convocatoria. Está bien, le dijo el rey. Lauria no perdió el tiempo. Las costas de la Provenza recibieron de rechazo todo el daño que los franceses habian causado en las mas orientales de Cataluña; excepto que se dió cuartel á los ni-

ños, mujeres y ancianos. El botín que Lauria recogió fué inmenso, pero dijo que no le alegraba esto, sino la devolucion del espanto que en las familias costareñas de Cataluña habia sido infundido. Entretanto el rey Alonso habia pasado á Santas Creus, seguido de trescientos prelados y abades, y de diez miembros de cada una de las órdenes religiosas de sus dominios, y habia hecho celebrar durante diez dias unos magníficos funerales por el alma de su padre. Las córtes se abrieron en Zaragoza el dia 17 de diciembre de 1285, y luego se prorrogaron para el 28 de enero del año siguiente. Algunas de las demandas versaron sobre reformas que era conveniente hacer en el consejo y en la casa real, y la necesidad de que ningun príncipe tomase el título de rey sin haber antes jurado los fueros del reino. Este juramento le hizo don Alonso III el dia 15 de abril de 1286. Siguiéronse á las córtes unas fiestas magníficas. Roger de Lauria, que era uno de los héroes mas agasajados, habia hecho construir dos balsas desde las cuales distintos campeones guerreaban á tiros de naranjas. Lauria pasó despues á Valencia, en donde concertó con su sobrino don Juan la manera de hacer, por decirlo así, algaras marítimas para no dar un punto de descanso á los moros, á los berberiscos, ni á los demás enemigos de su patria. La isla de Gerbes fué nuevamente devastada, y aquel almirante fué el azote del Mediterráneo. Recorrió el archipiélago, cruzó por delante de Setull, tomó tierra en Porto-Quaglio, en Coron los venecianos le facilitaron abundantes vituallas, y por último desembarcó en Matagrifon, en donde un príncipe de la Acaja habia hecho construir un castillo para mantener á raya á los griegos. Allí le salieron al paso quinientos ginetes franceses y algunos miles de peones. Lauria desembarcó un cuerpo

de ciento cincuenta caballos que llevaba en las galeras, y la mayor parte de los soldados de su escuadra, y tuvo la fortuna de ganar una victoria completa. Casi todos los franceses murieron ó cayeron prisioneros. De aquí pasó á Clarenza y la puso á contribucion, devastó la Morea que entónces era llamada la Nueva Francia, y luego puso á saco Patras, Cefalonia y toda la isla de Corfú. Los antiguos griegos no habian dejado descendientes. Encaminóse luego á la Pulla, y tomó puerto en Brindes. Saltó en tierra con toda su gente, y luego vió que le esperaban en batalla setecientos caballeros franceses con su correspondiente infantería. El almirante se creyó perdido. Á pesar de esto, dice Muntaner, se encomendó á Dios, se arrojó contra el enemigo, y le hizo retroceder hasta el puente que conducia á Brindes. Los almogávares rompian por el centro sus lanzas para manejarlas mejor, y arremetiendo contra los caballos enemigos, se las hundian en los costados. Á Roger de Lauria le mataron el caballo los franceses, y no sin dificultad se le pudo hacer subir en otro. Al cabo consiguió encerrar á sus contrarios en Brindes, habiéndoles muerto cuatrocientos caballeros y gran número de peones. Cuando Lauria entró en Mesina, obtenidas estas ventajas, el rey de Sicilia y el pueblo le hicieron un recibimiento que hubieran envidiado algunos cónsules romanos. Á la sazón la fiereza ibérica, rechazados sus mas temibles enemigos, se irradiaba con asombro de la Europa.

Alonso en tanto no permanecía ocioso. Llamó á su hermano don Pedro, y le dijo que pensaba castigar al castellano por la alevosía con que abandonó al rey don Pedro en un trance supremo, y que al efecto tenia dispuesto enviarle mensajeros que le retasen, y luego penetrar en sus tierras

con quinientos caballeros de Aragon , otros tantos de Cataluña , doscientos de Valencia y veinte mil almogávares , sacado antes de Játiva el infante don Alonso , su primo , hijo del difunto don Fernando , heredero que fué del trono de Castilla. Habidas las cortes de Valencia , abiertas en 11 de setiembre de 1286 y finidas en Burriana , en las cuales don Alonso fué jurado como rey de Valencia , y á su vez juró los fueros y privilegios de este reino , enviado el mensaje al castellano , y dispuesta la hueste que debia penetrar en Castilla á las órdenes del infante don Pedro , sucedió que este cayó enfermo en Calatayud , y fué necesario que el mismo rey dirigiese la expedicion proyectada. Parece que estuvo tres meses internado en los dominios del rey don Sancho , y que tomó por la fuerza algunas poblaciones , se le entregaron otras , y en ellas hizo jurar por rey á don Alonso. Al cabo de dicho tiempo le llegaron nuevas de la frontera del Rosellon , y cartas del conde de Ampurias y del de Rocaberti , en que le decian que en los franceses se notaba otra vez movimiento de gente , y unos como preparativos de volver á entrar en campaña ; por lo que le fué preciso pasar allá , y encargar la guerra de Castilla á los infantes que tenian interés en volver por su propio derecho. No eran los deseos del francés ni los del nuevo sumo pontífice el renovar la guerra en España. Catástrofes hay que imposibilitan por mucho tiempo la renovacion de una guerra : y tales eran las que habian puesto término á la invasion de la Cataluña. Alonso allegó gente en el Principado , penetró en el Rosellon hasta el Boló , se fué á Collioure , y se volvió á Figueras seguro de que los franceses no hacian movimiento. En Figueras , para dar esparcimiento á sus caballeros , ordenó un torneo en el que lidia-

ron unos cuatrocientos paladines. De vuelta de esta expedición tan pacíficamente terminada , estando el rey en Barcelona recibió tres mensajes, uno del papa que solicitaba la paz, otro del rey de Francia que pedia lo mismo, y como seguridad de ella la libertad del príncipe de Salerno , y por último uno del rey de Inglaterra que proponía el casamiento de una hija suya con el rey de Aragon ; y en caso de efectuarse prometía ser mediador entre los beligerantes , y llevar las cosas á un buen acomodamiento. Alonso de Aragon se inclinaba á aliarse con el rey de Inglaterra , y así fué fácil decidirle á que se avistase en Oloron de Gascuña con ese monarca. Ya en vida de don Pedro III habia sido tratado matrimonio entre don Alonso y doña Leonor, hija de Eduardo IV de Inglaterra. Ahora fué concertada formalmente la boda , aunque debia tardarse cinco años en consumarla, por causa de la poca edad de la princesa. Sin embargo, las fiestas celebradas con ocasion de ese futuro himeneo duraron un mes y fueron magníficas. Un dia, dice Muntaner, el rey de Inglaterra convidaba al de Aragon , y otro dia el de Aragon volvia el convite al rey de Inglaterra. El resultado de esta entrevista fué que el papa , el francés y el aragonés acordaron que don Alonso pusiese en libertad al príncipe de Salerno , y que este enviaria tres de sus hijos y veinte hijos de sus ricos-hombres para que quedasen en rehenes mientras se firmaba el tratado de paz á satisfaccion de todos : y así se hizo. Muntaner explica de muy distinta manera que otros historiadores nuestros la conquista que don Alonso III hizo en la isla de Menorca. Don Jaime I se habia contentado con obtener parias y vasallaje de los menorquines; y realmente le sirvieron con lealtad siempre que reclamó su auxilio. No estuvo tan contento de ellos el rey

don Pedro III, pues supo que el arraez ó intendente de la isla habia dado aviso á los africanos de Constantina de la expedicion dispuesta contra ellos. Recientemente parece que el desposeido rey de Mallorca trataba de allegar en Menorca una buena escuadra francesa, y gente de guerra para reconquistar su perdido trono; por lo que Alonso III, obtenidos auxilios de su hermano el rey de Sicilia, y concentradas en el puerto de Salou sus mejores fuerzas navales, en lo mas rívido del invierno de 1287 hizo rumbo para Mallorca, y de allí se trasladó á Mahon para sujetar á los menorquines. Muntaner dice que esta sujecion la obtuvo, ganada antes una sangrienta batalla contra cuarenta mil hombres. Otros ven en este número alguna exajeracion, y prefieren creer que la rendicion de Menorca fué obtenida por tratos, vista por el arraez la imposibilidad de la defensa. El arraez se retiró á Berbería con su familia y parte de sus tesoros, y dicen que naufragó antes de arribar á ella. Añádese que el rey don Alonso III hizo prender á todos los moradores de la isla, que eran unos cuarenta mil, y dispuso que fuesen trasladados á Mallorca, Sicilia, Cataluña y otras partes, y allí vendidos. Entónces, añade Muntaner, fué fundada la ciudad de Mahon, y la poblaron catalanes. La Union del reino de Aragon, compuesta de los ricos-hombres, caballeros y representantes de las poblaciones, continuó durante el reinado de don Alonso la obra que hace tiempo venia emprendiendo. Proveyeron por el pronto á la represion de los merodeadores que continuaban infestando el reino. Manifestaron á don Alonso la conveniencia de que no se denominase rey hasta haber jurado en Zaragoza los fueros del reino. Á esta observacion don Alonso no se habia dado por ofendido, antes dijo que acudiria como acudió á

satisfacer á los aragoneses, cumpliendo con las formalidades de costumbre. Á la sazón don Pedro Cornel habia rechazado una agresion de los navarros, que intentaron hacer cabalgada en Aragon en bien de los franceses. En las córtes de Zaragoza ya citadas, el espíritu de la Union se manifestó tambien sin el menor embozo. Parecíales á sus miembros que no era para repetida la experiencia hecha en el rey don Pedro III, pues si bien este por su grandeza de alma habia salido con bien de ella, otros en su lugar hubieran perdido la tierra, si siguiesen el sistema de adoptar á ciegas sus caprichos sin querer aconsejarse con nadie: y decian que á esto no podia ponerse otro remedio, fuera de que el rey tomase acuerdo de las córtes en el ordenamiento de su casa y consejo. Hubo en esto mucha oposicion por parte de algunos ricos-hombres, acostumbrados á mirar como hogar propio la casa de sus príncipes. Decian estos, y lo mismo repetia el rey, que siempre debia haber diferencia entre lo alto y lo bajo; y que un príncipe con tales trabas, mas pareceria forzado que digno de respeto; y que ciertas novedades, mas bien que celo por la libertad del país, parecerian deseos de promover alteraciones. Este punto, por de difícil resolucion y muy delicado, se puso en manos de treinta y tres personas prudentes que sobre de él deliberasen. No pudieron ponerse de acuerdo, ni al rey le fué posible conjurar aquel malestar, aunque hizo en el ordenamiento de su casa algunas innovaciones. Sabíase que el rey por su voluntad habia enviado mensajes al papa, al castellano, y á los reyes de Francia y de Inglaterra, y les parecia á los de la Union que no era del caso correr nuevas aventuras sin su ciencia y previo consentimiento. En vano se probó en las córtes de Huesca, celebradas en 1286, á poner un término á

semejante desacuerdo, pues al contrario, en ellas estallaron nuevas desavenencias, y solo se estableció con comun consentimiento que el fuero de Aragon sirviese para el reino de Valencia, juzgando por él los reyes y nó por otro ninguno. Era tan vidrioso estado de cosas aquel en que el rey don Alonso III habia encontrado el reino, que en realidad las ocasiones no le dejaban á veces tiempo para andar en consultas con los miembros influyentes de sus estados. La conquista de Mallorca habia hecho necesaria la de Ibiza y luego la de Menorca. La expedicion de Lauria á las costas de Francia, y luego á las de Berbería, Grecia é Italia, mas bien necesitaban mucha decision y actividad, que no premeditacion y consejo. Además de esto, la prudencia aconsejaba las embajadas enviadas á la corte de Francia y al rey de Inglaterra para quitarse de encima la nota de temerario. La crónica de Muntaner precipita un poco y confunde los hechos de este reinado, y no menciona las dificultades que halló don Alonso en la Union de los aragoneses. Despues de las vistas de Oloron, hubo otras en Jaca entre el rey de Inglaterra, los legados pontificios y el rey de Aragon. La corte romana mas bien parecia amenazar que no tratar de una avenencia, y ponía siempre por delante conminaciones por vias del alma, y alardes de guerra para el caso que sus deseos no fuesen atendidos. En esta parte Alonso III, aunque sinceramente religioso, conservaba clara la mente, y era imperturbable como su padre. Tampoco se deduce de Muntaner esa parte resbaladiza de las negociaciones. Exigíase del rey su comparecencia ante la curia romana dentro de cierto plazo, y no se le daban mas que esperanzas vagas de que fuese revocada la donacion hecha de los dominios de la casa de Aragon á favor de Carlos de Valois; y á

fin de obligar al rey á que fuese allá personalmente, no se le daba salvoconducto para que enviase embajadores. Añádanse á estas dificultades las contrariedades de la Union, y se vendrá en conocimiento de cuán poco apetecibles eran las fiestas de que Muntaner pinta sembrada la dominacion de Alonso III. En 8 de marzo de 1289 se sabe haberse juntado los ricos-hombres, caballeros y delegados de las poblaciones que llevaban voz por la Union, y declararon que daban por suyos los castillos que el rey dejó en rehenes del cumplimiento de sus promesas, dado que no las habia cumplido, ni habia celebrado corte en sazón y tiempo prometidos, ni obligaba á los valencianos á estar á fuero de Aragon, y habia soltado al príncipe de Salerno y admitido en su lugar otros rehenes, y habia desafiado al rey de Castilla, enviado amigos y misivas, ya que no pudo embajadas, á la corte pontificia, y hecho muchas donaciones que eran revocables. Los analistas de Aragon añaden tambien detalles á los que da Muntaner acerca de la campaña hecha por Alonso III en Castilla. En primer lugar afirman que no fué antes de las vistas de Oloron, sino despues de ellas y del arreglo hecho en Jaca con el rey de Inglaterra. Añaden que el infante de Castilla, á quien se sacó de Játiva para hacerle entrar con ejército en ese reino, firmó tratos de alianza con el rey de Granada, y prometió entregar al rey de Aragon el reino de Murcia. Erradamente dicen que Muntaner afirma que el ejército del pretendiente á la corona de Castilla constaba de cien mil infantes y dos mil quinientos caballos, pues solamente le da dicho cronista veinte y un mil doscientos hombres, los mil doscientos de á caballo. Tienen por indudable que mientras el aragonés penetraba en tierras del castellano, este se avistaba en Bayona con el rey de Francia, y acor-

daban no dar descanso á su comun enemigo. Parece que don Diego Lopez de Haro favoreció á la sazón al pretendiente y venció en batalla campal á Rui Paez de Sotomayor, que mandaba las tropas del rey de Castilla. Siguióse á esta complicacion un nuevo cúmulo de contrariedades. Los franceses, en union con los navarros, rompieron la tregua, y se apoderaron de la villa de Salvatierra. Don Jaime, tio de don Alonso III, envió á este un cartel de desafío, y tenia fija la vista en esa isla de Mallorca que le habian arrebatado y que era sus amores. El nuevo pontífice estaba tan distante de querer condescender en los puntos capitales, que no vaciló en coronar al príncipe de Salerno en calidad de rey de Sicilia, á lo que se siguió la lucha encarnizada entre este príncipe y el hermano del rey de Aragon, segun ya la dejamos anotada. Á las turbaciones movidas en Aragon y Valencia por los de la Union, y acalladas por medio de varios privilegios otorgados por el rey á los que formaban parte de ella, habian seguido de cerca unas serias desavenencias entre los Moncadas y los Entenzas. De suerte que pocos monarcas se habian visto mas contrariados por dentro y fuera como lo fué el rey don Alonso III. Á todo acudió sin embargo, y de todo salió con bien, mostrando flexibilidad unas veces, grande entereza otras, y mucha sangre fria en todas ocasiones. En los primeros meses del año 1290, á instancia del rey de Inglaterra, se avino el rey Carlos, antes príncipe de Salerno, á avistarse con el aragonés para tratar de la paz definitivamente. La entrevista tuvo lugar en los lindes del Rosellon y Cataluña, entre el Pertús y la Junquera, y en ella se acordó una nueva tregua. Aprovechóla el rey de Aragon para celebrar córtes en Barcelona, y hacer nombrar mensajeros que fuésen á Tarascon con plenos poderes para

tratar de la paz. Para ello fueron elegidos dos ricos-hombres, cuatro caballeros, dos letrados, dos ciudadanos, y dos síndicos de poblaciones. Ya los esperaban el rey Carlos, un cardenal legado del papa, varios embajadores del rey de Francia, y cuatro enviados del rey de Inglaterra. El papa triunfaba por el mero hecho de no ser llamado para tratar de paz los embajadores del rey de Sicilia, lo que daba á entender al mismo tiempo que el aragonés separaba su causa de la del siciliano y no creía prudente persistir en su defensa atrayendo sobre sí una alianza del castellano, del francés y del italiano. Dice Muntaner, cap. CLXXIII, que de la GESTA de Galceran de Vilanova se desprende, que á las réplicas fieras y caballerescas de Aymon de Castell-Auli se debe el buen resultado de las conferencias de Tarascon para tratar de la paz; y añade que esta fué honrosa y ventajosa para el rey de Aragon y para el rey de Sicilia. Los analistas de ambos reinos no son del mismo dictámen; y entienden que los artículos de esta paz, convenida en Tarascon por el mes de febrero de 1291, decian en resúmen: que el rey de Aragon pediria al papa perdon y vénia por medio de embajadores, por si en algo hubiese ofendido á la santa sede; que el papa y el rey de Francia se abstendrian de moverle guerra y no consentirian que otro príncipe cristiano se la moviese, sin justa y evidente causa; que se diese por revocada la investidura y donacion hecha por el papa Martin IV, de los dominios del aragonés, á favor de Carlos de Valois, siempre que el rey de Aragon y sus sucesores pagasen á la Iglesia el censo de treinta onzas de oro que prometió Pedro II, satisfechos los atrasos; que al primogénito del desposeido rey de Mallorca se le señalase por el aragonés una pension decente, y que de esta suerte el señorío de Mallor-

ca quedase unido al de Aragon; que el aragonés debia procurar en cuanto estuviere de su parte que sus súbditos se saliesen del reino de Sicilia, la Calabria y la Pulla, amenazándoles con la pérdida de bienes y honores; que el mismo no trataria de que su madre, ni sus hermanos insistiesen en poseer la Sicilia ni la Calabria á despecho de Roma; que el mismo á fines del año 1291 se trasladaria á Roma para rendir homenaje y servicio al papa, seguido en esta expedicion de cinco mil infantes y doscientos caballos; que el mismo dentro de un año haria jornada á la Tierra Santa, y de vuelta de ella á Sicilia, para compeler por las armas y despojar á los miembros de su familia; que el papa enviaria á los reinos de Aragon un legado que levantase en ellos el entredicho; que los hijos del príncipe de Salerno serian puestos en libertad, lo mismo que los demás rehenes; y por último, que el aragonés firmaria treguas con el rey de Castilla. Esta es la paz que en sentir de algunos no hubieran firmado don Jaime I ni don Pedro III; y don Alonso III, si hemos de dar crédito á Muntaner, la celebró en Barcelona con públicos regocijos como una muy honrosa avenencia. Ratificáronla Carlos de Salerno y don Alonso en unas vistas que tuvieron entre Panizás y el Pertús en los lindes de España y el Rosellon; los embajadores que debian solicitar venia del papa en nombre del aragonés pasaron á Roma; una hija de Carlos de Salerno fué dada por esposa á Carlos de Valois en compensacion de la pérdida de los dominios de Aragon que el sumo pontífice le habia prometido; y en cambio el castellano se negó á firmar treguas con el aragonés, y los sicilianos pusieron el grito en las nubes, diciendo que parecia imposible que por un exceso de prudencia se hubiese firmado lo que era de imposible cumplimiento, á saber

que un hijo arrojase de Sicilia á su madre y á sus hermanos, y entregase atado de piés y manos en poder de sus mortales enemigos á un pueblo enérgico como el de Sicilia que se habia entregado á los aragoneses, arrojados antes de la isla los conquistadores que le trataban con la mas abominable tiranía. Don Alonso III no estaba tan satisfecho de haber firmado la paz como podria uno creerlo al leer al cronista Muntaner. Así es que escribió á su madre, excusándose de haberla aceptado, y diciéndola que no lo hubiera hecho si le dieran vagar las turbaciones de sus estados, la falta de recursos, y la imposibilidad en que se encontraba de poder continuar la guerra, y de ser útil de otro modo á su hermano, rey de Sicilia. Añadia que no creia haber faltado con este, cuando él le habia dado por libre de sus mútuos tratos y alianzas. Ibase por fin á efectuar el matrimonio entre el joven don Alonso, que apenas contaba veinte y siete años, y la hija del rey de Inglaterra, ya salida de la infancia. En todas partes se preparaban festejos y públicos regocijos, justas y torneos. El rey se ejercitaba en ellos, y sin embargo llevaba clavada en el corazon una herida profunda. Algunas veces debió de pensar si hubiera sido preferible acabar con honra en el campo de batalla antes de firmar ninguna avenencia que pudiese volverle á la cara. Un dia tuvo que quedarse en cama de una landre que le dió en un muslo. La crónica dice que murió de esa landre. Algunos creen que contribuyó á su fin al par de la landre una tristeza tanto mas profunda, cuanto mas procuraba encubri-la y darla apariencias de alegría. Para guerrear, sus propios vasallos le ataron las manos; y, dándoles la paz que necesitaban, se sintió herido de muerte en lo que mas estimaba. Un solo resultado le consolaba, y era la re-

conquista de las Baleares. Cuando se sintió acometido de ansias mortales, volvió sobre sí, y olvidó lo que había firmado en la paz con Roma y Francia. Dejó los dominios de Aragón á su hermano don Jaime, rey de Sicilia, y dispuso que este cediese el reino de Sicilia, no á la iglesia romana, como lo deseaba el papa, sino al infante de Aragón don Fadriqué, tercero de los hijos del rey don Pedro III. Aunque Muntaner dice que el rey don Alonso murió vírgen el día 18 de junio de 1291, sin embargo se sabe que en uno de los codicilos añadidos á su testamento, encomendó á la generosidad de su hermano y sucesor la suerte de doña Dulce de Caldes, á la que dejaba en cinta. En Valencía no celebró don Alonso otras córtés que las de 1286 ya citadas. En Cataluña celebró las de 1289 y las de 1291 habidas ambas en Barcelona; las primeras para tratar de la paz; las segundas abiertas en 1291 para decretar algunas constituciones, y luego continuadas cuando don Alonso había muerto; hay quien afirma que las primeras fueron celebradas en 1290. En Aragón celebró las de Zaragoza en 1285 y en 1286 en que se pidió la reforma de la casa real; las de Huesca de 1286, para ver de poner término á las desavenencias entre el rey y los unionistas; las de Zaragoza en 1287, que vinieron á ser una exposicion de agravios y manifestacion de rompimiento contra el monarca, y que por último produjeron la avenencia conocida con el nombre de privilegio de la union; las de la misma ciudad en 1288, en que se mandó hacer entrega á la union de los castillos que se les debian dar en rehenes; las de Monzon del mismo año que fueron comunes á aragoneses y catalanes, que despues fueron prorrogadas y se ignora si llegaron á juntarse; las de Zaragoza de 1289, á cuyas propuestas

de agravio dió satisfaccion el monarca; y las de Monzon del mismo año, comunes á todos los reinos, y en las cuales se pidieron auxilios para continuar la guerra. La avenencia á que se dió el nombre de privilegio de la Union, además de la satisfaccion por agravios pasados, consistia en dos franquicias. En virtud de una de ellas no podia el rey proceder contra ningun miembro de la Union, matarle ni prenderle, sin que precediese sentencia del justicia mayor de Aragon debidamente otorgada, y si lo contrario hiciese el rey, no debian tenerle por tal y podian apartarse de su obediencia sin nota de infamia. En virtud de la segunda, el rey se obligaba á juntar córtes todos los años por noviembre á los aragoneses, y ellas debian elegir las personas que le aconsejasen, y por cuyo parecer se rigiese en lo relativo á Aragon, Valencia y Ribagorza, prestado antes por los consejeros el juramento de lealtad acostumbrado. Este privilegio acibaró el reinado de don Alonso III casi tanto como la guerra. Algunos autores dan á Alonso III los dictados de el Franco y el Liberal; otros creen que ambas prendas las poseyó en tan alto punto que ya dejaron de serlo. Á tenor de su testamento debia sucederle su hermano don Jaime, rey de Sicilia, si dejaba este reino á su otro hermano don Fadrique. Si don Jaime preferia el trono de Sicilia al de Aragon, en tal caso don Fadrique pasaria á España; y si ni don Jaime ni don Fadrique tomaban posesion de estos dominios, ó tomándola morian sin herederos, entraria á ser heredero universal el infante don Pedro. Hallábase este á la sazón defendiendo las fronteras del reino contra las incursiones de los castellanos, aliados ahora con don Juan Nuñez de Lara. El rey de Sicilia, sabida en 6 de julio de 1291 la muerte de su hermano don Alonso, se embarcó al cabo de

algunos dias para España seguido de Roger de Lauria, de los principales ricos-hombres de Aragon, de los barones catalanes, y de casi toda la escuadra siciliana, se detuvo en Mallorca, y entró en Barcelona el dia 16 de agosto. Continuaban reunidas las córtes de esta ciudad, y en ellas fué jurado el nuevo rey, con la fórmula de SIN CÓRTEES, para evitar que los aragoneses se diesen por resentidos de esta antelacion y preferencia. Por el pronto don Jaime no habia cedido el trono de Sicilia á su hermano don Fadrique, antes se habia contentado con nombrarle teniente suyo; y es sabido que en Barcelona firmó una protesta en que decia que no aceptaba la sucesion en virtud del testamento de don Alonso III, sino en calidad de hijo y sucesor del rey don Pedro III, y con ánimo de conservar al propio tiempo la Sicilia. El dia 17 de setiembre hallamos que el rey don Jaime estaba ya en Zaragoza, en cuyas córtes, celebradas el 24 del mismo mes, recibió el cetro de Aragon y juró los fueros y privilegios de este reino. Afirma el cronista Muntaner que el primer cuidado del nuevo rey fué sentar paz con el rey de Castilla, incluyendo en ella los hijos del difunto infante don Fernando. Esta paz se firmó en efecto, habidas vistas del castellano y del aragonés, en Soria y Montagudo, y cuando ya don Sancho de Castilla llevaba hecha alianza con el portugués; pero en ella no quedaron incluidos aquellos infantes, y solamente se trató matrimonio entre el rey de Aragon y la infanta doña Isabel, hija del rey de Castilla, como para poner así el sello á la alianza de los dos reyes. Los negocios de aquellos dos infantes presentaban mal cariz. También continuaban presentándole entre los aragoneses los de la Union, y se dice que don Sancho sirvió de medianero entre don Alonso y los que llevaban la voz de aquellas par-

cialidades. No se cree que fuese tan feliz en ello como lo habia sido un rey de Francia al tratar de poner en armonía al rey de Inglaterra con sus nobles. En realidad las dificultades eran árduas, y complicadas con retos de muerte que unos á otros se tenian hechos los mas poderosos ricos-hombres. Muntaner cita los bandos de los Garridels, Carbó y Puig, que traian revuelta la comarca de Tortosa. Otros hacen mencion de la enemistad de Bernardo de Sarriá y de Rogér de Lauria. Y cuando las principales familias no podian superar sus mutuas antipatías, y en uso de un derecho feudal las daban libre campo, era fácil preveer los obstáculos que se opondrian á los deseos del medianero, en el supuesto de que fuesen buenos.

Esto no fué obstáculo para que en Calatayud se ratificase la paz entre el aragonés y el castellano, fuese entregada al primero la infanta doña Isabel, y se celebrasen estas avenencias con justas y torneos. Paréceles á muchos que el ganancioso en esta paz fué el castellano, pues quitó así las esperanzas al pretendiente que le daba algun cuidado. El rey don Jaime, conservando su corona de Sicilia, habia devuelto á Aragon la lucha con Francia, con el papa y con Carlos de Anjou. Consiguió, pues, librar á sus vasallos de una guerra, ya que les daba otras. Asimismo procuró concertar paz y amistad con los genoveses, y fué fácil conseguirlo, tanto mas cuanto estos tambien la deseaban. No descuidaba la defensa de Sicilia ni la de la Calabria, antes envió allá como general experto á don Blasco de Alagon, cuyo jefe se mostró muy digno del honor que le conferia. Algunos émulos intentaban impedirle que tomase el mando de las tropas, y en ello los secundaron varias compañías y los presidios de distintas plazas. Don Blasco por toda respuesta

animó á los que le seguian, acometió á los franceses que tenían sitiada la poblacion de Montalto, los arrolló, é hizo prisionero á su general Guido de Primerano. De resultas de esta jornada todos los soldados quisieron servir bajo las órdenes de don Blasco, y abandonaron á los jefes disidentes. Entretanto Roger de Lauria preparaba su campaña en 1292 que fué no menos famosa que las anteriores del mismo almirante. Su ventura casi igualaba á su grande ánimo. No muy lejos de Cotron, á pesar de que Guillen Estenardo le tenia preparada una emboscada, le venció, burlando á un mismo tiempo su valor y su astucia; en la Morea cayó de noche sobre la ciudad de Malvasia, entróla á viva fuerza y la dió á saco; en la isla de Chio puso á contribucion muchas naves que allí encontró, y se llevó apresadas las mejores; en Clarencia permitió que fuesen rescatados los prisioneros que llevaba hechos, lo que le produjo grandes sumas: y volvió á Mesina lleno de despojos. La existencia de los moradores de las costas era muy precaria y ocasionada á grandes quebrantos. Y esa especie de algaras marítimas comúnmente se ejecutaban con doble fiereza que las de tierra, cuanto eran mas fuertes los peligros á que los marinos se exponian para consumarlas. De ahí nacia incesantes clamores de los pueblos para que el rey Carlos de Salerno, el papa y el rey de Francia volviesen á sentar las bases de una paz decorosa, ya que la anterior se habia frustrado. El rey de Castilla fué elegido por medianero, y él deseaba serlo porque veia en la mediacion su propio negocio. Temia que el francés hiciese suya la causa de los hijos del infante don Fernando, y deseaba ganarse títulos que le hiciesen acreedor á una buena correspondencia, y disipasen las esperanzas de sus enemigos. El sumo pontifice tomaba tambien em-

peño en que los beligerantes viniesen á un acomodamiento sentada por base la renuncia que el aragonés debia hacer del trono de Sicilia. El mayor obstáculo que habia para que los deseos del papa fuesen cumplidos era la indignacion que excitaba en los sicilianos la idea de que los franceses á quienes odiaban de muerte podian volver á ser árbitros de sus vidas y haciendas. En cuanto supieron que se trataba de una nueva concordia enviaron una diputacion al rey de Aragon solicitando de él que no diese oídos á sus enemigos, ó bien que pusiese en su lugar á don Fadrique que ya sabia dar de sí buena cuenta á los franceses. El castellano habia concertado vistas con el aragonés para la ciudad de Logroño. Dicen los analistas de Aragon que don Jaime fué á ellas sin la menor desconfianza, y casi solo. Por el contrario el castellano acudió con buena hueste como si fuese á entrar en campaña. Esta diferencia de actitudes y disposiciones dió por resultado que don Jaime tuvo que relevar á don Sancho de la obligacion en que estaba de auxiliar con quinientos hombres al aragonés contra el rey de Francia. Conociendo don Jaime que era fuerza y nó convenio lo que allí se practicaba, protestó en secreto ante testigos, y firmó en público lo que se le pedia; pero desde este momento quedó enemistado con don Sancho, y aun se negó á consumar el matrimonio convenido con doña Isabel, hija de aquel monarca, y pensó en descartarse de quien á tales recursos apelaba. Las mediaciones del castellano no le daban buenos resultados. Sus ricos-hombres de Aragon y sus barones de Cataluña continuaban divididos en bandos encarnizados. Algunos creen que esta circunstancia, aunque en su fondo lamentable, tenia como muchas cosas malas su aspecto bueno, en cuanto mantenía siempre vivo,

ardiente y á punto de ser útil para grandes empresas el espíritu guerrero. Otro mediador se presentó en la persona del italiano Bonifacio de la Calamandrana, para poner en paz al rey don Jaime II y al príncipe Carlos de Salerno. Las vistas que para ello tuvieron estos dos potentados se efectuaron por el mes de noviembre de 1293 entre la población de Junquera y el ya nombrado Coll de Panizás. Aunque no pudo columbrarse por el pronto lo que en ellas se había tratado, sin embargo dicen los autores italianos que el rey don Carlos fué allá con ánimo de hacer cuántos sacrificios pudiese para alcanzar que el rey don Jaime renunciase á la posesion de la Sicilia, sin cuyo preliminar no era posible dar un paso en ningun arreglo á tenor de las instrucciones de las córtés de Roma y Francia. Créese que don Jaime se dejó persuadir, y aun prometió que haria cuanto estoviese de su parte para que su madre doña Constanza, y su hermano don Fadrique no opusiesen obstáculo á una avenencia encaminada por tales vias. Tambien dijo que trataria de persuadir á los sicilianos, aunque este era punto mas delicado y difícil. La reina de Castilla habia deseado verse con el rey de Aragon para enmendar el mal efecto que en Logroño produjo el rey don Sancho; pero el aragonés, aunque habia prometido asistir á unas vistas, se excusó de cumplirlo, prefiriendo dirigir por sí sus negocios. En 1294 envió y recibió varios mensajes del rey Carlos, del francés, del pontífice Bonifacio VIII, nuevamente elegido, de la reina doña Constanza y de los sicilianos, y el resultado fué que el año siguiente convino en los artículos de paz siguientes: el rey don Jaime II ya no consumaria su matrimonio con doña Isabel, infanta de Castilla, sino que tomaria por esposa á doña Blanca, hija del rey Carlos, recibiendo en dote

esta princesa veinte y cinco mil marcos de plata en el acto, y tres veces la misma cantidad en diferentes plazos; el mismo rey don Jaime se obligaba, en el modo y forma que el papa dispusiese, á devolver á este la Sicilia, la Calabria y sus islas y tierras adyacentes, tales como estaban antes de las vísperas sicilianas; el mismo rey prometia al de Francia y á Carlos de Valois, hermano del mismo, al papa, y al rey don Carlos, no solamente vivir en buena paz con ellos, y olvidar y remitirse mutuamente las injurias recibidas, sino tambien ayudarlos, si era necesario, para obtener la sumision de la Sicilia; el rey de Francia y Carlos de Valois, su hermano, renunciaban por sí y sus sucesores á la donacion que de los dominios pertenecientes á la corona de Aragon les habia hecho el papa Martin IV; el rey Carlos se ofrecia como medianero para conseguir que la sede pontificia levantase las sentencias de excomunion fulminadas contra el rey don Pedro III, y sus hijos, los defensores de los mismos y los pueblos que no se hubiesen salido de su obediencia, y tambien prometia obtener dispensacion para el clero que habia continuado en el ejercicio de sus funciones á pesar del entredicho; el mismo rey Carlos daba la seguridad de que el papa enviaria á Aragon quien, como á delegado de la sede apostólica, entendiese en las revocaciones anteriores; prometia asimismo dicho rey en nombre de la córte romana que esta perdonaria, nó solamente al rey de Aragon, á su hermano don Fadrique, y á la madre de entrambos, sino á todos los sicilianos que se habian rebelado contra los franceses y hecho armas contra el papa; que se respetarian los hechos consumados; que se daban por nó escritas las obligaciones contraidas en los anteriores convenios; el rey de Francia y su hermano Carlos de Valois prometian al aragonés paz y

amistad y la renovacion de los antiguos usos relativos al tráfico entre los moradores de estos distintos reinos; el rey de Aragon, aunque aceptaba esta paz y prometia observarla, no respondia de lo que hiciesen algunos de sus ricos-hombres, barones y caballeros, á tenor de las leyes de España segun las cuales podian aquellos salirse de estos reinos y pasar á servir á otros señores; el rey de Francia y Carlos de Salerno daban por nula cualquier cesion, venta ó tras-paso que hubiesen hecho en virtud de la investidura y donacion de Martin IV, y renunciaban asimismo á toda reclamacion por gasto que hubiesen hecho para dar cumplimiento á los mandatos de dicho pontífice; el rey de Francia manifestó que honrosamente no podia firmar la paz si el papa no disponia y acordaba con el aragonés la manera cómo el desposeido rey de Mallorca fuese reintegrado en la posesion de las Baleares, y así lo hizo el pontífice, de acuerdo con don Jaime de Aragon; está restitucion debia hacerse de manera que los derechos recíprocos quedasen en el ser y estado antiguo, que no volviesen á ser admitidos los moros echados de Menorca, y que las donaciones hechas por don Alonso III ó por don Jaime II fuesen anuladas; el papa dió por disuelto, por mediar impedimento de tercer grado, el matrimonio concertado entre don Jaime II y doña Isabel, hija del rey de Castilla; el mismo papa, aunque en cláusula secreta, prometió al rey de Aragon que le haria donacion de la isla de Córcega y de la de Cerdeña en remuneracion de lo que por otra parte perdia; el rey de Francia, en otra cláusula tambien secreta, firmó alianza con el aragonés para hacer la guerra al rey de Inglaterra; el mismo rey se obligaba á no auxiliar al castellano si este movia guerra al aragonés; y por último se convino en que el papa retuviese en nombre

de la Iglesia el valle de Aran hasta haberse probado si le habian ocupado los franceses declarada ya la guerra, en cuyo caso debia restituirse al aragonés, mas nó si de una informacion resultase haberlo sido antes. El rey don Jaime celebró córtés en Barcelona para la confirmacion de esta paz, y no se sabe que se levantase en ellas ninguna voz que la llamase deshonorosa; tan cansados estaban de hacer sacrificios los pueblos. Y sin embargo esta paz no lo era mas que en el nombre. Arrebatando el fruto de la expedicion hecha á la Sicilia y á las Baleares, daba tres guerras, una contra los sicilianos, otra contra Castilla, y la tercera contra los ingleses. No faltó quien dijo que no sabia ver la paz allí en donde una nacion suscribia á su afrenta. Parece que otra de las cláusulas secretas de este tratado consistió en negar el derecho de asilo el francés á los aragoneses, y don Jaime á los franceses que mútuamente se extrañasen de sus reinos. Notificóse á la reina de Castilla y á su hijo don Fernando la disolucion del matrimonio, y se hicieron preparativos magníficos para recibir como reina de Aragon á doña Blanca, nieta de aquel Carlos de Anjou, enemigo mortal del rey don Pedro III.

Al mismo tiempo se procuró que el infante don Fadrique fué á avistarse con el papa Bonifacio VIII, para ver de llevar á buen término las condiciones de aquel trato relativas á la devolucion de la Sicilia. El pontífice prometia misericordia para el porvenir, olvido para lo pasado, y buenos modos y equidad en la manera y forma de gobernar la isla. Viendo á Lauria entre los que acompañaban á don Fadrique, preguntó admirado si era aquel el terrible enemigo que tan fatal habia sido á Roma y á Francia, á lo que Lauria respondió sin embozo que él era el que siempre re-

chazaba la fuerza con la fuerza. Bonifacio VIII se deshizo en promesas y protestas de buen trato con respecto á los sicilianos , y envió á estos unos religiosos para que tratasen de persuadirlos ; pero los sicilianos decian que detrás del papa veian á los franceses , sus aborrecidos contrarios , y les parecia que antes de volver á uncirse á ese yugo funesto convertirian en un volcan la isla. Enviaron embajadores al rey don Jaime para manifestarle cuán quejosos estaban de que los tratase como á un rebaño cuando por él y su familia habian hecho la mayor proeza que pudo hacer ningun pueblo , cual era acabar con sus tiranos y dárse á un señor noble. Es fama que esos mensajeros hablaron al rey don Jaime en ocasion en que en Villabeltran recibia por esposa á la hija del príncipe de Salerno y nieta del odiado Carlos de Anjou ; y no pudiendo contenerse le preguntaron al rey que , ya que de esta suerte los abandonaba á su destino infausto , qué esperaba que hiciesen ellos de su hermana doña Violante , de su madre doña Constanza , y de su hermano don Fadrique , dado que los tenian en su poder en Sicilia. Á lo que dicen que el rey don Jaime les respondió con mucha pausa , deteniéndose en cada palabra , y como si desease que las pesasen bien y en alguna manera las tradujesen : que no le pusiesen mal en la opinion de los sicilianos por lo hecho en que no habia remedio , que tratasen bien á su madre y á su hermana , y que tocante á su hermano don Fadrique no les pedia ni rogaba nada , pues siendo don Fadrique caballero , y los sicilianos quienes eran , unos y otros sabrian su deber. Los embajadores se volvieron meditabundos buscando el sentido de estas palabras , mas bien que en su significado en la entonacion del que las habia proferido. Las bodas fueron celebradas , el entredicho fué levantado en

nombre del pontífice, y la infanta de Castilla fué devuelta. Los catalanes no querian dar crédito á lo que de público se decia acerca de las condiciones de esta paz, y de las renunciaciones que en ella se hacian. Don Blasco de Alagon, enterado de sus pormenores, se dió por despedido del rey de Aragon, y pasó secretamente á Sicilia para ponerse á las órdenes de don Fadrique. Los embajadores sicilianos se volvieron á su tierra, vestidos de luto, diciendo que no eran ellos los que habian faltado á don Jaime, sino él á ellos. Don Fadrique, sabidas estas novedades, convocó en asamblea los estados sicilianos en la ciudad de Palermo, y lisa y llanamente manifestó lo que habia, y la paz que habia firmado y ratificado su hermano don Jaime cediendo la Sicilia al papa. Los sicilianos respondieron noblemente que ya que los abandonaba un príncipe en quien tenian puesta su confianza y á quien no habian faltado en lealtad ni en cariño, rogaban al infante que no imitase semejante ejemplo, antes los admitiese por súbditos, conociendo lo que valian como á tales, y cuán dispuestos estaban á recibirle por jefe y á defenderle como á tal á todo trance. Ramon Muntaner dice que los que poseian castillos por el rey de Aragon, se salian de ellos, dejando las llaves en las cerraduras, y decian en alta voz si habia alguien por allí para recibir aquellas fortalezas en nombre del papa; y como nadie compareciese los dejaban abiertos; y luego acudian los sicilianos y los adictos á don Fadrique y se apoderaban de ellos en nombre de la Sicilia independiente. Á la verdad era difícil la entrega de posesion á alguno que no fuese amigo de los sicilianos.

Otros analistas callan aquella ceremonia, y dicen que Roger de Lauria y los principales de la isla, vista la espontaneidad con que don Fadrique era aclamado, le entrega-

ron los castillos y le reconocieron por rey de aquella tierra. Á unos mensajeros del papa que habian desembarcado en Sicilia y ofrecian á los moradores carta blanca para que en ella continuasen todos cuantos fueros y franquicias les pareciese convenientes, respondieron que en el término y estado á que habian llegado sus cosas, no tenian otro fuero, para con los italianos y los franceses, que la espada. Difícilmente hubiera conseguido otro papa por las amenazas lo que no pudo Bonifacio VIII echando mano de todos los recursos que hallaba en su política sagaz y en su gran conocimiento del siglo. Si Pedro III de Aragon, segun el buen sentir de muchos, llevó á cabo su expedicion de Sicilia, nó por un mezquino impulso de rivalidad que le guiase contra Carlos de Anjou, sino para conquistar en Italia una parte de influencia conveniente allí donde reinaban las influencias, puede decirse que Bonifacio le hubiera desarmado dándole lo que deseaba. En esta parte obró con Jaime II muy astuta y cuerdamente. Nombróle su golfaloner, general en jefe de las tropas pontificias, y almirante de su escuadra contra infieles y cualquier enemigo de la iglesia. El tiro era cierto. De esta suerte don Jaime II satisfecho de verse preferido á reyes y emperadores, separó completamente su causa de la de su hermano don Fadrique y sin quererlo se vió arrastrado por grados á hacerle la guerra y aun á disponer que Roger de Lauria, hasta entónces defensor acérrimo de la Sicilia, se volviese contra ella. Muchos caballeros catalanes y aragoneses no imitaron el ejemplo de su rey don Jaime ni el de Lauria, antes dijeron que á tenor de los fueros de su tierra podian servir libremente á don Fadrique sin faltar á sus deberes: y así lo hicieron, en su número don Blasco de Alagon, de quien alguno dijo que obraba con

consentimiento secreto del rey don Jaime, y que este por lo alto mandaba una cosa, y por lo bajo disponia lo contrario. Tales eran las consecuencias de la paz de 1295. Por el pronto don Jaime II habia renovado con su primo don Alonso, pretendiente á la corona de Castilla, los tratos hechos en tiempo de don Alonso III. Dicho pretendiente, en union con el infante de Aragon don Pedro, se internó hasta el reino de Leon, y puso sitio á la plaza de Mayorga, segun dicen los analistas aragoneses. El cronista Muntaner dice que le puso á la misma ciudad de Leon, pero esta ciudad habia abierto sus puertas al pretendiente sin necesidad de expugnacion ni de sitio. Las fuerzas con que se llevó adelante esta excursion consistian en mil caballos y cincuenta mil infantes, segun escribe Muntaner; mas otros dicen que los peones ni llegaban á la mitad de este número. Las enfermedades se cebaron en ellos cruelmente, de suerte que muchos nobles catalanes y aragoneses sucumbieron allí, y con ellos el infante don Pedro; y los demás, levantado el sitio, emprendieron la retirada. Mas afortunada fué otra expedicion, dirigida por el mismo rey don Jaime II, contra el reino de Murcia. Entró por fuerza de armas en Alicante, y tomó por asalto su castillo, siendo el tercer caballero de los que en él entraron á escala vista. Se apoderó de Elche y de las demás poblaciones de aquel reino, exceptuadas las de Lorca, Alcalá y Mula, y por último se le rindió por trato la misma capital de Murcia. La toma de posesion de este reino, que debia ser para don Jaime II el fruto de su alianza con el pretendiente á la corona de Castilla, fué la obra de algunas semanas. De vuelta á Valencia, el rey don Jaime dispuso jornada para Roma. Ya habia escrito poco antes á Roger de Lauria para que aprovechase ocasion oportuna, y

saliéndose del servicio del rey don Fadrique volviese al suyo. Lauria acababa de hacer, en union con el rey de Sicilia, una campaña gloriosa en la Calabria. Las plazas fuertes de Catanzaro y San Severino se les habian rendido por tratos; la de Cotron habia sido tomada por sorpresa, y casi con deslealtad, mientras los franceses vivian tranquilos bajo el seguro de una tregua; y obtenidas estas ventajas en unas poblaciones tan fuertes, naturalmente acudieron á ponerse bajo la obediencia de don Fadrique las demás que no podian contar con iguales elementos de resistencia; y hay fundamento para creer que si el almirante Lauria no se hubiese salido del servicio de don Fadrique, y el rey de Aragon no se hubiese pasado á los franceses é italianos, en breve tiempo la mitad de la Italia hubiera sido suya. Dicen los analistas de Aragon que, estando para dirigirse á Roma el rey don Jaime II, recibió un mensaje del gobernador de Tarifa don Alonso Perez de Guzman en que le avisaba este caballero cómo los moros estaban á punto de cercarle, y al mismo tiempo los que tenian en su poder al rey don Fernando IV le instaban para que les entregase aquella plaza y otros castillos, cosa á que él se negaba; y necesitando cierta suma para atender á la defensa que le estaba encomendada, mientras el rey don Fernando permaneciese en su menor edad, proponia al aragonés que se la prestase, prometiéndole que si su rey no se la devolvía en cuanto llegase á la mayor edad, él le entregaria entónces la plaza de Tarifa. Añadia que su intento era frustrar los planes del rey de Granada, que deseaba á toda costa llegar á ser dueño de aquella fortaleza. Respondióle don Jaime que no tendria reparo en defenderle contra el granadino, si este llegaba á faltar á los pactos y convenios que tenia hechos con los aragoneses, pues de otra suerte

no podia romper con él ni prestar ayuda á sus contrarios. Don Jaime activaba á la sazón sus preparativos de marcha para la Italia. Deseaba tener una entrevista con su hermano don Fadrique, bien fuese en la isla de Prochita ó en la de Iscla, é instaba al almirante Lauria á que le diese á entender que no faltase á ella. No se avino á ello don Fadrique, diciendo que aquellas vistas solo servirian para quedar mas obstinados enemigos de lo que ya lo eran, pues su hermano se iba á los italianos y franceses para darles ayuda, y él se quedaba en la isla, cuyo señorío le pertenecia, no solamente por derecho hereditario sino por eleccion espontánea de los sicilianos; y confiaba en Dios que, aunque las fuerzas de Aragon aumentasen en mucho la cuenta de las probabilidades de triunfo de los franceses, no por eso daba por perdida una causa en la que estaba de su parte el derecho. Lauria fué preso de orden de don Fadrique, y solo le soltó bajo fianza; pero el almirante, dando por perdidas mil onzas de oro en bienes muebles, y una renta anual de mas de tres mil en inmuebles que poseia en Sicilia, se fué á servir al aragonés y á sus nuevos aliados. Los que toman á juego y por cosa de comedia las historias humanas, así de los que están puestos en la mas alta dignidad, como de los mas humildes, se aferrarán en su dictámen sabiendo que doña Constanza, viuda del rey don Pedro III, huyó de Sicilia y fué á ampararse del hijo de aquel Carlos, su implacable enemigo; y se llevó consigo á su hija doña Violante para casarla con el nieto de ese mismo Carlos, y su sucesor en los derechos que tenia á la Sicilia; y que esa madre se alejaba de un hijo para ir á abrazar en el campo contrario á otro hijo; y por último que aquel Roger de Lauria, terror de Italia, del papa y de la Francia, iba ahora á ser el almirante de Roma, y

la esperanza de los franceses y de Carlos de Anjou, contra los sicilianos. Á fines del mes de marzo de 1297 entró en Roma el rey don Jaime II. Celebráronse solemnemente las bodas de su hermana doña Violante con el duque de la Calabria, Roberto, hijo de Carlos de Salerno.

Á tenor de una de las cláusulas de la paz de 1295, el papa dió al rey de Aragon la investidura de las islas de Cerdeña y Córcega; y el rey se obligó á sostener á sus costas, durante tres meses todos los años, seiscientos hombres armados en los estados pontificios, á las órdenes del papa, siendo los ciento de á caballo y los demás infantes, á no ser que el papa prefiriese ser servido con cinco galeras en el mar Tirreno, ó tal vez en el Adriático. Esta donacion é investidura debia quedar nula desde el momento que el rey ó sus sucesores dejasen de pagar durante un año un censo anual de dos mil marcos de plata el dia 29 de junio. En la donacion se declaró que en adelante el señorio de Córcega y Cerdeña quedase anexo á los dominios de Aragon, ya los poseyese varon ya hembra, procedentes de legítima descendencia; y en caso de tocar el trono á una reina, debia esta tomar estado con consentimiento del sumo pontífice, y con príncipe católico y amigo de Roma. Mas si acaecia que algun rey de Aragon fuese elegido emperador de Alemania, no podria retener aquellas dos islas. Algunos autores sicilianos dicen que la reina viuda doña Constanza murió en Roma poco despues de firmado este establecimiento; pero Muntaner afirma que despues el rey don Jaime II se llevó á su madre á Cataluña. Llamaban al rey en esta provincia algunas alteraciones en que andaba revuelto el condado de Pallás, por la sucesion del mismo, y el rey amparó á la condesa Sibilía para que se apoderase de él en un

breve plazo , junto con Hugo de Mataplana su marido. Parece que despues pasó don Jaime á Aragón, y que allí recibió una embajada de su hermano don Fadrique, quien deseaba saber si debía darse por desafiado , y en este caso si le estaba bien poner su desacuerdo en manos de los caballeros aragoneses y catalanes , juntos en corte en Barcelona ; á lo que respondió don Jaime que en Sicilia no obraria como á rey de Aragon, sino como á general de los romanos, y que por tanto era Roma quien desafiaba, y en Roma en donde debía conocerse de esas diferencias. Entretanto Roger de Lauria , como muy acostumbrado á dar osadamente los primeros golpes , habia acometido ya á los sicilianos en la Calabria. Ahora tenia que habérselas con quien conocia su táctica , y estaba acostumbrado como él á tener por vergonzosa la fuga. En vano probó con grandes promesas y ofrecimientos á separar á don Blasco de Alagon de la hueste de don Fadrique: don Blasco le contestó que la causa de los sicilianos le habia parecido siempre justa , y ahora tanto como antes. La poblacion de Catanzaro en la Calabria acababa de levantarse por los franceses ; y el presidio que guardaba el castillo se habia visto obligado á prometer que le rendiria si dentro treinta dias no recibia socorro del rey don Fadrique. Lauria fué á Catanzaro con setecientos caballos , y don Blasco de Alagon acudió á amparar á los del castillo , seguido de una compañía de almogávares y de doscientos hombres de armas. Era la primera vez que Lauria lidiaba contra sus antiguos camaradas los catalanes y aragoneses. La lucha fué brava y empeñada ; y de ella salió herido y vencido aquel almirante , lo que hizo decir á muchos que no era lo mismo tener á los franceses por enemigos ó por amigos , allí en donde la tierra los odiaba. Ca-

tanzaro habia vuelto al poder de don Fadrique; y Lauria se vino á las costas de Valencia á contar al rey don Jaime su descalabro. Preparáronse ambos para volver á Italia ganosos de procurarse un desquite. Cuentan los analistas que el rey don Fadrique envió detras de Lauria un mensaje á los nobles de Aragon y Cataluña explicándoles lo acaecido en Catanzaro, cómo el rey don Jaime su hermano iba á hacerle la guerra injustamente, cómo Lauria era reo de traicion para con los sicilianos, y cómo seria mengua para los catalanes y los aragoneses el mover hostilidades contra los moradores de un país que tan honrosamente se habian portado siendo hermanos de armas suyos. Llamábase Montaner Perez de Sosa el que trajo este mensaje; pero fué perseguido, y tuvo que reembarcarse. El rey don Jaime II, antes de partir nuevamente para Italia, hizo otros conciertos con el pretendiente á la corona de Castilla, y recabó de él la donacion de Alarcon, Cañete, Cuenca, Molina, Moya y Requena. Al mismo tiempo consiguió que el veleidoso don Juan Nuñez de Lara volviese á declararse en favor de aquel pretendiente, siéndole por ello entregada la plaza de Albaracin. Á la sazón los navarros, en virtud de la paz tres años antes sentada, devolvieron al rey de Aragon las plazas de Salvatierra, Vi, Filera y Lerda. Ya el aragonés habia devuelto á su tio don Jaime, rey de Mallorca, las islas Baleares con reconocimiento de feudo de honor que por ellas y el Rossellon y condados contiguos le fué hecho. Por último se hizo á la mar la armada aragonesa destinada, segun de público se decia, á ir á destronar al rey don Fadrique, aunque tal vez la Providencia en sus arcanos no la tenia señalado este fin y término. Componíanla ochenta galeras, y gran número de naves, de guerra unas, de transporte otras, que en su con-

junto formaban uno de los mas formidables armamentos marítimos que de mucho tiempo se hubiesen hecho. Cataluña habia servido á su rey con doscientas mil libras, nó precisamente para esta empresa, sino especialmente para la de Murcia: y á este donativo debió la remision del tributo del bovaje. La armada aportó en Ostia, de donde el rey don Jaime fué á Roma, y, recibido de manos de Bonifacio VIII el estandarte pontificio, pasó á Nápoles á incorporarse de la armada del rey Carlos.

No sin espanto veian los sicilianos esta aglomeracion de fuerzas que al parecer debia dar un tremendo estallido y acabar con la independencia de su isla. El castillo de Palti, el de San Pedro, y los de Melazo, Monforte y Nucario, por trato unos, á la fuerza otros, reconocieron los primeros la superioridad de los aliados. Pero el invierno con sus temporales vino al socorro de los sicilianos, y obligó á los aliados á meter sus naves en el puerto de Siracusa. Esta ciudad fué sitiada, sus contornos talados, y varios de los castillos de sus cercanías reducidos, en su número el de Bucheri. Habíase creído que la reconquista seria la obra de algunas semanas. De repente los sicilianos, visto el desarrollo de las fuerzas de los aliados, cobran brios, oponen á mayor arremetida una mas brava resistencia, recobran la plaza de Bucheri, y rechazan con denuedo las acometidas con que sus enemigos intentan de nuevo desalojarlos. Los moradores de Palti volvieron á la obediencia de don Fadrique en cuanto don Jaime se hubo alejado, y sitiaron en el castillo el presidio enemigo. Un destacamento que envió el rey don Jaime al castillo de Petrapercia, sito en el interior del país, fué derrotado por don Blasco de Alagon y sus aragoneses y catalanes. Neapolion Caputo y otros jefes sicilianos fuéron á auxiliar á

los de Palti , y Juan de Lauria acudió al socorro de los del castillo é hizo levantar el cerco. Ese Juan de Lauria, sobrino del almirante Roger , llevaba á sus órdenes veinte galeras , sacadas del grueso de la armada de los aliados. Cuando el rey don Fadrique supo que ya era tal la confianza de estos que no dudaban en desmembrar su escuadra, hizo echar al agua veinte y dos naves de guerra que los de Mesina guardaban en sus arsenales , y dispuso que fuesen acometidas de improviso las galeras de Juan de Lauria. Fué tan repentina la embestida, y tanta la fortuna de los sicilianos, que se apoderaron de diez y seis galeras de sus contrarios y del mismo Juan de Lauria: triunfo señalado que enardeció los ánimos de los independientes. La perturbacion penetró en el campo de don Jaime. No parecia sino que un genio favorable á los sicilianos atisbaba las momentos propicios para difundir la alarma entre sus enemigos. Los consejeros del aragonés, convocados para dar su dictámen en vista de aquel terrible descalabro , opinaron que eran ya suficientes cuatro meses de campaña para convencerse de que Sicilia no seria ganada por un golpe de mano ; dijeron que el ejército llevaba ya perdidos diez y ocho mil hombres, muertos unos de fatiga , de enfermedad otros , y los mas en accion de guerra ; que , obtenida una ventaja tan inesperada como la derrota de don Juan de Lauria , creceria de punto el ánimo de los sicilianos , y se atreverian á salir al encuentro del grueso de la armada de los aliados ; y por último que para adelantar algo en Sicilia era necesario ir en busca de nueva armada y de nuevo ejército. El rey don Jaime adoptó este dictámen , y se dió tanta prisa en volver á Nápoles que no consultó los vientos ni las aguas , y perdió en una tormenta un buen número de galeras , que difícilmente se las

hubiera apresado don Fadrique. La mayor parte de los castillos ocupados por los aliados los recobró luego á paso de carga el rey de Sicilia. Á un mensaje que envió á este el rey don Jaime su hermano, para que devolviese las galeras tomadas á Juan de Lauria, respondió don Fadrique diciendo que viniesen á recobrarlas los que para ellos tuviesen alien-tos : y don Juan de Lauria fué decapitado en Mesina , como traidor á la causa pública. Esto pasó en los primeros meses de 1299. El cronista Muntaner pasó muy por alto estos acontecimientos, como si pisase un terreno candente, y dijo que no merecerian respuesta los que por ello le articularan algun cargo. En Nápoles le nació al aragonés , de la reina doña Blanca , el príncipe don Alonso , que algun dia debía sucederle. En la misma ciudad el rey estuvo en cama de una enfermedad grave, y por marzo de dicho año, en cuanto se sintió restablecido, volvió á sus dominios de España en busca de nuevas naves , gente y recursos , para sostener en Italia su honra mas bien que su derecho. Por el mes de mayo estaba ya en Nápoles , dispuesto á tomar rumbo para la Sicilia. Hízolo, y tomó tierra con cincuenta y seis galeras en el cabo Orlando. Al momento compareció su hermano don Fadrique y le embistió á la cabeza de cuarenta galeras sicilianas. Fué esto á principios del verano. Los jefes de las dos armadas enemigas eran dos reyes valientes, hijos entrambos de aquel Pedro el Grande , terror de la Italia. Las contrarias huestes las formaban en su mayor parte catalanes y aragoneses, que pasaban entónces por los pueblos mas bravos de la Iberia , semillero de tribus belicosas. En la armada del rey don Jaime iba aquel Roger de Lauria, sediento de vengar la sangre de su sobrino , y la rota pasada. En la del rey don Fadrique iba aquel Blasco de Alagon que ya

una vez habia vencido á Lauria en campo llano , y ahora deseaba hacerlo en alta mar , siempre con fuerzas inferiores. La batalla duró casi todo un dia , fiera y denodadamente por ambas partes sostenida , y en ella se dieron ejemplos de ínclita bravura por grandes y pequeños. El rey de Aragon , aunque herido , disimuló el daño para no desalentar á los suyos y continuó animándolos con la voz y con el ejemplo. El rey de Sicilia , viendo que los caballeros de una y otra armada sucumbian , y que el número iba á dar la victoria á sus enemigos , que ya le rodeaban por todas partes , dió orden de hacer fuerza de remo contra lo mas vivo de la lucha , y en aquel instante cayó sin sentido y los suyos le pusieron en salvo , seguido de la mitad de la armada. Diez y ocho galeras cayeron en poder de Roger de Lauria , y en ellas no dió cuartel á nadie , ni nadie quiso pedírselo. Don Blasco , visto que la capitana se ponía en salvo , dispuso la retirada ; pero su portaestandarte , Fernan Perez de Arbe , quitóse el yelmo , y dando de cabeza contra el árbol de su galera , se hizo saltar el cerebro , diciendo que el moría antes de tomar la fuga. Fué tan notorio el valor desplegado por don Fadrique en esta jornada , que los sicilianos le recibieron con tanto entusiasmo vencido , como pudieran hacerlo triunfante. Fuera de que su derrota la pagó tan cara el rey don Jaime , que juzgó prudente volverse á la Calabria , y renunciar para siempre mas por su persona á esa isla , en la que habia perdido el amor de los naturales sin poder conquistarse la buena voluntad de los italianos y de los franceses. Volvióse entónces con su madre y con su esposa á Cataluña. Parece que el llanto de doña Constanza su madre no fué poca parte para que tomase esta resolucion , pues la viuda del rey don Pedro se consideraba como la mas des-

graciada criatura mientras no pudiese impedir esa lucha cruel entre sus hijos, llevada á tal término para dar satisfacción á una corte extranjera. En el capítulo siguiente terminaremos el reinado de don Jaime II, á quien dejamos ahora en Barcelona por los años de 1300.

§ III. NAVARRA.

Las memorias del reino de Navarra relativas á la época que abraza este capítulo sexto contienen el reinado de Teobaldo II que duró desde 1253 hasta 1270, el de su hermano Enrique I el Grueso que terminó en 1274, y el de Juana I, hija de Enrique, que se prolongó hasta 1305. Apenas se rozaba con los catorce años Teobaldo II cuando subió al trono. Á su madre doña Margarita la pintan las crónicas del reino animosa y entusiasta, disponiendo la defensa de las fronteras contra don Alonso de Castilla, el Sabio, que las amenazaba, y al propio tiempo procurándose la alianza y el amparo del rey de Aragon don Jaime I. No habia uniformidad de miras en los nobles de Navarra, acerca de la duracion de la menor edad de Teobaldo II. Querian unos prolongarla hasta cumplidos los veinte y cinco años del mismo, y aprovechar este plazo para añadir limitaciones al poder del príncipe, y vigor á sus propios privilegios. Hay dudas acerca de si en el año 1253 se juntaron en Pamplona verdaderas córtes, ó si fueron meramente una reunion de caballeros y representantes de poblaciones coligados para el objeto expresado. Los ánalistas del reino siguen la primera opinion, y dicen que en esas córtes se trató de la forma de juramento que el nuevo rey debia prestar á los brazos del reino, y asimismo del modo y forma en que debia ser regido el país durante la menor edad de

Teobaldo II. Determinóse en ellas que esta menor edad durase hasta los veinte y un años, y que gobernasen en el interin doce consejeros con doña Margarita. No pasó de amagos fronterizos la guerra con Castilla. Dos veces se avistó don Teobaldo con el rey don Jaime, primero en Monteaugudo y luego en Estella, para tratar de que quedasen frustrados los deseos del castellano: y lo consiguieron sin tener que hacer mucho alarde de fuerza. De estas entrevistas, dicen las crónicas del reino, y mas que de ellas de la actitud guerrera que tomó la Navarra, nació la paz casi al mismo tiempo que pasaba á mejor vida la reina viuda doña Margarita. Los consejeros del rey mancebo le indicaron la conveniencia de que la Navarra, sujeta en la Península á la presion de dos reyes poderosos, volviese los ojos á Francia y buscase en ese reino una alianza de que ya ofrecia ejemplos la Vasconia antigua. Teobaldo II encomendó á don Jofre de Barlemont, senescal del reino, el gobierno de sus estados, y fué á verse con Luís el Santo, rey de Francia. De esta entrevista resultó en 1258 el matrimonio de don Teobaldo con doña Isabel, hija del rey de Francia. Hay testimonios de que por este tiempo estaba ya en uso en Navarra la jurisdiccion conocida con el nombre de jueces de Emperanzas. Á la sazón el castellano tenia harto que hacer en su casa para pensar en turbar el sosiego de que por algunos años disfrutó don Teobaldo. Muchas villas del reino, dicen las crónicas del mismo, iban cediendo á don Teobaldo y á sus sucesores los derechos del patronato. En 1264, mientras el aragonés y el castellano contenian al granadino, y conquistaban el reino de Murcia, don Teobaldo estaba en Francia, y su hermano don Enrique andaba en galanteos con una dama de la casa de Lacarra. Para distraer de sus amo-

res á este príncipe , que era por entónces el presunto heredero del trono , le instó Teobaldo á que casase con doña Constanza , de la casa de Bearne , y como para este matrimonio mediasen reparos , consiguió de don Enrique , años despues , en el de 1269 , que tomase por esposa á doña Blanca , princesa de la casa real de Francia , sobrina de Luís el Santo , é hija de Roberto , conde de Artois , hermano del mismo monarca. Deseaba el francés hacer nueva jornada á la Tierra Santa , estimulado de sus propios sentimientos , tanto como impulsado por Roma. En don Teobaldo no obraban estos dos motores , sino solamente el deseo de seguir las huellas de un rey tan noble como Luís el Santo ; y en esto le secundaba , ó tal vez le dirigia , su esposa doña Isabel , hija de aquel príncipe. Teobaldo II quiso , pues , seguir á su suegro á la Tierra Santa. Es sabida la doblez con que el tunecino los desvió de su propósito , y son conocidas asimismo las tristes circunstancias y enfermedades que pusieron un término desastroso á esta cruzada. Cuando volvía de ella el rey Teobaldo II enfermó en Trapaná , y murió el dia 5 de diciembre de 1270. Su esposa apenas le sobrevivió cuatro meses. Sube al trono don Enrique I el Grueso , á quien Teobaldo habia dejado encomendada durante su ausencia la gobernacion del reino. Don Enrique fué jurado en las córtés de Pamplona de 1271. Tenia ya un niño de muy tierna edad , por nombre Teobaldo , y luego le nació una hija , por nombre doña Juana. Andaba en pañales el primero cuando don Alonso el Sabio concertó matrimonio entre él y una de sus hijas. La Providencia lo tenia dispuesto de otra suerte. En una galería del castillo mayor de Estella se solazaba el ama , llevando en brazos al tierno príncipe , cuando este se le deslizó , al parecer , de entre

manos, y murió de la caída. Esta desgracia rompió los lazos que se habían hecho depender de aquella alianza, y desde luego el castellano volvió á su tema de querer invadir la Navarra, y don Enrique á su propósito, que era ya en él una costumbre, de tener entabladas relaciones con los ricos-hombres castellanos descontentos de su príncipe. Al mismo tiempo el rey procuraba sentar las preliminares de boda entre su hija doña Juana y un hijo del rey de Inglaterra. Pero en tales imaginaciones le sorprendió la muerte, cuando contaba apenas treinta años, y su hija tres, el día 22 de julio de 1274. Pocas veces estuvo el reino de Navarra mas expuesto á bandos y turbaciones, teniendo en perspectiva una larga menor edad, y amenazas de guerra por todas partes. La reina viuda doña Blanca convocó córtes en Puente la Reina las que luego fueron trasladadas á Olite en el referido año. En ellas fué nombrado gobernador del reino don Pedro Sanchez de Monteagudo, durante la menor edad de doña Juana. En las mismas, los representantes de las poblaciones juraron una alianza muy parecida á la de la Union de Aragon para auxiliarse mutuamente, por espacio de treinta años, si el gobernador ó el príncipe violaba sus libertades. Añaden otros que en Olite se dió oídos á las pretensiones formuladas por el infante don Pedro de Aragon, y se le hicieron ciertas promesas, que despues no se le cumplieron. El castellano insistia mas que nunca en su idea de dilatar sus fronteras á espensas de los navarros, y estos tuvieron que rechazar una agresion injusta. En estas circunstancias, dicen los analistas navarros, visto que por parte de los iberos no se aspiraba á otra cosa que á anular el reino de Navarra, la reina doña Blanca se acogió con su tierna hija á la familia real de Francia, y

concertó matrimonio entre aquella y Felipe el Hermoso, uno de los hijos del rey de Francia, Felipe el Atrevido. Convocadas durante su ausencia nuevas córtes en Olite á fines del año 1275 y principios del siguiente, parece que en ellas se escribió á dicha reina viuda, manifestándole los daños que en las fronteras del reino habian causado los castellanos, y el galardón que merecian los que en Viana habian rechazado á aquellos enemigos. Ya se temia que estas cabalgadas no serian las últimas, y mas andando dividida la tierra en parcialidades por querer los de la Navarrería levantar fortificaciones é ingenios que mas parecian dirigidos contra los propios que contra los extraños. Así lo afirma un cronista. Otros lo explican diciendo que don García de Almoravid, en cuanto supo que la reina doña Blanca se acogia á Francia y entregaba su hija al príncipe Felipe el Hermoso, luego conoció que no tan solamente la tierra debería defenderse ya contra los castellanos sino contra los franceses, y desde luego levantó fortalezas en la Navarrería que le estaba sujeta. No pasó mucho tiempo sin que la reina viuda doña Blanca transfiriese á su electo yerno don Felipe el cargo de la tutela de doña Juana, y sin que don Felipe á su vez diese por nulo el nombramiento de don Pedro Sanchez de Monteagudo para gobernador del reino, y nombrase en su lugar á Eustaquio de Bellamarca. Anduvieron acerca de esto muy divididos los pareceres. Decian unos que la reina viuda no podia haber delegado en don Felipe otras facultades que las que por derecho propio tenia; y no siendo una de ellas la de nombrar por sí sola gobernador del reino durante la menor edad de su hija, tampoco pudo transferirla. El nombramiento, añadían, ya estaba hecho con anuencia de unas córtes, y no era posible revocarle sin con-

sentimiento de otras. Opinaban otros que , en el ser y estado á que habian llegado los negocios , ávido el castellano de hacer suya una parte de la Navarra , y codicioso el aragonés de la otra parte , se hacia imposible resistir á tales enemigos con solo las fuerzas del reino , y casi era no solamente prudencia sino necesidad buscar fuera de la Península un apoyo poderoso : apoyo que no era fácil conseguir sin pasar por ciertas concesiones , una de ellas dicho nombramiento. Esta diversidad de pareceres en materia de tanta trascendencia , dió en 1277 unos frutos muy amargos. Algunos moradores, en su número los del burgo de San Saturnino y poblacion de San Nicolás , estaban por los franceses ; otras muchas , entre ellas la Navarrería , preferian la alianza del castellano. La parcialidad de los primeros instaba á la corte de Francia á que matase la guerra civil de Navarra, dando mayores proporciones á la lucha por medio de una franca declaracion de guerra al rey de Castilla. La de los segundos decia que sea cual fuere el disfraz que tomase la Francia , era mucho mas preferible la alianza con los iberos , y menos vergonzoso en todo caso su yugo ; y llegaban á afirmar que no estaban bien seguros de que doña Juana tuviese por nacimiento los derechos que se suponía , antes decian que habia sido trocada ó supuesta en la cuna ; y deducian de todo ello que al francés debia hacersele guerra cruel, y á sus partidarios como á ellos mismos. Sucedió, pues, que el francés declaró la guerra al castellano , envió á Navarra un ejército mandado por Roberto, conde de Artois , y compuesto de veinte mil hombres aguerridos y de numerosas milicias de Foix y de Bearne. Ya en Navarra lo que eran disensiones de partido habia pasado á ser una guerra civil encarnizada. El gobernador francés se habia

encerrado en Pamplona, y don García de Almoravid con los de la Navarrería le tenían cercado, y hacían grandes esfuerzos para reducirle antes que le llegasen refuerzos de Francia. Es sabido que en los antiguos tiempos las guerras tomaban en la Vasconia tales rasgos de ferocidad que horrorizaban. Lo mismo sucedía ahora. Y en esta parte las dos parcialidades se excedían. No contentos con perseguir de muerte á sus contrarios, y negarles cuartel, iban á la caza de sus hijos allí en donde sabían que moraba alguna nodriza, y rompían á los infelices niños la cabeza contra los árboles y las piedras. Unos á otros se daban apodos ignominiosos, y era en vano querer traerlos á vías de acomodamiento. El gobernador Sanchez, nombrado en las córtes de Olite y Puente la Reina, habia entrado en relaciones y tratos con don Eustaquio, otro gobernador por los franceses. Supiéronlo los de la hueste de Almoravid, y le acometieron en su propia casa y le dieron muerte violenta, sacrificados antes cinco escuderos que le defendían. Los campos eran talados, las mieses incendiadas, los bosques y plantíos destruidos, las viviendas convertidas en ruínas. El ejército castellano que habia acudido al socorro de la Navarrería, se dividió en tres cuerpos, uno de ellos para cerrar las gargantas del Pirineo, otro para tomar posesion de la Sierra de Reniega, sita á unas seis millas de Pamplona, y el tercero para ocupar la merindad de Estella. Los franceses no penetraron en la Península por donde creían los castellanos, sino que se internaron por el paso de Jaca, y dando la vuelta por Sangüesa cayeron contra los que tenían cercada la Sierra de Reniega, y al mismo tiempo amenazaron la Navarrería. Los castellanos y sus amigos quedaron desconcertados; la Sierra de Reniega no pudo ser ocupada; Almora-

vid tuvo que huir de la Navarrería; y esta plaza fué entrada por los franceses en el momento mismo en que iba á rendirse, y fué teatro de unos horrores de que la pluma se resiste á dar cuenta. Y aun los que entónces fueron exterminados puede decirse que tuvieron fortuna, pues los míseros que se ocultaron fueron perseguidos, declarados reos de traicion, presos y ajusticiados. Los castellanos entraron en tratos con sus contrarios, y los desgraciados que esperaban en su proteccion fueron víctimas de su confianza. Felipe el Hermoso iba á entrar en Navarra con un ejército de reserva, y pudo volverse, visto que la fortuna se habia declarado en favor de Roberto. Navarra era ya la presa del extranjero por derecho de conquista. Entónces fué, por los años de 1280 ó poco antes, dicen los analistas navarros, cuando el aragonés y el castellano firmaron concordia para repartirse aquella tierra, en la que los extraños habian ya plantado sus tiendas. Algunos amigos de la Navarra dicen que hubiera sido muy difícil que el francés se hubiese apoderado de aquel reino á no haber encontrado en él declarada en favor suyo la mayor y mas sana parte de los moradores. Otros ven precisamente en esto mismo la peor desgracia para la Navarra. Cuatro años tuvieron los franceses para consolidar su toma de posesion de ese reino. Á don Eustaquio de Bellamarca sucedió como gobernador don Reinaldo de Ronay, y á este le reemplazó en breve don Guerino de Amploputeo. Sin duda no se temian ya de la guerra, pues existen instrumentos de los que aparece haber quitado algunas cargas impuestas á los habitantes con motivo de las hostilidades. De esta suerte, cuando estalló la lucha entre Aragon por una parte y la Italia y Francia por otra, el francés pudo contar en el número de sus partida-

rios á los navarros. En 1283 estos y los franceses llevaban la guerra por una parte hasta Logroño, y por otra hácia el rio Aragón y Valldonsella. Las plazas de Lerda y Ul abrieron sus puertas al francés, y las de Filera, Salvatierra y otras fueron tomadas por asalto. Muchos no extrañan que en vista de tales antecedentes y comienzos, los franceses y los italianos creyesen que la Iberia era una tierra de fácil conquista, por estar acostumbradas sus milicias á lidiar solamente con los moros, y nó con los guerreros del centro de la Europa. Ya hemos visto por las memorias de Aragon cuán fatal le fué á la Francia esa creencia. Hay quien opina que el mal genio que desplegaron los franceses en la Navarrería, y al que ellos llamaban carácter, contribuyó no poco á hacerlos odiosos en la Península, casi tanto como lo eran en Sicilia; y presumen que no basta para dar á conocer á los guerreros de aquellos tiempos el pintarlos cubiertos de luciente acero, montados en briosos corceles, y arrogantes en medio de su hueste, sino que es necesario investigar sus acciones una por una, y alabar en ellas lo que es noble, y vituperar lo indigno; y dicen que hecha semejante investigacion y anatomía veremos disiparse no pocas auréolas y grandezas: en lo que seguramente no van muy fuera de camino. En 1284 se efectuó el casamiento entre la reina doña Juana de Navarra y el príncipe de Francia don Felipe el Hermoso; y mientras Cataluña luchaba á brazo partido contra los franceses por la independencía de esta tierra, es triste ver á los navarros auxiliando á los que en nombre de una nacion extraña venian á tomar posesion de la Iberia. Y tanto menos se concibe esto, cuanto la Vasconia estaba acostumbrada á dar asombros al mundo, precisamente en períodos históricos no menos calamitosos que

el presente. No se extrañará por tanto que don Felipe, al subir al trono de Francia por muerte de don Felipe el Atrevido, quisiese coronarse junto con su esposa doña Juana con mucha magnificencia en Reims, y ambos se olvidasen de ir á recibir la corona de Navarra que tenia á la verdad floures dignos de hacerla envidiable. Algunos han querido suponer que no padecieron semejante olvido; pero les hizo caer en un error el vivo deseo que tenian de borrarle. Navarra fué entónces un mero satélite de la Francia. No se consultaban sus injurias para hacerla declarar la guerra, ni sus intereses, ni sus cariños para hacerla firmar treguas ó paces. Á una tregua con Aragon, seguia una guerra con Inglaterra, á esta otra lucha con los aragoneses por la posesion de Salvatierra. El nacimiento de un príncipe francés debia ser un acontecimiento alegre y fausto para los vascos, que ya no podian mecer y rodear la cuna de sus reyes. Los ingleses por la parte de la Aquitania hostilizaban á los navarros, nó por tales, sino por dados á los franceses. Hállase en las memorias del país que Hugo de Conflans era gobernador del reino en 1291, y que Alonso Robray lo fué en 1295, é hizo la guerra en Castilla á favor del pretendiente á la corona, en calidad de delegado de los franceses. Por mas doloroso que les fuese á los demás iberos el espectáculo de uno de sus pueblos, muy privilegiado por la Próvidencia en la reparticion de sus dones, dando entrada en la Península á las naciones extrañas, no fué otra cosa lo que pasó á fines del siglo XIII. Las fiestas por la canonizacion de San Luís se celebraron en Navarra con la misma solemnidad que si se hubiese tratado de uno de sus reyes. Cuando murió en Vicennes de Francia la reina doña Juana á 6 de abril de 1305, á la edad de treinta y cuatro años,

apenas comprendía el idioma de esos iberos entre los cuales habia nacido. La corona de Navarra era el patrimonio de una familia extraña y quedaba anejá á ella como un accesorio secundario. Ya no se preguntaba cuántos infantes de Navarra habia dejado la reina doña Juana, sino cuántos príncipes franceses habian nacido de ella y de su esposo don Felipe. Luís Hutin, Felipe el Luengo y Carlos el Calvo, hijos de doña Juana, fueron reyes de Francia y se dignaron tambien denominarse reyes de Navarra. Una hija la sobrevivió tambien, y fué la princesa doña Isabel, que casó con Eduardo II, rey de Inglaterra. Otras dos hijas tuvo, y un hijo, el príncipe Roberto, que murieron en edad temprana.

§ IV. LEON Y CASTILLA.

Segun las memorias de los reinos de Leon y Castilla, dejamos en el anterior capítulo á don Alonso X subiendo al trono por muerte de don Fernando III, el Santo. Le ha sucedido á aquel monarca lo que á otros muchos que sufrieron en vida grandes contrariedades, y tuvieron la desgracia de que el relato de sus acciones fuese escrito por inspiracion de sus enemigos. La imparcialidad se resiente mucho de esta circunstancia, pues otros escritores ya buscan mas la vindicacion que la verdad, y la historia tiene que marchar á saltos para salvar de una parte las injustas acusaciones, y de otra las exageraciones de la defensa. En tales casos es cuando necesita el analista mas copia de meditacion, estudio y sangre fria. Los príncipes de quienes primero recibió don Alonso X el pésame por la muerte de su padre, fueron el jefe moro de Niebla, que se apellidaba rey, y el de Granada que era tal en realidad, y poderoso. Don Alonso

escribió al papa manifestándole que deseaba seguir los intentos del difunto rey don Fernando tocante á llevar la guerra al África; y la respuesta que recibió del sumo pontífice no fué tan halagüeña como la esperaba, pues consistió en que Roma aprobaba lo que le parecería útil, y daría por nulo lo que tuviese visos de dañoso para la verdadera creencia. Esta ambigua respuesta, de la que no aparecía lo que se rechazaba ni lo que se admitía, contribuyó sin duda á que tomasen otro rumbo los deseos del jóven monarca. Faltábanle recursos y apeló al de acuñar moneda de menos ley que la conocida, con lo que no consiguió otra cosa que ver acrecentarse el precio de los objetos enagenables. Deseaba aumentar sus armamentos marítimos, y para ello dió principio á las nuevas Atarazanas de Sevilla. Es de presumir que la corte romana hubiera visto gustosa que la expedicion proyectada por Alonso X contra los africanos, se hubiese podido hermanar con la que allí se trataba de dirigir nuevamente á la Palestina: pero Alonso X miraba las cruzadas latinas mas de lejos que los navarros, y no se sentia dispuesto á secundarlas sino en el modo y forma conveniente á su patria. Las córtes del primer año de su reinado se celebraron en Sevilla por el mes de octubre de 1252; algunas de sus leyes indican ya el malestar que aquejaba á los pueblos respecto á la subida de precios general en todas las cosas, y el remedio de la tasa que se creia ser la comun panacea; y otras versan sobre materias suntuarias, sobre las condiciones con que se permitia sacar del reino los ganados, sobre el traje y los juramentos de los moros y judios, y sobre la prohibicion de darse prenda unas poblaciones á otras para evitar entre ellas conflictos. Respecto á miras exteriores, don Alonso hubiera querido dar ocupacion en Valencia á don Jaime I, proté-

giendo por bajo cuerda á los moros sublevados, y reclamar en Francia la Gascuña que habia sido asignada en dote por matrimonio á su bisabuelo don Alonso, rey de Castilla. Sobre lo primero, aunque hacia tiempo que andaba en relaciones con los moros de Valencia, tuvo que ceder su fortuna á la de su suegro don Jaime; y para lo segundo se puso de acuerdo con Guido, conde de Limojes, y con Gaston, conde de Bearne, á fin de desalojar de la Gascuña á los ingleses. Al principio quisieron estos defenderse asiéndose de un decreto de excomunion contra el castellano por embarazos puestos á quien deseaba ir á la Tierra Santa; pero viendo que semejante remedio no producía efecto, apelaron á las armas, se apoderaron de Roda y Benauges y otras plazas, y por último pidieron para su príncipe don Eduardo la mano de la infanta de Castilla doña Leonor, hermana de don Alonso X, y quedó convenido que esta princesa llevaría en dote esa Gascuña que era objeto del litigio. Este arreglo se hizo entrado el año 1253. Por el mismo tiempo no cesaba de hablarse en Sevilla de los grandes aprestos que hacia don Alonso X para pasar al África, y aun parece que obtuvo para ello cruzada y tercias de diezmos eclesiásticos: pero sucedió que por amagos hechos por don Alonso de Portugal contra Aben, reyezuelo de Niebla, el castellano prefirió volver sus armas en favor de aquel moro, y ocupar el Algarbe, á pesar de las amonestaciones del papa dirigidas á que no se asestasen contra los príncipes cristianos las armas dadas para ir contra los infieles. El rey de Portugal tuvo que apelar, como el de Inglaterra, á un casamiento, para vivir en paz con el castellano. Trató, pues, de repudiar su esposa, socolor de que el matrimonio era nulo por impotencia de la misma, y prometió que mas adelante casaría con una hija natural

del rey de Castilla. Hay quien afirma que estuvo tambien en poco como este monarca no repudió asimismo á la hija del rey don Jaime I de Aragon , antes que en ella tuviese descendencia. Del mismo año 1253 existen memorias de unas córtes celebradas en Toledo en las cuales fueron confirmados los privilegios de los caballeros y hombres buenos de esta poblacion ; y de otras de Sevilla aparece que hasta este tiempo no terminó la reparticion hecha de esta ciudad entre los cristianos. En el siguiente año de 1254 se consumó el matrimonio del rey de Portugal con doña Beatriz de Guzman , hija natural del rey de Castilla ; y de esta suerte recobró aquel monarca el Algarbe , aunque con reconocimiento de señorío. Tambien se efectuó en Burgos el matrimonio entre la hermana del castellano y el príncipe Eduardo de Inglaterra , cediéndosele á este la Gascuña en calidad de dote de su esposa. El primer matrimonio produjo un pleito ruidoso , pues doña Matilde de Bolonia , repudiada del portugués , acudió en 1255 al sumo pontífice , y de resultas se mandó al rey de Portugal que se separase de su nueva esposa , y se negó á cumplirlo , por lo que dos años despues fué excomulgado. Ya al castellano le habia nacido á la sazón la infanta doña Berenguela , y parece que á cinco de mayo fué jurada en las córtes de Sevilla como heredera del trono. Alonso X decia que continuaba sus preparativos contra los africanos , y obtuvo del sumo pontífice Alejandro IV otra nueva cruzada , y del clero un subsidio , pero el año se le pasó en dar órdenes para sofocar una sublevacion de los moros de Arcos , Lebrija y Jerez de la Frontera. En el siguiente , hartó tuvo que hacer con acallar los clamores de sus súbditos , debidos á la adulteracion de la moneda y á la consiguiente subida de los precios. Este primer mal

paso en la administracion de sus estados le habia dado y continuaba dándole disgustos tanto mas profundos, quanto sus consecuencias habian sido mas generalmente sentidas. La tasa á que acudió habia resultado un remedio peor que la enfermedad, y hay quien afirma que en las córtés celebradas en Segovia en 1256 fué preciso quitarla como nociva. Muchos ocultaban sus géneros mal tasados y no querian venderlos á no ser que secretamente los compradores estableciesen otra tasa conforme con los deseos de los vendedores. El nacimiento del príncipe don Fernando vino á anular de hecho la jura de doña Berenguela. Casi al mismo tiempo una alteracion de los pueblos de la Gascuña estuvo tambien á punto de inutilizar la cesion hecha á la Inglaterra; pero don Alonso X resistió á la tentacion de dar la mano á los sublevados, y les fué forzoso amoldarse á los caprichos de sus amos. Por entónces Alonso X tenia puesta la atencion en la dignidad de jefe del imperio de Alemania, á la sazón vacante, y dicen que en la compra de votos prodigó cuantiosas sumas, el sudor de sus pueblos. Lo que por tales vias consiguió, fué que algunos electores le nombrasen á él, y otros á un hermano del rey de Inglaterra, y que en la duda de á quién tocaba el imperio, se originasen alteraciones, guerras y gastos sobremanera gravosos. Parece que en 1257 fuéron á Castilla los hijos de Juan de Brena, emperador de Constantinopla, y esposo de doña Berenguela, hermana de Fernando III de Leon y Castilla, para atizar aquella discordia preñada de escándalos y turbaciones. Alonso X, andando en busca de nuevas alianzas con el mismo objeto, concertó el matrimonio de su hermano don Felipe, aunque era ya electo prelado de Sevilla, con una hija del rey de Noruega Aquino V, aunque otros dicen con la del rey de Di-

namarca Cristóbal I. Tenia proyectado el monarca castellano dirigir, nó ya contra el África, sino contra la Italia, los grandes armamentos que habia ido preparando; y de esta suerte presentarse formidable á tomar posesion del imperio. Cualquiera hubiera dicho que en la Península ya no quedaba nada por hacer, ni en el África nada por vengar, cuando un príncipe, á quien se ha dado el renombre de Sabio, trataba de alejarse de su patria y de ir en busca de extrañas aventuras. Una circunstancia le detuvo, y fué no saber á quién confiar el gobierno de sus dominios en la Península. Sus hermanos le infundian recelo; sus hijos estaban en pañales, pues uno de ellos, don Sancho, acababa de nacer; y detrás de su esposa veia la preponderancia de los aragoneses. Alonso X era uno de aquellos espíritus lúcidos, que se pierden por serlo demasiado, y que divagando por los espacios carecen en la práctica de aquella voluntad enérgica que supera muchos y poderosos obstáculos. Habia preparado y puesto en órden todos sus recursos para escalar el imperio, y en el momento de ir á poner en ejecucion sus propios planes, se quedó parado por no saber á quién confiar el gobierno durante su ausencia. Y como su desconfianza se hizo muy transparente, acarreóse con ella la hostilidad de todos cuantos le rodeaban. Los primeros hálitos que respiró el recién nacido infante don Sancho, fueron de desvío y desapego hácia su propio padre.

En 1259 el infante don Enrique, olvidado de lo que debia á su familia y á su patria, hizo alianza con Aben, rey de Niebla, y levantó banderas contra su hermano el rey don Alonso. Hubo en este levantamiento dos ingratitudes, una del infante contra su hermano mayor, y otra del rey de Niebla contra un príncipe que le habia protegido y li-

brado de ser víctima de los portugueses. Don Alonso tuvo que hacer un esfuerzo vigoroso para asegurarse el triunfo. Mandaba sus fuerzas don Nuño de Lara, á quien el infante don Enrique no vaciló en acometer. Diéronse una reñida batalla, y ya flaqueaba en ella don Nuño, cuando recibió un refuerzo que le dió la victoria. Don Enrique huyó, embarcóse en Cádiz, fué á implorar la proteccion de los aragoneses, y no siéndole otorgada, trasladóse á Túnez, y se avino á servir al rey de esta comarca. No menos desgraciado término tuvo la sublevacion del rey de Niebla. Venido en campo llano, taladas sus tierras, ocupadas sus poblaciones y puestas á saco, sitiado él mismo en su capital y compelido á rendirse, perdió su reino, y se vió obligado á pasar al África. Poco antes de estos trascendentales acaecimientos, el rey de Portugal celebró en sus dominios el nacimiento de una hija habida en aquella doña Beatriz por cuya causa el reino estaba puesto en entredicho, aunque en realidad eran muy pocos los que le observaban y daban cumplimiento. Los analistas del año 1260, hablan de don Alonso en diferentes sentidos. Unos le pintan ocupado en las córtés de Toledo en asuntos relativos á la pretension del imperio y á los gravámenes que de ella se originaban. Otros dicen que celebró córtés en Sevilla, y en ellas trató de completar y concluir el código de leyes á que habia querido dar comienzo Fernando el Santo, y que despues fué conocido con el nombre de las PARTIDAS; tambien dicen que decretó el uso del idioma vulgar para la redaccion de las leyes, abandonada la mezela del latin y vulgar que venia autorizada por la costumbre. Asimismo dan por sentado que don Alonso envió mensajes al sultan de Egipto, y los recibió de él muy amistosos, junto con varios presentes

compuestos de manuscritos, de plantas y de animales raros; y por último dejan presumir que esta correspondencia no le fué muy favorable para que la corte romana apoyase sus pretensiones al imperio. Algunos ponen sus dudas acerca de las córtes de Sevilla; pero las de Toledo las dan por seguras buenos instrumentos en que se habla del hospedaje á que por ellas se vieron obligados los toledanos, sin perjuicio de sus privilegios y exenciones. En 1261 nació en Portugal el príncipe Dionis, destinado un dia á llevar la corona, aunque era reprobado el matrimonio de sus padres los actuales reyes de aquella comarca, don Alonso y doña Beatriz. En Andalucía se preparaban grandes turbaciones, que estallaron el año siguiente, y se extendieron hasta el reino de Murcia. Los moros españoles de este reino, del de Granada, y de las riberas bajas del Guadalquivir, hechos algunos conciertos con los africanos, trataron de recobrar una parte del terreno perdido en los últimos tiempos, especialmente hácia las costas, desde Cádiz hasta el mar Balearico. Subleváronse á la vez muchas familias moras, y los murcianos y granadinos se pusieron en armas á un mismo tiempo para llamar la atención del castellano. La plaza de Utrera fué sitiada y vivamente combatida, y la de Jerez fué tomada por asalto á pesar de la obstinada defensa que en ella hizo Garcí-Gomez Carrillo. Estas inesperadas alteraciones pudieron dar á conocer á don Alonso X cuán fuera de sazón estaban sus fantasías imperiales cuando en sus propios dominios y en las puertas de su casa ardian tan voraces incendios. Á pesar de esto insistia en Roma con el mayor ahinco, y siempre sin fruto, para que se le concediesen las insignias del imperio. Mas fortuna tuvieron los portugueses en la demanda que elevaron al pontífice para que levantas-

las censuras puestas sobre el reino, toda vez que acababa de morir la condesa Matilde de Bolonia interesada en la anulacion del matrimonio de sus príncipes. El entredicho fué levantado, la dispensa matrimonial otorgada, y los infantes reales legitimados. Don Alonso no se dió por vencido, y en 1263 instó de nuevo para obtener las insignias del imperio, y el pontífice Urbano se avino por último á concederle que pudiese denominarse, lo mismo que su rival, emperador electo. Otra concesion le hizo el papa, y fué la traslacion del obispado de Asidonia á Cádiz, á pesar de la oposicion del arzobispo de Sevilla. Fué á tiempo que la corte romana esperaba obtener del clero de España un subsidio destinado á reanimar el imperio de Oriente; pero el clero se excusó diciendo que harto gravado le tenían las subvenciones que pagaba para hacer la guerra al moro. La lucha con este continuaba viva y encarnizada. Don Alonso hizo levantar el sitio de Utrera, y acometió y arrolló al murciano y granadino reunidos; pero la resistencia que le opusieron le hizo conocer cuán necesaria era la cooperacion del rey don Jaime I, y dió los pasos mas convenientes para obtenerla. Ya dijimos que don Jaime la habia prometido, y que cumplió con su promesa con una lealtad de que hay pocos ejemplos. El castellano pudo así concentrar sus fuerzas hácia el Guadalquivir, recobrar la plaza de Jerez, y desalojar á los moros de los puntos y poblaciones de Arcos, Bejar, Lebrija, Rota, San Lúcar y Sidonia que habian ocupado. Á la sazón se determinaron de comun acuerdo los lindes de Portugal y Castilla, ni mas ni menos que un año antes se habian determinado los de Aragon por la parte fronteriza con los castellanós. Á fines del año 1264 y principios del siguiente, segun unos, ó á fines de 1265 y princi-

pios de 1266, según otros, tuvo lugar la bella campaña de Murcia llevada á buen término en muy poco tiempo por el rey don Jaime I. Bueno es recordar que las memorias de los árabes indican que contribuyó mucho á la sumisión de los murcianos el concierto que poco antes firmaron el castellano y el granadino. La tormenta suscitada por los moros españoles quedaba conjurada. El granadino para evitar que Guadix y Málaga, salidas de su obediencia, continuasen en su rebelion, firmó de nuevo paces con don Alonso y le rindió parias; los fugitivos de Jerez, Murcia y el bajo Guadalquivir fueron á aumentar la poblacion de la vega de Granada; y el reino de Murcia quedó definitivamente incorporado á la corona de Castilla, como lo habia sido el de Niebla. Las memorias del año 1266 nos presentan ya á don Alonso X como pacífico poseedor de su reino, y ocupado en concertar la boda de su primogénito don Fernando con doña Blanca, hija de Luís el Santo, rey de Francia. También presentan á su hermano don Enrique, salido de Túnez, puesto en Sicilia al servicio de Carlos de Anjou, promoviendo alteraciones en la misma Roma por aspirar á la dignidad de senador en competencia con otro pretendiente, pasándose luego al bando de Coradino contra aquel Carlos y la corte romana, y perdiendo por fin la libertad en una derrota completa que los suyos padecieron. En 1269 parece que el sumo pontífice reinante, instado vivamente de don Alonso X, para que le diese la investidura del imperio, le pidió á su vez que hiciese jornada á la Tierra Santa; y el castellano se excusó, como ya lo habia hecho al principio de su reinado. Por el contrario el rey de Portugal se avino á formar parte de la expedicion, lo mismo que el rey de Aragon á quien se le hizo una demanda idéntica al decir de los

analistas castellanos, aunque el rey don Jaime en su Historia da á entender que fué espontáneo en él el deseo de pasar á la Palestina. Convienen los analistas castellanos con los aragoneses en que el rey don Alonso X, aunque se excusó con el papa de tomar parte en la cruzada, sin embargo auxilió á su suegro don Jaime con cien mil maravedís de oro satisfechos en dos plazos, y con cien ginetes. Hacia el mismo tiempo el hijo del rey de Portugal fué á Sevilla á verse con su abuelo natural el rey don Alonso, y allí recabó de él, dicen los escritores castellanos, que remitiese el feudo que segun dicen ellos, y los portugueses niegan, pagaba el reino de Portugal al de Leon. Poco antes habia ya remitido don Alonso el que Portugal pagaba por razon de la soberanía del Algarbe. Muchos son los que creen que de esta condescendencia se originaron las desgracias de familia que luego acibararon la existencia del monarca castellano. Los infantes y los ricos-hombres habian opinado unánimes que no era posible dar contento al lusitano. Las poblaciones creian que este asunto debia discutirse en córtes como cosa de mucha monta é importancia. En las de Jerez, celebradas en 1268, nó se habia mencionado semejante demanda, y sí únicamente hecho un ordenamiento de posturas, y extendido varios privilegios y ordenanzas. En las de Burgos, celebradas en 1269, luego de verificado el casamiento entre el príncipe heredero de Castilla y la hija de Luis el Santo, rey de Francia, solo se trató de otorgar dos servicios por año al monarca, mientras continuaba las instancias por la investidura del imperio, y en ello convinieron los ricos-hombres, infanzones, caballeros, y los enviados de las ciudades y de las villas. La pretension de la corte de Portugal, decian los descontentos, debia háber si-

do presentada á un parlamento, y no pasarse por alto ni decidirse como cuestion de gracia en que el príncipe era el árbitro. Esto trajo naturalmente á la memoria otras mercedes otorgadas por don Alonso, que ya no parecian premios concedidos al mérito, sino prodigalidades derramadas con una profusion y una lijereza deplorable. Verdad es que los quejosos eran muchos de los que habian disfrutado de las liberalidades y las habian agotado; y tambien lo es que los vientos entónces dominantes eran de contrariedad para los príncipes, y entre los aragoneses produjeron la union, y entre los castellanos una liga de ricos-hombres, y mas adelante una guerra civil calamitosa. Don Alonso procuraba sosegar los ánimos; pero de la Historia del rey don Jaime aparece claro haber dicho confidencialmente á su suegro que los nobles de ambos reinos formaban alianza para comun daño de sus príncipes. El mismo don Felipe, hermano del rey don Alonso, recorrió la Navarra, y en todas partes buscaba enemigos á su monarca. Dificil es concebir cómo la posteridad ha podido dar el nombre de sabio á quien no supo conservarse las simpatías de sus propios hermanos, ni las de sus hijos, ni refrenar las iras de sus mas allegados; y es preciso confesar que no se tomaria entónces por sabiduría en un rey la ciencia del buen gobierno de su casa y de sus pueblos, sino la noticia y conocimiento de las especulaciones vagas cuyos resultados prácticos no tienen conexion con los deberes de un individuo. Y tampoco se concibe cómo era posible que ese malestar del príncipe le diese tiempo para continuar entregado á sus fantasías imperiales. En este punto no cejaba, y un año y otro año continuaba haciendo instancias en el mismo sentido. Las córtes de Burgos de 1271 se juntaron para poner término á las alteraciones

promovidas por los ricos-hombres y el infante don Felipe. Habíanse atrevido á solicitar, nó solamente al navarro, sino tambien al granadino y á los africanos, y algunas de sus cartas habian sido interceptadas. Cuando el rey se dirigia á las córtes de Burgos, precisamente para ver de dar satisfaccion á los descontentos, estos le salieron á recibir hasta Lerma armados, como quien se temia mas que confiaba. Inútiles fueron todos cuantos pasos conciliatorios se dieron, y por último los quejosos manifestaron su intencion de desnaturalizarse y salirse del reino, y la llevaron por obra. Es triste cosa leer en las crónicas la facilidad con que se iba en busca de una patria nueva, cuando la propia no daba satisfaccion á todos los amores propios. Mientras estas apelaciones al ostracismo, ya usadas en los tiempos antiguos, eran hechos individuales y poco generalizados, no se fijaba en ellos la atencion; pero cuando, como en el presente caso, eran una multitud de ricos-hombres los que emigraban con sus familias y sus bienes, abandonando la tierra que les dió vigor y aliento en su infancia, el ánimo no podia permanecer indiferente ante ese que ya parecia alarde de desamor á la cuna. Conmovido el rey don Alonso envió emisarios á aquellos ricos-hombres, pidiéndoles que desistiesen de su intento. Los mismos infantes, los prelados mas dignos, y los mas nobles caballeros fuéron á Alcalá la Real en nombre de la reina, y casi con llanto rogaron á los quejosos que, depuesto su enojo, volviesen á su patria. Todo fué inútil. El rey de Granada, que ya habia triplicado la poblacion de su reino dando asilo á los moros de distintas comarcas, ahora recibia con los brazos abiertos á los mejores guerreros de Leon y Castilla, y se dirigia con ellos á la reconquista de Málaga y Guadix. Eran sus vasallos, con la sola

condicion de que no estarian obligados á hacer armas contra el rey de Castilla. Esta numerosa emigracion tuvo lugar en 1272. Hácia el mismo tiempo, habiendo muerto el competidor, que tambien solicitaba la investidura del imperio, creyó don Alonso que ya quedarian superados los obstáculos que constantemente se le oponian; mas no fué así, antes se le opusieron otros nuevos nacidos de que el papa deseaba que fuese jefe del imperio quien pudiese y quisiese dirigir una nueva cruzada. Á la sazón sucedió que el rey de Portugal anduvo en pugna con el brazo eclesiástico, y en poco estuvo como no fué excomulgado; y como al mismo tiempo el rey don Jaime I de Aragon se habia negado con entereza á pagar tributo ni rendir reconocimiento á la corte romana: se descubre en todo ello el gérmen de la animosidad que mas adelante hizo concitar contra los iberos á la Francia y á la Italia enteras. El sumo pontífice hallaba en la Iberia todo linaje de acatamientos en su calidad de jefe del catolicismo, pero poca propension á sacrificarse por extraños intereses. En 1273 ya no dió mas largas al negocio del imperio, sino que mandó proceder á nuevas elecciones, y casi por unanimidad salió electo Rodolfo, conde de Ausburgo. Entónces el castellano acababa de celebrar en Almagro córtes á los castellanos, y en Ávila otras á los leoneses y extremeños, para ver de poner término al descontento de los ricos-hombres, y para procurarse recursos. Dos tributos se remitieron en las primeras, uno, referente al servicio anual que se exigia de los ricos-hombres, y otro relativo á los derechos que se cobraban por entrada de mercaderías en el reino. De las segundas no se mencionan los resultados, acaso por haber enfermado el rey y habérselo cerrado con tal motivo. Estaba profundamente disgustado. Sus ricos-hombres

habian contribuido á que el granadino venciese á los gobernadores de Guadix y Málaga, y ahora le exigian por precio de su vuelta á Castilla que firmase paz con el rey de Granada y prometiese no proteger á los de Guadix ni á los malagueños. El papa no hacia caso de sus reclamaciones, y daba ya por finida y terminada la cuestion del imperio. Y por último, en todos cuantos le rodeaban le parecia descubrir el principio de nuevas contrariedades. Pero fija en su mente la idea de que le tocaba aquella investidura, es sabido que en las córtes de Burgos, celebradas en 1274, hizo nombrar caballeros que llevasen el negocio adelante, y él trató de hacer el último esfuerzo para desembarazarse de trabas en la Península y ponerse en camino para la Italia. Acababa de subir al trono de Granada un nuevo príncipe, Mohamed II, El-Emir, y parecia propicia la ocasion para entrar en conciertos. Don Alonso X cedió á cuanto quisieron sus ricos-hombres emigrados; la reina doña Violante dió cuantos pasos permitia el decoro para obtener una concordia; y por último se convino en dar por enteramente olvidadas las anteriores diferencias, y en sentar paz y amistad con el granadino bajo las mismas bases del convenio celebrado en tiempos del rey don Fernando el Santo. El rey Mohamed II fué á Córdoba junto con los ricos-hombres, y allí la reina doña Violante los recibió y acompañó hasta Sevilla, en donde Alonso X armó caballero al rey de Granada, y volvió á su gracia á los emigrados. Créese que despues celebró córtes en Zamora, dió en ellas un ordenamiento sobre pleitos, pasó por Pampliega é hizo trasladar á Toledo los restos del rey Wamba, y no sin disgusto recibió la noticia de que en el concilio de Lion habia sido confirmada la eleccion de Rodolfo para la investidura del imperio. Quedaban completa-

mente desvanecidas sus esperanzas. Aquella fantasma que hacia veinte años era el blanco de sus deseos y de todos sus afanes, se habia disipado. Para consolarle le escribió el papa diciéndole que por seis años le concedia las tercias de los diezmos si hacia la guerra á los moros de España; pero daba la casualidad que acababa de firmar paz con ellos. En tales circunstancias determinó ir á verse con la corte Romana. Los analistas castellanos dicen que fué por otras pretensiones; pero la Historia del rey don Jaime I afirma que confidencialmente manifestó don Alonso que iba allá para ver de que se volviese sobre lo resuelto acerca del imperio. En vano el rey don Jaime procuró detenerle en Barcelona con motivo de celebrar las pascuas de Navidad, y probó á disuadirle de su propósito: don Alonso pasó adelante. Vióse con el papa en Belcaire, junto al Ródano, dicen las memorias castellanas, y trató de probarle que el imperio le pertenecia por derecho de eleccion legitima, y que además era razon que se le restituyese el ducado de Suevia que le tenian usurpado; pero, el pontífice no se dió por convencido de lo primero, y se negó á lo segundo como cosa que podia turbar la paz entre cristianos; y de resultas, ambos príncipes, el de la Iglesia y el de la Iberia central, se separaron muy disgustados uno de otro.

Al sentir de muchos, no van muy fuera de camino los que creen que ya por este tiempo se formaba en Italia la tempestad que mas adelante fué dirigida contra los iberos; y se fundan en que se urdian allí tramas contra todos los reinos de nuestra Península; al rey don Jaime I se le amenazaba con la excomunion precisamente al acabar de denegarse á pagar feudo á los romanos; al rey de Portugal se le dirigian idénticas amenazas por ciertas diferencias que tenia con

el clero de su reino; al reino de Navarra se enviaba un ejército francés que le ocupase militarmente; y por último al castellano se le daban desaires sobre desaires. No parecia sino que se tratase por vias torcidas de volver al yugo italiano unas comarcas que hacia nueve siglos que ya no le reconocian. El rey don Alonso escribió á sus adictos de Alemania, firmando como emperador de romanos, y diciéndoles que ahora menos que nunca, ya que le retaban, desistia de sus pretensiones, antes las miraba como punto de honra y buen nombre. En estos momentos era el mas desgraciado de los padres. Su hijo mayor don Fernando, príncipe mozo que hacia concebir las mas lisonjeras esperanzas, á quien dejó en sus dominios lleno de robustez y vida, acababa de morir en campaña contra un enemigo formidable. Ya no se trataba de un rey de Niebla, ni de un jeque de Murcia, ni de un príncipe de Granada, ni de una sublevacion de las familias moras, sino de una de esas tremendas invasiones á que el África tenia acostumbrados á los iberos como para mantenerlos despiertos y aguerridos á todas horas. El granadino, visto que don Alonso andaba fuera de sus dominios, trató con el rey de los beni-merines, le dió en rehenes las plazas de Algeciras y Tarifa, obtuvo de él el envio de un ejército, y los dos á una se derramaron por las riberas del Guadalquivir con la furia de un torrente. Por fortuna las discordias civiles no habian enervado á los iberos de aquella cuenca; don Nuño de Lara murió con muchos de los suyos defendiendo la vega de Écija; el infante don Sancho, arzobispo de Toledo, fué derrotado, preso y decapitado, por haber querido rescatar con un puñado de valientes una rica presa que se llevaba de las cercanías de Jaen el rey de Granada; don Lope Diaz hizo pro-

digios de valor acometiéndolo porfiada y repetidamente á los moros, aunque le eran cuatro veces superiores en número; y el infante don Fernando cayó enfermo y murió no lejos de Ciudad-Real, mientras iba concentrando hueste para llevarla á la defensa del reino. Don Juan Nuñez de Lara recibió su último suspiro, y envuelta en él la esperanza de que procuraría que no perdiesen el derecho á la sucesión del trono los dos hijos que dejaba el moribundo príncipe, niños ambos, Alonso de la Cerda el uno, y don Fernando el otro. En ellos existía un plantel de quebrantos para los reinos de Leon y Castilla. El hijo segundo de don Alonso X era el infante don Sancho, que ya en Burgos no había querido que su hermano le armase caballero, y ahora sobre su cadáver manifestó que el príncipe que no había adquirido por posesión derechos al trono no podía transmitirlos á sus hijos, y que por tanto él, don Sancho, era el heredero del trono con preferencia á aquellos dos niños. Las circunstancias favorecieron al mancebo para que se formase un núcleo de buenos partidarios. El padre ausente, el gobernador del reino difunto, el enemigo en la frontera y á la vista, los pueblos y las huestes clamando por un jefe, y murmurando de quien los dejaba desamparados, y la juventud, la actividad y la bizarría de don Sancho: todo contribuyó á crear en favor de este, y en muy poco tiempo, una hueste compacta. Sus providencias fueron acertadas. Mientras avisaba al rey de Aragon para que acometiese por las fronteras de Murcia al granadino, él procuró correrse hasta la orilla del Océano, juntó escuadra, y amenazó con cortar la retirada á los africanos: con lo que consiguió hacerlos meter en Algeciras. Las crónicas castellanas dicen que el rey antes de partir para lo del imperio había celebrado córtes en Toledo en

este mismo año de 1275, y en ellas habia sido nombrado gobernador del reino el príncipe don Fernando. Esta fecha debe entenderse tomada sobre distinta cuenta, de suerte que dichas córtes fueron celebradas á fines de marzo de 1274, y en seguida el rey partió por Valencia y Barcelona para Francia. En enero de 1276 estaba ya de vuelta, y ni espacio le dieron para llorar la muerte de su primogénito. Su hijo segundo, don Sancho, retardaba el presentarse á él, como si su vuelta le estorbaba en sus malos propósitos. Escribíale don Alonso X diciéndole que deseaba abrazarle, y el hijo le respondia instándole á que le diese poderes para firmar la paz con los africanos y con el granadino. Dióselos el rey, y de esta suerte el príncipe tuvo la gloria de poder decir que habia salvado la monarquía rechazando á un enemigo formidable y obligándole á entrar en avenencia. Ya podia concentrar todos sus medios de accion para asegurarse el derecho de sucesion á la corona. Mostróse afable, liberal y hasta espléndido con los ricos-hombres, y luego se formó el séquito que necesitaba para ir á verse con su padre. Es fácil comprender, en vista de tales precauciones, que no trataba don Sancho de invocar la práctica de un derecho sino la excepcion del mismo. Su padre fué á recibirle á Toledo, y lo primero que oyó de su boca y de la de sus ricos-hombres fueron súplicas é instancias para que don Sancho fuese declarado sucesor á la corona. Por entre los respetos debidos al padre y al monarca asomaba en el modo y forma la fuerza. Don Sancho era capaz de arrebatarse la corona, nó á sus sobrinos solamente, sino á su hermano si viviera, y á su propio padre. El rey don Alonso quedó sorprendido á vista de tanta audacia, pero conoció que ya le era muy difícil recobrar

los elementos de mando que durante su ausencia habia perdido. Tuvo entereza para responder que este era negocio grave que debía meditar, y aun resolverse en córtes. Convocólas para ser celebradas en Segovia en este mismo año de 1276. La actitud de don Sancho y sus parciales probaba ya que solicitaban una cosa contra fuero. Es sabido que el rey don Fernando el Santo habia venido trabajando, dicen unos, meditando, dicen otros, en la confeccion de las Partidas, y que su hijo, el rey don Alonso X, completó aquella obra, dicen los primeros, la ejecutó, dicen los segundos y el mismo don Alonso. Tambien es sabido que en ese código no trataron tanto de innovar como de recopilar y poner en órden. Consignaron, pues, en él el derecho vigente cuando dijeron que los nietos, premuerto el padre, sucedian al abuelo por derecho de representacion, sin que fuese obstáculo el de intermediacion que á otros favoreciese. Este era el derecho, esta la equidad, y tal, y nó otra, la opinion de los legisladores y jurisconsultos. No la invocaron don Sancho y sus parciales, ni pidieron que fuesen consultados los que trabajaban en la confeccion ó en la revision de aquel código, sino que sacaron á colacion una ley de los godos, de esos conquistadores para quienes, lo mismo que para don Sancho, la ley suprema era la fuerza. Ninguna usurpacion, ninguna iniquidad podia dejar de ser legalizada acudiendo á tales legisladores. Aquí debe quizás buscarse la llave del secreto de lo mucho que se tardó en promulgar el código de las Siete Partidas. Las córtes de Segovia dieron razon al fuerte contra el débil, á Sancho el Bravo contra Alonso el Sabio, y quedó determinado, para evitar una guerra civil, que la audacia se hiciese superior á las leyes. Sancho fué declarado heredero de los tronos de Leon y Castilla, y des-

de este dia fué el verdadero soberano de aquella tierra. En realidad el reinado de don Alonso X termina en estas córtés de Segovia en donde su voluntad quedó anulada. En vano dilató su agonía, tomando consejo de la prudencia; presto veremos cuán poco envidiable fué la existencia que pudo prolongar entre convulsiones. El rey de Francia Felipe el Atrevido escribió reclamando en favor de los hijos de doña Blanca, viuda del infante don Fernando y hermana suya; y aunque pareció que le respondía don Alonso X, quien le contestó fué el mismo don Sancho en el sentido que se deja suponer. Ciertamente si alguna circunstancia puede alegarse en favor de don Sancho, y puede explicar el número de sus parciales, será una razon de estado, comprendida del pueblo mejor que del príncipe, la cual rechazaba todo cuanto procedía de Francia, en aquella coyuntura en que los franceses, favorecidos de los italianos, hacian suya la Navarra y aspiraban ya abiertamente á dominar en nuestra Península. Las crónicas andan oscuras en la explanacion de los hechos acaecidos en 1277: los enumeran, y no los explican. Doña Violante pide permiso al rey don Alonso para trasladarse á Guadalajara junto con doña Blanca y los hijos de esta princesa, y de allí pasa á Aragon, en donde reinaba ya su hermano el rey don Pedro III, y solicita su proteccion y amparo para los hijos de su nuera. Algunos creen que doña Violante huía de su esposo: de quien huía era de su hijo don Sancho, con consentimiento secreto de don Alonso X que tenia atadas las manos, y no era dueño de obrar de otra suerte. Dirígenle en virtud de esto reclamaciones al rey de Aragon, y quien reclama es el hijo, aunque suene que es el padre. El francés insta, y sus embajadores se pasan y son arrojados del reino, nó por don Alonso, aunque

lo parezca , sino por don Sancho. Es necesario tener presente que la crónica del rey don Alonso X fué inspirada por los amigos del rey don Sancho IV , y en tal sentido debe ser comentada. El hecho misterioso que menciona en este año de 1277 relativo á la muerte violenta dada al infante don Fadrique , hermano del rey don Alonso , y á don Simon Ruiz de los Cameros , son lunares de la existencia de don Sancho el Bravo , maliciosamente aplicados á la del rey Alonso el Sabio. Sancho era á la sazón el omnipotente , y contra él iban dirigidas las conspiraciones , y por él era natural que fuesen castigadas. El infante don Fadrique fué ahogado en su propio palacio para que no pudiese proferir ni una palabra ; y Ruiz de los Cameros fué quemado vivo en el suyo para que no pudiese divulgar ningun secreto. Aquí se descubre la justicia fuerte y exenta de tramitaciones del primero , y nó la marcha lenta , meticulosa y tibia del segundo. La Francia declaró la guerra al rey de Castilla , y de una y otra parte se hicieron aprestos , ó por mejor decir se continuaron los hechos por la parte de Navarra. La corte romana envió legados á España con el designio aparente de servir de mediadora entre los príncipes , pero en realidad para cerciorarse de que el rey de Castilla cobraba las tercias de los diezmos eclesiásticos , y á pesar de esto vivia en paz con los moros. Los legados , en 1278 , dieron parte de esta novedad , y el papa escribió que se cesase en percibir las tercias ó se rompiesen las treguas con los infieles. El rey de Castilla prefirió romperlas , y poner sitio por mar y tierra á la plaza de Algeciras. Hízose así , y dirigian las operaciones sus dos hijos , el infante don Pedro , y Alonso Niño. La escuadra fué derrotada , y el ejército tuvo que levantar el cerco , abandonando máquinas y

pertrechos. Los analistas castellanos confiesan que este descalabro fué debido á don Sancho por haber dispuesto en Sevilla, contra la expresa voluntad de su padre, de los fondos destinados para la conquista de aquella plaza y para el socorro del ejército y de la armada. Es de saber que, enviado á Aragon el infante don Manuel, hermano de don Alonso, se habia conseguido que á doña Blanca se la pudiese en libertad para ir á Francia, á donde la acompañó don Juan Nuñez de Lara, y que sus hijos quedasen con buena guarda en el castillo de Játiva. Don Sancho insistia en que su madre volviese á Castilla, y ella, dando largas al asunto, de escusa en escusa, vino á decir que volveria en cuanto se la mandasen los fondos que necesitaba. Y aquel príncipe echó mano de los que estaban destinados para aquella empresa. Con esto consiguió tres cosas, cerrar la última puerta á las negativas de su madre, impedir que dos de sus hermanos ganasen lauros militares, y dar á entender á los pueblos que de todo se habia salido con bien mientras solo él dirigió los negocios del estado, y todo eran descalabros en cuanto habia vuelto su padre y habia tomado las riendas del gobierno. Por este tiempo el nuevo pontífice Nicolás III quiso cubrir las formas enviando nuevos legados al francés y al castellano para que viniesen á tratar de paz en un congreso que podia darse en Tolosa de Francia; á lo que respondió el castellano, que el congreso debia ser en punto neutral, y se designó entónces la plaza de Burdeos, que pertenecia á la sazón á la Inglaterra. Con esto se quería dar un respiro al francés para que consumase la conquista del reino de Navarra, como la consumó en efecto en dicho año de 1278, en el que pudo decirse que los castellanos y su príncipe no estuvieron en Navarra mas que para ser testi-

gos de la toma de posesion de los franceses , acompañada de grande estrago. Algunos autores hablan de unas vistas misteriosas que el gobernador francés tuvo con el rey don Alonso, indicio de que este queria explicar de palabra lo que no podia por escrito , y dicen que , de resultas , el francés conoció que no necesitaba muchas tropas para sostenerse en aquel reino. Don Alonso deseaba correr bien con los franceses y darles á entender que no estaba en su mano impedir que don Sancho le sucediese en la corona. No era de él de quien debian estar recelosos , sino únicamente de don Sancho y de sus parciales. Los enviados de Castilla, que fueron á Burdeos para tratar de la paz, todo lo otorgaban, excepto lo vital que era la sucesion al trono. Los hijos de doña Blanca debian ser eliminados , ó debia convertirse esta cuestion de derecho en cuestion de fuerza. En 1279 , á pesar de la vergonzosa derrota de Algeciras, don Alonso sentó treguas con los beni-merines , y concentró fuerzas hácia la frontera de Granada , nó tanto para hacer la guerra al granadino como para formarse un centro de amigos armados. Faltábanle recursos, aunque á su hijo no le escaseaban , y echó mano de algunas rentas pertenecientes al clero. Al momento el papa , dice Rainaldo, escribió, nó solamente al rey don Alonso , sino tambien á don Sancho , tan cierto es que este era mirado como el verdadero monarca, diciéndoles que emendasen los daños hechos á la Iglesia en sus bienes. Á la sazón acababa de morir el rey de Portugal don Alonso , y le sucedió don Dionis , nieto del rey de Castilla. El abuelo quiso tener con él unas vistas, y no pudo conseguirlo , porque Dionis deseaba ante todo no malquistarse con don Sancho. El año siguiente de 1280 , Dionis concertó su casamiento con doña Isabel , hija del rey de Aragon , sin

consultar para ello á su abuelo. Don Alonso habia fundado sus esperanzas en una campaña contra el granadino, y al efecto, reunidos sus hijos y sus hermanos, iba á ponerse á la cabeza de una numerosa hueste. Don Sancho desbarató sus planes. Fuese que una enfermedad detuviese en Córdoba al monarca, como dicen las crónicas, fuese que la audacia con que don Sancho se presentó de los primeros á la hueste, seguido de una numerosa escolta, contuviese á sus contrarios, es lo cierto que el rey don Alonso, y sus demás hijos y hermanos, lejos de acudir al ejército, se detuvieron en aquella plaza. El maestre de Santiago y los mas de los que se mostraban adictos á don Alonso, cayeron en una emboscada, y quedaron rotos y destrozados. Don Sancho por el contrario hizo con los suyos una cabalgada feliz en la vega de Granada, y se volvió por Jaen lleno de despojos de los moros. Pasó despues á Córdoba y fué recibido como el vengador de los cristianos y su mas firme apoyo. Allí estaba su padre con toda la corte, y juntos pasaron á Sevilla, en donde debia ponerse en evidencia el poder del hijo y la nulidad del padre. El rey don Alonso queria castigar con pena de muerte al judio á quien se imputaba el desastre de Algeciras, por haber entregado á don Sancho los dineros destinados para aquella empresa; pero don Sancho le puso en libertad arrebatándole de manos de la justicia. Este suceso pinta la situacion sin necesidad de comentarios. Profundamente disgustado el rey trató de pasar á Francia, nó tanto para sentar las bases de una paz entónces imposible, como para meditar de qué manera se pondria remedio á la injusticia de que eran víctimas los hijos del difunto infante don Fernando. Los analistas castellanos dicen que, de paso, entre Tarazona y Agreda, se

avistó con el rey de Aragon, y pudo convencerse de que don Sancho le tenia ya ganado á su partido, lo mismo que al rey de Portugal. Algunos autores afirman que el viaje del rey no tuvo resultado, pues no hubo congreso para tratar de la paz; pero otros dicen que por ministros se trató de un arreglo mediante á que á don Alonso de la Cerda se le diese el reino de Murcia, haciéndole feudatario del de Castilla.

El año siguiente 1281, estalló en rompimiento abierto lo que hasta entónces habia sido una guerra encubierta en Castilla entre el padre y el hijo. Continuaba la guerra contra los granadinos, y en ella iban mezclados los desastres y los triunfos. Don Sancho estuvo á punto de sufrir una completa derrota en la misma vega de Granada, y solo le salvó un refuerzo recibido oportunamente de su padre, dicen unos, de sus partidarios, dicen otros. El rey de Granada hizo proposiciones de paz, y don Alonso X no se avino á firmarlas; pero don Sancho las admitió y dió por sentada la concordia. El rey don Alonso celebró córtés en Sevilla, en cuyo punto habia tenido buen cuidado de concentrar la parte de la hueste que le era adicta, y en ellas solicitó la acuñacion de nueva moneda de plata y cobre, á lo que las crónicas dicen que se accedió mas por temor que por amor. Comunmente don Alonso X no era temido. Es necesario, pues, explicar porqué esta vez el temor obró en sus vasallos. Todos preveian una crisis, y las prevenciones del monarca la hacian esperar sangrienta. Para obtener una buena hueste no habia reparado en medios. Hasta habia alistado un gran número de bandidos que luego se sublevaron y tuvo que exterminarlos. Habia casado recientemente con hijas de príncipes extranjeros á sus dos hijos don Juan y don

Pedro para rodearse de una mas brillante corte. Era evidente que habia llegado el caso de que el padre trataba de recobrar lo que su hijo durante su ausencia le habia arrebatado por sorpresa. Las córtés no quisieron pues que dependiese de una negativa suya el estallido que se esperaba. Entónces el padre acometió de frente al hijo, y pidió que se asignase el reino de Murcia á los hijos del infante don Fernando. Esta fué la señal del rompimiento. Don Sancho manifestó su indignacion, nó como quien teme una injusticia, sino como quien está dispuesto á rechazarla, y saliéndose de Sevilla se fué á Córdoba, llena de parciales suyos. Los que en las córtés llevaban su voz las dieron por prorrogadas, y agrupándose en torno del infante convinieron con él en reunirse nuevamente en Valladolid para tomar allí sus resoluciones con éntera independenciamiento del monarca. En Sevilla habian conseguido dos cosas: enardecer á los ricos-hombres, ya de suyo propensos á las alteraciones, haciéndoles adoptar una determinacion definitiva en vista del proyectado desmembramiento del reino de Murcia; y discontentar profundamente á las ciudades y villas con el decreto de acuñacion de nueva moneda. Los naturales enemigos del monarca quedaban declarados: las poblaciones en quienes podia esperar se le manifestaban hostiles; el rey de Portugal contraia matrimonio con una hija del aragonés, sin consultarle; el rey de Aragon le respondia con evasivas; los dos se coligaban con el príncipe don Sancho; este firmaba no solo paz sino alianza con el rey de Granada; los nobles desterrados, emigrados ó prófugos, acudian á don Sancho, se alistaban bajo sus banderas, y obtenian bienes y consideraciones; los mismos infantes, dice la crónica, saludaban el oriente y volvian la vista del ocaso; y hasta los maes-

tres de las órdenes militares seguían el mismo rumbo. En el año 1282 acudieron á las córtés de Valladolid casi todos los infantes, la misma reina por curiosidad, los ricos-hombres casi en su totalidad, y la mayor parte de los procuradores de las ciudades y villas. La concurrencia fué numerosa, al paso que apenas compareció nadie á las córtés que á la sazón celebraba en Toledo el rey don Alonso. En las de Valladolid el infante don Manuel propuso que para bien del reino tomase las riendas del gobierno el infante don Sancho. Esta proposición fué recibida con aclamaciones. No faltó quien excitase el entusiasmo hasta el punto de pretender que don Sancho tomase el título de rey. Negóse á ello como á quien le constaba que, sin denominarse tal, ya lo era de hecho. Contentóse con llamarse gobernador é infante heredero. De todas partes llovían mercedes, gracias y esperanzas. Si el padre prometía, el hijo daba; si el padre daba, el hijo le excedía en prodigalidades. Estos preludios de una guerra civil, diseñaron muy en breve las sombras de los dos campos. El rey no se cansaba de escribir á los prelados, á los caballeros y á las poblaciones, pareciéndole imposible que pudiese consumarse la alevosía intentada por su hijo; y de todas partes no recibía mas que desengaños. Envió misivas al rey de Francia y al sumo pontífice, y los dos se escusaron con él, aunque el último mandó á los maestros de las órdenes militares que favoreciesen al padre en vez declararse por el hijo. El interés de la Francia estaba en que la Península ardiese en bandos civiles equilibrados en su fuerza. Los infantes don Juan y don Pedro, rompieron con su hermano don Sancho, y se declararon por el padre; la ciudad de Badajoz hizo lo mismo; y presto se hizo cuestión de armas, lo que hasta entónces lo había

sido de intriga. El rey don Alonso, estando en Sevilla, el dia 8 de noviembre, maldijo públicamente á su hijo don Sancho y le declaró hesheredado del trono por ingrato y por mal hijo. La guerra quedó declarada. El hijo compró la alianza del rey de Granada entregándole el castillo de Arenas; y el padre escribió al rey de los beni-merines solicitando su auxilio para que pasase el Estrecho con ejército contra su propio hijo y el granadino. Es este uno de los mas tristes períodos de la historia de Castilla. Un rey bondadoso, noble y sabio, que habia estado años enteros meditando de qué manera pondria á raya la soberbia de los grandes, nó por la fuerza sino por las leyes, se veia en su ancianidad hecho el juguete de su familia y de aquellos á quienes deseaba dominar, reducido á esperar su salvacion de aquellos á quienes en su juventud habia jurado una guerra á muerte, y obligado á echar su maldicion sobre la cabeza de un hijo. El rey de los beni-merines acudió gustoso á socorrerle. Don Sancho se vió obligado á alejarse de Badajoz, á retirarse á Mérida, y últimamente á encerrarse en Córdoba. Esta plaza fué sitiada por el rey don Alonso y por el africano; pero la defendieron tan vigorosamente don Sancho y sus parciales, secundados por el granadino, que los sitiadores se vieron obligados á levantar el cerco. Don Alonso pasó á Sevilla, y el rey de los beni-merines se volvió al África convencido de que el poder de su antiguo rival quedaba eclipsado. No obstante, el año siguiente de 1283 pasó nuevamente á Andalucía con fuerzas mas numerosas, nó tanto para favorecer á su aliado, como para ver de arrebatár al rey de Granada todos cuantos dominios pudiese; pero halló que el granadino estaba en mejores condiciones de defensa de las que él creia, y le pareció al mismo tiempo

que no podia contar completamente con las huestes de don Alonso. Este pasaba unos días llenos de amargura. Su hija natural doña Beatriz, madre del rey de Portugal don Dionis, fué á Sevilla para consolarle, seguida de algunos nobles portugueses. Tambien el reino de Portugal andaba alterado por la excomunion lanzada contra su rey por el pontífice Martin IV. Á la sazón todos los príncipes poderosos é independientes de la Península eran excomulgados ó amenazados de serlo. El príncipe don Sancho de Castilla se veía amenazado de entredicho por haber casado con doña María de Molina. Don Sancho hacia tan poco caso de los anatemas como de la maldicion de su padre, y continuaba con una actividad febril haciendo frente á todos sus enemigos. Á los cordobeses les envió refuerzos para poder resistir á los africanos; á las fronteras de Aragon y Navarra envió tropas que rechazasen á los franceses y á don Juan Nuñez de Lara, que hacia causa comun con ellos; al infante don Pedro le hizo grandes donaciones para atraerle de nuevo á su partido; á algunos nobles, que en Palencia habian levantado pendones por don Alonso, les obligó á meterse en Portugal por donde se trasladaron á Sevilla; obligó al infante don Jaime, que acababa de declararse por don Alonso, á encerrarse en Trevino; al otro infante don Juan le hizo tambien huir por Portugal á Sevilla; desalojó de sus principales plazas á los maestros de Santiago y de Alcántara; introdujo la discordia entre los castellanos que en Navarra iban con los franceses; exterminó á los moradores del arrabal de Talavera que se habian declarado contra él, y, tratándolos de bandidos, los mandó descuartizar y colgar sus cuartos de varias hastas, de donde viene llamarse una de las puertas Puerta de Cuartos; sofocó por el terror

otro levantamiento en Toledo; y llenó de su fiereza, á la que algunos dan el nombre de bravura, los reinos de Leon y Castilla. Dícese que en Palencia trató de volver la paz al reino con dos condiciones, que seria heredero universal de los reinos de su padre, y que no se pasaria adelante en las censuras con que le amenazaba el pontífice. El rey don Alonso cayó enfermo, mas que de dolencia de tristeza. En su testamento, otorgado el día 8 de noviembre de 1283, declara desheredado por desobediente é ingrato, y pudo añadir por reo de traicion, á su hijo don Sancho, y nombra por sucesores á los hijos del príncipe don Fernando, y si mueren sin descendencia á sus demás hijos, excepto la descendencia de don Sancho, y faltando aquellos ó sus sucesores declara transmisible la corona al rey de Francia. Por este tiempo el infante don Manuel, hermano del rey, moria en Palencia, y el infante don Pedro, hijo del rey, daba el último suspiro en Ledesma. Dióse comienzo con nuevas crueldades y horrores al año 1284. El infante don Juan sostenia la campaña por su padre, y puso sitio á la plaza de Mérida. La de Toro fué víctima de unas sangrientas parcialidades. Don Sancho entró en ella furioso, y castigó con el último suplicio á los reos del delito de lealtad para con su padre. Acudió despues para hacer levantar el sitio de Mérida, y conseguida esta ventaja, se entró en Salamanca. Aquí enfermó de peligro, y estuvo algun tiempo sin esperanzas de vida. Á la sazón su padre estaba moribundo en Sevilla. Á entrambos los tenia asidos la muerte, y batallando con las últimas convulsiones. El hijo conocia el estado de su padre, y sabia que en su última voluntad ratificaba la maldicion solemne y justa que le habia fulminado. No por esto dió muestras de sentir el torcedor de su con-

ciencia, antes parecía que solo soñaba en nuevas crueldades, desafueros, y venganzas. Al padre le participaron que su hijo rebelde, traidor, alevoso, y fiero, estaba postrado en cama, calenturiento, y próximo á dar el alma al único Juez de los grandes crímenes; y al momento sintió que su corazón se abría á la ternura. Justos juicios de Dios, debió de exclamar: y dijo que le perdonaba como cristiano y como á padre. Como rey, y como jefe y magistrado supremo de un gran pueblo, ni le perdonó, ni podía hacerlo. El padre sucumbió el día 4 de abril, en Sevilla, y fué depositado su cadáver junto al sepulcro de don Fernando el Santo. Su gran defecto fué poner en olvido, por los ensueños del imperio, las realidades de su existencia, por el estudio de los astros las pequeñeces de la vida, y por la explicación de la historia pasada la buena dirección de la presente. Quiso poner tasa á los precios de todas las cosas, y no supo ponerle á su ambición imperial ni á sus prodigalidades. Si en su época, para ser un monarca excelente, hubiese bastado tener un buen corazón, ser dado á las ciencias, proteger á los sabios, ser laborioso, poseer un entendimiento claro, ser benévolo, expansivo, afable: el rey don Alonso X hubiera sido el tipo de los soberanos perfectos. Pero si para reinar se necesitaba sacrificar en algo sus gustos y sus amores, captarse el cariño de los pequeños, humillar la arrogancia de los grandes, y proceder de manera que no se presentase brecha á las pasiones desordenadas: don Alonso X, aunque merecía ser el mas honrado de los súbditos, carecía de las virtudes propias de un monarca. Sin embargo, en honor suyo, debe confesarse que una suerte infausta le deparó en don Sancho un hijo desnaturalizado, cruel, sañudo, y capaz de sumir el estado en los horrores de una guerra civil ca-

lamitosa, antes que cejar en un ápice respecto á sus miras ambiciosas. Todo hace presumir que el mismo infante don Fernando hubiera tenido un fin desastroso, si la muerte no le hubiese quitado de en medio antes de tiempo. El que tuvo valor para querer deshonrar á su padre á los ojos de sus contemporáneos, y aun en el sagrado de la crónica, le hubiera tenido de sobras para cometer un fratricidio. En vida de su padre no fué, pues, don Sancho lo que debiera; luego veremos lo que fué faltando aquel monarca.

En otro capítulo de este libro hablaremos del código de las Siete Partidas; y de don Alonso como legislador y sabio. En su juventud habia andado este en amores con doña María Guillen, en quien tuvo á doña Beatriz, que fué reina de Portugal; en otra dama tuvo á don Alonso Niño; y en doña Violante, hija del rey de Aragon don Jaime I, tuvo á don Fernando que dejó dos niños, don Alonso y don Fernando la Cerda; á don Sancho que le arrebató el poder, y á disgustos la vida; á don Pedro que anduvo vacilante en la obediencia; á don Juan que movió mas adelante alteraciones; y á don Jaime que defendió la causa de su padre: dicen que á don Juan por codicilo le fué señalado el reino de Sevilla. Es inútil consignar que el testamento de don Alonso el Sabio no recibió cumplimiento. El hijo rebelde, sobre cuya cabeza pesaba la maldicion paterna, se hizo superior á las leyes por apelacion á la fuerza, y usurpó el trono. Hallábase convaleciente y débil cuando la sed de mando, al saber la muerte de su padre, le volvió las fuerzas; le dió nuevos alientos, y añadió combustible á su carácter sanguinario. Por sus principios es fácil calcular los fines. En su impaciencia por reinar, hubiera arrastrado por el cieno el cadáver de su propio padre, á imitacion de aquellos nobles godos cuyas le-

yes invocaba. Ya habia triunfado; ya era rey; y á su ferocidad la daban el nombre de bravura; y á su crueldad el nombre de justicia. Está condenado á sostener el peso de la guerra civil que él mismo ha encendido. Sabe que las comarcas de Calahorra, Osma y Sigüenza han sido taladas por don Juan Nuñez de Lara, y que este se ha metido en Albarracin con su presa: y al momento trata de verse con el rey de Aragon, y le cede aquella plaza con tal que le ayude á vengarse de sus enemigos. Tiene pendiente sobre su cabeza un entredicho por haber casado con su parienta doña María de Molina; y á pesar de esto obliga al arzobispo de Toledo á que le corone junto con aquella señora. Seguido de una numerosa hueste se encamina á Sevilla cuyos moradores le salen á recibir y entregar las llaves para aplacar su saña. El mismo don Juan, su hermano, convencido de que por el pronto era inútil oponerle resistencia, se adelantó hasta Córdoba con otros caballeros y le besó la mano. Juzef, rey de los beni-merines africanos, le envió una embajada preguntándole si queria paz ó guerra; á lo que respondió don Sancho que en una mano tenia el palo para dar con él á quien quisiese arrebatarle el pan que llevaba en la otra. Cualquiera hubiera dicho al oírle que era hombre prevenido para hacer la guerra á medio mundo. Sin embargo, para sostener su arrogancia tuvo que escribir apresuradamente á los genoveses que le mandasen galeras, y al jefe Zacarías con ellas, para la defensa del Estrecho. Por tierra no pudo resistir el primer choque de los africanos que talaron las tierras de Alcalá de los Gazules, Bejar y Medina Sidonia; por mar los genoveses derrotaron á Juzef y le obligaron á replegarse al África. Don Sancho celebró córtes en Sevilla y en ellas anuló muchas donaciones y privilegios

concedidos por su padre, y los traspasó á favor de sus parciales. En Ciria volvió á avistarse con el rey de Aragon, y aunque supo que los franceses é italianos á una miraban como tierra mostrenca nuestra Península, no halló en su corazon ni un átomo de grandeza para conocer que se trataba de la independenciam ibérica y de pagar á los aragoneses y catalanes la deuda que Castilla contrajo con ellos en las Navas. El egoísmo era la ley suprema de don Sancho, como lo fué un dia para la mayor parte de los potentados godos. Dijo al rey de Aragon que le ayudaria contra la Francia, siempre que sus relaciones con los africanos se lo permitiesen. Género de respuesta en que se procuraba un comodin de mala ley y una evasion baja, puesto que en la mano tenia la guerra ó las treguas con los africanos: y además de esto la invaasion galo-italiana era cien veces mas temible que la de los beni-merines para la independenciam de la Península. Los franceses le enviaron una embajada para pedirle que no auxiliase al aragonés por excomulgado; á lo que respondió que lo consultaria. Á su vez envió á Francia dos obispos, y habiéndose convencido estos de que la cruzada era tal que debia inevitablemente ser vencido el aragonés, prometieron que el castellano no tomaria parte en la lucha, porque Juzef le movia ya hostilidades. Así dejó escapar por pequenez de ánimo la única ocasion que se le ofreció de ganar nombre claro y hacer olvidar sus pasadas flaquezas. Las hostilidades de Juzef se redujeron á un simulacro de sitio que puso á Jerez y tuvo que levantar al menor amago de los castellanos, y á unas vistas que tuvo con don Sancho en Peñaferrada para ajustar la paz mediante la entrega de dos millones de maravedís que hizo el africano. Esta fué la ocupacion que se dió el rey de Castilla, mientras el de Aragon

se immortalizaba rechazando á los enemigos de su tierra. El día 6 de diciembre nació en Sevilla el infante don Fernando, que mas adelante fué conocido por el Emplazado. Algunos autores dicen que este mismo año fué jurado en córtes celebradas en aquella ciudad, aunque otros dicen que en Búrgos: y hay quien opina que unos y otros andan errados, pues las córtes de Búrgos, en que dicho infante fué jurado, son las de 1286. En el decurso de este año fué indultado, despues de un largo destierro pasado en Túnez y en Italia, el infante don Enrique, tio de don Sancho. Este era á la sazón pacífico poseedor de sus dominios. Acababa de enviar embajadores al nuevo rey de Francia, Felipe el Hermoso, solicitando la paz. El francés creyó que quien habia abandonado á los aragoneses en un trance tremendo aceptaria todas cuantas condiciones le fuesen impuestas, y por primera le exigió que obedeciese al papa, separándose de la reina doña María. Precisamente esta señora era la verdadera árbitra de los destinos del reino. Visto que el francés no correspondia á sus esperanzas, se volvió don Sancho á los aragoneses, y pidió su alianza exigiéndoles una felonía, á saber, la entrega de los desgraciados hijos del infante don Fernando. La respuesta fué que Aragon no compraba ni vendia alianzas á tal precio. Las crónicas castellanas pintan trás de esto á don Sancho ocupado en recorrer sus reinos, en ir á visitar el sepulcro de Santiago, y en administrar justicia pronta y expedita. Un acto de esta justicia dará á conocer su índole. Estando en Sahagun, un merino se le quejó de demasías de un criado de la casa de don Fernando Ponce. Sin hacer otras indagaciones, el monarca coge un palo y dá con él distintas veces al malaventurado criado que se hallaba presente. Poco despues celebró córtes en Palencia, y en

ellas, á petición de los síndicos ó procuradores de las poblaciones de Leon y Castilla, dispuso que quedasen revocadas las mercedes que siendo otorgadas á nobles ó corporaciones redundaban en perjuicio de los pueblos acrecentando sus cargas; que los nobles no comprasen fueros, bienes ni pechos en pueblos de realengo; que ningun noble pudiese arrendar pechos en lugar de realengo del que no fuese natural ó vecino; que se conservase todo su valor á la moneda existente; que cesasen los alcaides, guardianes y jueces puestos con prodigalidad en muchos lugares, mas como atalayas que como magistrados; que la justicia la administrasen dos vecinos de cada pueblo, naturales del reino; que los cogedores de pechos los cobrasen por sí mismos y no por dependientes; que la administración de la cruzada no se entrometiese en las sucesiones ab intestato, sino que dejase libre su derecho á los herederos legítimos; que guardasen bien los sellos en las cancellerías; y que los juicios no tuviesen alcaide separado, sino el comun á todos. En 1287 premió don Sancho profusamente á don Lope Diaz de Haro, á cuya cooperacion debia en alguna manera el trono. Nombróle conde, lo que en sentir de graves autores fué una cosa nueva y de trascendencia, por cuanto se creia que en ese título iba embebida alguna autoridad. Al infante don Juan, que habia enviudado, le casó con una hija del mismo conde, que fué aumentar en este el envanecimiento; y como al mismo paso que crecia la arrogancia del favorito iban tomando cuerpo en torno suyo las envidias y las malas voluntades, sucedió que muy luego los nobles, los prelados y las poblaciones á una levantaron la voz contra quien les parecia superior en poder á su mismo príncipe. Ya don Sancho se inclinaba á la parcialidad de los Laras, que andaban

por las fronteras de Portugal quejosos y merodeando. El mismo Dionis, monarca de ese reino, apenas salido de sus interminables reyertas con el clero de sus dominios, á quien sin fruto habia querido privar de la facultad de comprar bienes raíces y de tener derecho al diezmo sobre las rentas del patrimonio real, se avistó con don Sancho en Sabugal, y le insinuó cuán necesario era enfrenar la soberbia de aquel privado si no queria que pronto volviese contra él las armas que le tenia confiadas. Atreviase ya á amenazar á los magistrados que se hacian sordos á su influencia en materias civiles y criminales; y le parecia que con ser conde y poseer la confianza del rey debian acatarle todos, altos y bajos. Las crónicas del tiempo hablan de unas córtés celebradas en Toro en 1287, aunque no las mencione en su CATÁLOGO la Academia de la Historia, y dicen que en ellas se trató de si era preferible la alianza de los franceses á la de los aragoneses. La reina y los Laras estaban por la primera; don Lope, y el infante don Juan su yerno, opinaban por la segunda. La reina y los Laras triunfaron, y don Lope pudo conocer que su privanza, llegada ya á su apogeo, declinaba. Esto preparó los acontecimientos de 1288, que deben tener muy presentes los que tratan de hacerse cargo de las historias pasadas para dar á sus actores alabanza ó vituperio. Dicen las memorias castellanas que el infante don Juan y el conde don Lope Diaz de Haro salieron de Toro descontentos, y comenzaron á correr la tierra, ocasionando graves daños; que en Carrion acudió don Lope á un llamamiento del rey y manifestó sus quejas; que el rey dió á entender que en Valladolid daria satisfaccion á los agravios de los dos quejosos; que don Juan y don Lope no se atrevieron á entrar en Valladolid por temor de una emboscada;

que luego se vieron con el rey, tomadas precauciones, en Loberuela y en Berlanga, y convinieron en arreglar sus diferencias en Alfaro, á presencia de toda la corte, nombrados por árbitros algunos prelados y señores. Añaden que el rey pidió que don Lope entregase todas cuantas plazas tenia por el monarca; que don Lope se enfureció al oírlo; que él y don Juan se atrevieron á sacar la espada; que en el acto uno de los guardas del rey cortó la mano á don Lope y otro le partió el cráneo; y que iba á ser muerto el infante don Juan á no haber tenido tiempo de ampararse de la reina doña María. Esto dice la crónica, y no hay mas que leer para venir en conocimiento de uno de los actos de la justicia ejecutiva del rey don Sancho. Once años antes habian tambien muerto, sin tener tiempo de poder proferir ni una palabra, el infante don Fadrique y don Simon Ruiz, sin que se haya sabido de qué eran acusados, y sin que haya faltado quien echase en cara al padre esa crueldad del hijo. Ahora se trató de cohonstar el asesinato de don Lope diciendo que iba á hacer armas contra su rey, y que le vieron sacar la espada. Es lo cierto que don Lope y don Juan estaban solos, que nadie salió á su defensa, que los guardas del rey que mataron al uno pudieron haberle preso, y que es necesario que tuviesen unas ideas muy extrañas acerca de la equidad, los que á tales actos dieron el nombre de justicia. Concíbese fácilmente que desde este momento el infante don Juan no veria con buenos ojos á su hermano el rey don Sancho. Por el pronto el infante fué preso y encerrado, primero en el castillo de Burgos, y luego, para mas seguridad, en el de Curiel. La familia de los Haro era poderosa, y así no fué extraño que la accion de don Sancho produjese una guerra civil. El rey la había provocado y tenia preparadas fuerzas



para sofocarla. Escribió á la viuda de don Lope, escusándose por la muerte de aquel leal servidor, y diciéndole que no habia tenido parte en ella; y al mismo tiempo envió mensajes á don Diego Lope de Haro, hermano del difunto, prometiéndole todos los bienes, honores, dignidades y rentas de su hermano si le servia fielmente, y citándole para vistas. Lo que hizo la viuda fué pasarse á Aragon junto con una hija suya casada con el infante don Juan. Iba con la viuda su hijo don Diego de Haro. Por su parte, don Diego Lope de Haro, procuró dar largas á lo de las vistas, allegar gente, y pasar tambien á Aragon. Esto esperaba el aragonés para dar libertad á don Alonso de la Cerda, poner á su disposicion algunas huestes, y hacerle proclamar en Jaca por rey de Leon y Castilla. En tanto don Sancho daba muestras de aquella actividad febril que se apoderaba de él en cuanto temia que iba á perder el mando. Varios pueblos se habian armado contra él. Fué contra el de Treviño y le rindió; pasó á Haro, combatió la plaza con máquinas de guerra, se la entregaron, y se dice que en ella celebró córtes y cambió el fuero de los moradores; encaminóse á Orduña y Vitoria; y tomó varios castillos á los Haro. Dice la crónica que en Vitoria la reina doña María dió á luz al infante don Enrique. La misma añade que don Sancho recibió estando allí dos embajadas, una del rey de Francia, que procuraba ganar tiempo mientras se diseñaba el partido que podia tener don Alonso de la Cerda en Castilla, y otra del hijo de Juzef que acababa de subir al trono de los beni-merines, y solicitaba la continuacion de la tregua. La segunda le fué mas grata á don Sancho que la primera; y así procuró enviar nuevos mensajeros á la corte de Francia, y prometió á don Alonso de la Cerda, siempre que renun-

ciase á sus pretensiones, los dominios de Murcia, nó en calidad de reino, sino por juro de heredad con señorío reservado á la corona. Ya casi le pesaba haber provocado con el asesinato de don Lope el estallido que ahora le alarmaba. Labastida, Orduña, Villamonte, Unzueta y otras plazas habian sido tomadas á fuerza de armas y sobre sus míseros moradores cayeron las justicias del monarca: y á pesar de esto la paz no renacia. Y como si de repente se hubiese dado explosion á las antiguas efervescencias, no parecia sino que todas ellas esperaban esta coyuntura para declararse contra el monarca, que habia llenado de amargura la ancianidad de su padre. El rey de Francia, aunque instado de don Sancho, continuaba ganando tiempo. El de Portugal, por necesidad, auxiliaba al castellano. El de Aragon se habia declarado abiertamente por don Alonso de la Cerda. El papa se negaba á dar dispensa en lo del matrimonio de don Sancho. Los analistas aragoneses, Zurita y Abarca, por haber poseido un códice equivocado de la crónica de Muntaner, suponen que el rey de Aragon hizo entrada en Castilla á la cabeza de un ejército de mas de cien mil hombres. Ya dijimos al hablar de las memorias de Aragon en este capítulo, que don Ramon Muntaner habla terminantemente de un ejército compuesto de veinte mil almogávares y poco mas de mil caballos. Don Sancho confió sus tropas á su cuñado don Alonso de Molina. Ninguno de los jefes deseaba venir á un trance decisivo; y así el aragonés se contentó con tomar la plaza de Moron, y amenazar la de Almazan; y el castellano con hacer cabalgada por la parte de Tarazona y volverse con buena presa. El aragonés tuvo que acudir á la defensa de Cataluña, amenazada por don Jaime de Mallorca, y confió á don Diego Lope de Haro la

campana de Castilla. El nuevo jefe corrió las tierras de Alarcon y Cuenca , é hizo en ellas el daño que sus enemigos habian hecho en las de Tarazona. Viendo que se retiraba con ricos despojos trataron los castellanos de hacérselos abandonar, pero fueron derrotados, sea por la insubordinacion de algunos ricos-hombres de Castilla , como dice la Crónica de don Sancho , sea por la hueste de Haro que fuese superior en pericia y en denuedo. Las hostilidades de 1289 se redujeron , pues , á meras talas y correrías , y á la toma de algunos castillos. En la raya de Portugal , la plaza de Badajoz fué teatro de escenas sangrientas. Existian en su seno dos bandos , denominados bejaranos y portugueses , los primeros adictos á don Alonso de la Cerda. Pleiteaban por ciertas posesiones , y ganaron el litigio los bejaranos. Temerosos estos de que sus contrarios acudiesen á las armas , vivian prevenidos , y se presentaron armados á oír leer la sentencia. Ignórase quién provocó en la reunion una querrela , pero se sabe que , llegándose á vias de hecho , los bejaranos triunfaron , se apoderaron del castillo de la plaza , y aclamaron en él al pretendiente don Alonso. Al saberlo , dió el rey disposiciones apremiantes para que las órdenes militares de San Juan y del Temple y las milicias de la comarca acudiesen á poner sitio á la plaza y á castigar sin contemplacion á todos sus moradores. Estos se defendieron , pero , estrechados por el sitiador , se vieron reducidos á capitular , y abrieron las puertas de la ciudad con la condicion de que las vidas quedaban salvas. Aquí se cumplió otra de las justicias de don Sancho el Bravo. Los soldados , que no habian podido resistir en campo llano á don Diego Lopez de Haro , se sintieron poseidos de entusiasmo á vista de una multitud que se les presentaba des-

armada é indefensa, y echándose sobre ella como fieras, exterminaron sin distincion á hombres y mujeres, á niños y ancianos. No hubieran podido mostrarse mas feroces las legiones de Galba. Entónces se vió á don Sancho correr por sus dominios como un desatentado, llevando hambre de lo que los cronistas llaman sus justicias. En Toledo se cometian desórdenes y tropelías; los hijos no respetaban á los padres, en lo que dirian que imitaban á su príncipe; los fuertes hacian escarnio de los débiles; y á los delitos se daba el nombre de virtudes; y lo mismo pasaba en Ávila: la justicia de don Sancho se ceba en el alcaide de Toledo y en los miembros de su familia, riega con sangre las calles de ambas poblaciones, y da por vengados los fueros y por aseguradas las leyes. Esto fué en 1290. Á la sazón don Juan Nuñez de Lara, vuelto á la gracia del rey, tuvo enemistades con los Diaz, los desafió por fuero, y taló sus tierras; súpolo don Sancho, y meditando sin duda de qué manera se vengaría de Lara, como se habia vengado de don Lope de Haro, le mandó que fuese á Valladolid.

Don Juan Nuñez de Lara conocia bien al rey don Sancho, y se puso en salvo, pasándose con su gente á don Alonso de la Cerda. En vano la reina doña María le instó á que confiase en su esposo. Lara puso por condicion que se le diesen en rehenes algunos castillos, y no siéndole otorgados tomó aquella bandera. Los ricos-hombres, amaestrados por don Sancho en las revueltas contra don Alonso el Sabio, le hacian ahora pagar cara aquella enseñanza. Y con una veleidad extraordinaria, tan pronto servian en uno como en otro bando. Ese don Juan Nuñez de Lara, que años antes habia jurado lealtad á los infantes de la Cerda, que luego se habia pasado al servicio de don Sancho, y que ahora

servia de nuevo á aquellos , y derrotó á los castellanos en Chinchilla , y taló muchas de sus tierras , no se pasaron algunos meses sin que , por mediacion de la reina doña María , hiciese nuevas avenencias con aquel monarca. El rey de Aragon le habia negado la plaza de Albarracin ; y el de Castilla le dió otras , y al mismo tiempo le prometió casar á don Juan su hijo con una sobrina de la reina. Quedaba , pues , justificada en la opinion de aquel Lara la postrera de sus actuales deserciones. No podia ser la última. En 1291 para obtener del rey don Sancho la realizacion de todos los deseos que una ambicion ciega le sugeria , ya no se alió con el pretendiente á la corona de Castilla sino con el hermano del rey de Portugal , y juntos hicieron excursiones en Galicia. El rey don Sancho se vió obligado á comprar de entrambos la paz apetecida. Para procurarse los recursos que necesitaba firmó conciertos con el granadino de quien obtuvo las parias acostumbradas , y pidió un subsidio al clero para hacer la guerra á los beni-merines. Á la sazón , muerto el rey de Aragon don Alonso III , se entablaron tratos de amistad entre su sucesor don Jaime II y el rey de Castilla , sentándose como base preliminar el matrimonio del aragonés con la infanta doña Isabel , hija del castellano. Los aragoneses creian , como ya apuntamos en su lugar , que el castellano no iba de buena fé , y suponiendo que los derechos de la Cerda triunfarian mas ó menos tarde , no podian avenirse á que su rey prefiriese aquella nueva alianza. En Portugal volvía á despertarse mas viva que antes la lucha por intereses entre el poder civil y el eclesiástico. El primero prohibió vender bienes inmuebles al clero tanto secular como regular , diciendo que ambos eran unos pozos de amortizacion inconmensurables ; y el segundo reclamaba la eje-

cucion de las anteriores concordias y avenencias en virtud de las cuales las inmunidades eclesiásticas debian ser respetadas , sus tribunales ser distintos de los seculares , sus notarios diferentes , su libertad omnímota para ir á seguir estudios fuera del reino , y su derecho á recobrar usurpaciones incontestable. Discusiones agrias por su naturaleza , y que fácilmente se convertian en interminables disputas. Los analistas de dicho año 1291 dicen que el infante don Juan , á quien don Jaime tenia preso en el castillo de Curiel desde la época de la muerte de don Lope de Haro , fué puesto en libertad y se reconcilió , á lo menos en apariencia , con el monarca. Las memorias del siguiente año 1292 pintan á don Juan Nuñez de Lara , enemistado otra vez con el rey don Sancho y emigrado en Francia ; dan pormenores sobre las vistas que tuvieron en Logroño el rey don Sancho y el rey de Aragon , pasando por alto la segunda intencion atribuida por los aragoneses al primero , respecto á querer atentar contra la seguridad de su huésped ; y añaden que la guerra sostenida este año por el castellano contra los benimerines , se redujo á alejarlos de Bejar , á derrotarlos por mar con aprehension de trece de sus galeras , merced á la cooperacion del genovés Benito Zacarías , y á obtener la rendicion de la plaza de Tarifa el dia 21 de setiembre , tras de un sitio que duró tres meses. El presidio de esta plaza fué confiado al maestre de Calatrava , mediante un crecido sueldo ; y como algunos meses despues se presentase don Alonso Perez de Guzman ofreciéndose á defender la fortaleza por mucho menos sueldo , el rey le confió su custodia. En 1293 el hijo de don Juan Nuñez de Lara , viudo ya de doña Isabel de Molina , sobrina de la reina doña María , se apartó de la obediencia del rey , y juntándose con el infante

don Juan , ambos corrieron las tierras de Treviño , y luego las de Leon , armando nuevos bandos y parcialidades. El monarca que debia la corona á una sublevacion se veia obligado á sofocar diariamente nuevas rebeliones. El jóven Lara tuvo que darse á partido , y lo mismo hizo por cuarta vez su padre. El infante don Juan pasó los lindes de Portugal , y formó alianza con don Alonso de Alburquerque para continuar las hostilidades. El rey don Sancho confió su persecucion á los mismos Laras que acababan de volver á su gracia ; mas no tuvieron fortuna , antes el padre cayó prisionero y debió su libertad al infante. Mientras esto pasaba, dicen los analistas castellanos , se renovaron las vistas de Logroño entre don Sancho de Castilla , y don Jaime de Aragon , acudiendo esta vez el príncipe Carlos de Salerno , y no convinieron en nada como era ya de esperar atendida la doblez de ánimo del primero , y que los dos últimos se iban acercando tanto que ya no necesitaban mediadores. Llegado el año 1294 el rey de los beni-merines Abu Jacob , trató de recobrar la plaza de Tarifa. Á la sazón el infante don Juan se habia visto obligado á salirse del reino de Portugal y embarcarse para Francia , y un temporal le llevó á las playas de África. Recibióle con agrado Abu Jacob , y le obligó por vias de buena correspondencia á que se encargase de recobrar aquella fortaleza , para lo cual puso á su disposicion un cuerpo de ejército cuya caballería constaba de cinco mil ginetes. Don Alonso Perez de Guzman defendia la plaza. Ese don Alonso era un bastardo de una noble familia, y por una reyerta que tuvo en su mocedad con su hermano , hijo de legítimo matrimonio , se habia desnaturalizado del reino y pasado al servicio de Juzef , rey de los beni-merines. Las crónicas le pintan héroe entre los africanos, y le hacen ven-

cer serpientes monstruosas , amansar leones , domar tribus indómitas , y allegar tesoros siendo privado del rey africano. Si don Alonso el Sabio , hecho el ludibrio de sus súbditos por malas mañas de su hijo , pide auxilios al rey Juzef , lo hace por conducto de Guzman , y este acude en compañía del rey moro y acorrála á don Sancho en Córdoba. Si al rey moro se le sublevan algunas tribus , envía contra ellas al terrible Guzman , y al momento quedan reducidas á la obediencia. Si hay que distribuir mercedes y recompensas , Guzman es el dispensador de las gracias. Muerto Abu Juzef , su sucesor Abu Jacob no se mostró tan amigo del cristiano , antes intentó perderle ; y , sabiendo que una tribu feroz se negaba á pagar parias , envió contra ella con pocas fuerzas á Guzman , seguro de que perecería. Al mismo tiempo remitió un mensaje á los revoltosos , diciéndoles que Guzman iba allá sin gente , y que hiciesen de manera que no volviese. Providencialmente el mensaje vino á parar á manos de Guzman , quien le substituyó por otro en que decía que le seguían numerosas tropas. Con tal noticia , los sublevados se le dieron á partido y pagaron las parias atrasadas. Ya Guzman habia conseguido que su esposa se trasladase á Andalucía con sus haberes. Ahora tenia á la mano otro tesoro , ganado por industria y en buena lucha contra quien meditaba su ruína. « Esto es mio » dijo ; y , comprando la cooperacion de los que le acompañaban , pasó á España , fué el principal móvil de la conquista de Tarifa , y despues solicitó y obtuvo la defensa de esta plaza , en la que al mismo tiempo que defendía su honra , guardaba su fortuna. Esta circunstancia no debían ignorarla los sitiadores , siendo muy conocida la estratagema con que Guzman se hizo en África con buenos caudales. Guzman tenia un hijo , nó

en poder de ninguna ama de leche como han supuesto algunos analistas, sino entrado en la juventud, y dado á las armas. Aunque algunos han supuesto que ese hijo cayó prisionero en poder de los sitiadores, no pasa de una ingeniosa imaginacion, pues lo que dicen las crónicas y leyendas es, que era mozo de gran valía, y uno de los sirvientes del infante don Juan; y en esto andan conformes con las de los cristianos las memorias de los árabes. Y era tan comun por aquellos dias el hecho de que los hijos lidiassen contra sus padres, que ni unos ni otros analistas se muestran maravillados al dar cuenta de ello. Cuando el mismo monarca reinante habia dado el ejemplo de hacer armas contra el autor de sus dias; y cuando el mismo Guzman habia estado tantos años á sueldo entre los moros y contra los cristianos: no podian parecer acciones deshonorosas ni la de aquel hijo, ni la de su jefe, el infante de Castilla. La plaza fué reciamente combatida. Amenazas, promesas, ingenios, ardidés, y asaltos, á todo se acudió: y todo fué rechazado. Entónces el infante hizo proponer á Guzman que se retiraria si le daba la mitad de su tesoro. Respondió Guzman, que así como se habia negado á vender la plaza, así tambien se negaba á comprar las treguas. Insistió el infante amenazando de nó con dar la muerte al hijo de don Alonso que era su criado. «No engendré yo hijo, respondió Guzman, para que fuese contra mi tierra;» y arrojando su cuchilla se salió del muro. Los moros dicen que arrojó la cuchilla sin proferir ni una palabra. Y aunque los poetas hayan interpretado este paso á su manera, todo indica que el castellano prefirió no perder una parte de sus caudales, á conservar su hijo primogénito; ó bien, que no estimó en nada la vida de quien militaba en el opuesto bando. Amenazas como esa á que apeló el sitiador

eran familiares en aquellos tiempos, y es fama que el mismo infante don Juan habia obtenido en otro tiempo, apelando al mismo recurso, la rendicion de la plaza de Zamora. Pero las circunstancias no eran las mismas, y esta vez su amenaza produjo un efecto contrario al que deseaba. Las memorias de los árabes dicen que los moros se pusieron furiosos al ver la fiera arrogancia del sitiado, y, asiendo del hijo de Guzman, le cortaron la cabeza y la arrojaron dentro de Tarifa. Las de los cristianos dicen, que fué el infante quien mandó degollar á aquel mancebo. Esta es la historia de la defensa de Tarifa. Lo que á esto tengan á bien añadir los vates, son fantasías. Si de las crónicas apareciese que el único móvil de la accion de Guzman fué la lealtad debida á su príncipe, no habria en las historias una accion mas grande ni mas bella que la suya. Bórrense sus campañas en favor del moro y contra los iberos, hágase desaparecer esta triste circunstancia de los tesoros traídos de África y encerrados en Tarifa, y cállese que su hijo militaba contra él, y entónces tendrá cabida el poema. El sitio continuó por mar y tierra hasta que le hicieron levantar Juan Mathe y Fernan Perez. El monarca escribió á Guzman llamándole BUENO, y la posteridad ha admitido este dictado sin atender á la fiereza del que le dió, y deseoso de dar á la historia el colorido mas bello, admirable y espléndido, antes que el mas propio. El infante don Juan, sabedor de que el africano iba á vender al granadino la plaza de Algeciras, única que ya le quedaba en España, se fué á servir al rey de Granada. La salud de don Sancho declinaba. Su conciencia debia echarle en cara á todas horas la usurpacion cometida, y la ferocidad de que habia sido reo para con un padre digno de mejores hijos. Á fines de 1294 se sintió muy indispuerto

en Valladolid, y se hizo trasladar á Alcalá de Henares. En 1295 se hizo conducir á Toledo, y en esta ciudad, el día 25 de abril, pasó á mejor vida. Verdadero tipo de la nobleza de su tiempo, la rebelion fué su ley, la propia conveniencia su norte, y su religion la carne. La maldiccion de un padre, justamente airado, no hizo mella en su ánimo altanero, ni las amenazas de cuatro pontífices pudieron apartarle de una esposa ilegítima. Tal fué el BRAVO de las crónicas castellanas. Tuvo en la reina doña María de Molina cuatro hijos y dos hijas, don Fernando que fué su sucesor, don Alonso que murió en la infancia, don Pedro, don Felipe, doña Isabel y doña Beatriz. Las últimas córtés celebradas durante su reinado fueron las de Valladolid en 1293, acerca de las cuales hay peticiones de las villas de Leon y de los nobles de Castilla. Muerto don Sancho, las primeras fueron otras de Valladolid celebradas en 1295 para poner remedio á los males públicos. Las premisas del anterior reinado daban ahora unas lamentables consecuencias. Don Alonso de la Cerda insistia en sus pretensiones; don Diego Lopez de Haro corria las tierras de Vizcaya; el infante don Juan decia que siendo ilegítimos los hijos de don Sancho, á él le tocaba el trono; el infante don Enrique, hijo de Fernando el Santo, y poco há llegado de Italia, tras de un largo destierro, solicitaba la tutoría del hijo mayor de don Sancho y acudia á las armas; el rey de Portugal deseaba entrar en posesion de las tierras de Serpa, Mora y Moron, que á doña Beatriz su madre le concedió don Alonso el Sabio; y por último, el mismo rey de Granada intentaba sacar partido de una menor edad que prometia ser fecunda en turbulencias. En vano la reina doña María ofrecia levantar el tributo de la sisa. Los jóvenes don Gonzalo y don Juan de

Lara, muerto ya su padre, reunian hueste en favor del rey niño. Á lo mejor, don Diego Lopez de Haro ganó á los dos á su partido, precisamente cuando la reina viuda les habia confiado gran parte de su tesoro, y con su cooperacion se apoderó del señorío de Vizcaya. El rey de Granada hizo algara en Andalucía y tuvo un encuentro con el maestre de Calatrava, en el cual este perdió la vida. Don Alonso de Guzman recibió entónces la órden de defender la frontera. En tales momentos fué fácil conocer que la reina doña María era mas digna del trono que su difunto esposo. En las córtes de Valladolid supo dar satisfaccion á todas las quejas, y esperanzas á todas las ambiciones. Si las ciudades solicitaban alivios, eran atendidas; si el clero se quejaba de ser blanco de gravámenes y excesos, se le prometia la enmienda; si el infante don Enrique pedia la tutela del príncipe, le era otorgada, aunque la madre se reservase su guarda; si el rey de Portugal reclamaba una restitution justa, se le daban esperanzas y entretanto rehenes; si la ciudad de Salamanca se mostraba desatenta hasta cerrar las puertas á la reina, esta sabia disimularlo, y ganar con prudencia el afecto de los que estaban decididos á apelar á la fuerza; y por último si la condicion de los ricos-hombres de aquel tiempo hacia necesario algun derramamiento de oro, doña María le prodigó con usura hasta obtener la sumision del infante don Juan, la de los Haro, y la de los Lara. Esto pareció una paz y no fué mas que una tregua. En 1296 ya fueron otros los potentados que se coligaron para arrebatár la corona á don Fernando IV y repartírsela. El rey de Aragon y el de Francia no podian olvidar los derechos de don Alonso de la Cerda, y creyeron llegado el momento de hacerlos valer. Al oro y á las promesas de la reina opusieron otro oro y nue-

vas esperanzas. El infante don Juan debía ser rey de Leon, don Alonso de la Cerda lo sería de Castilla, y el rey de Aragon se quedaria con el reino de Murcia. Esto disponian los ricos-hombres, ignorando que la Providencia lo habia decretado de otra suerte. Desear semejante reparticion equivalia á mostrarse impotentes y á reconocer que el espíritu de nacionalidad estaba en favor del rey niño que lo queria todo. Las poblaciones debian sentirlo así profundamente. No por esto la lucha dejó de ser porfiada y sangrienta. El rey de Aragon se apoderó en breve tiempo de Alicante y de casi todo el reino de Murcia; el de Granada hizo algunas algarras afortunadas, mantuvo á raya al infante don Enrique y á Guzman, y obligó al primero á sentar unas treguas ignominiosas con promesa de dar mil escudos y entregar al moro veinte castillos; el de Portugal, en union con los Laras, tomó varias plazas de los dominios del castellano, y en poco estuvo como en Valladolid no se apoderó de la reina doña María y de su hijo don Fernando; la reina doña Violante, viuda de don Alonso el Sabio, animaba á los descontentos; el infante don Pedro de Aragon, seguido de don Alonso de la Cerda, penetró hasta la ciudad de Leon, en ella proclamó por rey de Leon, Galicia y Sevilla al infante don Juan, luego se fué á Sahagun, en donde coronó por rey de Castilla á don Alonso de la Cerda, y por último, á peticion del infante don Juan, puso sitio á la plaza de Mayorga. Aquí se vió que la liga no contaba con las poblaciones, sino solamente con la inconstancia y la vergonzosa veleidad de algunos nobles. Una epidemia se cebó en el campo aragonés, acabando con don Pedro de Aragon y con la mayor parte de sus caballeros; y el ejército invasor tuvo que volverse mas que de paso á la frontera. En 1297 el granadino volvió á romper

las hostilidades viendo que no le entregaban lo que le ofreció el infante don Enrique, ni la plaza de Tarifa que recientemente solicitaba, y se apoderó de la población y castillo de Alcaudete. El rey de Portugal prefirió una buena paz á una guerra dudosa, é hizo alianza con doña María, mediante promesa de matrimonio entre el rey de Castilla y doña Constanza, infanta de Portugal, y entre don Alonso, primogénito del portugués, y doña Beatriz, hermana del castellano. Además debían ser entregadas al rey de Portugal las plazas de Campo-Mayor, Conjuela, San Felix de los Gallegos y Olivenza, en cambio de otras que se supuso que él tenía tomadas y devolvería. El infante don Juan continuaba dueño de Leon y otras plazas, sin que bastasen á recobrarlas los esfuerzos que hicieron el infante don Enrique, los Haro, don Alonso Perez de Guzman, y don Alonso de Alburquerque, venido recientemente de Portugal con trescientos caballos. Por otra parte el infante don Enrique, insaciable en sus pretensiones, era mas de estorbo que de provecho para doña María. En tanto los Lara se habían apoderado de Anaya, La Judería y Osma. La campaña de 1298 se redujo á que los granadinos talaron las tierras de Jaen, saquearon el arrabal de esta plaza, y tomaron la de Quesada; á que los Lara se corrieron hácia Sigüenza, se hicieron dueños de esta fortaleza, y tuvieron que abandonarla, amenazados por los moradores; á que don Diego Lopez de Haro los alejó de Nájera, lo mismo que á los aragoneses y navarros; y á que el rey de Portugal quiso imponer por condicion de su alianza con doña María que esta cediese al infante don Juan el reino de Galicia. Doña María se mostró llena de entereza; encomendó á las poblaciones sus hijos, fiándose enteramente de su lealtad, y se convenció de que obrando así ya los no-

bles quedaban impotentes. Al mismo tiempo dió satisfaccion al clero, solicitando de Roma, por medio del arzobispo de Toledo, la legitimacion del rey don Sancho. Esta fué otorgada en 1299. No cesaban las alteraciones, antes parecia que la duracion las acrecentaba y hacia tomar raíces. Las plazas de Almazan y Deza cayeron en poder de los Lara; y las de Berlanga y Palencia hubieran sufrido la misma suerte sin la lealtad de sus moradores. Varios nobles, en su número Ponce y Álvarez, exigieron donaciones, amenazando con pasarse al infante don Juan, y las obtuvieron; y el mismo infante don Enrique, que se denominaba tutor de don Sancho, se portó tan avarienta y bajamente, cometiendo en Toro asesinatos de varios ricos para despojarlos, que logró hacerse odioso á todas las parcialidades. El rey de Portugal se vió obligado á hacer armas contra su propio hermano don Alonso, que queria tomar parte en las alteraciones de Leon y Castilla á favor de don Juan y de los Laras. El último año del siglo trece se hallaron envueltos aquellos reinos en una red de perturbaciones. Era la época mas propicia para los ricos-hombres. Mientras las poblaciones gemian víctimas de un inacabable desenfreno, ellos imponian condiciones á los príncipes, otorgaban sus alianzas, por mas ó menos tiempo segun les parecia, se despedian ó renovaban el trato, y tenian en su mano la llave de los honores y de las haciendas. Don Juan de Lara fué preso en accion de guerra, y prometió que por espacio de seis años serviria á don Fernando IV, ó á aquel de sus hermanos que le sucediese. De esta suerte doña María recobró algunas plazas; y como poco antes las córtes de Valladolid le habian concedido subsidios, tuvo con que pagar su hueste y con que contentar la sed insaciable del infante don Enrique, que á la

sazon, con ser tan anciano, contrajo matrimonio con una hermana de los Lara. Casi al mismo tiempo daba el último suspiro en Roncesvalles, de vuelta de un viaje á Roma para ganar el jubileo, la reina doña Violante, viuda de don Alonso el Sabio, é hija del rey de Aragon Jaime I.

§. V. SINCRONISMOS.

Fueron emperadores de oriente, en el período de tiempo que abraza este capítulo, Teodoro II, Láscaris, desde 1255 á 1259; Juan Láscaris, hasta 1260; Miguel Peleólogo, hasta 1282 y Andrónico II Paleólogo. Ocuparon la sede romana Alejandro IV, desde 1254 hasta 1261; Urbano IV, que la dejó vacante en 1264; Clemente IV, en 1268; Gregorio X, en 1276; en el mismo año, Inocencio V y Adriano V; Juan XXI, en 1277; Nicolás III, en 1280; Martín IV, en 1285; Honorato IV, en 1287; Nicolás IV, en 1292; Celestino V, que abdicó en 1294; y Bonifacio VIII, que murió en 1303. Fueron reyes de Sicilia y de la Pulla: Conrado, desde 1250 á 1254; Conradino, hasta 1258; Manfredo, hasta 1266; Carlos I, hasta 1282, en que le destronaron los sicilianos, y luego los príncipes de Aragon ya nombrados. Dogos de Venecia lo fueron, Zeno, hasta 1252; Tiépolo, hasta 1268; Contareno, hasta 1275; Dandolo, hasta 1279; Gradenigo, hasta 1289, á quien sucedió por espacio de veinte y un años el consejo de los diez. Tres Torri y dos Visconti, ocuparon el ducado de Milan. En Francia, á Luís IX, el Santo, sucedió en 1270, Felipe III, el Atrevido, á quien reemplazó en 1285, Felipe IV, el Hermoso. En Inglaterra reinó Enrique III hasta 1272 y le sucedió Eduardo I. En Dinamarca reinaron, Cristóbal I, hasta 1259; Erico VII, hasta 1286; y Erico VIII despues

de él. El reino de Suecia le ocupó Valdemaro, que fué depuesto en 1275, y le sucedió Magnus I hasta 1290, y Bergio II. En Noruega, sucedió, en 1263, Magnus VII á Haquino V, y á aquel le reemplazó Erico V en 1280, y reinó hasta 1299. Reinaron en Rusia Alejandro I, hasta 1263; Jaroslao III, hasta 1270; Basilio I, hasta 1277; Demetrio I, hasta 1294, y Andrés I, hasta 1304. En Polonia reinó, Boleslao V, hasta 1279; Lech VI, hasta 1289; siguióse un interegno hasta 1295; reinó despues Premislao II hasta 1296; y le sucedió Uladislao IV cuya dominacion dió fin en 1300. En Alemania, Ricardo de Cornualles y Alonso el Sabio, se disputaron el imperio hasta 1273; Rodulfo I fué emperador desde esta fecha hasta 1291; y despues lo fué Adolfo de Nassau. Las guerras de Sicilia llamaron durante todo este período la atencion de la Europa, y ya hemos visto por las memorias del reino de Aragon quién atrajo sobre sí la ira de los italianos y de los franceses, se hizo el blanco de una formidable cruzada, y dió asombro al mundo repeliendo heróicamente una agresion injusta.

CAPITULO VII. — Continúan las memorias de los árabes; reinados de Mohamed III, Nazar, Ismael I, Mohamed IV y Juzef en Granada. Fin del de Jaime II; Alonso IV; y principios del de Pedro IV el Ceremonioso en Aragon, Valencia y Cataluña. Sancho I y Jaime II en Mallorca. Luis, Felipe el Luengo, Carlos el Calvo, Juana II en Navarra. Fin del reinado de Fernando IV el Emplazado; y Alonso XI en Leon y Castilla. Alonso el Bravo y Pedro el Justiciero en Portugal. Batalla del Salado. Jofre Tenorio.

AÑOS 1301 A 1350.

§ I. LOS ÁRABES.

Á Muhamad II sucedió en el trono de Granada Muhamad III Abu-Abdala, monarca mas dado al estudio que á

las armas. Ninguno de sus ministros era capaz de trabajar con él todas las horas que dedicaba al despacho de los negocios. No firmaba nada sin que antes se enterase por sí mismo; y en asuntos contenciosos no fallaba sin haber oído á las dos partes. Decia que en estos casos la verdad debía obtenerse por alambique, mezclados el pro y el contra. Daba por cosa sentada y fuera de duda que aquel era su mayor enemigo quien mas le alababa, y decia que la adulacion era el recurso de los cortesanos faltos de talento. No por amor al sosiego del gabinete huyó de las fatigas del campamento. Su primera alianza la firmó con Gaimis II de Aragon, dicen los árabes, contra el niño rey de Castilla Ferdeland IV. Su primera algara en tierras del castellano fué dirigida contra la plaza de Almandhar, y dicen que en ella hizo cautiva á una doncella cristiana de rara belleza. Parecióle la mas preciosa criatura de la Iberia, y se sintió inclinado á ella por admiracion y por ternura: y sin embargo supo contenerse y darla en presente al rey de los beni-merines que se la pidió con encarecimiento. Tambien tuvo que hacer entrada en tierras de Guadix para escarmentar á un primo suyo que le negaba obediencia; y le venció completamente en campo llano. Parece que las hostilidades con Castilla no duraron mucho tiempo, y que las terminó una tregua, segun ya venia siendo costumbre. Aprovechó Muhamad III este respiro para llevar sus armas contra el rey de Ceuta, de quien andaba quejoso. En esta jornada le fué enteramente propicia la fortuna, pues, no solo venció á su enemigo y le obligó á abandonar la ciudad, sino que consiguió apoderarse de un tesoro considerable. Esto fué para él una doble ventura, pues le permitió destinar al embellecimiento de Granada y á la proteccion de las

artes unas sumas que otros príncipes hubieran derramado entre los palaciegos. Esto fué en 1306, segun la cuenta de los cronólogos árabes. Era reciente por entónces una tentativa de insurreccion intentada en Almería por el gobernador Soliman, que ejercia mando en esta plaza, y reprimida tan pronto como ensayada. Los mismos moros continuaban siendo los mas peligrosos enemigos del moro. El rey de los beni-merines, Abu-Jacub, acababa de morir á manos de uno de los propios eunucos de su serrallo; y le habia sucedido en el imperio, su nieto Abu-Thabet. El primer cuidado del nuevo monarca fué presentar batalla á un tio suyo, que queria arrebatarle el cetro. Vencióle; y luego tuvo que concertar avenencias con Zeyan, gobernador de Telencen, que se negaba á reconocerle. Los vencidos apelaban á la alianza con los cristianos. Soliman, arrojado de Almería, habia ido á buscar un asilo en el campo del rey Gaimis, y, volviendo con hueste enemiga, puso sitio á aquella plaza. Y al mismo tiempo el rey de Castilla se habia presentado con otra hueste á la vista de Algeciras, y la combatia sin tregua ni descanso. Muhamad III se vió apurado, no sabiendo á qué punto acudiria, si al primero cuya pérdida abriria al cristiano el reino de Granada, ó al segundo sin el cual quedaria cerrada la puerta de socorro del África. Por último, determinó ofrecer al castellano cinco mil doblas de oro y los castillos de Belmar, Chanquin, Cuadros y Quesada, si levantaba el sitio de Algeciras y firmaba treguas. Admitidas sus proposiciones, iba á concentrar sus fuerzas para salvar la plaza de Almería. Pero el pueblo de Granada era minado sordamente por Nazar, hermano de Muhamad III. No tenia Nazar ni mas talento que Muhamad, ni mas instruccion, ni mas denuedo: era sí mas bien parecido, mas

intrigante y ambicioso. Sus parciales asestaron primero sus tiros contra el ministro de Muhamad, antes de hacer presa en el monarca. De la murmuracion pasaron á los motines, y de estos á la rebelion abierta. El ministro fué asesinado casi en los mismos brazos de su príncipe. Viendo Muhamad que su palacio quedaba desierto, que los magnates le volvian la espalda, y que la plebe seducida le miraba con indiferencia, tomó el partido de un sabio. Delante de toda la corte renunció la corona en su hermano Nazar, y volvió contento á la vida privada. Algunos le siguieron para ver si esta mudanza le acarreaba un suspiro, y fué la vez primera que le vieron sonreirse. Esta alteracion de los granadinos la colocan algunos autores en 1307, y otros un año antes. Se cuenta que Muhamad fué víctima de un abuso de confianza, que era precisamente lo que mas aborrecia. Ese hermano Nazar que le arrebató el cetro, era el mismo á quien habia encomendado negocios graves y delicados que le pusieron en camino de poseer los secretos de estado y de valerse de ellos. El primer resultado de esta lucha interior fué la pérdida de la plaza de Ceuta, pues vuelta la atencion de Nazar á dar contento á sus parciales no pudo socorrerla cuando la acometió aquel Soliman que se habia fugado de Almería. Esta ciudad continuaba defendiéndose de los cristianos, que la tenian sitiada. Nazar conoció que, tras de la agitacion consiguiente á las conmociones políticas, no podia reinar sin adquirir prestigio por las armas. Acometió, pues, á los sitiadores de Almería, y dicen los árabes que supo derrotarlos, y hacerles levantar el cerco. Este triunfo hizo que la usurpacion quedase olvidada. Almería recibió á Nazar con vítores; y Granada, á su vuelta, le saludó con aclamaciones entusiastas. Poco despues Nazar cayó enfermo de

cuidado, y sus cortesanos, creyendo que iba á morir, fueron en busca de Muhamad y le llevaron á Granada, con ánimo de devolverle el cetro; pero al entrar en palacio, Nazar volvió en sí, y los cortesanos se apresuraron á volver á Muhamad á su destierro. Á la sazón el gobernador de Málaga, Ferag, casado con una hermana de Nazar y Muhamad, daba alientos á un hijo suyo, por nombre Ismael, para que hiciese con el rey Nazar lo mismo que este habia hecho con Muhamad III, su hermano. No hay nada mas contagioso que los malos ejemplos. Ismael siguió los pasos de Nazar. Sabedor de que la plaza de Alcabat había caído en poder del rey de Castilla, atribuyó esta pérdida á la nulidad del primer ministro de la corona. No bien tuvo noticia de que los cristianos movian cabalgadas contra los malagueños, propaló la voz de que el ministro ó wazir Alhagi era el verdadero autor de tales daños. Declaróse en abierta rebelion y tuvo que huir á Atocha, hasta donde fué perseguido y obligado á meterse en Málaga. Ya dos veces habia sido echado de Granada; y cuanto mas le perseguian, mas incremento tomaba la parcialidad que se habia ido formando. De repente circula por Granada la voz de que Muhamad habia perecido ahogado en una laguna: unos decian que por accidente, otros que por maldad; y unos culpaban en voz baja á Ismael, y otros clamaban contra Nazar y Alhagi, á quienes atribuian semejante atentado. Muerto Muhamad sin sucesion, era Nazar el legítimo poseedor del trono, y fué precisamente cuando le despojaron, por los años de 1314. El pueblo se alteró, pidió la cabeza del ministro Alhagi, obtuvo su destitucion, y pasando á mayores, se declaró en favor de Ismael, que ya se adelantaba hácia la capital puesto á la cabeza de una parcialidad numerosa.

Nazar se defendió primero en la ciudad, luego en la Alhambra, y por último tuvo que transigir con su sobrino, y contentarse con el señorío de Guadix, él á cuya ambicion siete años antes le parecia una necesidad la posesion del reino de Granada. Once años duró el reinado de Ismael. Rey por las armas, decia que en ellas cifraba todas sus esperanzas, y que su Coran le llevaba en el puño de su alfanje. Al principio fué poco afortunado en la guerra; perdió no muy lejos de Martos mil quinientos ginetes, no pudo recobrar las plazas de Gibraltar y Ceuta, y tuvo el dolor de ver tomadas por los cristianos las de Velmezt, Tiscar, Rute, Begigia y Cambil. Ya en 1319 los infieles, dice un autor árabe, se atrevieron á talar la vega de Granada. Ismael convocó al pueblo, le dijo que en todos tiempos á los dias borrascosos habian sucedido los prósperos, y que era una ignominia no probar un esfuerzo para alejar de la capital y escarmentar á los enemigos. Enardecidos los ánimos de los jóvenes y de los ancianos, salió Ismael con todos ellos, y acometió brava y repentinamente á los castellanos. La derrota de estos fué completa. En el campo de batalla quedaron los cadáveres de dos príncipes, don Pedro y don Juan; y los vencidos pidieron y obtuvieron tres años de treguas. Hacia Cazorla, las plazas de Galera, Huescar y Ores cayeron en poder de los granadinos. Finida la tregua por los años de 1325, Ismael trató de recobrar la ciudad de Baza. Para ello las memorias árabes dicen que echó mano de grandes máquinas é ingenios, que arrojaban globos de fuego entre el estampido de un trueno y el fulgor de un rayo. Los sitiados no pudieron oponer resistencia y se entregaron por tratos. De Baza pasó á Martos, en donde echó mano de los mismos recursos, y entró en la plaza á sangre y fuego. En ella un primo

del rey , por nombre Muhamad , hizo cautiva á una bellísima doncella. Ismael se la quitó , diciéndole sin rebozo que usaba del derecho del mas fuerte. Disimuló por el pronto Muhamad; pero pocos dias despues hirió de muerte á Ismael en su propio palacio , diciendo que apelaba al recurso del mas débil. Muhamad IV , hijo de Ismael , subió al trono á la edad de doce años. El ministro Amahruc gobernó por él algun tiempo. Ese Amahruc , era soberbio , ambicioso y vano; hablaba del monarca sin el menor respeto , y decia que el verdadero señor de Granada no era el amo sino el mayordomo. Metió en una cárcel de Almería á Farag , segundo hermano del rey ; y á Ismael , el menor de todos , le envió á África. Parecia inminente la plaga de una dominacion injusta , violenta y arbitraria , cual jamás se hubiese hecho sentir en Granada; pero de repente el rey niño tomó la energía de un príncipe digno de empuñar el cetro , redujo á prision al orgulloso Amahruc y poco despues le condenó á muerte. Otman , otro ministro suyo , se puso á la cabeza de las tropas , tomó en pocas horas la plaza de Rute , y se declaró en rebellion abierta. El destino de los dos monarcas anteriores habia sido perder el trono por causa de sus ministros : el de Muhamad IV era batallar con ellos. Otman llamó en su auxilio á los cristianos , y en union con ellos , venció á Muhamad , no muy lejos de Córdoba. Pero el jóven monarca no era hombre que desmayase por un contratiempo. Á un tiempo hizo frente á los sublevados , dicen los árabes , y á los infieles. Allegada alguna gente , escasa en número , pero escogida , puso sitio á la plaza de Baena. Sus ministros se sonreian , diciendo que era tiempo perdido el que allí se empleaba : mas el rey insistió en su intento , y la ciudad le abrió las puertas. Sin detenerse partió para Ca-

sares , y haciendo un amago sobre esta plaza llamó á sí el grueso del ejército de los cristianos , le acometió , le arrolló , y á paso de carga recobró en breve tiempo la fortaleza de Gebal-Taric y la ciudad de Algeciras. Confió la guardia de Gebal-Taric á los africanos, que por mar podian recibir refuerzos , y volvió á Granada por los años de 1330. Pronto tuvo que entrar de nuevo en campaña. Los cristianos tenian empeño en reconquistar la plaza de Gebal-Taric, y la pusieron sitio por mar y tierra. Muhamad IV se lo hizo levantar y los fué siguiendo hasta las cercanías de Teba. Reforzados allí esperaron al rey de Granada , y cercaron la poblacion con ánimo de tomarla por la fuerza. Muhamad IV les preparó una emboscada y no pudo conseguir que cayesen en ella , antes sufrió una derrota y tuvo el sentimiento de presenciar la rendicion de los de Teba. El rey de los benimerines aprovechó esta coyuntura para apoderarse de Gebal-Taric y poner en ella un fuerte presidio. Dicen que Muhamad IV sintió mucho esta traicion de los africanos. Parecíale que Gebal-Taric era la llave de la Andalucía , y que renunciar á su posesion, equivalia á abdicar el cetro. Los cristianos opinaban del mismo modo , y hacian esfuerzos prodigiosos para arrebatar su posesion á los granadinos y á los africanos. La plaza fué sitiada mas estrechamente que antes. Viéndose reducidos los africanos al último apuro, imploraron el auxilio del rey de Granada. Acudió al momento , olvidada la injuria recibida, peleó con los cristianos y les obligó á levantar el cerco. Pero, vista la cobardía con que los africanos presenciaron el combate desde lo alto del muro , y no se movieron para secundar sus esfuerzos , les echó en cara su villanía , y los motejó con palabras de vilipendio. En venganza le armaron una celada, le asesinaron,

y expusieron su cadáver á las fieras. Este fin tuvo en 1333, hallándose en la flor de la edad, el esforzado Muhamad IV. Sucedióle en el trono Abul-Hegiag, por otro nombre Juzef, su tercer hermano. Creyó Juzef que el reino de Granada necesitaba un respiro tras de unos reinados borrascosos, y sentó treguas por cuatro años con todos sus enemigos. Este plazo le dedicó á la formacion de leyes y reglamentos, á la creacion de premios y distinciones, al buen manejo de los caudales públicos, y á la construccion de magníficas fábricas, en cuyo número se citan la aljama mayor de Granada y un suntuoso alcázar en las cercanías de Málaga. Á esta tregua sucedió en breve una de aquellas tremendas avenidas, con que de tiempo en tiempo el África acostumbraba á amenazar á la Iberia. El rey de los benimerines Ali-Abul-Hasan, hijo de Otman, hijo de Jacub, habia arrollado y vencido por mar, no muy lejos del Estrecho, á los cristianos, y creia llegado el momento de volver á recobrar las riberas del Betis, y los feraces campos de la Andalucía. Gebal-Taric y Algeciras eran la base de sus operaciones militares; y su primer deseo fué apoderarse de Tarifa. Esta plaza fué sitiada y combatida por mar y por tierra apelando á aquellas máquinas, dicen las memorias árabes, que arrojaban por medio de la pólvora ó nafta unos pesados globos de hierro. Entretanto las tierras de Arcos, Jerez, Lebrija y Sidonia eran recorridas y devastadas. De repente los cristianos cayeron sobre un cuerpo de esos merodeadores desbandados; y en las cercanías de Arcos le derrotaron haciéndole perder mil quinientos hombres. El rey de Granada habia acudido á auxiliar al africano, y casi fué testigo de ese descalabro sufrido por una de sus mejores divisiones. Los dos reyes hicieron grandes esfuerzos para

vengarse cumplidamente. Cruzaron el Estrecho nuevas huestes compuestas de las mejores tribus africanas; salieron de Granada y sus cercanías, numerosos cuerpos de ginetes y peones; y los alrededores de Tarifa se convirtieron en un vasto campamento.

Los príncipes infieles, dice una leyenda árabe, no habian perdido el tiempo, y oponian ya á la alianza de los creyentes otra no menos formidable. De todas partes les venian escuadrones de aquella caballería pesada cuyo ímpetu era irresistible. De Sevilla y Córdoba, de las riberas del Guadiana, de las márgenes del Tajo, y de las regiones centrales de la Península, acudian guerreros ansiosos de recoger el botin de que sabian que los reales de los beni-merines estaban llenos. En Hjarayel ó Peña-del-Ciervo se avistaron los dos ejércitos, ambos mandados por distintos reyes, deseosos unos de vengar rotas anteriores, sedientos otros de nuevas victorias. Entre unos y otros corria el Wadacelito ó rio Salado, y principiaron las escaramuzas por la posesion de sus aguas. Despréndese de las memorias árabes que la caballería africana, compuesta de corceles lijeros como el aire, comenzó la batalla encaminándose contra el grueso de los cristianos. Estos opusieron á ella su caballería pesada. Poco tiempo estuvo indecisa la fortuna. Los africanos no pudieron resistir el choque de sus contrarios, y volviendo grupas, desbandados, introdujeron la confusion y el desórden entre los beni-merines. Los mas de ellos murieron, sin oponer la menor resistencia, sin ser dueños siquiera de sus movimientos y sin ver la cara al enemigo. Aquello mas que accion de guerra pareció un remolino. Cuando hubo pasado por encima de los africanos aquella nube de hierro, el campo de batalla quedó convertido, si se nos perdona la expresion, en un

cadaveral inmenso. Los sitiados de Tarifa, en lo mas vivo de aquella tremenda carnicería salieron de la plaza, penetraron en los reales de Ali-Abul-Hasan, y llevaron á ellos el espanto, el saqueo y el degüello. Los restos del ejército africano entraron en Gebal-Tarie, y los granadinos se retiraron hácia Algeciras. Allí se trasladó á Ceuta; y Juzef huyó por mar y tomó tierra en Almunecal para trasladarse á Granada. Esta sangrienta jornada la colocan algunos autores árabes en 1340; y dicen que de ella data el desaliento de los moros. Junto al Wadacelito perdiéron para siempre las esperanzas de volver á respirar aquellas auras puras que eran su encanto, y de recobrar la posesion de aquellas llanadas, sierras y riberas de las que sus antepasados se habían llamado señores. Las plazas de Anexir, Calayaseb y Priego abrieron sus puertas al vencedor. En aquellas mismas aguas en donde poco antes los africanos habían vencido á los cristianos, ahora estos, animosos con el triunfo reciente, aremetieron contra la armada de los beni-merines, la llevaron en derrota y la entregaron en su mayor parte á las llamas. No paró en esto el adverso hado de los vencidos. La plaza de Algeciras fué nuevamente sitiada; las tierras del rey de Granada fueron taladas; y los moros debieron confesar que desde mucho tiempo no les habia sido tan adversa la suerte. Los defensores de Algeciras hicieron prodigios de valor para rechazar á los sitiadores. Las máquinas é ingenios de estos, sus torres de madera, sus aparatos todos eran destruidos por medio de aquellos tiros de globos de hierro ardientes arrojados con nafta. Los asaltos eran rechazados con el mayor brio. Juzef acudió desde Granada sin que le arredrase el número de los sitiadores ni el aparato de guerra con que llevaban adelante su empresa. No pare-

cia que fuesen las huestes del granadino aquellas mismas que días antes habían huido no muy lejos de Tarifa, sobrecogidas de terror y desbandadas. Ahora animosas, en mitad de la noche, arremetieron contra los cristianos, y pusieron á prueba todo su denuedo. Pocas acometidas nocturnas han sido mas encarnizadas que esta que mencionan los escritores árabes. Pero Juzef tuvo que replegar sus tropas visto que los cristianos por todas partes tenían defendido su campo con fosos y trincheras. Ya entonces fué indispensable que la plaza se rindiese. Antes probó el granadino las intenciones de su contrario; instó, prometió, ofreció oro y castillos por la conservacion de Algeciras, que era llamada la puerta de la Iberia; pero el castellano se mantuvo firme, diciendo que prefería á todo el oro del Almagreb las llaves de aquella puerta que había de ser suya. Cerca de dos años duró la defensa de Algeciras; y los árabes no saben si admirar mas la constancia de los sitiados ó la tenacidad con que los sitiadores se aferraron á su presa sin querer abandonarla. En 1343, hambrientos y exánimes, los defensores capitularon con la condicion de que se les permitiese trasladarse á donde quisiesen. Á esta rendicion siguió entre moros y cristianos una larga tregua que algunos creen se pactó para diez años. Dicen los árabes que la aprovechó el rey de Granada dictando ordenanzas para el buen gobierno de sus pueblos. Algunas de ellas merecen ser mencionadas. En todos los pueblos debía haber escuelas públicas; no podía haber mezquitas allí en donde no se hiciesen las oraciones convenientes; en ciertas horas de ciertos días dedicados al culto ó á las preces del mismo, no era lícito andar en tratos ni en compras y ventas; era obligatorio asistir á las preces siempre que fuese seguro el camino que debía seguirse, y

pudiese hacerse este de sol á sol entre ida y vuelta ; nadie podia vivir á una distancia de mas de dos leguas de poblado ; en las mezquitas habia separacion entre hombres y mujeres , entre viejos y niños , y entre casadas y doncellas , debiendo estas asistir muy tapadas y recogidas ; el aseo en ciertos dias era casi necesario ; vedábanse ciertas profanaciones introducidas en la celebracion de la pascua de los carneros y en la del ramazan ; en las diversiones se atendia al placer inocente y se prohibia el desorden ; puso orden en las zambras y bailes , en los combates á naranjazos , y en las rociadas de agua de olor que los jóvenes se dirigian ; las limosnas y cuestras que públicamente se hacian debian dedicarse al socorro de familias indigentes y al rescate de cautivos ; si era necesario hacer rogativas por agua , no se permitia hacerlas por las calles y otros sitios de distraccion , sino en los campos , bajo el azul del cielo , y en tales casos las preces debian ser uniformes y de rúbrica , sin dar espacio al interés privado , sino manifestando el sentimiento público con afectos tiernos dirigidos al dispensador supremo ; no ero lícito tener reuniones nocturnas en las mezquitas ; se dispuso , como en tiempo de los antiguos romanos , que los novenarios no sirviesen de pantalla para encubrir reuniones poco convenientes ; vedóse el uso de plañideras que venian haciendo ostentacion de un fingido quebranto en los entierros ; decretóse que en los entierros no se pronunciasen elogios fúnebres , sino solamente preces relativas á los beneficios que el difunto habia recibido de Alá , á la misericordia que imploraba , á la resurreccion que esperaba , y á la esperanza que tenia de librarse de los castigos tremendos ; las fiestas familiares cada cual podia celebrarlas á su manera , con zambras y placeres lícitos y decentes , y con banquetes

mas ó menos suntuosos ; de noche los pueblos debian cerrarse por barrios y hacerse ronda en cada uno de estos ; era deshonoroso huir en la guerra , á no ser que el enemigo fuese doble en número , ó que los jefes , árbitros en punto á ardidés , lo dispusiesen ; se mandó no olvidar en tiempo de campaña el precepto del Coran de no matar á niño , mujer , anciano , enfermo ó religioso indefenso ; recordóse como cosa imprescindible que del botin , sacado el quinto para el rey , debia darse dos partes á los ginetes y una á los peones ; se puso coto á las peregrinaciones de los jóvenes á la Meca ; se mandó que en las causas criminales no pudiese imponerse pena de muerte sin que depusiesen acerca de un mismo hecho cuatro testigos contestes ; suavizáronse las penas por hurto , que antes consistian en cortar la mano derecha por primer hurto , el pié izquierdo por segundo , la mano izquierda por tercero , el pié derecho por cuarto , y dar tormento y condenar á reclusion perpetua por el quinto ; dejóse en ello mas campo al arbitrio de los jueces ; los delitos feos se castigaban con azotes entre los solteros , y con muerte por apedreamiento entre los casados . Otra empresa del rey Alfons de Leon y Castilla sacó al granadino del descanso que disfrutaba . El castellano puso sitio á la plaza de Gebal-Tarie , en la que daban presidio los africanos . De nuevo las dulzuras de la paz se trocaron por las angustias de la guerra . Pero esta vez el rey de los cristianos murió de la peste , á la vista de la plaza defendida por el moro , y la marcha guerrera de los infieles , dice un árabe , se trocó en un convoy fúnebre . Esto fué en 1350 . Tres años despues , el rey Juzef murió en Granada , á manos de un asesino . Su capital le debia muchos beneficios . Supo correr siempre en buena armonía con los beni-merines , tanto en

tiempo de Ali-Abul-Hasan, como cuando, destronado este al volver vencido de la batalla del Wadacelito, le quitó el cetro su hijo Fares. Se refieren á la época del rey Juzef los que dicen que Granada en el siglo catorce fué un jarro de oro lleno de rubies.

S. II. ARAGON, VALENCIA Y CATALUÑA.

Dejamos en el anterior capítulo á don Jaime II de Aragon en la ciudad de Barcelona de vuelta de la empresa de Sicilia en el año de 1300. Dada orden para que las plazas de Albarracin y Ródenas volviesen al dominio de la corona, por haber don Juan Nuñez de Lara hecho tratos con los castellanos, se halló con una carta del sumo pontífice en que se le instaba á que volviese por la honra de sus armas en Italia, pues la batalla naval de la que habia salido triunfante, mas les pareció á las gentes derrota que victoria, pues la guerra andaba mas encendida que antes en la península italiana; y aunque la ciudad de Catania se habia entregado por tratos al duque de Calabria, esta ventaja quedaba anulada por el triunfo que en la Falconara y Trapana habian conseguido el rey don Fadrique y don Blasco de Alagon, venciendo y haciendo prisionero al príncipe de Taranto, hijo del rey don Carlos. Esta batalla habia sido muy disputada. Don Fadrique habia sabido provocar al de Taranto, dándole á entender que solo tendria que habérselas con el cuerpo de ejército mandado por don Blasco; y en realidad cayeron sobre él todas las fuerzas de los sicilianos, sin que bastasen á impedirlo las disposiciones tomadas por Roger de Lauria. Solicitaba el papa que el aragonés volviese allá con refuerzos, y escribiese á los naturales de sus dominios, ahora residentes en Sicilia, mandándoles que abandonasen

la causa de los sicilianos. El rey don Jaime se escusó de volver, diciendo que habia cumplido lealmente sus anteriores compromisos, no solo por su persona sino enviando allá á su almirante; pero escribió á sus antiguos súbditos, ya desnaturalizados, y les hizo ocupar los bienes y entregarlos á sus deudos, aunque no declaró que hubiesen incurrido en nota de traicion ni mal caso. Otros graves asuntos llamaban su atencion en la Península. Obtenida la toma de posesion de Albarracin, procuró ganar la de los principales pueblos de la baronía de Moncada, temeroso, decia, de que por casamiento pasasen al dominio de algun extraño. Á 9 de agosto estuvo en las córtes celebradas en la iglesia de san Salvador en Zaragoza, y en ellas le fué otorgado el servicio de monedaje segun ley y costumbre. Casi al mismo tiempo decretó la fundacion de la universidad de Lérida, dotándola y disponiendo que solamente en ella siguiesen sus súbditos los estudios mayores de ciencias y artes. Al mismo año de 1300 pertenece la conquista de Lorca obtenida por capitulacion, lo mismo que la de otros castillos de menos importancia. Los súbditos del rey don Jaime que favorecian á los sicilianos no pensaban en abandonarlos, por mas esfuerzos que hacia Roger de Lauria para darles escarmientos. La fortuna hoy favorecia á unos, mañana á otros, pero parecia mas dispuesta á inclinarse á los italianos. No muy lejos de Gallano, don Blasco de Alagon, y Galceran, conde de Catanzaro, habian vencido á los franceses, mandados por Gualtero, conde de Brena, y casi habian destruido un cuerpo escogido denominado de los caballeros de la muerte. Junto á Ponza, el almirante Roger de Lauria habia ganado otra victoria naval dispersando la armada del rey don Fadrique y haciendo prisionero al jefe Oria que la

mandaba. Las plazas de Mesina y Rijoles fueron sitiadas; y para colmo de quebranto de los sicilianos murió de enfermedad en la primera de aquellas dos ciudades el valeroso don Blasco de Alagon, que era la esperanza de los enemigos de la Francia. Un hijo suyo, del mismo nombre, le sucedió en sus señoríos. En tal conflicto los sicilianos hicieron lo que otras veces, tomar por consejera la desesperacion cuando no podian asesorarse con otra cosa. Berenguer de Entenza, Hugo de Ampurias, Juan de Claramonte, y Guillen Galceran, dieron muestras de grande aliento en estos dias de prueba para el rey don Fadrique. Llegado el año de 1301 don Jaime II estuvo en Lorca, Murcia y Valencia, firmó conciertos con el rey de Granada, y dispuso que en la frontera de Navarra, entre Ul y Filera, se fundase en una colina La-Real, poblacion destinada á la defensa de aquella tierra. Parecia que los franceses andaban muy tibios en tomar por suya la causa de don Alonso de la Cerda, por lo que el aragonés podia temer verse de un momento á otro amenazado por aquella parte. En vano enviaba embajadas al rey de Francia diciéndole que era muy fácil cosa ganar por dinero á los principales ricos-hombres de Castilla, y desbaratar de esta suerte los planes de la viuda de don Sancho IV, el Bravo: el francés daba muchas esperanzas y pocas realidades, y parecia mas deseoso de ver á los iberos destrozarse mutuamente, que de auxiliar á ninguno de ellos. No le faltaron á don Jaime II, fuera de estos cuidados exteriores, algunas desazones y desabrimientos con los propios. Bondadoso, prudente, cumplidor y conservador de los fueros, atendia al sosten de la pública concordia obtenido el asentimiento de los mas y de los mejores. Á algunos ricos-hombres les pareció que tenia vislumbres de debili-

dad esto que era tacto y sabiduría, y quisieron poner á prueba al monarca. Juramentados y formando union, determinaron exigir del rey, por vias de fuerza, lo que les debia por varios conceptos. Don Jaime II no perdió su habitual cordura. Convocó córtés en Zaragoza, y, congregadas á 29 de agosto de 1301, manifestó en ellas las demasías de los nobles, lo impropio y contra fuero que era reclamar deudas con las armas, y cuán necesario y procedente seria que el Justicia de Aragon pusiese coto á aquellos desmanes, que ya se traducian en verdaderas tropelías y saqueos contra las poblaciones indefensas. El estado llano se declaró por él; los prelados secundaron sus esfuerzos; y la mayor parte de los ricos-hombres le dieron razon contra sus propios compañeros. Inútil fué que los juramentados opusiesen á lo alegado por el rey la costumbre que desde tiempos antiguos tenian de hacer lo que les pluguiese: el Justicia Mayor declaró, que aquellas confederaciones eran contra fuero, y que estaba dentro de la ley el monarca cuando pedia de agravios contra ellos ante las córtés, ni mas ni menos que ellos podian solicitar otras enmiendas. Algunos nobles fueron desterrados, y otros condenados á varias penas. En estas mismas córtés, á 1.º de octubre, fué jurado por sucesor del reino el príncipe don Jaime. Continuaban las hostilidades con los castellanos, y era natural que estos sacasen partido de todos los elementos de descontento que existian entre los aragoneses: por lo que, mientras don Jaime hacia esfuerzos para conservar lo que tenia ocupado en el reino de Murcia, los ricos-hombres de Aragon prometian al rey de Castilla su cooperacion para que lo recobrase. Esto fué en 1302, á tiempo en que las cosas de Sicilia habian tomado ya de nuevo su mal sesgo

habitual contra los franceses. El duque de Calabria, visto que la defensa de los mesineses se prolongaba, habíase avistado con el rey don Fadrique, concertado con él treguas por algunos meses, y retirádose á Nápoles con la mayor parte de sus fuerzas de mar y tierra. Carlos de Valois, hermano del rey de Francia, hizo entónces un grande esfuerzo, que le pareció deber ser decisivo, para arrebatár la Sicilia al rey don Fadrique. Por las armas sucedió lo de siempre. Las primeras arremetidas de los franceses parecían irresistibles; pero luego la fortuna se les volvía reacia y terca, y los probaba con enfermedades y descalabros. Carlos de Valois venia de la Toscana, en donde debió sembrar la paz y dejó la guerra; y en Sicilia, donde creía ganar laureles, le fué forzoso firmar una paz ignominiosa. El cronista Muntaner dice, que, de cuatro mil caballos que siguieron á Carlos de Valois, á lo que él llamaba conquista de la Sicilia, murieron tres mil quinientos, sin contar los infantes y sirvientes; y que, á vista de tal desgracia, Carlos de Valois se avistó, en Calatabellota, con el rey don Fadrique, y concertaron paces, en virtud de las cuales la Sicilia quedaba por don Fadrique, y la Calabria por Carlos de Salerno, y don Fadrique debía tomar por esposa á la princesa Leonor, hija tercera de Carlos II, rey de Nápoles, y hermana de la reina de Aragon doña Blanca. Otros cronistas descienden á mas pormenores, y dicen que la Sicilia quedaba en posesion de don Fadrique, durante su vida, y que la retendrian tambien los hijos que tuviese en dicha doña Leonor, hasta tanto que el rey de Nápoles ó sus sucesores les entregasen cien mil onzas de oro, á no ser que la sede romana hubiese hecho de manera que el rey don Fadrique conquistase algun reino como el de Chipre ú otro análogo. De-

volviéronse mutuamente las partes beligerantes los prisioneros y las poblaciones y fortalezas ocupadas en las comarcas respectivamente cedidas. No es fácil describir el entusiasmo que escitó entre los sicilianos este fin y remate de un duelo á muerte sostenido por su patria durante veinte años contra las naciones mas poderosas de Europa. Los sabios se confirmaban en la creencia de que difícilmente es vencido un pueblo que defiende su libertad con completa mancomunidad de sentimientos. Y nadie mostraba compadecerse de las numerosas huestes francesas que habian sido exterminadas, allí en donde creyeron poder ejercer á sus anchas una dominacion violenta y tiránica. Mientras duró esta larga lucha, la Francia y la Italia habian andado unidas; luego de terminada, anduvieron en desabrimientos y se dieron por ofendidas, como si una á otra se echasen en cara el mal resultado. La corte pontificia, mal satisfecha de los servicios del francés, é indignada de ver que este habia sido impotente contra Aragon y Cataluña, é incapaz de sentar el pié en Sicilia, se negó á influir para que Carlos de Valois fuese elegido rey de romanos, y pidió con dominio que el monarca francés le prestase homenaje por las temporalidades de sus dominios. La tempestad que con esta pretension se levantó fué grande. Los franceses, que hasta entónces habian dado asentimiento y aplauso á todas cuantas indignaciones é iras nacia en Italia, ahora apellidaban injusticia y se esforzaban para atraer á su confederacion y voto á los aragoneses. Don Jaime II huia de meterse en tales laberintos. Contento con rechazar á su manera las pretensiones improcedentes, pareciale que cada estado debia componer sus querellas domésticas. Acababa de obtener del infante don Sancho, hijo del rey de Mallorca, un completo homenaje y

reconocimiento feudal por las Baleares, Rosellon y Cerdeña. Asimismo, para neutralizar los esfuerzos que hacia el castellano con ánimo de meter discordia en Aragon, entró en tratos con algunos ricos-hombres de Castilla, que prometieron tomar la voz por don Alonso de la Cerda, y dió la mano de doña Constanza, hija suya, á don Juan, hijo del infante de Castilla don Manuel, que se declaró favorable á sus pretensiones. Á la verdad, lo que principalmente deseaba don Jaime II era dar largas á su posesion del reino de Murcia, pareciéndole que así se fortificaba en ella, y buscar en lo demás medios de paz y de concordia. Habia contraido el compromiso de probar la conquista de las islas de Cerdeña y Córcega, ocupadas por los genoveses, y no sabia como salir del paso sin apelar á la alianza de los güelfos, parciales del papa, contra los gibelinos, que frecuentemente se mostraban hostiles á Roma. No era muy fácil cosa dar satisfaccion cumplida á todos los deseos de la corte pontificia, cuyas exigencias subian de punto con los sumisos y humildes. Al rey don Fadrique le habia sido forzoso contentarse con llevar en Sicilia el título, mas bien que pomposo erudito, de rey de Tinaeria, nombre antiguo de aquella isla; y para satisfacer al rey de Nápoles, creyó prudente dar tambien el nombre de Sicilia á la parte del continente italiano contiguo á ella; y además, don Fadrique debió pagar anualmente á la corte romana un censo de quince mil florines. Así, pues, le pareció conveniente para el porvenir formar estrecha alianza con los aragoneses, y aun substituir mutuamente á las dos familias reinantes. Continuaba presentando muy mal cariz la desunion de los franceses con la sede pontificia, y en 1303 habia dado un fruto pernicioso. El papa Bonifacio VIII habia sido detenido en su residencia

de Anania, preso á los gritos de, viva el rey de Francia, muera Bonifacio, y solo debió su libertad á una sublevacion del pueblo. No sobrevivió mas que treinta y cinco dias á ese atentado, tanto mas sensible para él quanto mayor era la estimacion en que tenia su dignidad y su honra.

Terminada la guerra de Sicilia, quedaban en ella sin ocupacion algunos miles de catalanes y aragoneses. Uno de ellos, por nombre Roger de Flor, se preguntó sí era posible que tanta gente viviese ociosa, sin poder cobrar nada del rey don Fadrique, sin aspirar á arrebatarle algo para sustentarse, ó sin mover grandes turbaciones y ser perniciosas al estado y á sí propia. Y de este raciocinio dedujo ser mas conveniente tomar á pecho alguna noble empresa antes que perecer sin gloria entre revueltas y motines. Dispuestos algunos preliminares, y habidas varias conferencias con el rey don Fadrique y con los principales cabos del ejército, escribió al emperador de Constantinopla, ofreciéndole pasar á Romanía con los catalanes si le daba por esposa á una sobrina suya, y el título de gran duque ó megaduque del imperio. El emperador no se hizo de rogar, nombró á Roger gran duque de Romanía, con plenos poderes y privilegios sobre el ducado de la Grecia y sus islas. Roger y sus compañeros se sintieron animados de un vivo entusiasmo. Berenguer de Entenza, Berenguer de Rocafort, Pedro y Sancho de Aros, Fernan Jimenez de Arenos, Martin de Logran, Ferran de Aunés, Corberan de Alet y otros caballeros, en su número el mismo Ramon Muntaner, que fué el cronista de esta jornada, prometieron secundar los esfuerzos del recién nombrado megaduque. Hicieron una expedicion á la Romanía, que duró diez años con varias vicisitudes. Don Fadrique armó diez galeras, y dos grandes

naves de transporte, llenas de provisiones y vituallas, y las puso á la disposicion de Roger de Flor, que contaba ya con otras tantas. Cinco mil almogávares y dos mil quinientos caballeros partieron para aquellas comarcas de oriente ilustradas un dia por los argivos, por Atenas, Tebas, Esparta, Troya, Jerjes, Filipo de Macedonia, Alejandro, Darío, y Paulo Emilio. Los reflujos de eso que han dado en llamar civilizaciones de los pueblos traian á esa patria de los claros varones, de veinte siglos antes, los descendientes de aquellos iberos que habian recibido frecuentemente varias visitas de los pueblos orientales. No se busque aquí un plan sino las maravillosas circunstancias de una aventura heroica. Los genoveses dominaban en Constantinopla á la sombra de los emperadores. Llega Roger, celebra las bodas con María, hija de Asan, rey de los búlgaros, provoca una riña con los genoveses, les mata tres mil hombres, hereda su influencia, los acorralla en el arrabal de Pera, y se prepara para hacer la guerra á los turcos, que tenian ya puestos los ojos en la capital del Oriente. El hijo del emperador de Constantinopla habia antes pasado contra ellos á la cabeza de cien mil infantes y doce mil caballos; pero se volvió sin hacer nada. Roger de Flor fué al mismo punto, la península de Cisico, con cinco mil quinientos catalanes, los cuatro mil infantes, y en la primera accion de guerra mató ya á los turcos cinco mil hombres. Dice Nicéforo que los catalanes eran, ni mas ni menos que los cruzados, tan terribles para sus enemigos como para sus aliados, y que á todos, hombres y mujeres, los trataban como esclavos. Ya no se habló en aquellas comarcas de otra cosa que de las proezas de la Compañía ibera. Roger de Flor se dispuso para trasladarse á la Anatolia, y bien prevenido pasó el invierno en

Artaki. Pachimero no pinta la estada de los catalanes en Artaki con los mismos colores que Muntaner, antes dice que su jefe les permitia todo desórden y desenfreno con tal que no abandonasen sus banderas: Muntaner afirma únicamente que se dieron á la vida alegre, y hubieran acabado con sus recursos á no haberles adelantado su jefe la paga de cuatro meses. Los turcos, reunidos ocho mil caballos y doce mil infantes, habian puesto sitio, en tierras de la Anatolia, á la ciudad de Filadelfia: Roger se lo hizo levantar destruyéndoles casi todo el ejército. Cada paso que daban los catalanes era sobre los escombros de algun pueblo famoso; el rio Hermes, la Lidia, la antigua Sardes, Esmirna, Pérgamo, Tyrreum, Efeso, Antioquía, Apamea, Colossas y otras ciudades parecian estremecerse en sus ruínas, sintiendo que por allí andaban hombres. Corberan de Alet cayó en Tyrreum, herido de muerte, en el momento que ganaba otra victoria, en 1304. Alet era senescal de la Compañía, y su dignidad fué conferida por Roger á Berenguer de Rocafort. Los mas grandes ejércitos de las cruzadas no hicieron lo que entónces ese puñado de catalanes que parecian sumergidos en la vasta region del Asia. En las cercanías de Ania destruyeron un cuerpo de turcos, tendiendo en el campo á tres mil enemigos. Adelantáronse hasta aquel temido desfiladero que separa la Anatolia de la Armenia, y es conocido con el nombre de Puerta de Hierro, y allí les presentó batalla un ejército de treinta mil hombres, los diez mil ginetes, el dia 15 de agosto. La accion fué disputada con encarnizamiento. Aragon, Aragon, gritaron los iberos en lo mas recio de la pelea; y triunfaron dejando en el campo los cadáveres de diez y ocho mil enemigos. Nicéforo, l. VII, c. 3, dice, que la terrible acometida, la disciplina militar, la bri-

llante armadura y la impetuosidad de los catalanes infundieron tal espanto en los turcos , que les obligaron á dejar libres las cercanías de Constantinopla y tambien la Anatolia entera , y á buscar un refugio en los confines del antiguo imperio romano. De repente , por muerte del rey de los búlgaros , sus hijos se ven desposeidos é imploran el amparo de su cuñado Roger de Flor. Cruza este el Helesponto con su ya famosa Compañía , trasládase á la fértil y agradable comarca de Gallípoli , é infunde espanto al usurpador de la Bulgaria. La Misia , con sus restos de Troya y sus huellas homéricas , la Lidia , la Frigia , la Cilicia y la Capadocia , acababan de ser recorridas en triunfo por aquellos contados representantes de la Iberia. Ahora entre las glorias les vinieron mezclados los sinsabores. El emperador Andrónico , obtenida la salvacion del imperio , deseaba ya alejar de sí ó desprenderse de sus libertadores ; y estos pedian recompensa sobre recompensa. Roger de Flor hizo de manera que le nombrasen César , y que la dignidad de Megaduque pasase á Berénguer de Entenza. Andrónico , para satisfacer las sumas que le exigian los catalanes , apeló al recurso de alterar el valor de la moneda , de suerte que de veinte y cuatro partes las quince eran de liga y solo nueve de oro ; de donde nacieron debates y alteraciones entre los que entregaban la moneda en pago y los que debian recibirla. La Compañía procuraba conservar el punto de Gallípoli , como posicion que aseguraba su retirada , y ponía en sus manos las llaves del Helesponto. Miguel , hijo del emperador Andrónico , receloso de las pretensiones que encerraba el nombramiento de César conferido á Roger de Flor , determinó acabar con los extranjeros y con su jefe. Abultó los desmanes cometidos , tradujo por crueldad todos

los males de la guerra, y excitó la ira de los pueblos contra aquella Compañía, compuesta, decia él, de avarientos advenedizos. Era muy difícil destruirlos apelando á la fuerza. Iban á tomar posesion de la Anatolia, y repartírsela, como país que habian conquistado con las armas. Antes, el hijo del emperador hizo de manera que Roger de Flor fuese á despedirse de él á Andrinópolis. Roger temeria ya alguna emboscada, y fué allá acompañado de mil infantes y trescientos caballos. Se le hizo, á fines de marzo de 1305, un recibimiento magnífico; pero al séptimo dia, cuando habia olvidado sus precauciones á fuerza de banquetes y festejos, entró en Andrinópolis cierto Gircon ó Jorje, á la cabeza de nueve mil ginetes alanos, asesinó en el mismo palacio á Roger de Flor, y pasó á cuchillo á toda su gente. Solo tres catalanes se salvaron, Alquier, Tous, y Roudor, defendiéndose bizarramente desde una torre y matando á cuantos se acercaban á ella hasta que obtuvieron capitulacion y salvoconducto. El hijo del emperador, conociendo que aquellos momentos eran preciosos, allegó un ejército compuesto de treinta mil infantes y catorce mil caballos, y fué con él contra los catalanes que habian quedado en Gallípoli. Halláronlos desprevenidos, les mataron mil hombres, les arrebataron casi todos los caballos, y los dejaron reducidos á unos tres mil infantes, y poco mas de doscientos caballos. Aquella brillante Compañía, sostenida hasta entónces con refuerzos llegados de Sicilia, quedaba poco menos que exhausta, sin caudillo, desvanecida aquella reputacion de invencible que la sostenia. La furia popular se desencadenaba contra ella. Cincuenta catalanes y el almirante Ferran de Aunés fueron acometidos en Constantinopla á instigacion del emperador, se hicieron fuertes en

un edificio , y en él fueron quemados vivos. A pesar de este cúmulo de desgracias, Berenguer de Entenza y los demás catalanes no decayeron de ánimo. Desafiaron al emperador segun fuero y costumbre , le acusaron de traicion y villanía , y le declararon la guerra. Dejó Entenza la tercera parte de su gente en Gallípoli , y con la restante se fué por mar á Constantinopla. Los heraldos que envió para declarar la guerra á Andrónico habian sido asesinados. Entenza tomó por asalto y entregó al saqueo la ciudad de Heraclea , distante de Constantinopla ocho leguas. El inmenso botin que de ella sacó fué la causa de su ruína. Puso la presa á salvo en sus galeras, á tiempo que entraba en la Propóntide ó mar de Mármara una escuadra genovesa , que dicen llevaba órden secreta de vengar la rota sufrida por los suyos algun tiempo antes en Constantinopla á manos de los catalanes. La coyuntura no podia ser mas favorable para una venganza. La mitad de los catalanes exterminados , la plebe de oriente furiosa contra ellos , y el emperador dispuesto á volver á formar alianza con Génova, para deshacerse de aquellos aliados que eran ya sus mortales enemigos : todo brindaba á los genoveses con la impunidad en la perfidia. Prendieron á Entenza cuando fué á visitar al almirante genovés, se apoderaron de sus galeras, echaron á pique á las pocas que pudieron oponerles resistencia , y acuchillaron ó redujeron á prision á cuantos iban en ellas. Entenza , dice Muntaner, pudo convencerse de que es locura descansar en la buena fé de los que no pueden conocerla. Era de creer que se darian por vencidos los pocos catalanes que quedaban en Gallípoli. No fué así. Quedábanles hasta veinte naves, y las echaron á pique para desvanecer toda esperanza de fuga; enarbolaron cuatro banderas , una en la mas alta tor-

re en honor de San Pedro , y las tres restantes con las armas de Aragon una , de Sicilia otra , y la imágen de San Jorje la última , las distribuyeron por compañías para llevarlas al combate , y juraron morir como buénos antes que salvarse perdida la honra. Lejos de su patria , sus últimos amores eran por ella y por sus creencias. En los primeros dias del mes de junio de 1306 segun unos , 1307 segun otros , los catalanes acometieron á sus contrarios , los llevaron en derrota por espacio de veinte y cuatro millas , les mataron dice Muntaner , veinte mil hombres , y les tomaron tres mil caballos , de suerte , añade un cronista , que Aragon , Sicilia , Roger de Flor y Entenza , quedaban vengados. Hay quien afirma que ya por este tiempo los turcos habian formado alianza con los catalanes , visto que estos habian vuelto sus armas contra los griegos. El hijo del emperador allegó en breve tiempo otro ejército , que esta vez ascendia á cien mil infantes y diez y siete mil caballos. El príncipe Miguel iba á la vanguardia. Los catalanes no esperaron á que llegase á ellos el centro , sino que hicieron una marcha rápida , y no muy lejos de la ciudad de Apros presentaron batalla al enemigo. Tambien triunfaron , derribando é hiriendo al príncipe y obligándole á retirarse apresuradamente. Pachimero refiere que al saberse en Andrinópolis este descalabro , unos sesenta catalanes que se hallaban en prision rompieron sus grillos , se apoderaron de una torre , y se defendieron en ella con el mayor heroísmo ; y viendo que al pié de ella encendian una vasta hoguera para obligarles á rendirse , se echaron en medio de las llamas. Es escusado decir que esta guerra se hizo con encarnizamiento pidiendo cuenta de toda la sangre antes derramada. Los habitantes de Rodosto habian descuartizado á unos mensajeros

catalanes. Los de la Compañía fueron allá, é hicieron con los habitantes, dice Muntaner, lo que ellos habian hecho con aquellos enviados. La plaza de Panido fué tomada á viva fuerza, y el castillo de Maditos lo mismo. La Compañía formó entónces tres cuerpos, uno al mando de Ferran Jimenez de Arenos que se situó en Maditos, otro á las órdenes de Rocafort que puso su cuartel en Rodosto y Panido, y el tercero mandado por el mismo Muntaner que conservó la posicion de Gallípoli. Y vivian, dice Muntaner, ricos y contentos, sin cultivar, ni sembrar, ni cosechar, y á pesar de esto bien provistos de todo. Cinco años, añade, transcurrieron de esta suerte, é hicieron incesantemente las mas fructíferas cabalgadas. Cristópolis de Salónica acometió á los de Gallípoli, y fué rechazado. Rocafort llevó una incursion hasta las costas del mar Negro, y en Stenayre entregó á las llamas muchas galeras y naves griegas, en número de mas de ciento cincuenta. Conseguidas estas ventajas, los tres cuerpos se concentraron para ir en busca de los alanos; y á Muntaner le tocó por suerte la defensa de Gallípoli, y la custodia, dice, de mas de dos mil mujeres. La Compañía anhelaba tomar venganza de la muerte de Roger de Flor en los mismos que le habian sacrificado. Gircon, jefe de los alanos, se hallaba á doce jornadas de distancia con seis mil infantes, tres mil caballos y una multitud de niños y mujeres. Los catalanes hicieron unas rápidas marchas, le sorprendieron, le mataron, exterminaron su gente de la que apenas pudieron escapar trescientos hombres, y volvieron á Gallípoli con largas cuerdas de cautivos, y un botin riquísimo. Muntaner en tanto no habia permanecido ocioso. El genovés Spínola habia ofrecido al emperador Andrónico arrojarse de Gallípoli á los catalanes: y fué contra ellos con vein-

te y cinco galeras y mucha gente de desembarco. Muntaner se defendió como no lo hubiera hecho mejor el mismo Roger si viviera. Dió armaduras á todas las mujeres y las encomendó la defensa de los muros, y él acudió con los soldados á todas partes, y á pesar de haber recibido cinco heridas, rechazó asaltos, y en lo mas empeñado de la lid salió de la plaza, desbarató á los enemigos, mató á la mayor parte de los genoveses, incluso su jefe Spínola, y obligó á los demás á reembarcarse. Cuando volvieron los de la Compañía de su expedicion contra los alanos, hallaron que casi todos los defensores de Gallípoli, hombres y mujeres, estaban heridos. Llenos de admiracion los turcos, y los llamados turcópulos, que antes servian á Andrónico, se pasaron á los catalanes, á quienes llamaban los valientes del mar y de la tierra, y aumentaron su hueste con dos mil infantes y mil ochocientos caballos. Á nuestro lado, dice Muntaner, fueron leales, y bravos, como otros no haya. Por este tiempo, obtenida la libertad á instancias del rey de Aragon, volvió á Gallípoli Berenguer de Entenza para su daño y el de la Compañía. Esta estaba contenta de Rocafort, y no podia olvidar los descalabros sufridos en tiempo de Entenza. Ferrán Jimenez se declaró por Entenza; y fué en vano que Muntaner probase á ponerlos de acuerdo. Lo mas que pudo conseguir fué que cada uno hiciese linaje aparte, cabalgase, y buscase botin á su manera. No se trataba de conquistar aquellos pueblos gobernándolos con justicia, sino de vivir á espensas del país devastándole. Es verdad que las circunstancias no habian dado de sí el menor respiro para dedicar el tiempo á otra cosa que al manejo de las armas. El rey de Mallorca, de concierto con el de Sicilia, envió á Gallípoli su hijo el infante don Fernando para ver si

era posible fundar un estado cerca de lo que los genoveses llamaban su jardín de Constantinopla. Los hombres maduros y juiciosos le recibieron con gusto, deseando que terminase aquella situación precaria y que á ella sucediese algo firme y estable que diese porvenir á su conquista. La parcialidad de Entenza y de Ferran Jimenez reconoció por jefe á dicho infante. Muntaner asimismo le rindió homenaje. Pero Rocafort y los suyos, á quien seguían los turcos y los turcópulos, manifestaron que no querían recibir nada de parte del siciliano que los había abandonado á su destino, recibida de ellos una corona, y solo se avenían á reconocer al infante si quería quedarse con la conquista por derecho propio: cosa á que no pudo allanarse por impedirselo los tratos que llevaba hechos con el rey de Sicilia. En esto pareció conveniente abandonar esa península de Gallípoli de la que ya no era dable exprimir ni un óbolo, huir de esas tierras que quedaban yermas, y alejarse de una comarca cuyos únicos frutos eran millares de cadáveres insepultos, con sus emanaciones que infestaban el aire. La Macedonia en su mayor parte estaba también devastada; y la Compañía se puso en marcha para ir á tomar posesión del reino de Salónica. Se había dispuesto que la parcialidad de Entenza y Jimenez anduviese á alguna distancia de la de Rocafort. Por desgracia cierto día la primera aceleró el paso y la segunda le acortó, y poniéndose en contacto vinieron á las manos. Entenza murió en esta deplorable refriega, junto con ciento cincuenta caballeros y quinientos peones de su partido. Ferran Jimenez, con cien caballeros amigos suyos, se pasó al servicio del emperador y obtuvo desde luego el nombramiento de megaduque. El infante don Fernando, visto que sus adictos habían sucumbido, se volvió con los

pocos que le quedaban , en su número Muntaner , el cronista de aquella jornada. Pero don Fernando era jóven, dice este , y es malo ir con príncipes jóvenes y de sangre generosa , que en ninguna parte ven peligros , y toman por cobardía la prudencia. El infante quiso detenerse en Negroponto y cayó con toda su gente en poder de unos venecianos que iban á proponer á la Compañía catalana que reconociese por monarca á aquel Carlos de Valois que primero habia tomado el título de rey de Aragon en nombre del papa, luego el de rey de Sicilia , y aspiraba ahora á ser emperador de Constantinopla , y sin embargo no fué otra cosa , dice la crónica , fuera de rey del viento. El infante fué llevado cautivo á Tebas , ciudad que á la sazón pertenecia al ducado de Atenas. Rocafort , para evitar una nueva complicacion , allí en donde tantas otras le traian inquieto , reconoció en apariencia la autoridad de Teobaldo de Cepoy , representante de Carlos de Valois , y en realidad obraba con entera independencia. Esto fué en 1308 , bien que á poco mudaron de aspecto los negocios. El infante fué trasladado á Nápoles , y restituido á su padre , obtenida antes renuncia de sus pretensiones al estado de Oriente. Teobaldo de Cepoy , recibidos de Venecia refuerzos y recursos , minó el poder de Rocafort , consiguió que catorce cabos se lo entregasen junto con su hermano , y á entrambos los llevó á Nápoles , y murieron de hambre en el castillo de Aversa. Rocafort , aunque valeroso hasta lo sumo , pecaba , dice Muntaner , de avariento y disoluto. Juan Villani afirma que estos defectos fueron los vicios capitales de la Compañía ; y muy en lo justo hubiera estado añadiendo que tambien fueron el cáncer de los italianos y franceses dados á las armas en aquellos calamitosos tiempos. Cepoy se separó furtiva-

mente de la Compañía en cuanto tuvo en su poder á los Rocafort, y los catalanes eligieron nuevos cabos, castigando antes con la muerte á los que habian vendido á su jefe. Si entre ellos dominaba la iracundia, se necesitaba en verdad mucha abnegacion para no entregarse á ella despues de la perfidia de Andrónico y de su hijo. Los pocos restos de la Compañía, que habian quedado en Gallípoli, antiguo Chersoneso de la Tracia, habian sido exterminados por los imperiales. Ahora, en 1309, la Compañía invernaba en Potidea ó Casandria, poblacion de la península Calcídica, en el golfo Thermaicus, frontero á la antigua Pieria. No podia ya volver á la Tracia, y tenia en torno suyo una aglomeracion de distintos pueblos conjurados en su daño. Parecia una locura, dice Nicéforo Grégoras, volver en tal situacion la vista á la Grecia en donde mandaban Juan Ángelo, yerno de Andrónico, y el conde de Briena, en la Tesalia el primero, en el ducado de Tebas y Atenas el segundo. Pero los catalanes llevaban consigo gran número de cautivos, muchas mujeres, y una numerosa caballería, y hubieran muerto de hambre á no haber tomado una determinacion extrema. En tres dias se trasladaron al pié de aquella cordillera formada por el Pelion, el Olimpo y el Ossa, y con el hierro y el fuego llamaron á las puertas de la Tesalia. Hay quien dice que el duque de Atenas estaba en relaciones con ellos para que le auxiliasen contra Juan Ángelo, su enemigo. Desde el Olimpo y el Ossa echaron la vista sobre las risueñas y fértiles llanuras de la Tesalia, las riberas del Eurotas y del Peneus, y los campos de Farsalia, tan fecundos en recuerdos. El rey de la Tesalia no se atrevió á oponer resistencia á unos hombres que habian vencido en Asia, derrotado en los confines del imperio al búlgaro, y hecho tem-

blar al mismo emperador de oriente: por lo que les prometió darles paso por sus estados, y facilitarles guias que los condujesen á las ricas y placenteras comarcas de la Acaya y de la Beocia. Desde este momento la Tesalia fué para los catalanes una tierra amiga que les ofreció en abundancia los frutos de la tierra, el oro y la plata. Cruzáronla excitando el asombro de los moradores, que no acertaban á volver en sí de su sorpresa. Llegaron de esta suerte á las riberas del Lamia, subieron al monte Eta, pasaron la famosa garganta de los Termópilas, y tomaron asiento no lejos de la Fócida en las orillas del Cefiso. Sus aguas bajaban del Helicon y del Parnaso, tan celebrados, é iban á acrecentar las del lago Copais, cuyas márgenes pertenecen por un lado á la Locria, por el otro á la Beocia. Delfos, el Pindo y los llanos de Maraton no están lejos, junto á aquel otro mar interior, antes llamado Alción, golfo de Corinto despues, y mas adelante golfo de Lepanto. Aquellos nombres podian haber dado animacion á los catalanes, si hubiesen tenido necesidad de ella. No la tenian, pues se adelantaban tan confiados en sus fuerzas que no habian vacilado en dar su parte de botin á los turcos y turcópulos y quedarse solos. Muntaner dice que esta separacion se hizo despues; pero ya no habla como testigo de vista; y Nicéforo Grégoras afirmó que fué antes. El duque de Tebas y Atenas, indignado de que hubiesen hecho tratos con su contrario Juan Ángelo, se declaró enemigo suyo, aunque habia deseado su alianza, y creyó que contando con buena y numerosa caballería francesa podria exterminarlos. Los catalanes, aunque eran solo uno contra cuatro de sus contrarios, los esperaron en un campo de batalla que tenian preparado. Habian arado unos campos, inundádolos con las aguas del Cefiso, y convertíolos en un

pantano que en su superficie parecia un hermoso prado. La caballería enemiga, excitada por los almogávares, se metió en ese pantano, y en él fué destruida por su propio peso. La infantería fué despues perseguida y exterminada. Á paso de carga ocuparon los catalanes el ducado, y pusieron fin y remate, dice Nicéforo, con una gloriosa victoria, á una expedicion tan terrible como asombrosa. Tebas y Atenas fueron ganadas por la fuerza, y las doncellas griegas repartidas segun su rango á los que habian tomado parte en la empresa. La Compañía determinó fijar su residencia en esta nueva conquista, y eligió por jefe al infante Manfredo, hijo del rey de Sicilia, y muerto Manfredo á don Alonso Fadrique. Cesaron entónces las alteraciones que habian dado mal cariz á algunos de sus actos, y fué fácil deducir que la virtud de los expedicionarios estuvo mas que en los jefes en los soldados, y los vicios mas en aquellos que en estos. Y de todas maneras, es menester registrar las historias antiguas y leer en Jenofonte el Anabases, ó Expedicion de los diez mil, para hallar algo que se parezca al denuedo, á la imperturbabilidad y á la constancia de aquellos catalanes.

Mientras de esta suerte corrian en oriente tales aventuras y conquistaban un nuevo estado los que ya venian de las campañas de la Sicilia y de la Calabria, continuaba en Aragon con prudencia su reinado don Jaime II. En 1305 habia tenido vistas con los reyes de Portugal y Castilla en el Campillo, entre Ágreda y Tarazona, y se habian puesto en manos de árbítrros y dirimido las pretensiones del aragonés sobre el reino de Murcia, y las de don Alonso de la Cerda sobre los estados de Leon y Castilla. Las plazas de Alicante, Cartagena, Elche y Guardamar, y toda la ribera septentrional del Segura, menos Molina Seca y Murcia con sus territorios, que-

daron por el rey de Aragon; y las de Alhama, Lorca, Montagudo, Murcia, Molina Seca, y demás pueblos de la misma provincia fueron devueltas al rey de Castilla. Tocante á las pretensiones de don Alonso de la Cerda, fueron jueces arbitradores los reyes de Aragon y de Portugal, y quedó resuelto que el rey de Castilla le diese rentas de ciertas villas diseminadas, que no formasen estado unido, hasta asegurarle una cantidad anual de cuatrocientos mil maravedises. Por este tiempo, á 5 de enero de 1305, habia muerto en Valencia aquel Roger de Lauria, á quien los italianos llamaban Loria y los catalanes Luria, famoso por sus proezas y triunfos mientras defendió la libertad de la Sicilia. Era caballrés de nacimiento, aunque se crió y educó en la corte de Aragon, á donde le trajo en edad muy tierna su madre, dama de la reina doña Constanza, cuando vino esta princesa á tomar por esposo al príncipe de Aragon don Pedro, hijo de Jaime I. Creemos no haber dejado en olvido ninguna de las hazañas de ese bravo almirante, que aspiró á que el Mediterráneo fuese un lago aragonés en el que no pudiesen navegar seguros mas que los que llevasen por enseña ó rindiesen saludo á las cuatro barras. Por espacio de veinte años su solo nombre valió por una armada. No era solamente valeroso sino astuto, paciente, vigilante, cuidadoso de que nada faltase á sus súbditos, afable en el trato, grave en el mando, y tan experto y avisado en el primer día en que ejerció autoridad como en el último. Sus restos fueron depositados en el monasterio de Santas-Creus, debajo de los de Pedro III el Grande, de cuyo reinado fué uno de los mas bellos ornamentos. Grave pérdida era la de ese famoso almirante, cuando el rey don Jaime II llevaba á pecho preparar la conquista de Cerdeña. Retardábala de dia en dia,

mirándola mas que como cuestion presente como recurso de los tiempos venideros , y entre tanto se dedicaba á poner en orden lo que tenia mas cerca. Habíase obligado su padre á convocar todos los años córtes en Zaragoza , y lo mismo habia jurado su hermano don Alonso ; y esa obligacion se le hacia pesada á don Jaime por las intervenciones que levantaba y las pretensiones que de ahí surgian. Hizo , pues , de manera que en las córtes de Zaragoza de 1307 , prorogadas para la villa de Alagon , se dispusiese que no fuese obligatoria mas que cada dos años la convocacion de córtes el dia primero de noviembre , y nó en Zaragoza forzosamente , sino en cualquiera villa ó poblacion del reino. Un estorbo para la empresa de Cerdeña se atravesó muy luego , cuando el rey llevaba ya ganados á los güelfos de varias ciudades de Italia , entre ellas Florencia , Luca y Sena , y creia tener á su devocion por intereses á los genoveses , y á los Oria residentes en aquella isla. Nació el estorbo del proceso hecho por aquel tiempo á los templarios. El rey de Francia , Felipe el Hermoso , viendo-exhausto su tesoro , y sabiendo que los templarios eran ricos y poderosos , pensó en despojarlos ; y para dar las apariencias de un acto de justicia á ese deseo , hizo que se acusase de los mas espantables crímenes á los miembros de aquella órden religiosa. Decíase de ellos , que negaban la divinidad de Jesucristo y adoraban un ídolo , que apostataban de la fé , que si no tenían comercio con mujeres era porque se daban torpemente al nefando vicio de contra-naturaleza , que eran reos de brujería y pacto con el diablo , y que la simonía , la prevaricacion y todas las abominaciones les eran familiares. Se-mejante acusacion , salida de un denunciador comun , no hubiera hecho mas que provocar la risa ; pero viniendo de un

demandante poderoso, fué tomada en consideracion, y produjo sus efectos naturales. Unos en pos de otros todos los príncipes se convencieron de que convenia á sus intereses que los templarios resultasen reos. Otras órdenes militares mas sumisas y menos peligrosas podian prestar los mismos servicios que los templarios; y á muchas necesidades podia darse satisfaccion apelando á aquel despojo. El verdadero é imperdonable delito de los templarios consistia en tener sobrados bienes, mucha arrogancia, poca armonía con los religiosos y los letrados, y demasiada propension á declararse independientes en sus castillos y á defenderse en ellos. El francés, acostumbrado á tomar el camino recto, tanto en las buenas como en las malas vias, apeló á los tormentos para arrancar por ellos algunas confesiones que diesen cimiento á aquel proceso: y obtuvo todas cuantas deseaba. Á medida de las torturas crecian las confesiones; y hubo pocos templarios que al desconyuntarles los huesos, macerarles los miembros, ó quemárselos á fuego lento, no respondiesen de sí á todo. En el cadalso era ya otra cosa, de manera que en presencia de la muerte negaban lo mismo que habian confesado en los martirios. Decian allí que sus obras habian sido patentes y respondian á todas las acusaciones, que no podian en ninguna manera ser apóstatas aquellos millares de templarios que habian sufrido martirio por la fé ni los que habian estado en cautiverio treinta ó mas años por su constancia en la religion jurada, que era tan clara su inocencia como inconcebible é inexplicable la facilidad con que la corte romana daba asentimiento á las aseveraciones de los franceses, que era muy posible que en su órden hubiese criminales lo mismo que en todas partes, y que su único crimen procomunal consistia en ser demasiado verdadera la

importancia de su orden y su inocencia. Hay quien afirma que las vistas que los reyes de Aragon y Castilla tuvieron en Monreal por los años de 1308, aunque en apariencia, fueron para tratar de confederarse contra el rey de Granada, en realidad tuvieron por objeto ponerse de acuerdo en lo que debian hacer de los templarios y de sus cosas. Ciertamente que solicitaron y obtuvieron cruzada para lo primero, y llevaron aquella confederacion adelante; pero no lo es menos que por sus pasos se fué obrando en el otro acuerdo con una mancomunidad pausada que formaba contraste con la furia francesa. Movi6 el rey don Jaime II su hueste contra el rey de Granada por la costa, poniendo sitio por mar y tierra á la plaza de Almería. Al mismo tiempo dispuso que otra hueste hiciese levantar el cerco que los moros tenian puesto á la ciudad de Lorca, para que de esta suerte el castellano pudiese obrar con desembarazo por la parte de Algeciras. Despréndese de las memorias de Aragon que en esta liga contra el granadino tomó tambien parte el rey de los beni-merines, á quien el aragonés ayud6 á apoderarse de la plaza de Ceuta, así como ayud6 al castellano á tomar la de Gibraltar, para buscar por todas partes diversion á los granadinos, é impedir que pudiesen dar socorro á Almería. El mismo rey don Jaime sent6 delante de esta ciudad sus reales, rodeado de foso su campo, y prevenido para la defensa, lo mismo que para la acometida. Altas torres de madera, ingenios varios, minas, trabucos, de todo se ech6 mano para destruir las murallas y ofender á los sitiados. Distintas veces los granadinos probaron la suerte de las armas para dar socorro á los cercados, y siempre sin fruto. Ent6nces se vi6 cuán prudentemente habia obrado don Jaime rodeando de foso su campo, contra el parecer de algunos

que lo consideraban prevencion inútil. Mientras estaba el rey sobre Almería se sabe que le llegó embajada del papa para que echase de sus dominios á todos los venecianos que moraban en ellos y les ocupase los bienes; y daba por motivo para este proceder la pretension que tenian los venecianos de querer ocupar la ciudad de Ferrara, que tal y nó otro era el derecho público á la sazón dominante. Don Jaime II respondió que antes de echar de su reino á los venecianos y tomarles los bienes era necesario hacer salir de los estados de Venecia á los aragoneses y catalanes que en ellos moraban y no exponerlos á unas represalias crueles. Otro enviado del papa vino á la corte del aragonés cuando estaba este sobre Almería, y fué el sabio Arnaldo de Vilanova, natural de Cervera según unos, provenzal según otros, universal por sus conocimientos y muy afamado. Este venia de parte del rey de Nápoles para idear algun medio que produjese la reversion de la Sicilia á sus dominios, luego de muerto don Fadrique, á tenor de los convenios; y pareció que era el mejor y el único facilitar medios á don Fadrique para la conquista de la Palestina, pues ganado el reino de Jerusalem, con facilidad dejaria el de Sicilia. Y fué dar al negocio un plazo indefinido. Continuaba el sitio, y al mismo tiempo las arremetidas de los granadinos. Cierta vez cargaron mano sobre los sitiadores mas de cuarenta mil peones y tres mil ginetes, y fueron arrollados con gran pérdida. Ya empezaba á tener celebridad esta empresa, así por la tenacidad del rey como por la constancia de los sitiados, cuando se supo que el castellano, por tratos, como dicen los árabes, ó por desavenencias con los suyos, según refieren nuestros cronistas, habia levantado el sitio de Algeciras. Y como era de temer que el granadino volviese con

mayor ímpetu sobre los aragoneses, creyó don Jaime II que era conveniente levantar el cerco, y así lo hizo el día 26 de enero de 1310, obtenida del rey de Granada la promesa de que serian puestos en libertad todos cuantos cautivos cristianos existian en su reino. Los autores árabes no hablan de semejante promesa, y es muy posible que estén mas en lo cierto. El rey tuvo que acercarse á Cataluña para apaciguar las alteraciones que en ella movian algunos nobles, á saber, Roger de Comenge por la sucesion del condado de Pallás, y las casas de Marzano, Fox y otras por las baronías de Moncada y Castellvell: y consiguió que por términos de fuero se proveyese en lo que ya se habia hecho cuestion de armas. En este mismo año de 1310 envió don Jaime un embajador especial á la corte romana para oponerse á una pretension del rey de Francia. Quería este que se formase proceso contra la buena fama y memoria de Bonifacio VIII, por crimen de heregía, decia en alta voz, para escarmiento de los que se muestren amigos de las demás naciones y desdeñosos con la Francia, añadía en sus adentros. Lo instaba con tanto ahinco y furia que no parecia sino que la ruína de la cristiandad dependiese de que los papas mimasen mas ó menos á los príncipes franceses; y á la oposicion del aragonés, que daba por improcedente é inicuo aquel proceso, respondia ser estorbo interesado, nacido del recuerdo de las mercedes obtenidas de aquel pontífice: de suerte que fué grande el escándalo, y casi llegó á términos de cisma. Á la sazón quedó concertado matrimonio entre doña María, hija del rey de Aragon, y el infante don Pedro, hermano del rey de Castilla. Doña Blanca, segunda esposa del rey de Aragon, murió en Barcelona á dia 14 del mes de octubre. Es la única en quien don Jaime tuvo hijos,

pues su primer matrimonio con doña Isabel de Castilla no llegó á consumarse , y el que celebró en 1315 con doña María de Chipre fué estéril, lo mismo que el que en 1322 contrajo con doña Gisenda de Moncada. El mayor de aquellos hijos , por nombre tambien don Jaime , fué jurado como legitimo sucesor del reino en 1311 , aunque la Providencia le tenia reservada otra suerte. La mayor de las hijas , doña María , iba á ser esposa de don Pedro, hermano del rey de Castilla; la segunda, doña Constanza, estaba destinada para esposa del señor de Salvatierra, hijo de don Manuel, tambien infante de Castilla; y pedia la mano de la tercera Federico de Austria, hijo de Alberto , rey de romanos. En lo de los templarios el francés llevaba adelante sus miras, é iba á reunirse á instancias suyas el concilio general de Viena de Francia para suprimir, segun de público se decia aquella órden, y aplicar sus bienes ó una parte de ellos á los hospitalarios. El rey de Aragon envió allá sus embajadores , solicitando que de las rentas de los templarios de su reino se le dejase fundar una órden de Calatrava , independiente de la de otros estados. Á la sazón fué resuelta en las córtes de Daroca por el Justicia de Aragon la duda acerca de si el señor de Fraga , don Guillen de Moncada , debia ser habido por rico-hombre de Aragon , y quedó decidido que «teniendo Moncada su domicilio en Fraga , poblacion de Cataluña, y no siendo aragonés , no podia tener entrada en las córtes de Aragon como nacido en este reino , sino meramente como heredado en él por los bienes que en el mismo disfrutaba : » temperamento inventado para dar satisfaccion á los grandes , que por tales vias podian tener entrada en distintas asambleas. Por el mismo tiempo, y año de 1312 , segun la cuenta de los cronólogos aragoneses , doña María , hija del rey don

Jaime II, fué desposada en Calatayud con el infante don Pedro, hermano del rey de Castilla, estando presentes ambos reyes. De estas vistas resultó que el aragonés fué nombrado árbitro de unas diferencias suscitadas entre el portugués y el castellano por la posesion de Mora, Serpa y otros pueblos. Acababa de morir el rey de Mallorca don Jaime, y su sucesor don Sancho hizo reconocimiento al aragonés por el señorío de las Baleares, el de Montpellier, y los condados del Rosellon, Cerdaña, Conflent, Coliure y Valespir. Definitivamente resuelta en el concilio de Viena la cuestion del Temple, segun eran los aires que corrian, la órden quedó disuelta, y sus bienes traspasados á favor de los hospitalarios, menos los que poseian en Aragon, las Baleares, Castilla y Portugal, respecto á los cuales el sumo pontífice se reservó proveer con mas conocimiento de causa. Fué la verdad que los príncipes de estas naciones exceptuadas deseaban que de aquella disolucion los propios sacasen mas provecho que los extraños. No se pasó mucho tiempo sin que se encendiese la guerra entre Fadrique, rey de Sicilia, y Roberto, que lo era de Nápoles; y por mucho tiempo no bastaron á ponerlos en paz los esfuerzos de la corte romana. Las memorias de Aragon, relativas al año de 1314, hacen mencion de una embajada que el papa envió al rey don Jaime II quejándose de que los catalanes idos á Oriente con Roger de Flor, en vez de hacer la guerra á los infieles, habian vuelto sus armas contra los cristianos; por lo que el pontífice pedia que el aragonés pusiese remedio á los males que de ahí se originaban: mas no fué posible darle satisfaccion por cuanto los catalanes se habian buscado un protector y jefe en la familia del rey de Sicilia, segun ya dijimos. Preciso es confesar que el siciliano no pecaba de

desidioso, antes sabia sacar partido de todas las circunstancias. Recientemente la isla de Gerbes, propiedad de la familia de los Lauria, iba á caer en manos de los moros; pero don Fadrique envió allá refuerzos al mando del cronista Muntaner, llegado de Oriente, y aumentó con aquella tierra sus dominios. Compelido el rey de Túnez firmó paz por catorce años, nó solamente con el siciliano, sino tambien con el aragonés, por industria de dicho jefe. Tiempo fué este de graves alteraciones. El duque de Austria, que debia tomar por esposa á la infanta de Aragon doña Isabel, habia sido elegido por rey de romanos, y andaba en competencia con el duque de Baviera á quien algunos electores habian dado su voto. Por muerte del papa Clemente V hubo grandes turbaciones y escándalos, divididos los cardenales en dos parcialidades, una de los que deseaban elegir papa que fuese italiano, y obrase en este sentido, y otra de los que sin reparar en los medios pretendian perpetuar la preponderancia de los gascones en el gobierno de la Iglesia: que de esta suerte empañaba el soplo de las pasiones los objetos mas santos. Mientras el rey don Jaime II concertaba matrimonio con María, hija del rey de Chipre, que debia llevarle en dote trescientos mil besantes, el rey de Sicilia sostenia en su propia isla una guerra sangrienta contra Roberto de Nápoles. Aquel enlace no se llevó á término hasta el 27 de noviembre de 1315. De él no tuvo sucesion don Jaime, ni fué larga esta union, pues la nueva reina murió por el mes de abril de 1319. Habia fallecido antes Armen-gol, conde de Urgel, y el rey de Aragon entró por concierto en la posesion del condado, con promesa de dar ciento quince mil libras á los testamentarios para saldo de legados. A la misma época se refiere otra embajada salida de los do-

minios del aragonés para el soldan de Egipto, á quien varios analistas de Aragon llaman soldan de Babilonia. El objeto de la misma fué tratar del rescate de los peregrinos que yendo á la Palestina habian caido en cautiverio. Hablando de esos tiempos no es posible pasar en silencio otra expedicion á Oriente llevada á cabo en su mayor parte por catalanes mandados esta vez por el infante don Fernando, hijo del rey de Mallorca don Sancho. Uno de los resultados de la cruzada de 1204 habia sido la ocupacion de la Morea por varios nobles franceses. Muntaner coloca por error estos sucesos en 1104, y confunde los nombres de los barones que en ellos ganaron fama. Zurita en esta parte sigue á Muntaner, compendiándole, y confiesa ingenuamente que no pudo haber á manos otros monumentos para corregirle. La suma del establecimiento de los franceses en la Morea puede concentrarse en las siguientes líneas. Guillermo de Champ-Litte, descendiente de los condes de Champaña, allegada gente en Borgoña, se fué á Venecia, embarcóse para levante, y en 1.º de mayo de 1205 echó su gente en la Acaya, á quince millas de la antigua Patras. Adelantóse, entró en Andravida, y fué recibido como señor y dueño; ganó por fuerza de armas la ciudad de Corinto, aunque no pudo ganar la ciudadela; atrajo á su partido á otros aventureros francos, que por entre las indulgencias pontificias buscaban el propio regalo, y juntos se apoderaron de Argos en 1206; y de estos principios salió con el transcurso del tiempo la conquista de la Morea, y la del ducado de Atenas. Ya vimos como los catalanes habian tomado posesion de este en breve tiempo. Ahora se trataba de que don Fernando de Mallorca hiciese valer los derechos que su esposa doña Isabel tenia á la sucesion de la Morea. Vivió poco

tiempo esta princesa , pero de ella le quedaba á don Fernando un hijo, llamado don Jaime, en cuyo nombre pretendia revindicar las acciones de la madre. El rey de Sicilia favoreció las pretensiones de don Fernando , ya para contrariar al rey Roberto , que era opuesto á ellas , ya para acercarse en la Grecia con buenos amigos. Ramon Muntaner fué elegido para dirigir la nueva conquista. Don Fernando se embarcó con algunos centenares de almogávares, é hizo rumbo hácia la Morea. La ciudad de Clarentza fué tomada á viva fuerza , y en muy poco tiempo la Morea entera reconoció á su nuevo dueño. Fernando necesitaba refuerzos y envió á Muntaner al Rosellon con encargo de que entregase el infante don Jaime á su abuela y allegase gente y recursos. Aquel esforzado príncipe no pudo disfrutar de su victoria , pues la muerte le sorprendió cuando iba á completarla. Su rival Luis de Borgoña murió casi al mismo tiempo envenenado ; y al cabo de pocos meses el príncipe Juan , hermano del rey Roberto , se hizo dueño de toda la conquista. Instaba el rey de Aragon y proponia medios para que Roberto y el siciliano se aviniesen en sus encontradas pretensiones , ya fuese asegurándose al segundo la posesion de la Albania y la Morea , ya contentándose el primero con una parte de la Sicilia : pero al ir á condescender en algo el papa se cruzaban tantos y tan encontrados obstáculos , que no era posible adelantar un paso por tales vias de acomodamiento. Añadíase á esto el que la corte romana se mostraba mas difícil en hacer concesiones y en prestar consentimientos. Don Juan , hijo tercero del rey de Aragon, fué presentado para la metropolitana de Tarragona , y quedó pospuesto al obispo de Zaragoza , Jimeno de Luna , poco antes que este obispado fuese elevado á metrópoli. Lo mas

que pudo obtenerse entre Roberto y Fadrique fué la renovacion de unas treguas efímeras , ya otras veces quebrantadas. Tambien se habian originado dificultades entre el rey de Aragon y el de Francia por pretender este ciertos derechos sobre el señorío de Montpellier, á lo que se oponia aquel diciendo que era antiguo y muy sólido el derecho que en aquella baronía tenian los reyes de Aragon por dominio directo é inconcuso , tanto que al cedérsele la posesion al rey de Mallorca prestó reconocimiento como á feudatario. La concordia de esta diferencia fué encomendada á árbitros. Además de esto era gran parte para perpetuar las discordias entre los príncipes , y avivarlas , la animacion y furia con que se odiaban en Italia los güelfos y los gibelinos. En Génova el rey Roberto se habia declarado en favor de los primeros , y esto bastó para que los segundos se aliasen con don Fadrique de Sicilia , rota la tregua preparada entre los dos príncipes. En menor escala los bandos de Aragon y Cataluña daban resultados no menos funestos. Don Artal de Alagon y don Jimeno Cornel movian turbaciones entre los aragoneses ; y el vizconde de Cardona don Ramon Folch y el infante don Alonso traian revuelta la Cataluña con fieras parcialidades. Acudia el rey á poner remedio á estos males, en cuanto le era posible ; pero la propension general tendia á reproducirlos incesantemente. En 22 de diciembre del año 1319 tuvo don Jaime otro pesar profundo sobre los muchos que acibaraban su existencia. Su hijo primogénito don Jaime , que habia sido reconocido y jurado por sucesor en los dominios de la casa de Aragon , se obstinó en renunciar al trono y en no querer consumar el matrimonio que tenia contraido con doña Leonor , infanta de Castilla. No fué parte en tal empeño una abnegacion honrosa , pues el infante no

sobresalió por su grandeza de ánimo ; ni nació aquella determinacion de un amor irresistible á la soledad y al recogimiento , pues el infante se dió despues mas á los vicios que á las virtudes : antes pareció que le animaba un espíritu de contrariedad dispuesto á suscitar tropiezos á todos cuantos le rodeaban. Á las dulzuras respondia con desabrimientos , á las quejas con pertinacia , y á los convencimientos y razones con iras y desenfados. Separado de la sucesion , decia que lo mismo le daba pertenecer á un reino que á otro , y dar márgen á guerras como á festines , y no apetecia otra cosa fuera del cumplimiento de sus gustos y caprichos. Habia intentado procesar por nimiedades á todos cuantos le repugnaban , que no eran los menos , y habiendo su padre intentado poner coto á esa aficion de mal género , sintió tanto el infante esa oposicion , que desde luego manifestó su voluntad encaminada á ocasionar quebrantos. En vano el padre tocó las fibras mas delicadas de su pecho , y le manifestó que estaba pronto á cederle el cetro si su afan procedia mas bien que de humildad de impaciencia. Oida la misa nupcial , juntamente con doña Leonor su esposa , el infante se alejó de ella y de la regia comitiva , como quien huye de toda sujecion y desea vivir completamente á su antojo : y por último se avino en renunciar solemnemente á la sucesion al trono , y en tomar el hábito de los hospitalarios , dando desde entónces rienda suelta á unos pensamientos bajos y á unas acciones poco dignas de su nacimiento. El infante don Alonso , hijo segundo del rey don Jaime , fué jurado como sucesor á la corona , precisamente en vísperas de nacerle de su esposa , doña Teresa de Entenza , un hijo , el infante don Pedro , que debia algun dia ocupar el trono. Doña Leonor , esposa y vírgen á un tiempo , fué devuelta

á los castellanos , en cuanto aquel infante hubo hecho profesion religiosa, y mas adelante casó con el nuevo heredero del trono. Hacia tiempo que el rey don Jaime tenia fija la vista en Italia, deseoso de aprovechar la primera coyuntura que se le ofreciese para hacer suyas la Córcega y la Cerdeña. Veia á su hermano don Fadrique sacar partido de los bandos y parcialidades de los güelfos y gibelinos, y le parecia no muy fuera de razon asirse de los mismos medios para alcanzar diferentes fines. Deseaba dar ocupacion digna de su grandeza á su segundo hijo don Alonso , visto que el primero habia perdido en el ocio mucho de las nobles prendas que antes en él se habian reconocido; y pensó que seria conveniente encomendarle la conquista de aquellas islas. Hiciéronse para ello grandes aprestos. El rey de Mallorca ofreció sus servicios como feudatario, temeroso de peor daño en su persona si lo rehusaba. Los catalanes , en las córtes de Gerona del año 1321, sirvieron á su rey muy generosamente; y desde luego se puso mano en los preparativos de la empresa. Fenecida, segun ya dijimos, la tercera esposa de don Jaime , desposóse este en cuartas nupcias con doña Elisenda de Moncada, estando en Tarragona por la Navidad de 1322. Estuvo despues en Tortosa y Lérida, en donde dió á su hijo don Pedro la investidura de los condados de Ribagorza y Ampurias, y activó en todas partes los armamentos para la empresa proyectada. Ardia mas viva que nunca la lucha entre su hermano don Fadrique de Sicilia y el rey Roberto de Nápoles , sin que este quisiese dar oídos á ningun proyecto de acomodamiento. Don Fadrique acababa de echar por su parte el resto en resolucion y desfado disponiendo que su hijo don Pedro fuese jurado por rey de Sicilia , y gobernase juntamente con él y tuviese ya

asegurada la sucesion en vida suya. Don Jaime II creyó, pues, que era sazon oportuna la presente, ya que no podia poner en paz á aquellos combatientes, para aprovecharse de la animacion y parcialidades que traian dividida la Italia. Confió á don Francisco Carroz el mando de la escuadra; allegó gente y caudales, vendiendo é hipotecando bienes y derechos; excitaba en unos el amor propio, en otros el deseo de fama y gloria, en los mas el ardor guerrero por todos los medios posibles. Sentia un escozor, y era tener que lidiar precisamente contra los gibelinos á quienes favorecia su hermano don Fadrique; pero por mas vueltas que daba á esta consideracion y á sus deseos, no podia dominar ese mal síno que ya otra vez habia puesto en sus manos las armas contra su propia sangre; y solamente le animaba la esperanza de que, llegado el caso, él y don Fadrique tratarian por un igual á los güelfos y gibelinos. No es dable formarse una idea cabal de la alarma que produjo en toda Italia y en la misma corte pontificia aquel armamento. Instaban los pisanos, poseedores de la Cerdeña, para que don Jaime desistiese de su intento, y le prometian indemnizarle por todos cuantos gastos llevase hechos. El rey Roberto solicitaba del sumo pontífice que obligase al aragonés á volver sus armas contra los moros de Granada y dejase en paz á los cristianos de Italia. Don Jaime envió al papa una embajada solemne, dirigida por Vidal de Vilanova, é hizo manifestar al pontífice que nó por su gusto, sino en cumplimiento de un decreto romano, trataba aquel rey de llevar sus armas á Cerdeña. Recordó el embajador todos los precedentes; la donacion hecha por el papa veinte y cinco años antes, los homenajes que prestó el aragonés al principio de cada pontificado por aquellas conquistas á que

estaba obligado, y la conveniencia de vengar á Roma de los ultrajes que de los pisanos tenia recibidos.

El papa respondió como quien deseaba el escarmiento de los gibelinos, y nó mucho el engrandecimiento de los aragoneses. Contaban estos con un aliado güelfo, juez de Arborea, y fué quien primero rompió lanzas con los pisanos de Cerdeña para poner en agitacion y movimiento lo que estaba tranquilo. Desde luego se hizo necesario enviarle socorros en tres navés, y fueron allá poco menos de doscientos ginetes con sus caballos, y algunas compañías de almogávares cuyo número exagera acaso Muntaner diciendo que llegaban á dos mil. La grande expedicion siguió muy de cerca, mandando Hugo de Totzó las galeras del rey de Mallorca, que llegaban á veinte, y Francisco Carroz las catalanas y valencianas. Componian la escuadra en su totalidad doscientas diez y seis naves menores, veinte y cuatro mayores, y sesenta galeras bien armadas. Iban en ella tres mil caballos y veinte y cinco mil infantes. El juez de Arborea, al mismo tiempo que servia á los aragoneses, habia conservado sus antiguas relaciones con los pisanos, y se aprovechó de ellos con perfidia, diseminando las tropas que llegaban de Pisa y llevándolas al matadero desde el momento que estuvo seguro de la llegada de sus aliados. La isla de Cerdeña, por los esfuerzos combinados de Génova y Pisa, habia sido ganada de manos de los árabes en 1050. Génova obtuvo solamente la posesion de algunas tierras en el Cabo Septentrional y en Alghero, reconociendo por señores directos de ellas á los pisanos. Al poco tiempo estallaron rivalidades entre aquellas dos repúblicas; Pisa anduvo en decadencia, Génova en aumento, y la Cerdeña fué no pocas veces su campo de batalla. Pisa habia dividido la isla en

cuatro feudos, el de Arborea ú Oristano, el de Gallura, el de Torres ó Logadura, y el de Cagliari; y como la tendencia de los señores feudales, ni mas ni menos que la de los gobernadores árabes, iba encaminada á la emancipacion, resultó que con el trancurso del tiempo Pisa se vió despojada por obra de los que debian protegerla, y cuando en 6 de agosto de 1284 perdió en lucha contra los genoveses la batalla naval de Molara, ya no le fue posible reponerse de sus quebrantos, y vió reducido su poder al territorio de Cagliari contra el cual iban dirigidos ahora los esfuerzos de los aragoneses. La despedida que á estos habia hecho el rey don Jaime II consistió en proferir por tres veces estas palabras « vencer ó morir. » El dia 30 de mayo de 1323 la armada habia hecho rumbo hácia Cerdeña. Detúvose en las aguas de Mahon, y luego en la isla de San Pedro, sita en la costa occidental de la Cerdeña. La conquista estaba bien preparada por el juez de Arborea. No bien la escuadra penetró en el golfo de las Palmas, y hubo desembarcado, dice Muntaner, la caballería y almogavarería, los habitantes de Sassari y otros pueblos se apresuraron á rendir homenaje al infante don Alonso, jefe de los espedicionarios. Los esfuerzos de estos fueron dirigidos contra la poblacion de Iglesias. Ocho meses duró el sitio, pero el dia 7 de febrero de 1324 la ciudad se rindió por capitulacion, cuando ya las fiebres reinantes en aquella comarca pantanosa habian hecho estragos en los sitiadores. Conseguida esta ventaja, el infante puso sitio á la plaza de Cagliari, y para sostenerle levantó frontero á ella otro castillo y otra ciudad denominada Bon-Aria, á una milla escasa de aquella al sudeste. Pisa hizo grandes esfuerzos para dar socorro á los defensores de la ciudad sitiada. El conde de Donartico, á

quien otros llaman Manfredo , que pasó á Pisa poco antes de la rendicion de Iglesias , embarcó en cincuenta y dos naves ligeras unos dos mil quinientos hombres , los echó en tierra hácia la Maddalena, en la punta del estanque de Cagliari , y se juntó seguido de ellos con el resto de los pisanos que habian permanecido fieles á su república. Esto dicen los analistas sardos ; pero Muntaner refiere que Donartico trajo consigo de Pisa mil doscientos caballos , las dos terceras partes alemanes , y seis mil infantes , con que aumentó el ejército pisano estacionado en Capo de Terra, mientras sus naves iban á la isla Rossa en el golfo de Teulada en busca de un asilo. La cuestion vino á término de una batalla , y en ella quedaron completamente vencidos los pisanos. El infante don Alonso hizo prodigios de valor , y mató por su mano á siete caballeros alemanes , de doce que habian jurado morir ó matarle , y que cumplieron con el mayor denuedo su juramento pereciendo. Una salida que intentaron despues los sitiados de Cagliari no fué afortunada. Rechazáronla las huestes del infante , y algunos caballeros catalanes , persiguiendo á los pisanos , se metieron con ellos en la plaza , y cayeron prisioneros. « Los pisanos les dieron muerte violenta, dice Muntaner, acostumbrados á semejantes maldades como hombres de comunidad , á quienes no debe tenerse compasion alguna. » Estas palabras pintan aquella época. Muntaner era un caballero , y como á tal habla con desprecio de los ciudadanos. El resultado de aquella salida fué decisivo , pues descorazonó á los pisanos , y les hizo entrar en los preliminares de un concierto. La paz se firmó en julio de 1324. De sus artículos se desprende que la república de Pisa cede al rey de Aragon la soberanía de Cerdeña , reservándose solamente la ciudad de Cagliari, con su

castillo, arrabales y puerto, aunque sujeta en feudo al señorío del rey de Aragon; y se añade que las propiedades serán respetadas, y que los pisanos disfrutarán en la isla de todos los derechos de los súbditos aragoneses. Terminada felizmente la expedición, el infante don Alonso dió la vuelta para Cataluña, dejando por jefe y teniente suyo en Cerdeña á don Felipe de Saluces, por castellano del castillo de Bon-Aria á don Berenguer Carroz, y por tesoreros á Lesbia y Costa. Á la sazón pasó á mejor vida el rey don Sancho de Mallorca, dejando el trono á aquel infante don Jaime de quien hablamos ya, hijo del malogrado príncipe don Fernando. Aquella conquista no habia movido entre los potentados de Italia la agitacion que algunos esperaban; y este resultado se atribuye por unos á lo rápido de la jornada, y por otros á la conviccion que desde luego se apoderó de los pisanos respecto á la nulidad de sus recursos para resistir á un mismo tiempo á Génova y á Pisa. El rey Roberto se contentó con que, por bajo cuerda y mediacion del papa, le fuesen restituidas algunas plazas de la Calabria, mientras sucumbia en Cerdeña el bando gibelino. Y por último, don Fadrique de Sicilia se tomó un respiro para robustecerse en esta isla y rechazar las nuevas agresiones que meditaba su rival con incansable porfía. Don Fadrique habia favorecido á los gibelinos, y pronto pudo convencerse de que no podia contar con ellos. Ni le ayudaron contra el rey Roberto, ni hicieron otra cosa que aliarse con los pisanos para ver de arrebatár por sorpresa la Cerdeña á los aragoneses. Pero el almirante don Francisco Carroz dió tan buena cuenta de las naves de unos y otros, y supo castigar tan severamente á los pueblos que intentaron sacudir su yugo, que no se pasaron muchos meses sin que Pisa volviese á re-

novar los tratos de paz entregando esta vez como garantía de su cumplimiento el castillo de Cagliari. En esta segunda guerra la población de Stampace quedó reducida á escombros. En la misma estuvo á punto de perdicion completa el ejército aragonés por una rivalidad suscitada entre el almirante Carroz y don Ramon de Peralta. La hueste, dividida en dos bandos, vino á las manos, y no sin grandes esfuerzos y trabajo se pudo restablecer el sosiego. Entrambos jefes, á pesar de sus buenos servicios anteriores, fueron presos y encausados. Algunos acusan de precipitado y lijero al infante don Alonso por haber firmado los primeros tratos de paz con los genoveses, y haber dejado mala direccion en el ejército, de donde se originaron esas rivalidades y turbaciones. Otros defienden al príncipe diciendo que si se volvió apresuradamente á Cataluña fué porque en ella uno de sus hermanos urdia tramas semejantes á las que promovió en Castilla Sancho IV, el Bravo, por la sucesion al trono. El infante don Pedro deseaba ser declarado heredero del solio en perjuicio de los hijos de don Alonso, si este, por azares de la guerra, ú otra causa, moria antes que el rey don Jaime II. Y tanto trabajó don Pedro en aquel sentido que hubo momentos de indecision en el ánimo y en los consejos del príncipe reinante. Pero por último quedó resuelto en las córtes de Zaragoza del año 1325 que en aquel caso los nietos serian preferidos al hijo. Por otras de sus disposiciones fueron muy notables estas córtes; y fué que en ellas se declaró que la cuestion de tormento era contra fuero, y solamente podia tener cabida en las personas de los siervos, ó bien contra los monederos falsos, siendo personas no nacidas en los dominios del reino de Aragon; que en ningun delito, sino solamente en los de alta traicion, procedia la

confiscacion de bienes; y finalmente que las inquisiciones y pesquisas de oficio eran contrarias á los privilegios concedidos á esos naturales: que fué, segun dicen, sentar en muy pocas líneas unos fundamentos inestimables de buen derecho público. El reinado de don Jaime II tocaba ya á su término. Habia conseguido lo que mas ardientemente deseaba. Vivir en buena armonía con la corte pontificia; extender las costas de sus dominios por la parte de Alicante; mostrarse superior á su hermano don Fadrique sin anularle; y poner el pié en esa codiciada Cerdeña que á un tiempo daba vistas á las Baleares, al África, á la Sicilia, y al continente de Italia. Su hijo mayor don Jaime le habia dado un disgusto profundo con su depravacion; pero las prendas de su segundo hijo don Alonso habian suavizado sus pesares. Amigo de la justicia por rectitud de corazon, y nó por dureza ó inflexibilidad de carácter, mereció el dictado de Justiciero, ni mas ni menos que le hubieran convenido los de recto, bueno, valeroso y clemente. Era enemigo de los pleiteantes y de los atizadores de pleitos, y desterró de sus dominios á un famoso letrado, por nombre Jimenez Álvarez de Rada, que tomaba gusto en las lidias del foro dando origen á la ruína de muchas familias. Decia el rey que eran todavia mas perniciosas esas luchas domésticas que las guerras públicas. Acababa de morir á 28 de octubre de 1327 su nuera doña Teresa de Entenza, esposa del infante don Alonso, cuando don Jaime entró, por decirlo así, en la agonía, y cerró los ojos el dia 2 de noviembre siguiente en la ciudad de Barcelona. De primeras nupcias habia casado con doña Isabel, infanta de Castilla, cuyo matrimonio no llegó á consumarse; de segundas lo estuvo con doña Blanca de Nápoles, en quien hubo al príncipe don Jaime que re-

nunció á la sucesion, y murió en Tarragona hácia 1333; al infante don Alonso que le sucedió; á don Juan, que fué arzobispo de Toledo y de Tarragona, y últimamente patriarca de Alejandría, y murió en Tarragona á 19 de agosto de 1334 y yace en el presbiterio del altar mayor de su catedral; al infante don Pedro, conde de Ampurias y Ribagorza; á don Ramon Berenguer, conde de Prades; á doña María, casada con don Pedro, infante de Castilla, y ya viuda; á doña Constanza, casada con don Manuel, otro infante de Castilla, y fallecida pocos dias antes que don Jaime; á doña Isabel, esposa de Federico III, duque de Austria; á doña Blanca, que fué priora del monasterio de Sixena; y á doña Violante, que casó primero con el heredero del príncipe de Tarrento, Felipe I, y luego con don Lope de Luna, señor de Segorbe. Muerta doña Blanca en Barcelona á 14 de octubre de 1310, casó don Jaime de terceras nupcias en 27 de noviembre de 1315 con doña María, hija primogénita del rey de Chipre, Hugo III: cuya señora falleció sin hijos por el mes de abril de 1319; y por la pascua de Navidad de 1322 contrajo don Jaime cuartas nupcias con doña Elisenda de Moncada, en quien tampoco hubo hijos, y esta esposa le sobrevivió acabando sus dias en el monasterio de Pedralbes que habia fundado en 1325. Hay quien da á don Jaime II un hijo natural, de su propio nombre, que casó con una hija de don Lope de Luna. Tenia sesenta y seis años aquel monarca cuando pasó á mejor vida. La fundacion de la universidad de Lérida en 1300 aumentó los títulos que le hacen acreedor al aprecio público. Como hombre de tacto en cosas de gobierno, supó sacar el mejor partido posible de la extincion de los templarios, consiguiendo que no pasase en su mayor parte á manos extrañas la herencia de los mis-

mos , núcleo verdadero de aquella tormenta. El cuerpo de don Jaime II fué depositado en el monasterio de Santas Creus. Don Alonso , IV del nombre en Aragon , subió al trono á la edad de veinte y ocho años. Recientemente habia quedado viudo de su primera esposa doña Teresa de Entenza , condesa de Urgel , á quien el cronista Muntaner llama hermosa , prudente , discreta , cristiana y santa. En ella hubo don Alonso cinco hijos y dos hijas. El primer hijo y el cuarto y la primera hija murieron en edad muy temprana ; el quinto hijo causó al nacer la muerte de su madre y falleció á los pocos dias : de suerte que no sobrevivieron á doña Teresa mas que dos hijos , don Pedro y don Jaime , y una hija. Ya dijimos que don Pedro habia sido declarado sucesor á la corona en competencia con su tio del mismo nombre que aspiraba á renovar en Aragon las turbaciones de los últimos años del reinado de don Alonso X de Castilla. La prudencia del rey don Jaime II , y la cordura de los que asistian á las córtes de sus dominios , habian puesto coto á una ambicion peligrosa. El catálogo de las córtes convocadas por don Jaime II es el siguiente : En Valencia las de 1301 , en las que se redactaron varios fueros segun códice de la Biblioteca Salazar ; en Cataluña , las de Barcelona de 1295 , para la confirmacion de la paz celebrada con el rey de Francia y el de Nápoles , las de la propia ciudad en 1299 , habidas en la iglesia de frailes menores , para sostener la guerra contra el siciliano ; las de Lérida de 1300 , para el mismo objeto , las de la propia ciudad en 1301 , para declarar por heredero á don Jaime y mover guerra á los castellanos y á los aragoneses sediciosos ; las de Montblanch en 1307 , para asistir al rey en lo de Cerdeña y Castilla y oponerse á todo contra fuero por parte del clero ; las de Barcelona en 1311 ,

habidas en el claustro mayor de los frailes menores , para jurar por sucesor del trono á don Jaime ; las de Riudoms y Tarragona en 1319, en que fué admitida la renuncia hecha por el príncipe heredero y substituido en su lugar el infante don Alonso, y en las que fué acordado que en ningun tiempo ningun príncipe pudiese separar el condado de Barcelona del reino de Aragon; y las de Gerona en 1321 habidas para tratar de la conquista de la isla de Cerdeña; en Aragon, las de Zaragoza en 1291, habidas en la iglesia de San Salvador, para la jura y confirmacion de los privilegios y fueros del reino por parte del monarca, las de la propia ciudad en 1300, para acordar varias constituciones, las de la misma poblacion en 1301 para jurar al príncipe don Jaime como heredero; las de Zaragoza y Alagon en 1307, de las que existen varios fueros ; las de Zaragoza en 1311, en que el infante don Jaime, en calidad de sucesor, juró los fueros y franquicias públicas, y ratificó el privilegio general del reino; las de Daroca del mismo año cuyas constituciones y fueros llevan la fecha de 21 de noviembre; las de Zaragoza de 1320, en las que fué jurado como príncipe heredero el infante don Alonso, una vez admitida la renuncia del príncipe don Jaime ; y las de la misma ciudad en 1325 tan notables segun ya dijimos por algunas de sus disposiciones.

El nuevo rey don Alonso IV, cumplidos en Santas Creus los deberes de hijo, se dedicó en cuanto le era dable á sosegurar los bandos y turbaciones que aprovechaban toda transmision de poder para encender nuevas guerras y parcialidades. En las fronteras de Navarra las hostilidades eran casi incesantes ; en el condado de Pallás batallaban Comenge y Arnal Roger, aquel con refuerzos traídos de Francia: y fué necesario proveer en ambos puntos al sosten de la paz pú-

blica. Hecho lo cual el rey pasó á Barcelona á recibir , sin corte general , los homenajes de los barones , clero y poblaciones del Principado , y por la Navidad de 1328 juró en aquella ciudad los usajes , constituciones y franquicias del condado. Trasladóse luego á Zaragoza , mientras por enviados trataba de contraer enlace con la infanta de Castilla , doña Leonor , la misma que habia sido devuelta años antes por haber renunciado á ella , y á la sucesion al poder supremo , el infante don Jaime. En 1329 tuvo lugar en Zaragoza la coronacion de don Alonso IV. Casi nos pareceria increíble la magnificencia de aquella ceremonia si el cronista Muntaner no diese testimonio de ella como testigo de vista. Reuniéronse en aquella ciudad treinta mil hombres de á caballo que formaban en su mayor parte el séquito y acompañamiento de los ricos-hombres y personajes convidados. Cada rico-hombre llevaba delante de sí un gran número de caballeros noveles , con las espadas de los que debian recibir la órden de la caballería , todos ellos con riquísimos arneses y brillantes armaduras. La comitiva , al caer de la tarde del dia 2 de abril , salió del palacio real de la Aljafería , ostentando sobrevestas de paños de oro , y suntuosos aderezos. Los caballos eran en su mayor parte soberbios , é iban preciosamente enjaezados. El traje del rey era esplendente sobre el de todos sus ricos-hombres , y detrás de él llevaban varios barones y caballeros las piezas de su arnés , tersas y brillantes. Las calles de Zaragoza estaban rica y profusamente adornadas é iluminadas con hachas , vasos de todos colores y blandones. Era pasada ya la media noche cuando el rey entró en la iglesia de San Salvador ; y hasta el amanecer no se dió comienzo á la ceremonia de la coronacion , en la que tomó el rey el cetro y el pomo de

oro. Despues armó caballeros á muchos ricos-hombres , y se volvió á la Aljafería , llevando de las riendas su caballo los infantes don Pedro y don Ramon Berenguer , y otras riendas mas largas algunos ricos-hombres , caballeros y ciudadanos. Siguióse un festin magnífico , y á él unas fiestas suntuosas que duraron muchos dias. Á algunos les parece que hubo cierta exageracion en esa pompa y aparato antes no usados ; pero otros creen que fueron cosa conveniente para colocar en su punto y altura el principio de la preponderancia real , que por entónces pugnaba para hacerse superior á los demás poderes. Entre los juegos y fiestas que allí tuvieron lugar , hablan los cronistas de haberse corrido toros en campo cerrado. Y añaden que cada poblacion traia el suyo muy lleno de divisas en las que campeaban las armas reales : todo entre músicas y gran movimiento de gente. Varios embajadores asistieron á aquellas fiestas , en su número los de los reyes de Bohemia , Castilla , Granada y Navarra. No parecia sino que iba á inaugurarse uno de los reinados mas gloriosos para la Iberia. Sin embargo Alonso IV demostró muy luego que con subir al trono creia haber llegado á un término y punto de descanso , y nó á un comienzo de grandezas. Confederóse con el rey de Castilla , tomando por esposa á doña Leonor , hermana del mismo , y dotada de un carácter propio para sacar partido de la indolencia que se iba apoderando del aragonés. Efectuóse el matrimonio por el mes de febrero de 1329 , y desde luego se echó de ver que la reina ejerceria muy grande influencia en el gobierno de sus estados. Es fama que el confesor del rey , fray Guillen Jornet , temeroso de la sobrada benignidad del monarca , que le enervaba al tratarse de alguna concesion y le hacia otorgar mercedes que mas parecian prodigalida-

des que premios, le indujo á jurar un estatuto por el que se obligaba á no enagenar de la corona durante diez años ninguna fortaleza, poblacion, derecho, jurisdiccion ni feudo, de sus dominios, como en corroboracion del principio de conveniencia pública que obligó en 1319 á don Jaime II á prometer que no separaria el reino de Aragon del de Valencia ni del condado de Barcelona, ni desmembraria de la corona ninguna de sus posesiones: pero Alonso IV añadió á su estatuto la excepcion del caso de necesidad ó utilidad pública ó de dotacion de los infantes del reino, hijos suyos, que fué echar por tierra en el epílogo el exordio. El nuevo rey de Mallorca don Jaime pasó á Barcelona á avistarse con don Alonso IV para hacerle reconocimiento por sus señoríos; y mientras tanto el infante don Pedro, hermano del aragonés, se trasladó á Aviñon, que era entónces residencia pontificia, para sentar por décima vez algun preliminar de paz entre el rey Roberto y su infatigable enemigo don Fadrique de Sicilia. Hacia tiempo que esta isla estaba puesta en entredicho, y no habia esperanzas de que se levantase desde que don Fadrique habia hecho alianza con el duque de Baviera, protector declarado de los gibelinos, y enemigo cismático de los sumos pontífices romanos. En vano Alonso IV instaba á su tio el siciliano á que abandonase aquella amistad de que la corte romana se daba por ofendida: don Fadrique respondia que en el bávaro no favorecia al enemigo de Roma, sino al amigo de la Sicilia, y que en cuanto se le abriese camino para obtener una paz honrosa entraria en él desde luego en cuerpo y alma. Pero esto no estaba en manos del aragonés ni del mismo romano; tan vivos y encontrados eran los intereses que entónces batallaban. De las vistas del castellano y del aragonés, habidas en

Tarazona con motivo del casamiento de este con doña Leonor, resultó una liga contra los moros de Granada. Por mejor decir, el castellano se aseguró una cooperacion por la costa del reino de Murcia, mientras él adelantaba la conquista por la parte de Algeciras. Á muchos les parece que esta hubiera sido ocasion propicia para destruir al granadino, y echan en cara á Alonso IV la falta de animacion en unos momentos preciosos; pero no son menos numerosos ni autorizados los que entienden que Granada estaba entónces en el lleno de su juventud y hubiera resistido á los esfuerzos de sus enemigos. Las crónicas del tiempo dicen que don Jaime, hermano del rey de Aragon, se hallaba por este tiempo al servicio del sarraceno, rey de Tremecen, olvidados todos sus votos y juramentos. Otros son de parecer que don Alonso IV hubiera hecho con vigor la guerra á los granadinos, si no se le hubiese impedido una repentina rebelion de los sardos. Dicen los autores italianos que los moradores de la isla de Cerdeña, bien fuesen genoveses, bien pisanos, hallaron pesado el yugo de los aragoneses, pareciéndoles que las leyes de estos no eran tan libres ni tan equitativas como las de Génova y Pisa, de que habian venido disfrutando, llenas de consideraciones y miramientos para con el estado llano. Los moradores de Sacer se rebelaron, y hubo necesidad de hacerles sentir toda la gravedad y pesadez de la fuerza. Aquellos habitantes y los de Cagliari fueron expulsados de la isla, y se decretó que en ambas poblaciones no hubiese otros vecinos que no fuesen catalanes ó aragoneses. Esto fué el principio de una rivalidad sangrienta entre los genoveses, antiguos explotadores de la isla, y los catalanes que exprimian ahora su yugo. Á la sazón el infante don Pedro, hermano del rey don Alonso,

era senescal de Cataluña, que es decir el hombre por quien se gobernaba la provincia en paz y en guerra; y dispuso que se llevase adelante la lucha contra los genoveses, poniendo en la mar el número de galeras necesario, en especial las lijeras que eran indispensables para barrer aquellas costas. Los analistas del año 1331 hablan de una embajada y pretension extraña que envió al rey de Aragon el de Francia. Decia en ella que tenia tratado con el papa suplir una cruzada á la Palestina, á la que estaba obligado por su palabra, con otra á España para acabar con los moros de Granada. Y añadía que para esta empresa podia contar con la cooperacion y ayuda de los reyes de Inglaterra, Escocia y Bohemia, con toda la nobleza de Navarra, con varios duques y condes muy poderosos, y con la flor de la caballería de Europa. Parecióle á don Alonso IV que no era este punto para tratarse á la lijera, y se tomó tiempo para resolverle en córtés. Habia en ese plan por parte del francés dos segundas intenciones: la de conseguir del papa la prorogacion de varios subsidios eclesiásticos, pues no parecia sino que el francés daba respiros á las iglesias de su reino para dejarlas allegar tesoros, y luego las despojaba con pretextos de devocion y santidad; y la de ir preparando un yugo para nuestra península, socolor de emanciparla de todo peligro de dominacion por parte de los árabes. Alonso IV le respondió que para ir á Granada por tierra era necesario pasar por Castilla, cuyo rey miraba como suya aquella conquista y no queria dar parte en ella á los extraños; y para ir por mar seria necesario ir con armada contra Almería, único punto por donde el aragonés podria admitir los buenos oficios del rey de Francia y de sus amigos. Conoció el francés que la benignidad del rey de Aragon no llegaba al extremo

de sacrificar los intereses de su país á los de una nacion vecina, y se contentó con anunciar jornada para dentro de dos años, y mostrarse exigente con los romanos, ya que no pudo con los iberos. El rey de Granada tenia asentadas treguas con el castellano, y habia prometido extenderlas á los aragoneses; pero, sabedor de los tratos que se concertaban con el rey de Francia, hizo súbita irrupcion y algara en el reino de Valencia, y entró por fuerza de armas en la plaza de Guardamar, de la que se llevó gran número de cautivos, y esparció el espanto por la comarca fronteriza de Alicante, Valencia y Murcia. Dicen las crónicas, que contribuyó por mucho á aumentar el terror de los cristianos la circunstancia de haber hecho uso el granadino de una nueva máquina de guerra que por explosion de fuego y con terrible estampido arrojaba unos grandes y pesados globos de hierro. No le faltó ánimo en estos momentos al rey de Aragon; pero su salud iba declinando. Los mas de los dias los pasaba en cama, ó melancólico, luchando en la flor de su edad con una hidropesía mortífera. Envió á la isla de Cerdeña á don Ramon de Cardona con buena armada, y, allegados todos los elementos que allí pudo juntar, sostuvo contra los genoveses una lucha encarnizada. Lidiábase, dicen los analistas, no tanto por la posesion de la isla, como por el señorío del mar, al que se creian con derecho los beligerantes, aunque la fortuna se inclinaba á premiar con él el ánimo y firmeza de los catalanes. Las aguas de Cerdeña eran constantemente teatro de los esfuerzos que unos y otros hacian para sostener su reputacion, tomar desquite de cualquier contratiempo, ó agotar los favores debidos á un viento próspero. Contra los granadinos, que habian hecho nueva entrada y puesto sitio á la plaza de Elche, acudieron las milicias de las fron-

terras del reino de Valencia, y les obligaron á levantar el cerco. En Sicilia el rey don Fadrique habia estado á punto de sufrir graves quebrantos por haber perdido por traicion la plaza de Castelamar de Palermo; pero la recobró al poco tiempo y continuó sosteniendo la guerra contra el napolitano. No siempre tuvo fortuna en ella, y en esta ocasion ménos que en tiempos anteriores. El conde don Juan de Claramonte habia movido sediciones en la isla, y siéndole forzoso huir de ella para evitar el castigo con que se le amenazaba, se alió con el rey Roberto, y volvió contra Sicilia con numerosas fuerzas. Una casualidad salvó al siciliano. Algunas galeras aragonesas, que iban á caza de otras genovesas, acertaron á dejarse ver de las napolitanas, y creyendo los que las tripulaban que el aragonés acudia al socorro del siciliano, se volvieron espantados para Nápoles. Poco después se perdió la isla de los Gerbes, cuya posesion gloriosa se habia obtenido en tiempo de Roger de Lauria, y que ahora recobraron los moros hecho un poderoso esfuerzo. Pero la verdadera historia del reinado de don Alonso IV está en las reyertas de su propia familia y en las turbaciones que de ellas se originaron en el reino. Enfermizo el rey y decaído de ánimo, dos voluntades batallaban en torno suyo por opuestos intereses. La reina doña Leonor, gobernada por la dueña doña Sancha Carrillo, aspiraba á anular en favor de su hijo don Fernando, y de otro, el infante don Juan, que llevaba en el seno, el estatuto jurado por el rey respecto á la prohibicion de enagenaciones de bienes pertenecientes á la corona. Habia ya obtenido para sí, por contemplacion del matrimonio, varias poblaciones y castillos además de la ciudad de Huesca. Para el infante don Fernando habia sacado, á título de marquesado perpe-

tuo y hereditario, la ciudad de Tortosa, Albarracin y sus aldeas, la villa de Alicante, las plazas de Orihuela y Guardamar, y las poblaciones de Novelda y Val de Elda. Parece que algun rico-hombre, siguiendo el parecer de Ot de Moncada, se declaró contra semejantes donaciones, y avivó la oposicion del príncipe heredero, don Pedro, dispuesto de suyo á oponerse á los deseos de su madrastra. Pero ella y doña Sancha Carrillo se habian propuesto hacer de don Fernando un hombre tan poderoso que el mismo rey no pudiese nada contra él, ya por el número y calidad de las poblaciones que se le daban, ya por la posicion fronteriza de las mismas, ocasionada á despertar estímulos de independencia: por lo que, en vez de retroceder ante una oposicion vigorosa, cobraron brios, y obtuvieron para su protegido las plazas de Alcira, Burriana, Castellon, Játiva, Morella y Murviedro. Esta demasia y especie de despojo de la corona produjo en los pueblos un descontento del que supo sacar partido el príncipe heredero. Apenas contaba este los catorce años, y con aquella lucha política se habia crecido tanto que infundia miedo á cuantos le rodeaban. En calidad de gobernador general perseguia á los malhechores, daba sentencias y las hacia ejecutar inexorable, sin atender á consideraciones ni consejos, llevado del ardor y altanería que formaban su carácter. Algunos de sus decretos revelaban su poca edad. Estando en Zaragoza dispuso que dos hermanos que habian desafiado á otros dos enemigos y cercanos deudos suyos, y también hermanos, batallasen en Barbastro, dispuesto al efecto un palenque cerrado, con admiracion de las gentes, poco acostumbradas ya á presenciar tales duelos entre semejante solemnidad y aparato. No hubo desgracias, aunque los campeones retadores y retados li-

diaron toda una tarde con mucho ardimiento. Terminó el riego siendo declarados buenos caballeros y leales todos cuantos le habian sostenido. En Játiva el príncipe don Pedro estuvo á punto de rompimiento con los servidores de la reina , pues entró en aquella poblacion , y los del castillo no le abrieron las puertas de la fortaleza sabiendo que no habia querido dar su consentimiento á ninguna de las donaciones hechas al infante don Fernando. Estábase concertando matrimonio entre don Pedro y una infanta de Navarra. Doña Leonor acababa de dar á luz su segundo hijo el infante don Juan , y suspiraba ya por obtener á su favor no menores condiciones que las alcanzadas para su hijo primero. Déjase concebir la alarma que esta situacion produciria en don Pedro. No bien supo que habia muerto el pontífice Juan XXII, dispensador del juramento de nó enagenacion hecho por don Alonso IV , y que habia sido elegido en 1334 el papa Benito XII , envió á este una embajada manifestándole lo que pasaba en su familia y el despojo de que era víctima el patrimonio real por aquella dispensa , y cuánto convenia al bien público dificultar su concesion y no consentir que doña Leonor trabajase , como lo estaba haciendo , en bien y provecho de los castellanos , repartiéndoles honores y dignidades. Poco remedio podia poner á todo ello el pontífice, cuando el mal estaba hecho , y los peligros casi mas nacian ya de la animosidad del príncipe que de la solicitud maternal de la reina. Ambos á dos , madrastra y entenado , viendo que el rey estaba á punto de muerte, deseaban hallarse prevenidos ; y las asperezas del uno estimulaban á la otra á que tomase mayores prevenciones. Á duras penas pudo impedir don Pedro que la reina hiciese entrega de las plazas de Sommet y Verdejo á los castellanos. Doña Leonor se ausentó de

Barcelona, dejando á su esposo en la agonía, y se puso en salvo hácia las fronteras de Castilla por miedo que tenia á su hijastro. El dia 24 de enero de 1336 dió don Alonso IV el último suspiro, á la edad de treinta y siete años, sabedor de que su hijo obraba ya desde Zaragoza como á rey, dándole parte de todo como por vias de cortesía, y noticioso de que la reina su esposa se alejaba de él para ponerse en salvo y á cubierto de las iras del príncipe heredero. Sus vasallos le llamaron el Benigno, y fué calidad que tuvo demasiado subida y saliente. Hay quien presume que si hubiese vivido mas tiempo, no hubiera podido evitar que la rivalidad de don Pedro y de doña Leonor degenerase en rompimiento y guerra civil abierta. Ya hablamos de los hijos que tuvo de doña Teresa de Entenza. En doña Leonor tuvo á don Fernando y don Juan, príncipes desgraciados, de los cuales el primero en 1363 murió á manos del rey su hermano, y el segundo á las de su primo hermano el rey de Castilla en 1358. La madre no fué menos infortunada que los hijos, pues tuvo en Castilla en 1359 un fin no menos desastroso. Los restos de don Alonso IV descansaron primero en el convento de padres franciscos de Barcelona, de donde en 1369 fueron trasladados al de la misma órden en Lérida, y despues, en 1645, á la catedral de la misma ciudad. La fecha que últimamente se puso en la inscripcion de su sepulcro debe decir ix calendas en vez de vi. Habia convocado durante su reinado las siguientes córtes: En Valencia las de 1329, cuyos fueros llevan la fecha del dia 24 de octubre, y de ellos se conserva copia antigua en el archivo del Ayuntamiento de aquella ciudad. En Cataluña, las de Barcelona en 1328, en las cuales fué jurado y á su vez juró la observancia de los fueros, antes de su coronacion en Zara-

goza; las de Tortosa en 1331, para dar respuesta, segun dice Zurita, á la embajada del rey de Francia, relativa á mover una cruzada contra el rey de Granada; y las de Montblanch en 1333, para pedir auxilios contra los genoveses, y subsidios con el objeto de dar ayuda al castellano. Y en Aragon, las de Zaragoza de 1328, para jurar los fueros y franquicias públicas.

El primer cuidado de don Pedro IV, al tener noticia de la muerte de su padre, no fué trasladarse á Barcelona y honrar sus restos, sino pensar en su coronacion solemne. Sintió sobremanera que su madrastra, con sus hijos, dice, sin llamarlos HERMANOS, hubiese podido ausentarse del reino; é hizo cuanto pudo para impedirselo, divulgada la voz de que la castellana se llevaba muchas caballerías cargadas de oro. Á la sazón el nuevo rey contaba diez y seis años. El arzobispo de Zaragoza habia creído poder ejercer en su ánimo alguna influencia, ignorando que hay naturalezas que no admiten ninguna. Dotado don Pedro de un carácter violento é irascible, tenia que apelar á la doblez, cuando deseaba contenerse y dominarse. En su CRÓNICA se retrata él mismo con rasgos imborrables, y una vez leida ya está juzgado. No son sus páginas como aquellas del rey don Jaime I, sencillas hasta ser candorosas, que respiran franqueza por todos sus poros, hermosas por tanto y bellas, y que nos hacen amar á aquel príncipe, modelo de caballeros: don Pedro IV es otro hombre, y su crónica otra cosa. Ambas sin embargo deben ser estudiadas para que los dos reyes sean conocidos á fondo. Los catalanes enviaron un respetuoso mensaje al nuevo rey, pidiéndole que, á tenor de la costumbre de sus antecesores, fuese á Barcelona á jurar los fueros y usajes, á lo que respondió que se habia aconseja-

do, y antes se coronaria en Zaragoza, y que esto queria que se hiciese, y no se haria otra cosa. Esto dice haberles contestado don Pedro, y á renglon seguido toma gusto en consignar que airados y desconcertados se volvieron aquellos á Barcelona.

Trató de llevar adelante su coronacion en Zaragoza con una pompa que en nada fuese inferior á la desplegada por don Alonso IV. Antes quiso formar el programa de todos los detalles de la ceremonia. Decíale el arzobispo de aquella ciudad, y le repetian lo mismo los prohombres de la poblacion y todos sus consejeros, que la corona debia ponérsela en la cabeza el metropolitano, como cosa recibida con asentimiento de todos los fieles, de quienes era representacion en alguna manera el prelado. Opúsosele á ello Ot de Moncada, conocedor del carácter del monarca, pues ya que el rey no podia recibir la corona de manos de los nobles, deseaba que tampoco la recibiese de las del clero ni del pueblo. Y conforme con esta máxima halagadora de que el poder no le venia de nadie mas que de sí propio, dijo don Pedro IV que él mismo se ceñiria la corona, «*NOS MATEIX, DIJO, NOS VOLIEM POSAR LA CORONA.*» Esto indica que el feudalismo espirante iba á renacer concentrado en un solo tronco. Instan al rey el prelado, los prohombres, los magnates para que revoque su acuerdo; y viendo él que tal vez la ceremonia iba á turbarse, determinó, dice, acceder á todo, aun cuando despues no lo cumpliese. Él mismo se puso la corona, él mismo se la aderezó, y juró los fueros y ordenamiento de Aragon, acaso con la misma reserva de «*MAS EMPERO QUE NON FAESSEM RES.*» Permitió que le pusiesen en la diestra mano un hermoso cetro de oro, y en la siniestra el pomo tambien de oro. Las riendas de su caballo eran lar-

gas cadenillas de plata, y las llevaban de la mano los ricos hombres de Aragon, los prohombres de Zaragoza, y los representantes de las demás villas y ciudades del reino. Dos hermanos del juez sardo de Arborea quisieron tambien asirlas; y aunque era contra ordenamiento y costumbre, dijo el rey que se les permitiese, y así se hizo. Los prohombres de Aragon iban á un lado; algunos de Valencia y Cataluña recién llegados á otro. De vuelta á la Aljafería hubo banquete en salones adornados con paños de oro y seda, mientras divertian al rey con música y canto varios juglares y trovadores. Despues hubo mesa pública por tres dias, en la que se servia á todos cuantos se presentaban, y parece que el primer dia se dió de comer á diez mil personas. Este colorido, mas bien que ibero, parecia asiático. Don Pedro extendió el nombramiento de varios empleados de su casa y corte, y en su número leemos que el infante don Jaime fué nombrado para calzarle las espuelas, Luna para mayordomo, Urrea para llevarle la espada, Arenós para seguirle con las otras armas, Ferrandez para presentarle los platos y manjares, Ejerica para escanciador, Pedro Moncada para copero, Tramacet para dar aguamanos, Alagon para cortar en la mesa, y Castro para abanicar al monarca. Envió oficiales con real nombramiento á Cataluña, y muchos pueblos le hicieron observar que ningun conde de Barcelona habia gobernado en la provincia sin tomar antes posesion del gobierno, jurando los usajes y recibiendo juramento de obediencia: pero el rey apeló á su fórmula de, esto quiero y esto ha de ser, AXI VOLIEM QUE VOS, É QUE NO SEN DEVIA ALTRE FER, y las poblaciones apelaron á la prudencia y á la cordura que á él por sus pocos años le faltaba. Habia prometido ir á Barcelona á jurar los usajes, luego de haber

recibido la corona; pero luego dijo que no queria, y que la ceremonia la haria en Lérida y nó en otra parte. Los barceloneses debieron conformarse con las voluntades de un mancebo antojadizo, esperando que con la edad mudaria de consejos. Un sabio dijo que cada hombre es hijo de su propia experiencia; y don Pedro estaba en camino de ir recibiendo de ella lecciones. La primera valla contra esa cosa que él llamaba su «YO QUIERO» se la pusieron los aragoneses. Don Pedro queria castigar al señor de Ejerica por haber sacado del reino á doña Leonor y á sus hijos; mandóle procesar y perseguir; pero los aragoneses dijeron que lo hacia contra fuero, y se negaron á secundarle; él mismo tuvo que ir contra la villa de Ejerica, y comenzó á talar y saquear sus tierras como si perteneciesen al moro. De esta suerte llegó á Vivers, poblacion sita á dos millas de aquella villa. En ella estuvo á peligro de ser quemado vivo, pues pegaron fuego al lugar, estando él dentro, y á duras penas pudo escapar ileso. Todo esto pasó en 1336. Otra enseñanza de moderacion recibió de su tio el infante don Pedro. Instábanle algunos consejeros mozos á que llevase las cosas al extremo contra la reina viuda y su adicto el señor de Ejerica; pero aquel infante conoció que no tardaria Castilla en tomar con ahinco aquella cuestion por suya y en dar márgen á una guerra desastrosa: por lo que consiguió que el rey convocase parlamento para Castellon de Burriana, el cual despues se trasladó á Gandesa, y medítase con detenimiento lo mas conveniente para el estado. Ejercía aquel infante la tutela del rey, y tenia que luchar contra las pretensiones del arzobispo de Zaragoza, á las cuales puso coto. Don Juan Manuel, que estaba en guerra contra el rey de Castilla, se presentó ante el parlamento

solicitando auxilios. Si el rey me ha de creer, dijo el infante don Pedro, por nada moverá guerra contra el castellano. Andaban por Aragon dos legados pontificios que secundaron los esfuerzos del infante, y fué acordado que se hiciese un arreglo amistoso en lo relativo á la reina viuda doña Leonor y á sus hijos. Aquella volvió á Aragon, recobró todo cuanto le pertenecia, por razon de convenios dotales, y quedó convenido que renunciaba en favor del rey á toda clase de jurisdicciones, reservándose las rentas. Á su hijo don Juan se le señalaron para alimentos los lugares de Burriana, Liria, y Castelló; al otro hijo don Fernando se le dejó en pacífica posesion de su patrimonio; y al señor de Ejerica se le indultó, con promesa de que soltaria los presos que tenia de la hueste del rey.

Respecto á los lugares destinados para el infante don Juan, pareció al poco tiempo necesario permutárselos por los de Elche y Crivillen, pues aquellos habitantes se echaron á llorar al saber que el rey queria darlos á gente de Castilla, y él lloró con ellos, dice en su crónica, y prometió que no los separaria de su inmediato señorío. Esto fué en 1337. El dia 25 de agosto del año siguiente tomó por esposa á doña María, infanta de Navarra, mujer honesta y santa, dice el mismo don Pedro IV, refiriendo en pocas líneas la sucesion que de ella tuvo. Un hijo tuvo en ella y tres hijas; una de estas murió niña, la otra, doña Constanza, casó con Federico II de Sicilia, la tercera contrajo enlace con su primo hermano el conde de Ampurias; y el niño murió al nacer causando la muerte de su madre el dia 16 de abril de 1346. Uno de los primeros cuidados del rey fué obtener homenaje del rey de Mallorca por las Baleares, Rossellon y Cerdeña. Retardábalo este príncipe; pero viendo

que don Pedro IV se iba hacia la frontera , y habia entrado ya en Barcelona , pasó á verle , y le prestó reconocimiento en la capilla real que despues ha sido conocida con el nombre de Santa Águeda. Estaba aun en aquella ciudad el rey de Mallorca el segundo domingo de Julio de 1339 , pues asistió á la solemne traslacion de los restos de Santa Eulalia que fueron colocados en la capilla de debajo el altar mayor de la catedral en donde todavía se veneran. Llevaban aquel precioso cuerpo el rey don Pedro IV , el monarca de Mallorca, el cardenal legado, un arzobispo y cuatro obispos, todos bajo palio, cuyas varas sostenian varios ricos-hombres y prelados. Con tal ocasion dió el rey un convite suntuoso, dividido en varias mesas , una para los condes , otra para los vizcondes , barones y caballeros , además de la principal compuesta de veinte y un cubiertos , á la que se sentó el rey con su familia y los mas distinguidos convidados. Si apremiante habia estado don Pedro IV en exigir del rey de Mallorca un homénaje solemne, no lo estuvo menos el papa Benito XII en reclamar del aragonés un pomposo reconocimiento feudal por las islas de Córcega y Cerdeña. Don Pedro tuvo que trasladarse por Perpiñan á Aviñon , y el rey de Mallorca quiso acompañarle , por agasajo á lo que decia , en realidad para presenciar su humillacion en el acto del homénaje , y compartir con él las honras pontificias. Con dos palios salieron á recibirlos , y uno fué para el rey de Mallorca ; dos sillas habia al lado de la del papa , y una fué para el rey de Mallorca ; si este besó los piés al papa , tambien se los besó el aragonés ; y á ambos devolvió el beso en la boca el sumo pontífice. Don Pedro IV sintió que la sangre le ardia en las venas ; y mas viendo que por las calles de Aviñon se le quiso impedir que no anduviese de par

con el rey de Mallorca ; por lo que quiso sacar la espada y matarle ; pero le detuvo su tío y tutor diciéndole que se calmase , pues la ira podía serle funesta. « Contento estaria de morir , le respondió , con tal de haber dado muerte á ese rey de Mallorca. » Pocos rasgos pintan como este á don Pedro IV. Él mismo le cuenta en su Crónica ; y añade que al ir á prestar homenaje al papa , permitió Dios que se pegase fuego al vasto consistorio que se habia dispuesto para que en él cupiese mucha gente , y solamente le rindió en una capilla vieja ante muchos menos testigos. Dice asimismo que no pudo recabar gracia ninguna del pontífice , y le pareció que pecaba de infeliz y avariento , por lo que se fué de allí aquel mismo dia , casi tan descontento del papa como enojado con el rey de Mallorca. Tuvo esto lugar en 1340 , al mismo tiempo que el castellano solicitaba auxilios , á tenor de convenios anteriores , para resistir al rey de Marruecos. Pero el aragonés tenia puestas sus miras en otra parte , y muriera gustoso , como él mismo decia , con tal de darse satisfaccion cumplida. El rey de Mallorca era cuñado suyo. Años hacia que habia tomado por esposa á doña Constanza , infanta de Aragon , creyendo así asegurarse mas en la posesion de sus dominios. Pero este enlace , poniéndole en mayor contacto con don Pedro IV , le hizo sentir mas vivamente sus enojos. De aquella rivalidad , nacida durante el viaje á Aviñon , se originó en don Pedro IV el deseo de recobrar para su patria aquellas Baleares , en mal hora perdidas para la Iberia. La expresion de este deseo era popular en el condado de Barcelona , pues las mas de las familias residentes en aquellas islas procedian de Cataluña. Tratábase , pues , de usurpar al rey don Jaime II de Mallorca sus dominios ; pero el rey don Pedro queria conseguirlo escu-

dándose con apariencias y formas legales. Si su cuñado le instaba á que como á su señor feudal le protegiese contra ciertas pretensiones del rey de Francia, don Pedro le citaba para que antes compareciese ante las córtes de Cataluña, en calidad de baron, seguro de que no se humillaria hasta tal punto: y por remiso le acusaba de mal feudatario y mandaba procesarle. Si don Jaime II, receloso de las torcidas intenciones de su cuñado, se procuraba guiaje á solicitud del papa para ir á verle á Barcelona y desarmar su ira, don Pedro le otorgaba guiaje para sí y para toda su familia, pero se prevenia por todos lados como si fuese á avistarse con un mortal enemigo. Mas parece cosa de novela que de historia lo que pasó en Barcelona durante la visita del rey don Jaime II. Hospedóse este en el convento de padres franciscos, echado antes un puente de tablas cubierto, que desde las galeras en que vino le conducia á aquel claustro: de suerte que á todas horas podia con los suyos hacerse á la vela. El aragonés hizo acudir á la playa de Barcelona algunas de las naves que tenia destinadas para dar auxilio al castellano contra los marroquíes. Mas parecia que los dos reyes estaban de batalla que de visita. Don Jaime llevaba consigo á su esposa, y es probable que no lo hiciera si hubiese venido de guerra. Doña Constanza se puso indispuesta, y fué causa de que el rey de Mallorca no fué á visitar primero al aragonés, antes esperase que por cortesía le visitase su cuñado, dando satisfaccion á su orgullo, que le tenia casi tan subido de punto como el mismo don Pedro. De repente este, oído, dice un secreto de confesion de boca de un religioso, acusa á su cuñado del delito de traicion por haber maquinado apoderarse de su persona, y llevarle preso á Mallorca; manda á los suyos apoderarse

de doña Constanza, y rompió abiertamente con don Jaime, quien le dice que desde aquel momento le niega todo feudo. Esto deseaba don Pedro. Separada ya su sangre de la de su enemigo, activó el proceso abierto contra él, y se hizo ad-judicar por sentencia dictada en contumacia sus bienes, dominios y señoríos. Este golpe de inicua justicia hizo popular en Cataluña al rey don Pedro, que antes no lo era. De todas partes le prestaron grandes sumas, de suerte que en poco tiempo pudo reunir en la playa de Barcelona una armada compuesta de ciento diez y seis naves, en su número veinte y dos galeras, veinte buques de dos cubiertas, siete mas grandes en las que iban los caballos, y las demás de transporte. Hízose á la vela en demanda de la isla de Mallorca por el mes de mayo de 1343. Llevaban viento de popa; pero algunos marinos dudaban que fuese persistente, y aconsejaban no moverse: «Adelante, que en Dios fiamos, ANEM EN NOM DE DEU,» dijo el rey, y siguió adelante. Las galeras remolcaban á las demás embarcaciones; mas lo que adelantaban por la mañana, lo perdian por la noche, hasta que el sexto día pudieron prepararse para tomar tierra. En 25 de mayo volvió á ondear en aquella tierra un estandarte del que á los mas ya no les quedaba memoria. El rey don Jaime II estaba en Santa Ponza, dispuesto á defender la isla; pero la arremetida de los aragoneses fué tan brava é impetuosa, que muy luego las tropas del rey de Mallorca, compuestas de unos doscientos cincuenta caballos y unos quince mil infantes de gente allegadiza, se pusieron en retirada y la convirtieron á poco en fuga. El infante don Pedro, tio del rey de Aragon, al echar sus almogávares en la playa, y al ver en lo alto de un cerro el estandarte real, no pudo menos de exclamar: que sin duda era hereditaria

en los reyes de Aragon la virtud de la victoria cuando veia realizado un triunfo que le parecia prodigioso. Pedro IV parecia haberse crecido al entrar en campaña. En un momento habia escalado una posicion formidable , y ya no tanto se acordaba de su saña contra su enemigo como de honrar la señera sacada de sus galeras. Trajéronle su caballo de guerra , y cabalgando en él se puso á la cabeza de sus barones y siguió el alcance de los fugitivos. Dado un dia de descanso á la hueste en el lugar de Paguera , y dos en Santa Ponza , se puso en movimiento contra la capital de la isla el dia 29 de mayo. Los moradores no deseaban llevar la resistencia á un término desastroso , y movieron tratos y preliminares de capitulacion. Mallorca envió sus jurados á Portupi , á donde habia trasladado don Pedro su cuartel , y prestó homenaje y juramento de fidelidad , confirmados antes sus fueros y franquicias , á dia 31 de dicho mes de mayo. Don Pedro ordenó entónces sus títulos , denominándose rey de Aragon , por la gracia de Dios , y de Valencia , Mallorca , Cerdeña y Córcega , y conde de Barcelona. Dijeron los mallorquines que el título de rey de Mallorca debia ser el segundo despues del de rey de Aragon ; á lo que respondió sonriéndose don Pedro que , siendo segundo , le habia perdido el aragonés dos veces , por lo que le ponía ahora en tercer lugar para conservarle. Hizo entrada en la capital , sin armas , á la cabeza de sus caballeros , pero recogidos en las naves los almogávares por el espanto que habian infundido en la isla. Iba vestido el rey á la tudesca , una parte del traje de terciopelo carmesí , y la otra de paño de oro , y dice él mismo que era vestido ligero. Llevaba descubierta la cabeza , y antes habia hecho subir á lo alto de la torre del Ángel , la mas elevada del

castillo, su señora. Ocho dias duraron las prestaciones de homenaje de los nobles y ciudadanos de la tierra, de suerte, dice don Pedro, que llegó á fastidiarnos el tener que recibirlos. Todos los castillos y poblaciones de la isla, menos Pollenza, siguieron el ejemplo de la capital. Menorca é Ibiza, sabida la novedad, prestaron homenaje al vencedor y le enviaron síndicos para felicitarle. Puestos alcaldes en los castillos, abastecidas las plazas, emendados algunos agravios, y acordadas varias constituciones y franquicias, la campaña se trocó en diversiones, justas y torneos: pero don Pedro se negó á que los prohombres y jurados de la capital hiciesen dispendio ni gasto alguno por razon de fiesta ni festejo, y les dijo que no habia ido allá para destruirlos, sino para su bien y provecho. Estas dos líneas de su crónica son las que se leen en ella con mas gusto. Coronóse solemnemente en la Seo, prometiendo no separar en ningun tiempo de sus dominios aquellas islas, y cabalgó bajo pabellon en un soberbio alazan, cuya silla la cubrian casi enteramente el oro y las perlas. Confiada la guarda de Mallorca á cien caballeros, la de Menorca á diez, y la de Ibiza á otros diez, y hechos los aprestos para reducir por la fuerza el castillo de Pollenza, se volvió con el grueso de la gente para continuar en el Rosellon y Cerdaña la guerra contra don Jaime II. El dia 29 de junio estaba ya en el cabo de Llobregat. No quiso que en Barcelona le recibiesen con solemnidad, diciendo que no se consideraria digno de ello hasta haber recobrado aquellos dos condados. El papa le envió un legado para entablar tratos de paz entre él y el rey de Mallorca; pero don Pedro le respondió que eran difíciles los convenios antes de haber llevado á cabo su sentencia contra aquel monarca. Dióse mas prisa que nunca en

allegar gente. Si los barones le reclamaban las pagas atrasadas , les decia que en el Rosellon se las pagaria todas , y que se fuése quien no tuviese espera.

El dia 28 de julio llegó á la Junquera á la cabeza de una hueste compuesta de mil doscientos caballos y unos tres mil infantes. Don Jaime II le habia enviado desde Perpiñan dos cartas pidiéndole una entrevista , y se negó á contestarle por escrito. El dia siguiente cruzó el puerto de Panizás , se apoderó del castillo de Bellegarde , y penetró en Francia. Otro cardenal legado vino á hablarle nuevamente de avenencia ; pero desentendiéndose de él como del anterior , pasó adelante. Las fuerzas que llevaba consigo eran insuficientes para la empresa á que las destinaba ; y pronto se convenció de ello viendo que la ciudad de Perpiñan no cedia á las intimaciones ni amenazas , antes se disponia á oponer una tenaz resistencia. Hecha , pues , de la necesidad virtud , á una cuarta demanda , que se le hizo en nombre del papa para que sobreseyese en la guerra mientras se proveia en justicia , respondió que por reverencia á Dios y á la sede apostólica otorgaba á su enemigo una tregua y plazo hasta todo el mes de mayo de 1344 , siempre que no fuese en este tiempo hostilizado. Esto hice , dice en su crónica , porque nos faltaban vituallas , ingenios y aparatos. Volvióse por el camino andado , y al entrar en Barcelona el dia 27 de agosto de 1343 , confiesa que le recibieron con disgusto y sin ostentacion por no haberse apoderado del Rosellon como todos deseaban. Empleó el invierno en procurarse recursos y en preparar allegamiento de gente para la primavera de 1344 ; y llegada esta se fué por Collbató á Monserrate , cuya cuesta subió á pié , ofreció á la Virgen una preciosa galera con todas sus jarcias de plata por la victoria de Mallorca , hizo

bajar de las ermitas á los ermitaños para pedirles que orasen por él y por su hueste , y se volvió por Monistrol , Tar-rasa y Sabadell el dia último de abril. Á 15 de mayo del año 1344 cruzó de nuevo por el puerto de Panizás , y pe-netró en el Rosellon con un ejército muy superior al pasa-do. Las plazas de Argiler , Puyol , Colibre y otras , viva-mente combatidas , se le rindieron por capitulacion , salvas las vidas y haciendas ; á un legado del papa que quiso in-terponer su influencia entre los combatientes , le dijo don Pedro que desistiese de su vano empeño , pues el orgullo de don Jaime II ni aun despojándole desapareceria ; rindió el castillo de la Roca ; puso sitio á Elna y la entró ; se apo-deró por tratos de Otrera y Madaloch ; recibió un mensaje del rey de Francia en que se le pedia que sobreeseyese en aquella guerra , y dió la misma respuesta que al enviado de Roma ; y amenazó por último la plaza de Perpiñan , y re-cabó del rey don Jaime II que fuése á ponerse en sus manos. El dia 15 de julio tuvo don Pedro IV la satisfaccion de ver entrar en su tienda á su cuñado , descubierta la cabeza , hincar ante él la rodilla , besarle la mano , y depuesto todo orgullo ponerse á su merced con toda aquella tierra. «Siento vuestro yerro , le dijo el aragonés , porque sois de mi casa ; pero de hombres es errar , conocer el yerro y hacer en-mienda ; por lo que pienso usar con vos de misericordia. » Dió órden de que se le guardase en Elna , sin perderle de vista , y procuró ante todo entrar en Perpiñan y arrojar de la plaza á algunos mercenarios franceses que deseaban pro-longar la resistencia. Los tratos con las poblaciones que se le iban rindiendo se reducian por regla general á tener salvas las vidas y haciendas , á regirse por los usajes de Bar-celona , y á la conservacion de las franquicias especiales.

El púlpito le hacian servir entónces los potentados para dar al pueblo los consejos convenientes. Don Pedro IV hizo que en Perpiñan predicasen algunos frailes menores manifestando el derecho que le asistia para despojar á su cuñado en ejecucion de una sentencia. Cierta dia hizo tambien subir al púlpito á su secretario don Ramon Sicart, y leer en él la union de los reinos y condados que formaban sus dominios. Parece que el rey de Francia habia ido sembrando en el país ideas favorables al señorío de su casa; por lo que á muchos les pareció que la agresion del aragonés habia venido á tiempo para prevenir la de los franceses. Al rey de Mallorca le fué destinada para residencia la poblacion de Berga, en Cataluña; en Puigcerdá se proclamó la union de la Cerdaña á los dominios de Aragon; y fueron convocadas córtes del Principado para el mes de octubre en Barcelona, aunque antes se habia señalado para punto de reunion Lérida. Á don Jaime II se le daba toda la libertad compatible con la seguridad de su persona; de Berga se le permilió trasladarse á San Cugat del Vallés, y luego á Badalona, aunque fueron interceptadas cartas, al parecer suyas, en que se manifestaban deseos ardientes y esperanzas de recobrar pronto sus tierras. Abiertas aquellas córtes el dia 7 de octubre, manifestó el rey sus deseos de que se le diese un buen consejo respecto á la suerte del rey de Mallorca. Cada uno le dió el suyo escrito en una cédula, que luego era metida en una urna; y de ella se sacaron todas para copiarlas por extracto. De todas ellas resultaron varios capítulos en los que se proponia pasar anualmente al rey don Jaime II de Mallorca diez mil libras de renta hasta que se le señalasen lugares suficientes para su mantenimiento, dejarle ciertos derechos y señoríos en tierras de Montpellier,

Omelades y Carlades, y no reclamar de él ningun gasto por la expedicion de Mallorca y el Rosellon , siempre que dejase de usar las insignias reales y entregase los títulos á ellas tocantes y al Rosellon y Cerdaña , y se obligase por sí y los suyos á no reclamar en ningun tiempo contra este convenio. Notificados que le fueron á don Jaime estos capítulos , dijo que no tenia á que acceder cuando todo se lo arrebatában , y que esto mas era castigo de anonadamiento que misericordia prometida por don Pedro. Airado fué mudando de residencia ; primero pasó á San Vicens , luego á Martorell , y despues por Cardona y Solsona se fué á Puicerdá , en donde algunos parciales suyos le entregaron la villa. Animoso con esto , y creyendo que iba á recobrar la Cerdaña y el Rosellon , se fué á Villafranca de Conflent ; pero los mas de los puicerdaneses , amigos del rey de Aragon , aprovecharon aquella ausencia para volver á levantar pendones por don Pedro IV , de suerte que por Achs y Foix anduvo fugitivo don Jaime para trasladarse á Montpellier. Don Pedro IV , al tener noticias de la insurreccion de Puicerdá , se trasladó á Perpiñan , enviando por delante como gobernador de la Cerdaña á don Guillermo de Bellera. Atendido el carácter de don Pedro es inútil decir que su justicia fué pronta y terrible. Sin que les valiese á los puicerdaneses el valor con que habian recobrado la poblacion , catorce partidarios de don Jaime fueron ahorcados , y luego dos mas , dice don Pedro , « por especial mandato nuestro. » Pasó el invierno en Perpiñan , á donde fué la familia real , entre justas , fiestas , danzas y cuadrillas de baile , con acompañamiento de canto. Por la pascua de Navidad paseó cabalgando las calles de Perpiñan , haciendo ostentacion y gala de las insignias reales. Parece que en dicha poblacion cono-

ció al recién nombrado príncipe de Fortuna, hijo del desgraciado don Alonso de la Cerda, á quien en retribucion del señorío de una gran monarquía se le permitia aspirar á la conquista de las islas Afortunadas, entónces muy poco conocidas. En la misma ciudad, por enero de 1345, le llegaron de la corte pontificia algunas cartas importantes. En una de ellas le amonestaba el papa á que enviase al rey don Jaime su esposa, que estaba detenida en Gerona. En otra se le notificaba la queja que contra él tenia entablada en la corte romana el rey de Mallorca, para obtener la restitucion de sus dominios. En Perpiñan asimismo, recibido un mensaje de los reyes de Granada y Marruecos, firmó paz y avenencia con entrambos. Negóse á una demanda que al mismo punto le dirigió el rey de Francia en favor del de Mallorca, no consintiendo que nadie interviniese en aquella cuestion fuera del mismo rey de Mallorca. Permitted sin embargo que el obispo de Leyt se llevase su hermana para restituirla á don Jaime su marido. Este no perdonaba medios para ver de recobrar sus tierras. Conservaba confidentes en las Baleares, y se disponia á apelar á la fuerza contra los decretos de la misma. En dicha ciudad de Perpiñan sus parciales se habian conjurado para dar muerte á don Pedro y á toda su familia, y abrir las puertas de los castillos al destronado; pero dice don Pedro, que esta conspiracion le fué revelada por la mujer de uno de los cómplices, «y de los culpados, añade, hicimos varias justicias, tales como cada uno las merecia.» Don Pedro era algo mas que justiciero. Trasladóse á Valencia, y luego á Poblet, con motivo de hallarse enferma su esposa en este monasterio, despues á Lérida, y otra vez á Valencia. Sus cortesanos notaron que andaba meditabundo. Muy inclinado á aquel VOLIEM, yo

quiero, que era á sus ojos una ley indeclinable, habia probado la fuerza de su voluntad en su lucha con el rey de Mallorca, y le parecia que ninguna cosa podia ya resistir á ella. Ahora espoleaba su ánimo otro deseo. Por la voluntad de Dios solo engendraba hijas, y anduvo meditando si le seria posible conseguir que su hija doña Constanza fuese reconocida por sucesora en el trono, dado que él muriese sin otra descendencia. Los sabios sostenian lo contrario; pero no faltaron teólogos y juristas expertos que le probaron ser aquello una cosa llana por derecho divino y humano. Reunió en su palacio hasta veinte y dos hombres eminentes, y de ellos diez y nueve se inclinaron en favor de la hija, y tres contra. Alguno dijo que en estos estaba la virtud, y en aquellos el espíritu de adulacion que ciega á los potentados; pero don Pedro creyó lo que se adaptaba á sus deseos; y recatándose de su hermano don Jaime, cuyos derechos legítimos trataba de usurpar, quedó persuadido de que nó solamente en vida sino muerto tambien le seria dado conculcar las leyes. Traslució algo de esta trama el infante don Jaime, y le dió quejas manifestándole cuán injusto era el plan que traia formado. Respondióle don Pedro con el desabrimiento de costumbre, como quien no tuvo amor á padre, ni á hermanos, ni á deudos; y no tardó don Jaime á separarse de él con ánimo de hacer valer en todos tiempos su derecho. Decia que la sucesion de esos reinos y condados estaba vinculada en los varones, y que desear lo contrario era querer perturbar el país alterándole por míseros amores de familia. Escudándose don Pedro con el parecer de la mayoría de sus sabios, quitó á su hermano la pröcuracion del reino y le prohibió acercarse á Zaragoza, Barcelona, Valencia y Lérida. No hizo caso, y se fué á Za-

ragoza. Los pueblos que sentian cierto eco sordo de estas novedades , supieron con júbilo en abril de 1347 que la reina doña María habia dado á luz un príncipe ; pero luego se trocó el gozo en quebranto por la muerte del hijo y de la madre , acaecidas al cabo de pocos dias. El rey , aunque jóven , no creyó deber esperar por mucho tiempo á dar sucesora á su esposa ; y la eligió en la infanta doña Leonor , hija del rey de Portugal , á pesar de la oposicion del rey de Castilla. La nueva reina ocupó el tálamo real por el mes de noviembre del mismo año , entregada á un monarca que no la pedia amor , sino un príncipe , aunque los sabios le decian que le bastaba una princesa. El infante don Jaime habia entrado en Zaragoza , á pesar de la expresa prohibicion de don Pedro. Allí puso en paz á ciertos nobles que andaban divididos en bandos y parcialidades , y dió movimiento á aquel poder denominado la UNION , que otras veces se habia hecho respetar defendiendo aplicaciones poco justas y oportunas de principios equitativos , y que estaba destinado á sucumbir por demasiada expresion de vitalidad en la única causa buena que hubiese abrazado. El primer efecto de esa señal de vida de los que se titulaban conservadores del derecho público , fué conseguir que el rey volviese sobre sí en su capricho , y prohibiese á los gobernadores , (son palabras de su crónica) de Valencia , Aragon y Cataluña que mentasen para nada los derechos de doña Constanza á la sucesion del reino , toda vez que la generalidad , á pesar de la opinion de los teólogos y juristas consultados , estaba contra ella. Todas las poblaciones de Aragon , menos Calatayud , Daroca , Huesca y Teruel , se habian adherido á la Union ; y hubo quien aconsejó á don Pedro que recorriese las comarcas no adheridas para dar aliento á sus par-

tidarios : pero prefirió trasladarse á las fronteras de Cataluña por haberle llegado noticia de que el desposeido rey de Mallorca hacia entrada hácia el Conflent y la Cerdaña. Esta tentativa no pasó de una incursion, aunque sangrienta, pasajera. Algunos castillos y plazas , de que el de Mallorca habia podido apoderarse por sorpresa , fuéron recobrados por los aragoneses á paso de carga. Entretanto los pueblos de Valencia habian enarbolado tambien la bandera de la Union ; de lo que algunos presagiaron mal, pues les faltaba la tenacidad y sangre fria de los aragoneses , y se sentian inclinados á desvirtuar por exajeracion las causas que abrazaban, no sabiendo contenerse en los lindes del comedimiento. El rey pensó entónces en arrostrar de frente ese poder que unos le pintaban con colores repugnantes , y en el cual solo una cosa odiaba y era que tratasen por él de contrariar sus albedríos. Convocó córtés para Zaragoza y pidió guiaje ó salvoconducto á la Union para asistir á ellas. Respondiéronle que el señor no debia pedir guiaje á sus vasallos , y que tenia formado mal concepto de lo que no era otra cosa que un amparo de las leyes , si creia que de allí pudiese venirle el menor desacato. En Lérida algunos caballeros de la Union fuéron á desafiar al infante don Pedro , tio del rey ; y queriendo impedirselo el rey , le respondieron que por fuero eran lícitos los desafíos y rieptos. Al llegar á Zaragoza le salieron á recibir sus dos hermanos , don Jaime y don Fernando, seguidos de una gran multitud de ricos-hombres y ciudadanos, que iban de dos en dos , un rico-hombre y un ciudadano. Todos ellos acompañaron al rey á la Aljefería. Parece ser que estas córtés son las de 1347 que debian reunirse en Monzon y que á ruego de los unionistas se abrieron á 8 de agosto en la iglesia de San Salvador de Zaragoza

y duraron hasta el 24 de octubre. Los concurrentes se iban sentando en bancos colocados á derecha é izquierda. Á ruego del rey se permitió tomar asiento á los síndicos de Calatayud, Daroca y Teruel. La flor de Aragon, dice don Pedro, estaba allí reunida.

Era, pues, de presumir que la magnanimidad de un don Pedro III, la honradez de un Alonso III, la prudencia de un Jaime II, y la longanimidad de un Alonso IV, no hubieran hecho salir de aquel elemento la menor chispa que pudiese poner en combustion el reino. Con el carácter de don Pedro IV los incendios podian estallar en todas partes. Subió el rey al púlpito de la derecha, ó del evangelio, y desde él hizo la proposicion ó discurso, diciendo, que si no habia convocado córtes con frecuencia, segun fuero, no era por falta de voluntad, sino por los graves negocios en que se habia visto envuelto, primero por dar auxilio al castellano contra los africanos, y luego por la reconquista de Mallorca; que la Union le parecia buena; que solo deseaba que en las córtes se le pidiesen cosas regulares, y que buenamente pudiesen ser otorgadas; y añadió, dice el mismo, palabras en loor de todos para tenerlos contentos y alegres. Esta fué la sesion de apertura. Á las demás, viendo que algunos nobles acudian armados, hizo de manera que se prohibiese la entrada en ellas con armas. Accedió á jurar los fueros y confirmarlos, á aprobar de nuevo la Union, á separar del palacio á cuantos no habian querido jurarla, y á rodearse de consejeros unionistas. Sin embargo, al ir á despachar con ellos los capítulos de agravios, no pudo contenerse por mas tiempo, y los dió todos por negados, hasta que, viendo que las córtes lo tomaban á muy mala parte, satisfizo á todos. Era imposible que ningun ministro pudiese ponerse de

acuerdo con quien queria ser su propio ministro. Conocida su mala voluntad le pidieron rehenes, y los dió, y toleró, dice en su crónica, todos cuantos desmanes se le hicieron, seguro de no perdonar en su día ni olvidar ninguno. Pero en una de las sesiones no pudo contenerse, y convencido de que su hermano, por la cuestion de la sucesion al trono, era el jefe de los descontentos, le dirigió la palabra tratándole de aleve, traïdor é infame, y le retó á singular combate, cuerpo á cuerpo y navaja en mano, olvidado de su propia dignidad y de lo que debia á su sangre. Don Jaime, su hermano, le respondió sencillamente que nada podia responder á su rey, pero que á cualquier otro que tal dijese le diria que mentia por la barba. Y volviéndose al pueblo, dijo: «si así me trata á mí que soy su hermano, juzgad como os tratará á vosotros.» El rey con sus adictos, cuchilla en mano, se abrió paso para la Aljafería. La guerra estaba declarada. Cuando el rey habla de esta suerte, dijeron algunos unionistas, sus defensores tiene. Don Pedro queria ir á Cataluña para formarse un núcleo de partidarios; y al día siguiente se avino á todo cuanto pedia la Union, salvó los rehenes que de otra suerte peligraban, licenció las córtes, y tomó el camino del Principado, deseoso de volver á su tiempo para bañarse en la sangre de los que tan malos ratos acababan de darle. Los consejeros que la Union le habia dado no quisieron seguirle, diciendo que al llegar á Lérida, de seguro, segun iba de airado, los hubiera muerto. Al acercarse á Cataluña dijo que esta era la tierra de la lealtad, y que la que dejaba tras de sí era la tierra rebelde y malvada. Ya no se acordaba que al tiempo de su coronacion en Zaragoza la tierra malvada era á sus ojos Cataluña, cuyo aire se negó á respirar, y la tierra leal era Aragon: y es que

entonces Cataluña invocaba el cumplimiento de las leyes, y ahora habia hallado en ella algunos sabios que opinaban en favor de su hija y contra los ordenamientos públicos. Don Pedro pasa muy por alto en su Crónica una circunstancia que es para su memoria un hierro candente. Tenia convocadas córtes de los catalanes para Lérida; pero las hizo juntarse en Barcelona, y procuró por vias de conciliacion que viniese á esta ciudad su hermano don Jaime. Este desgraciado príncipe murió casi de repente el dia 15 de noviembre de 1347; y hay escritores juiciosos que no vacilan en llamar envenenador y fratricida al rey su hermano. Y si se atiende á los antecedentes, al carácter irascible y rencoroso del monarca, á su desamor para con todos los miembros de su familia, y al reto que acababa de dirigir á don Jaime en las córtes de Zaragoza, se verá que la acusacion es demasiado fundada. Hacia pocas horas que el rey habia tomado por esposa á la infanta de Portugal, doña Isabel, y se deja suponer que don Jaime fué á Barcelona para asistir á las bodas, cuyas fiestas y banquetes fueron para él el sepulcro. El dote recibido de aquella princesa, muerto el infante á quien suponía jefe de la Union, le destinó don Pedro para tomar hueste á sueldo y combatir con las armas á los unionistas. Quiso dar principio por los del reino de Valencia, mas osados y menos temibles, y se trasladó á Murviedro. La hueste le siguió hasta donde llegó el dinero de aquella dote; y finido se quedó sin gente.

Valencia le hizo un magnífico recibimiento, cual correspondia á un monarca que llevaba por primera vez á una gran poblacion su nueva esposa. Pero á los ojos de don Pedro todos sus vasallos eran enemigos. Si las milicias de las villas y ciudades se reemplazaban unas á otras para rodearle, no

las tomaba por una escolta de honor sino por escala de destacamentos que le iban conduciendo preso. Su corazón debía aborrecer de muerte á alguno. Su cuñado el rey de Mallorca quedaba ya vencido y anulado; su hermano don Jaime era ya cadáver; y hé aquí que ahora se presentaban en Valencia para ser nuevo blanco de su furor su otro hermano don Fernando, y su madrastra doña Leonor de Castilla. Cier-to dia hubo en el real de don Pedro una simple riña entre los unionistas y sus contrarios. El monarca salió desatentado de su estancia, y maza en mano, como si estuviese en acción de guerra, se preparó á recorrer las calles con gran furia, dispuesto á poner en combustion por una nimiedad el reino entero. Contúvole el ademan y la sensatez de la poblacion. Su hermano don Fernando acudió para calmarle, cuando ya la ciudad estaba en movimiento. «Le besamos en la boca, dice don Pedro, para probar á los nuestros que le amábamos.» Todos debian estar convencidos de lo mucho que le odiaba. La plebe entendió que el rey habia simulado aquella agitacion para salirse de la ciudad; y como de suyo es aquella poco amiga de disfrazar sus pensamientos, acompañó al monarca á su real entre danzas campestres, y, al son de las mismas, un barbero, por nombre Gonzalvo, cantaba una cancion cuyo estribillo decia: mal haya quien antes ni despues se vaya. Viendo don Pedro que le era imposible resistir de frente á la Union, y que le faltaba el tacto conveniente para dirigirla y dominarla, se avino como en Zaragoza á pasar por todo, protestando en sus adentros que haria mas adelante lo que bien le pareciese. En vano algunos le decian que todo en el mundo debia tener su basa y fundamento, desde el gobierno de una familia hasta el de un grande imperio, y que era acción no muy cuerda querer prescindir de toda ley

y reglamento, y regirse por solo la propia voluntad, tan voltaria y sujeta á mudanzas: á todo respondia con su VOLIEM Y NO SEN DEU ALTRE FER. Convencido de que en sus dominios no habia elementos suficientes para hacer triunfar por la fuerza su sistema, apeló á los extraños. Este auxilio no podia faltarle, pues todo extraño debia tener interés en verle anulado, impotente é incapaz de entenderse con sus vasallos por vias de amor y confianza. Los argumentos favoritos de don Pedro consistian en el uso de la fuerza. Cierta dia, delante de su hermano y de toda la corte echó mano al puñal para herir á un unionista que le habia faltado al respeto. El castellano le prometió ayuda y amparo contra sus vasallos; y si él se lo hubiese negado no hubiera vacilado en acudir á los franceses con tal de tomar venganza de las coplas del barbero Gonzalvo. Picó en Valencia la peste, y el rey aprovechó esta coyuntura para pasar á Teruel sin que se opusiesen á ello los unionistas. Don Lope de Luna, con algunas compañías de Aragon, puso sitio á la ciudad de Tarazona, por juramentada en la Union, mientras acudian por otra parte los castellanos á hacer entrada en estos dominios como en tierra del moro. Cuatrocientos ginetes castellanos y trescientos de la hueste de don Lope de Luna sorprendieron en Epila á la hueste de Zaragoza, la acometieron y desbarataron, dieron muerte á unos mil unionistas, y prendieron al infante don Fernando y á otros parciales. Don Pedro IV debió sentir un gozo grande, solamente acibarado por saber que su hermano no se contaba entre los muertos. El castellano habia aprendido á ser árbitro en las reyertas domésticas de los aragoneses. « Nuestro gozo hubiera sido completo, dice don Pedro, si hubiésemos podido presenciar la jornada. » La Union quedó rota, sus miembros dispersos

y fugitivos, las leyes convertidas en letra vana, y la fiereza de un hombre fué declarada árbitra soberana de los destinos públicos. Trece culpables fueron presos, y muchos mas, dice el rey, lo hubieran sido á no haberse fugado. Á todos ellos les fueron confiscados los bienes, lo mismo que á los que habian muerto en Epila; y aquellos trece fueron ahorcados en varios puntos de Zaragoza. « Reunimos allí mucha fuerza de caballería é infantería, dice el rey, para administrar mas poderosamente la justicia; convocadas córtes, mandamos que fuese judicialmente condenado todo cuanto la Union habia hecho, quemadas sus escrituras y procesos, y roto y hecho añicos el sello, para que nada apareciese de ello en los tiempos venideros ni de ello pudiese juzgarse.»

RES NON APPAREGUÉS NI MOSTRARSE POGUÉS. Hecho lo cual habló al pueblo y dijo que á todos los perdonaba. Esto fué en agosto de 1348, mientras la peste se cebaba en los zaragozanos arrebatando diariamente mas de trescientas víctimas. Con este motivo las córtes se prorogaron para Tueruel, y esta villa pasó á ser ciudad por no haberse jamás pronunciado en ella, dice don Pedro, ni el nombre siquiera de union. La peste se extendia por todo el reino. Huyendo de ella se fué el rey á Ejerica, y en este punto sucumbió su segunda esposa, doña Leonor, infanta de Portugal, sin haber dado ningun hijo á su esposo que tanto los deseaba. No bien la hubo dado sepultura montó el rey á caballo, « habiendo antes comido, » dice, y se fué á Segorbe, en donde supo que la Union de Valencia, conocida la rota de la de Aragon, no se daba por vencida. De todas maneras sabian que debia haber derramamiento de sangre, pues el monarca era incapaz de dejar de tomar placer en la venganza. La guerra se hizo como en Aragon, sin mediar otra intimacion.

que la de las lanzas. El rey no deseaba que nadie se rindiese, sino castigar á todo el mundo. Encaminóse hácia Valencia á la cabeza de quince mil infantes y mil doscientos caballos. Sabedor de que en el pueblo de Puzol, por haber sido abundantes las cosechas, habia grande acopio de caldos y granos, fué allá, le entregó al saqueo y ahuyentó ó acuchilló á sus moradores. En Mizlata se empeñó una lucha sangrienta, dejando los de la Union mil quinientos hombres en el campo de batalla. «La ira de Dios, dice don Pedro, caia sobre Valencia, por lo que de la ciudad vinieron á pedirnos gracia y merced. Deseábamos, añade con complacencia, quemar la ciudad, destruirla y sembrarla de sal, para que nunca hubiese allí una habitacion humana.» Fué necesario que se opusiesen á ello todos cuantos le rodeaban, diciéndole que esto seria envolver en un castigo á los inocentes y á los culpados, castigar á sus propios amigos, y sobre todo mostrarse el mas inepto de los hombres arruinando una de las ciudades que podia ser para él una fuente inagotable de recursos. Esta última consideracion templó un tanto su ira, y perdonó á Valencia con las condiciones siguientes: que no se entendiesen perdonados los culpables, aunque hubiesen muerto, pues sus bienes debian ser confiscados; que no hubiese contemplacion alguna para los hombres de arraigo, ni para los de la casa real, ni para otros que el rey designase; y por fin que la ciudad quedase sin ningun privilegio, escepto los que á él le pluguiese darla. Mandó degollar en su presencia á cuatro hombres de arraigo, ahorcar á varios mercaderes y menestrales, y arrastrar y ahorcar á otros, en su número el barbero Gonzalvo, á quien al leerle la sentencia, le dijo: «cierto dia bailaste delante de mí, y cantaste una copla en que decias

mal haya quien antes ni despues se vaya, y ahora te digo yo ¿quién no te arrastrará ahora y despues de ahora?» El mismo rey es el que ha manchado la historia con esa repugnante página.

Tambien añade en su Crónica con una infernal satisfaccion que la campana á cuyo toque acudia la Union fué derretida, y «se dio á beber este LICOR, dice, á los culpables, como cosa justa.» Cuando se sabe que semejante juez es en su Crónica el fiscal de la Union, es cosa difícil admitir sin tacha sus acusaciones relativas á los crímenes que echa en cara á los que llama sus enemigos. Dice que las ejecuciones judiciales las hacian en secreto arrojando al rio metidos en sacos á los culpables. Los castigos en Valencia se prolongaron mas que en Zaragoza, y bastaba que alguno tuviese un enemigo que le acusase de haber pertenecido á la Union para que desde luego el rey le mandase arrastrar y ahorcar, á no ser que fuese persona generosa, que era degollada. Tu vieron que rogarle al fin que dejase á los jueces el cuidado de dar sentencias de muerte, y así lo hizo limitándose á confiscar bienes. Es preciso reconocer que pocos príncipes fueron mas aptos que don Pedro para dar á sus vasallos aquel temple que los transforma en brutos. Habló en público al pueblo, dijo que le volvia á su amor y gracia, y sin duda recitó aquellos salmos que copia en su Crónica, de que «el mal no puede quedar impune ni el bien sin premio.... y á mí la venganza;» aunque olvidó aquello de que «en el mundo la iniquidad impera, y solo en el Eterno está la justicia.» Conseguido este triunfo, libre de sus principales enemigos, aunque nó de todos, contrajo en Valencia por el mes de julio de 1349 terceras nupcias con la infanta doña Leonor, hija mayor de los reyes de Sicilia don Pedro II y doña Isabel de

Carinthia. Es inútil decir que la madrastra de don Pedro IV y los infantes don Fernando y don Juan habian huido á Castilla. Alonso XI, hermano de aquella madrastra, al saber, por unos enviados del rey de Aragon, lo que habia pasado en Zaragoza y Valencia, dijo « que el aragonés habia obrado como BUEN rey, pero que él no hiciera tal. » Por el mes de abril de 1350 dejó el rey don Pedro la ciudad de Valencia y se fué á Barcelona en donde le hallaremos en el capítulo VIII de este libro VII. Pero, como en su Crónica olvida don Pedro lo que no tiene relacion inmediata con sus rencores y con sus venganzas, tócanos añadir algunos permenores relativos al período de tiempo de la parte de su reinado referente á los años desde 1336 al de 1350. Habia fenecido en 1336 el rey de Sicilia Fadrique, y dejado el cetro á su primogénito don Pedro II. Tuvo este príncipe que sofocar la rebelion de los condes Francisco de Veintemilla y Federico de Antioquía; y perdió en lucha contra Roberto de Nápoles la batalla naval de Lipari. La isla de Cerdeña se sostenia por la fidelidad y servicios de la casa de Arborea, y hay quien añade que á ello contribuia en gran manera la division que reinaba entre los Oria y los Malaspina, y los pisanos y genoveses, pues si todos ellos á una y de comun acuerdo hubiesen hecho guerra á los catalanes, muy difícil les hubiera sido á estos la resistencia. Así lo conocieron luego, y se confederaron para ello Génova, Pisa y Milan. Don Pedro IV firmó concordias con los portugueses y con los castellanos; con estos para auxiliarlos contra el rey de Marruecos, en cuya ocasion murió el almirante de Aragon Jofre Gilabert de Cruillas, por haber querido pelear en tierra haciendo mas de lo que debia: de lo que resultó despues que ningun aragonés se separó de las naves al tiempo de darse la ba-

talla del Salado. Por este tiempo dicen los analistas aragoneses que se juntó concilio en Tarragona, y don Pedro envió á él uno de sus consejeros pidiendo ayuda para la guerra, y advirtiéndole de su parte que no intentasen la menor novedad, ni procesasen á nadie, ni en ninguna manera hiciesen actos contrarios á la jurisdiccion real. El monarca no sufría por ningun lado cortapisas.

Mientras sostenía las campañas del Rosellon, fué confiada la defensa de la Cerdeña á don Guillen de Cervellon, que cumplió en lo posible su cometido. No habia sido tan afortunado el rey de Sicilia. Rebeláronse los Palici; la poblacion y el castillo de Melazo se entregaron al rey Roberto; y don Pedro II de Sicilia murió el dia 15 de agosto de 1342, dejando el trono á su hijo don Luís, que á la sazón contaba cinco años, bajo la tutela del infante don Juan, tío suyo. Apenas se concibe como en estas circunstancias la casa real de Sicilia pudo sostenerse lidiando no solamente contra un enemigo poderoso sino tambien contra las alteraciones de los propios: y sin embargo quanto mas duraba la lucha, mas cimientos parecía haber echado en la isla la dinastía aragonesa. Respecto á la expedicion del rey don Pedro IV á Mallorca hay quien explica la facilidad de la conquista por algunos tratos secretos que mediaron anticipadamente entre el rey y ciertos prohombres de aquella isla. Estándo el rey en Perpiñan en 1345, y en Poblet mas adelante, coordinó la manera de dar ayuda á don Luís de la Cerda que intentaba ir á la conquista de las islas Afortunadas, y parece haberle otorgado que sacase de Cerdeña las vituallas y pertrechos que necesitase: pero esta empresa se frustró en sus mismos comienzos. No era posible sacar de Cerdeña muchas fuerzas. Los Oria andaban ensoberbecidos, y en 1347,

reunidos hasta seis mil hombres, de todas armas se atrevieron á presentar batalla á don Guillen de Cervellon, quien la admitió aunque muy inferior en fuerzas; perdióla miserablemente Cervellon, y en el campo perecieron dos hijos suyos y él mismo murió á corta distancia quebrantado de alma y cuerpo. Los Arborea salvaron los restos del ejército, y contribuyeron muy eficazmente á la conservacion de la conquista. El rey don Pedro IV mandó allá por general de las tropas de tierra á don Rimbao de Corbera, y por jefe de la armada á Ponce de Santapau, baron catalan de mucha autoridad y valor, para que sacasen de aquellas circunstancias el mejor partido posible. Tambien los genoveses conocieron que era ocasion de echar el resto, toda vez que los Oria habian obtenido un señalado triunfo, y que el rey don Pedro IV harto tenia que hacer en su casa con los propios para poder sostener lejanas guerras. Al mismo compás se promovieron graves alteraciones en Sicilia, que no parecia sino que en ambas islas se sentian unos mismos sacudimientos y convulsiones. En 1349 estuvo tambien en peligro de perderse la isla de Mallorca. Su destituido rey don Jaime II preparó armada, y, burlando la vigilancia de la escuadra aragonesa, se presentó á la vista de la isla con unas cuarenta naves, las ocho gruesas y de guerra, y catorce galeras en que iban tres mil infantes y cuatrocientos caballos, y los echó en tierra. Era gobernador de la isla don Gilabert de Centellas, y acertó tambien á hallarse en ella de pasó aquel Rimbao de Corbera que iba con refuerzos á Cerdeña; y allegadas las tropas y las milicias del país, juntaron hasta veinte mil infantes y ochocientos caballos, y salieron en busca de don Jaime II. Vinieron á las manos los dos ejércitos en un campo denominado Lummayor. Don Jaime venia deci-

dido á recobrar su corona, ó á dejar en aquellas que fueron sus tierras la vida. El número favorecia á sus contrarios; pero hizo él tales prodigios de valor que hubiera sido dudosa la jornada por poco que los suyos le hubiesen imitado. No retrocedió un paso, antes, metido siempre en lo mas empeñado de la lid, sostuvo todo el peso é ímpetu de sus contrarios; hasta que visto por estos que la resistencia toda del enemigo allí se concentraba en donde seguia peleando el rey, cargaron sobre él á una, le derribaron sin sentido y le cortaron la cabeza. Otros dicen que le mató un almogavar de Burriana. Esto fué á 25 del mes de octubre. Llevados sus restos á Valencia, se les dió sepultura en la iglesia mayor. Su hijo, el príncipe don Jaime, herido en el rostro, y preso, fué llevado primero al castillo de Játiva y luego trasladado á Barcelona, cuyo palacio menor le sirvió de cárcel. Este pudo llamarse el remate y complemento de la reconquista de las Baleares. Por este tiempo hubo nuevas confederaciones entre Aragon y Castilla; y don Pedro IV envió cuatro galeras mandadas por Ramon de Vilanova, y luego otras tantas al mando de don Bernardo de Cabrera, para secundar los esfuerzos del castellano en el sitio de Gibraltar. Otra armada aragonesa fué á dar auxilio al rey de Sicilia contra sus enemigos interiores y exteriores, consecuencia del tercer enlace del rey don Pedro IV, contraido con una infanta de aquel reino. Tambien á la sazón se envió requerimiento á la república de Génova para que dejase de dar favor á los Oria de Cerdeña; y como en aquellas circunstancias Génova no estaba apercibida para tomar sobre sí una guerra con Aragon, procuró andar comedida en su respuesta, y ganar el tiempo que necesitaba. Las córtes del referido período del reinado de don Pedro IV fuéron las si-

guientes : En Valencia , las de 1336 , en las que fué ordenado entre otras cosas , que no fuese obedecido mandato de rey en que se vendiese ó enajenase alguna poblacion de la corona ; las de Castellon , Gandesa y Daroca en 1337 ; las de Valencia en 1338 , para defender las costas de incursiones de sarracenos ; las de la misma ciudad en 1342 , para ayudar al rey en la guerra ; las de la misma en 1343 y 1346 , citadas por Ribelles y Mateu ; las de Villareal en 1347 , convocadas por don Pedro en Ejerica así que Valencia hubo jurado la Union ; las de Valencia en 1348 , en las que dictó la Union varios fueros que andan en antiguos impresos ; y las de la misma ciudad en 1349 , en las que fué revocado cuanto la Union habia hecho . En Cataluña , las de Lérida de 1336 , para la confirmacion de los fueros y jura del rey ; las de Castellon , Gandesa y Daroca que fuéron generales tambien para Aragon y Valencia ; las de Barcelona de 1341 , para procesar al rey de Mallorca ; las de la misma ciudad en 1344 , para señalar rentas á dicho rey ; y las del mismo punto en el año de 1347 , para contrabalancear las fuerzas de la Union ; y en Aragon , las de Zaragoza en 1336 , para jurar el nuevo rey los fueros ; las generales de Castellon , Gandesa y Daroca , para poner un término á la discordia promovida entre el rey y su madrastra ; las de Zaragoza en 1347 , en las que aceptó y juró el rey todo cuanto la Union quiso ; las de la misma ciudad en 1348 , en que el rey revocó todo cuanto la Union habia hecho ; las del mismo punto en 1349 , en que se decretaron varios fueros que constan en el libro x de los mismos ; y las de la referida ciudad en 1350 , entre cuyos ordenamientos se halla uno referente á la acuñacion de la moneda jaquesa .

§ III. NAVARRA.

Muerta la reina doña Juana I á dia 6 de abril de 1305, dicen los analistas navarros que los tres estados del reino, juntos en córtes, enviaron embajadores al rey viudo Felipe el Hermoso y al primogénito del mismo Luís Hutin, solicitando que este fuese á Pamplona á recibir el juramento de sus vasallos, y á jurar á su vez los fueros del reino. Algunos escritores afirman que lo hizo así en 1307; pero otros muy autorizados dicen que en el mes de setiembre de dicho año hubo en Pamplona córtes nacionales en las que quedó resuelto que no fuese reconocido por rey el nuevo monarca si antes no comparecia para prestar el juramento competente. Debe, pues, creerse que hasta la primavera de 1308 no entró Luís en sus estados de Navarra. Ignoraba el idioma del país. Llamáronle Hutin ó Mutin, de la voz Motin, por dado á alborotos, y pendenciero, segun unos; por haberse empleado en sofocar alteraciones, segun otros. Á Navarra fué mas bien con aparato de guerra que de jura. Coronado solemnemente en la catedral de Pamplona el dia 5 de junio, celebrados luego unos magníficos festejos, y recorridas algunas merindades, volvióse á Francia, cuya tierra miraba como su verdadero patrimonio. Luego hubo, por la parte de la merindad de Sangüesa, varias hostilidades con los aragoneses. Estos tenian cercada la villa de Pitillas. Vínoles á los navarros un refuerzo de gruesa caballería francesa, y en los campos de Filera se avistaron las dos huestes enemigas y se dieron una sangrienta batalla. Dicen los navarros que quedó por suyo el campo, perdiendo el aragonés dos mil trescientos hombres y siendo perseguido hasta muy cerca de Sos y Rueita. El cerco de Pitillas

fué levantado ; mas no por esto terminó la lucha. Los aragoneses solicitaban un desquite, y, recorrido el corazon de sus montañas, allegaron buen número de gente, cruzaron el rio Aragon por San Adrian, esguazándole, é hicieron cabalgata por el valle de Aibar y las hermosas llanadas de Olite y Tafalla, talándolo y saqueándolo todo á su tránsito. Al volverse con su presa no fuéron tan afortunados como á la ida. El rey Luís, dicen los analistas navarros, habia acudido, y convirtiendo en plaza de armas la villa de Urroz, juntó un cuerpo de ejército muy aguerrido. En el vado del rio Aragon á la vuelta fueron acometidos los aragoneses por los sangüesanos. La batalla no fué menos reñida que la anterior, y mucho mas glorioso para los navarros el triunfo que obtuvieron, pues sus contrarios, dicen, perdieron doble número de gente que en Filera. De la misma manera como cuentan los cronistas las victorias de los cristianos contra los moros, así hablan los escritores navarros de sus triunfos contra los aragoneses. Estos sucumbian por millares; y los vencedores todo lo mas perdian ciento ó doscientos hombres. Los sangüesanos llevaron en triunfo á Urroz el estandarte cogido á sus contrarios; y Luís Hutin pudo volverse á Francia satisfecho de haber visto como unos á otros se despedazaban los iberos. Dícese que le siguieron á las orillas del Sena hasta trescientos caballeros navarros. Constituido el reino en satélite del promovedor de la extincion de los templarios, se concibe facilmente que no hubo en Navarra obstáculos respecto á dar á los bienes de aquella órden el destino que deseaba la corte romana. El gobierno del país estaba confiado en 1309 á tres reformadores y á dos lugartenientes del monarca. Tres años despues fué poblada Echarri-Aranaz. En 1313 consignan los analistas del reino

la muerte de doña Margarita de Borgoña , esposa del rey , y el nuevo casamiento de este con doña Clemencia , hija del rey de Hungría. En 1314 Luís Hutin , por muerte de su padre Felipe el Hermoso , sube al trono de Francia , pero le ocupa solo diez y nueve meses , pues muere en Vincennes el dia 5 de junio de 1316. Dejó de su primera esposa una hija , por nombre Juana ; pero la segunda quedaba en cinta al tiempo de su muerte ; y mientras se esperaba el parto para declarar la sucesion al trono , gobernó ambos estados Felipe el Luengo , hermano del monarca difunto. Doña Clemencia dió á luz por el mes de noviembre un príncipe , á quien pusieron por nombre Juan , y vivió solamente ocho dias. Felipe el Luengo no perdió tiempo , y sin esperar á que los juristas decidiesen si en uno ú otro de los dos reinos de Navarra y Francia la sucesion directa de hembra era preferible á la lateral y varonil , tomó el cetro y se hizo coronar solemnemente en Reims. Á los quejosos los contentó con halagos ; á los amigos de sediciones los desarmó con mercedes ; y en general hizo tratar á los navarros con mucha atencion y halago. En este reino no podian avenirse á que se hiciese tal injusticia á doña Juana , hija de Luís Hutin , y aun parece que por ello hubo amagos de alteracion ; pero , atendido á que aquella princesa era de edad muy corta , y la tenia en su propio palacio de Paris su tio don Felipe , no llegaron las cosas á punto de rompimiento. En 1318 la iglesia de Pamplona fué declarada sufragánea de Zaragoza , aunque desde los mas remotos tiempos venia siéndolo de Tarragona. No vino Felipe á coronarse en Pamplona , como lo habia practicado Luís ; y fué preciso que las córtes tenidas en aquella ciudad en 1319 nombrasen diputados para dirigirse á la capital de Francia á fin de jurar en ella

á aquel monarca y recibir de él el juramento de conservar los fueros y privilegios del reino. Esta embajada de los navarros la atribuyen muchos por parte de estos á los deseos de ganar tiempo mientras crecía doña Juana y se ideaba algún medio para alejarla de su tío. Respecto á este habian corrido voces de mala índole, al tiempo de la muerte del hijo de doña Clemencia; y se temia de él, con razon ó sin ella, que apelase á un mal recurso para asegurar su derecho. No reinó mucho tiempo, pues murió de enfermedad el día de los reyes en 1321.

No dejó sucesion varonil de su esposa Juana de Borgoña, y sí solamente tres hijas. Carlos, su hermano, se apoderó del cetro con la misma presteza con que él lo habia hecho al tiempo de la muerte de Luís. La suerte de los tres hermanos tenia muchos puntos de contacto. Los tres habian acusado de adulterio á sus esposas, andando á caza de pruebas para patentizar su deshonor. La de Felipe el Luengo habia sido absuelta; y su marido, tranquilizado con la lectura de la sentencia, la pidió mil perdones y volvió á cohabitar con ella. Las hijas de Felipe el Luengo, aunque casada una con el duque de Borgoña, y otra con el conde de Flandes, no se opusieron á la coronacion de su tío Carlos el Calvo. En Navarra ya fué otra cosa. No podian olvidar los naturales que la princesa doña Juana, hija de Margarita de Borgoña, aunque esta madre habia sido acusada de adulterio por su propio marido, representaba la sucesion directa que ellos apetecian y no la lateral que los ataba para siempre al yugo de la Francia. La única salida para la independenciam de la Navarra consistia en rechazar la ley sálica. Presto los deseos de todos se manifestaron en desasosiegos y turbaciones. Por la parte de Guipúzcoa y la frontera de Castilla, co-

menzó la lucha. Ponce, gobernador del reino por los franceses, quiso sofocarla con vigorosas medidas represivas, entrando á saco la villa de Berastegui y entregándola á las llamas; pero no hizo mas que añadir combustible á un incendio. Al volverse por Beotibar le sucedió lo que en 1308 á los aragoneses al cruzar el Aragon en su retirada: perder la presa y perecer en buen número. Parece que este estado de agitacion duró mientras Carlos el Calvo permaneció en el trono. Pedia con ahinco Carlos que el reino de Navarra hiciese con él lo que con su hermano Felipe, enviándole diputados que le prestasen juramento y se lo recibiesen; á lo que respondian los navarros ser cosa contra fuero é imposible, aunque antes se hubiese hecho olvidadas las leyes del reino: é insistiendo el rey, y afirmándose aquellos naturales en su negativa, pasaron los años del reinado de Carlos el Calvo y llegó el de la muerte de este príncipe acaecida el primero del mes de febrero de 1328. Tampoco dejó hijos, aunque habia estado casado tres veces. Su última esposa quedaba en cinta. Sucedió con ella lo que con la de Luís Hutin. Felipe de Valois, el varon mas próximo heredero, tomó el gobierno del Estado mientras llegaba la hora del parto. Nació una niña, y Felipe quedó afirmado en el poder, aunque públicamente se decia que, á haber nacido niño, hubiera sido príncipe de pocos dias como el de la viuda de Hutin. Allanada la Francia, faltaba obtener el asentimiento de los navarros, y esta vez le negaron abiertamente. Reunidas córtes nacionales en Puente-la-Reina á 13 de marzo de 1328, sin asistencia del gobernador francés, enarbolaron la bandera de la independencia. Recordaban aquellos dias en que Pamplona era corte, y residencia de reyes, los comparaban con los presentes en que un gobernador galo levantaba

en vez de cetro un látigo, y se avergonzaban de haber podido olvidar por tantos años que por sus venas corría la sangre mas pura de la Iberia.

El dia primero de mayo de dicho año declararon que el trono de Navarra pertenecia por ley y fuero á la princesa doña Juana, á la sazón casada con don Felipe, conde de Evreux; y esto mismo respondieron á cuantas intimaciones les fuéron dirigidas por Felipe de Valois, rey de Francia. Pocas causas han sido mas populares en el país que esa nueva emancipacion de la Navarra. La plebe excitada cantaba coplas en que se decia que una Juana se habia llevado la corona, y otra Juana la devolvía á Pamplona. En esos momentos de pública efervescencia, como generalmente los judíos se hacian asentistas de los franceses, se hicieron blanco de la furia popular, de suerte que en varios puntos, principalmente en Viana y Estella, fuéron allanadas sus casas, perseguidos con un frenesí lamentable y sacrificados al encono y á la avaricia de las turbas hasta diez mil de ellos. En Larrasoaña, reunidas córtes del reino el 27 de febrero del año 1329, á presencia de la reina doña Juana, y de su esposo don Felipe, se acordó la fórmula del juramento del reino y de los príncipes, á tenor de los antiguos fueros. Estas córtes fuéron trasladadas á Pamplona, y el dia 5 de marzo siguiente, en la catedral, se hizo la solemne ceremonia de la coronacion y del juramento. El francés se convenció, ante el aspecto imponente que presentaba el país, cuán difícil empresa hubiera sido arrebatarle la independenciam que habia recobrado: y renunció á ello. Sospechan algunos que entró por mucho el inglés en esa restauracion de la Navarra, muy conveniente para él pues quitaba á la Francia una posicion magnífica en el centro mismo de la cordillera del Pi-

rineo. En 1330 se juntaron nuevas córtes en Pamplona, y dicen los analistas navarros que en ellas se procedió al nombramiento de ciertas personas que debian entender precisamente en el mejoramiento de los fueros. Una de las primeras disposiciones que tomaron las córtes fué mandar resarcir á la reina de los gastos hechos para recobrar el trono. El francés, vista la doble intencion de los ingleses, habia accedido al desmembramiento de Navarra con tal de conservar la alianza de esta tierra, con cuya estrategia burló á un rival encarnizado. Pero el país suspiraba por otra alianza que venia á ser el complemento de la restauracion consumada. La reina doña Juana tenia dos hijas, una que deseaba entrar en religion, y otra por nombre doña María. Los príncipes extraños tenian puesta ya en ella los ojos, por los derechos próximos ó remotos que en ella estaban radicados. El país deseaba que la infanta no casase con otro que con un príncipe ibero. Contra el rey de Castilla se tenian quejas por la antigua usurpacion de las tierras de Álava, Guipúzcoa y la Rioja, y por el estado de hostilidad incesante que esto originaba en las fronteras. El reino de Aragon por el contrario excitaba simpatías por el recuerdo de aquella inolvidable lucha que habia sostenido contra la Francia y la Italia precisamente cuando entre los navarros se veia hecha girones la señera de la nacionalidad. Añádase á esto que el príncipe Alonso de la Cerda habia estado en Navarra, reconocido por justas las pretensiones sobre varias tierras poseidas por el castellano, y excitado el ardimiento de los fronterizos. La infanta doña María fué, pues, entregada á los aragoneses para esposa del infante don Pedro, y las fronteras de Castilla fueron invadidas. Esta lucha, provocada por jefes secundarios, y no ordenada por los príncipes reinantes, tuvo

el resultado que muchos esperaban. Dada expansion á los brios de los fronteros , y derramada alguna sangre , primero en la huerta de Tudela en donde triunfó el castellano , luego en Tudujén y Fitero cuyas plazas perdieron los navarros , á poco en la ribera que corre desde el Ebro á Moncayo que fué talada y saqueada , y por último junto á aquellas mismas plazas que recobró el navarro , y no muy lejos de Logroño en donde los castellanos fueron batidos: la cuestion se puso en manos de compromisarios, cuyo pensamiento era no tocarla del punto y estado en que se hallaba. Las memorias de los años siguientes manifiestan que los actuales reyes de Navarra aun no se decidian á mirar esa tierra como patria suya predilecta , antes residian en Francia , como si se desdeñasen de llevar una corona cuyo precio y quilates les eran desconocidos. Enviaban un gobernador, y creian haber cumplido con sus deberes. Gobernador por gobernador, decian muchos , preferiríamos el de un príncipe poderoso. Un monarca ibero no podria haber oido sin conmoverse la voz de que el África enviaba á la Península nuevas nubes de guerreros dispuestos á destruir sus campos ó reconquistarlos. Cuando se supo que el castellano habia debido vencer casi solo junto al Salado, y nó circuido de buenos representantes de la Iberia como en las Navas, el descontento debió ser tal en Navarra que don Felipe de Evreux su rey se ofreció á cruzarse para ir al sitio de Algeciras. Aceptó el castellano este ofrecimiento ; y los navarros fuéron con gusto á lidiar con los árabes por la reconquista de nuestra tierra , en favor de aquel mismo castellano á quien en sus fronteras , y no mas que en ellas , aborrecian. El rey Felipe el Noble pereció en esta jornada , cuando obraba como verdadero rey de la Iberia. Cayó enfermo delante de Algeciras , y trasla-

dato á Jerez de la Frontera , dió en esta poblacion el alma á su Dios , dia 6 de setiembre de 1343 , dicen los analistas navarros. Su esposa le sobrevivió seis años. Doña Juana no murió en su reino, sino lejos de él en Conflens, no muy distante de Paris , en donde se habia educado y para cuya tierra eran todos sus amores. Daba instrucciones pacíficas á sus gobernadores de Navarra , y no hacia mas que esto. Si su yerno el rey de Aragon le instaba para que interpusiese su influencia por ante el rey de Francia para que don Jaime de Mallorca no fuese protegido , lo hacia bien ó mal segun su leal saber y entender. Cuando la Union solicitó su ayuda para oponerse á las arbitrariedades de D. Pedro IV , se negó á tomar parte en la lucha , á diferencia del castellano que favoreció al monarca para ver de apagar en aquel pais todo entusiasmo por la propia comarca y por las franquicias públicas. El dia 6 de octubre de 1349 fué el último para doña Juana II de Navarra. Tuvo en D. Felipe de Evreux tres hijos , y cinco hijas : Cárlos el Malo que sucedió en el trono á su madre y de cuyo reinado hablaremos en el siguiente capítulo VIII de este libro VII ; D. Felipe conocido por conde de Longueville , que casó con una hija del conde Roberto de Flandes , por nombre Yolanda ; don Luis , duque de Durazo , y mas comunmente llamado conde de Beaumont ó de Belmonte ; doña Juana que entró religiosa francisca en Longchamps á corta distancia de Paris ; doña María que fue reina de Aragon y primera esposa del rey don Pedro IV ; otra segunda doña Juana que casó con el conde de Ruen ; doña Blanca , casada con Felipe de Valois , rey de Francia ; y doña Inés. No es posible resistir á la tentacion de trasladar aquí lo que las crónicas extranjeras refieren de una de esas hijas de doña Juana II. Habla-

mos de doña Blanca de Navarra. Era tan bien educada y poseía tan bellas prendas que los navarros la llamaban LA BELLA SABIDURÍA. Alfonso XI de Castilla solicitó su mano para su hijo don Pedro, cuyo carácter tal vez hubiera suavizado; pero Felipe de Valois, á la sazón viudo, la pidió para el príncipe heredero de su casa. Triunfó el de Valois, y, al ver á su lado á esta princesa, se confesó vencido y hecho presa de un ardor que creía ya apagado. La princesa que destinaba para su hijo, entró en su tálamo. Felipe no pudo resistir por mucho tiempo á esa tierna campaña de su ancianidad, y dejó viuda muy luego á aquella admirable jóven, que apenas contaba diez y ocho años. Su grandeza de ánimo corría parejas con su hermosura, pues los cronistas franceses afirman que se dió á la práctica de todas las virtudes, y siendo nuevamente solicitada para que diese la mano á don Pedro I de Castilla, respondió que las reinas de Francia no tenían por costumbre tomar un segundo esposo. Había quedado en cinta al morir Felipe de Valois, y dió á luz una niña, por nombre Juana, cuya mano pidió mas adelante el rey don Pedro IV de Aragon para su hijo don Juan, duque de Gerona. Iba la infanta á contraer este enlace cuando falleció casi de improviso en Beziers, con general sentimiento de los que veían reproducidas en ella las gracias y las virtudes de su madre. Esa celebrada doña Blanca de Navarra murió en 1398.

§ IV. LEON Y CASTILLA.

Dejamos en Castilla y Leon á la reina viuda doña María, esforzándose en calmar alteraciones, sosegar turbulencias, y afirmar la corona en las sienas de su hijo Fernando IV. Incansable en su marcha concertó en 1301 con don Dionis,

rey de Portugal, dos matrimonios, el de la infanta de Castilla doña Beatriz con el príncipe de Portugal don Alonso, y el del rey don Fernando IV con la infanta de Portugal doña Constanza, á cuyo fin fueron pedidas á Roma las dispensas convenientes, y la legitimacion de la prole que dicha doña María hubo en el rey don Sancho el Bravo; convocadas córtes en Valladolid obtuvo doña María los auxilios que necesitaba; el infante don Juan dejó de llamarse rey de Leon y de Galicia, y creyó mas prudente conservar su posicion como infante de Castilla que exponerse á perderlo todo; y don Enrique, viendo que su participacion en el poder se le iba deslizandó de entre manos, firmó tratos con el aragonés, incluso en ellos don Juan, y procuró, decia, asegurar su porvenir cuando los años le tenian ya al borde del sepulcro. Estos tratos fueron secretos. Por ellos se dejaba el reino de Murcia al rey de Aragon, y este en cambio prometia ayudar á don Enrique á mantenerse en la tutoría del rey don Fernando, salia garante á don Juan de que no seria despojado de su patrimonio, y daba esperanzas á don Alonso de la Cerda de que algun dia se le señalarian bienes en Castilla. Á ese don Alonso no le quedaba otro recurso que esa confianza en los tiempos venideros: por lo que se pasó á Francia. En 1302 el aragonés no perdió tiempo. Tenia puesto sitio á la plaza de Lorca, y la redujo á tal extremo que su gobernador prometió entregársela si dentro cincuenta dias no era socorrido. Al saberlo la reina doña María, hizo todos los esfuerzos imaginables para auxiliarla. Visto que los infantes daban largas al allegamiento de gente, le efectuó por sí mismo, y, á la cabeza de cuatro mil caballos y una numerosa infantería, se fué para el reino de Murcia. Por el camino supo que la plaza se habia rendido

antes del plazo señalado. Encaminóse doña María hácia las poblaciones de Alcalá y Mula, alejó de ellas al aragonés, que tambien las tenia cercadas, y hubiera quizás sorprendido al mismo rey de Aragon don Jaime II en Murcia, á no haber conseguido los infantes don Juan y don Enrique que el ejército retrocediese: que de esta suerte las mismas campañas en que los pueblos toman interés con ardimiento se frustran por los resortes que alguno sabe mover, convirtiéndose en trama cómica lo que á los ojos del vulgo tiene apariencias de una gran tragedia. Doña María devolvió al aragonés trama por trama, y se procuró inteligencias entre los nobles de Aragon para enervar á su contrario. Al mismo tiempo convocó córtes, en Búrgos primero, en Zamora despues, y obtuvo de ellas cuanto necesitaba para sostener la guerra y para pagar á la curia romana diez mil marcos de plata, coste de las bulas de legitimacion y dispensa que de ella habia obtenido. Cítase en el referido año de 1302 la celebracion del concilio de Peñafiel, cuyas disposiciones se reducen á que el clero no olvide el rezo, ni tenga relaciones ni tratos con mujeres sospechosas, ni deje de llevar el viático á los enfermos, á no ser que estos se mostrasen impenitentes, ni revele nadie los secretos de confesion, ni deje de velar por el cumplimiento de las inmunidades eeclesiásticas, ni consienta que no se paguen á la Iglesia y á sus ministros los diezmos de todos los frutos, ni permita que manos torpes fabriquen las formas que deben ser consagradas, ni deje sin castigo á los usureros; que por bautizarse no pierdan sus bienes los moros y judíos; que en la metrópoli de Toledo se celebre la fiesta de San Ildefonso; que se cante diariamente la salve, y se rece luego por la Iglesia, por el papa y por el rey; que el infante don Enrique y

la infanta de Portugal restituyan lo que á varias iglesias tienen usurpado , so pena de entredicho ; que nadie desafie, so pena de excomunion , á los prelados y canónigos ; que ningun vasallo de la Iglesia venda sus tierras á hombre que sea poderoso ; y por último que las tierras vendidas por dichos vasallos sean restituidas bajo amenaza de anatema. Estas disposiciones manifiestan bien la perturbacion que entónces reinaba en las costumbres. En 1303 tomaron otro carácter las alteraciones públicas. El infante don Juan, aliado estrechamente con don Juan Nuñez de Lara, no trató ya de lidiar de frente con el rey , sino de ganarse la confianza de este con la adulacion, y volver sus tiros contra la madre. Todo fué entónces acusar á esta de concusion , de malversacion de los caudales públicos, de falta de moralidad en su conducta , de poco escrúpulo en dar por suyas las joyas de la corona, y de deseos de perpetuar su dominacion escudada por el amor y respeto á su hijo. Pintáronle á este la situacion con los mas negros colores ; la madre ambiciosa, él poco menos que esclavo , los pueblos deseosos de ser regidos por un príncipe , y la gloria que de ello le redundaria por poco que pudiese alejar de sí aquella influencia. Esta táctica surtió su efecto. El hijo se separó de la madre , con el pretexto de salir á caza, aprovechando una ausencia que hizo aquella á Vitoria para dirimir ciertas diferencias nacidas entre los fronteros de Castilla y Navarra. En Leon fué recibido el rey con aclamaciones. Al saber doña María esta novedad , dudó si abandonaria al hijo á su propia presuncion , ó si era deber suyo aconsejarle en aquellos nuevos dias de prueba. Decidióse por lo último ; formó alianza con el infante don Enrique y con la casa de Haro para buscar un contrapeso á la ambicion de los Lara ; no se opuso á

que su hijo convocase córtés para Medina del Campo ; entregó las jóyas de la corona á su hija doña Isabel que iba á juntarse con don Fernando ; hizo dar cuentas de su administracion del tesoro y se halló que este le era deudor en dos millones de maravedís ; hizo de manera que las referidas córtés de Medina, y luego las de Burgos, otorgasen á su hijo cinco tributos ; no se dió por ofendida de que el rey tomase por esposa á doña Constanza de Portugal, sin esperar, como habia dispuesto doña María , á que el portugués devolviese ciertos lugares ocupados en los lindes de Castilla ; y en fin no perdonó medios , recurriendo á tratos con muchos ricos-hombres , para que la actual influencia del infante don Juan y de los Lara no degenerase en daño del monarca y de la monarquía. Parece que á la sazón el papa dió órdenes terminantes para que el rey no hiciese suyos en adelante los bienes de los obispos , desde el momento que alguno de estos fallecia, segun se venia practicando.

En 1304 don Fernando tuvo vistas con el rey de Portugal , y reclamó de él la dote de doña Constanza , que no debia , por haberse compensado con la que debia recibir la infanta de Castilla doña Beatriz, que estaba destinada al príncipe de Portugal don Alonso. Y viendo el portugués que esta demanda , mas que justicia era buscar pretextos para un rompimiento , accedió á alejar de sí el nublado otorgando un millon de maravedís. El infante don Enrique , hijo de don Fernando el SANTO falleció en Roa el dia 4 de agosto cuando acababa de firmar convenio con el aragonés , en union con los Haro, para vengarse en lo que pudiese de los Lara. Mísero ejemplo de lo que pueden las pasiones humanas , que ponen á un mismo nivel á grandes y á pequeños. Doña María le hizo magníficos funerales , convencida de que en nin-

guna mejor ocasion podia el reino ostentarse espléndido con quien anduvo en vida tan voltario y desacordado. No dejó sucesion , y sus bienes pasaron á la corona. Los analistas castellanos refieren al llegar á 1305 los pormenores de las vistas de Campillo á que asistieron los reyes de Portugal , Aragon y Castilla , para cimentar la paz con condiciones equitativas. Dicen que fueron nombrados compromisarios el rey don Dionis , el infante de Castilla don Juan y el prelado de Zaragoza. Siendo aquel infante muy amigo del aragonés , las condiciones del concierto debian resentirse de esta circunstancia. El rio Segura quedó convertido en lindes de Aragon y Castilla en el reino de Murcia. La capital quedaba para Castilla ; Alicante , Elche , Orihuela y otros pueblos se declaraban propiedad de los aragoneses. Al infante don Alonso de la Cerda se le daban rentas en distintas partes de Castilla hasta la suma de cuatrocientos mil maravedís ; y á su hermano don Fernando se le darian consideraciones de infante del reino. Á aquellas vistas acudió la reina viuda doña María , que recibió y obsequió en Agreda al portugués y al aragonés , y luego fué con todos ellos á Tarazona , antes de despedirse satisfechos por haber puesto término á unas largas hostilidades. Por este tiempo fué reprimida en Galicia una tentativa de rebelion promovida por los Haro y don Rodrigo Fernandez de Castro ; y otra en Salamanca , debida á algunos hombres turbulentos que traian la ciudad en desasosiego. En 1306 volvió á avistarse en Ariza el rey don Fernando con don Jaime II de Aragon , y convinieron en el modo y forma de llevar á efecto los pasados conciertos. Mas fácil cosa fué una avenencia con los extraños que una concordia con los propios , pues don Lope de Haro y el infante don Juan andaban profundamente desavenidos por

pretensiones sobre la Vizcaya, y aunque comparecieron ante unas córtes reunidas en Medina del Campo, no fué posible hacerlos entrar en vias de acomodamiento. Y como don Juan Nuñez de Lara estaba tambien resentido del infante don Juan, y quejoso de no haber podido recobrar la plaza de Albarracin, formó con don Diego Lopez de Haro una alianza poderosa que era una amenaza para el público sosiego. Á instancias de su tio el infante don Juan quiso el rey destruir aquella concordia, aunque su madre le aconsejaba que abandonase al tiempo y al orgullo de los aliados su ruína: y no fué feliz en ello, pues los Haro y los Lara rechazaron la fuerza con la fuerza, y al fin le fué forzoso humillarse con ellos y pasar por sus condiciones de paz cuando iba ya de vencida. Esto fué en 1307. El año siguiente fué ya posible romper los conciertos hechos entre Haro y Lara, con solo concertar á Haro con el infante don Juan; pero ni aun así se cimentó la paz del reino, acaso por sobras de ahinco que ponía el rey en asegurarla, esforzándose en conocer demasiados pormenores y en manifestar recelos por nimiedades: á diferencia de otros príncipes que, prescindiendo de pequeñeces, ofuscaban las individualidades entre las sombras de nobles empresas. Fernando IV era pequeño y meticulado en todo. Por ciertas arrogancias de don Juan Nuñez de Lara, apellidó guerra, le persiguió, fué á sitiarse en Tordehumo, sin haber calculado antes sus propias fuerzas y las del contrario, y por último tuvo que ceder ni mas ni menos que en la anterior campaña, dando la culpa al infante don Juan cuando en realidad la tenia solamente quien en tales elementos ponía su confianza. Á la sazón por exhorto y mandato de la corte romana dispuso el rey que los templarios de su reino hiciesen entrega de todos sus bienes y

plazas, y le obedecieron poniéndolos en manos del infante don Felipe, hermano del monarca, mientras estaba pendiente su causa. Y sucedió que el infante don Juan reclamó por suya la plaza de Ponferrada de que don Felipe se acababa de incorporar como perteneciente al Temple, y puso en armas la tierra para recobrarla. Acudió doña María viendo á punto de entrar en conflicto á su hijo y á su cuñado, y pudo obtener que se aviniesen haciendo entrega al rey de todo cuanto poseyeron los templarios. Á este año pertenece la traslacion de la universidad de Lisboa á Coimbra con objeto de evitar las riñas que allí se promovian entre estudiantes y ciudadanos. Reprodujéronse en 1309 las escenas de los años anteriores. El infante don Juan y los mas de los ricos-hombres movieron sedicion haciendo correr la voz de que el rey intentaba acabar con ellos para pacificar el reino, y fueron armados á Palencia. Fué necesario que doña María y don Fernando les hiciesen protestas de benevolencia, y que el rey despidiese los principales empleados de su casa y confriese sus destinos á algunos de aquellos descontentos. Entónces don Fernando pensó en adoptar el único remedio que tenían los males públicos, dando direccion al ardimiento de sus vasallos para explayarle fuera del reino y no concentrarle en su propio daño. Avistóse en Ariza y Huerta con el rey de Aragon, convino en dar al primogénito de este su tierna hija la infanta doña Leonor de Castilla, y formó alianza con él para llevar la guerra á tierras del rey de Granada.

Obtenidas del papa las gracias de la cruzada, mientras el aragonés iba á probar la conquista de Almería, don Fernando IV puso sitio á la plaza de Algeciras, y su madre doña María, allegada hueste, destruyó en Almazan una

guarida de bandidos que infestaba la comarca. Los nobles que poco antes parecían dispuestos á destruirse mutuamente, ahora rodeaban la señera de su rey animados del deseo de hacer algo que les valiese un nombre. Allí se juntaron bajo una misma bandera don Alonso Perez de Guzman, el Bueno, y su antiguo contrario, el infante don Juan. Para el primero de los dos, esta campaña debia ser la última. Dirigiendo una entrada contra los moros de la sierra de Gaucin, volvía ya con buena presa cuando una flecha le hirió de muerte, y espiró á los pocos dias: noble caballero de quien ya hemos hablado al fin del anterior capítulo, y cuya memoria ha acariciado la posteridad tiernamente. Las lluvias contrariaron mucho las operaciones del sitio de Algeciras, por mas rogativas que se hicieron para que cesasen: por lo que á don Fernando le pareció conveniente admitir del granadino cincuenta mil doblas, además de las plazas de Quesada y Bedmar, y levantar el cerco. Añádase á esto que el rey de Granada reconoció por su señor feudal al castellano. Este año, por el mes de mayo, se celebró el matrimonio concertado entre la infanta doña Beatriz, hermana del rey, y el príncipe de Portugal don Alonso, y pareció conveniente dotarla, ya que se habia exigido lo mismo del rey de Portugal cuando dió á don Fernando IV la mano de doña Constanza. En 1310 refieren dos sucesos notables los analistas castellanos. Es el primero el encono con que el rey don Fernando IV intentó matar, nó por vias de justicia sino de atentado, á su tío el infante don Juan, cuyo orgullo le parecia insoportable; se lo impidió su madre doña María que habia dado seguro al infante, y pensaba mas en la conservacion de la propia honra que en dar satisfaccion á un deseo de venganza: de suerte que el rey se granjeó en la

persona del infante un enemigo encarnizado y en las de los ricos-hombres á quienes tenia confiado su designio, unos detractores encubiertos y recelosos. Fernando IV imploró las censuras eclesiásticas contra todos aquellos á quienes no podia reprimir, y le fueron otorgadas. Es el segundo la sentencia absolutaria que el concilio Provincial de Salamanca dió á favor de los templarios de estos reinos y del de Portugal, hechas antes todas las provisiones y diligencias oportunas. Declarada su inocencia, no hubo fuerza ni poder para devolverles sus bienes, y fué remitido este punto á consulta y decision pontificia. Y no era de esperar que les fuesen devueltos, cuando, segun dijimos al tratar de las cosas de Aragon, su principal delito consistia en tenerlos de sobra. El rey estuvo enfermo de mucha gravedad en Palencia, y aunque convalació, sintióse desde entonces quiebra y menoscabo en su salud. Otra enfermedad le aquejó asimismo en 1311, y tambien sanó, pero haciendo presentir que tales dolencias podrian serle funestas. Por consejo de su madre habia procurado verse con el rey de Aragon en Calatayud para hacer nuevos conciertos contra el moro, ajustar matrimonio entre don Pedro, hermano de don Fernando y doña María hija de don Jaime, y acordar tal vez lo mas prudente respecto á los bienes de los templarios, que convenia no pasasen á manos extrañas y acaso hostiles. Tambien se avistó Fernando IV en Grijota con su tio don Juan y los nobles que le seguian é hizo con ellos una de las muchas concordias de que andan llenos los anales de aquellos tiempos, hoy firmadas, al dia siguiente quebrantadas. Creyó el rey que ya en tales circunstancias podria hacer nueva entrada en tierras del moro, y dirigió su hueste con la plaza de Alcaudete. Estando en Martos le dieron noticia de que la voz pública

acusaba á dos caballeros del linaje de Carvajal como reos de un asesinato cometido en Palencia en la persona de don Juan Alonso de Benavides. Creyó don Fernando que se le presentaba ocasion oportuna para hacer uno de aquellos actos de justicia activa de que comunmente andan sedientos los espíritus ardientes é irreflexivos, escudados en aquella máxima de que los trámites ordinarios son inútiles cuando el pueblo acusa. El rey mandó prender á los Carvajales y precipitarlos de lo mas alto de las almenas del castillo. En vano los desgraciados ponian el grito al cielo diciendo que aquello no era justicia, y que oidas sus defensas el monarca quedaria convencido de su inocencia. La sentencia no admitia apelacion en la tierra, por lo que los Carvajales al tiempo de morir apelaron de ella por ante el tribunal de Dios, y dijeron que citaban al rey á que compareciese dentro de treinta dias. Esto dicen los analistas castellanos, y añaden que el rey, al cumplir el plazo, dia 7 de setiembre, se echó á dormir y le encontraron cadáver. Rey poco digno de la historia. La plaza de Alcaudete se habia rendido con condicion de que cesasen las hostilidades entre Granada y Castilla.

Fernando IV habia subido muy niño al trono, y dejaba por sucesor otro niño, Alonso XI. Pero el segundo podia llegar á ser hombre, y es muy dudoso que el primero hubiese podido serlo en ningun tiempo. El infante don Pedro, hermano de don Fernando, dispuestos los funerales, trasladados á Córdoba los restos del difunto, y esparcida la noticia por todas partes, levantó pendones por aquel niño. Era tal por entonces la organizacion de la sociedad castellana, que solamente un milagro de la Providencia hubiera hecho que la paz y concordia circundasen la cuna del nuevo monarca. Sin duda los rico-hombres ó los pueblos de Castilla

no fueron acreedores á esa manifestacion del cielo. El mismo furor que rodeó la cuna del padre vino á mecer ahora la del hijo. El infante don Juan solicitaba la guarda del príncipe ; el infante don Pedro su tutela ; y los nobles su sombra para asir á su amparo los poderes todos. Las córtes eran mas bien que un poder un instrumento. Muchas veces habian sido convocadas desde 1300 , reinando el difunto monarca , sin que se pusiese un término á las alteraciones públicas : en Valladolid en 1300 ; en Burgos en 1301 ; en Zamora el mismo año para poner en paz á los ricos-hombres ; en Medina del Campo en 1302 ; en Burgos el año mismo y los dos siguientes ; en 1305 en Medina del Campo ; en 1307 en Valladolid ; en 1308 en Burgos ; en 1309 en Madrid ; y en 1312 en Valladolid : siempre que se necesitaban recursos para hacer algun amago de guerra y satisfacer un tanto la inextinguible sed de la grandeza. Inagotable tesoro público cuyas llaves tenian los príncipes , todos buscaban en sus maravillosas arcas algun consuelo. Lo primero que hizo el infante don Juan fué juntar córtes en Sahagun. Otros las juntaron en Cuellar ; y todos esperaban de ellas el cumplimiento de sus deseos. La viuda de don Fernando IV , doña Constanza , se inclinaba á favor del infante don Juan y de los Lara. El infante don Pedro y la reina madre doña María seguian otro rumbo. Avila cerraba sus puertas á doña Constanza ; Burgos á doña María ; don Pedro se daba aires y tono de legítimo sucesor á la corona , caso de morir el niño don Alonso ; y don Juan , fuerte con la alianza de los nobles mas poderosos , desafiaba el poder de todos sus contrarios. Don Pedro se aseguró por tratos la alianza de los aragoneses , y por el pronto la custodia del monarca. Adelantóse con tres mil infantes y quinientos caballos hácia Sahagun , ahuyentó

de ella á la nobleza , dió á entender á los síndicos de las ciudades que , para tratarse de la tutela del rey , eran necesarias córtés de todos los reinos , y las convocó para Palencia. Todos fueron á ellas bien armados : don Pedro con un ejército de doce mil hombres , don Juan y los Lara con otra hueste aguerrida , y don Felipe , hermano de don Pedro, con gente resuelta de las montañas de Leon y Burgos. Pareció conveniente asegurar una suspension de hostilidades mientras se celebraban las córtés. Aun con esto sucedió que estas se dividieron en dos parcialidades , y formaron dos asambleas, una que tuvo sus sesiones en el convento de San Francisco, y eligió por tutores del rey al infante don Pedro y á la madre de este doña María , y otra que se juntó en el convento de San Pablo y eligió por tutores al infante don Juan y á la reina viuda doña Constanza. Fuéronse los primeros á Valladolid , y los segundos á Dueñas. La ciudad de Ávila , guardadora del rey niño , se negaba á entregarle á ninguno de los tutores nombrados, mientras no hubiese entre ellos concordia. Á poco, el dia 17 de noviembre de 1313, murió en Sahagun la reina viuda doña Constanza, y pareció ocasion oportuna para tentar algun medio de acomodamiento. Probáronlo en 1314 los maestros de Santiago y Calatrava , y dieron á entender á don Juan y á doña María que quedasen por únicos tutores , cada uno en cierto ramo , los infantes don Juan y don Pedro. El dia 10 de agosto se firmó una avenencia en virtud de la cual la reina madre doña María quedaria con la guarda y crianza del rey y los asuntos de la cancellería ; y aquellos infantes serian tutores y ejercerian mando por las ciudades que respectivamente los nombraron. Don Pedro procuró dar botin á su hueste , haciendo entrada en tierras del rey de Granada , á la sazón

ocupado en guerras intestinas. El convenio entre los tutores se habia hecho en Palazuelos, por lo que los parciales de don Juan se juntaron en Carrion, y los de don Pedro en Valladolid, para ratificarle. Algunos analistas dan á estas reuniones el nombre de córtes, y añaden que en las de Valladolid, consentida la avenencia en lo relativo al cargo conferido á doña María, fueron concedidos subsidios, y que en las de Carrion se hizo que don Juan y don Pedro diesen fianza por la hacienda pública que iba á serles confiada. Añaden los mismos que estas asambleas tuvieron lugar en **1315**. Existen ordenamientos de córtes celebradas este mismo año, y no llevan la fecha de Valladolid ni de Carrion, sino de Burgos á dia 2 de julio uno, **22** del mismo mes otro, y **15** de setiembre los restantes. En el primero se aprueba la concordia de Palazuelos; y en el segundo se trata de la tutoría y gobernacion del reino. Don Pedro, continuando este año de **1315** en su sistema de tener constantemente ocupada su hueste, hizo nueva entrada en tierras del rey de Granada, y en Alicur, no muy lejos de Martos, alcanzó sobre el moro una señalada ventaja derrotándole con pérdida de mil quinientos hombres. Estas escaramuzas iban acrecentando su popularidad, mientras decaia la del infante don Juan y la de los Lara. Renovólas en **1316**, y aun hizo que el almirante de Castilla, Jofre Tenorio, le secundase por mar impidiendo que el granadino pudiese recibir ningun socorro: el castillo de Belmes fué entrado, los pueblos de Luez, Hernael, Pinar y otros fueron saqueados, y la vega de Granada fué talada completamente. El sumo pontífice otorgó en **1317** la cruzada y hasta ciento cincuenta mil doblas de las rentas eclesiásticas de España para gastos de esta guerra, y fulminó pena de excomunion contra cuantos pusiesen embarazo á

ella. En las córtes de Carrion, celebradas este año, no hay memoria de que le fuesen concedidos recursos á don Pedro, y se explica sabiendo que aquella era una de las poblaciones adictas á don Juan, cuyo infante tendia por todos medios á estorbar los planes de su sobrino. Para contentarle hubo de dársele participacion en la cruzada, en las décimas concedidas por Roma, y en las conquistas que se hiciesen. Entonces, reunidas córtes de Castilla en Valladolid el dia 6 de julio de 1318, y las de Extremadura, Leon y Toledo en Medina del Campo á 6 de setiembre del mismo año, fueron otorgados para continuar la guerra cinco servicios y una moneda forera, en expresion de la Crónica. La cruzada para esta empresa se publicó tambien en el reino de Portugal, por éste tiempo dividido tambien en bandos y parcialidades, por demasiado favor concedido por el rey Dionis á un hijo natural, y por celos del hijo legítimo don Alonso.

Dionis envió una embajada al papa, con cuatro mil doblas de donativo por delante; para tenerle de su parte, y para conseguir, añaden las crónicas, que los bienes de los templarios de Portugal fuesen destinados á la fundacion y sosten de la nueva órden militar del Santo Cristo. El papa, agradeció el donativo, no se dió prisa en hacer esta concesion, y solamente se avino á amenazar con la excomunion al infante don Alonso siempre que hiciese armas contra su padre. El año de 1319 lo fué de grandes novedades para los reinos de Leon y Castilla. Don Pedro y don Juan, reunidas sus huestes, hicieron entrada en el reino de Granada, tomaron la plaza de Mota, dieron al saqueo las comarcas de Alcalá la Real y Monchin, y se atrevieron á hacer frente al moro, que ya habia solicitado auxilios del rey de Marruecos. En la misma vega de Granada se dieron moros y

cristianos una sangrienta batalla el día 25 de junio del año 1319. La hueste de don Juan formaba el ala derecha de los castellanos; la de don Pedro el ala izquierda; ó por mejor decir habia allí dos ejércitos, con dos generales, acaso mas dispuestos á destruirse mutuamente que á combatir al granadino. En las talas y saqueos cada uno iba por su lado, sin correr peligro: y deseando hacer lo mismo en la batalla, ni se concertaron para darla ni pensaron en que pudiesen perderla. El moro venia con un solo ejército, una sola direccion, y una voluntad decidida á no consentir por mas tiempo que los enemigos recorriesen impunemente aquella hermosa vega. Constábale que en la izquierda de los íberos habia un jefe animoso, probado en las lides, experto y digno; y sabia que en el ala derecha mandaba un infante soberbio, altanero, presuntuoso, y nulo como jefe de soldados. Cayó pues con todas sus fuerzas sobre ese jefe jaactancioso y vano, y en poco tiempo le redujo al último extremo. Viéndose en tal conflicto, depuso don Juan su arrogancia, y envió á suplicar á don Pedro que le socorriese. Quiso cumplir este como cristiano y como íbero, pero sus soldados no le obedecieron, y fué tal el dolor que por ello sintió que, corriendo desatentado por el campo, cayó de su caballo, y quedó cadáver. La misma suerte tuvo don Juan, con la diferencia que su cadáver quedó en poder de los moros, y el de don Pedro se lo llevaron los suyos andando en retirada. Apenas pelearon los íberos aquel día de infausta memoria. La hueste de don Pedro, convencida de que no sería socorrida de la de don Juan si se veía en apuros, se nego á auxiliarla: tan profundas raíces debia tener echadas la desunion entre los castellanos cuando de esta suerte sacrificaban su honra á un placer rencoroso. No bien acaba-

ban de cerrar los ojos estos dos tutores , cuatro pretendientes aspiraron á sucederles en su cargo, el infante don Felipe, tío del rey y hermano del difunto don Pedro, otro don Juan hijo del difunto infante don Juan , don Fernando de la Cerda encargado de la mayordomía mayor, y don Juan Manuel hijo del infante don Manuel y de doña Constanza de Aragón. Á tenor de los tratos de Palazuelos, doña María, abuela del rey, debía quedar sola en la tutoría por muerte de sus contutores. No fué así , antes cada pueblo pareció que quería nombrar un tutor á su gusto. En varias poblaciones hubo asambleas con todas las solemnidades de una celebracion de córtes. Reunidos en Cuellar los concejos de Extremadura se declararon por don Juan Manuel. Burgos nombró tutor al hijo del infante don Juan. Écija al infante don Felipe. Entretanto los moros sacaban partido de su victoria, entrando en Huescar , saqueando las plazas de Galera y Orce , y pasando á cuchillo la mayor parte de los moradores de Martos. Los fronteros lidiaban encarnizadamente por la patria mientras las poblaciones centrales formaban bandos para destruirla. Y conociendo algunos de los primeros que tal estado de cosas no estaba puesto en órden, sentaron treguas con sus contrarios mirando solo á sus intereses. Esto hicieron muchos pueblos de Andalucía , y se concertaron en no dar obediencia á ningun tutor que no apareciese nombrado en córtes generales. Todo eran alborotos, asonadas y grandes turbaciones en Leon y Castilla. El infante don Felipe queria arrebatarse con las armas la tutoría de manos de don Juan Manuel. La reina madre doña María procuraba ponerlos en paz y se esforzaba para reunir en Burgos á los diputados de todos los reinos , á fines de 1320 , y recabar de ellos el nombramiento de entrambos. El hijo del infante

don Juan acudia á su vez á las armas para el logro de sus pretensiones. En ninguna parte aparecia ningun rayo de luz que dispase ese caos, en cuyo seno batallaban todas las ambiciones. En el reino de Portugal era todavía mas triste la situacion de las cosas. El príncipe don Alonso, desatendiendo las amenazas de Roma, hacia armas contra su padre el rey don Dionis, devastaba las riberas del Duero y del Miño, como si fuesen tierras extrañas, se apoderaba de Leyria y de Sanctaren, y obligaba al rey á entrar en campaña y á recobrar por la fuerza esas dos plazas. Este mal-estar general tomó creces en 1321. El obispo de Évora, delegado del papa, fué muerto violentamente en Estremoz cuando intentaba poner en paz al hijo y al padre. El hijo se apoderó de Coimbra, y el padre no cesaba de tener á su lado y dar muestras de mucho afecto á su hijo natural Alonso Sanchez, contra quien iban asestados todos los tiros del príncipe heredero. En estas circunstancias, cuando la paz pública estaba tan profundamente turbada, le acababa de nacer al príncipe don Alonso un hijo que mas adelante subió al trono con el nombre de don Pedro. No menos repugnantes eran las alteraciones de Leon y Castilla. El hijo del infante don Juan habia entrado en Cabezon y saqueádola, en Monzon y entrádola á saco y á cuchillo, y en todas partes exigia oro por rescate de sangre. El infante don Felipe hacia en las tierras y lugares del hijo del infante don Juan lo mismo que este en los suyos. Don Juan Manuel, viendo que la reina doña María miraba mas por su hijo don Felipe que por ningun otro, entró en tratos con la parcialidad del hijo de Juan, y al mismo tiempo ganó confidentes en Córdoba, se apoderó de esta ciudad, ahuyentó del alcázar á sus defensores y rompió los tratos que los fronteros

tenian hechos con el granadino. Sevilla y Jaen , en odio á los cordobeses , levantaron banderas por el infante don Felipe , y renovaron treguas con el moro. Un cardenal legado apostólico , que á la sazón fué á Castilla á instancia de la reina doña María para poner en paz á esa nube funesta de tutores , no halló medios convenientes para hacerlos entrar en tratos. Probóse nuevamente el remedio de las córtés aunque otras veces habia dado poco fruto. Convocáronse para Palencia , y se cree que no llegaron á juntarse. El país ignoraba si estaba en paz ó en guerra : los fronteros hacian una ú otra segun les parecia. Los guipuzcoanos creyeron conveniente á sus intereses mover hostilidades á los navarros , é hicieron daños y los recibieron como por via de juego. Los fronteros de Sevilla y Jaen daban treguas. Los de Córdoba las rompian. Los de Murcia veian caer sobre sí repentinamente una nube de enemigos que se adelantaron contra Lorca , y gracias al denuedo y sangre fria de los defensores de esta plaza si los granadinos fueron rechazados. Todas las maldades quedaban impunes , pues los ambiciosos necesitaban la ayuda de los malvados. La honradez , la buena fe , el amor á la patria , la justicia eran voces sin sentido. Los pretendientes á tutor tenian interés en recoger los servicios que les iban votando las córtés , y en prolongar ese estado de efervescencia que para ellos era una mina fecunda. El cardenal legado no pudo inducirlos á la paz ; y viendo que la depravacion de costumbres era general en todas las clases juntó en Valladolid un concilio provincial al que acudieron no todos los preladados convocados , y trató de poner remedio á los estragados hábitos que habian contraido sus dependientes. Á fuerza de ruegos los jefes de las varias parcialidades políticas habian prometido asistir á las córtés de

Palencia, cuando la reina madre doña María fué acometida de una enfermedad y dió el alma á Dios el dia primero de junio de 1321 dicen unos, el dia primero de julio dicen otros mas autorizados citando el testamento de aquella señora firmado el 29 de junio del mismo año. La crónica de Juan Manuel dice que murió por julio. Hija del infante don Alonso de Molina, era nieta de don Alonso IX de Leon, y biznieta de don Fernando II de Leon y de doña Urraca, infanta. Probada cruelmente en tres reinados, el de don Alonso X, el de don Sancho IV, el de don Fernando IV, y durante la menor edad de este rey y la actual de don Alonso XI, habia demostrado en todos tiempos mucha prudencia, tacto, actividad, acaso demasiada accion, y mucho valor y constancia, y no toda la suficiente energía. Tuvo la desgracia de meter fuego allí en donde puso la mano, acaso por sobras de movimiento. Todo lo ponía en paz, pero sembrando promesas que eran principios de guerra. Á una trama oponía otra trama; no sofocaba ambiciones, sino que provocaba otras que las combatiesen. Acostumbrada á trepar en su juventud por las veredas del poder, impelida de la sed de mando, conocia el mal que á los otros aquejaba, y nunca le cortaba de raíz, sino que apelaba á los paliativos. Es muy posible que las varias alternativas de su dominacion, aquella estimacion que unos hacian de María y aquella aversion que otros sentian por ella, revelasen á las claras admiracion á un tiempo por un vasto talento de gobierno, y miedo hácia la que habia dado comienzo á todas las alteraciones públicas excitando acaso á su marido á que escalase las gradas del trono expulsando de ellas á los Cerdas, y matando á pesadumbres á don Alonso el Sabio. Calientes aun esos restos de una mujer de gran fama, lo mas

que el cardenal legado pudo obtener de los aspirantes á la tutela fué que se otorgasen una tregua , que es como si todos ellos quedasen de hecho tutores , cada uno en su parte. En Portugal llegaron las turbaciones á tal extremo que ellas mismas por el exceso de mal se remediaron. El príncipe mozo acababa de entrar en Montemayor, Gayá y Oporto, y habia puesto sitio á la plaza de Quimaraes , cuando supo que su padre el rey Dionis acudia con numerosas fuerzas y ánimo de recobrar la plaza de Coimbra. Al momento el hijo dirigió su hueste contra la de su padre. Estaban ya á punto de darse batalla cuando la esposa y madre respectiva de los dos combatientes , se presentó á ellos y les pidió con llanto al uno que no destruyese á su propio hijo , al otro que despusiese las armas asestadas contra el pecho de su padre. Esta matrona era una verdadera cristiana. Llevaba en sus venas sangre de Aragon; y era Isabel de Portugal , la Santa. Algunas lágrimas tuvo que derramar, algunos dolores que sufrir antes de poner en paz al padre y al hijo ; algunas re-friegas presenció de aquellas tropas que prodigaban en mal hora la sangre lusitana : mas al fin tuvo la satisfaccion de ver que , echado un olvido sobre las pasadas flaquezas , y alejado de palacio el hijo bastardo que habia sembrado en él la discordia , padre é hijo legítimos hacian entrada solemne en Lisboa , y solemnizaban una concordia grata á sus vasallos. Si dijésemos que doña Isabel triunfó completamente , la daríamos un título de gloria que nadie alcanzó cuando se ha tratado de reprimir las pasiones humanas : evitó sí grandes males y enseñó el único camino por donde podian trocarse en bienes las desgracias públicas. Si padre é hijo reincidian en sus errores , y el segundo volvía en 1323 á provocar al primero , la reina estaba ahí que de nuevo los

calmaba y hacia entrar en sus deberes por el ascendiente que ejerce la virtud en todas partes. En Castilla no se daban treguas las ambiciones aunque algunas veces se las prometían. Unos á otros los rivales que aspiraban á no tener ninguno en el poder se armaban emboscadas, andaban á caza de traiciones, se arrebatában influencias en los pueblos, las perdían y recobraban; y acostumbrados á esta especie de existencia nómada y precaria, les parecían goces agradables sus tribulaciones.

El rey niño comenzaba á fijar la atención en todo cuanto le rodeaba. Todos le acataban sumisos y parecían estar pendientes de sus sonrisas, como pudiesen hacer sus propias voluntades. Tenía trece años en 1323, y á ruegos de los que le rodeaban escribió al hijo del infante don Juan, conocido por el Tuerto, y á don Juan Manuel, pidiéndoles que, depuestas las rivalidades, pusiesen un término á las discordias que asolaban el reino; y como ni uno ni otro se diesen por avisados, tomó de ahí pretexto don Felipe para tratar como á rebeldes las poblaciones de Campos que estaban por ellos, y destruirlas si no se daban á partido. Lo mismo hicieron á su vez aquellos en 1324 con otros pueblos adictos á don Felipe, de suerte que los habitantes suspiraban ya de todas veras por la terminación de unas alteraciones que tomaban en sus fines un carácter funesto. Asíanse, para declararse contra los tutores, de la menor circunstancia en que hubiese apariencias de una manifestación de voluntad de parte del rey niño. El almirante Jofre Tenorio, con solo decir que traía cartas de don Alonso XI, se apoderó en su nombre de la ciudad de Sevilla, y arrojó de ella á la parcialidad de don Felipe. No bien hubo cumplido el rey los catorce años, habló ya como soberano, nombró

los empleados de su casa y celebró córtés en Valladolid, las cuales le otorgaron tributos. Hay quien anticipa de un año la reunion de estas córtés, y dice que se juntaron en el año 1324; mas otros, aunque creen que pudieron ser convocadas una vez entrado el rey en los quince años, opinan que no se reunieron hasta fines de 1325 y duraron parte del siguiente año. Existen cuadernos de peticiones de estas córtés y llevan la fecha de 12 del mes de diciembre de 1325; y asimismo otro cuaderno de respuestas del rey á los preladados, y está fechado en 27 de febrero de 1326. Para vencer á los tutorés era preciso destruir la alianza que habian hecho don Juan Manuel y Juan el Tuerto. Á este fin no se halló otro medio mejor que concertar casamiento entre el rey y doña Constanza, hija de don Juan Manuel. Desarmado de esta suerte el tutor mas poderoso, ya los demás no parecieron temibles. Las principales plazas estaban por Juan Manuel ó por Juan el Tuerto. El infante don Felipe habia conseguido por un momento tener en su poder la poblacion de Segovia, pero luego se habia rebelado destruyendo á hierro y fuego sus parciales y entregándose nuevamente á don Juan Manuel. Este, junto al rio Guadalhorce, habia tenido la buena suerte de derrotar á los granadinos, y aumentar así la confianza que en él tenian puesta sus parciales. Conoció don Juan Manuel que no era sincera la promesa que se le habia hecho de que el rey casaria con su hija; y así avisó á don Juan el Tuerto para que estuviese sobre sí, pues el rey meditaba su destruccion y ruína. Alonso XI daba principio á su reinado persiguiendo las facciones sueltas formadas á la sombra y como por entre los pliegues de las grandes parcialidades. En Valdenebro acabó con una guarida de gente desalmada y turbulenta. Fué á Burgos, y

obtenida la rendicion y entrega del alcázar , castigó severamente á los jefes de los bandos. Llamó á su lado con segunda intencion á don Juan el Tuerto , y viéndole que comparecia rodeado de bandas armadas y temibles , esperó para sus fines otra mejor coyuntura. Habia hecho mella en el ánimo de don Juan Manuel , prometiendo casarse con su hija. Ahora , á don Juan el Tuerto le hizo prometer en casamiento su propia hermana, la infanta doña Leonor , si juraba completa sumision y obediencia. Para ello era necesario que don Juan acudiese á unas vistas , y lo hizo dándosele seguro. El postrer dia de octubre de 1325 entró en la ciudad de Toro , alegre con la esperanza de que en breve la hermana del rey seria su esposa. El dia siguiente , cuando iba á comer con el monarca , fué muerto de órden del rey , junto con dos caballeros que le acompañaban. Don Alonso XI no tenia mas que quince años , cuando en nombre suyo fué cometida por don Álvaro Osorio Nuñez esta felonía. Alteráronse los ánimos al tener noticia de ella , y en Toro decian que el Tuerto merecia por sus delitos todo género de muerte , menos la honrosa dada por órden del rey cuando acudia sobre seguro del mismo. Alonso XI tuvo que ocupar una especie de sala de trono improvisada , y dar desde ella sentencia de muerte sobre un cadáver , declarando confiscados sus bienes , para pasar como se pudo una brocha sobre aquella mancha. Don Juan Manuel , dándose por avisado , y viendo en qué se convertian las promesas de matrimonio , se metió con sus mas adictos en Chinchilla , cuya fortaleza pasaba por inexpugnable. En Lisboa á 7 de enero habia fallecido el rey de Portugal , Dionisio , dejando el trono á su hijo Alonso IV. El primer cuidado del nuevo monarca fué desterrar del reino á su hermano bastardo Alonso Sanchez ;

y el de este fué devolverle ira por ira, y devastar las fronteras de su reino. El rey fué á poner sitio á la plaza de Co-deceyra que pertenecia al Sanchez, y la rindió y desmanteló en 1326. Hácia el mismo tiempo dispuso, bajo severas penas, que nadie en sus estados desafiase á otro por venganzas personales; sin duda por haberle enseñado la propia experiencia á qué cúmulo de males arrastraban. El propio año el rey de Castilla hacia esfuerzos para atraer tambien á unas vistas á don Juan Manuel, á lo que este se negó siempre, diciendo si le darian el mismo seguro que á don Juan el Tuerto; por lo que el rey, no pudiendo castigar á aquel jefe, se cebó en sus parciales, y entrando en Segovia castigó con tan severos castigos los alborotos del año 1324 que las gentes olvidaron completamente el horror de aquellos crímenes á vista de una espiacion espantosa. El mismo arzobispo de Toledo, cuñado de don Juan Manuel, é infante de Aragon, no se creyó seguro en Castilla, y procuró permutar su arzobispado con el de Tarragona. El maestre de Santiago, García Fernandez, que asimismo habia tenido relaciones íntimas con don Juan Manuel, hizo dimision de su dignidad y fué reemplazado por don Vasco Rodriguez de Cornado. El infante don Felipe, tutor que habia sido del rey, y hermano de don Fernando [IV, murió el dia 5 de junio. Parecióle en 1327 á don Alonso XI que ya podia impunemente retirar la palabra de casamiento que tenia dada á doña Constanza, hija de don Juan Manuel, y en vez de darla la mano de esposo, la hizo encerrar en el castillo de Toro; y entró en tratos con el rey de Portugal para contraer enlace con su hija la infanta doña María. Al mismo tiempo movió guerra contra el granadino y los beni-merines. La escuadra del almirante Jofre Tenorio, aunque in-

ferior en número á la del rey de Marruecos, la acometió en las aguas del Estrecho, la derrotó, echó á pique cuatro de sus naves, apresó tres, hizo trescientos cautivos, mató nuevecientos hombres, y volvió triunfante con la presa á San Lúcar. El rey estaba en Sevilla en donde le habian hecho una entrada magnífica, y dió principio á su campaña poniendo sitio á la plaza de Olbera. El presidio de Almonte y los vecinos de esta poblacion no se creyeron seguros teniendo tan cerca al rey, y se fuéron para Ronda: mas Ruy Gonzalez que mandaba las milicias de Sevilla, les salió al paso y los redujo á cautiverio; á su vez los de Ronda sorprendieron al sevillano, le arrebataron la presa, le pusieron en fuga y le tomaron el pendon de Sevilla, sin que bastase á impedirlo un refuerzo salido de los reales de don Alonso. Olbera en tanto prolongó su resistencia hasta que al sitiador le llegaron máquinas é ingenios de Sevilla, y entónces se rindió con la condicion de salir libres sus moradores, si los de Ronda devolvian el pendon ganado. Hízolo así el presidio de Ronda, y la plaza de Olbera fué entregada. Las de Almonte, Alaquien y Pruna tuvieron la misma suerte; y el castillo de la última, aunque inexpugnable, fué ganado por industria y esfuerzo de unos soldados que se subieron á unas escarpadas peñas y degollaron el presidio. Por la parte de Murcia, la guerra consistió en escaramuzas contra la hueste de don Juan Manuel que se habia aliado con el granadino, dándose por desnaturalizado de Castilla, é incitando al aragonés á que le favoreciese. La pluma ha de correr suelta al trazar los sucesos del año 1328, pues no es posible hallar en ellos el menor motivo de complacencia. Un legado del papa prueba á poner en paz al rey y á su vasallo, y no puede conseguirlo: los lugares abiertos de las

comarcas de Cuenca, Toledo, Segovia y Sigüenza son devastados por la parcialidad de Juan Manuel; los fronteros de Aragon talan la tierra por la parte de Almansa y Chinchilla; Zamora se altera contra don Alvaro Nuñez Osorio, privado del rey; Toro imita su ejemplo, y dice que las crueldades del monarca son obras del valido, pues las mas de las veces son tan propensos al mal los que rodean á los príncipes, que les basta la menor concesion para que se tomen otras muchas, y que se les tolere un desman para que se permitan ciento; en Córdoba acababan de ser castigados con pena de muerte todos cuantos, años antes, habian favorecido á don Juan Manuel, y por tal camino era imposible que ningun castellano ó leonés dejase de ser réo de sedicion y digno de muerte; en Soria corrió la voz de que un enviado del rey, por nombre Garcilaso de la Vega, venia con órden de prodigar castigos, y como el pueblo estaba sediento de olvidos, se enfureció, y entrando tumultuariamente en la iglesia de San Francisco en ocasion en que Garcilaso oia misa, le cosió á puñaladas, sin respetar el sagrado del templo; los mismos habitantes de Valladolid, olvidada su habitual cordura, hicieron armas contra su rey, opusieron resistencia á su hueste, y se negaron á deponer las armas hasta que don Alvaro Nuñez Osorio dejase de regir los destinos del reino. El valido fué sacrificado á vista de aquel clamor unánime. No bien le quitaron el mando, se declaró á su vez rebelde, y se hizo fuerte en uno de sus castillos. Alonso XI, adoctrinado por Osorio, adoptó contra él sus máximas favoritas, y le hizo matar á traicion en su propia casa. Las ciudades habian vuelto á la obediencia, no bien supieron la caida del valido; y el rey efectuó su matrimonio con doña María de Portugal. Poco despues dió la mano de su herma-

na doña Leonor al rey don Alonso de Aragon, pareciendo como que deseaba dar buenos fines al año que acababa de tener tan deplorables comienzos. El que mató á traicion á Osorio, fué Juan Ramirez, y recibió el castillo de Belber en recompensa. La entrega de la infanta doña Leonor al aragonés se hizo en Ágreda el año siguiente de 1329 estando presentes los reyes de Aragon y Castilla, de donde pasaron á Tarazona, y renovaron las antiguas alianzas de los dos reinos contra los moros, añadiéndose por algunos que tambien tomó parte en ellas, por medio de embajadores, el rey de Portugal, cuyo primogénito don Pedro quedó ya antes concertado que casaria con doña Blanca, prima hermana del rey de Castilla. De vuelta de su viaje á Aragon se detuvo don Alonso XI en Soria y castigó con la severidad que tenia por costumbre el atentado cometido en la persona de Garcilaso de la Vega. Andábase por este tiempo en nuevos tratos con don Juan Manuel, visto que era imposible echarle mano, y cosa difícil amenguar su poder y el de los Laras. Avínose el rey á devolverle su hija doña Constanza y darle honores y empleos dignos de su alcurnia, siempre que viniese á su servicio, diese rehenes y devolviese la plaza de Lorca de que se habia apoderado. Parece que don Juan Manuel aceptó este partido, mediando en los tratos el obispo de Oviedo. El rey acababa de salir felizmente de una enfermedad y se sentia mas inclinado á vivir en paz con los propios y en guerra solamente con los moros. Solicitadas del papa dispensas por el parentesco que le unia con su esposa doña María, las obtuvo con la obligacion de edificar un templo, y asimismo obtuvo los subsidios y tercios acostumbrados para llevar adelante la guerra contra el moro. Además, las córtes celebradas en Madrid en el referido año

de 1329, le ofrecieron el tributo de la alcabala sobre los que ya se venian satisfaciendo, y á vueltas de respetuosas protestas le pidieron que tomase cuentas á su tesorero judío Jazet, pues parecia imposible que no resultase deudor á la hacienda pública: y como entónces el viento corria contra los judíos, dispuso don Alonso que se le tomasen cuentas. En ellas resultó alcanzado, por causas á que acaso el mismo rey no era ajeno, por lo que no le castigó en otra forma que quitándole el destino y dándolo á un cristiano mas íntegro y no menos condescendiente. Por entónces se perdió en Andalucía la villa de Pliego, por descuido de su gobernador y traicion de un escudero del mismo que la vendió al moro. No tardó el rey en recobrarla, como asimismo en apoderarse de Cañete, y los castillos de Otrejica y Cuevas, en 1330. Esta campaña contra el granadino se hizo por la parte de Teba mientras el aragonés hacia una incursion por Lorca y don Juan Manuel por Vera aunque con tibieza y mas daño de los cristianos que de sus enemigos. El rey, tenidas antes en Fuente Grimaldo unas vistas con el portugués, y obtenido de él un socorro de quinientos caballos, pertenecientes á la órden de Cristo, y los mas de ellos templarios antiguos, puso sitio á la plaza de Teba. Los sitiados opusieron una tenaz resistencia, favorecida por los granadinos que hicieron grandes esfuerzos para libertarlos. Los portugueses se volvieron creyendo que era imposible rendir la plaza; pero entónces don Alonso XI, instado del punzonador, renovó con mas ardor las acometidas y la obligo á rendirse, salvas las vidas. Contento con este resultado, firmó treguas con el moro, y fué á buscar en la hermosa Sevilla unos dias de solaz y de ternura. Habia visto allí á doña Leonor de Guzman, dotada segun las crónicas de todas

las prendas, menos una que le sacrificó para tenerle preso en sus redes. De estas horas de ocio de Alfonso XI veremos mas adelante cuántos dias de llanto se originaron para los reinos de Leon y Castilla. No teniendo el rey campaña que hacer en 1331 se dedicó á recorrer sus estados por el estilo de Sancho el Craso, y á administrar lo que entónces se llamaba justicia. Primero se vió en Jerez con la reina viuda de Portugal doña Isabel la Santa, cuya noble señora, su abuela política, es natural que procurase apartarle del trato ilegítimo con la de Guzman. Recibió despues en Burguillos á aquel don Alonso de la Cerda, hijo de don Alonso el Sabio, hecho juguete de las veleidades de la suerte, y que venia á acabar sus dias allí en donde vió la luz primera, sin mas pretensiones que la de morir tranquilo en su tierra. Dirigióse á Talavera de la Reina, y allí firmó paz y amistad con un enviado del rey de Navarra. De paso destruyó en Santa Olalla una gavilla de malechores condenándolos á todos á la pena de muerte, ya por sus maldades, ya por ser poblacion aquella de las de don Juan Manuel. En Toledo acabó asimismo con un gran número de malhechores, es decir, de hombres dados á vivir de sus armas, á imitacion de muchos ricos-hombres. En Illescas le tuvo en cama algunos dias una enfermedad grave. Convaleciente de ella, estuvo en Madrid, dispuso la acuñacion de nueva moneda, y es fama que un judío valido suyo y médico de su casa, la alteró, en su valor, produciendo en los precios y cambios una depreciacion deplorable. Encaminóse á Segovia, y de allí á Valladolid, y por último estuvo en Búrgos. Á un caballero que dió un mentís delante de él á otro caballero, le hizo matar por sus maceros: género de justicia por demás vehemente. Acababan de armarle caballero y de coronarle con

toda magnificencia en el monasterio de las Huelgas. Lo mismo acaeció en esta ceremonia que en las de Aragon, análogas y ya descritas. Mucha pompa y aparato, un acompañamiento numeroso, trajes riquísimos, mucho oro y plata por entre el acero bruñado, y luego banquetes, aclamaciones, justas, máscaras, cañas y torneos. Tampoco vino el rey al templo á que le coronaran, sino que tomó la corona y se la puso, cogió la de su esposa y tambien se la puso, como para indicar á grandes y á pequeños que habia alguna cosa superior á todos, y esa era la monarquía, hollada por los romanos en nuestra tierra, y ahora renaciente. Pugnaba á la sazón por salir de los pañales en que la tenían envuelta la nobleza y las costumbres. Cada magnate era para el príncipe un enemigo con quien estaba condenado á vivir, en términos de buena amistad y comedimiento. Don Juan Manuel, los Laras, y otros nobles eran los verdaderos azotes del reinado de don Alonso XI. Nada disimulaban al príncipe, si él no empezaba por disimulárselo á ellos todo. Los amores del rey con doña Leonor de Guzman pensaron en explotarlos introduciendo en el reino nuevas discordias por medio de un divorcio entre el rey y doña María; y viendo que la misma doña Leonor se oponia á este escándalo, hicieron público el desliz del monarca, y dieron tales proporciones á los actos de su vida privada, que no parecia sino que los destinos de la monarquía dependiesen de las sonrisas prodigadas á aquella favorita. Lleváronse insinuaciones á los oídos del rey de Portugal hasta el punto de inclinarle á casar su hijo, nó ya con la prima hermana del rey don Alonso XI, sino con doña Constanza, hija de don Juan Manuel. Este y sus coligados los Laras formaban alianza con el granadino á tiempo que este iba pagando parias al

castellano y renovando con él las treguas en 1332. El rey no perdía su tiempo. Hizo que los moradores de Álava, antes dependientes de behetría, solicitasen entrar en el dominio de la corona, y los recibió en ella solemnemente. Instituyó una orden de caballería, no ya religiosa, sino puramente militar, llamada de la BANDA por llevarla puesta sus miembros. Hizo celebrar fiestas magníficas cuando la reina doña María dió á luz un príncipe á quien se puso por nombre don Fernando, y procuró acallar de esta suerte las malas voces de desamor que le atribuían hácia ella. Otro hijo nació también de la Guzman, casi al mismo tiempo, y le otorgó el señorío de Ledesma, y le llamó Sancho. El primero murió el año siguiente, casi al mismo tiempo que doña Leonor de Guzman daba á luz dos mellizos, don Enrique y don Fadrique. En 1333 hizo don Alonso XI muchos y sinceros esfuerzos para volver á su obediencia á don Juan Manuel y á don Juan Nuñez de Lara; y ya estaba á punto de conseguirlo cuando aquel fatal recuerdo de la muerte dada á don Juan el Tuerto, que vino á él fiado en un seguro, hizo inútiles todas las negociaciones. Los caballeros decían que no les era posible dar crédito á un príncipe que ya una vez había faltado á su palabra. El rey tuvo que hacer frente al granadino y al africano sin poder contar con la mas poderosa parte de su nobleza. En vano algunos empleados suyos consiguieron de aquellos dos ricos-hombres alguna vaga promesa de que hostilizarían á los moros en calidad de fronteros y recibidos ciertos libramientos: todo cuanto recibieron, y las propias armas, lo convirtieron en daño de Castilla. Don Alonso no pudo socorrer con tiempo la plaza de Gibraltar, que se rindió por hambre, y tuvo que

acudir con toda su hueste por si era tiempo de recobrarla. En tanto el rey de Granada, aunque poco afortunado en una embestida que dió á Castro del Rio, entró despues por tratos en Cabra y la dismanteló completamente. Puesto el rey don Alonso XI en el empeño de reconquistar la plaza de Gibraltar, pasó grandes trabajos y dió muestras de poseer como monarca dotes eminentes, aunque por desgracia él mismo habia debido formarse su educacion á fuerza de crueles experiencias y desengaños. Jofre Tenorio por mar y él por tierra dieron tales arremetidas á la plaza, que sin duda alguna sucumbiera á no haber hecho punto de honra su conservacion dos monarcas poderosos. Si la hueste cansada y hambrienta pronunciaba la voz de retirada, don Alonso era el primero que renovaba el ardor de sus soldados. Una vez por hambre habia ya levantado el campo, y volvió á él para poner en salvo mil quinientos soldados que habian quedado en una isleta. Recibidos víveres por mar, se ensanchó su corazon, y creyó un momento que era llegada la hora de la reconquista: pero entónces le llegaron de Castilla nuevas crueles. Su hijo don Fernando habia muerto; los Laras y Juan Manuel se cebaban en los míseros moradores; sus enemigos le contaban por hombre perdido y se atrevian á pedir auxilio á los aragoneses en su daño; y era tal el desaliento de cuantos le rodeaban, que no era posible pensar en la toma de aquella plaza, pocos meses antes suya, ahora poseida del moro. En esta cruel situacion los moros le abrieron camino para una retirada honrosa. El rey de Granada, temeroso de su tenacidad, le propuso que si levantaba el sitio, firmaria con él paz y amistad por cuatro años, le pagaria las parias acostumbradas, y le

daria desde luego rehenes. Alonso XI se asió de esta tabla que sus mismos enemigos le ofrecian , y salvó su reputacion y su ejército.

En 1334 no pensó el rey en otra cosa que en castigar á los nobles que, no contentos con dejarle abandonado á su suerte en Andalucía , devastaron sus dominios cuando acababan de cobrar sueldo suyo. Eran los principales Lope Diaz de Rojas , Juan Alonso de Haro , Juan Nuñez de Lara y Juan Manuel. Castigó al primero tomándole la fortaleza de Santibañez de Zarzaguda , y luego la señoría de Rojas. Esta última la defendió Diego Gil que la tenia por Lope Diaz , y resistió tenazmente al mismo rey que la sitiaba ; mas luego viendo que era inútil toda resistencia capituló con la condicion de salir libre él con todos cuantos estaban dentro. Avínose el rey , pero en cuanto hubieron salido los mandó prender , los acusó de haber hecho armas contra su rey y los mandó matar : lo que pareció mas bien fea venganza que noble justicia. De ahí resultó que los hidalgos modificaron las condiciones con que tenían sus fortalezas por los ricos-hombres , y dijeron que no las defenderian si el rey se las pedia. Lo que fué borrar de una plumada el feudalismo. Á don Juan Alonso de Haro , á quien el rey acusaba de haber faltado á su servicio cuando cobraba su sueldo y de haber armado contra él á los fronteros de Navarra , le sorprendió en Agoncillo , le mandó venir á su presencia , le hizo matar , dio parte de sus bienes á sus dos hermanos , y el resto le tomó para sí como justa indemnizacion , decia , de lo que por aquel rico-hombre habian sufrido sus vasallos. Á un enviado de don Juan Nuñez de Lara , que venia con recado de que este se daba por desnaturalizado del reino , mandó

Alonso XI cortarle las manos y los piés, y en seguida degollarle: lo que serviría de ejemplo, dijo, para que nunca mas ningun rico-hombre enviase mensajes á su rey. La lucha entre el rey y Nuñez de Lara tomó entonces el carácter de una verdadera guerra civil. En las cercanías de Cuenca de Campos, de Palencia y Lerma el primero persiguió al segundo con grande encarnizamiento; y no pudiendo haberle á manos, se encaminó á Vizcaya, tomó y demolió en Pancorvo la fortaleza de Peña-Ventosa, se hizo reconocer por señor en las Encartaciones, pasó á Bilbao y levantó allí un castillo, y consiguió que á la sombra del árbol de Guernica hiciesen renacimiento á su favor los vizcainos, exceptuadas las fortalezas de Ercuca, Muchete, San Miguel, Peña de San Juan y Unceta que se negaron á abrirle las puertas, y no quisieron fiarse de sus promesas. Trasladóse á Burgos y á un mismo tiempo hizo cercar las plazas de Lobaton, Ferrera y otras, todas ellas de Nuñez de Lara, de manera que obligó á este soberbio rico-hombre á solicitar tratos. Don Alonso no quiso verse con él, pero se avino á poner en olvido lo pasado con la condicion de que le fuesen entregadas tres plazas en rehenes, cedida la de Ferrera, y puesta á su disposicion la Vizcaya. Otros suponen que este señorío quedó por los Lara: pero los códices manuscritos de la Crónica dicen lo contrario, si bien las impresas lo afirman. En medio de estas perturbaciones, cargada la atmósfera de ódios, venganzas, persecuciones y sañas, vino al mundo en Burgos dia 30 de agosto de 1334 el infante don Pedro. Las fiestas que por su nacimiento se hacian, anduvieron mezcladas de llantos, asaltos, ejecuciones sangrientas, talas y saqueos. Para poder don Alonso XI darse tales sa-

tisfacciones renovó treguas con otro rey de Granada recientemente elevado al trono , y con el de Marruecos , relevándolos de pagar parias. Don Juan Manuel , enemigo interior el mas poderoso de cuantos tuvo Alonso XI, viendo que sus compañeros sucumbian ó se concertaban con el rey , trató de entrar en avenencia , y lo consiguió con buenas condiciones. Ya su plan de emparentar con el rey de Portugal , casando su hija doña Constanza con el príncipe heredero de ese reino , tomaba apariencias de buen resultado. La infanta doña Blanca , prima hermana del rey de Castilla , y destinada al príncipe heredero de Portugal , padecía de perlesía y otros achaques , por lo que se creyó , con conocimiento de personas competentes , que este casamiento era irrealizable , y se dió parte de esta novedad á los reyes de Aragon y de Castilla. Continuaba este en su tema de humillar á los ricos-hombres. Sucedió que mientras iba de caza le negó la entrada en el castillo de Iscar el caballero que en él tenia presidio por don Juan Martinez de Leyva. Al momento Alonso XI manda comparecer á Leyva , le pregunta si ha dado orden de que le nieguen la entrada en sus castillos , y respondiendo Leyva que no tenia dada semejante orden , mándase comparecer á aquel caballero , se le forma causa somera de traicion , y se le condena á muerte. Creia don Alonso que por este camino le seria fácil conservar la tranquilidad pública ; pero en realidad la demasiada energía de los remedios enardecia el mal , y abria nuevos caminos al descontento. Apenas se acababan de cerrar las anteriores cicatrices y ya don Juan Manuel , los Laras y otros nobles se concertaban para abrir otras nuevas. Por la parte de Navarra continuaban los fronteros las hostilidades , y se hizo necesario

enviar hueste. Don Alonso XI brindó con el mando por forma de cortesanía á Don Juan Nuñez de Lara ; mas este, conociendo que en ella mas pareceria preso que escoltado, se excusó, y el rey puso en su lugar al mayordomo mayor de palacio Martin Fernandez Portocarrero. Llevaban ya recibidos tan rudos golpes los ricos-hombres que soportaron con resignacion este nuevo al que no estaban acostumbrados de obedecer en la hueste á quien les era inferior en sangre. Los azares que tuvo la guerra son muy poca cosa comparados con esta innovacion solemnemente consentida. Portocarrero fué afortunado en las cercanías de Tudela, consiguiendo dividir las fuerzas del navarro y batirlas en detall en esta primera campaña de 1335; pero luego acudió con nuevas tropas al conde de Foix, y el castellano tuvo que replegarse hácia Logroño, y debió su salvacion al heroísmo de Ruy Diaz que defendió el paso del puente hasta morir en él con los suyos mientras el grueso de la hueste se ponía en salvo. Parece que el castellano recibió en el referido año tres embajadas; una del rey de Marruecos que le envió presentes, se llevó otros en cambio, y vino á cerciorarse del poder y recursos de los iberos; otra del rey de Inglaterra, Eduardo, que le proponia su alianza y prometia enviarle una hija suya para cuando el príncipe de Castilla pudiese tomarla por esposa, y deseaba impedir todo concierto del francés con el castellano; y por fin una paternal del sumo pontífice en que se le indicaba cuán lastimoso era que en sus dominios fuesen tan generales y públicos los amancebamientos y adulterios, y se le prevenia que por medio de los preladados se iba á poner remedio á tales males: no se le habló de doña Leonor de Guzman, precisamente porque de ella

se trataba. Veinte y cuatro años de reinado llevaba en 1336 don Alonso XI, la mitad pasados en la infancia, la mitad en la mocedad, todos ellos sin haber podido cortar de raíz los gérmenes de las turbulencias que traian revuelto el estado. Hacia algunos años que el rey no convocaba córtés: y el malestar profundo en vez de amortiguarse acrecia. Limitábase el rey á reunir los ricos-hombres ó los concejos, y les pedia los recursos que juzgaba convenientes. La libertad que se habian tomado las córtés de Madrid, al suplicarle que tomase cuentas al tesorero judío Juzaf, no habia sido del agrado del monarca: y le parecia que cuantos menos concejos reuniese mas buen partido sacaria, y por entre muchas menos molestias. Á todos ellos les pedia ahora fuerzas suficientes para acabar con don Juan Nuñez de Lara y con don Juan Manuel, cuya preponderancia habia llegado al extremo de conseguir que el rey de Portugal declarase la guerra á Castilla, y que el de Aragon le moviese hostilidades por medio de los fronteros. Don Pedro Fernandez de Castro y don Juan Alonso de Alburquerque habian tambien formado liga con aquellos dos vasallos poderosos; pero don Alonso XI supo apartarlos de ella con mercedes y concesiones. Á don Juan Manuel le hizo sitiar el rey, primero en el castillo de García Muñoz, y luego en el de Peñafiel, y por último le obligó á pasarse á la frontera de Aragon con sus parciales. Á don Juan Nuñez de Lara, embestidos casi á un mismo tiempo por distintas fuerzas sus mejores castillos, le sitió con lo mejor de su hueste en la fortaleza de Lerma. • En este sitio pudo convencerse don Alonso de que la nobleza habia echado en su tierra unas raices demasiado hondas para que fuese posible arrancarla de cuajo. Estre-

chamente cercado don Juan Nuñez iba á rendirse por hambre , pero los mismos nobles del campo enemigo le hicieron pasar víveres. Aun así el rey estuvo á punto de apoderarse de su persona; mas entonces los jefes todos de la hueste real pidieron á una voz que no fuese destruida una de las mas ilustres casas del reino con la que la mayor parte de ellos tenian parentesco. Mal su grado hubo el rey de manifestarse clemente, y volvió á su gracia á don Juan Nuñez de Lara , con la condicion de que desmantelase sus castillos , y sé viniese á su servicio con su gente. Lara pasó por esta humillacion viendo que de otra suerte le era imposible salvarse.

Algunos tráfugas que del campo del rey se habian pasado á los sitiados , fueron excluidos del trato , pero Lara halló medio de hacerlos desaparecer. Entretanto el rey de Portugal habia puesto en campaña una hueste mas numerosa que aguerrida , y sitió con ella la plaza de Badajoz. Acudieron á una las milicias de Cáceres , Córdoba, Coria , Plasencia , Sevilla y Trujillo , y varios ricos-hombres para hacérselo levantar ; á cuyo efecto , tomada posicion en Barcarrota , interceptaban al sitiador los víveres. Envió contra ellos el rey de Portugal á don Alonso de Sousa , con gente escogida ; pero fué derrotado ; y el portugués tuvo que levantar el campo y volverse á su reino. Quedaban por el pronto fuera de combate los principales enemigos de don Alonso XI. Á la sazón el rey de Francia solicitó la alianza del castellano con mejor fruto que lo habia hecho un año antes el de Inglaterra ; y por la parte de Navarra se puso asimismo término á las hostilidades. En Estremoz de Portugal habia muerto el dia cuatro de julio doña Isabel , la Santa , madre del actual príncipe

reinante, convencida de que los días de nuestra vida, con ser tan cortos y penosos, los hace miserables el vendaval de las pasiones que los azota. Pasaron adelante las capitulaciones matrimoniales entre don Pedro, nieto de dicha reina, y doña Constanza, hija de don Juan Manuel. Este se obligó á entregar en ciertos plazos, como dote de su hija, hasta trescientas mil doblas de oro. Concíbese que habia de ser mucha su riqueza, cuando hacia tantos años que tenia en su mano la perturbacion de la paz pública en su patria. Lo que no se concibe es que luego que hubo armado al portugués y al aragonés contra el rey de Castilla, le viniesen deseos de prestar obediencia y homenaje á aquel monarca que durante tantos años habia sido blanco de sus iras; y no se puede explicar esta extrañeza de carácter sino diciendo que fuera de su patria se conoció impotente, y dentro de ella, aunque rendido y humillado, todavía se creía poderoso. Las hostilidades en la frontera de Aragon se limitaron á talas y correrías dirigidas por el aragonés Ejerica contra su propio rey don Pedro IV. Auxiliaron á Ejerica las milicias de los concejos de Almazan, Cuenca, Huete, Molina, Murcia y Soria, y alguna caballería mandada por don Diego de Haro. En las fronteras de Portugal se sostuvo en 1337 la verdadera campaña de este año. Los portugueses deseaban tomarse un desquite por su rota del año anterior; y el rey de Castilla, sañudo por carácter, ardia en deseos de venganza contra su suegro por haberle puesto en la necesidad de volver á su gracia á dos de sus ricos-hombres cuya ruína era el blanco de sus anhelos. Esta campaña fué sangrienta por mar y por tierra. Por mar, Jofre Tenorio, almirante de Castilla, acostumbrado á obede-

cer á ciegas las órdenes de don Alonso XI, barrió las costas de Portugal, haciendo en ellas incalculables daños, y fué en busca de la armada portuguesa, á la que avistó no muy lejos de la embocadura del Tajo. Embistiéronse las dos escuadras con tal furia que no parecia se tratase de una mala inteligencia entre dos príncipes iberos, sino de la salud de la Península. Algunos buques llevaba ya perdidos Jofre Tenorio, cuando abordó la nave capitana de los portugueses, la apresó, puso en fuga las restantes, destruyó seis, y apresó ocho. Con ellas se encontró triunfante por el Guadalquivir y llegó hasta Sevilla. Don Alonso se hallaba á la sazón en esta ciudad, hecha antes una cabalgada en tierra de Portugal, de donde volvió talados los campos y recogido buen número de cautivos. Dice la crónica que á estos les devolvió la libertad, ya porque conociese que no era lo mismo lidiar con cristianos que con moros, ya para poder esperar del portugués otro tanto, ó bien fuese por insinuacion de los legados pontificios. Los autores portugueses dicen que una hueste suya taló la comarca de Lepe y Gribaleon, y sostuvo con los fronteros castellanos un reñido encuentro, que quedó indeciso. Añaden que por la parte de Galicia fué rechazada una cabalgada que intentaron hacer en Portugal los hermanos Castro. Y afirman por último que el rey de Portugal dirigió en persona una entrada en tierras de Galicia, tuvo cercada la plaza de Salvatierra, devastó sus cercanías, y volvió á su tierra con un botin considerable. Era un grave mal que se hubiese empeñado esta lucha, por causas tan mezquinas, enemistando con ella hondamente dos pueblos tan dignos de tener unos mismos y honrosos destinos. La corte romana,

presidida entónces por Benito XII, envió legados á Castilla, Portugal y Aragon, é hizo esfuerzos para que se volviere contra los granadinos y los marroquíes la furia con que aquellos reinos se debilitaban mutuamente por ni-miedades. Es bueno consignar aquí que varios concejos reunidos en Madrid á instancias de don Alonso XI se negaron á ayudarle para esta guerra con auxilios extraordinarios, prueba de cuán poco populares eran las guerras de ibero á ibero. La sumision de don Juan Nuñez de Lara y de don Juan Manuel en aquellas circunstancias, despues de una tenacidad por tantos años sostenida, demuestra asimismo que querian alejar de sí toda nota de haber contribuido á encender aquella desunion lamentable. En 1338 consiguieron los legados pontificios lo que no habian logrado el año anterior. Portugal y Castilla firmaron treguas por un año, mientras se trataba de la paz ó de buscar medios para hacerla posible y decorosa. Cruzábase de por medio un asunto delicado. Benito XII habia escrito á don Alonso XI solicitando de él que dejase de vivir tan íntimamente con doña Leonor de Guzman, y devolviese á la reina los fueros y miramientos que naturalmente esperaba. Un rico-hombre decia que la paz ó la guerra con Portugal estaban dentro de una saya. Aragon y Castilla se entendieron mas fácilmente. El antiguo sedicioso don Juan Manuel fué ahora el hombre de estado que trabajó con mas ahinco para hacer vivir en la mejor armonía posible, por algun tiempo á lo menos, al rey de Aragon con su madrastra y los dos hijos de esta, y para dar cimiento á una alianza entre aquellas dos coronas. El rey de Marruecos y el de Granada se encargaron de dar firmeza á la paz de los cristianos. Los preparativos de am-

Los príncipes moros indicaban que no renovarían la tregua con el castellano, antes obrarían contra él de acuerdo para hacerle una guerra sangrienta. Viendo que eran realidades lo que se temía, y que había indicios para creer que nuestra Península iba á pasar unos días no menos críticos que los que precedieron á la batalla de las Navas, el aragonés y el castellano hicieron sus prevenciones, y don Alonso XI, olvidadas las pequeñeces que le traían enemistado con su suegro el rey de Portugal, se avino también á renovar con él las antiguas alianzas, y á deslindar los términos y confines de ambos reinos, principiò de inacabables reyertas desde muy remotos tiempos. En tales momentos y en vísperas de una lucha formidable, decretó don Alonso XI el golpe mas contundente que hasta entónces hubiesen recibido los ricos-hombres y señores de behetría, á saber, que todas las fortalezas, castillos y parajes fortificados, quedasen puestos en fieltad por el rey. Así quitó sus defensas á los que formaban una multitud inmensa de estados metidos en otro grande estado, á manera de miles de voluntades individuales armadas contra los propios y para oponer en todos tiempos resistencia á las voluntades generales. Como consecuencia de aquella órden, dispuso también Alonso XI que todos los agravios se resolviesen, nó por rieptos, sino por trámites de justicia. Y para que no se dijese de él que aspiraba á amortiguar el espíritu de caballería, dispuso en Burgos un torneo, en el que se presentó él mismo de incógnito, y lidió de poder á poder con algunos caballeros, asegurada antes en lo posible su persona. Doña Leonor de Guzman se complacia en tales espectáculos.

Era entonces esta señora la única influencia dominan-

te en Leon y Castilla. Habia hecho deponer al maestre de Santiago don Vasco Lopez, y en su lugar hizo elegir á don Alonso Mendez de Guzman, á pesar de la oposicion de don Gonzalo Martinez de Oviedo, de quien se declaró por esta causa mortal enemiga. Antes se habia pensado en conferir aquella dignidad á don Fadrique, uno de los hijos habidos por el rey en dicha doña Leonor; pero se creyó prudente dilatarlo en aquellos momentos en que iba á moverse guerra contra el moro. Celebradas córtes en Alcalá de Henares obtuvo de ellas el rey todo cuanto necesitaba para sostener la lucha. Confirmó su alianza con el rey de Aragon, y se dispuso para entrar en campaña. El aragonés debia llevar al Estrecho la mitad del número de naves que en él pondria el castellano; y al mismo tiempo haria una diversion por las fronteras de Valencia y Murcia.

La campaña de 1339 fué llevada á cabo y sostenida por el castellano con el mayor ardimiento y brio. Como á preliminares de la misma, el rey salió de Sevilla con alguna hueste, recorrió las riberas del Guadajoz, taló los campos de Antequera, Archidona y Ronda, contuvo y escarmentó un grueso de gente enemiga, detúvose en las cercanías de Teba, y por Sevilla se vino á Madrid, terminada la cabalgada de la primavera. Luego entraron en movimiento las milicias de los concejos y de las órdenes, mandadas por don Gonzalo Martinez de Oviedo, mientras por mar se hacia á la vela Jofre Tenorio con veinte y cuatro galeras de Castilla, seguido de Gilabert Cruillas que mandaba doce galeras enviadas por el aragonés. Martinez de Oviedo fué con su gente á Alcalá de Benzayde, recogió botin y cautivos, tomó á los moros un convoy á corta

distancia de Priego, y le metió en Écija. Mendez de Guzman, nuevo maestre de Santiago, rechazó una algará del rey de Granada, que habia llegado hasta Silos, y la puso en derrota. El hijo del rey de Marruecos cruzó el Estrecho, y se puso en marcha hácia Lebrija, taladas antes las tierras por donde pasaba. Detúvose en Jerez, envió un destacamento contra Lebrija, y fué rechazado; en Arcos le sucedió lo mismo; y aunque sus soldados habian recogido mucha presa y cautivos, lo perdieron todo, seguidos de los cristianos que levantaban en todas partes las milicias de los concejos y les iban á los alcances. El jefe moro, á quien los cristianos dan el nombre de Abomelique, hizo movimiento hácia Alcalá de los Gazules, fiado en que recobraría allí todo cuanto habia perdido; pero los cristianos de Écija y otras poblaciones, aunque solo formaban una hueste compuesta de dos mil quinientos infantes y dos mil caballos, vinieron contra él con ímpetu, le sorprendieron al amanecer, y le llevaron en derrota hácia Algeciras. Cansado el príncipe Abomelique, herido y sediento, se echó junto á un arroyo y allí los suyos le hallaron cadáver y trasladaron sus restos á Algeciras. Entonces, dicen las crónicas cristianas, su padre el rey de Marruecos juró tomar venganza con todo su poder de los castellanos que así habian destruido sus mas halagüeñas esperanzas. Por el pronto envió á Algeciras un refuerzo de buena infantería. El presidio de aquella plaza intentó volver á tomar la ofensiva, é hizo buenas presas en las cercanías de Medina Sidonia y Jerez de la Frontera: pero al ir á ponerlas en salvo fuéron contra ellos los de Arcos y Jerez, los derrotaron, pusieron en fuga, y recobraron el botín perdido. En estos preciosos momentos una division

funesta estuvo á punto de hacer perder á los cristianos sus ventajas. Doña Leonor de Guzman hizo separar del mando de las tropas á don Alonso Martinez de Oviedo; y este, tomándolo á mala parte, y nó con la cordura que debiera, movió sediciones, se sublevó contra su propio rey, y llamó contra sí las armas que iban á ser dirigidas contra el granadino. En Valencia de Alcántara el rey don Alonso XI tuvo que ir á sitiár al mismo jefe que poco há mandaba su hueste, y penetrando en la plaza por connivencia, le redujo á entregarse á discrecion, le echó en cara su perfidia, y le condenó á muerte. Los granadinos y el rey de Marruecos, aunque poco afortunados en 1339, creyeron que podrian desquitarse completamente en 1340. El castellano, por su imperioso carácter, se habia enemistado con sus propios generales. Al de tierra le habia depuesto, perseguido con encarnizamiento y condenado á muerte. Con el de mar, Jofre Tenorio, tambien andaba indispuesto. Parecia, pues, sazón oportuna aquella para destruirle. Doscientas setenta velas salieron de las playas de Marruecos, llenas de soldados deseosos de devastar los campos de la Iberia y recobrarlos. Jofre Tenorio no podia contar mas que con una armada de cuarenta y tres naves, y se le hizo un cargo por haber dejado pasar aquella numerosa escuadra, y aun se sospechó de él que se habia vendido al moro: por lo que ciego y desatentado, en un momento de exaltacion del pundonor ofendido, viendo cuán mal pagaban los príncipes sus servicios, se fué con algunas pocas naves á dar contra el grueso de la flota enemiga. Los moros no podian dar crédito á sus ojos al ver que iba contra ellos con tanta furia quien contaba con tan escasas fuerzas; y cayendo sobre él, y abrumán-

dole con fuerzas incomparablemente superiores, consumaron el sacrificio de uno de los mas nobles y bravos almirantes que tuvo Castilla, digno de servir à un monarca mas agradecido. Entónces conoció don Alonso XI cuán prudente, templado y sobre sí debè andar un príncipe para no convertirse en azote de sus mejores súbditos. Volvió los ojos à la hasta entonces descuidada doña María, la prodigó ternuras, y recabó de ella que solicitase de su padre el rey de Portugal socorros por mar, auxilios por tierra. Aquella armada portuguesa que pocos años antes quiso destruir à toda costa don Alonso XI ahora era su mas lisonjera esperanza; aquellas huestes lusitanas que entonces deseaba reducir à la nada, le parecian en estos momentos una àncora para la Iberia; y aquella reina, à la que apenas dirigia una sonrisa ní una palabra cariñosa, ahora era para él y su reino un iris de ventura. El rey de Portugal hizo lo que debia. Olvidadas las pasadas ofensas, y conociendo que aquella era cuestion mas trascendental que las miserables rencillas de ibero à ibero, envió su escuadra à Sevilla, ajustó con su yerno un tratado de paz y amistad, le devolvió la infanta doña Blanca, recibió de él à doña Constanza, hija de don Juan Manuel, destinada para el príncipe de Portugal, y aprestó hueste para llevarla à Andalucía à defender la independenciam ibérica. Aragon envió su armada al Estrecho; Roma sus indulgencias, su cruzada, y concesion de tercias; y Castilla y Leon se pusieron en movimiento para rechazar al mas encarnizado enemigo de nuestra tierra. Necesidad tenia esta de los brios de todos sus hijos para salvarse. Mas de medio millon de combatientes, dicen las crónicas, habian pasado el Estrecho, cubierto los campos de Gibraltar, Alge-

ciras , tomado posesion de la comarca contigua , dádose la mano con un ejército aguerrido que puso en pié el granadino, y preparádose para llevar el espanto al interior de nuestra patria. Juan Alonso de Benavides defendia la plaza de Tarifa cuando se presentaron para sitiarla el dia 23 de setiembre de 1340 las fuerzas reunidas del rey de Marruecos y del de Granada. Formaban una nube compacta de guerreros de diferentes tribus , negros unos, mas ó menos atezados otros , armados de lanzas, dardos, ballestas, á pié las tres cuártas partes , á caballo el resto , elegantemente vestidos unos , tristes en su traje otros y miserables , animados todos del deseo de derramar sangre y de atesorar riquezas. Veinte ingenios batian las murallas de la plaza dia y noche; cuatro se habian asestado contra una torre , denominada por tradicion torre de don Juan , que recordaba la ira de este infante y el heroismo de Guzman el Bueno. Los sitiados trabajaban sin descanso en reponer lo que las máquinas desmoronaban, y hacian salidas para destruir las obras avanzadas de los sitiadores. Mas que sitio era aquello una accion de guerra inacabable por los refuerzos que recibian los de fuera , y el valor con que parecian multiplicarse los de dentro. Estos enviaban á su rey aviso sobre aviso en cuanto les era dable, pues no era posible prolongar por mucho tiempo semejante resistencia. La armada castellana , fuerte ya de treinta y una velas , á las órdenes de don Alonso Ortiz , prior de la orden de San Juan, se dejó ver muy luego en las aguas de Tarifa, cerrando el paso á las embarcaciones sutiles que llevaban víveres á los sitiadores ; pero á poco se desató una tempestad deshecha que arrojó á la playa á la mayor parte de los buques , y puso sus tripulaciones en manos de los mo-

ros. Afortunadamente el almirante portugués, mas avisado y buen náutico que el castellano, no habia querido abandonar el puerto de Cádiz y salvó la escuadra que le estaba confiada. Cuando don Alonso XI tuvo noticia de aquel funesto contratiempo, llamó á consejo á los nobles y prelados, puso encima de una mesa su cetro, su corona y su espada, y les dijo que determinasen lo que debia hacerse en tal conflicto. Salvar á Tarifa, dijeron todos. La reina doña María se fué á Évora á verse con su padre el rey de Portugal, y tuvo que encarecerle muy poco la urgencia, pues en breve acudió con su brillante hueste, una de las mas bien empleadas que jamás hubiese puesto aquel reino en campaña. En Sevilla se publicó la cruzada con un entusiasmo que difícilmente se describiria; en Jerez se acabaron de juntar todas las milicias; y formaron un cuerpo compacto el dia 29 de octubre de dicho año de 1340 cuando llegaron á la Peña del Ciervo. En aquel instante mismo ondeaba en el Estrecho la escuadra del rey de Aragon, mandada por don Pedro de Moncada, y se dirigia á las aguas de Tarifa. Si en ella hubiese venido su rey, no le hubiera faltado nada á la jornada que se preparaba para parecerse á la inmortal de las Navas efectuada ciento veinte y ocho años antes. Tres reyes estuvieron en ella, el de Aragon, el de Castilla, y el de Navarra. Ahora al de Navarra reemplazaba el de Portugal; y Aragon tenia su representacion naval, aunque no aquellas huestes aguerridas que mandó un dia Pedro I. Los moros de entonces, lo mismo que los de ahora, venian divididos en dos cuerpos, los africanos y los andaluces. Eran numerosos los de ahora lo mismo que los de entonces, y acaso era su mismo número su mayor enemigo. Los iberos eran

en comparacion muy pocos, pero llenos todos ellos de ardimiento, animados por el sol de otoño de aquella Andalucía que apenas conoce los inviernos. Aquellos campos habian presenciado en distintos siglos grandes cosas, y ahora iban á ser testigos de otras no menos famosas. Los iberos se adelantaban como quien presentia que si el África habia hecho un extraordinario esfuerzo para arrojar á nuestra Península medio millon de soldados, seria ese el último si era vencida.

Postera de las tremendas emigraciones africanas, se habia echado en ella el resto. El campo de los iberos formaba dos cuerpos, lo mismo que el de los moros. Quedó convenido que el ejército portugués, aumentado con alguna caballería andaluza, acometeria al granadino, mientras el ejército castellano caeria sobre el del rey de Marruecos. Cincuenta y ocho mil hombres serian los cristianos, los diez y ocho mil ginetes, sin los sirvientes. Cuatro mil infantes y mil caballos se metieron en Tarifa, cruzando el rio Salado, dispuestos á acometer por la espalda al enemigo en el momento oportuno. Los granadinos y los africanos habian tomado posicion en las riberas del rio Salado, dejando frente á Tarifa once mil hombres, los tres mil ginetes. No idearon otro plan de batalla que poner por trinchera entre ellos y los cristianos dicho rio. Este rio apenas merece nombre de tal por su curso ni por su caudal, y el cauce mas bien sirvió de valladar que nó de obstáculo sus aguas. Pasa á mas de una milla de distancia de Tarifa, camino de Cádiz. Íbanse acercando á él los cristianos, sin que llevasen mas ni menos plan de acometida que los moros de defensa. Su orden del dia y ordenamiento de batalla consistió en aumentar la caballería

del rey de Portugal que tenia poca, y en formar de la gente de Castilla tres cuerpos, uno de vanguardia, otro del centro, y otro en que iba el pendon de la cruzada. Los moros, dice la crónica de Alfonso XI, eran cincuenta y tres mil caballeros, y setecientas veces mil peones. Guardaban estos los pasos del rio, inmóviles, no pudiendo creer que los cristianos los acometiesen. El rey de Granada, como conocedor del terreno, habia tomado posicion en una colina á la derecha del campo moro; y á la izquierda del mismo hácia la orilla del mar, estaba el rey de Marruecos con su innumerable chusma, junto á otro cerro al pié del cual tenia sus reales. Despréndese de las memorias de aquel tiempo que al granadino le daba ya mas espanto la multitud de los africanos que la liga de los iberos; y de la misma Crónica de Alonso XI aparece que apenas opuso resistencia al portugués, contento de batirse en retirada con tal que su aliado sucumbiese. El portugués vadeó el rio Salado, dice la Crónica, sin hallar quien defendiese el paso, y aunque á poco los moros granadinos le opusieron alguna resistencia, no bien acudió don Pedro Nuñez de Guzman al socorro del portugués, los granadinos huyeron, añade la Crónica, con direccion á la hueste del rey de Marruecos, contra la cual cayeron los cristianos. Sucedió, pues, que, por efecto de las circunstancias, ó de la táctica del granadino, el ala izquierda de los cristianos, dirigida contra él, cayó contra el cuerpo del rey de Marruecos. Ya este era acometido de frente por los castellanos. Solamente un hijo de don Juan Manuel no cumplió con su deber, y se detuvo en las márgenes del rio, mientras sus compañeros pasaban un estrecho puente y peleaban en la opuesta orilla. Pero esta actitud del

hijo de don Juan Manuel y de su gente impidió á su vez á los enemigos que cruzasen el vado , pareciéndoles que los cristianos tenían allí su reserva. Unos en pos de otros se adelantaban los castellanos arremetiendo allí en donde veían el grueso del ejército enemigo. Ganado un cerro en la opuesta márgen , descubrieron los cristianos un valle que era el cuartel general del rey de Marruecos. Por él debían romper para ganar la victoria. Don Alonso XI tenía á la sazón consigo muy pocas compañías, pero , acordándose de la sangre que corría por sus venas , esforzó la voz , diciendo «feridlos que yo so el rey don Alfonso de Castilla et de Leon , ca el dia de hoy veré yo quales son mis vasallos , et verán ellos quien soy. » « Non pongades en aventura el reino , le dijo el arzobispo de Toledo viéndole dar de espuelas al caballo ; ca los moros son vencidos. » Disparaban entonces contra el rey una nube de dardos , pero en medio de ellos se levantaba un clamor que mas parecia alarido de confusion que grito de guerra. Los portugueses por una parte, las órdenes militares por otra, los cruzados por la orilla del mar , y los castellanos junto al rey don Alonso XI, todos á una movian sus masas sobre aquella apiñada muchedumbre. Al mismo tiempo los defensores de Tarifa, y el refuerzo enviado á la plaza hacian una salida , destruian las obras de los sitiadores , arrollaban á estos, los pasaban á cuchillo , é introducian en ellos un terror pánico que hacia imposible toda resistencia. Casi sin pelear fué destruido uno de los mas numerosos ejércitos que pocos reyes hayan acaudillado. Ni tiempo hubo para salvar la tienda del rey de Marruecos , sus mujeres , su familia, y sus tesoros. Sus míseros soldados , estrechados por todas partes , morian á millares apretados unos

contra otros, arrojados en masa al mar y á los barrancos. Su propio terror hizo en ellos mas estrago que el hierro enemigo. Y mucho mas daño recibieran, dice la Crónica, á no haberse detenido muchos cristianos en los reales del rey de Marruecos, matando y cautivando mujeres, y repartiéndose prendas de oro y plata. El granadino se habia retirado á Marbella. El africano se fué á Algeciras, y aquella misma noche se volvió á Marruecos. Cinco meses habia estado pasando gente de África para España en setenta galeras. Quince dias fueron empleadas doce galeras en devolver unos míseros restos de tropas salvadas de aquella sangrienta jornada. Cuatrocientas veces mil personas halló á faltar el rey de Marruecos, dicen las crónicas cristianas; y aunque este número parezca á primera vista exagerado, ya hemos dicho al hablar de otras batallas análogas que en tales casos las cuentas mas abultadas son las que se acercan mas á la realidad de aquellas espantosas mortandades. Solo veinte caballeros, dice la Crónica, murieron de los cristianos. Añádase, como en la de las Navas, hombres de cuenta; pues los peones y sirvientes no eran contados porque apenas eran conocidos. Un autor dice que perdieron los cristianos veinte y cinco mil hombres. En este caso, quedando intacto el granadino, muy caro hubiera costado el triunfo; y las memorias del tiempo no hablan de que se oyesen llantos en ninguna parte, sino regocijos en todas. Las crónicas castellanas acusan al almirante aragonés Moncada de no haber saltado en tierra con su gente y de no haber impedido que volviese á África el rey de Marruecos. Á esto dicen los aragoneses que tambien Alonso XI pensó mal de su propio y admirable almirante Jofre Tenorio, por querer juzgar de cosas que

no entendia. Bastante hizo Moncada, manteniéndose en aquellas borrascosas aguas, con evitar la infausta suerte del prior de San Juan. Es muy posible que los cristianos al pronto no calculasen toda la extension del triunfo obtenido, pues aquella noche del ya famoso 30 de octubre de 1340 se volvieron á la Peña del Ciervo de donde habian salido. Despues lo supieron, y apenas podian creer á sus propios ojos. Restauradas las defensas de Tarifa, restituidos los reyes á Sevilla, y recibidos en triunfo, fueron ofrecidos al portugués todos cuantos despojos desease, y dijo que se contentaba con haber contribuido al triunfo. Á fines de año don Alonso XI convocó córtes, y dice la Crónica que se juntaron en Arena. Algunos han leído Hereña, otros Gerena, y los mas de los analistas castellanos Llerena, y opinan que estas córtes y otras de Madrid, aunque convocadas en 1340, se celebraron en 1341. Don Alonso acababa de enviar al papa la misma señera con que entró en la batalla, una espada de gran precio, muchos presentes tomados al enemigo, veinte y cuatro preciosos caballos y otros tantos cautivos: y Benito XII habia recibido esta embajada y donativo entonando con los cardenales el « Vexilla Regis prodeunt. » Las córtes ofrecieron al rey todo cuanto deseaba, aunque se sabia que con lo tomado al rey de Marruecos habia para sostener la guerra mucho tiempo. Al rey de Francia y á Génova envió asimismo embajadas don Alonso, y esta república le sirvió bien con quince naves de guerra: pero aquel rey ni podia servirle, por sostener con Inglaterra una guerra porfiada, ni sus servicios podian convenirle al castellano.

La campaña de 1341 probó lo que hemos dicho, que el granadino habia salido de la batalla del Salado poco

menos que ileso. Presentóse con fuerzas suficientes á defender la plaza de Málaga, creyendo que iba á sitiarla don Alonso; acudió despues á dar socorro á las de Alcalá de Benzayde y Moclin así que supo que ambas plazas estaban cercadas; y dos veces estuvo á punto de presentar batalla al castellano, y se replegó á tiempo, entero y formidable. Aquéllas plazas sucumbieron; mas nó por esto aceptó el moro las condiciones de tregua que le imponia el castellano, ni quiso separarse de la alianza con el africano de quien deseaba auxiliares y ahora estaba seguro de obtenerlos sin que le abrumasen por su número. El castellano tomó despues las plazas de Priego, Rute, Torre de Matrera, batió el castillo de Carcabuey, y entrado el otoño se retiró á sus cuarteles. En 1342 juntó don Alonso XI varias córtes, y para tener auxilios hizo con ellas lo que don Jaime I de Aragon poco antes de la conquista de Murcia: obtener por partes lo que no podia de otra suerte. Celebradas córtes á los castellanos en Burgos, visto que las ciudades no se mostraban complacientes sino muy difíciles en concederle la alcabala, convocó á los preladados y ricos-hombres, y, obtenido su asentimiento, consiguió despues por medio de mandaderos el de las poblaciones, nuevo género de córtes sin representacion ni ayuntamiento, introducido por aquel monarca. Pasó á Leon, é hizo lo mismo: obtener los votos de los ricos-hombres, del clero y de la capital, y luego mendigar por recado y misiva los de los demás pueblos. Luego se encaminó á Zamora, é hizo lo mismo con respecto á los tres brazos del reino de Galicia, y otros nobles castellanos y leoneses antes no convocados. Y por último convocó en Ávila por el mismo estilo los estados de Extremadura. En

todas partes obtuvo la alcabala que deseaba, cuyo tributo servia mas para enriquecer á una multitud de empleados que para llenar el tesoro. Hiciéronse las prevenciones para la campaña de 1342. Ya era un extranjero, Gil de Bocanegra, genovés, quien mandaba en el Estrecho las fuerzas navales de Castilla. El rey de Portugal aumentó con diez galeras mandadas por Carlos Pezañes esa escuadra combinada; y el de Aragon envió veinte para completarla y destruir los grandes aprestos navales que tenia hechos el rey de Marruecos. De paso el aragonés dió contra trece galeras africanas, tomó cuatro, echó á fondo dos y ahuyentó las restantes. En el puerto de Bullones habia apresado Bocanegra seis galeras enemigas, quemado cuatro, y echado dos á pique. En las aguas de Algeciras el mismo Bocanegra apresó dos galeras del moro, echó cuatro á fondo, y dejó en muy mal estado siete. Á la sazón una poderosa armada del rey de Marruecos iba á dar auxilio á su presidio de Algeciras. Los castellanos, portugueses y genoveses reunidos la acometieron con el mayor ímpetu, destruyeron ó echaron á fondo veinte y cinco de sus naves, apresaron otras, y en una de ellas hallaron una arca llena de oro y plata. Ya al rey don Alonso XI le sobraban fondos para pagar su hueste, y el dia 25 de julio salió de Sevilla para poner sitio á la plaza de Algeciras. Iban con él dos mil seiscientos caballos y cuatro mil infantes, sin la gente que iba en las naves. El sitio principió el dia 3 de agosto. Por este tiempo murió el maestre de Santiago, y doña Leonor de Guzman consiguió lo que hacia tiempo deseaba de ver á su hijo don Fadrique, habido por concubinage con el rey, en el maestrazgo de aquella órden. El sitio se llevó adelante con vigor, y los sitiados se defen-

dieron con aquellas máquinas de guerra que arrojaban con estampido globos de hierro del tamaño de una naranja: ingenio que entre los africanos no era nuevo, aunque nuestros historiadores citen por la vez primera su uso en este memorable sitio. Las salidas de los sitiados eran no menos vigorosas que las embestidas de los sitiadores, y se renovaron distintas veces, aunque siempre rechazadas. El rey de Granada, para obligar al de Castilla á levantar el sitio, se puso sobre Écija, entró á viva fuerza en los arrabales y los entregó al saqueo; dirigióse despues á Palma, y la pasó á saco y á cuchillo; pero se levantaron á una las milicias de la comarca, y le obligaron á alejarse. El rey de Castilla dió entonces muestras de gran teson y energía. Teniendo víveres para seis meses, hizo que se los trajesen para otros seis; calculando que, aunque era reducida su hueste, le convenia tenerla bien pagada, pidió prestados sobre tres plazas doscientos mil maravedises al rey de Portugal, y cincuenta mil florines al de Francia sobre joyas y alhajas de la corona; del portugués obtuvo otro socorro de diez galeras por algunos meses; del rey de Aragón una armada de otras tantas galeras mandadas por Mateo Mercader; y de Vizcaya y otros puntos le llegaron muy luego naves con vituallas y la madera que necesitaba para levantar ingenios, y construir cobertizos para su gente. Llegada la estacion de las lluvias las penalidades fueron creciendo. Una noche el rey tuvo que salirse de la cama, por caer en ella el agua, y pasarla en pié. Dos veces unos moros fanáticos intentaron matarle creyendo que así pondrian término al sitio. La primera tentativa fué obra de un prisionero que quiso arrojarle sobre él; la segunda pareció maquinacion salida de Granada, y de ella se salvó el rey por revelacion

de otro moro. El primer moro murió hecho pedazos por los que rodeaban á don Alonso; al segundo le dieron tormento para que confesase su crimen, y le ahorcaron. Alonso XI se dispuso á pasar el invierno, alojado en una mala casilla, delante de Algeciras, para quitar á los africanos esa que ellos llamaban su llave de la Península. Este sitio tuvo fama en Europa y en África. Vinieron á él algunos cruzados franceses é ingleses, mas que por religion por curiosidad, y se retiraron satisfecha esta. Acudió tambien con algunos caballeros el rey de Navarra, Felipe el Noble, como si desease lavar la nota de ausencia de los vascones en la batalla del Salado; y allí enfermó y murió en Jerez el dia 26 de setiembre de 1343. El conde de Fox, otro de los extranjeros venidos al sitio, murió en Sevilla. Alonso daba órdenes para que la empresa no quedase abandonada. Á los ingenios de los sitios oponia grandes y fuertes torres de madera; sus salidas las hacia penosas y casi imposibles por medio de hondas zanjas; y otras veces facilitaba paso para que los enemigos cayesen en emboscadas. El granadino para llamar la atencion del rey fué contra el castillo de Benamejí y le tomó. Esta vez el castellano sintió que su ardor se entibiaba, y hubiera admitido tratos de paz como el moro hubiese querido separarse de la liga con el rey de Marruecos. Negóse á ello, y continuó el sitio. De toda su plata hizo el rey de Castilla acuñar en Sevilla una moneda adulterada, pero tuvo que recogerla por los clamores que de ahí se originaron. Una algará que intentaron los moros de Málaga y Ronda con dos mil infantes y otros tantos caballos para socorrer á Algeciras, habia sido destruida; y una salida que hizo para el mismo objeto la guarnicion de Gibraltar fué re-

chazada. Al poco tiempo Algeciras se vió enteramente rodeada de un profundo foso abierto por los sitiadores. Tambien quiso don Alonso cerrar con una especie de balsas la entrada del puerto ; pero una borrasca destruyó su obra. Con el transcurso del tiempo los reales de don Alonso se habian ido transformando en una especie de poblacion bien atrincherada en donde habia mercaderes de toda clase. El rey de Granada hizo proponer al de Castilla que si levantaba el cerco le pagaria los gastos de la campaña y volveria á quedar por tributario suyo ; á lo que don Alonso respondió estimando en tan crecida suma aquellos gastos que el granadino halló ser preferible á la paz la guerra. Recibidos algunos refuerzos de África , se acercó al campo de los cristianos , y les presentó batalla. Don Alonso , por consejo de sus cabos , aunque su ardimiento le decia lo contrario , no se movió de sus trincheras. El granadino tuvo que volverse despechado. Hizo que los fronteros del reino de Murcia llamasen por aquella parte la atencion de los cristianos entrando por las tierras de Lorca ; pero tambien le salió mal esta empresa , pues don Sancho Manuel , hijo de don Juan Manuel , arrolló á los moros , los despojó de cuanto botin llevaban , y les hizo muchos prisioneros. En esta situacion las poblaciones de Extremadura socorrieron al rey enviándole cinco mil bueyes y veinte mil carneros ; el papa Clemente VI , luego de elegido , le envió prestados hasta veinte mil florines ; el rey de Francia le hizo un donativo de cincuenta mil para comprar su amistad y alejarle de la de los ingleses ; y algunos vasallos vendieron todo cuanto tenian para servirle. Tenia don Alonso un espía en Granada que le avisaba de cuantos proyectos allí se fraguaban ; y por este conducto

supo que debía prevenirse para rechazar una embestida que por mar y tierra intentarían contra su campo los marroquíes y los granadinos. Por fortuna un temporal deshecho destruyó gran parte de la armada de Marruecos, y la otra se diseminó por varios puertos, como tuvo también que hacerlo la escuadra de los cristianos. Pero sesenta galeras moras habían ya podido arribar á Gibraltar y desembarcar alguna gente escogida que formó con la del rey de Granada una hueste de cincuenta y dos mil hombres, los doce mil ginetes. Venían decididos á tentar acción campal para salvar la plaza de Algeciras.

Don Alonso XI había recibido buenos refuerzos, por lo que dejó en sus reales una parte de su gente, y fué á situarse con la otra cerca del rio Palmones que iban á cruzar los enemigos. De nuevo se renovaron aquí las tentativas de avenencia; pero el castellano pedia trescientas mil doblas de oro antes de levantar el sitio, y dándose noticia de esta demanda al rey de Marruecos respondió ser preferible que su hijo Alí y el granadino diesen batalla. Algunas veces lo intentaron, y siempre las prevenciones del castellano les hacían retroceder. Un dia estuvieron á punto de cruzar el rio, mientras sus galeras iban á acometer las de los cristianos; pero luego se retiraron temerosos de un descalabro. Sin embargo el dia 12 de diciembre de 1343 quisieron dar cumplimiento á las órdenes de su rey. Una parte de su gente vadeó el Palmones y fué arrollada; en pos de ella le cruzaron los cristianos, vencieron la resistencia de sus contrarios, los pusieron en fuga y los persiguieron hasta entrada la noche. Ya era imposible salvar la plaza, por lo que el mismo rey de Granada y el de Marruecos trataron de rendirla. Pactóse que todos

cuantos se hallaban dentro podrian salir libres, que el granadino pagaria anualmente al castellano doce mil florines lo mismo que sus antepasados, y que habria treguas por espacio de diez años. Firmóse la capitulacion el día 26 de marzo de 1344 y la plaza fué entregada el dia siguiente. La mezquita fué transformada en iglesia, aunque nó en catedral como Alonso XI deseaba, y el ejército cristiano se volvió á Sevilla, confiando á don Juan Manuel el presidio de Algeciras. Cuéntase que el rey de Castilla no quiso exigir rescate por las mujeres é hijas del rey de Marruecos, que cayeron en sus manos el dia de la batalla del Salado, antes se las devolvió muy ricamente vestidas, adornadas y acompañadas; y se añade que el rey africano pagó el rescate diez veces mas de lo que le hubiera costado, pues para no ser vencido del castellano en cortesanía le envió riquísimos presentes en oro, plata, piedras preciosas, armas, caballos, aromas, y fieras del desierto. Otra embajada recibió el castellano en 1344 y fué del rey de Inglaterra, Eduardo III, que deseaba casar su hija doña Juana con el príncipe don Pedro, heredero del trono de Leon y Castilla: pero don Alonso dió largas á este negocio. Por este tiempo fué cuando la corte romana concedió el titulo de rey de Canarias, dado que las conquistase, á don Luis de la Cerda, hijo de don Alonso de la Cerda, con la condicion de que anualmente pagase á los sumos pontífices cuatrocientas doblas de oro: en lo que no tanto se descubre avaricia como una larga vista que no todos poseian. Pareció que el portugués y el castellano se pusieron de concierto para dar respuesta á la Santa Sede cuando les fué notificada la concesion hecha al de la Cerda; pues ambos dijeron, el portugués á

12 de febrero de 1345 y el castellano á 18 del mismo mes y año, que los dos tenían derecho á la conquista de las Canarias, pero que renunciaban á ella por mera deferencia á Roma. En cambio el papa concedió en 1346 á don Alonso XI algunos subsidios que necesitaba para rehacerse de los gastos y deudas contraídas durante la jornada de Algeciras. No era posible que Clemente VI hiciese una concesion sin arrogarse un derecho, y así en 1347 nombró para el obispado de Coria á un extranjero. No pudo pasar por ello sin protesta el rey don Alonso XI, pero el pontífice le respondió que no debía quejarse del obispado ejercido por gente extraña, pues si sabia que el apóstol Santiago fué el primer obispo de España, debía tambien saber que no era natural de estos reinos. Que á veces dejan su estela hasta las tradiciones que parecen mas inofensivas. En el referido año y en el siguiente de 1348 introdujo Alonso XI en el reino de Aragon digámoslo así el espíritu y las tendencias castellanas. Es digna de notarse la circunstancia de que el infante de Aragon don Fernando, hijo de doña Leonor de Castilla, partidario de los unionistas ó unitarios aragoneses, y en alguna manera capitán de los mismos, iba acompañado de buena caballería castellana; y tampoco debe echarse en olvido que don Pedro IV de Aragon pidió auxilio al rey don Alonso XI de Castilla, y que este le permitió alistar en su reino seiscientos ginetes aguerridos, por los cuales no lejos de Epila la union aragonesa quedó vencida y disuelta. Y como los que han leído las anteriores páginas han podido convenirse de cuáles eran los principios de gobierno que profesaba don Alonso XI, podrán deducir de ahí cuáles deseaba que se propagasen entre los pueblos limítrofes suyos.

Tambien parece que el castellano trató de casar á su hijo don Enrique con una hija del aragonés ; mas este , poco deseoso de entregar su hija á un bastardo , puso por condicion que este llevase la corona de Murcia , que fué disfrazar en lo posible una negativa. Desde la toma de Algeciras el rey Alonso XI habia celebrado córtes en Alcalá de Henares, Leon y Burgos en 1345, á las que daba el nombre de ayuntamiento , y otras en Alcalá de Henares en 1348 y principios de 1349. Burgos y Toledo, que tenian representacion en ellas , pedian prelacion para hablar , y el rey cortó la disputa diciendo que hablase primero Burgos que él hablaria por Toledo. En 1349 las celebró asimismo en Leon, y llevó á cabo dos pensamientos ; primero, pedir autorizacion para faltar á la palabra real que tenia dada al granadino y al africano , y poner sitio á la plaza de Gibraltar apesar de las treguas ; y segundo, quitar á muchas poblaciones su voz y voto en las córtes , y reducirle para el reino de Leon á las ciudades de Leon, Salamanca , Toro y Zamora ; para el reino de Toledo á las de Cuencá , Guadalajara , Madrid y Toledo ; para el de Andalucía á las de Córdoba , Jaen , Murcia y Sevilla ; y para el de Castilla á las de Ávila , Burgos , Segovia , Soria y Valladolid. Publicó entonces como á ley del reino el código de las Siete Partidas , obra de su bisabuelo Alonso X, archivada por los trastornos de los tiempos, y porque segun su ley de sucesion pertenecia el trono á la casa de los Cerda. Solicitados auxilios marítimos de Génova y Aragon , don Alonso XI puso sitio á Gibraltar como última puerta que debia cerrarse á los africanos. Picó en su campo la peste que hacia años iba recorriendo la Península, y el rey murió de ella el dia 26 de marzo de 1350. Los

moros, sin mediar tregua, suspendieron las hostilidades mientras los cristianos llevaban á Sevilla su cadáver. Rey dotado de eminentes cualidades, le faltó una sin la cual las demás son muy menguadas: lealtad en el cumplimiento de sus promesas. Dió al feudalismo unos golpes contundentes, ya cuando mandó que los tenedores de castillos no pudiesen negar la entrada al rey, ya cuando ordenó demolerlos en su mayor parte ó tenerlos por el rey, y ya por fin cuando dispuso que cesasen los rieptos y se conociese de todos los agravios por trámites de justicia. Pero si fué enemigo de los ricos-hombres no menos lo fué de las ciudades, amenguando la dignidad de las córtes, reuniendo los votos de las poblaciones por medio de mandaderos imperiosos, y quitando por último á una multitud de pueblos su representacion en ellas. De suerte que al morir dejó al trono mal visto de grandes y de pequeños.

§ V. SINCRONISMOS.

Fueron papas en el período de tiempo que abraza este capítulo Benito XI en 1303 y 1304; Clemente V desde 1305 hasta 1314; Juan XXII desde 1316 hasta 1334; Benito XII, desde 1334 hasta 1342; y Clemente VI desde esta fecha hasta 1352. Reinaron en Nápoles, Roberto desde 1309 hasta 1342, á quien sucedió Juana I. En Sicilia á Fadrique I sucedió en 1336 Pedro II, y á este en 1342 Luís. Fueron dogos de Venecia por su orden Giorgi en 1311, Soranzo en 1312, Dandolo hasta 1328, Gradenigo hasta 1339, otro Dandolo hasta 1343 y M. Faliero hasta 1354. En Génova ejercieron mando Bocanegra en 1339, Murta hasta 1344 y Valenti hasta 1350. Reyes de Francia lo fueron Felipe el Hermoso hasta 1314, Luís X

hasta 1316, Juan I el de los pocos días en 1316, Felipe V el Luengo desde 1316 hasta 1322, Carlos IV hasta 1328, y Felipe de Valois hasta 1350. De Inglaterra lo fueron Eduardo I hasta 1307, Eduardo II hasta 1327, y lo era ahora Eduardo III. Emperadores de Alemania lo fueron Alberto I de Austria hasta 1308, Enrique VII hasta 1313, Luis V hasta 1347, en competencia hasta 1325 con Federico III, y ahora lo era Carlos IV. Como acontecimientos transcendentales de este período, citanse los siguientes: en 11 de febrero de 1302 el rey de Francia hizo quemar una bula del papa; en 10 de abril siguiente convocó el mismo rey la primera asamblea de los estados generales de su reino; el día 18 de noviembre de 1307 hizo estallar Guillermo Tell la revolución por la independencia de la Suiza; el día 7 de febrero de 1314 el parlamento de Paris condenó á muerte á un toro por delito de homicidio; en 11 de marzo del mismo año fué ajusticiado Molai, gran maestro del Temple; el día 3 de julio de 1315 Luis X de Francia emancipó los siervos de sus dominios; en 14 de setiembre de 1321 murió el poeta Dante; en 26 de octubre de 1331 murió el príncipe é historiador musulman Abul-Feda; en 8 de abril de 1341 Petrarca fué coronado en el Capitolio romano; en 20 de mayo de 1347 fué la insurrección de Rienzi en Roma. Es sabido que este tribuno quiso resucitar la república romana con consentimiento de los pontífices. No falta quien ha buscado sus puntos de comparación y contacto entre la liga del buen estado de Rienzi, las bases acordadas entre los primeros suizos que proclamaron su independencia, y la unión de Aragón y de Valencia. Porque hay ciertos flúidos ideales que enlazan los ánimos, como otros los cuerpos.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEXTO.

	PAGINA.	
PRÓLOGO.	3	
Continuacion del libro VII.	7	
LA RECONQUISTA.		
CAPÍTULO VI. Fin del reinado de Aben-Alamar en Granada, y parte del de Muhamad-Abu-Juzef y los Beni-Merines en España. Fin del reinado de Jaime I en Aragon; reinados de Pedro III el Grande, Alonso III el Liberal, y principios del de Jaime II el Justiciero. Roger de Lauria. Reinados de Teobaldo II, Enrique I el Grueso, y doña Juana en Navarra. Reinados de Alfonso X el Sabio, Sancho IV el Bravo, y principios del de Fernando IV el Emplazado en Leon y Castilla. Guzman el Bueno. — Años 1233 á 1300.		
§. I. Los árabes.		
§. II. Aragon, Valencia y Cataluña.	21	
§. III. Navarra.	131	
§. IV. Leon y Castilla.	141	
§. V. Sincronismos.	145	
— VII. Continúan las memorias de los árabes; reinados de Mohamed III, Nazar, Ismael I, Mohamed IV, y Juzef en Granada. Fin del de Jaime II; Alonso IV; y principios del de Pedro IV el Ceremonioso en Aragon, Valencia y Cataluña. Sancho I y Jaime II en Mallorca. Luis, Felipe el Luengo, Carlos el Calvo, Juan II de Navarra. Fin del reinado de Fernando IV el Emplazado, y Alonso XI en Leon y Castilla. Alonso el Bravo y Pedro el Justiciero en Portugal. Batalla del Salado. Jofre Tenorio. — Años 1301-1350.	196	
§. I. Los árabes.		
§. II. Aragon, Valencia y Cataluña.	210	
§. III. Navarra.	297	
§. IV. Leon y Castilla.	306	
§. V. Sincronismos.	366	

INDICE

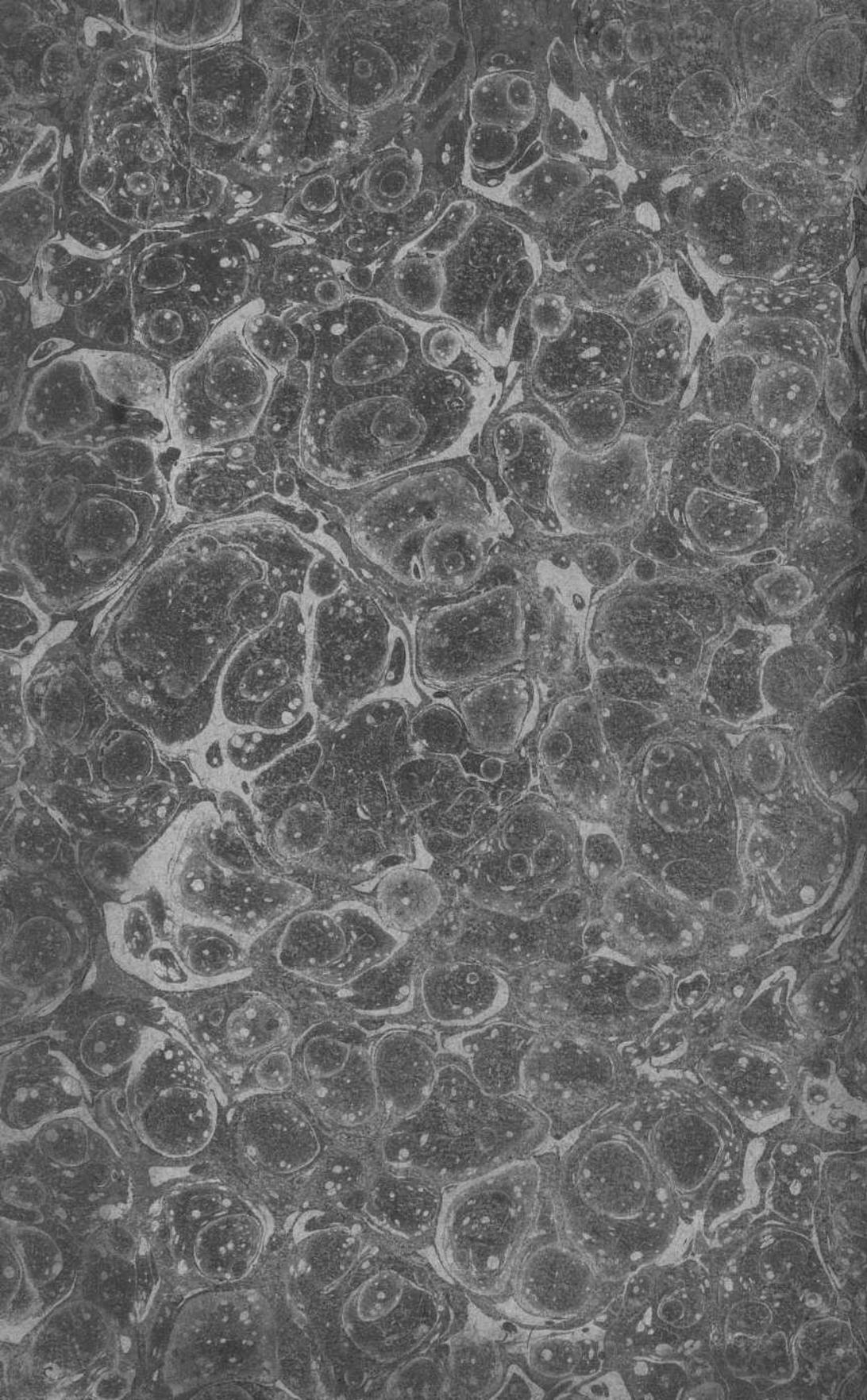
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEPTIMO

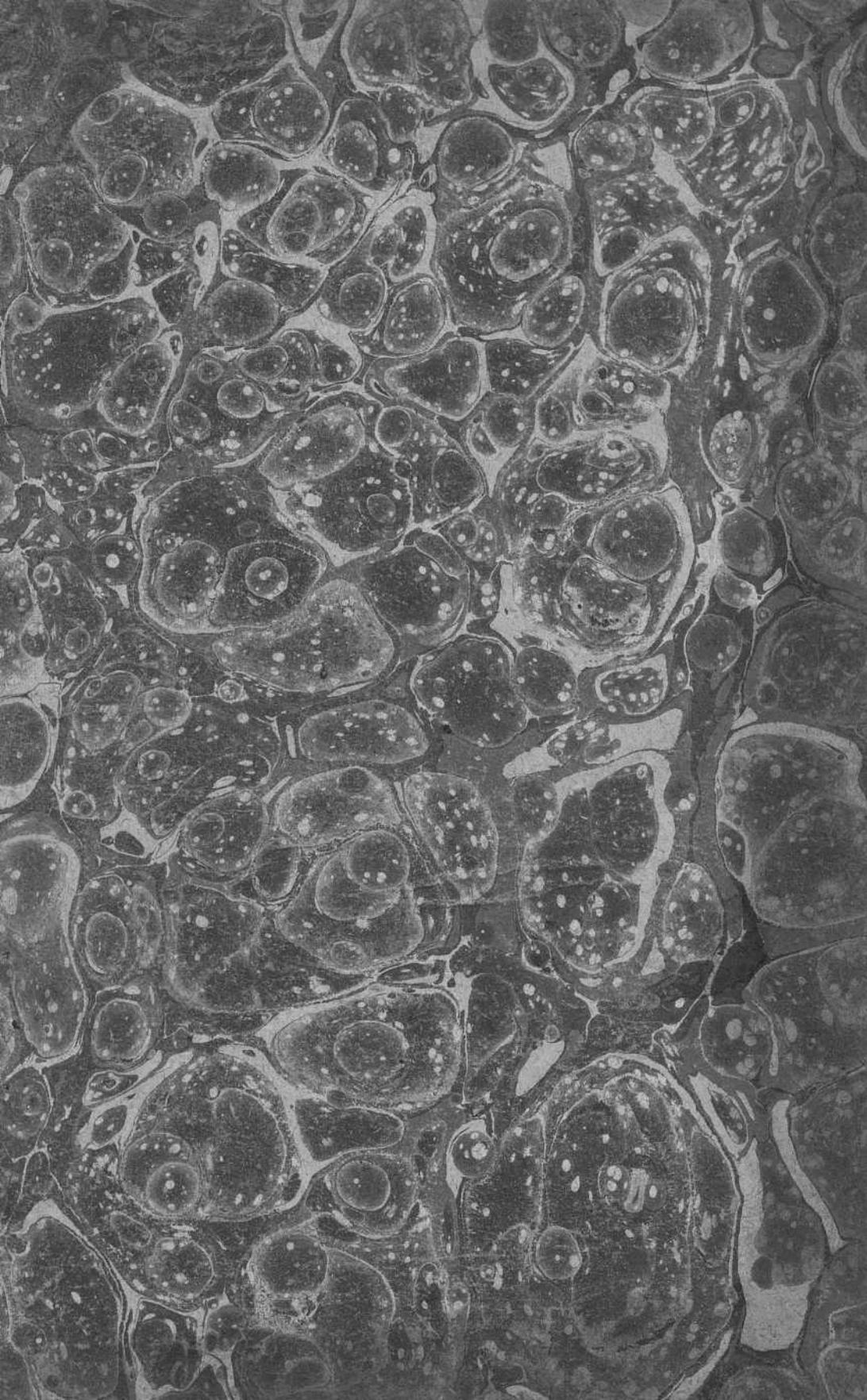
ADVERTENCIA.

Desde el fin del tomo I quedó cerrada la suscripcion á esta obra. Los que despues han venido solicitando que se abriese nueva suscripcion, quedan anotados, y serán servidos al publicarse la segunda edicion que será luego de terminada la presente. Todo cuanto en ella se aumente sobre la primera, se repartirá gratis á los que lo son á esta.

EL EDITOR.

CS-241 CO-07 5-6/8







ANALES
DE
ESPAÑA

516

G 31153